



Obras dramáticas que contiene este tomo.

Juan Dandolo.

Lealtad de una mujer.

La copa de marfil.

La mejor razón la espada.

La Reina y los favoritos.

Los dos virreyes.

Más vale llegar á tiempo que rondar un año.

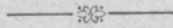
Sancho García.

Traidor, inconfeso y mártir.

C.B. 1141547
Z. 115305

OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA

GALERÍA DRAMÁTICA



OBRAS COMPLETAS

DE

DOÑ JOSÉ ZORRILLA

PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

TOMO CUARTO

❧ DRAMAS ❧



MADRID
MANUEL P. DELGADO, EDITOR

1905

Es propiedad.



JUAN DANDOLO

DRAMA EN TRES ACTOS

POR DON JOSÉ ZORRILLA

Y

D. ANTONIO GARGÍA GUTIÉRREZ

PERSONAJES

Juan Dandolo (*Bernardo Carabello*.)

Mariana, *su hermana*.

Jacobo Dagolino.

Pedro.

Gaspar, *gondolero*.

Maffei.

Isaac Benjamín.

Caballeros venecianos.

La acción pasa en Venecia á fines del siglo xv.



JUAN DANDOLO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

PEDRO á la puerta de la casa de BERNARDO.
MARIANA en el balcón.

PEDRO

¿Decís que esta noche?

MARIANA

Sí;

esto solo le responde.

PEDRO

Mas no me habéis dicho dónde
os ha de ver.

MARIANA

¿Dónde? Aquí.

PEDRO

¿Á esta puerta?

MARIANA

Sí; mas cuida
no noten á tu señor,
que en ello estriba mi honor
y acaso también su vida.

PEDRO

No temáis

MARIANA

Adiós.

(Se entra.)

PEDRO

Por más

que diga mi amo, no sé
de tanta cándida fe
lo que ha de alcanzar jamás.
Estos misterios de amor,
que han de ser fatales creo,
y trascienden á himeneo,
que no hay desdicha mayor.
Y ¡ha de hacer esta mujer
que caiga en tal desvarío!.....
Ya no sois, pobre amo mío,
el que de antes solíais ser.
En otro tiempo era cosa
harto notable, á fe mía,
encontraros más de un día
en los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
os está en su amor prendiendo:
máteme Dios si comprendo
tan rara fidelidad.

ESCENA II

GASPAR y BERNARDO

(Salen por el fondo á la izquierda del espectador.)

BERNARDO

Ya hemos llegado: bien puedes
volverte; toma.

GASPAR

¿Qué hacéis,
monseñor?

BERNARDO

Pues ¿qué?

GASPAR

¿No veis?
¡Oro!

BERNARDO

Y ¿bien?

GASPAR

¡Tantas mercedes!

BERNARDO

¡Oh! ¿Por qué me hablas así?
¡Monseñor!

GASPAR

No dije nada.

BERNARDO

¿No soy ya tu camarada
y tu hermano de armas, di?

GASPAR

¡Camarada! Sí, bien dices;
esos tiempos no olvidé,
que no sé si llamaré
más tristes ó más felices.

BERNARDO

¡Qué guerras!

GASPAR

¡Qué mortandad!

BERNARDO

Venecia, no como ahora,
del mar la reina y señora
se llamaba con verdad.
Sus nobles no envilecían
su existencia en los placeres,
ni, como blandas mujeres,
telas de seda vestían.
Ni en molicie regalada
hicieron del vicio alarde,
ni por el puñal cobarde
trocaron la dura espada.
Entonces no era el honor
como agora inútil nombre,
y era virtud en el hombre
esa virtud del valor.
Del campo la piedra dura
era en las lides su lecho,
y no temblaba su pecho
bajo la férrea armadura.
Ahora, ya prefieren viles
la esclavitud á la guerra,
arrastrándose en la tierra
como míseros reptiles.

GASPAR

Es verdad; mas ¿cómo así,
mudando conversación,
de tan pobre condición
tan rico te hiciste, di?
Tú eras soldado, valiente,
es verdad, pero no más
que un soldado, y rico estás
si ya tu porte no miente.
Las artes están fatales,
y tu oficio de espadero
que no te produzca infiero.

BERNARDO

Sí, ¡por Dios! se hacen puñales.

GASPAR

Pudiera ser.....; sin embargo,
todo eso, Bernardo, es humo.

BERNARDO

¡Eh!

GASPAR

Y acertarlo presumo.

BERNARDO

¿Sabrás quizá.....

GASPAR

Me hago cargo.

Aunque de cierto lo ignoro,
 quizá el secreto se encierra
 en hacer de pobre tierra
 florines de plata ú oro.
 Secreto es ese que diz
 que más de un sabio encontró,
 y aqueso presumo yo
 que pudo hacerte feliz.

BERNARDO

¡Bah! No es eso. Es más sencillo
 mi secreto.

GASPAR

¿No haces oro?

Pues te hallaste algún tesoro
 al levantar un ladrillo.
 Eso á menudo lo ves.

BERNARDO

Tampoco es eso, Gaspar;
 no lo puedes acertar.

GASPAR

Pues ¿qué, tan difícil es?

BERNARDO

No puedes, si yo no hablo,
 el móvil de mi fortuna
 conocer.

GASPAR

Sin duda alguna,
 vendiste tu alma al diablo;
 y si es así, bien querría,
 tal mi suerte es de cruel,
 hacer amistad con él
 para venderle la mía.

BERNARDO

(Sonriéndose.)

¿Cierto?.....

GASPAR

Al mismo Belcebú,

como riquezas me diera,
 y feliz también me hiciera,
 cual, sin duda, lo eres tú.

BERNARDO

Feliz.... no lo soy, ¡pardiez!
 Con todo mi corazón
 cambiara mi situación
 por tu paz y tu honradez.

GASPAR

Tú también eres honrado,
 ó, al menos, siempre lo fuiste.

BERNARDO

Cuando tú me conociste....;
 pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR

¿Es cierto?

BERNARDO

Sí, por mi mal.

GASPAR

Mi estado entonces prefiero.
 ¿Eres, tal vez, carcelero,
 ó esbirro del Tribunal?

BERNARDO

(Al oído.)

No te canses: soy....

GASPAR

(Alejándose.)

¡Gran Dios!

BERNARDO

¿Qué haces, amigo?

GASPAR

Me voy.

No puede haber desde hoy
 amistad entre los dos.

BERNARDO

Es cierto, sí; vete ya:
 mi aliento puede mancharte.

GASPAR

El cielo quiera arrancarte
de aquesa senda.

BERNARDO

¡Ojalá!

ESCENA III

BERNARDO, solo.

Razón tiene; mas no veo
otro remedio en mi suerte
que el remedio de la muerte....
¡Dios sabe que la deseo!
¡Dios lo sabe que por ti
virtud y honor olvidé,
pobre Mariana! Y yo sé
que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
en lenta, amarga agonía,
otra vez marchitaría
la miseria tu hermosura.
Tú sufrías, en verdad,
yo no sé si resignada,
mas devorabas callada
tus lágrimas de orfandad.
¡Oh! No; que sufra yo solo,
aunque Venecia me llame
con el nombre torpe, infame,
del terrible Juan Dandolo.

(Entra en su casa.)

ESCENA IV

JACOBO y PEDRO

JACOBO

¿Eso Mariana te dijo?

PEDRO

Eso.

JACOBO

¿Que viniera?

PEDRO

Si;
pero aun no es hora.

JACOBO

La noche
poco tardará en venir.
Entretanto, esperaremos....

PEDRO

¿En dónde, señor?

JACOBO

Aquí.

PEDRO

¿Y si os viesen?

JACOBO

¿Quién?

PEDRO

Alguno;
llegómelo á prevenir....

JACOBO

No me verán.

PEDRO

Cuando espera
un caballero gentil,
en una esquina arrimado,
queriendo el rostro encubrir,
no hay duda, señor, ninguna,
que quien le detiene allí
son los ojos hechiceros
de un humano serafín.

JACOBO

Nadie puede conocerme.

PEDRO

Como gustéis; yo, por mí ...

JACOBO

Entretanto, de otro asunto
tengo que hablarte.

PEDRO

Decid.

JACOBO

Esta mañana he salido
del juego sin un cequí.

PEDRO

Todos los días á casa
de esa manera venís.
¿A qué es la nueva?

JACOBO

 Mi padre
se ha llegado á resistir
á franquearme sus arcas.

PEDRO

Hace bien.

JACOBO

 Ya no hay ardid,
no hay medio ya de arrancarle
un miserable florín.

PEDRO

Harto os ha dado.

JACOBO

 Es preciso,
sin embargo, recurrir
á algún medio.

PEDRO

 Ya lo veo.

JACOBO

Para ello he pensado en ti.

PEDRO

¿Os burláis?

JACOBO

 ¿No lo adivinas?

PEDRO

Al punto, si lo decís.

JACOBO

Vete á buscar en Rialto
al buen Isaac Benjamín,
un prestamista usurero,
y haz luego que venga aquí.

PEDRO

¿Empeñáis vuestra palabra
ó vuestra firma?

JACOBO

 ¿A qué fin
me lo preguntas?

PEDRO

 Porque
es tan miserable y vil
la condición de esos perros,
que no darán un cequí
por la palabra y la firma
de un hidalgo tan gentil;
mas si tenéis, por ventura,
alguna alhaja rüin,
que valga el doble, á lo menos,
que la suma que pedís.....

JACOBO

Imposible.

PEDRO

 Y aunque guarde
larga madeja sutil
de perfumados cabellos.....

JACOBO

¿Te atreves eso á decir?

PEDRO

El hebreo, que, como hombre
de talento baladí,
su precio ignora, y no sabe
que bañada de jazmín
en otro tiempo besaba
con voluptuoso bullir
el peregrino contorno
de algún cuello de marfil,
la dejará en vuestras manos,
reservando para sí
los diamantes que la guardan,
y el oro, que es tierra vil.

JACOBO

Y ¿no hay otro medio?

PEDRO

 Yo
no lo alcanzo.

JACOBO

Conque al fin
será preciso.... ¿Y si ella
lo llegase á presumir....

PEDRO

No es fácil.

JACOBO

Enhorabuena.
Vé en busca de Benjamín
y aquí os espero.... Mil doblas
le pedirás.

PEDRO

Lo haré así.

ESCENA V

JACOBO

No lo sabrá.... La fortuna
no siempre ha de ser contraria,
y las manos de un judío,
aunque profanen, no manchan.
Presto volverá á las mías,
para que de ellas no salga,
esta prenda de tu amor,
que un rico tesoro guarda.
Estos hermosos cabellos,
que blando perfume exhalan,
y mil veces resbalaron
sobre tu desnuda espalda,
tornarán, yo te lo ofrezco,
porque consuelan mis ansias
cuando, ausente de tus ojos,
dolientes mis horas pasan.

(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo
y llega á la casa de Bernardo.)

¿Qué es esto? Un hombre que oculta
en el embozo la cara,
paró á su puerta: sospechas....
¿Quién puede ser? Ahora llama.

(La puerta se abre, y el embozado entra como recatán-
dose.)

¡Le abren! El diablo me lleve
si aquesto no tiene trazas
de amorosa cita.... ¡Cielos!

¡Infiel ella! ¡Mariana!
No es posible; mas lo cierto
es que entró, que le aguardaban....
¡Oh! Yo también entraré,
así veré si me engaña.

(Va á llamar y se detiene.)

¡Ah, que los celos me ciegan!....
¿No puede entrar en su casa
hermano, padre ó marido?...
Pero dudarle no basta.

ESCENA VI

JACOBO, PEDRO é ISAAC BENJAMÍN

PEDRO

Isaac Benjamín.

JACOBO

Bien vengas,
judío.

ISAAC

Que os guarde Dios.
Hame dicho este criado
que con mucha precisión
necesitabais mil doblas
sobre alhajas de valor.
La cantidad es inmensa;
mas si permitierais vos
que viese la prenda....

JACOBO

Es justo;
mírala.

ISAAC

¡Dios de Jacob!
Bien lo merece; hay diamantes
claros como el mismo sol.
Poco, á la verdad, mil doblas
para tal alhaja son;
y si queréis....

JACOBO

No, me basta.

PEDRO

¡Sacáis el cabello?

JACOBO

No;

así para rescatarlo
será el conato mayor.

ISAAC

Tomad y contad.

ESCENA VII

(Mientras Jacobo cuenta el dinero, salen de la casa
Bernardo y el embozado.)

BERNARDO

Ya sé....

Conozco mi obligación
y quedaréis satisfecho.

PEDRO

(Á Jacobo.)

Dos hombres salieron.

JACOBO

¡Dos!

Mira y disimula.

BERNARDO

Pero

os advierto, monseñor,
que si á todo me convengo,
al precio que decís, no.

(El embozado le da un bolsillo.)

Fuí soldado, y en mi pecho
late un noble corazón,
y os juro que no me agrada
herir con golpe traidor.
Un hebreo no es de cierto
un enemigo feroz,
y en este caso....

(El embozado vuelve á darle dinero.)

Ya veo

que me entendéis: ¿os vais? ¡Oh!
Aun me resta por haceros
la postrera reflexión.
Si he de extraer los papeles
que consigo lleva, estoy
pagado como asesino,
pero no como ladrón.

(Vuelve á darle dinero el embozado.)

PEDRO

Si nos ven....

JACOBO

Disimulemos:
cabal está.

PEDRO

Alzad la voz,
no noten que recelamos.

JACOBO

Isaac Benjamín, adiós.

(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama
la atención de Bernardo mostrándole con la mano al ju-
dío. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando
que lo ha comprendido. El embozado se va.)

ISAAC

Adiós, noble joven.

BERNARDO

Vaya,
que casualidad mayor....

(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)

JACOBO

¿Quiénes pueden ser?

PEDRO

Su hermano
es el uno de los dos
sin duda.

JACOBO

¿Cómo has sabido....

PEDRO

Hace un instante, mas no
todo lo que yo quisiera.

JACOBO

Pero en fin....

PEDRO

Supé que son
de pobre origen....; él vive
á costa de su sudor,
que es un armero.

JACOBO

Imposible.

PEDRO

Yo no alcanzo esa razón;
sin embargo, para luego
lo preguntaré mejor.

JACOBO

Pienso que baja.

PEDRO

Cuidado

con revelarla que vos
indagáis.....

JACOBO

Ni una palabra:
no te alejes.

PEDRO

Cerca estoy.

ESCENA VIII

Sale MARIANA

JACOBO

Te veo al fin.....; ya creía
que no vinieses.

MARIANA

¿Por qué?

¿Es tan tarde?

JACOBO

Sí, á fe mía,
que sin tu luz no vivía
todo el tiempo que esperé.
La impaciencia es un dolor
si nace de tal amor
como éste que el alma abriga,
que da tormento y fatiga
sólo porque da temor.

MARIANA

(Con melancolía.)

Jacobo, ¿tanto me amáis?

JACOBO

¿Eso preguntáis, señora?

MARIANA

(¡Gran Dios!)

JACOBO

¿Acaso dudáis.....

MARIANA

Dudar, dudara en buen hora.

JACOBO

¿Eso decís, y lloráis?
Mal haya quien de esos ojos
causa los duros enojos.....
¿Quién, señora, te ofendió?

MARIANA

Nadie, sino quien buscó
placeres y encontró abrojos.
Yo misma soy de mi mal
la causa, que loca, insana,
alimenté criminal
una pasión inhumana
que habrá de serme fatal.
Y al fin, es llegado el día
temido, aunque no esperado.....;
llegar por fuerza debía,
y nuestro amor, descuidado,
eterno el placer creía.

JACOBO

Habla: ¿qué puede en el mundo
nuestro afecto contrastar?
¿De qué nace ese pesar
que con dolor tan profundo
miro en tus ojos brotar?
Celoso, adusto y sombrío,
¿tiraniza tu albedrío
de algún marido el rigor?
Dilo, y el enojo mío.....

MARIANA

Es más honesto mi amor.

JACOBO

Perdona si te ofendí,
que nunca supe quién eres

por más que lo pretendí:
siempre sois todas así
misteriosas las mujeres.

MARIANA

Sí, misteriosa, es verdad,
pero es un secreto horrible.....
Niña, en mi mejor edad,
sobre mí pesa terrible,
funesta fatalidad.

JACOBO

Dilo, pues.

MARIANA

Nunca.

JACOBO

¿Por qué?

MARIANA

Es imposible.

JACOBO

Y no más
que esa razón..... ¡Oh! Ya sé
por qué otra razón no das.....

MARIANA

No lo sabes.

JACOBO

Sí, sí, á fe.
¿Quién lo duda? Arrepentida
de amarme, en otra pasión
acaso el alma engreída.....

MARIANA

¿Eso piensas?

JACOBO

¡Fementida,
nunca esperé tal traición!

MARIANA

¡Calla! ¿No te amo? Si fuera
eso que dices verdad,
ni estas lágrimas vertiera,
ni en mi doliente ansiedad
por ti mi vida expusiera.

JACOBO

¡Tu vida!

MARIANA

¿Sabes que el cielo
puso un muro entre los dos?

JACOBO

No lo sé, pero recelo
que estáis gozando, ¡por Dios!
en doblar mi desconsuelo.
¿Quién hay que pueda romper
tales, tan sagrados lazos?
Sutilezas de mujer,
que dan al alma placer
para romperla en pedazos.
Gozáis en vender amores
á precio de un corazón,
y con halagos traidores
guardáis entre blancas flores
el veneno y la traición.

MARIANA

¡Jacobol!

JACOBO

Bajando estás
los ojos avergonzada.

MARIANA

¡Esto, Dios mío, esto más!

JACOBO

Mariana....., adiós.....

MARIANA

¡Desdichada!

JACOBO

¡Para siempre adiós!

MARIANA

¿Te vas?

JACOBO

Tú lo quieres.

MARIANA

Mas dudando

de mi amor.... Dudar así....
¿No ves lo que estoy pensando?

JACOBO

Decidme, pues....., ¿hasta cuándo
queréis burlaros de mí?
Ya sé, señora, ya sé
que sois llorando funesta,
y esa mi desdicha fué,
que el alma, la vida y fe
aquese llanto me cuesta.

MARIANA

Oid..... La suerte importuna
no como á vos me halagó,
y es tan obscura mi cuna,
que no habrá mujer ninguna
tan humilde como yo.
Y aunque es verdad que os adoro
y que este amor es mi vida,
Jacobo, tampoco ignoro
que profano mi decoro
viviendo en él engreída;
porque con tanta afición,
no siendo mi suerte igual
aunque igual mi corazón,
ser tu esposa fuera un mal,
y ser tu amante un baldón.

JACOBO

¿Quién eres, pues?

MARIANA

Ahora bien,
dudes de mi afecto ó no,
júzgueslo amor ó desdén,
vete en buen hora..... También,
también á sufrir voy yo.

JACOBO

Espera.

MARIANA

No, no es posible
aquí ya permanecer.

JACOBO

Tanta perfidia, ¿es creíble?

MARIANA

Vete, Jacobo; es terrible
el amor de esta mujer.

JACOBO

Has de oirme.

MARIANA

Presto, acaba.....

JACOBO

¿Piensas tú que mi pasión
blasones en ti buscaba,
ni otra cosa demandaba
que ternura y compasión?
¿Qué importan nobleza y oro
cuando hay amor y virtud,
y ese tan rico tesoro
que en ti frenético adoro,
de hermosura y juventud?
Habla....., y si puede bastar
mi mano á satisfacerte,
únanos luego el altar,
si no es que quieres gozar
en mi desdicha y mi muerte.

MARIANA

¿Juras al Dios soberano,
que es de tu oferta testigo,
darme de esposo la mano?

JACOBO

Déme severo castigo
si juro su nombre en vano.

MARIANA

Espera.....

JACOBO

¿Viene alguien?

MARIANA

Sí;

¿ves un bulto?

JACOBO

¿Quién será?

MARIANA

Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!
Que se acerca, vete ya.

JACOBO

Observaré desde allí.

ESCENA IX

BERNARDO y MARIANA

BERNARDO

¡Marianal

MARIANA

¡Tú tan presto!....

BERNARDO

¿Te sorprendes?

¿No me esperabas, di?

MARIANA

No.

BERNARDO

Y entre tanto

acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,
no será, como de antes, sin encanto.

MARIANA

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO

Por ventura,

¿no me he explicado bien?

MARIANA

Cierto....

BERNARDO

¿En qué pasas
las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA

¿En qué, si no en rezar?

BERNARDO

Bien lo comprendo;

y por esa razón á tales horas,
buscando más sublime santuario
y más sublime altar, habéis salido
del humilde oratorio solitario....,
mas no á citas de amor.

MARIANA

Tales sospechas....

BERNARDO

Sospechas.... ¡Oh! Tomad.

MARIANA

¡Cielos! ¿Qué veo?

BERNARDO

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA

Y ¿cómo pudo
á tus manos venir?

BERNARDO

No sé; mas mira,
mírala bien, hermana: es una prenda
de tiernísimo amor; mira que guarda
de tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA

Yo....

BERNARDO

¿No son estos, dí, los rizos bellos
que engalanaron tu nevada frente?
¿No es ésta la color de tus cabellos?

MARIANA

¡Bernardo!....

BERNARDO

Y esta joya que tu hermano,
prenda de su querer, te dió en un día,
prenda es de liviandad, de amor insano,
que hoy atestigua la deshonra mía.

MARIANA

¡Deshonra! No es verdad: pura y sin man-
fué mi pasión, Bernardo: este cariño, [cha
que inundó el alma de inefable encanto,
es virginal, como el amor de un niño.

BERNARDO

¿Quién lo duda? Es verdad que no pagaron con igual expresión tan tierno afecto, que tu inocencia y tu candor burlaron. ¿En qué mano presumes que esa joya por desgracia encontré?

MARIANA

Dime; no acierto tanta infamia á creer.

BERNARDO

¡Oh! El desdichado, no más me infamará.

MARIANA

¿Quién es?

BERNARDO

Ha muerto.

MARIANA

¡Ah, por mi culpa!

BERNARDO

No; morir debía: no le mató tu amor ni mi venganza....., fué su desdicha y la desdicha mía.

MARIANA

¿Qué has hecho?

BERNARDO

¿No lo sabes? ¿No sospechas á qué grado de infamia y desventura tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado por ti, por tu cariño, la memoria [rado? de un padre y de una madre ha deshonorado?

MARIANA

¡No lo digas, por Dios!

BERNARDO

Esto te asusta, y sin embargo, hermana, en el delito siendo conmigo igual, eres injusta. Ambos su tumba sin pudor manchamos; ambos escarnecimos su memoria.....; ambos también es fuerza que muramos.

MARIANA

¿Es un crimen amar?

BERNARDO

¿Y si el infame burlase tu candor?

MARIANA

No, no es creíble.

BERNARDO

Mas si fuese capaz.....

MARIANA

¿No eres mi hermano? Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO

Esto debe acabar: harto, Mariana, celoso de tu honor y tu inocencia, espíe tus quiméricos amores.....; tu soberbia ambición y tu imprudencia han colmado mi vida de dolores. Sí; en esas noches para mí sombrías y hermosas para ti, cuando amorosa á tus placeres ciega te entregabas, y sin pudor, en hora silenciosa citas de amor á tus galanes dabas, presa yo en tanto de infernal martirio, como el tigre tus pasos acechaba, espiondo el momento del delirio. Andrea Foscarini, el noble joven, más que noble galán, de su señora á la cita acudió.....; su pobre madre, su triste fin desconsolada llora.

MARIANA

¡Tú fuiste.....

BERNARDO

Aquel Filippo Trevisano, opulento señor, turbó de nuevo tu corazón, haciendo que olvidases el triste fin del mísero mancebo. También era una noche bien oscura, bien oscura, ¡por Dios! cuando acudía á la cita fatal.....; combate horrible fué aquél, porque su brazo era valiente y era afrontarle, á la verdad, terrible.

Pero conmigo la razón luchaba.....; cayó.....

MARIANA

Filipo....., ¡tú....., tú le mataste....., tú mataste á los dos!..... Lo sospechaba. ¡Oh! ¿Conque á mí tan sólo en este mundo me es vedado el amar?.....

BERNARDO

Mal lo comprendes.

¿Por qué, ambiciosa y ciega, al amor torpe de esos nobles sin fe sólo te enciendes?

¿Sabes que hay una ley, una barrera que á los hombres separa? Ésa es la cuna, y es el oro también: ¿cuál es, Mariana, cuál es tu nacimiento y tu fortuna?

Mas si la valla quebrantando alguno, tu altivo origen olvidar parece, máscara es ésa que engañoso toma; milano es, que desciende de su altura por devorar la tímida paloma.

Mas no temas jamás, mientras yo viva, que la valla quebranten: si el milano en derredor de ti su vuelo tiende, á su pesar conozca que la garra del águila altanera te defiende.

MARIANA

Sí, dices bien; á tanto desvarío es fuerza renunciar.

BERNARDO

Pero esta noche, ¿no esperas, di, al galán?

MARIANA

Bernardo, entremos; ya más no le he de ver.

BERNARDO

Yo lo aseguro.

MARIANA

Ven.

BERNARDO

Yo le espero aquí,

MARIANA

¿Qué dices? Calla.....

Ya no vendrá esta noche, te lo juro.....

BERNARDO

Entra; yo aquí me quedo.

MARIANA

No.

BERNARDO

Si temes mi indignación, aparta; porque airado no sea que en ti misma ensaye el golpe que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA

¡Oh! No me apartaré.

BERNARDO

(Sacando el puñal.)

Pues bien.....

MARIANA

(Huye dando un grito.)

¡Dios mío!

JACOBO

(Sale.)

Yo te defiendo.

MARIANA

¡Ay, huye!

BERNARDO

¡Miserable!

PEDRO

Venid.....

MARIANA

¡Huye, Jacobo!.....

BERNARDO

Estamos solos.....

Desnudad vuestra espada.....; ved que arde lleno el pecho de saña.

JACOBO

Es imposible.....

Con vos no he de reñir.

BERNARDO

¡También cobarde!

JACOBO

Cobarde, no.

BERNARDO

Pues bien, aunque no lidies,
¡te mataré, villano!

JACOBO

Bueno fuera,
á no estorbarlo yo.

BERNARDO

Pronto veremos.
cómo lo evitarás.

JACOBO

De esta manera.

(Vase.)





ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

JACOBO y MARIANA

JACOBO

¿Recelar puedes de mí,
que te salvo de un tirano?

MARIANA

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO

No obrara un verdugo así.
Pero está bien; tu escondite
á acertar no ha de valer,
por más que todo el poder
del infierno solicite.

Y aun si cupiera en tu amor
un pequeño sacrificio....

MARIANA

Ya va por el precipicio
por lo menos el honor,
y prenda le creo, á fe,
si no buena, suficiente.

JACOBO

Perdona; anduve imprudente.

MARIANA

Y otra además te daré.
Si en ganar este aposento
temerosa consentí,
en que me guardes aquí
enamorada consiento.

JACOBO

¡Oh! Y en él te defendiera
del mundo entero, á fe mía,
porque eres mi luz, mi día ...

MARIANA

¡Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusión
de estrepitosos placeres,
has de abrir á cien mujeres
las puertas del corazón.

JACOBO

Mariana, ó no te conoces
ó te ha mentido tu espejo;
pídele ¡por Dios! consejo,
que ha de desmentirte á voces.

MARIANA

Muchos lo mismo me han dicho
creyéndome más liviana;
pero al fin de una semana
tuvieron otro capricho.
Si tú, como ellos, un día....
Aparta, sueño importuno.

JACOBO

¡Oh! Nunca te amó ninguno
con tan ciega idolatría;
hasta el birrete ducal
que el mismo Dax me ofreciera,
sin ti, amor mío, creyera
que me sentaba muy mal.

MARIANA

Dime, Jacobo, si sientes

lo que diciéndome estás;
 mas tal vez mañana vas
 á confesarme que mientes.
 Cuando, sin vida tu padre,
 libre y poderoso seas
 y placer que no poseas
 no encuentres cómo te cuadre;
 cuando, Jacobo, en tutela
 sea el conde Dagolino,
 ¿no celará su destino
 de quien ahora no le cela?

JACOBO

Destino no habrá mayor
 que adorarte, y en verdad
 que he de hacer con vanidad
 ostentación de tu amor.
 Todos, al pasar corriendo,
 y en derredor agolpados,
 curiosos y embelesados,
 «¡Cuán hermosa!» irán diciendo.
 Envidia de las mujeres,
 ídolo de los galanes,
 tú causarás sus afanes
 y amargarás sus placeres.
 Acecharán despechadas,
 cuando de tu casa sales,
 las plazas y los canales,
 dejándote, avergonzadas.
 ¡Oh! ¡Por Dios, que es gran placer
 el orgullo en la hermosura!

MARIANA

Revélase á tal pintura
 cuanto tengo de mujer;
 porque.... lo has adivinado,
 sí, todas somos lo mismo:
 orgullo, amor, egoísmo,
 guarda el corazón cerrado.
 ¡Oh! Y frenéticas de amor,
 hay momentos en que diéramos
 cuanto amor hallar pudiéramos,
 por un chal, por una flor.

(Pensativa.)

Mas....

JACOBO

¿En qué piensas, mi vida,
 que, con secretos enojos,
 se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA

Si esa pasión fué fingida;
 si pasado un mes, un año,
 fastidiado al fin de mí.....,
 dímelo, Jacobo, aquí:
 ¿me matará un desengaño?

JACOBO

¿Qué dices, Mariana?

MARIANA

Mira,

tal vez en este momento
 en mil locuras consiento;
 mas mi amor me las inspira.
 Yo puedo, por no perderte,
 mirando á tu vanidad,
 mostrarme por la ciudad,
 satisfecha con quererte.
 Aquí tus propios amigos,
 mas que su necio murmullo
 harto le pese á mi orgullo,
 serán de tu amor testigos.
 Si lo quieres, por tu dama,
 por tu sierva pasaré:
 todo, sí, lo arrostraré,
 que nada pesa á quien ama.
 Mas si tras tanta pasión,
 tras tanto envilecimiento,
 traidor otro pensamiento
 te asaltara el corazón;
 si un día, tal vez, villano,
 como á esclava me despides,
 entonces, ¡oh! no te olvides
 de que he tenido un hermano.

JACOBO

(Aparte.)

Altiva es la muchachuela,
 y ¡juro á Dios que me place!
 De viento castillos hace;
 mas ardimiento revela.

(Alto.)

Estás de sueños, Mariana,
 y de quimeras hablando;
 ¿por qué siempre recelando
 estar hoy para mañana?

MARIANA

Con ese temor no puedo,

Jacobo, celosa soy;
siempre tras tu sombra voy,
mas de perderla con miedo.
Mozo, audaz, enamorado,
hoy todo el amor lo vence;
mas temo que te avergüence,
rico y noble, lo pasado.

JACOBO

Avergonzarme, y ¿de qué?
¿De adorarte, vida mía,
cuando altares alzaría
para prendas de mi fe?

MARIANA

Mas deliramos, ¡por Dios!
¿Y mi hermano?

JACOBO

No dará
dónde el escondite está,
si lo queremos los dos.

MARIANA

Él descubre cuanto pasa,
Jacobo, en toda Venecia.

JACOBO

En poco su vida aprecia
si acierta con esta casa.

MARIANA

Es valiente.

JACOBO

Y noble soy.

MARIANA

Es celoso.

JACOBO

Y soy amante.

MARIANA

Él te seguirá constante.

JACOBO

Yo tras él constante voy;
y aparta todo recelo,
que, pues yo te guardo aquí,

no tendrán rastro de ti
ni las estrellas del cielo.

MARIANA

Mas fuera lance cruel
que, por guardarme de más,
celándote de él, quizás
dieras más pronto con él.

ESCENA II

JACOBO, solo.

Me siento cada vez más hechizado,
más orgulloso cada vez me siento,
y cuanto más me arriesgo enamorado,
más crecen imposibles á mi intento.
Jorge, Maffei y Tiépolo, decían:
«Nada conseguirás de esa altanera»;
y de un empeño tan tenaz reían
y ha reído á su vez Venecia entera.
¡Oh! La verán de mi pasión vencida,
avergonzados la verán, lo juro.....;
mas ¿dónde? En esta cámara escondida,
en este negro calabozo obscuro.
Heme aquí vencedor, á quien condenan
á esconder con vergüenza su victoria,
pues que opuestas razones hoy me orde-
[nan

callar á un tiempo y pregonar mi gloria.

(Llamando.)

Pedro....

ESCENA III

JACOBO Y PEDRO

PEDRO

Señor....

JACOBO

¿Has oído?

PEDRO

Alguna cosa entendi,
y por cierto que no vi
galán más comprometido.

JACOBO

¿Me ama?

PEDRO

Con el alma toda.

JACOBO

Y ¿en todo consentirá?

PEDRO

Eso, el tiempo lo dirá,
y todo el mundo en la boda.

JACOBO

¿Qué estás de boda diciendo?

PEDRO

¡Cómo, pues! ¿No os casaréis?

JACOBO

No.

PEDRO

Pues vos os lo veréis,
que yo por mí no lo entiendo.

JACOBO

Basta de chanzas por hoy,
y un buen consejo me da.

PEDRO

Yo, señor, no alcanzo ya
otro alguno, por quien soy.

JACOBO

¿Eso respondes, por Dios?
¿Acaso, bribón, no fuiste
quien robarla propusiste?

PEDRO

¿Por qué lo aceptasteis vos?
Dijisteis que era tan bella,
que era tan irresistible,
que dabais por imposible
vivir un punto sin ella.
Dijisteis que por su amor
daríais el Paraíso.....,
y juzgué que era preciso
dárosela al cabo, señor.

No hallo de que os irritéis
porque os serví, causa alguna;
dijisteis, es mi fortuna.....
En la mano la tenéis.

JACOBO

Eso..... siempre se habla así.....,
pero se entiende de modo.....

PEDRO

Es que yo lo entiendo todo
como me lo hablan á mí.

JACOBO

Ponte, Pedro, en la razón,
y hablemos claros: testigos
quiero á todos mis amigos
hacer de mi posición.
Todos me dieron en ojos
con mi amante vanidad,
y ahora me importa, en verdad,
pasársela por los ojos.

PEDRO

Pues casaros no queréis,
por imposible lo tengo.

JACOBO

En lo difícil, convengo.

PEDRO

Vale más que lo dejéis.

JACOBO

¿Dejarlo? ¡Por vida mía,
que estás de sobra importuno!
¿Pescador hubiera alguno
que á tal se resolvería?
¿Dejarlo cuando ya está
toda Venecia en acecho,
y si no dan con lo hecho
van á los alcances ya?
Me apedrearán en Rialto,
y á fe que lo mereciera,
que al menos, confesar era
que vivo de aliento falto.

PEDRO

Si tan decidido estáis,
yo sé en ello lo mejor:

dad desde hoy á vuestro amor
cuanto escándalo podáis.

JACOBO

¿Eso propones?

PEDRO

Sois noble,
esperáis grandes riquezas,
y á empezar vuestras gran lezas
tenéis con derecho doble.
Si fuerais un gondolero,
un soldado, ya se ve,
contra ello clamara, á fe,
el Dux y el Estado entero.
Pero en vos no será nada,
yo sé que os lo aplaudirán;
á lo más, lo más, dirán
que es una calaverada,
y tenéis tantas á cuenta,
que poco importa una más.

JACOBO

No me ha importado jamás
por una ni por sesenta.
Mas fuera necia locura
sin extrema precaución,
dar tamaña ostentación
á tan audaz aventura.
Pero aun con suerte leal,
sería ese intento vano:
ese maldito de hermano,
¿no tiene en los sesos sal?

PEDRO

Con oro....

JACOBO

Será altanero,
y si en honra no ha nacido,
¿qué villano no ha creído
que fué siempre caballero?

PEDRO

Si vano el oro desprecia,
con acero se le paga.

JACOBO

¡Vil, te atreves....

PEDRO

¡Oh, si hay plaga
de acreedores en Venecia!
En no pudiendo cobrar,
el que primero se atreve,
ó el deudor mata al que debe,
ó el otro al que ha de pagar.

JACOBO

Y ¿tal, villano, propones
á Jacobo Dagolino?

PEDRO

Cada cual va á su camino,
y hay quien le anda á tropezones.
Consejo me habéis pedido,
y os he dado mi consejo;
á voluntad os lo dejo
y nada habemos perdido.
Quisisteis pronto llegar,
y por el atajo eché;
si torpe el camino erré,
aun se puede remediar.

JACOBO

Hacer de una muchachada
un lance tan criminal,
nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO

Perdonad....

JACOBO

Va perdonada.

PEDRO

Pero cosa tan mezquina
hallar un acreedor es,
que se encuentra á dos por tres
á vuelta de cada esquina.

JACOBO

¿Aun piensas, infame, en ello?

PEDRO

Luego, anda tanto matón,
tanto hidalgo valentón
que riñe por un cabello....;
y en fin, no es, señor, mi intento

dudar un punto de vos,
mas, aquí para los dos,
me da este asunto tormento.
Tengo un no sé qué.....

JACOBO

Despacha,
¿tienes miedo?

PEDRO

Acaso, acaso.....;
y me temo algún mal paso
al fin con esa muchacha.

JACOBO

Acaba y no me atormentes;
¿qué temes, di, qué recelas?

PEDRO

Todas esas muchachuelas
son tan ligeras de mientes,
que si á sospechar llegara
que es vuestro amor, amor puro,
sólo amor.....

JACOBO

¿No estás seguro
tal vez de que lo arreglara?
¡Oh! Nada hay ya que temer;
presa en mis lazos cayó,
y el medio poseo yo
de guardar á una mujer.

PEDRO

No confiéis demasiado,
que tal vez la confianza,
á muchos, con la esperanza
en las manos ha dejado.
Sin darla que sospechar
no podéis, en mi opinión,
cerrarla puerta y balcón
prohibiéndola mirar.
Y una seña á una ventana,
á media noche un gemido,
un guante, un pipel caído,
puede perderos mañana.

JACOBO

Si llegase á tal extremo,
mi espada, ¿no va conmigo?

PEDRO

Todo el cielo me es testigo
de que por vos nada temo.
Mas cosa que desatina
tener acreedores es,
y es fácil, á dos por tres
hallar uno en cada esquina.
Y bueno es pensar en ello
cuando anda tanto matón,
tanto hidalgo valentón
que riñe por un cabello.

JACOBO

No vas del todo sin tino,
y algo pesan tus razones.

PEDRO

Si es mejor dar tropezones
que no dar con el camino.
Porque si el maldito hermano
quisiera reñir con vos,
sé muy bien que entre los dos
lo arreglarais mano á mano.
Pero eso de consentir
en ponerse de vigía,
toda una noche y un día,
para no veros venir;
eso de andar destacado
buscando siempre un objeto,
y no dar con un sujeto,
y volver desatinado
corriendo de Ceca en Meca,
para venir á parar
en que acaban de sacar
un cadáver del Giudecca,
yo, señor, siento temello,
mas lo temo y me aniquilo....
(Tengo la vida en un hilo
mientras Bernardo ande en ello.)

JACOBO

Mas otro medio no ocurre,
una enfermedad, un viaje,
la variación de paraje,
la necesidad.....; discurre.

PEDRO

Pues, señor, no doy con él:
mientras que viva el hermano,
cuanto se haga será en vano.

JACOBO

¡También es lance cruel!

PEDRO

No paséis por ello pena;
lo haremos entre los dos,
y yo arreglaré con Dios
nuestra cuenta mala ó buena.
Yo buscaré á Juan Dandolo,
y por corta cantidad,
esta noche en la ciudad
hallará á Bernardo solo.
Juan sabe bien su papel;
beberán juntos quizás,
y unas palabras no más
tendrá en la calle con él.

JACOBO

Y yo he de pagar....

PEDRO

No, no:
vos me hacéis adivinar
dónde oro queréis dejar,
y de allí os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
vos nada tenéis que hacer,
y yo habré de responder
á más, de haberos robado.

JACOBO

¡Imposible!

PEDRO

Pues mirad
que temo por vuestra vida
al demonio-está vendida;
tened de ella caridad.
Y á más, ¿qué adelantaréis
con tenerla aquí encerrada,
cuando nadie creará nada
por mucho que lo contéis?

JACOBO

Pero al menos, si eso fuera,
por ejemplo, en desafío.....

PEDRO

Si así es mejor, no porfío;

que sea de esa manera.
Mirad por ese balcón.

(Va á una ventana.)

¿Veis en aquel esquinazo
un embozado, que un brazo
posa en el guardacantón?

JACOBO

Lo veo.

PEDRO

¿Le conocéis?

JACOBO

No, por cierto.

PEDRO

Es Juan Dandolo:
parece puesto allí sólo
para que vos le llaméis.

(Coge de una mesa la bolsa.)

Vuestra bolsa os he cogido;
de un salto en la calle estoy;
llamo, pide, cuento, doy,
y negocio concluído.

(Vase de repente.)

JACOBO

Tente, Pedro..... (Y ¡vive Dios,
que al cabo razón le sobra!
Él se atribuye la obra;
él responda por los dos.)

ESCENA IV

JACOBO, y vuelve PEDRO

PEDRO

Aquí le tenemos.

JACOBO

No verle me importa.

PEDRO

Pues bien, retiraos.

JACOBO

¡Con tiento, por Dios!

PEDRO

Será, lo prometo, conferencia corta.
Llevaos adentro la niña con vos;
cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO

De mí te confía.

PEDRO

Podéisla contar
un cuento bien largo, que el tiempo apro-
[veche.
Si no, dadla celos y hacedla rabiar.

ESCENA V

PEDRO. BERNARDO con máscara y distinto traje
del que usó en el acto anterior.

BERNARDO

En vela he pasado la noche y el día:
¡ay de ellos, si necios la guardan aquí!

PEDRO

Entra.

BERNARDO

¿Qué me quieres?

PEDRO

De grande cuantía
á darte un encargo te llamo.

BERNARDO

Paes di.

PEDRO

La máscara deja; sepamos quién eres.

BERNARDO

Si cumplo contigo, no importa quién soy.

PEDRO

¿Que arriesgue un secreto á tu máscara
[quieres?

BERNARDO

Mi rostro es muy feo; mi nombre te doy.

Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquésta;
más señas no tengo que aqueste puñal:
ve, pues, si te basta, y el oro me apresta:
si es grande el empeño, será el premio
[igual.

PEDRO

Empeño..... no hay mucho: la muerte de
se quiere en secreto. [un hombre

BERNARDO

¿Es noble?

PEDRO

Tal vez.

BERNARDO

¿Del pueblo?

PEDRO

Artesano.

BERNARDO

Veamos su nombre.

PEDRO

Veamos si aceptas.

BERNARDO

Me sobra altivez.

Si es pobre y plebeyo, me niego del todo,
que indigno es por ello gran suma exigir,
y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO

Pecó.

BERNARDO

Que se enmiende; dejadle vivir.

PEDRO

A un noble ha ofendido; que muera le
Ve si has de matarle. [cuadra.

BERNARDO

Cobarde es, á fe.

PEDRO

¿Cobarde?

BERNARDO

¿No sabes, á un perro que ladra,
con qué se castiga?

PEDRO

¿Con qué?

BERNARDO

Con el pie.

PEDRO

Es perro que muerde.

BERNARDO

¿Valiente?

PEDRO

Y de bríos.

BERNARDO

Pues ve si le nombras.

PEDRO

Si aceptas me di.

BERNARDO

Ya estás importuno: los bravos son míos;
huelgo en que resistan.

PEDRO

¿Qué dices?

BERNARDO

Que sí.

PEDRO

¿Lo juras? ¿Palabra me empeñas?

BERNARDO

La empeño.

PEDRO

Si dudas sabiendo.....

BERNARDO

Jamás dudé yo.

PEDRO

Pues toma.

(Le alargó un bolsillo.)

BERNARDO

Que excuso dirás á su dueño.

PEDRO

Son doblas y en oro.

BERNARDO

Después, ahora no.

PEDRO

Bizarro eres.

BERNARDO

Ya lo ves.

PEDRO

En tal caso, ¿está acabo
el negocio?

BERNARDO

De contado;
mas dime el hombre quién es.

PEDRO

Pues tu palabra te aprieta,
quitarás la luz del cielo
á Bernardo Caravello,
espadero en la Piazzetta.

BERNARDO

(Aparte.)

Aquí estaba, no mentí;
mis celos fueron leales:
mas no son tantos los males
cuando me tienen aquí.
¡Vive Dios!.....

PEDRO

¿Dudando estás?

BERNARDO

No, pero en verdad que siento
que me cueste un juramento,
un Caravello no más.

PEDRO

Luego ¿le conoces bien?

BERNARDO

Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO

Pues ve que nos interesa
que presto muerte le den.

BERNARDO

Se la darán.

PEDRO

Por si acaso,
y pues que su nombre sabes,
calcula antes que le acabes
la dificultad del caso,
y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO

Casi de balde lo hiciera,
que he pensado en que muriera
ese hombre, más de una vez.

PEDRO

(Mostrando la bolsa.)

Cien doblones.

BERNARDO

Hartos son,
y aun temo no merecellos.

PEDRO

¿Dónde?

BERNARDO

(Con intención.)

Aquí; vendré por ellos
cuando traiga la razón.

PEDRO

Conque.....

BERNARDO

Pronto morirá.

PEDRO

¿Cuándo?

BERNARDO

Antes de media hora,
que sé que en acecho ahora
á pocos pasos está.

PEDRO

Doble el premio será así,
y no temas ser muy cruel.

BERNARDO

Pronto doblarán por él.....
(como no doblen por ti).

(Vase.)

ESCENA VI

PEDRO. Luego JACOBO

PEDRO

Estamos al cabo, la cosa está hecha,
podremos al menos seguros vivir.
¡Qué diablo! La cuenta será un poco es-
[trecha,
que cuanto más tiempo, más hay que aña-
[dir.

JACOBO

¿Está concluído?

PEDRO

Sin duda; es asunto
que notas no admite ni en contra ni en
[pro.

JACOBO

Conque el pobre mozo.....

PEDRO

Contadle difunto.

JACOBO

Por valiente pasa.

PEDRO

Decid que pasó.
Ya con Caravello su odio es antiguo,
y en pagar su muerte le hicimos merced;
en sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO

¿Lidiarán acaso?

PEDRO

Lo harán de una vez.

JACOBO

¿Le diste las doblas?

PEDRO

Tomarlas no quiso,
y os pide disculpa.

JACOBO

¿De balde lo hará?

No quiero esa cuenta; pagarle es preciso:
su causa y la mía tal vez mezclará,
y yo con un bravo que mata en la sombra
no pienso hacer nunca mi causa común.

PEDRO

Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO

Es vil asesino, cobarde.....

PEDRO

Según.

Él tiene su fama, su pueblo y su gente,
y hay quien sus hazañas le canta también.

JACOBO

Jamás un infame podrá ser valiente,
y á mí me interesa que el oro le den.

PEDRO

Dijo que en cumpliendo, por ello vendría

JACOBO

Dáselo, y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO

Si no por su infamia, ¿de vos qué sería?

JACOBO

Yo hallara algún medio.

PEDRO

Pudiera que no.

En fin, como quiera, seguros estamos;
no estéis por tan poco cabizbajo así:
ya os dije denantes, que si ambos pecamos,
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO

¡Bellaco!.....

PEDRO

Y al cabo, señor, es lo cierto
que en ello ganamos á medias los dos:
yo, hablando de veras, en miedo del muer-
[to,
y vos, por mis cuentas, el miedo de Dios.

JACOBO

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle;
no vuelva, y Mariana le acierte á encon-
[trar.

PEDRO

(Inclinándose con aire socarrón é hipócrita.)

¿Qué más á este siervo tenéis que man-
[dalle?

JACOBO

(Con severidad.)

Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

ESCENA VII

JACOBO

Acaso el menguado, mejor merecía,
por hombre á lo menos, como hombre
[morir.....;
mas es cuento largo; la culpa no es mía:
bien muerto está el muerto, dejadle dor-
[mir.Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;
¿qué importan los medios si llevan al fin?
Desde hoy en el mundo no habrá más que
[flores:ábreme, pues, mundo, tu libre jardín.
¡Ven, crédula hermosa, que el mundo te
[espera,la gloria te aguarda de un día quizás!.....;
mas breve y liviana, por último es gloria,
y al menos un día dichosa serás.Por ese momento de triunfo mundano,
la vida vendiera y el alma también.....;
mi casa es muy noble, mi padre ya an-
[ciano.....;gran cosa es mi nombre llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
que sacie mi orgullo, mi ciega ambición,
y luego, aunque doble la usura por yerro,
y en prendas me pida mi propio blasón.

ESCENA VIII

JACOBO y MARIANA

MARIANA

¡Tan solo Jacobo aquí,
y tan cabizbajo estás!
¿En qué pensabas?

JACOBO

En ti.

MARIANA

¡Si siempre hicieras así!

JACOBO

Y ¿qué pudiera hacer más?
Esclavo de tu hermosura,
ni un punto del pensamiento
puedo borrar tu pintura;
no pienso un solo momento
más que en tu propia ventura.

MARIANA

Y ¿en qué pensabas ahora
por mi ventura, mi amor?

JACOBO

En que está cerca la hora
de que puedas, quien te adora
nombrar doquier sin rubor.

MARIANA

¡Oh! Loca me has de volver;
tú me engañas.

JACOBO

No, en verdad.

MARIANA

¿Conque pronto?

JACOBO

Podrá ser.

MARIANA

Aun no lo acierto á creer;
no me engañes, por piedad.

Ve que te amo en tal manera,
que consentida ya de ello,
si me faltaras, muriera,
que siento la vida entera
suspendida en un cabello.

JACOBO

¡Engañarte! No, por cierto;
y ¿á qué tan raro capricho?

MARIANA

Si estoy soñando no acierto;
el cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.

JACOBO

Y otras ciento si lo quieres:
vas á ser en tu altivez
de toda Venecia prez,
y rabia de sus mujeres.
En lo noble y poderoso,
pocos se igualan á mí;
á ti, ninguna en lo hermoso;
tú bella y yo generoso,
¿quién no ha de envidiarnos, di?
Mi amor dirá á mi riqueza;
«Dadla plumas, dadla chales,
cuanto quepa en su grandeza»,
y por ver tanta belleza
se poblarán los canales.
Cuando en mi góndola Real
grite á mis esclavos: «¡Sus,
y al agua!», habrá en el canal
quien te haga venia ducal
como á la esposa del Dux.

MARIANA

¡Calla, sin aliento estoy
de placer, calla, por Dios!

JACOBO

Y tanto á aprestarte voy,
que no ha de haber, por quien soy,
quien goce más que los dos.

MARIANA

¡Soy, Jacobo, tan feliz,
tan....

JACOBO

Silencio, pasos sientos,
y ve que el menor desliz,
nuestra fortuna, infeliz
puede hacer en un momento.

(Va á la puerta.)

¡Una máscara! Sin duda....
Mariana, déjame solo;
de ese aposento te escudo,
y estáte allí sorda y muda.
(¿Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA

¿Tardarás?

JACOBO

No; asuntos son
de casa, en que estoy tratando.

MARIANA

¡No me olvide!

JACOBO

Esperando
me queda.

MARIANA

(Y desde el salón,
puedo esperar escuchando)

ESCENA IX

JACOBO y BERNARDO

JACOBO

(Aparte.)

¡Él es!

BERNARDO

(Ayudadme, cielos,
á sujetar mi paciencia.)

JACOBO

(El cielo la dé prudencia
y no despierte sus celos.)

BERNARDO

Guardeos Dios.

JACOBO

¿Qué me queréis?

BERNARDO

Vuestro encargo concluí.

JACOBO

¿Connmigo habláis?

BERNARDO

Con vos, sí.

JACOBO

¿Acaso me conocéis?

BERNARDO

Disimular es en vano;
¿no me habéis buscado vos?

JACOBO

¿Yo buscaros? No, ¡por Dios!

BERNARDO

(Hiere y esconde la mano.)
Sabed, pues....

JACOBO

Más bajo hablad.

BERNARDO

(Aquí está.) Digo que soy....

JACOBO

Más bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO

Soy....

JACOBO

(Dándole la bolsa.)

Bien, comprendo; tomad.

BERNARDO

(Sin duda nos puede oír.)

JACOBO

(Despidiéndole.)

Es negocio concluído.



BERNARDO

(Pues á buscarla he venido,
sin ella no he de salir.)

(Alto.)

Ya pueden desde este punto
darle....

JACOBO

Más bajo, ¡por Dios!

BERNARDO

¿Le habéis muerto acaso vos,
ó teméis aún al difunto?

JACOBO

Idos.

BERNARDO

(Parece que aprieta.)
Me voy, y perded recelo,
que Bernardo Caravello
queda muerto en la Piazzetta.

ESCENA X

DICHOS y MARIANA.

MARIANA

¡Santo Dios, muerto mi hermano!

JACOBO —

¡Sal pronto, impostor, de aquí!

MARIANA

(Con rabia.)

¿Quién mató á mi hermano, di?

JACOBO

(Metiendo mano.)

¡Sal pronto, ó....

BERNARDO

(Quitándose la máscara.)

¡Tente, villano!

MARIANA

¡Ay de mí!

JACOBO

¿Qué es esto, cielo?

BERNARDO

¿No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
á vengar á Caravello.

JACOBO

Pues bien: quienquiera que seas,
uno ú otro, vivo ó muerto,
que digas al fin te advierto,
de una vez lo que deseas.

BERNARDO

De una vez te lo diré:
quiero tu vida ó mi honor;
mira tú lo que es mejor,
que sin ambos no me iré.

JACOBO

Ve tú lo que bien te está,
y consulta tu ambición.

BERNARDO

Corazón por corazón,
y honor por honor me va.
Eso te doy á elegir,
y no hay mucho que dudar;
con ella te has de casar,
ó conmigo has de morir.

JACOBO

Y ¿sabes....

BERNARDO

Todo lo sé,
que como el Dux eres noble,
riqueza posees al doble,
no hay quien te competa, á fe.
Mas sé, aunque es herencia corta,
que tengo honra y tengo hermana,
y pues la tengo villana,
tenerla honrada me importa.

JACOBO

Pues mira cómo ha de ser.

BERNARDO

Todo lo tengo pensado;

darásme un papel firmado,
tomándola por mujer.

JACOBO

¿Y mi padre?

BERNARDO

Morirá,
que está viejo.

JACOBO

Mas primero.....

BERNARDO

Pues no tiene otro heredero,
después de muerto será.

JACOBO

(¡No puedo con mi altivez,
por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO

Ve que mi paciencia apuro.

JACOBO

Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella
sólo por ser condición.

BERNARDO

Pues venga tu corazón.

MARIANA

¡Hermano!

BERNARDO

Los labios sella.

JACOBO

Ven, pues, á beber la hiel
que guarda con tu sentencia.

BERNARDO

Es vana tu resistencia,
que vienen muchos por él.
A una voz, por la ventana
suben cuatro como yo.

JACOBO

¡Villano!

BERNARDO

Villano ó no,
tu corazón ó mi hermana.

JACOBO

Bien está: dame el papel,
y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
mas sí yo le cojo, ¡ay de él!)

BERNARDO

(Dictando.)

Seis meses después de muerto
tu padre, será la boda.

JACOBO

¡Gran pena!

BERNARDO

No es ésa toda.
La condición falta.

JACOBO

Es cierto.

BERNARDO

Y si, esa tregua vencida,
no has salido de tu empeño,
escribe que me haces dueño
de tu honor y de tu vida.

JACOBO

(Y hasta entonces, mentecato,
¿quién te ha dicho que tu hermana
no habrá muerto, y será vana
la condición y el contrato?
¡Oh! ¡Me he de burlar de ti!)

BERNARDO

Firma y cierra ese papel.
Yo me quedaré con él.

JACOBO

(Con ironía.)

¿Está bien?

BERNARDO

Bien está así.

JACOBO

Y ahora, en más seguridad,
pues que al fin me casaré,
casa y nombre la pondré,
con decoro, en la ciudad.

BERNARDO

No lo pienses.


JACOBO

¿Cómo no?

BERNARDO

Guarda tu nombre y tu oro,
que desde hoy, con más decoro
sabré guardártela yo.





ACTO TERCERO

Fin de una cena en el palacio Dagolino.—Algunos de los convidados en trajes de máscara, como venidos desde el baile á la mesa.—En el fondo, á lo lejos, el salón del baile.—Música y tumulto.

ESCENA PRIMERA

DON RAMIRO, JACOBO, MAFFEI, PEDRO, en pie, y seis convidados. ANINA, ROSA, INÉS y otras dos damas.

JACOBO

¡Ja, ja! Don Ramiro, ¿ya os ata la lengua mi lágrima?

MAFFEI

¡Bravo!

UNO

Las copas tomad.

Dejemos á España; que á fiestas es mengua llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO

Dejemos á España; no vale su gente más que para sangre verter en la lid.

OTRO

Decid, don Ramiro: y el noble valiente, después de un combate, ¿no brinda en [Madrid?

OTRO

¿Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO

Mejor estuvieran sus viñas aquí.

MAFFEI

¿No se hacen botellas?

RAMIRO

¿Y aquesto os extraña?
Se templan espadas y lanzas allí.

UNO

Lo dicho: no hablando de sangre y de [guerras,
no hay más en las fiestas de España que [hablar.

RAMIRO

Con sangre regamos allá nuestras tierras y así hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA

Mas hay, según dicen, jardines floridos.

INÉS

Y sotos pomposos.

ANINA

Y dicen también
que al son voluptuoso de blandos sonidos
alegres comparsas de danzas se ven.

RAMIRO

Hurís no se encuentran acaso tan bellas
cual éstas que agora cercándome están;

mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas,
las hay que os causaran un punto de afán.
No hay blondos cabellos, teces de azuce-

[nas
con ojos que roban al cielo su azul;
mas hay serafines con teces morenas,
por quien bota buques al agua Stambul.
Brindemos á España, país de placeres,
do ponen los moros su gloria y su edén.

JACOBO

Brindemos; mas luego, por nuestras muje-
[res,
es fuerza que España nos brinde también.

RAMIRO

Sin duda; no quita el cortés al valiente,
y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO

¡A España, señores, á su ínclita gente!
(Brindan.)

RAMIRO

¡Lágrima y Venecia, que dan libertad!

UNO

(Á Inés.)

Inés, ¿no brindasteis?

OTRO

¿Acaso te dieron
enojo las bellas del suelo español?
No temas, hermosa; yo sé que no vieron,
cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO

Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese vino,
que no bebe el Conde?

PEDRO

De la honda, señor.

JACOBO

Pues rompe su copa, y en vaso argentino
escánciale Chipre, que lo halla mejor.

UNO

(Á Rosa.)

¿En qué piensas, Rosa?

ROSA

En ti.

EL MISMO

¡Por mi vida,
que poco en tu mente posar me creí!
Y ¿á quién debo, dime, tan dulce guarida?

ROSA

Tu voz, ¿en quién deja pensar si no en ti?

EL MISMO

Y ¿quién, de una copa tomando su tono,
á oídos pequeños arregla la voz?
Apróntame Chipre, verás cómo entono
y hago gorgoritos como un ruseñor.

JACOBO

Anina, levanta la copa.

ANINA

Brindemos.

JACOBO

Al viento más suave que sopla en el mar.

ANINA

El brindis extraño.

JACOBO

Pues qué, ¿no sabemos
que Giácomo vuelve?

UNO

Pues es un azar.

¿Y el joven Guarini?

OTRO

Son ambos valientes.

OTRO

El uno á lo menos.

JACOBO

Y el otro.

ANINA

Mas yo.....

EL PRIMERO

Guarini es bizarro.

OTRO

Son algo parientes.

OTRO

Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO

Brindemos primero.

OTRO

Brindemos.

TODOS

Brindemos.

JACOBO

La historia vendrá, de la deuda, después.

UNO

Al viento más manso.

OTRO

Los vasos crucemos.

ANINA

Mas ved, caballeros....

JACOBO

(Á Inés.)

Las copas, Inés.

(Brindis.)

UNO

Ahora, la historia.

ANINA

Mirad bien, señores....

OTRO

Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS

¡La historia!

UNO

No hay cosa como unos amores,
tras de quien el diablo por último da.

Mas ved....

EL QUE HA DE CONTAR

Dos palabras.

TODOS

¡La historia!.... ¡La historia!

UNO

Anina, si al cabo se habrá de saber.

JACOBO

Cuanto antes se sepa, más pronto memo-
no quedará de ello. [ria

OTRO

Por fin ha de ser.

UNO

Bogaba en el Lido ligera una tarde
la góndola *Diana* de Giácomo; en pos,
haciendo en seguirla quimérico alarde,
la iban á lo lejos la pista otras dos.
Giácomo volaba por esos canales,
cada vez bogaba su góndola más.
No tuvo Regatta dos remos iguales,
que siempre las otras llevaba detrás.
Ya casi tocaba la arena olvidada
del puente que presta al palacio ducal,
camino á la cárcel....; paróse cruzada
la *Diana* en el medio del largo canal
Ya sólo alumbraba crepúsculo vago,
y sólo confuso se oía el rumor
del ancho canal que desagua en el lago,
y al lejos del puerto discorde el clamor.
Las góndolas iban cercando á la *Diana*,
cuando ésta, tocando la orilla, posó
en tierra una dama que, huyendo liviana,
á un hombre en la playa por guarda dejó.
Y en vano tras ella á par se lanzaron
dos nobles que guardan las góndolas dos;
la espada, en la orilla, de Giácomo halla-
[ron,
y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS

¡Giácomo!

UNO

¿Y la dama?

EL QUE CUENTA

Silencio; la historia

á tanto no llega.

OTRO

Anina, ¿qué tal?

JACOBO

Señores, ya basta; brindad en memoria de ese que, valiente, venció en el canal.

UNO

A Giácomo brindo.

OTRO

Dios quiera que el viento le traiga cuanto antes con oro y con bien.

JACOBO

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento, que ofusque á Ramiro de España el edén. (Brindan. Don Ramiro y otros convidados se levantan.) ¿Os vais, caballeros?

DON RAMIRO

Y el baile, ¿no espera?

JACOBO

Lo había olvidado.

OTRO

(De los que se van.)

Y vos, ¿no venís?

JACOBO

Desaire á este lágrima hacer no quisiera.

VARIOS

¡Justo!

DON RAMIRO

Confesaos con él.

JACOBO

Bien decís.

(Vanse todos, menos Jacobo y Maffei.)

ESCENA II

MAFFEI y JACOBO

JACOBO

¿Ahí te quedas?

MAFFEI

Ya lo ves.

JACOBO

¿No bailas?

MAFFEI

Cosa es por hoy imposible, porque estoy no muy seguro en mis pies.

JACOBO

No te sirve eso de excusa, que no hay uno ¡vive el cielo! que no tropiece en un pelo.

(Se sienta.)

MAFFEI

(Bebe.)

¡Es fuego este Siracusa! Qué, ¿no te vas?

JACOBO

No, ¡pardiez! Luego iremos al salón.

MAFFEI

Así me harás la razón.

(Bebe.)

Plomo hirviendo es tu Jerez, que convierte la alegría en báquico frenesí.

¡Lágrima, esclavo!

(Bebe.)

Esto sí; esto es néctar y ambrosía.

JACOBO

Alegre estás.

MAFFEI

¿Por qué no?

Y tú desalmado y triste....
Sin duda que no bebiste.

JACOBO

Te equivocas.... ¿Triste yo?

MAFFEI

Mal hicieras.... ¡Oh, el gozar!
¡Ésta es la vida, y reir,
olvidados del morir
y olvidados de pensar;
y aunque mueran en su Abril
mis ilusiones livianas,
y jamás cubran las canas
esta frente juvenil!
Sí; porque quiero llevar
al fondo del ataúd
mi risueña juventud,
sin padecer ni temblar.
Llegue en buen hora mi fin,
mas sucumba como fuerte,
y que me encuentre la muerte
à las puertas del festín.

JACOBO

Tienes razón: yo comprendo
así la felicidad.

MAFFEI

De amores es nuestra edad,
y el amor crece bebiendo.
Brindemos.

JACOBO

Como te cuadre....

¡Vino!

MAFFEI

A mí.

JACOBO

Pues vaya.

MAFFEI

¡Vaya!

A que tanta gloria haya
cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO

Respeto al que ya murió.

MAFFEI

Y ¿qué dice tanto hebreo
que con ardiente deseo
su fin, tal vez, esperó?

JACOBO

Mi fin esperando están.

MAFFEI

¿No pagas deudas?

JACOBO

No pago.

MAFFEI

Da esperanzas.

JACOBO

Eso hago.

MAFFEI

¿No hay oro?

JACOBO

Si ellos lo dan.

MAFFEI

Y ¿apurán mucho?

JACOBO

Sí, á fe;

y aunque mi nombre me escuda....

MAFFEI

¿Quieres pagarlos?

JACOBO

Sin duda.

MAFFEI

Y ¿qué te falta?

JACOBO

Con qué.

MAFFEI

Yo sé un medio.

JACOBO

¿Un medio? ¿Cuál?

MAFFEI

Yo también, á veces, debo....

JACOBO

Adelante.....: eso no es nuevo;
mas la paga....

MAFFEI

Ésa es fatal.
Supón que el hebreo apura....
Le pides luego el contrato
en que firmaste, insensato,
con el préstamo la usura.
De la intención peregrina
nada sospecha el hebreo;
vuela en alas del deseo,
y al dar la vuelta á una esquina.....

JACOBO

Calla.

MAFFEI

Y así halló su fin,
por ser mi acreedor tan sólo,
á manos de Juan Dandolo,
el buen Isaac Benjamín.

JACOBO

¿Tú fuiste?

MAFFEI

¿Qué?

JACOBO

¿Sabes, di,
todo el mal que así me has hecho?
El golpe que hirió su pecho,
también me ha alcanzado á mí.

MAFFEI

¿De veras? ¡Lance gentil!

JACOBO

Dandolo tiene una hermana.

MAFFEI

¿Hermosa?

JACOBO

No es tan lozana
la flor del pintado Abril.

MAFFEI

Está de más la poesía,
y prefiero el canto llano.

JACOBO

Por largo tiempo el hermano
ignoró la pasión mía.
Una noche bien fatal,
por tu invención peregrina,
halló Isaac en una esquina
de Juan Dandolo el puñal.
Una prenda de mi amor,
cuando le hirió el hierro impío,
llevaba el triste judío;
vieras allí su furor.
Buscóme, en fin, con deseo
de matarme.....

MAFFEI

El lance es triste;
mas tú no lo consentiste,
á juzgar por lo que veo.

JACOBO

Robéle la hermana.

MAFFEI

¡Bravo!
Esas son cuentas más claras.
Siempre pensé te portaras
como quien eres, al cabo.

JACOBO

Pero él, que doquier me espía,
cuando más estoy tranquilo,
pronto descubre el asilo
donde oculta la tenía.

MAFFEI

Y ¿en fin?

JACOBO

Hízome jurar
que, muerto que el viejo fuera,
su deshonra redimiera
con mi mano en el altar.

MAFFEI

Pero Dandolo murió;
y aunque viviera, no creo
que en tan ciego devaneo
cayeras.

JACOBO

Nunca; eso no.

MAFFEI

La danza empieza otra vez.....
Y de esa promesa insana,
¿aun no ha venido su hermana
á reclamar?.....

JACOBO

No, ¡pardiez!

MAFFEI

¿Piensas que vendrá?

JACOBO

Lo espero.

MAFFEI

Y ¿qué harás?

JACOBO

Aun no lo sé.

Diréla que ya olvidé
hasta si he jurado.

MAFFEI

Pero.....

(Vanse hablando: el teatro queda solo un instante.)

ESCENA III

MARIANA en traje de máscara.

No está.... Cuidadosa
la sala crucé,
buscándole en vano
cien veces y cien.
Estoy fatigada.....;
aquí esperaré,
que apenas ya pueden
tenerme mis pies.

(Se deja caer en una silla.)

La noche está obscura:
horror, lobreguez,
del cielo encapotan
el ancho dosel.
Silencio de muerte
se nota doquier,
canales y plazas
durmiendo á la vez;
la brisa no sopla,
que duerme también.....
La noche es de cierto
terrible y cruel.
¡Si en vano este tiempo
llorando aguardé
con ciega esperanza
de loca altivez!
¡Si tantos delirios
y tanto amor fiel
habrán de hallar sólo
desprecio y desdén!
Entonces, amores,
piedad de mujer,
yo dentro del pecho
guardaros sabré.
Amor, si á mis plantas
rendir no le ves,
la miel de tus flores
convírtase en hiel.
¡Ay, que si insensatos
burlaron mi fe,
de cierto la noche
terrible ha de ser!

(Pausa.)

¡Oh breves instantes
de plácido bien,
que fuisteis á un tiempo
mi vida y mi ser!
Amantes delirios,
tornad otra vez,
y al alma agitada
su dicha volved.
Mas ¡ay! que la noche
es horrible.....; aquel
fué un tiempo de gloria
que no ha de volver.
Me abraso..... ¡Cuál late
violenta mi sien!.....
Mas..... ¡Cielos! ¿Me engaño?
Jacobos.....; sí, es él.

ESCENA IV

MARIANA y JACOBO

JACOBO

¡Oh, talle celestial!

MARIANA

Me ha visto.

JACOBO

¿Qué haces

aquí tan sola en apartada estancia?

¿Cánsate el son de báquicos clamores,
ó acaso esperas misteriosa cita
del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA

Lo has acertado.... Es eso.

JACOBO

¿Sí? Perdona....

Cedo el puesto al galán.

MARIANA

No..... te esperaba.

JACOBO

¿Conóceme?

MARIANA

De cierto.

JACOBO

¿Soy yo acaso

ese mortal feliz?

MARIANA

¡Quién sabe!

JACOBO

Acaba

MARIANA

¡Tú eres, Jacobo!

JACOBO

Entonces, ¿por qué ocultas
tras ese rostro inmóvil tus facciones?

(Quiere quitarla la máscara.)

MARIANA

¿Qué hacéis, Conde? Soldad.

JACOBO

Si eres hermosa,
cual lo presumo de tus ojos bellos,
de esa garganta tersa que engalanan
en lúbricas madejas tus cabellos,
¿por qué ocultas el rostro, mi señora.....?

MARIANA

Hermosa me creyeron algún día,
luz me llamaron de brillante aurora.....;
yo no sé si lo fuí....., mas lo creía.

JACOBO

Mas ¿no sabré quién eres?

MARIANA

Sí, por cierto;
mas temo....

JACOBO

¿Qué?

MARIANA

Que acaso has de enojarte
si ya en tu corazón dulces recuerdos
de un desdichado amor no tienen parte.

JACOBO

¿Recuerdos de un amor?

MARIANA

¡Ya no te agrada!

Ya la inquietud á tu semblante asoma,
y es menos halagüena tu mirada.
¿Es posible que aún no me conoces?

JACOBO

No, por cierto.

MARIANA

¡Oh! Que sí, que ya en el rostro
te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO

¡Mariana!

MARIANA

Al fin recuerdas.....

JACOBO

¿Cómo quieres
que olvidara un instante tus memorias,
que las memorias son de mis placeres?

MARIANA

¡Ah, me amas todavía!

JACOBO

Eso no he dicho,
ni eso quise decir.... En su corriente
los días á las cosas arrastraron,
borrando así del alma indiferente
la ilusión de los tiempos que pasaron.
Este mundo, Mariana, es otro mundo;
el hombre que ahora ves es ya otro hom-
[bre,
que salvar debe de contacto inmundo
el esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA

¿Qué dices?

JACOBO

La verdad; lo que tú misma
debiste conocer en otros días:
esa ciega pasión, alimentada
de una esperanza inútil, es ya fuerza
que sucumba al destino subyugada,
y que al poder de la razón se tuerza.

MARIANA

Piénsalo bien, Jacobo; no es ya tiempo
de volvernos atrás, ni yo he venido
de una esperanza inútil halagada.

JACOBO

Habla.

MARIANA

¿Olvidaste ya que un juramento
para siempre nos liga?

JACOBO

No, Mariana:
ni tú, sin duda, olvidarás tampoco

que con violencia entonces me obligaron
á que tuviera mi nobleza en poco.
Cierto es que perjuré, que esa promesa
que tu impudencia á recordar se atreve,
más que por mi conciencia, fué dictada
de un asesino por el hierro aleve.
Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo....
Demándale ese infame juramento
al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA

Acabemos, Jacobo: ¿tú no sabes
que si á tus plantas mi soberbia humillo,
es por piedad á ti?

JACOBO

¿Piedad, señora?

MARIANA

¡Me debes tanto amor!

JACOBO

Eso sí creo;
de placer y de amor habla en buen hora.
Olvida lo demás: el león regio
al carnívoro tigre no se enlaza,
ni es posible enlazar en torpe nudo
tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA

Ten compasión de ti.... Por vez postrera
responde: ¿has olvidado que ofreciste,
muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA

Tu padre ya murió.

JACOBO

También tu hermano.

MARIANA

Si no fuese verdad....

JACOBO

Lo sé de cierto:
en Florencia, por mano del verdugo,
en pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA

¡Oh, pero aun vive su infeliz hermana!
Piénsalo bien, y que vengarse puede,
y que si soy mujer, soy veneciana.
¡Ay, si olvidando amores y promesas,
descuidado y tranquilo te adormeces!....
Mísero tú, que de león blasonas,
si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO

Ya estáis, señora, por demás cansada:
recordando esos locos devaneos,
tenéis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA

Me insultáis, noble Conde, porque débil
y humillada me veis; vil y cobarde,
burláis mi pena y despreciáis mi ruego,
de tan negra maldad haciendo alarde.
¿Mi engañada pasión tenéis en nada?
¿No teméis que del suelo se levante
la dignidad de la mujer hollada?

JACOBO

Basta ya, que es inútil la amenaza
y es inútil el ruego, ya os lo dije.
Nada puede Jacobo Dagolino,
el noble Conde de opulenta cuna,
á la hermana deber de un asesino.

MARIANA

Sí, el honor.

JACOBO

No hay honor entre los tuyos,
ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA

Tienes razón, Jacobo; ni tampoco
cabe piedad do la venganza ampieza.
(Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con máscara.)

ESCENA V

JACOBO, MARIANA y BERNARDO

BERNARDO

Guardaos Dios.

JACOBO

Muy bien venido.

BERNARDO

¿Conocéisme?

JACOBO

¿Un antifaz
usáis por rostro?

BERNARDO

Es disfraz
que para entrar me ha servido.

JACOBO

No es difícil de acertar;
baile de máscaras doy.

BERNARDO

Por eso con ella estoy.

JACOBO

Idos, os ruego, á bailar.

BERNARDO

No vine á bailar aquí.

JACOBO

¿Venís á hacer oración?
No es, creo, iglesia el salón.

BERNARDO

Es capilla para mí.

JACOBO

Pesado estáis por demás:
vengáis por lo que viniereis,
decidme lo que quisiereis.
¿Os deben algo?

BERNARDO

Quizás.

JACOBO

¿De quién reclamáis?

BERNARDO

De vos.

JACOBO

¿Es acaso alguna venta
no cobrada?

BERNARDO

Es una cuenta
incompleta entre los dos.

JACOBO

Hablad con mi mayordomo.

BERNARDO

Sólo con vos ha de ser.

JACOBO

Mañana podéis volver.

BERNARDO

¿Mañana? Es muy tarde.

JACOBO

¿Cómo?

¿Así osáis en mi palacio
levantaros hasta mí?
Salid al punto de aquí,
ó ¡vive Dios.....

BERNARDO

Más á espacio.

Una deuda habéis conmigo,
y es fuerza que la paguéis.

JACOBO

Mañana la cobraréis.

BERNARDO

Al punto ha de ser os digo.

JACOBO

Pues bien, á cuenta tomad,
(Alarga una bolsa.)
y volveréis por el resto.

BERNARDO

No, señor Conde, no es esto;
esos papeles mirad.

(Muéstralos.)

TOMO IV

JACOBO

Eso es ya distinto asunto:
mas..... mal negocio tenéis;
más os valdrá que dejéis
en su descanso al difunto.

BERNARDO

Harto esa mujer os dijo:
mirad lo que contestáis,
y ruégoos que no seáis
en la respuesta prolijo.

JACOBO

¡Hola! Señor valentón,
¡acreedor por poderes,
y abogando por mujeres
venís? ¡Daisme compasión!

BERNARDO

Mejor, Conde, os estará
la compasión de los dos,
porque os juro que de vos
también compasión me da.

JACOBO

Mal forjáis tan torpe dolo:
si yo ese papel firmé,
con quien en él me obligué
no es más que con Juan Dandolo.

BERNARDO

Sólo quien reclama es él,
y pues deber confesáis,
ved la respuesta que dais
que os pregunta ese papel.

JACOBO

Vuestra impostura es bien vana:
en un cadalso expiró
Dandolo, y ya no soy yo
quien se casa con su hermana.

BERNARDO

Es decir, que si viviera,
lo hicierais tal vez de miedo.

JACOBO

(Connigo mismo no puedo.)

BERNARDO

¡Nunca tan vil os creyera!

JACOBO

¿Sabéis á quién habláis?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues teneos, ¡vive Dios!

BERNARDO

Teneos, mal Conde, vos,
que os veis delante de mí.

JACOBO

¿Yo á vos? ¡Necio! ¿Os olvidáis
que á una voz, á una señal,
puedo echaros un dogal
al cuello?

BERNARDO

¡Mucho fiáis!

JACOBO

Si aun fuerais Dandolo mismo,
¿no veis que por esa puerta
tenéis á mi voz abierta
la eternidad y el abismo?

(Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.)

MARIANA

¡Corto, cerrándola yo,
el paso á la eternidad!

JACOBO

¡Traidores!

BERNARDO

(Descúbrese.)

Conde, mirad.

JACOBO

¡Cielos!

BERNARDO

¿Os casáis ó no?

JACOBO

¡Oh! ¡No alcanzo á comprender
si estoy, santo Dios, despierto!
Pues ¿Juan Dandolo no ha muerto?

BERNARDO

Vedlo vos.

JACOBO

No puede ser.

BERNARDO

¿No me esperabas aquí?
¿Creiste en tu orgullo loco
que me importaba tan poco
mi honra y mi vergüenza á mí?
Porque tal vez no se oía
su formidable rugido,
creiste al león dormido,
mas el león no dormía.
Tendido en la sombra espesa
puso á su cólera barras,
mas al aguzar las garras
no perdió nunca la presa.
Porque un impostor villano
mi nombre acaso tomó,
fuera ¡el necio! se creyó
del alcance de mi mano.
De ti mal pagado, á fe,
nuevas de mi muerte dí;
de la tumba no salí
porque en ella nunca entré.
Te engañaste ¡vive el cielo!
creyendo tan torpe dolo,
porque si era Juan Dandolo,
soy Bernardo Caravello.
Ve, pues, lo que has de elegir
y lo que has de contestar:
mañana te has de casar
ó esta noche has de morir.

JACOBO

Mal esa audacia te está
cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO

Por una respuesta vengo:
ve, pues, quién me la dará.

JACOBO

Respuesta sí te daré,
y escúchame cómo empieza:
esta noche tu cabeza
al verdugo entregará.
¡Hola!

(Va hacia una puerta excusada; Bernardo se interpone.)

BERNARDO

Tente, mentecato;
¿no ves que tu voz sofoca
el son del baile que toca
en el salón inmediato?
Por la vez postrera, Conde,
que una respuesta me des.

JACOBO

Sal, ó mueres á mis pies.

BERNARDO

¿Te casas ó no? Responde.

JACOBO

No.

BERNARDO

Pues como noble lucha,
ó como traidor te mato.

(Riñen.—Golpes dentro.)

JACOBO

Allí tu sentencia escucha.

BERNARDO

Con mi justicia me bato,
y es mi confianza mucha.

JACOBO

La puerta derribarán.

BERNARDO

Será tarde.

JACOBO

Muy temprano

para ti.

(Mariana, que ha permanecido inmóvil durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, exclama:)

MARIANA

Piensa ¡oh hermano!
en mis seis meses de afán.

JACOBO

Más ira tienes que brío:
pierdes tierra.

BERNARDO

No lo sé.

JACOBO

De un balcón te colgaré
si queda el campo por mío.

MARIANA

¡Dios te dé, hermano, valor!

JACOBO

Es inútil esperanza.

MARIANA

(Con despecho.)

Y quedarnos sin venganza,
es quedarnos sin honor.

(Á estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)

BERNARDO

No le perderás, á fe.

MARIANA

¡Santo Dios, gracias te doy!

JACOBO

Fuera de combate estoy:
¿más quieres?

BERNARDO

Sí.

JACOBO

Pues di qué.

BERNARDO

Que mueras me importa sólo.

JACOBO

¡Indefenso, vive el cielo!

BERNARDO

Es que siendo Caravello
soy á un tiempo Juan Dandolo.
Como Bernardo cumplí
lidiando hasta desarmarte:
falta á Dandolo su parte,
que hay dos personas en mí.

JACOBO

(Todo el infierno en el pecho
me revienta y me le abrasa.
¡Tener en mi propia casa
sobre mí mismo derecho!)
Ven; dime, infernal mujer,
no basta que un Dagolino,
dando á tu suerte camino.....

MARIANA

Jacobo, no puede ser.
Has ahogado mi esperanza,
me has hollado en mi dolor,
y..... ahora no vale tu amor
lo que vale mi venganza.

JACOBO

Pues bien; no es tan tarde aún:
cuanto me pedís concedo;
¡ah! un día....., y aun hacer puedo
nuestra fortuna común.

MARIANA

No; te amé como á mi Dios,
vine á postrarme ante ti,
tú me escupistes así
y no hay medio entre los dos.

JACOBO

Mas luego.....

BERNARDO

Es vano decir.

JACOBO

Cuerpo á cuerpo.....

BERNARDO

Es delirar.

JACOBO

Con oro.....

BERNARDO

Arrójalo al mar.

JACOBO

Te salvará.....

BERNARDO

Has de morir.

JACOBO

Mañana.....

BERNARDO

¡Quimera vana!
Nada hay aquí que te asombre:
hoy pronunciarás mi nombre,
y á mí me ahorcarán mañana.
¡Muere!

(Vase á él.)

MARIANA

No puedo ya más:
de tanta crueldad me espanto.

JACOBO

¡Traidores!

MARIANA

¡Le amaba tanto!
¡Bernardo, Bernardo!

BERNARDO

¡Atrás!
Tu honor á volverte voy,
¿y aun vacilas?

MARIANA

Tiemblo, á fe.

(En el punto en que Bernardo, vuelto á su hermana, la dirige la anterior reconvencción. Jacobo, abriendo la puerrecilla falsa, entra en un gabinete contiguo. Bernardo, clavando el contrato en el puñal, le sigue, diciendo:)

BERNARDO

Aqueste el contrato fué,
y le cumplo.

JACOBO

(Dentro.)

¡Muerto soy!

ESCENA ÚLTIMA

(Ábrense por fin las puertas del fondo y entran todos los que se suponen en el salón del baile, los que, no hallando en la escena más que á Mariana, dicen asombrados:)

TODOS

¡Cielos! ¿Y Jacobo?

BERNARDO

(Saliendo del gabinete.)

Aquí.

Una palabra empeñó:
si él perjuro no cumplió,
yo por mi parte cumplí.

(Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.)

PEDRO

¿Qué veo?

MAFFEI

¡A vengarse sólo
salió de la tumba helada!

BERNARDO

(Á Mariana.)

Conmigo ven, desdichada.

MUCHOS

¡Tente!

BERNARDO

¡Paso á Juan Dandolo!

NOTA.—Fué ejecutado este drama en el Teatro del Príncipe, por las Sras. Lamadrid (D.^{na} Teodora), Sierra, Parra y López; y los Sres. Lombía, Alverá, Campos, Silvostrí, Lumbreras, París, Ramírez, Cobos y Reyes.



LEALTAD DE UNA MUJER

y

AVENTURAS DE UNA NOCHE

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Don Juan.

Don Carlos.

Don Pedro Pérez de Peralta

Don Antonio Noguera.

Garcerán.

Doña Margarita.

Beatriz.

Brígida.

Raquel.

Un jefe de los rebeldes de Barcelona, Justicia, soldados, rebeldes, montañeses, pueblo.

*La escena es en Vallirana, pueblecillo distante cuatro leguas de Barcelona,
la noche del día 12 de Marzo de 1461.*



LEALTAD DE UNA MUJER

ACTO PRIMERO

Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho, con un farolillo que alumbraba la escena.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO y GARCERÁN

DON PEDRO

Y ¿entrastes en la ciudad?

GARCERÁN

Fuéme imposible, señor.

DON PEDRO

Tal vez te faltó el valor.

GARCERÁN

No fué por miedo, en verdad.
Mas es tanto el alboroto,
la alarma y el son de guerra,
que no hay un palmo de tierra
seguro en peña ni soto.
Más de cinco mil jayanes
armados con picas y hoces,
mostrando están lo feroces
que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley,
y sin otros requisitos,
les dejo pidiendo á gritos
la cabeza de su Rey.

DON PEDRO

¿Tanto la asonada apremia?

GARCERÁN

Señor, es en tal tumulto
cada razón un insulto,
cada grito una blasfemia.
Por el Príncipe de Viana
rebeldes clamando están,
y si al fin no se le dan,
contra el Rey salen mañana.

DON PEDRO

¿A tanto se han de atrever?

GARCERÁN

¿Que si se atreven? Señor,
ya iban al Gobernador,
cuando me vine, á prender.
Diputados la ciudad
al Rey atrevida ha enviado,
á pedirle de contado
su fuero y su libertad.
No quieren otro señor
que el Príncipe, y si les pican,
han de osar, según se explican,
á desacato mayor.

Ya han puesto en las armas Reales
unidos ambos blasones,
y están hirviendo en pregones
las Casas Consistoriales.

DON PEDRO

Mas el Príncipe en Pamplona
por el Rey preso aun está.

GARCERÁN

Pues ó libertad le da,
ó el Rey pierde á Barcelona.

DON PEDRO

Y ¿está el camino también
de Lérida interceptado?

GARCERÁN

No estará, si aun no ha llegado
tierra adentro el somatén.
Mas si ya del atambor
rebelde oyeron la seña,
no hay villa, lugar ni peña
por el rey don Juan, señor

DON PEDRO

Y ¿no sabes excusada,
Garcerán, una vereda
que hasta el Rey llevarte pueda?

GARCERÁN

Es la noche tan cerrada,
que por milagro será.

DON PEDRO

Mas si el Rey por un descuido
ignora aún.....

GARCERÁN

Es perdido;
sobre él Cataluña va.

DON PEDRO

Pues advertirle es preciso.

GARCERÁN

(Remiso.)

¡Hem!.....

DON PEDRO

Garcerán, ¿no te atreves?

Ve que es fuerza que le lleves
tú de palabra el aviso.
¿Dudas?

GARCERÁN

Dudo si llegar
hasta Lérida podrá,

DON PEDRO

Mis caballos te daré
y los puedes reventar.

GARCERÁN

No por caballos lo deajo,
que harto tengo con el mío,
que va cobrando más brío
como va siendo más viejo.
El más astuto lebrel
no me atrapa en paz ni en guerra
si cuatro palmos de tierra
pongo entre mi jaco y él.
No temo á ningún tunante
que por la pista me siga,
mas sí emboscada enemiga
que me tenga por delante.

DON PEDRO

Bien, pues tiempo no perdamos;
antes que más se alborote
la tierra.....

GARCERÁN

¿Yo tomo el trote
para el Rey?

DON PEDRO

Y le salvamos.

GARCERÁN

¿Y le diré?

DON PEDRO

Que al momento
se ponga en fuga.

GARCERÁN

Mas vos.....

DON PEDRO

Aquí me quedo, ¡por Dios!
leal á mi juramento.

GARCERÁN

¿Y si el bando montañés
descubre al fin vuestro nombre?

DON PEDRO

Moriré aquí como un hombre
navarro y agramontés.
Eso dile al rey don Juan,
que aquí de atalaya estoy,
y que de aquí no me voy
si orden suya no me dan.

GARCERÁN

Mas ved.....

DON PEDRO

Que soy caballero,
que fe al Rey he prometido,
y de cambiar su partido
pedazos me harán primero,
Eso dile, y que si falta
todo el reino á su corona,
suya es la hacienda y persona
de don Pedro de Peralta.
Gercerán, monta á caballo,
toma,

(Dale un bolsillo.)

y parte.

GARCERÁN

Adiós, señor.

DON PEDRO

Y acuérdate que es mejor
ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II

DON PEDRO, MARGARITA y BEATRIZ

DON PEDRO

Prontas estarán mis gentes;
y si llega Garcerán
su intento no lograrán
¡vive Dios! los insurgentes.

MARGARITA

Él es.

DON PEDRO

¡Margarita mía!

MARGARITA

¡Caro esposo!

DON PEDRO

A tiempo vienes.

MARGARITA

Pedro, ¿qué azar me previenes
en esa faz tan sombría?

DON PEDRO

Al fin, decirlo es forzoso:
Margarita, te oculté
viniendo al campo el por qué
con afán bien misterioso.
Por evitar tu inquietud
con engaño manifiesto,
te dí siempre por pretexto
la estación ó la salud.

MARGARITA

Pues ¿qué otra causa pudiera.....

DON PEDRO

Muy sencilla y muy leal:
yo sigo el bando Real
y soy fiel á mi bandera.

MARGARITA

Bien, Peralta.

DON PEDRO

A Barcelona
mandóme el Rey espiar,
y traje á aqueste lugar
encargos de la Corona.
Ardua prisión en secreto
al venir me encomendó,
y estoy á cumplirla yo
por obligación sujeto.
Tu amor, bella Margarita,
sin mí no se hallaba bien,
y á fe, hermosa, que también
te agradecí la visita.
Mas ya la tormenta crece,
y en motines rebelado,

se declara el Principado
contra el Rey, según parece.
En tal punto, es ya preciso,
que te vuelvas á Pamplona.

MARGARITA

¿Y tú?

DON PEDRO

Acecho á Barcelona
hasta posterior aviso.

MARGARITA

¿Conque yo me he de salvar
mientras en peligro quedas?
No; mientras partir no puedas,
contigo me he de quedar.

DON PEDRO

Margarita, es excesivo
cariño; mi obligación
es quedarme.

MARGARITA

En aficción
continua, Peralta, vivo.
Cuando mi amor no me quita
el servicio de la ley,
mi amor me enajena el Rey,
y ahí se queda Margarita.
En continuo sobresalto,
dudo si mueres ó vives.....;
siempre desde el campo escribes
que hay encuentro, ó que hay asalto.
Si hoy aguardo un mensajero,
mañana, por impericia,
me dan falsa una noticia
que ni me importa, ni espero.
Hoy nos partimos de aquí,
mañana vamos allá,
y la vida se me va,
Peralta, en temer por ti.
Tu amor busco y no le hallo;
que al darte amorosas quejas,
suena un clarín y me dejas
por la lanza y el caballo.

DON PEDRO

¡Oh! Ponderas, Margarita,
la exigencia de la ley,

que me necesita el Rey,
si el amor me necesita.
Y entiéndelo al fin mejor,
que en estas rebeldes guerras
yo le defiendo sus tierras,
y él me defiende mi amor.
Entronizado el de Viana
por indolencia, ya ves
del partido agramontés
lo que sería mañana.

MARGARITA

¡Quién sabe! Ese rey don Juan
que con empeño prolijo
persigue tanto á su hijo,
¿premiará al cabo tu afán?

DON PEDRO

Y ¿qué importa si me olvida?
¿Obedecerle no es ley?
Pues yo lidio por mi Rey
mientras me dure la vida.

MARGARITA

Padre que tanto se encona
con un hijo que se humilla,
olvidar no habrá, en mancilla,
á quién debe la corona.
Diz que el Príncipe, insolente,
contra su vida atentó;
mas quien tal le levantó,
traidor y villano, miente.

DON PEDRO

¿Qué se te alcanza, amor mío,
de esas quimeras á ti?
Segura no estás aquí,
y en que partas me confío.

MARGARITA

¿Cuándo?

DON PEDRO

Esta noche.

MARGARITA

Quizá

obedecerte me pesa.

DON PEDRO

Margarita, esto interesa.

MARGARITA

Pues tú lo quieres, será.

DON PEDRO

Apronta, pues, tu equipaje
para dentro de una hora.
Tú, Beatriz, vé al hórreo ahora
y dile á Juan que se baje
al puente con los caballos,
que nos marchamos no noten
y en el lugar se alboroten
algunos malos vasallos.

BEATRIZ

Voy, pues.

DON PEDRO

Id y despachad,
que mucho la noche avanza
y está toda mi esperanza
en su densa obscuridad.

(Beatriz se va por la derecha. Don Pedro y Margarita entran en su casa por la puerta del fondo, y sale por la izquierda D. Carlos, embozado.)

ESCENA III

DON CARLOS

¡Hay más desventuras hoy,
pesia mi negra fortuna!
Ciérranseme una por una
las sendas que á seguir voy.
Ni fin ni esperanzas hallo
en suerte tan enemiga;
cayó muerto de fatiga
en el campo mi caballo.
¡Y ahora, cuando por suerte
si dos leguas avanzara,
acaso á evitar llegara
mi desventura..... ó mi muerte!
¡Oh!..... Mas si Dios fué servido,
disponerlo de otro modo,
Dios es el señor de todo
y razón le habrá movido.

(Viendo el crucifijo.)

Señor, sabéis que mis quejas
en el afán de mis duelos

dirigi siempre á los cielos,
de mi prisión por las rejas.
Las estrellas solitarias
de cien noches, son testigos
que oré por mis enemigos
en mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
agravié, mas satisfice:
cuanto pude, Señor, hice
hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
cedí, me entregué en sus manos,
y ellos entonces, villanos,
con más audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdí.....

(De rodillas.)

Señor, vuestra hechura soy;
si hay más desventuras hoy,
caigan, si os contenta, en mí.

ESCENA IV

DON CARLOS y BEATRIZ

BEATRIZ

(Nuestro viaje está dispuesto;
dentro de un hora partimos;
si viajamos ó si huímos,
Dios lo sabe..... Mas ¿qué es esto?
¿Allí de hinojos un hombre,
casi á la puerta de casa?)

DON CARLOS

(Viendo á Beatriz.)

(Por favor diré á quien pasa,
de este lugar me dé el nombre.)
Buena mujer, perdonad;
mas ¿diréisme dónde estoy?

BEATRIZ

¡Brava cuestión, por quien soy!
¿Forastero es?

DON CARLOS

Contestad.

¿Qué pueblo es éste?

BEATRIZ

Me gusta
el modo de preguntar.

DON CARLOS

Ved si habéis de contestar,
ó id adelante.

BEATRIZ

(¡Qué adusta
condición!) Es Vallirana.

DON CARLOS

¿Dista Barcelona mucho?

BEATRIZ

¿Vais allá?

DON CARLOS

Puede.

BEATRIZ

¿Qué escucho?

No hagáis tal; por el de Viana
se han alzado en rebelión,
y si sois de los del Rey.....

DON CARLOS

Sí, por cierto.

BEATRIZ

Pues no hay ley
que os liberte.

DON CARLOS

En conclusión:
¿cuánto dista Barcelona?

BEATRIZ

Tres horas.

DON CARLOS

¿Podéis decir
quién dé un caballo en que ir
hasta allá, si se le abona?

BEATRIZ

Yo conozco poca gente
de este pueblo.

DON CARLOS

Si queréis,
hoy enriquecer podéis
amigo, deudo ó pariente.

BEATRIZ

¿Cómo?

DON CARLOS

Al que quiera un caballo
venderme en este lugar,
tanto oro le podré dar,
que no sienta el ser vasallo.

BEATRIZ

¡Oh! A mi señor no hace falta
el oro.

DON CARLOS

Luego ¿servís?

BEATRIZ

Y á un buen amo.

DON CARLOS

(Con prontitud.)

¿A quién, decís?

BEATRIZ

A don Pedro de Peralta.

DON CARLOS

(Con interés.)

¡Peralta!

BEATRIZ

(Pero ¡qué digo!)

DON CARLOS

¿Agramontés?

BEATRIZ

Sí, ¡por Dios!

DON CARLOS

¿Conde?

BEATRIZ

¿Conocéisle vos?

DON CARLOS

Mucho que sí; soy su amigo.
Mas callad.

BEATRIZ

¡Ay! Y á no ser
porque con su amigo dí,
ya me iba á perder aquí
por mi lengua de mujer.

DON CARLOS

Más bajo.

BEATRIZ

Teníis razón,
que ahora bien se necesita
prudencia.

DON CARLOS

¿Está Margarita
con él en esta ocasión?

BEATRIZ

Sí; mas antes de la aurora
á Pamplona nos volvemos.

DON CARLOS

¿Cómo?

BEATRIZ

Caballos tenemos
para dentro de una hora.

DON CARLOS

¡Gracias, fortuna!

(La coge por distracción la mano.)

BEATRIZ

¿Qué hacéis?

DON CARLOS

Escuchad: si á Margarita
dais aviso....

BEATRIZ

¿Yo una cita?

DON CARLOS

Llamadla así si queréis,
mas decidla....

BEATRIZ

No diré
ni el Credo.

DON CARLOS

Ved que me va
la vida aquí.

BEATRIZ

No será.

DON CARLOS

Pues un papel os daré.
Enseñádsele, ¡por Dios!
y amparáis á un desdichado.

BEATRIZ

Y ¡quién sabe....

DON CARLOS

Si cuidado
os da, leedle.

BEATRIZ

Mas vos....

DON CARLOS

Nada tenéis que temer;
el nombre que aquí va escrito,
no tiene más que un delito.

BEATRIZ

¡Un delito!

DON CARLOS

Sí: el nacer.

BEATRIZ

Pues ¿quién sois?

DON CARLOS

Nada os importa;
mirad si el papel lleváis,
que en él la vida me dais.

BEATRIZ

Vuestra esperanza es bien corta;
mas dadme acá ese papel
si es cierto lo que decís.

DON CARLOS

Tomad.

BEATRIZ

Pero si mentís,
Dios os maldiga por él.

(Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.)

ESCENA V

DON CARLOS

¡Oh! ¡Gracias, Dios de bondad,
que en vuestra mente infinita
me habéis dado en Margarita
acaso la eternidad.

No; no ha de ser tan villana
ni tan infame conmigo
quien fué consuelo y testigo
de las cuitas de mi hermana.

(Pausa.)

Porque ¿qué vale, en verdad,
mi humildad y mi silencio,
si yo propio me sentencio
con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
déme, quien pueda, un caballo,
y acaben, rey ó vasallo,
pesares ya tan añejos.

ESCENA VI

DON PEDRO asoma al balcón, que deja ver la luz con que se supone alumbrada la habitación. DON CARLOS está de espaldas á él y casi debajo del Cristo que habrá en una esquina, á la izquierda.

DON PEDRO

(Mirando hacia la derecha.)

Nada. Rumor no se siente
á través del aire manso;
ni sosiego ni descanso
por el Rey con esa gente.
Dejan al amanecer
los rebeldes la ciudad,
pero les lleva, en verdad,
gran ventaja mi mujer.
Los caballos son briosos,
extraviados los caminos,
y fieles los campesinos
de esos pueblos montañosos.

¡Oh! Sin azar llegarán;
y si al Rey salvo igualmente,
¡por Dios, que tranquilamente
los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
un embozado en acecho;
y reza, según sospecho,
ante la imagen divina.
La luz quitaré de aquí
porque la sombra me encubra,
no sea que me descubra
por espiarle, él á mí.

(Queda el balcón á oscuras.)

ESCENA VII

MARGARITA, BEATRIZ, D. PEDRO y D. CARLOS

(Ábrese la puerta y sale Margarita, con velo, quedando ésta y Beatriz un momento en el umbral. D. Pedro vuelve á ponerse en el balcón en cuanto quita la luz, y don Carlos vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de Margarita.)

MARGARITA

(Á Beatriz.)

¿Dices que me espera ahora?

BEATRIZ

(Á Margarita.)

Al pie de aquel Cristo.

MARGARITA

Al punto
vuelvo.

BEATRIZ

Allí está.

MARGARITA

Y de este asunto,
á tu amo....

BEATRIZ

Estoy, señora.
Le diré que el equipaje
estáis en vuestro aposento
arreglando, y un momento
retardaremos el viaje.

DON PEDRO

(En el balcón.)

¡Por Dios, que abrieron la puerta,
y vi con la luz escasa
salir alguien de mi casa!

BEATRIZ

La puerta queda entreabierta;
cuando volváis, empujad,
y entraréis sin hacer ruido.

(Beatriz cierra; Margarita se adelanta hacia D. Carlos,
y D. Pedro hace un movimiento de atención
muy marcado.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, en el balcón; D. CARLOS y MARGARITA
en la calle.

DON PEDRO

(¡Por Cristo, que estoy corrido!
¿No es mi mujer? Sí, en verdad.)

MARGARITA

¡Mi señor!.....

DON CARLOS

No me nombréis.

MARGARITA

Las lágrimas á los ojos
siento al veros. ¡Siempre abrojos
bajo las plantas tenéis!
¿Qué es de vos?

DON CARLOS

Tan desdichado
como siempre.

MARGARITA

¿Y vuestra hermana?

DON CARLOS

Prisión con ira inhumana
en un convento la han dado.

MARGARITA

Y ¿en cuál?

TOMO IV

DON CARLOS

Es la voz común,
que en Tolosa gime ahora.

MARGARITA

¡Infeliz!

DON CARLOS

Y vos, señora,
¿qué os hacéis? ¿Me amáis aún?

MARGARITA

Más que nunca cada día.

DON CARLOS

Sabréis, pues, mis desventuras.

MARGARITA

Por noticias muy seguras;
y las lamento, á fe mía.

DON CARLOS

Acaso vos solamente
mi corazón conocéis.

MARGARITA

Y acaso de mí podéis
fiaros ya únicamente.

DON CARLOS

¡Cuál me han tratado!

MARGARITA

Lo sé.

Mas ¿posaréis mucho aquí?

DON PEDRO

(Les oigo hablar, ¡pesa mí!
mas no les entiendo qué.)

DON CARLOS

Espero tan sólo en vos
que esta noche me salvéis.

MARGARITA

¿Oro, caballos queréis?
¡Nadie os seguirá, por Dios!
Mas don Carlos, vuestra tez
extraño en lo macilenta.

DON CARLOS

Mi juventud me atormenta
 cual pudiera la vejez.
 Con el alma destrozada,
 con el cuerpo dolorido,
 me pesa el haber nacido
 á vida tan desgraciada.
 ¿Veis á la luz moribunda
 de esa santa lamparilla,
 la palidez amarilla
 que la mustia faz me inunda?
 Pues lo que hacer no pudieron
 las garras de las pasiones,
 los hierros de las prisiones
 y los pesares lo hicieron.
 Lloráis; ¡pobre Margarita!
 Me amáis y os doléis de mí;
 pero Dios lo quiso así
 en su justicia infinita.

MARGARITA

Huid, señor.

DON CARLOS

Déjame hablar
 un corto instante contigo,
 que jamás tuve un amigo
 con quien partir mi pesar.

MARGARITA

¡Ah, bien! Conmigo podéis
 dividirle si eso os place,
 que más de veinte años hace
 que aquí posesión tenéis.

DON CARLOS

¡Oh! Y por escuchar tu acento,
 por mirar un solo instante
 la expresión de tu semblante,
 no hay difícil sufrimiento.
 ¡Al verte, al oírte hablar,
 que aun soy feliz me parece,
 mi ser se rejuvenece,
 vuelvo la existencia á amar!
 Que es tan dulce á un desdichado
 recordar lo que pasó,
 que vivo un instante yo
 soñando con lo pasado.

MARGARITA

(Con entusiasmo.)

¡Ah! Pues vivid y soñad
 si os inspiro un blando sueño,
 y ¡ojalá pueda mi empeño
 velaros la realidad!

DON CARLOS

¡Cuán al vivo me recuerdas
 las venturas que me huyeron,
 Margarita! ¿Qué se hicieron
 aquellas noches...., te acuerdas?

MARGARITA

¡Si me acuerdo! ¡Cuán hermosa
 estaba la infeliz Blanca!

DON CARLOS

Llanto de dolor me arranca
 esa memoria preciosa.
 La noche entera pasábamos
 en dulcísimos cariños.

MARGARITA

Como que éramos tres niños,
 y con afán nos amábamos.

DON CARLOS

Niños, sí, ¡cuán inocentes
 entonces, cuán descuidados!
 Y después, ¡cuán desdichados!

MARGARITA

Pero nunca diferentes
 de aquellos tiempos dichosos
 en que, en brazos de la infancia,
 no salían de una estancia
 nuestros planes ambiciosos.
 Siempre nos hemos querido
 como amorosos hermanos,
 por más que amaños tiranos
 separarnos han podido.
 ¿Os acordáis, no lo dudo,
 de aquella sangrienta tarde
 en que de un hombre cobarde
 vos me servisteis de escudo?

DON CARLOS

Eso es de más, Margarita.

MARGARITA

Y ¿habéis acaso olvidado
que os anunció un embozado,
en Lérica, mi visita?

DON CARLOS

¡Oh!

MARGARITA

A vos no haberme acudido
y puesto á los pies del Rey,
bajo el peso de la ley
sucumbiera mi marido.

DON CARLOS

No hay más de aquello que hablar.

DON PEDRO

(De amores es la querella,
y ¡por Dios Santo, que de ella
jamás lo llegué á pensar!)

MARGARITA

La vida ambos os debemos,
Pérez de Peralta y yo.

DON CARLOS

¿Habéiselo dicho?

MARGARITA

No;

mas al fin se lo diremos
si á vuestra fortuna importa.

DON CARLOS

No; fuera menguado vicio
valerse de un sacrificio
que costó pena tan corta.
Y es tan tenazmente adicto
al partido agramontés,
que echarse en sus manos, es
muy peligroso á un proscrito.

MARGARITA

Si es agramontés, es noble.

DON CARLOS

Por eso será leal,
y en salvar la causa Real
será su conato doble.

MARGARITA

Por más que sea, señor,
apegado á su partido,
Pérez con honra ha nacido,
y nunca será traidor.
La vida le habéis salvado;
y aunque es para él un secreto,
él os valdrá en este aprieto,
si no leal, obligado.

DON CARLOS

¡Cuán buena sois, Margarita!
De gracia y virtud, ¡cuán llena!

MARGARITA

No sé ¡por Dios! si soy buena;
mas la injusticia me irrita.
Os veo desde la cuna
acechado y perseguido,
más que por mal merecido,
por vuestra mala fortuna.
Yo la amiga fiel y sola
fui de Blanca, vuestra hermana,
y de olvidarla villana,
no hubiera sangre española.

DON CARLOS

¡Oh! Y para quien la ha proscrito,
no tiene ella sobre sí
más que el parecerse á mí,
que ese es su único delito.

MARGARITA

Vos fuisteis el protector
de mi honor en la orfandad;
conmigo en la soledad
ella partió su dolor,
y yo seré agradecida,
señor, á tantos favores,
si no cual sois acreedores,
con honra, haciendas y vida.
Enemigo es mi marido
de vuestra gente; mas voy
á arriesgar para vos hoy
cuanto valgo. Os he pedido
me digáis qué es lo que os falta.

DON CARLOS

Mas mirad bien

MARGARITA

¿Qué queréis?
Pedidme, que os salvaréis
aun contra el mismo Peralta.

DON CARLOS

¡Ángel de mi triste vida.....

MARGARITA

Dejad plegarias agora,
y hablad de vos, que ya es hora.

DON CARLOS

Pues oid. Si á toda brida,
corriendo la noche entera,
y arriesgando mi persona,
con el alba en Barcelona
acogerme al fin pudiera,
salvárame de una vez
de enemigos y traidores.

MARGARITA

De los caballos mejores
de mi marido, escoged.

DON CARLOS

Mas Peralta.....

MARGARITA

Antes sois vos;
y si vos de esa tormenta
os salváis, quedo contenta,
aun pagando por los dos.

DON CARLOS

¡Margarita!

MARGARITA

Venid, pues;
oro os daré y un caballo
con un guía, que vasallo
de mis baronías es.

DON CARLOS

Del bien que ahora me hacéis,
será mi memoria inmensa.

MARGARITA

Una sola recompensa
quiere por él que me deis.

DON CARLOS

Por mucho que sea, estoy
en que es mayor mi deseo.

MARGARITA

Por si á Blanca más no veo,
decidla lo que hice hoy.

(Vanse D. Carlos y Margarita por la derecha;
D. Pedro, al verlos marchar, dice:)

DON PEDRO

Celoso estoy, ¡vive Dios!
y avergonzado además.

(Cierra el balcón y sale por la puerta, diciendo:)

La muerte llevan detrás;
si no es sueño, ¡ay de los dos!

(Vase detrás de ellos.)

ESCENA IX

DON JUAN y NOGUERAS

(Salen por el lado opuesto D. Juan y Noguerras armados:
D. Juan, con armadura completa y calada la visera.
Ocho ó diez soldados, detrás.)

NOGUERAS

(Á D. Juan.)

Dióle el caballo la vida,
que iba veloz como el viento;
yo le perdí en un momento,
aunque corrí á toda brida.

DON JUAN

(Impaciente.)

Acabemos, ¡vive Dios!
y, sin hablar del caballo,
Noguerras, tan mal vasallo
ha sido él hoy, como vos.

NOGUERAS

Es injusticia: ¿esas nieblas
no veis? ¿Qué más pude hacer?

DON JUAN

Correr, Noguerras, correr,
hasta hallarle en las tinieblas.

NOGUERAS

Mas en noche tan obscura,

sin práctica en los caminos,
darle caza, de los pinos
entre la áspera espesura,
era imposible.

DON JUAN

¿Eso más?

NOGUERAS

A dar un punto la cara,
¡por Cristo, que le matara!

DON JUAN

Hiciéraislo por detrás.

NOGUERAS

¡A traición!

DON JUAN

¿No era lo mismo?

NOGUERAS

Soy cristiano, y tengo honor.

DON JUAN

No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.
Si es la voluntad del Rey
que muera ó se dé á prisión,
cara á cara ó á traición,
cumplíais vos con la ley.

NOGUERAS

(Con intención.)

Perdonad si digo mal;
mas ¿tanta ira el Rey tiene,
que á cualquier medio se aviene
si vence?

DON JUAN

(Después de un instante de duda.)

Todo es igual,
con tal que muera en secreto
con visos de puro azar
(y quede el que pueda hablar
á eterna noche sujeto).

NOGUERAS

Bien; pues dad que en mi arrebato
le alcanzo y le doy la muerte:

¿qué hiciera el Rey, si por suerte
en su lugar á otro mató?

DON JUAN

Fuera rebelde también,
y con justicia muriera.

NOGUERAS

¿Y si rebelde no era?

DON JUAN

Bien, Nogueras, está bien.
No hay más en ello que hablar;
pues que al fin de cualquier modo
se escapó, se acabó todo;
salgamos de este lugar.

NOGUERAS

¿Así volveros queréis?

DON JUAN

Si no le habéis conocido
con la niebla, y él ha huído,
no sé qué remedio halléis.

ESCENA X

RANGEL, saliendo apresurado, se pone delante de DON JUAN y NOGUERAS, como esperando que le pregunten.

NOGUERAS

¿Qué es?

RANGEL

Si para hablar licencia
me dais.....

DON JUAN

Adelante.

RANGEL

Ya
cogido el rebelde está.

NOGUERAS

¿Con verdad?

RANGEL

Con evidencia.
El caballo que tomó

de vuestra caballeriza,
¿no era.....

DON JUAN

Color de ceniza.

RANGEL

¿Cabos negros?

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues yo,
por la cerca del lugar
receloso jineteando,
me le he topado expirando.

NOGUERAS

¿Estáis cierto?

RANGEL

A no dudar:
le hemos quitado la silla,
y de la falda escarlata,
bordado está sobre plata
vuestro escudo en una orilla.

NOGUERAS

(Á D. Juan.)

(El es, pues.)

DON JUAN

(Á Noguerras.)

(Sin duda alguna.)

Mas según la noche avanza,
no le queda otra esperanza
que la noche y su fortuna.

NOGUERAS

Habrá dentro del lugar
hallado algún escondite.

DON JUAN

Pues es fuerza que se evite
que se nos vuelva á escapar.
Mas oye: ¿sabe quién es
esta gente el perseguido?

NOGUERAS

Ninguno.

DON JUAN

Y ¿me ha conocido
alguien?

NOGUERAS

No.

DON JUAN

Adelante, pues.

El pueblo en redor cerquemos,
y que no quede por ver
casa ó choza.

NOGUERAS

Es menester
que la caza no espantemos.
Yo en silencio nuestra gente
por doquiera apostaré,
y ó Noguerras no seré,
ú os entrego al delincuente.

DON JUAN

Vamos, pues.

NOGUERAS

Oye, Rangel:

haz las calles espíar
por peones, y si á dar
llegan por suerte con él,
ya que fugarse pretenda,
ya que se esconda ó resista,
el que le ponga la vista,
que le siga ó que le prenda.

(Vanse D. Juan y los soldados primero; Noguerras y Rangel quedan solos en la escena á los últimos versos.)

ESCENA XI

Interior de una casa pobre: á la izquierda, una alacena ó armario; á la derecha, un balconcillo bastante bajo, de antepecho. Luz artificial.

BRÍGIDA

¡Con qué cuidado me tiene
mi Blas! Tengo el corazón
en un hilo. Las diez son,
¡válgame Dios! y no viene

(Asómase á la ventana.)

Y esta noche, ¡cuántos ruidos

que suenan por el lugar.....,
y nada puedo alcanzar
por más que soy toda oídos!
Este diablo de ventana
da nada más que á un jardín;
luego este barrio es el fin,
lo peor de Vallirana.
De manera que aunque se halle
medio de oír ó atender,
no puede una nunca ver
lo que sucede en la calle.
Pero en la escalera siento
pasos..... ¡Ay! ¿Si será Blas?

(Llaman á la puerta.)

Llamaron.....

(Otra vez.)

De prisa estás.

Allá voy.....

(Otra vez.)

Voy al momento.

(Abre, y entra Margarita azorada, como salió
en la escena VIII.)

¡Dios mío!

ESCENA XII

MARGARITA y BRÍGIDA

MARGARITA

Nada temáis;
permitid que en vuestra casa
me oculte.....

BRÍGIDA

Pero ¿qué pasa?

MARGARITA

Y tomad.

BRÍGIDA

¡Oh! ¿Qué me dais?

MARGARITA

Nada; guardadlo.

BRÍGIDA

¡Dinerol

MARGARITA

Para vos.

BRÍGIDA

Imposible es.

MARGARITA

Lo dejo.

BRÍGIDA

Dejadlo, pues.

MARGARITA

Mas salvarme es lo primero.

BRÍGIDA

Mas ¿quién sois? ¿Qué queréis vos?

MARGARITA

Cerrad corriendo esa puerta.

BRÍGIDA

Acabad; me tenéis muerta.

MARGARITA

Prestadme atención, por Dios.
Dentro de un instante un hombre
vendrá en mi busca quizá;
grueso, alto, cano, ¿estáis?

BRÍGIDA

Ya.

MARGARITA

Aunque el mismo rey se nombre,
no le abráis.

BRÍGIDA

No le abriré.

MARGARITA

Mirad que me va la vida.

BRÍGIDA

(Ella está tan aturdida,
que da compasión, á fe.)

MARGARITA

Mas tened cuenta, y ¡por Dios,
que no los equivoquéis!

BRÍGIDA

¡Cómo!

MARGARITA

Que entrar le dejéis.

BRÍGIDA

¿Al viejo?

MARGARITA

No.

BRÍGIDA

Pues ¿son dos?

MARGARITA

¿No dije....

BRÍGIDA

De uno no más.

MARGARITA

Pues escuchad con cuidado,
tal vez vendrá otro embozado.

BRÍGIDA

¿Delante de ése ó detrás?

MARGARITA

Delante ó detrás, no sé;
mas al mancebo es preciso
que deis al punto un aviso.

BRÍGIDA

Y ¿qué aviso?

MARGARITA

Os le diré.
Que aquel de quien he huído,
aquel con quien él reñía,
que huya de él.

BRÍGIDA

¡Qué algarabía!

MARGARITA

Que huya, sí, que es mi marido.

BRÍGIDA

(Pues estamos bien; y yo
que....

MARGARITA

¿Llaman? No abráis sin ver
dónde me puedo esconder.

(Llaman con fuerza muchas veces.)

BRÍGIDA

Tirá la puerta.

MARGARITA

Aun no.

Aguardaos un instante.

(Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa
y hacen entre las dos lo que dicen los versos.)

Cerradme en esta alacena.

Traed la mesa.

(La pone delante.)

Estad serena.

BRÍGIDA

(¿Habrá enredo semejante?)

Y si viniera mi Blas
entre tanta confusión....

(Va á la puerta, y en el momento que la abre se entra
D. Carlos, embozado.)

¿Quién?.... Pues se entra de rondón.

(Mirándole.)

¿Será el de alante ó de atrás?

ESCENA XIII

MARGARITA, oculta. BRÍGIDA y D. CARLOS

DON CARLOS

Decidme, buena mujer,
¿no habéis abierto la puerta
á una dama?

BRÍGIDA

(Mirándole todavía.)

(Y ¿quién acierta
cuál de los dos puede ser?)

DON CARLOS

Acabad ¡por vuestra vida!
¿Dónde está?

BRÍGIDA

¿Quién?

DON CARLOS

Esa dama.

BRÍGIDA

¿Qué dama? ¿Cómo se llama?

DON CARLOS

No hagáis la desentendida,
porque yo la he visto entrar.

BRÍGIDA

Serían vuestros recelos.

DON CARLOS

Apartad, ¡viven los cielos!
que yo la entraré á buscar.*(Don Carlos entra por la izquierda; caésele el embozo,
y Brígida, que no ha cesado de mirarle, dice:)*

BRÍGIDA

¡Ah! Es el mozo.

ESCENA XIV

DICHOS Y D. PEDRO

(Cuando todavía le está mirando, y apenas se ha ocultado D. Carlos de la vista del público, entra por la puerta, que aun tendrá abierta Brígida, D. Pedro, que la dice de repente:)

DON PEDRO

¡Vive Dios,
que aquí una mujer ha entrado,
y después un embozado!
Decid dónde están los dos.

BRÍGIDA

(¡Dios mío!) Señor....

DON PEDRO

¡Por Cristo,
que si niega.....

BRÍGIDA

Si en mi casa. ...

DON PEDRO

Yo sé lo que en ella pasa.

BRÍGIDA

Nadie entró.

DON PEDRO

Yo les he visto.

BRÍGIDA

Señor....

DON PEDRO

Depache.

BRÍGIDA

Si aquí....

DON PEDRO

Yo ¡por Dios! los buscaré,
y si los hallo, yo haré
que no os olvidéis de mí.*(Vase á entrar D. Pedro por otro bastidor de la izquierda,
y vuelve á entrar D. Carlos, con quien se encuentra
cara á cara.)*

DON CARLOS

(¡Maldita mi estrella impía:
mi suerte está en manos de ella,
y pierdo necio su huella
cuando más falta me hacía!)

DON PEDRO

(Él es.)

DON CARLOS

(Mas ¡qué veo, cielos!)

DON PEDRO

¡Caballero!

DON CARLOS

¿Qué queréis?

DON PEDRO

De esta casa no saldréis.

DON CARLOS

¿Quién lo estorbará?

DON PEDRO

Mis celos.

¿Qué hicisteis de mi mujer?

DON CARLOS

Y ¿es á mí á quien la pedís?

DON PEDRO

Con vos vino.

DON CARLOS

No.

DON PEDRO

¡Mentís!

Y me la habéis de volver,
ó por Dios, que os acuchillo!

DON CARLOS

(¿Habrá desdicha mayor?)

DON PEDRO

Decid, ó á vuestro valor
apelad.

DON CARLOS

Es más sencillo.

(Riñen.)

(Si no hay medio más seguro
de huir que matar á este hombre,
nada al fin hay que me asombre,
mi mala fortuna apuro.)

BRÍGIDA

Y ¿qué va á ser hoy de mí?

¡Cielos, socorro, socorro!

Todo á alborotarlo corro.

DON CARLOS

(Mi suerte se cumple aquí.)

ESCENA XV

DICHOS y RANGEL

RANGEL

(No me engañé; él es, el mismo:
aquí mi astucia me valga.)

(Se pone de parte de D. Carlos.)

¿Qué es aquesto, gente hidalga?

DON CARLOS

Quitad.

RANGEL

Eso es heroísmo.

(Á D. Pedro, poniéndose de su parte.)

Soy con vos.

DON PEDRO

Quitad también.

RANGEL

Pues que reñís uno á uno,
yo he de reñir por alguno,
y he de dar adonde den.

BRÍGIDA

(Dentro)

Entren aquí.

RANGEL

(Cayendo.)

¡Muerto soy!

DON CARLOS

La justicia, y ya hay un muerto.....

Ese balcón, ¿no da á un huerto?

Sí.

(Don Carlos gana el balconcillo. salta por él con la mayor
rapidez posible, y D. Pedro, colérico, dice:)

DON PEDRO

¡Cobarde!.... Tras él voy.

(Vase tras él.)

ESCENA XVI

MARGARITA, en la alacena; RANGEL, tendido; BRÍ-
GIDA, EL ALCALDE, justicia y gente.

BRÍGIDA

Esta es, señores, mi casa,
y no sé por qué pecado
tanta gente en ella ha entrado,
duende ó diablo.....

ALCALDE

Mas ¿qué pasa?

BRÍGIDA

(Viendo á Rangel.)

¡Ay, Dios de mi corazón!

¡Mirad!

UNO

Un hombre caído.

OTRO

Muerto está.

UNO

No más que herido.

ALCALDE

(Á Brígida.)

A ver, daos á prisión.

BRÍGIDA

Pero señor.....

ALCALDE

Ó decid

quién aquí mató á ese hombre.

BRÍGIDA

Si jamás supe su nombre.

ALCALDE

Pues á la cárcel venid.

BRÍGIDA

Esperad, que yo os diré
lo que sepa. Ha poco rato
que entró con mucho recato
aquí una mujer.

ALCALDE

Dad fe.

BRÍGIDA

Al verla de miedo llena,
que apenas hablar podía
porque un hombre la seguía,
la metí en esa alacena.

ALCALDE

Veámosla, pues.

(Bájanse todos hacia la parte del teatro en que está
la alacena, dejando expedito el paso de la puerta.)

ESCENA XVII

DICHOS y MARGARITA

MARGARITA

¡Teneos!

ALCALDE

¡Y con la cara tapada!
Descúbrase la taimada

MARGARITA

De mi desdicha doleos.

ALCALDE

¡Fuera el velo!

MARGARITA

Por piedad,
que os compadezca mi llanto.

ALCALDE

Mostrad, ú os arranco el manto
sin.....

MARGARITA

Villano, no en verdad.

Si llega á poner en mí
la mano algún atrevido,
cuéntese de muerte herido.

ALCALDE

¿Amagáis?

MARGARITA

De muerte, sí.

ALCALDE

Yo sé qué manda la ley.....

MARGARITA

Tenga quien la ley auxilia
cuenta con una familia
que es tan noble como el Rey.

ALCALDE

¿Qué hacemos?

(El Alcalde se vuelve á los demás, que se encogen de
hombros y miran estúpidos á Margarita. Entretanto
llega D. Pedro hasta donde están.)

ESCENA XVIII

DICHOS y DON PEDRO

DON PEDRO

(Pues que él halló
camino en la obscuridad,

ella pagará, en verdad,
lo que el galán no pagó.)

(Se muestra al Alcalde.)

¿Me conoce? ¡Calle, pues!
Mirando á su buena fama
y al secreto, de esta dama
mi casa la cárcel es.
Yo daré al juez mis razones,
y porque bien todos queden,
llegarse á mi casa pueden
á tomar declaraciones.

(Ofrece el brazo á Margarita con severidad,
y ella le toma.)

MARGARITA

¡Valedme, santos del cielo!

DON PEDRO

Hidalgos, que os guarde Dios.

(Vanse D. Pedro y Margarita.)

ESCENA XIX

EL ALCALDE, EL ESCRIBANO y los demás alrededor
de RANGEL; le levantan, le desabrochan, etc.

ALCALDE

Uno queda de los dos,
acudamos al del suelo.

UNO

Está sin herida alguna.

OTRO

Mirarle bien la cabeza.

OTRO

Callad, que á volver empieza.

EL PRIMERO

¡También ha sido fortuna!

ESCENA XX

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS y gente de armas.

DON JUAN

(Á Nogueras.)

¿Conque le hallaron?

NOGUERAS

Rangel

le ha seguido hasta esta casa.

DON JUAN

Veamos, pues, lo que pasa,
y si no ha dado con él
le empalo.

NOGUERAS

Mas hele ahí.

DON JUAN

(Se acerca á Rangel, y asiéndole de un brazo le dice
como de superior á inferior:)

¿Qué es ello?

RANGEL

(Levantándose y dejando de disimular.)

¡Señor, sois vos!

DON JUAN

¿Diste con él?

RANGEL

Con él dí.

¿Cercasteis el pueblo?

DON JUAN

Sí.

RANGEL

Pues ya es nuestro, ¡vive Dios!

(Van á salir, y el Alcalde se pone por delante.)

ALCALDE

En nombre, hidalgos, del Rey
se tengan.

NOGUERAS

¡Atrás!

DON JUAN

Salgamos.

RANGEL

(Encasqueta al Alcalde el sombrero hasta los ojos de una
palmada, diciéndole con mofa:)

Donde nosotros estamos,
nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de D. Pedro de Peralta. Puerta en el fondo que da al interior y exterior de la casa. Á la izquierda el gabinete de Margarita; á la derecha la habitación de D. Pedro: una ventana con reja; mesa, sillones, etc. Luz artificial.)

ESCENA PRIMERA

(En el momento de alzarse el telón está Beatriz cerrando la puerta del fondo por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hacia el gabinete de Margarita.)

BEATRIZ

Mucho mi señora tarda;
Dios me la saque con bien,
que si en el pueblo la ven
y soplan, buena la aguarda.
Voy, por ahorrar detención,
á completar su equipaje,
porque á fe que nuestro viaje
quiere priesa y precaución.

(Entra en el gabinete, quedando sola la escena por un corto instante, después del cual aparecen D. Pedro y Margarita del brazo, ella con velo, y él embozado, como salieron de la escena en el acto primero.)

ESCENA II

DON PEDRO y MARGARITA

DON PEDRO

Bien, señora, muy bien por vida mía:
¿son estos los cuidados de una dama
por un hidalgo á quien la luz del día
es menos clara que su limpia fama?
¿Esto es honra, es amor, es hidalgüía?
Decidme, si acertáis, ¿cómo se llama
la que vende su fe y amor primero
por el amor de un torpe aventurero?
¿Dó vais en medio de la noche oscura
después de oculta y amorosa cita,

mientras el esposo de la amante impura
vuestra fortuna y salvación medita?
Los rebeldes temiendo por ventura,
¿me ibais á hacer la guardia, Margarita,
en avanzado puesto, centinela
que vende á su señor mientras le vela?
¡Ira de Dios! Si noble no mirara
que sois una mujer, un ruin gusano,
un reptil á quien necio acariciara
mientras cobarde me mordió la mano;
si de quien soy un punto me olvidara
y ser pudiera cuanto vos villano,
¿vuestra traidora liviandad no alcanza
la violenta explicación de mi venganza?

Mas concluyamos de una vez, señora:
esta noche saldremos de Vallirana
bien guardada por gente que aun ignora
cuánto tenéis de ingrata y de liviana.
Vuestro equipaje dispuesto ahora,
que en un convento dormiréis mañana;
de mí no os acordéis en adelante,
y estad pronta á partir.....: vuelvo al ins-
[tante.

(Vase por la puerta del fondo, cerrando por fuera.)

ESCENA III

MARGARITA

¿Habrá apuro mayor?..... y si entretanto,
sin más amparo que mi pobre empeño,
le apresan por rebelde..... ¡Cielo santo,
lo estoy palpando y me parece sueño!

¿Cómo tan presto nuestra cita supo Peralta?... ¿Desde cuándo así me espía? Tanta desdicha en él tan sólo cupo, si es que no lo hizo la torpeza mía.

(Mirando por todas partes.)

¡Si encontrara una puerta, una ventana! ¡Si hubiese quien le diera algún aviso! Si no parte, que al fin caiga mañana en manos de unos ú otros, es preciso.

¡Imposible! ¡Esta reja, este aposento cerrados!.... ¡Oh! Y creará que le abandono y si el secreto revelar intento [no; á mi marido, ¡cuál será su encono!

¡Enemigo y rebelde!.... No, Dios mío; á salvarle, Señor, prestadme ayuda: mas siento pasos.....; en la suerte fio, y espero mi ocasión atenta y muda.

(Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar á Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría yendo para ella.)

ESCENA IV

MARGARITA y BEATRIZ

MARGARITA

¡Gracias, Dios mío!

BEATRIZ

Señora,
¿que tenéis? ¿Qué ha sucedido?

MARGARITA

Nada, Beatriz; te ha traído sin duda un ángel ahora.

BEATRIZ

Pero ¿qué pasa? ¿Qué es esto?

MARGARITA

Pérez.....

BEATRIZ

(Interrumpiéndola, y ambas con mucho afán en lo restante.)

Con el otro dió.

MARGARITA

Y en la sombra nos siguió.

BEATRIZ

¿Y os encontró?

MARGARITA

Por supuesto.

Yo al lejos le conocí; trabóse en la calle un duelo, llegó gente, me eché el velo, salí del tropel, y huí. Siguióme astuto el doncel; una mujer me escondió, mas mi marido llegó á poco tiempo tras él.

BEATRIZ

¿Y riñeron?

MARGARITA

Sí, ¡por Dios! mas el ruido dió noticia del caso: fué la justicia.....

BEATRIZ

¿Y se salvaron?

MARGARITA

Los dos.

Con el temor, con el ruido, yo no vi por dónde huyeron, pero á mí me descubrieron y al fin dí con mi marido.

BEATRIZ

¡Santa Polonia nos valga!

MARGARITA

Ahora, Beatriz, es preciso que yo dé á ese hombre un aviso, y de este aposento salga.

BEATRIZ

Pero señora.....

MARGARITA

¿Qué hay, pues?

BEATRIZ

¿Y otra vez queréis salir?

MARGARITA

A salvarle ó á morir.

BEATRIZ

¡A morir! ¿Tanto interés?
os tomáis en su aflicción?

MARGARITA

Porque él su vida salvara,
que me robasen dejara
cuanta hay en mi corazón.

BEATRIZ

Señora, estoy aturdida.
Seis años ha que en la casa
estoy, y lo que hoy nos pasa
no se me ocurrió en mi vida.
¡Una pasión tan violenta
guardabais tan en secretos,
que yo jamás vi el objeto!

MARGARITA

Tenga con lo que habla cuenta;
¿quién la dice que un galán
sea, y no un desventurado?

BEATRIZ

¿Cuándo un infeliz ha dado
á una mujer tanto afán?

MARGARITA

Pues que se salve es forzoso,
sea quienquiera.

BEATRIZ

Vedlo vos.

MARGARITA

(Viendo las llaves que tiene Beatriz á la cintura.)

¿Tienes llaves?

BEATRIZ

Tengo dos.

MARGARITA

¿Son.....

BEATRIZ

De ahí una.

(De la puerta del fondo.)

MARGARITA

¡Dios piadoso!

Pronto, Beatriz, este manto
ponte.

(Margarita la pone de grado ó por fuerza el guardapiés negro y la ata por la cintura su manto, cuya operación dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.)

BEATRIZ

¡Yo!

MARGARITA

Y esta basquiña.

BEATRIZ

¿Y el amo?

MARGARITA

Antes de la riña
volveré yo.

BEATRIZ

¡Cielo santo!

Va al punto.....

MARGARITA

Déjale, y calla
por mucho que te amenace.

BEATRIZ

¿Conque yo soy quien fuego hace,
y vos ganáis la batalla?

MARGARITA

Por más que venga furioso.....

BEATRIZ

¡Santo Cristo de la Vega!.....

MARGARITA

Tú calla siempre, y si llega
el caso á más, con brioso
acento, y nada te asombre,
dile que te vengarás,
acusándole además
de la muerte de aquel hombre.

BEATRIZ

Mas.....

MARGARITA

Silencio; trae la llave.

BEATRIZ

¿Conque yo sin culpa alguna....

MARGARITA

Es un golpe de fortuna.

BEATRIZ

Mas ¿hay razón?

MARGARITA

¡Dios lo sabe!

(En estos cuatro últimos versos, Beatriz suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan á la puerta; ábrela Margarita, y dejando dentro á Beatriz, sale por fuera. Beatriz vuelve después al centro del teatro y se sienta resignada en el sillón, quedando, sobre poco más ó menos, como quedaba Margarita cuando salió D. Pedro de la escena II.)

ESCENA V

BEATRIZ

¿Se dará suerte más perra?
 ¡Conque por salvarse mi ama,
 sin atender á mi fama
 á mí en su lugar me encierra!
 Y ¿qué se dirá de mí
 cuando sepan que me salgo
 de noche con un hidalgo?
 Y, al cabo, si fuera así,
 pase.... ¡Pero que al estar
 arreglando el aposento
 sin maldito del intento
 de ver ni de gulumear,
 culpada he de parecer,
 tan sólo por la torpeza
 de ir á asomar la cabeza
 cuando no era menester!
 ¡Y ella! ¡Mi ama! ¡Habrà valor?
 Tras tanta gazmoñería,
 á su marido vendía.
 ¡Dios le ayude al buen señor!
 Mas suben.... Él es quizás....
 Me cubro. ¡Enemiga estrella!
 Es mujer, y haré por ella
 lo que pueda...., nada más.

ESCENA VI

BEATRIZ y D. PEDRO

DON PEDRO

Ya los caballos están
 preparándose en la obscura
 noche, y con planta segura
 al convento os llevarán.
 ¿Qué decís? ¿No halláis, señora,
 una disculpa que dar me,
 ¿ó aun más queréis ultrajarme
 con vuestro silencio ahora?
 ¡Está bien! ¡Muy bien, por Dios!
 Si os empeñáis en callar,
 al fin tendré yo que hablar
 la última vez por los dos.
 Yo os amaba, Margarita,
 más que á la luz de mis ojos;
 dí siempre á vuestros antojos
 una importancia infinita.
 No hubo fiesta ni torneo
 en que, por veros contenta,
 galán, no tuviera en cuenta
 vuestro mujerial deseo.
 No hubo una lengua atrevida
 que á vuestra conducta osara,
 que al punto no me pagara
 la insolencia con la vida.
 No hubo juglar ni cantor
 con cuyos cuentos holgarais,
 cuyos cuentos no gozarais
 del invierno en el rigor.
 Constante en vuestro cariño,
 á vuestro amor bien leal,
 siempre os traté, por mi mal,
 como á un caprichoso niño.
 Vuestro antojo era mi ley,
 vuestra inclinación mi guía;
 en mayor cuenta os tenía
 que á mi patria y á mi Rey.
 Por vos tenaz cortesano,
 aglomeré en mis blasones
 honores y distinciones
 que hoy estima el mundo vano.
 Por vos á la lid bajé;
 y vencido ó respetado,
 por daros marido honrado,
 de continuo me afané.

Con vuestra escasa nobleza
 enamoróme, señora,
 vuestra beldad seductora,
 casi hundida en la pobreza.
 Que bien sabéis que en su corte
 una Princesa os tenía,
 más que por vuestra hidalguía,
 por vuestra virtud y porte.
 ¡Y, al cabo, esposa liviana,
 mintiendo virtud y amor,
 habéis hecho de mi honor
 mercadería villana!
 ¿Qué hicisteis del corazón
 de que yo presente os hice?

BEATRIZ

(Pues si es verdad lo que dice,
 á fe que tiene razón.)

DON PEDRO

¿En callar os obstináis?
 ¿Es decir, que vuestra culpa
 no puede tener disculpa
 ó arrepentida no estáis?
 ¿Es decir, que pues carezco
 de buena ó mala respuesta,
 ó no la tenéis dispuesta,
 ó de vos no la merezco?
 ¿Es decir, que aun orgullosa
 con vuestro crimen estáis,
 y que á vuestro encierro vais
 mujer vil é ingrata esposa?
 ¡Muerte aquí mismo no os doy
 en un arrebato insano,
 porque me tiene la mano
 ver quién sois y ver quién soy!

(Beatriz hace un movimiento de temor.)

¡Teméis! ¡Recatáis la cara
 de ese velo en la doblez!
 Tenéis razón: si otra vez
 le mostrarais, ¡os matara!
 Vedla, sí, que tan bella
 como es, por mi desventura
 no viera más que impostura,
 infamia y vergüenza en ella.
 Venid, señora conmigo,
 (Beatriz permanece inmóvil.)
 ¿Qué hacéis? ¿Me insultáis de intento?

BEATRIZ

(Ahora me lleva al convento.
 Yo canto.)

DON PEDRO

¿Oís lo que os digo?

BEATRIZ

Señor.....

DON PEDRO

Seguidme y callad,
 que en el dolor con que lucho.....

(Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos á la
 puerta, se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro
 suelta á Beatriz al oírla, y abre.)

MARGARITA

(Dentro.)

Peralta.....

DON PEDRO

¡Cielos, ¿qué escucho?

MARGARITA

(Dentro.)

Peralta.....

DON PEDRO

(Abriendo.)

¡Es ella, en verdad!

ESCENA VII

DON PEDRO, MARGARITA y BEATRIZ

BEATRIZ

(¡Gracias á Dios que respiro!)

MARGARITA

(Á D. Pedro.)

Bajárame á despedir,
 que ya es hora de partir
 á Pamplona..... Mas ¿qué miro?
 ¡Una mujer! ¡Por mi vida,
 Pérez, que á haberme pensado
 que estabais tan ocupado,
 me ahorrara la despedida!

Para partirme á Pamplona,
¿es aquesta la razón?
¿Es esta la rebelión
que ha estallado en Barcelona?

DON PEDRO

(Confuso.)

Si estoy soñando no acierto.
Respondedme, Margarita:
¿no habéis salido á una cita?
¿No.....

MARGARITA

¿Me insultáis?

DON PEDRO

No, por cierto.

Es un misterio espantoso,
una fatal realidad.

(Con afán.)

¿No habéis hablado, en verdad,
con un galán misterioso?
¿No entrasteis en una casa
donde ocurrió una pendencia,
donde entró.....

MARGARITA

Tanta insolencia,

de raya, Peralta, pasa.

¿Eso á mí me preguntáis
con tan torpe atrevimiento,
y solo en este aposento
con esa mujer estáis?

Mal hidalgo y mal marido,
me ibais villano á engañar,
¿y aun me queréis achacar
lo que habéis vos cometido?

¿A mí cuentas me pedís
de vuestros locos amores?

Y ¿han sido vuestros mayores
de noble raza? ¡Mentís!
Aborto de ajenas faltas,
por un error ó un descuido
habéis, don Pedro, nacido
en casa de los Peraltas.

DON PEDRO

¡Margarita! ¡Vive Dios,
que si otro tal me dijera,
aquí pedazos le hiciera,
y..... agradecédmelo vos!

MARGARITA

¿Cómo?

DON PEDRO

(Á Beatriz.)

De dudas salgamos.

¿Quién sois? ¡Descubrios.... presto!
Pues vos sois la causa de esto,
qué es aquesto preguntamos.
Esta mujer es mi esposa;
dadla de esto una razón;
sacadnos, en conclusión,
de esta duda escandalosa.

MARGARITA

(Á Beatriz, que, aunque dudosa, va á alzarse el velo.)

Teneos, no os descubráis;
ya entiendo vuestras marañas;
unas facciones extrañas,
sin duda, á mostrarme vais;
no las podré conocer,
y vos vais á concluir,
buen Peralta, con decir:
«No conozco á esta mujer.»
No; bien está como está;
de ambos satisfecha quedo.

BEATRIZ

(¡Válgame Dios, y qué enredo
de golpe ensartando va!)

DON PEDRO

(Á Beatriz.)

Señora.....

BEATRIZ

(Este es otro apuro.)

DON PEDRO

El rostro una vez mostrad,
y ¡por Cristo! atestigüad
que no os conozco.

(Á Margarita.)

¡Os lo juro!

MARGARITA

¿Eso más? ¡Viven los cielos,
hombre imbécil, que ¡por Dios!
que siento ahora hacia vos
desprecio y mengua, no celos!

BEATRIZ

(Salgamos pronto de aquí,
antes que el diablo la enrede.)

(Fingiendo un poco la voz, pero sin que toque
en el ridículo, á D. Pedro.)

Vuesa merced con Dios quede.

DON PEDRO

¿Así os vais, señora?

BEATRIZ

Sí.

Sin culpa en aquella muerte,
pues sois vos quien le mató,
libre de pena estoy yo
si bien su merced lo advierte.
Pues parte no tengo alguna
en vuestro fatal error,
dejadme salir, señor,
y válgame mi fortuna.

DON PEDRO

Mas sola....

BEATRIZ

Soy española,
casa tengo, y pues salir
sola me han visto, he de ir
á mi casa otra vez sola.

DON PEDRO

Pero....

BEATRIZ

Dejadme.

DON PEDRO

Y ¿no habéis
de decir....

BEATRIZ

Es mi secreto.

MARGARITA

(No salió mal del aprieto.)
Mejor es que la dejéis;
que pues ya de cualquier modo
compostura haber no puede,

que se vaya ó que se quede,
es igual para mí todo.

(Coge Margarita á Beatriz, y, llevándola á la puerta,
la dice en voz alta:)

Id, y si en mi casa os hallo,
preparaos á morir.

(Al oído.)

(Vé á Juan corriendo á decir
que me ensille otro caballo.)

(Cierra la puerta con ímpetu, y vuelve á la escena.)

ESCENA VIII

MARGARITA y D. PEDRO

DON PEDRO

(¡Por Dios, que me desatinan
aventuras tan extrañas!)

MARGARITA

(Si no le salvan mis mañas,
esta noche le asesinan.)
Pedro Pérez de Peralta,
escuchadme atentamente,
y lo que voy á deciros
tened en memoria siempre.

DON PEDRO

Concluyamos, Margarita.

MARGARITA

Tenga la lengua si puede,
y escuche atento una vez.

DON PEDRO

Pues no hay remedio, sed breve;
(Se deja caer en un sillón.)
mas no olvidéis que os escucho,
aunque sentado, impaciente.

MARGARITA

Sabéis que en hidalga cuna
nací, y por ello me deben,
si no amor, quien no lo tenga,
respeto: ¿quién se me atreve?

DON PEDRO

Señora....

MARGARITA

Por vos lo digo,
que torpe, esta noche, Pérez,
manchado habéis vuestros timbres
de leal y de valiente.

DON PEDRO

Mirad.....

MARGARITA

¿No sabes, Peralta,
que el honor de las mujeres
es un castillo cerrado
que sus maridos defienden?

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿no sabes, Peralta,
qué el necio que desguarnece
de este alcázar las troneras,
sus puertas abre y le vende?

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿lo sabes, Peralta,
que al casarnos, mutuamente,
á ti te dijeron: «¡Guárdala!»
y á mí: «¿Quién te guarde tienes?»

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿no sabes, Peralta,
que el que á su mujer ofende
no es león que la custodia,
sino monstruo que la muerde?

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿no sabes, Peralta,
que nunca amorosas pueden
dividir un mismo lecho
la paloma y la serpiente?

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿no sabes, Peralta,
que está Margarita Téllez
muy mal entre su honra limpia
y los amores de Pérez?

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

Y ¿no sabes, Peralta.....

DON PEDRO

Pero.....

MARGARITA

¡Calla!

DON PEDRO

¡Escucha!

MARGARITA

¡Tente,

que pues no eres ¡vive Dios!
ni el que su alcázar guarnece,
ni el noble león que vela,
sino quien su alcázar vende
y el necio que su honra escupe
y la serpiente que muerde,
yo me voy á mi convento
después de invocar las leyes!
Beatriz.....

DON PEDRO

(Entre confuso y colérico.)

(Dios de justicia,
¿qué infernal misterio es éste,
que cuanto más le sondeo
menos mi afán le comprende?)

ESCENA IX

DON PEDRO, en siniestra meditación. BEATRIZ
y MARGARITA

BEATRIZ

¿Qué mandáis?

MARGARITA

Dobles caballos
apronten y doble gente,
que todos juntos partimos.

BEATRIZ

¿Todos?

MARGARITA

A la corte.

BEATRIZ

Puede.

MARGARITA

Calle, y váyase la necia.
(¡Ay de ti si me obedeces!)

ESCENA X

DON PEDRO y MARGARITA

MARGARITA

Peralta, vuestro equipaje
disponed cuando quisieréis;
esta noche partiremos
á ver al Rey juntamente,
y.... ahoguemos uno del otro
las memorias para siempre.

(Entra en su gabinete con señales marcadas de indignación, y dice abriendo la puerta:)

(Esto es dar al tiempo, tiempo,
y el que tiene tiempo, tiene.)

ESCENA XI

DON PEDRO

¡No lo entiendo, por Dios! ¿Conque no
[era ella?

Mas ¿yo no los seguí? ¡Oh! Estoy seguro
que no perdí ni equivoqué la huella,
por ruin crucero ó callejón obscuro.
Dos veces se ocultó, dos á encontralle
volví, y tras del veloz gané la casa,
y el mismo hallé con quien reñí en la
de las estrellas, á la luz escasa. [calle,
Allí estaba también ella escondida;
no alcanzo en qué lugar del aposento,

mas oíla al subir, y ¡por mi vida,
que era su voz y conocí su acento!
La así del brazo, la arrastré conmigo,
vine, subimos, la dejé cerrada,
no hice más que bajar hasta el postigo,
y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy y dudo si lo veo;
no atino ¡vive Dios! si estoy soñando....
¡Ah! No; que dudo, que deliro creo,
pues no comprendo lo que estoy palpando.
Mas yo daré con el misterio infame;
y si á encontrar con quien me burla llego,
aunque al infierno en su socorro llame,
ni la amenaza le valdrá ni el ruego.

(Llamando.)

Beatriz.....

ESCENA XII

DON PEDRO y BEATRIZ

BEATRIZ

¿Qué mandáis, señor?

DON PEDRO

Ven acá y cierra esa puerta.

BEATRIZ

(Todo lo sabe; estoy muerta.)

DON PEDRO

Respóndeme; y ¡por mi honor,
que si ocultas la verdad
en lo que á exigirte voy,
Beatriz, á empezar vas hoy
tu viaje á la eternidad!
Esta noche, ¿Margarita
no salió?

BEATRIZ

Yo no la vi.

DON PEDRO

Pues ¿por quién, si no por ti,
pudieron darla la cita?

BEATRIZ

Pero ¿qué cita, señor?
que de lo que habláis no sé.

DON PEDRO

¿Te burlas, Beatriz?

BEATRIZ

No, á fe.

(Trémula estoy de pavor.)

DON PEDRO

No hay más que los tres en casa;
de ella salió una mujer;
ó tú ó ella habéis de ser,
y de entre las dos no pasa.
Si tú no abriste la puerta,
has de saber quién la abrió;
¿quién fué? Confiesa, ó de no,
cuéntate, Beatriz, por muerta.

BEATRIZ

Pero ved, señor.....

DON PEDRO

Lo dije:

aquí una mujer había;
¿quién fué, pues no era la mía?
Hablas ó mueres, elige.

BEATRIZ

Os diré, pues, lo que sepa,
y tenedme compasión.
(Espiaré su intención
con cuanta fortuna quepa.)
Al hórreo, señor, bajé
á llevar orden á Juan
de vuestra parte.....

DON PEDRO

¿Qué afán!

No pregunto eso.

BEATRIZ

Pues ¿qué?

DON PEDRO

¿Cuando del hórreo volviste,
responde, al ir ó al venir,
en casa entrar ó salir
alguna mujer no viste?

BEATRIZ

Señor, perdonad si anduve

algo en volver perezosa,
que, de la noche medrosa,
compaña esperando estuve.

DON PEDRO

¡Voto á.....

BEATRIZ

Azorada volví;
mas cuando á avisaros iba,
en estos cuartos de arriba
gran son de querella oí.
Miré por el agujero
de la llave, os vi á los dos,
y no me atreví ¡por Dios!
á meterme de tercero.

DON PEDRO

Pero ¿no viste salir
de este cuarto una tapada?

BEATRIZ

Yo, señor, no he visto nada,
porque, verdad á decir,
como amantes quimerillas
nadie importa que examine,
me volví por donde vine
despacio y de puntillas.

(Un momento de silencio, en que Beatriz observa
á D. Pedro, y éste medita desesperado.)

DON PEDRO

Está bien. Tarde ó temprano
la verdad he de saber;
y si eres tú ó mi mujer,
no tenéis remedio humano.
No he de cesar en mi afán;
y aunque me cueste la vida,
si no doy con la escondida,
he de dar con el galán.

(Vase.)

ESCENA XIII

BEATRIZ

De tan peligroso apuro
por un milagro salí;
si da con ello, ¡ay de mí!
me hace añicos de seguro.

Temblando estoy todavía.
 Conforme me preguntaba,
 cuanto más disimulaba,
 más su intención me temía.
 Lo que á mí me asombra más
 es ver cómo en este asunto
 tal papel hago, que un punto
 no puedo volverme atrás.
 Si descubro el galanteo,
 él descubre la escondida,
 y en ambos casos, mi vida
 de un pelo colgada veo.
 Quién tiene razón no sé;
 mas del hidalgo y la dama.....
 Allá voy.....: serviré al ama,
 y si da mal, cambiaré.

(Va á la puerta del gabinete de Margarita y llama.)

¿Señora?

ESCENA XIV

BEATRIZ Y MARGARITA

MARGARITA

¿Eres tú?

BEATRIZ

Yo soy.

MARGARITA

¿Están los caballos ya?

BEATRIZ

Con ellos al puente va
 Juan.

MARGARITA

Beatriz, sin alma estoy.
 Y de ese infeliz, ¿qué es?

BEATRIZ

No lleva la mejor parte,
 según calculo.

MARGARITA

A informarte
 de su suerte corre, pues.

BEATRIZ

¿No es rebelde al rey don Juan?

MARGARITA

¿Qué te importa?

BEATRIZ

Es que hay soldados
 en el lugar, que apostados
 por los de Navarra están.

MARGARITA

(¿Esto más, cielos?) No importa;
 una carta á precaución
 tengo, y aunque en conclusión
 es esperanza bien corta,
 cómo has de dársela ve.

BEATRIZ

Es vano empeño, señora,
 que está hecho un Argos ahora
 vuestro esposo.

MARGARITA

Ya lo sé;
 mas asomada al balcón
 puedes la calle espiar,
 y si es que acierta á pasar.....

BEATRIZ

Entiendo mi obligación.

MARGARITA

Mas mira si, á pesar de esto,
 antes que él llegue á venir
 puedes tú acaso salir
 tras él con cualquier pretexto.

BEATRIZ

Así lo haré, descuidad.

MARGARITA

Que entre en casa no permitas,
 y cuenta que de él me admitas
 oro ó papel.

BEATRIZ

No, en verdad.

MARGARITA

La última razón espero
 en mi cuarto.

(Entra en él.)

BEATRIZ

Lo haré así,
que tengo yo para mí
que si esto se alarga, muero.

(Asómase D. Pedro á la puerta, y viendo á Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale.)

DON PEDRO

Basta de misterios ya,
y harto hay con un escondite,
que si toma su desquite
don Pedro.....

ESCENA XV

BEATRIZ y DON PEDRO

DON PEDRO

Le tomará.

BEATRIZ

¡Cielos!

DON PEDRO

Venga ese papel.

BEATRIZ

Señor.....

DON PEDRO

El papel.

BEATRIZ

Tomad.

DON PEDRO

Aquí sabré en realidad
quién es ella ó quién es él.

(Lee.)

«Un caballo prevenido
tenéis en el puente.—Adiós,
y ved que os persiguen do,
los del Rey y mi marido.»
Quien escribe es Margarita.

(Á Beatriz.)

Salid.

BEATRIZ

(Por todo atropella.)

(Vase.)

ESCENA XVI

DON PEDRO

(Después de un momento de reflexión.)

Acudo primero á ella
y aseguro al de la cita.

(Se sienta y guarda el papel.)

¡Dadme paciencia, Dios mío!

(Llamando.)

Margarita.....

ESCENA XVII

DON PEDRO y MARGARITA

MARGARITA

¿Qué me quieres?

DON PEDRO

(No sé cómo me contengo,
¡vive Cristo!) Que te sientes.

MARGARITA

(¿Si habrá cogido la carta?
Disimulemos.)

DON PEDRO

(La imbécil
quiere fingir todavía;
mas sorprendido el billete,
á mí me toca esta vez.)

(Alto.)

¿Tienes, querida, presente
cuánto tiempo ha nos casamos?

MARGARITA

Seis años y algunos meses.

DON PEDRO

Pues eso ha que nuestra honra
nos prestamos mutuamente.

MARGARITA

(El alma tengo en un hilo.)

DON PEDRO

Dime, y esto, ¿cuántas veces,
si se pierde, se recobra?

MARGARITA

Pero ¿a qué viene esto, Pérez?

DON PEDRO

¿Sabes, Margarita mía, que cada sentido tiene una puerta por do sale nuestra honra, y nunca vuelve?

MARGARITA

Pero.....

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que no sois más las mujeres que un alcázar en que la honra guardada los hombres tienen?

MARGARITA

¡Por Dios, Pérez, que no alcanzo lo que con eso pretendes!

DON PEDRO

¿Sabes que un alma con honra otra alma con honra quiere, porque es justo que se guarden las reinas para los reyes?

MARGARITA

Pero.....

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que el marido que la pierde compra una marca de infamia que lleva en el rostro siempre?

MARGARITA

Pero.....

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que en tanto que no la vengue, ni de hidalgo ni de hombre el vano nombre merece?

MARGARITA

Mas yo.....

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que si por ella no vuelve, hasta las dueñas ocupen de su blasón los cuarteles?

MARGARITA

Pero.....

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que ha nacido hidalgo Pérez, y no ha de vivir sin honra aunque al mismo Dios le pese?

MARGARITA

¡Cielo!

DON PEDRO

Y ¿sabes, Margarita, que un remedio hay solamente para dolencia tan grave?

MARGARITA

Pero escucha.....

DON PEDRO

¿Y que es la muerte?

MARGARITA

Pero.....

DON PEDRO

¡Silencio!.....

MARGARITA

Oye.....

DON PEDRO

¡Calla!

Más hablando no me afrentes, y lee si te queda aliento, Margarita, estos papeles.

MARGARITA

¡Santo Dios! (Ganemos tiempo, y en su misma red se prende.)

(De rodillas.)

¡Perdón, Pérez! ¡A tus plantas me arrastraré eternamente!

DON PEDRO

Y el polvo en que tú te arrastres,
¿podrá mi honra volverme?

MARGARITA

¡Lloraré al pie de tu lecho,
velando mientras tú duermes!

DON PEDRO

Y ¿qué sueño ha de acudir
á quien sin honra se acueste?

MARGARITA

¡Seré menos que tu esclava,
besaré el polvo que huelle!

DON PEDRO

¿Y qué harás con esas manos
que toman esos billetes?

MARGARITA

¡Perdón!

DON PEDRO

La vida que llevas,
que te perdone agradece,
y prepárate á enterrarla
en un claustro para siempre.

ESCENA XVIII

MARGARITA

¡Terrible apuro, por Dios!
Si me confío y me vende,
ambos á dos nos perdemos,
porque Peralta no cede.
No se lo digo, imposible;
es un proscrito, un rebelde,
y Pérez con un contrario
ni transige ni conviene.
No; sola le he de salvar,
y si al cabo me sorprende,
á todo estoy ya resuelta,
le diré cuánto le debe:
y si aun se niega obstinado,
entonces, ¡cielos, valedle!

que vuestros altos designios
más que mis intentos pueden.

(Llamando.)

Beatriz.....

ESCENA XIX

MARGARITA y BEATRIZ

BEATRIZ

Señora....

MARGARITA

¿Y Peralta?

BEATRIZ

En la calle.

MARGARITA

Atentamente
acecha por dónde va.

BEATRIZ

Según dijo, pronto vuelve.

MARGARITA

Pues ponte al balcón al punto,
porque de mí no sospeche.

BEATRIZ

Mas, señora....

MARGARITA

Y si entretanto
que está fuera, el otro viene,
avísame en el momento.

BEATRIZ

Pero...

MARGARITA

Y dile que espere.

(Éntrese Margarita, dejando á Beatriz de repente. Ésta la mira hasta que la pierde de vista, y después de silencio dice y se va.)

BEATRIZ

Pues señor, si entiendo jota,
que los demonios me lleven.

(Vasc.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, que entra por la puerta del fondo.

¡Eh! Ya estamos en campaña.
A la puerta está el mancebo;
aquí la enredan de nuevo,
y ¡Santiago, cierra España!
No, pues de ésta ya es en vano
que yo tercié pretender;
si me llega á sorprender
don Pedro, canto de plano.
(Llama á la puerta del gabinete de Margarita.)
¿Señora?

ESCENA II

BEATRIZ y MARGARITA

BEATRIZ

A la puerta está.

MARGARITA

¿Peralta?

BEATRIZ

El otro.

MARGARITA

¿Y le has dicho....

BEATRIZ

Todo; mas tiene capricho
por veros, y....

MARGARITA

No será.
¿Está Juan con el caballo
prevenido?

BEATRIZ

Junto al puente.

MARGARITA

Pues si no corre prudente,
remedio á su mal no hallo.
Dile que se salve, que huya,
que le juro por mi vida.....

BEATRIZ

Señora, según la olvida,
poco espera de la suya.

MARGARITA

¡Cómo!

BEATRIZ

El son de los caballos
se oye en el pueblo.

MARGARITA

Y ¿aun tarda?

BEATRIZ

Del Rey de Navarra aguarda,
si no le habláis, los vasallos.

MARGARITA

¡Oh, qué afán! Por el balcón
á despedirle saldré.

BEATRIZ

Es ya muy tarde.

MARGARITA

¿Por qué?

BEATRIZ

Se vienen de pelotón
los jinetes por la calle.

MARGARITA

¿Darán con él?

BEATRIZ

¿Quién lo duda?

MARGARITA

Pues abre, y que Dios le acuda.

BEATRIZ

Le hallará Pérez.

MARGARITA

Que le halle.

ESCENA III

MARGARITA

¡Santo Dios! Si han decretado
su muerte vuestros enojos,
que no le vean mis ojos
morir tan desventurado.
Matadle lejos de mí
si es tan culpable, Señor,
ó va á hacer vuestro furor
hoy dos víctimas aquí.

ESCENA IV

DON CARLOS y MARGARITA

MARGARITA

¡Huid los del Rey, por Dios!

DON CARLOS

Tan de cerca me seguían,

que en las manos me tenían
si no me ampararais vos.

MARGARITA

¿Por qué no habéis del lugar
salido?

DON CARLOS

Imposible fué;
por cuantas calles eché,
fuí con soldados á dar.

MARGARITA

¿Conque estáis cercado aquí?

DON CARLOS

Sí; de noche, abandonado,
como tienen acosado
en un monte á un jabalí.

MARGARITA

Y ¿no hay medio?

DON CARLOS

No, ninguno.

MARGARITA

¿Ni es posible concluir.....

DON CARLOS

Nada; y á poder morir
hallara remedio alguno.
Margarita, si quisieran
mi suerte y mi vida sola,
alma me alienta española,
dos veces no la pidieran.
Mas todos esos valientes
que rebeldes son al Rey,
fueran de la misma ley
las víctimas inocentes.
No; imposible transigir;
he jurado á esa ciudad
volverla su libertad,
y lo tengo de cumplir.

MARGARITA

Y ¿tenéis pensado.....

DON CARLOS

Nada:

ni ¿cómo pude pensar
¡ay de mí! sino en salvar
esta vida desdichada?

ESCENA V

BEATRIZ y MARGARITA

(Vuelve Beatriz con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso Margarita, y con el que salió de la escena.)

BEATRIZ

Esto vuelvo al gabinete,
que todo lo anda Peralta;
y si nota que aquí falta
y á mi aposento arremete,
lo encuentra y cae en la trama,
¡Dios nos asista!

MARGARITA

¿Qué es?

BEATRIZ

Vuestro manto....

MARGARITA

Pronto, pues,
tíralo sobre la cama,
y corre, vuelve al balcón
y avisa al venir Peralta.

BEATRIZ

(Ó mucha precaución falta,
ó sobra mucha razón.)

ESCENA VI

MARGARITA y DON CARLOS

MARGARITA

Don Carlos, para salvaros
de tan inminente apuro
no hay más que un medio.

DON CARLOS

¿Seguro?

MARGARITA

Único.

DON CARLOS

¿Cuál?

MARGARITA

Ocultarnos.

Partimos dentro de un hora
Peralta y yo: en esta casa
podéis quedar mientras pasa
la turba perseguidora.
Los del Rey se partirán
con el alba, y en tal caso,
pensad, don Carlos, que á un paso
los de Barcelona están.

DON CARLOS

Margarita, cosa alguna
no es ya posible emprender
que no venga á entorpecer
mi desdichada fortuna.

MARGARITA

Pues fiar en mi marido
tampoco es posible ya,
según por ambos está
irritado y ofendido.
Mas decid, en conclusión,
con el bando agramontés
si dais, ¿tan difícil es
obtener vuestro perdón?

DON CARLOS

(Con melancolía.)

Mirad, Margarita, bien
mi rostro por un instante,
que muestras en mi semblante
habrá que respuesta os den.

MARGARITA

No os entiendo.

DON CARLOS

¿Os olvidáis
que en una torre encerrado,
á alimentarme forzado,
comí su pan?

MARGARITA

Me aterráis.

DON CARLOS

¿Aun no me entendéis?

MARGARITA

No atino....

DON CARLOS

¿No habéis oído decir
que el pan que ayuda á morir
corta á la vida el camino?

MARGARITA

¿Cómo!

DON CARLOS

¿Nunca oísteis vos
que fué de muchos la vida
sentenciada en la comida?

MARGARITA

Un veneno.... ¡Santo Dios!

DON CARLOS

Siento en mi sangre su huella,
y aunque el fin no consiguieron,
los traidores me le dieron
en la prisión de Morella.

MARGARITA

Mas....

DON CARLOS

No acuso á nadie, no;
al brindarme la bebida,
la mano quedó escondida,
no he de descubrirla yo.
Y pues aun vivo, y su intento
el que fué no satisfizo,
sé que quien el mal me hizo,
si le dejan, me hará ciento.

MARGARITA

Don Carlos, hora menguada
al nacer os ha acudido,
cuando allí no le ha cosido
contra el muro vuestra espada.

DON CARLOS

Hay, Margarita, ocasión
en que, con razón bastante,

hay que tener por delante
no acero, sino razón.

MARGARITA

No sé cómo lo entendéis,
porque en tan extremo caso,
morís si traéis el vaso,
no bebo si no bebéis.

DON CARLOS

(Con amargura.)

Yo le apuré todo entero;
y si otra vez me lo enviaran,
vacío se le llevaran;
mas otro beber no quiero.
Poner el mar he pensado,
por eso, entre ambos á dos,
que me pesara ¡por Dios!
volver á lo comenzado.

MARGARITA

Dirán que no habéis podido
con la prez de vuestro nombre.

DON CARLOS

Diga lo que quiera el hombre,
como Dios fuere servido.

MARGARITA

¿Y la gloria?....

DON CARLOS

(Con resolución.)

¡Eh! ¡Ilusión vana!
Conozco mi obligación,
y sé que tengo razón.

MARGARITA

¿Para callar?

DON CARLOS

Soberana.

Harto, Margarita, os dije;
entre infeliz y malvado,
que me llamen desdichado
es lo que menos me aflige.
Basta ya de rebeldía,
y aunque me den la razón,
no harán que en necia ocasión
confiese que la tenía.

Y dejémoslo, señora,
que, penséis lo que queráis,
me basta que lo sepáis
vos sola en el mundo ahora.

MARGARITA

(Con tristeza.)

Maldita fué vuestra estrella,
don Carlos, desde el nacer.

DON CARLOS

De sangre hice ya correr
hartos arroyos por ella.
Mas ¿lloráis?

MARGARITA

¿No he de llorar,
señor, tanta desventura?

DON CARLOS

No se puede mi amargura
con lágrimas aliviar.
No pudo nunca un amigo
consolarla ó dividirla.

MARGARITA

(Con entusiasmo.)

Pues si no podéis partirla,
podéis llevarla conmigo.
Yo, don Carlos, os amé
con amor tan soberano,
que si nacierais mi hermano,
si os quisiera más no sé.
Y á la faz del mundo entero
puedo este amor confesar
sin que le hayan de tachar
de liviano ni a tanero.
Por mucho que os suponían
mal hijo, inquieto y traidor,
siempre atrevido mi amor,
les contestó que mentían.
Por más que vuestra misión
de desventura haya sido,
siempre por vos he tenido
cariño en el corazón.
Sí; y pues arrostré quizás
en mi honor una sospecha,
la vereda es muy estrecha
para que me vuelva atrás.
Mi esperanza es bien escasa,
pero debe ser ya una

para entrambos la fortuna;
quedad, señor, en mi casa.
Aquí os habéis de salvar,
ó aquí habemos de morir,
que mejor es sucumbir
que humillarse á suplicar.

DON CARLOS

¡Margarita!

MARGARITA

Sí, yo soy,
si no de reinos señora,
una mujer que os adora
y os salva, ó perece hoy.

ESCENA VII

DICHOS Y BEATRIZ

BEATRIZ

¡Don Pedro!

MARGARITA

Ocultaos, pues.

DON CARLOS

Mas....

MARGARITA

Callad , y entrad ahora.

Si partimos con la aurora,
no habéis peligro después:
si no, desde aquí escuchad,
y según la situación,
á vuestro ingenio y razón
en todo caso apelad.
Cierro aquí, y quito la llave.

(Cierra, y al volverse ve á Peralta, que la ha visto
quitar la llave de la puerta.)

(Peralta.)

ESCENA VIII

MARGARITA Y D. PEDRO

DON PEDRO

(Ya le encontré.)

(Con ironía.)

Secreto será muy grave,
pues lo guardas.

MARGARITA

Bien se ve.

DON PEDRO

¡Si yo lo acierto.....

MARGARITA

¡Quién sabe!

DON PEDRO

Acabemos, Margarita,
quiero ver quien está aquí.

MARGARITA

¡Sí, por Dios! ¿Quién os lo quita?
Mas ved que es una visita
que vino sólo por mí.

DON PEDRO

Abrid, pues.

MARGARITA

¡Oh, no! Esperad,
que á quien aquí tengo oculto,
le echasteis sin caridad
de vuestra casa.

DON PEDRO

Acabad.

MARGARITA

Le vais á hacer otro insulto.

DON PEDRO

Despachemos, ¡vive Dios!
Aquí os mato ambos á dos,
ó á ese hombre la puerta abris.

MARGARITA

¡Un hombre!

DON PEDRO

El galán.

MARGARITA

¡Mentís!

DON PEDRO

¿Aun negáis?

MARGARITA

¿Aun porfiáis vos?

¡Necio estáis! Venid acá.

(Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire
de triunfo.)

¡No acertáis quién puede ser!

DON PEDRO

Sea quienquiera, lo dirá.

MARGARITA

¿Olvidaste la mujer
que hallé con vos? ¡Aquí está!
(Señalando al gabinete.)

DON PEDRO

Es una farsa, señora;
es una infame impostura
que vos inventáis ahora.

MARGARITA

Os disculpáis en mal hora;
aquí está, y está segura.

DON PEDRO

De cólera pierdo el tino.
Abrid aquí, ó ¡voto á tal.....

MARGARITA

Vuestra vergüenza imagino;
mas con techo de cristal,
no tiréis al del vecino.
Todo por cierto lo doy;
tengo, por mi buena estrella,
un galán; en eso estoy;
mas, Pérez, con él me voy,
mientras os quedáis con ella.

DON PEDRO

Abrid esa puerta, pues:
mi dama ó vuestro galán,
veamos pronto quién es.

MARGARITA

Es inútil vuestro afán,
que lo he pensado al revés.
Y contened el furor
con que, osado, me amagáis,
que es mi parte la mejor.

La dama está aquí, señor;
ved si el galán me encontráis.

DON PEDRO

No sé cómo me contengo;
pues confesáis que es así,
obedecedme.

MARGARITA

Convengo;
mas la misma queja tengo
yo de vos que vos de mí.
Y si por tino ó azar
vuestra dama supe hallar
y no halláis mi galán vos,
no hago más que atestiguar
que he sabido más que vos.

DON PEDRO

Mirad si queréis abrir,
ó á la fuerza he de apelar.

MARGARITA

Inútil es insistir.

DON PEDRO

Aprestaos á morir
como le llegue á encontrar.

(Va á forzar la cerradura con la daga.)

ESCENA IX

DICHOS y BEATRIZ

BEATRIZ

¡Señor, señor!

DON PEDRO

(Con ira.)

¿Qué queréis?

BEATRIZ

Que á tirar las puertas van.

DON PEDRO

¿Loca estáis?

BEATRIZ

Ved lo que hacéis.

MARGARITA

Mas ¿quiénes son?

BEATRIZ

¿No los veis?

DON PEDRO

¡Los rebeldes!

BEATRIZ

Aquí están.

ESCENA X

DICHOS, D. JUAN, NOGUERAS y soldados.

DON JUAN

Aquí hay un rebelde; ó dadle, ó la casa
registro, y ¡ay de ellos si ese hombre está
[aquí!

MARGARITA

(¡Nos trae desventuras la suerte sin tasa!)

DON PEDRO

(¡El mundo está todo, por Dios, contra
(Á D. Juan.) [mí!)

Quienquiera que fuereis, si no contempla-
[ra

que dó habéis entrado sin duda ignoráis,
¡por Cristo bendito, que yo os contestara
con lengua de acero!

(Mano á la daga.)

DON JUAN

¿Qué es eso, amagáis?

DON PEDRO

No, pues que parece pecáis de ignorante,
y á fuer de obediente vasallo venís;
mas ved si la casa dejáis al instante,
que el Rey está en ella.

DON JUAN

(¿El Rey?)

DON PEDRO

¿No me oís?

DON JUAN

Hidalgo, ¿estáis loco? ¿Pensáis que el Rey
[sea
el hombre á quien, necio ó traidor, escond-
[dáis?

(Á la gente.)

No quede rincón que no se ande y se vea.

MARGARITA

(¡Dios mío, ayudadnos!)

DON PEDRO

¡Teneos!

DON JUAN

¿Qué hacéis?

DON PEDRO

(Con brío.)

Yo soy, caballero, don Pedro Peralta.
He traído á este pueblo del Rey comisión,
y busco á ese mismo rebelde que os falta,
del Rey en el nombre don Juan de Ara-
[gón;

DON JUAN

Que aquí entró un rebelde, lo he visto, os
[lo juro.

(Con desprecio.)

que vos sois Peralta lo veo también;
mas si hallo á ese hombre, que os ahoreo
[es seguro.

DON PEDRO

¿Vos?

DON JUAN

Yo.

DON PEDRO

¡Voto á Cristo!

DON JUAN

Callad y vais bien.

DON PEDRO

¿Que soy olvidasteis del Rey secretario,
de Lérida alcalde, su amigo más fiel?

DON JUAN

Yo nada os he dicho, Peralta, en contra-
[ric;
mas obro en su nombre; pensad que soy
[él.

DON PEDRO

Pues yo no os conozco ni sé vuestro car-
[go,
y á mí sus despachos él mismo me dió.

DON JUAN

Repito, Peralta, y silencio os encargo,
que el Rey de Navarra, en su ausencia,
[soy yo;
mandad que á esa gente las llaves en-
[treguen.

(Á ellos.)

No quede escondrijo ni cuarto por ver.

(Á Peralta.)

Y no hayáis recelo que á un átomo lleguen,
que ya tienen todos lo que han menester.

DON PEDRO

Estoy que no veo. ¡Pedazos le hiciera
si en falso su fuero llegara á encontrar!
Aquí están las llaves.

(Peralta las toma de Beatriz, D. Juan de D. Pedro, y don
Juan las alarga á Nogueiras, que va por el interior de la
casa á registrarla con toda la gente que entró con ambos.)

DON JUAN

Mirad lo de afuera;

(Á Peralta y Margarita.)

á mí estos salones me pueden mostrar.

ESCENA XI

DON JUAN, D. PEDRO y MARGARITA

DON PEDRO

Del Rey me habéis dicho venís en el
[nombre:
no haré resistencia; conmigo venid.

DON JUAN

(Mirando á Margarita.)

(¿Será la muchacha mujer de este hom-
[bre?)

MARGARITA

(¡Dios mío, acudidme!)

DON JUAN

(¡Muy bella!)

(A Peralta.)

Decid:

¿Esta es vuestra esposa?

DON PEDRO

(Amostazado.)

Mi esposa.

DON JUAN

¡Es muy bella!

DON PEDRO

¿También conocéisla, por suerte?

DON JUAN

No, á fe;

mas ha muchas veces he oído hablar de [ella,

y que era excesiva su fama pensé.

Mas ya que la he visto, Peralta, os con- [fieso

que es más que su fama su rara beldad.

DON PEDRO

Lo dicen. (¡Me abraso!)

MARGARITA

Dejaos ya de eso, señor caballero.

DON JUAN

(¡Muy linda, en verdad!)

¿Ha visto la corte?

DON PEDRO

Vivió algunos años en ella.

DON JUAN

Jurara que nunca la vi.

DON PEDRO

¿Sois, pues, de la corte?

DON JUAN

De intrigas y amaños escuela, me cansa, aunque noble naí. Conózcola, empero, pues siendo soldado, estoy muchas veces muy cerca del Rey; ya veis, centinela en palacio apostado, las damas mirando entretengo la ley.

DON PEDRO

Pasemos, si os place. Ese es mi aposento, y en él hasta el lecho podéis registrar.

(Don Pedro le dirige hacia su cuarto. Don Juan observa á Margarita.)

DON JUAN

(Pues es la Peralta de gracia un portento.)

MARGARITA

(¡Me juzga tan bella!.... No lo he de olvi- [dar; haré á mi hermosura tercero....: probe- [mos.)

¿Podré, caballero....

DON JUAN

¿Yo os puedo servir?

MARGARITA

Sí; pues que por noble os dais y os tene- [mos, con vos un secreto quisiera partir.

DON PEDRO

(¡No sé cómo á raya tendré la paciencia!)

DON JUAN

Hablad, que os escucho.

MARGARITA

¡Empacho me da!

(Le lleva hacia la puerta donde está D. Carlos, de modo que se conozca la intención de que oiga.)

DON JUAN

¡Son cosas....

MARGARITA

De casa: atended.

DON JUAN

¡Qué inocencia!

MARGARITA

Nosotros, casados ha tiempo, y por....

DON JUAN

Entiendo: adelante.

MARGARITA

Trabamos ahora.....

DON JUAN

¿Alguna reyerta de amor conyugal?

MARGARITA

Preciso; en mi cuarto cerré á la traidora porque él no la viese.

DON JUAN

¿Y lo sabe?

MARGARITA

¡Cabal!

Mujer ofendida, y teniendo la prueba que da á mis recelos derecho y razón, si sois caballero, dejadme que os deba tan sólo una gracia.

DON JUAN

Será obligación.

MARGARITA

(Con intención.)

Ya veis que un rebelde no es una mance-
[ba;

cuidemos su fama, que tiene opinión; quisiera tan sólo saber quién me lleva de Pedro el cariño.

DON JUAN

Y es buena ocasión.

Mas vine, señora, tras un enemigo; en ese aposento juráis que no está.

MARGARITA

No es más que una dama; de cierto os lo
[digo.

DON JUAN

¿A cuartos de adentro por éste se va?

MARGARITA

No hay más aposento que sala y alcoba; no hay más escondrijo que aquella mujer; cortina ni puerta, luz ni vista roba, y entre ellas ni un niño se puede escon-
[der.

DON JUAN

Iréis á la corte.

MARGARITA

Si veo á esa dama, primero que Pérez.

DON JUAN

Prometo que sí.

MARGARITA

(¡Dios quiera que me oiga y apoye la tra-
[mal)

DON PEDRO

(¡Oh, pues pesia entrambos, no sale de
[aquí!)

DON JUAN

Abrid y veamos.

DON PEDRO

(Con curiosidad.)

(Cualquiera que fuere, mujer, la descubro; galán, doy con él.)

MARGARITA

(Abre.)

(Si ha oído, se salva; si no, por mí muere. ¡Señor, amparadnos en trance tan cruel!)

(Abre Margarita. Don Juan se da por satisfecho. Don Pedro queda como asombrado.)

¿La veis?

DON JUAN

Es la dama.

MARGARITA

Sentóse corrida,
la faz encubriendo.

DON PEDRO

(Y ella ¡por Dios!)

MARGARITA

(Pendían de un hilo su vida y mi vida.)

DON JUAN

Estoy satisfecho.

MARGARITA

(A D. Pedro.)

¿Lo estáis también vos?

DON PEDRO

Del todo.

DON JUAN

(¡Pobre hombre!)

DON PEDRO

(Si sueño, no acierto;

mas queda en mis manos, y ¡voto á la luz,
que en ellas expira, ó sabemos de cierto
si el velo que lleva es mantilla ó capuz!)

ESCENA XII

DICHOS y los del Rey, que vuelven con NOGUERAS

DON JUAN

¿Le habéis encontrado?

NOGUERAS

Milagro parece

que en torno cercado pudiera escapar.

(A D. Juan, bajo.)

Mas ved que el peligro y el tiempo huye
[y crece.

DON JUAN

(A Nogueras.)

Y ¡ahora.....

NOGUERAS

Yo quedo por vos á velar.

DON JUAN

Partamos. Peralta, tal vez, y muy presto,
vendrán los rebeldes á veros.

DON PEDRO

Lo sé.

DON JUAN

Y ¿vais.....

DON PEDRO

A quedarme guardando mi puesto,
al Rey obediente.

DON JUAN

Mirad.....

DON PEDRO

Lo miré.

DON JUAN

El Rey sabrá luego que honor nunca os
[falta.

DON PEDRO

Si no lo ha olvidado, lo sabe bien ya.

Decidle, si os place, que aquí está Peralta
leal todavía, y leal morirá.

DON JUAN

Holgara en saberlo, y oidme. (Entretanto
que baja conmigo, podrá su mujer
ganarle el secreto; el hombre es un santo
en esto de amores.)

(Vanse todos.)

ESCENA XIII

MARGARITA. Después D. CARLOS

MARGARITA

No sé lo que hacer.

¿Don Carlos?

DON CARLOS

Dejadme que salga, señora;
pues esa es mi estrella, dejadme morir.

MARGARITA

Sois salvo.

DON CARLOS

¿Y Peralta?

MARGARITA

En salvaros ahora
de grado ó por fuerza le haré consentir.

DON CARLOS

Mas ved.....

MARGARITA

No hay porfía: ¿oís desde adentro?

DON CARLOS

Pues me he disfrazado, ya veis que os oí;
mas de ese soldado quisiera el encuentro
poder excusarme.

MARGARITA

Fiaos de mí,
que le he conocido: sé cuánto os importa
y cuánto os detesta, mas no os hallará.

DON CARLOS

En esa esperanza.....

MARGARITA

Tal vez es muy corta.

(Sintiendo á D. Pedro, cierra.)

ESCENA XIV

DON PEDRO y MARGARITA

(Don Pedro, cerrando las puertas, vase hacia Margarita, que se queda de espaldas á la puerta de su gabinete.)

DON PEDRO

(Galán, dama ó duende, de aquí no sal-
[drá.]

Los lances de esta noche, Margarita,
no comprendo; mas de uno ú otro modo,
de mi incógnito amor y vuestra cita
ver quiero el fin y comprenderlo todo.
Cerrada en vuestro cuarto está mi dama,
decís, y el galán vuestro no parece; [ma,
va en descubrir á entrambos nuestra fa-
y el tiempo corre y el peligro crece.
Elegid: ó prudente y advertida
de ese aposento me franqueáis la puerta
y doy sin dilación con la escondida,
ó por lo del galán os deajo muerta.

MARGARITA

Ved, Peralta.....

DON PEDRO

Razones abreviemos:
yo soy el ofensor, vos la ofendida;
quiero satisfaceros; olvidemos
vuestro galán, y venga mi escondida.

MARGARITA

Pues primero entended.....

DON PEDRO

No entiendo nada;
venga vuestro galán ó mi tapada.

MARGARITA

Si antes no oís lo que deciros tengo,
Peralta, no entraréis.

DON PEDRO

Nada os escucho;
la dama ó el galán, porque os prevengo
que el mío y vuestro honor me importan
[mucho.

(Va á la puerta.)

MARGARITA

¡Teneos!

DON PEDRO

¡Apartad!

MARGARITA

Oid primero.

DON PEDRO

¡Fuera, ó ¡por Dios.....

ESCENA XV

DON PEDRO, D. CARLOS, saliendo, y MARGARITA

DON CARLOS

¡Teneos, caballero!

DON PEDRO

Al fin salisteis, rondador de calles;
mas falta vuestra cómplice.

DON CARLOS

Soy solo

con mi desdicha yo.

DON PEDRO

¿Solo habéis dicho?

DON CARLOS

Nadie conmigo está.

DON PEDRO

¿Conque era un dolo?

¡Conque sois á la par ¡viven los cielos!
 enemigo del Rey y del Estado,
 y objeto aborrecible de mis celos!

DON CARLOS

No soy más que un desdichado.

DON PEDRO

Desdichado..... ¡Un traidor!

DON CARLOS

¡Tened la lengua!

DON PEDRO

¡Oh! Mirando la cuna en que he nacido,
 entregaros al Rey tengo por mengua
 cuando en mi propia casa os he cogido.

DON CARLOS

En hacerlo tardáis.

DON PEDRO

¿Eso os contenta?

¿Teméis más mi furor que su justicia,
 vil causador de mi baldón y afrenta?
 Mas calculasteis mal, que yo me obligo
 al galán y al rebelde dar castigo.

DON CARLOS

De una vez concluyamos, caballero:
 ni soy lo que pensáis, ni mancha alguna
 temáis en vuestro honor, porque prefiero
 á las manos morir de mi fortuna.
 Huí una noche, por desdicha mía,
 de una torre en que estaba allá en Pam-
 [plona;
 la ambición y la envidia me tenía,
 y pensé refugiarme en Barcelona.

Por los del Rey de cerca perseguido,
 me acogí á este lugar á la ventura;
 no delincuente, desdichado he sido,
 y el cáliz apuré de la amargura.
 Entregadme....., yo soy el que buscaban,
 mas perdonadme si mi nombre os velo,
 que esos que ha poco de salir acaban,
 mi cómplice os harán si os lo revelo.

DON PEDRO

¿Quién sois, pues?

DON CARLOS

Un proscrito, aunque inocente.
 Mas tal vez mi cabeza está tasada,
 y si os digo mi nombre, va esa gente
 á suponer que la tenéis comprada.

DON PEDRO

Entiendo vuestra sórdida impostura,
 mas yo no os pido por rebelde cuenta
 ni indago vuestra dicha ó desventura;
 quiero vengar en vos mi torpe afrenta.
 Escondido en mi casa os he encontrado;
 os vi de ella salir con Margarita,
 y pues no entiendo bien lo que ha pasado,
 explicación ó sangre necesita.

MARGARITA

Yo os la daré, Peralta.

DON PEDRO

Pues sed breve.

¿Sabéis quién es ese hombre?

MARGARITA

Sí, por cierto:
 ése es un hombre á quien Peralta debe
 á manos del verdugo no haber muerto.

DON PEDRO

¡Mentís!

MARGARITA

No, ¡vive Dios! A él solamente
 debes esposa, libertad y vida.....
 Ahora, si quieres, llamaré á esa gente,
 y serás ante Dios un parricida.

DON PEDRO

No alcanzo.....

MARGARITA

Lo adivino. ¿Has olvidado cuando, en bandas la corte desgarrada, en prenda estaba del combate osado en la plaza la horca levantada? ¿Cuando víctimas daban á porfía la sed de honores, la ambición de mando, y un triunfo pregonaban cada día la cabeza del uno y otro bando? En un obscuro calabozo diste, Peralta, y á morir te condenaron; de salvación y fuga desististe, y por muerto los tuyos te lloraron. Te salvaste, por fin; pero ¿no sabes quién burló entonces de la ley el fallo? Pues él rompió de tu prisión las llaves,

(Señala á D. Carlos.)

y él fué quien para huir te dió el caballo.

DON PEDRO

Su nombre.

MARGARITA

De rodillas has de oírle si á conocer tu bienhechor te avienes, y apróntate, Peralta, á bendecirle, que le debes la vida y cuanto tienes. El acogió mi juventud perdida, él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo, y por él en la corte protegida, me dió fortuna y me casó contigo. Ése fué quien, de humilde é indigente, me igualó generoso con su hermana.

DON PEDRO

¡Su nombre, por piedad!

MARGARITA

La ingrata frente pon á los pies del Príncipe de Viana.

(Don Carlos se desemboza: D. Pedro queda en sombrío y siniestro silencio; Margarita con aire triunfador.)

DON CARLOS

Yo soy, Peralta, ese hombre desdichado, ludibrio del furor de la fortuna. Vedlo, don Pedro, bien: noble y soldado, mi esperanza está en vos si aun tengo al-

[guna.

MARGARITA

¿Qué haces, Peralta?

DON PEDRO

Lloro, Margarita.

DON CARLOS

¿Tanto me habéis, Peralta, aborrecido?

DON PEDRO

En esta noche, para mí maldita, me alegrara, señor, no haber nacido.

MARGARITA

¿Dudas?

DON PEDRO

El mismo Rey aquí me puso para prenderos y entregaros luego: si os salvo amigo, de traidor me acuso, y apuro mi deshonor si os entrego. Entre infamia y traición....., ¿qué más hablaros?

Nacidos los Peraltas caballeros, caballero y leal, debo salvaros; vasallo de mi Rey, debo venderos.

MARGARITA

Di, y ese Rey, cuando señor te halles del secreto de que él mató al de Viana, mal padre y peor Rey, para que calles, ¿no te ahorcará por precaución mañana?

DON PEDRO

¿Eso en un Rey á suponer te atreves?

MARGARITA

Sí; cuando tú, cumpliendo como bueno, dado á prisión al Príncipe le llesves, él doblará la dosis del veneno.

DON PEDRO

¡Margarita!

MARGARITA

Le lleva en sus entrañas. Sálvale ó dale. ¿De temor objeto piensas que vivas? Pagaréis, te engañas, él la cuna Real y tú el secreto!

DON PEDRO

(Con ira.)

¡Margarita!

MARGARITA

Con risa cortesana
te jurará traidor que le perdona,
pero al morir aprenderás mañana
que valió más que el hijo la corona.

(Al Príncipe.)

Pero ¡lloráis! ¡Perdón!

DON CARLOS

¡Era mi padre!

Yo todo por la paz le he prometido,
ir desterrado donde más le cuadre,
cederle liberal cuanto he tenido.

(Llora.)

Proscrito de mi patria, desterrado,
no exigía yo más de su corona
qué el honor y la paz del Principado,
el fuero y libertad de Barcelona.

MARGARITA

(Con entusiasmo.)

No; ser no puede criminal quien ama
sus pueblos y su honor más que su vida:
mira, Peralta, *llanto no derrama*
al nombrar á su padre un parricida.

DON CARLOS

¡Parricida! Por cierto que mintieron:
Cataluña y Navarra, ¿no le enviaron
embajadores que por mí le hicieron
reconocer cuán torpes le engañaron?
¿No me dieron sus tronos algún día
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
y por el mar la tentación no huía,
de respeto filial en firme seña?
¡Ah! ¡Todo lo tenté! Vine á postrarme
con toda la humildad de los vencidos,
y abrió, en vez de los brazos á estrechar-
y la ambición de Francia los oídos. [me,
Ciego ya por mezquinos intereses,
mi humillación y lágrimas pospone
á los Condes de Fox, al fin franceses.....
Bien; suyo soy, que mate ó que perdone.

(Á D. Pedro.)

Libre de vuestro empeño estáis conmigo;

no es tarde aún; abrid esa ventana,
y entregad sin temor al enemigo
al desdichado Príncipe de Viana.

MARGARITA

Pérez.....

DON PEDRO

Señor, que me arranquéis prefiero
la vida, á ser traidor.

DON CARLOS

Dadles la mía.

DON PEDRO

¡La mía ¡vive Dios! daré primero!

MARGARITA

(Escuchando.)

¡Silencio!..... Una esperanza hay todavía.
(Hace al Príncipe que entre otra vez en su gabinete.)
Que no os vean.....; entrad.

DON CARLOS

(Entrando.)

¿Aun más, señora?

MARGARITA

No respiréis siquiera.

(Á Peralta.)

Abrid la puerta

DON PEDRO

Margarita, ¿qué hacer?.....

MARGARITA

(Abriendo.)

Callar ahora.

(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)

ESCENA XVI

DICHOS y GARCERÁN

(Garcerán, como salió de la escena en el acto primero,
con botas y espuelas, cubierto de lodo y sudor, y en el
más completo desorden.)

GARCERÁN

Señor, salvaos; los rebeldes llegan.

DON PEDRO

¿Esto más?

GARCERÁN

Por la sombra protegido,
la puerta del jardín les he ganado,
y á morir ó salvaros he venido.

MARGARITA

¡Dios Santo!

DON PEDRO

Garcerán, tarde has llegado.

GARCERÁN

Yo os salvaré; venid.

ESCENA XVII

DICHOS, D. JUAN, RANGEL y dos ó tres de los suyos.

DON JUAN

(Á Rangel.)

(Y ¡ay si has mentido!)

Aquí está el rebelde: ó dádmele al punto,
ó cierro la casa y la mando quemar;
si alguno resiste, dejadle difunto;
morir ó entregarle: poco hay que dudar.

DON PEDRO

Y ¿quién amenaza con muerte y con fue-
mi casa? [go

DON JUAN

Quien puede.

DON PEDRO

¿Quien puede sois vos?

DON JUAN

Peralta: no vale la fuerza ó el ruego;
ó dais el rebelde, ú os quemó á los dos.

DON PEDRO

Y habiendo ese encargo yo aquí del Rey
[mismo,
¿pensáis que al Monarca sirviera tan mal?

DON JUAN

El Rey, satisfecho de tal patriotismo,
os ha relevado del cargo Real. [caído,
Y, en fin, en mis manos por suerte ha

pues dió en Villafranca conmigo al huir.
El Rey, en secreto, prenderle ha querido,
y al Rey, en secreto, conmigo ha de ir.

DON PEDRO

No irá, ¡voto á Cristo!

DON JUAN

¿No irá? Y con mi gente
vos mismo á Pamplona conmigo ven-
El Rey os lo manda. [dréis.

DON PEDRO

Y al Rey, frente á frente,
cuando él me pregunte....

DON JUAN

Le responderéis.

Y estoy ya cansado, Peralta; acabemos:
¿me dais ese hombre?

MARGARITA

Buscadle, señor;
franquearos la casa lo más es que hare-
[mos;
de no contentaros, mirad lo mejor.

DON JUAN

Sois bella, señora, cual sois de taimada,
me habéis engañado con hartó doblez.

MARGARITA

Tan sólo esta sala no fué registrada.

DON JUAN

No quedará nada por ver esta vez.

(Don Juan entra en el aposento con Nogueras. Rangel y los soldados del Rey se quedan en la escena. Margarita cerca de la puerta por donde entró D. Juan. Peralta indeciso, entre colérico y avergonzado. En esta situación se oyen por fuera gritos y clarines, ruido de armas y caballos, y algunos arcabuzazos allá á lo lejos.)

RANGEL

¿Qué es esto?

UN SOLDADO

(Asomándose á la ventana.)

¡Tomemos pies!

¡Los rebeldes!

(Margarita corre el cerrojo á la puerta del cuarto donde entró D. Juan.)

MARGARITA

(Por si acaso.)

(Pasa al lado opuesto, donde está D. Carlos.)

ESCENA XVIII

DICHOS. Soldados de los insurgentes de Barcelona, rebeldes de todos puntos de Cataluña, etc. MARGARITA delante de la puerta donde está D. CARLOS.

DON PEDRO con la espada en la mano.

EL JEFE

Al primero que dé un paso,
le divido de un revés.
¡Hola! ¡Aquí hay agramonteses!
Atadlos bien por los codos,
y que los guarden con todos
nuestros bravos montañeses.
Señores, darse á prisión,
ó venirse con nosotros.

(Á D. Pedro.)

Sois hombre de condición.
Abajo hay algunos potros;
montad el que os diere gana,
y Barcelona os abona.

MARGARITA

(Abriendo el cuarto donde está el Príncipe.)

¡De rodillas Barcelona
ante el Príncipe de Viana!

ESCENA XIX

DICHOS y EL PRÍNCIPE

DON CARLOS

¡Insensatos! ¿Qué intentáis?

REBELDE

Libraros.

DON CARLOS

¿De quién?

REBELDE

Del Rey.

DON CARLOS

Y así las leyes....

REBELDE

No hay ley,
señor, donde vos no estáis.
Barcelona, esa ciudad
de su Príncipe dolida,
al Rey pide vuestra vida,
y con vos su libertad.
¡Viva el Príncipe de Viana!

TODOS

(Fuera y dentro.)

¡Viva!

REBELDE

¡Viva Barcelona!

TODOS

(Ídem.)

¡Viva!

DON CARLOS

Vuestro intento abona
esa rebelión insana.

REBELDE

Señor, Cataluña entera
no quiere más que con vos
la ley suprema de Dios
y la libertad primera.

DON CARLOS

Vamos, pues, á esa ciudad,
y si mi padre se aviene,
mañana os juro que tiene
Barcelona libertad.
Peralta, venid conmigo.

DON PEDRO

Perdonad; me quedo aquí.

DON CARLOS

¿Y el Rey?

DON PEDRO

Hidalgo naací,
y á morir leal me obligo.
Idos, Príncipe, con Dios
si estáis salvo; ya lo veis,
nada al cabo me debéis,
y aun quedo en deuda con vos.

Y aunque mi honra está empeñada
á cual más por cada uno,
para no ir contra ninguno
dejaré patria y espada.

MARGARITA

Idos, y el cielo os proteja;
que cuando lejos muramos,
que sois tan feliz sepamos
como España necesita.

DON CARLOS

Pues si en mejor ocasión
un día á mi padre veis,
que no pedí le diréis
más que la paz y el perdón.
Que ya dolorido y harto
de guerra y mal tan prolijo,
siendo su heredero y su hijo,
á tierra extranjera parto.

MARGARITA

Id.

(El Príncipe los abraza y dice saliendo:)

DON CARLOS

Y pues sois tan honrados,
en vuestros males extremos
venid á mí, y partiremos
el pan de los desdichados.

(Vase.)

ESCENA XX

MARGARITA y D. PEDRO

MARGARITA

Dios os ayude, señor.

(Á Pérez.)

Y Dios solo te ha salvado,
Peralta, de haber quedado
por infame ó por traidor.
Y porque ahora la prudencia
más que nunca es menester,
antes de lo que has de ver
quiero hacerte una advertencia.
El, de dos reinos señor,
tras del Príncipe ha corrido

como si hubiera nacido
berberisco y salteador.
Porque de asunto tan grave
no caiga sobre él la mengua,
no hay más que arrancar la lengua
á quien el secreto sabe.
Ahora bien: pues lo sabemos,
el argumento es bien llano,
Peralta, tarde ó temprano
por saberle moriremos.

(Abre la puerta donde están D. Juan y Nogueras.)

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA, D. PEDRO, D. JUAN y NOGUERAS

MARGARITA

Podéis salir, rey don Juan.

DON PEDRO

¡El Rey!..... ¿Conque no mentían?

MARGARITA

(Á D. Juan.)

Por el Príncipe venían;
le encontraron, y se van.
De vos á él le protegimos,
y de los suyos á vos;
no podéis, señor, ¡por Dios!
decir que traidores fuimos.

DON JUAN

Peralta, yo bien sabía
que hice en vos un buen amigo.

DON PEDRO

No habléis, rey don Juan, conmigo,
porque yo no os conocía.
El que oculto estuvo allí,
era el Príncipe de Viana;
si vos lo contáis mañana,
á él lo debéis, y no á mí.
Y no temáis que en la historia
por nuestra audaz villanía
quede, señor, algún día
de esta noche una memoria.
Que vos mismo habéis venido
tras del hijo que engendrastreis,

es un secreto que echasteis
con nosotros al olvido.

DON JUAN

Ingrato no me hallaréis.

DON PEDRO

Dejadlo estar como está
y partid cuando gustéis,
que nada temer podéis

de los catalanes ya.

Mas me habéis hecho el ultraje
de creerme desleal,
y ya me sentará mal
el rendiros homenaje.

Rey don Juan, ésa es mi espada.

(Se la desciñe y la pone en el suelo á sus pies.)

Para no haceros traición,
no la llevo, á precaución,
ni desnuda ni envainada.



LA COPA DE MARFIL

ESPECTÁCULO TRÁGICO EN TRES PARTES

PERSONAJES

ROSMUNDA.

ALBOINO.

BRENILDA.

RODIMIRO.

BUCCILIO.

Soldados y esclavos.

La escena en Verona el año 573 de Jesucristo.



LA COPA DE MARFIL

PARTE PRIMERA

Antecámara Real en el palacio de Alboino, con puertas en el fondo y á los lados. En medio un pequeño aparador con copas, que sirve en el primer acto.

ESCENA PRIMERA

BRENILDA.

(Aparece mirando con circunspección por la puerta de la derecha, que se supone dar al aposento en que el rey Alboino celebra un festín, cuyo rumor se oirá durante las dos primeras escenas, pero sin que pueda interrumpir la representación.)

Aun dura su festín. ¡Cuán fácilmente olvidan sus peligros y desastres esos guerreros, que lo mismo se hartan de generosos vinos, que de sangre! ¡Cuán fácilmente su garganta trueca sus aullidos de guerra formidables, y sus lamentos bárbaros de muerte, en alegres y báquicos cantares! [rrian, He allí al rey Alboino..... ¡Oh! Bien que otro nombre mejor mis labios darle, mas sonar debe sólo en sus oídos tan delicioso título..... en las Reales cámaras nada más, en las tranquilas nocturnas horas, cuando todo yace sepultado en el sueño y el silencio, y oírnos nombre tal no pueda nadie. Ciegos en derredor todos los ojos tienen que estar para esto; los pilares de esta estancia no más tal nombre escu-

[chan

quando en murmullo de mis labios parte, y de su labio Real otro tan dulce como el que yo le doy en pago sale.....; mas seguros que el eco de ambos nombres de la cámara Real se ahoga en el aire.... Y mientras ¡ay de mí! sólo me es dado vagar en torno de él, pasar, mirarle, oír su acento, contemplar su rostro, servir su copa y á sus pies sentarme, cual blanca sombra del amor perdido, casto recuerdo de adorada imagen, sin que ese nombre dulce en mis oídos suene jamás en público..... ¡Quién sabe! Tal vez un día por la vez primera sonará, y para siempre mi linaje, mis derechos, mi amor, mis sufrimientos, al universo todo haré palpables. Tal vez.....; mas él también á la derecha del Rey está. ¡Cuán bello! En sus brillan-pupilas, en su rostro todo entero [tes se revela el placer que halla en mirarme.

(Aparece Rosmunda por la puerta de la izquierda, y al percibir á Brénilda se detiene á escucharla, acercándose poco á poco hasta colocarse detrás de ella.)

Y sus ojos no más me ven ahora; [Vale nadie más que él me ha apercibido..... ¡Oh! para mí esta mirada hurtada á todos

la mitad de mi vida.....; idolatrarle puede no más mi corazón. Le adoro; sí, le amo, y me extasío contemplándole.

(Mira con precaución levantando el tapiz.)

ESCENA II

BRENILDA y ROSMUNDA

ROSMUNDA

(Aparte.)

¿Qué dice? ¿Le ama? ¿A quién? ¿Dónde sus [ojos se fijan? ¿Quién es él?..... ¡Si más sagaces que los suyos, los míos el objeto de su amoroso arrobamiento hallasen!

(Mira por detrás de Brenilda.)

¡Cielos, es él! Es Rodimiro.....; el vaso alza al rostro....., sí, sí, para ocultarme su clara turbación, porque tras ella aparecer ha visto mi semblante.

BRENILDA

Mas ha palidecido de repente: ¡no me quiere mirar!

ROSMUNDA

Niña, ¿qué haces?

BRENILDA

¡Ay!

ROSMUNDA

¡Silencio! Que otro ¡ay! involuntario no llame su atención....

BRENILDA

Señora.....

ROSMUNDA

Apártate del círculo á que alcanzan sus miradas, y respóndeme: ¿Qué es lo que te hace tan arrobada estar ante esa puerta?

¿Qué hay en la mesa del festín que llame tan fuertemente tu atención? ¿No has visto nunca en palacio fiesta semejante? [to ¿Nunca vistas al Rey sus nuevos triunfos celebrar en la mesa, con sus grandes

y sus guerreros? di ¿Ó es que hay entre quien tu liviano corazón ablande [ellos con el osado fuego de sus ojos?

BRENILDA

Qué, á ser eso verdad, ¿tan mal lo hallareis, que así lo preguntáis, airado el gesto, trémula....

ROSMUNDA

¿A ser verdad? ¿Vas á negarme lo que escuché yo misma de tu boca, «le amo, le adoro»?

BRENILDA

¡Dios! ¿Eso escuchasteis?

ROSMUNDA

Sí; y las miradas de sus ojos fijas sobre los tuyos sorprendí. ¿Turbarse no le vistes? ¿Llevar el vaso al rostro, tras de su áureo metal para ocultártelo? Pues fué porque detrás de tu cabeza vió la mía en la sombra dibujarse.

BRENILDA

Sí, todo ahora lo entiendo.

ROSMUNDA

¿Ahora lo entiendes?

Y el vil secreto que pasar dejaste de tu pecho á mi pecho, ¿has comprendi-hasta dónde ¡infeliz! puede llevarte? [do ¡Si el Rey lo comprendiera....

BRENILDA

¡Siempre....., siempre en mi mayor tormento se complace vuestro vil corazón....., siempre, doquiera persiguiéndome vais, vais espiándome, contándome los pasos que camino, interpretando de mi voz las frases, exprimiendo los mismos pensamientos que aun á palabras no reduje; echándome al rostro sin piedad mi desventura, de mi misma virtud haciendo ultraje, de mi pobre esperanza, una por una, sin compasión las flores deshojándome. ¿Hasta cuándo, señora, este suplicio ha de durar? Sin nombre me dejasteis,

sin mil derechos que al nacer obtuve
cuando á la luz me dió mi regia madre.
Cuanto era mío, vuestro fué: nacida
bajo de Real dosel, de Reyes traje
noble y justa altivez, sin recordaros
los vasallos, los bosques, las ciudades
que pasaron á vos....., y con todo ello
ofrenda os hice y os rendí homenaje.
Él os amó y me dijo: «Me interesa
que el trono rindas, que tu nombre calles,
que no entienda tu ser hombre nacido,
que no olvidada de ti, por otra pases.»
Y olvidada de mí, pasé por otra;
mi nombre, ni mi ser, no entendió nadie,
y naciendo señora me hice esclava
de quien necio adoró mi ciego.....

ROSMUNDA

¡Infame!

¡Que no salga jamás de tu garganta
ese nombre fatal, y al reclamarle
si te atreves un día, ve, contempla
el abismo que cava inmensurable
entre ti y Rodimiro: porque es ese
el soplo que mantiene el fuego que arde
en tu pecho, Brenilda; ese es el ídolo
á que elevó tu corazón altares.

BRENILDA

¡Por compasión, callad!

ROSMUNDA

¡Oh, te amedrenta

que le conozca!..... Pero qué, ¿más grave
será por ello tu torpeza? Al cabo
es bizarro, galán, cortés, afable,
el escudo y sostén de Lombardía,
el trono con el Rey divide casi. [lia

¡Oh! ¡Has elegido bien! No habrá en Ita-
quien descontento tu elección te tache.

Luego es joven, y hermoso; en rubios ri-
larga madeja de cabellos cae [zos

sobre sus anchos hombros; sus pupilas
radian cual radia en la serena tarde,

entre purpúreo pabellón de nubes,
el sol, tras la montaña al ocultarse;

su sonrisa es más grata que el aroma
de la flor que en abril temprana nace,

y es más grata su voz que el son tranquilo
con que murmura el aura entre los árboles.

¡Oh! ¡Has elegido bien! ¡Cuántas matronas
más expertas que tú, sus gracias traen
esculpidas en su alma! ¡Cuántas dieran
muchas horas de amor, muchos galanes
tiernos, enamorados, generosos
de su amorosa fe, por un instante!
Y tú, casi en la infancia, al linde apenas
del campo de la vida, la red frágil
le tiendes de tu amor.....; tal vez á solas
con falsas esperanzas le persuades,
le ofreces.....

BRENILDA

Basta ya; tened la lengua,
que me avergüenza oír palabras tales
en vuestra boca Real; y una sospecha
siento al oiros en mi pecho alzarse,
que os hace tan odiosa ante mis ojos
cuanto si al Rey.....

ROSMUNDA

¡Silencio, miserable!

¿Qué es lo que osas pensar?

BRENILDA

Lo que no osara
si vuestra misma voz no me obligase
á concebir desde hoy.

ROSMUNDA

Tus celos sólo
inspirártelo pueden.

BRENILDA

Tal vez margen
para ellos me han dado otros.

ROSMUNDA

¡Insensata,
calla, y tu crimen á ninguno achagues!
¿Tú te atreves á amar? ¿Sabes quién eres?
¿Ignoras que á morir puede llevarle
vuestro amoroso y criminal secreto?

BRENILDA

¿Nuestro? Mío no más; él no lo sabe.

ROSMUNDA

¿No lo sabe?

BRENILDA

Jamás osó mi labio
ni aun dirigirse á él.

ROSMUNDA

¡Ah, no me engañes!
Brenilda, ¿de ese amor.....

BRENILDA

Vive el misterio
sólo dentro de mí.

ROSMUNDA

¿Cómo probarme
lo que dices podrás, si yo te he visto
una vez y otra vez fija mirarle,
y á él por encima del dorado vaso
sus ojos elevar para mirarte?

BRENILDA

Errado habrán mis ojos, mas mi lengua,
mi corazón, son puros; ni faltarme
jamás á mi decoro tanto pude
por más que mi cariño me extraviase;
que yo jamás olvidaré, señora,
lo que me debo á mí, y aunque se rasgue
mi corazón, de mi dolor al ímpetu,
devoraré en silencio mis afanes,
y sabré descender á mi sepulcro
víctima del dolor, mas no culpable.

ROSMUNDA

¿Tan severa virtud en tu alma joven
con tan firme pasión á un tiempo cabe?

BRENILDA

Cabe, sí; y pues que vos la comprendis-
[teis,
si él la entiende á su vez (que acaso es
[fácil),
al mismo Rey declararé sin miedo
mi pasión.....

ROSMUNDA

¡Ay de ti si tal osares!
Brenilda, ese secreto es tu sentencia,
y sólo vivirás mientras le guardes.

BRENILDA

¿Quién es esta mujer, ¡sagrados cielos!
que por doquiera á detenerme sale,
que á todas partes con furor me sigue,
doblando mi dolor en todas partes?
¿Conque no hay para mí paz ni reposo?
¿No hay piedad para mí? ¿Fuerza es que

[cave

mi tumba gota á gota con mis lágrimas,
y paso á paso hasta mi tumba baje,
empujándome vos paso tras paso,
cuanto ame y cuanto espere arrebatán-
[dome?

ROSMUNDA

Te ciega tu pasión: yo sólo quiero,
por el camino de tu bien guiarte,
purgándote de necias ilusiones
harto indignas de ti..... Pero ya salen
del banquete.....; esas lágrimas enjuga,
y á servir á tu Rey pronto prepárate
la última copa del festín; es honra
que te dispensa siempre, ya lo sabes.

BRENILDA

¿Qué me valdrá ¡ay de mí! secar los ojos,
mientras el corazón lágrimas mane?

ROSMUNDA

¡Hola, esclavos! Las lámparas difundan
la necesaria luz.

BRENILDA

(Aparte.)

¡Oh cielo, ampárame!

ROSMUNDA

Le ama..... ¡y cuánto! ¡Oh furor! ¡Y torpe
[acaso,
en mi alma la dejé que penetrase,
dándola un arma contra mí!..... No im-
[porta.
Yo sabré para siempre separarles,
yo haré que entre los dos un muro in-
[menso,
inaccesible á entrambos, se levante.

ESCENA III

ALBOINO, RODIMIRO, ROSMUNDA, BRENILDA
y BUCILIO

ALBOINO

¡Bien lo hemos hecho, por quien soy!
[Y esperoque no se quejarán de nuestro trato
esos romanos viles que nos tienen
por salvajes, estúpidos y bárbaros.

BUCILIO

Lobos son nada más, que aullan cobar-
[des
al verse en nuestras redes entrampados.

ALBOINO

¡Lobos! Tienes razón.

BUCILIO

¡Qué ojos pusieron
sobre las mesas al mirar rodando
los vasos de oro de sus templos!

ALBOINO

Era

convidar al banquete necesario
á esos altivos ricos, cuyo miedo
puede á Italia tranquila conservarnos.
Y aunque acaso completo no hallarían
el servicio á que están acostumbrados,
tuvieron qué comer, tuvieron vino,
y se fueron con vida.

BUCILIO

Ya las manos
me hormigueaban á mí viendo sus gestos
y melindres.

ALBOINO

¡Pardiez, ya se marcharon,
y cumplimos con ellos bravamente!

BUCILIO

Eso sí, cual quien somos nos portamos.

ALBOINO

Harto hacemos dejándoles la vida,
puesto que ya vencidos, son esclavos.En fin, ahora nosotros, lejos de ellos,
sin ceremonias necias concluyamos
nuestro festín, como acabarlo deben
húngaros valerosos y lombardos.

(Á Brenilda y Rosmunda)

¡Hola! ¿Aquí estáis vosotras?

ROSMUNDA

Tus costumbres
sabiendo, todo aquí te lo aprestamos.

ALBOINO

Muy bien: esos imbéciles me han hecho
tragar sin reflexión, vaso tras vaso,
con sus rondas y brindis....., y esos vinos
de Italia, al paladar me son tan gratos,
que á no ser yo quien soy, fuera de tino
me pusiera tal vez. ¡Ea! Sentaos,
capitanes, aquí, todos en torno
mío, y como partimos en el campo
las lanzadas y golpes, la alegría
con mano franca por igual partamos.
Rosmunda, tú también; y tú, Brenilda,
sírreme á mí; á vosotros, mis esclavos,
que estas manos son haces de azucenas
y á un Rey sirven no más. ¡Ea, bebamos!

BUCILIO

Mas ¡por los cielos, Rodimiro, creo
que tu copa no apuras!

ALBOINO

(Con desdén.)

Extasiado
en amoroso arrobamiento ha días
anda.

RODIMIRO

Alboino....

ALBOINO

De tu mismo labio
lo sé, tú me lo has dicho. Pero ahora
que lo miro mejor, ¡oh, desdichados

(Mirando á Brenilda y Rodimiro.)

de vosotros si es cierto! Esa memoria
me recuerda.... Brenilda, tú has llorado.
Rodimiro, ¡ay de ti si me has mentido!

RODIMIRO

¡Yo mentir, Alboín!

ALBOINO

¡Silencio! Cuando su mano á demandar te has atrevido, que ella estaba ignorante me has jurado de tu insensato amor.

RODIMIRO

Sí, y estoy pronto á volverlo á jurar; nunca llegaron á sus oídos mis palabras.

ALBOINO

¿Cómo la he visto, pues, el rostro adelantando detrás de ese tapiz mientras comíamos, y cómo la volvías al soslayo sus furtivas miradas?

BRENILDA y RODIMIRO

¡Cielos!

ALBOINO

Todo lo penetran mis ojos, insensatos. Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo á perdonarte amor tan temerario, mientras es sentimiento que escondido hierva en tu corazón; pero si osado redujiste á palabra el pensamiento para ponerle en sus oídos castos, ¡te juro por el cielo que nos cubré que mueres esta noche!

BRENILDA

¡Cielos santos, ¿hay más duelos aún? Señor, yo os juro por cuanto respetéis por más sagrado, que no me habló jamás.

RODIMIRO

Rey Alboino, tú me conoces bien: yo he peleado largo tiempo por ti; sabes mi esfuerzo, sabes que mis consejos y mi brazo te han servido con honra, y ha bien poco la Italia á conquistar te han ayudado; pues bien: yo me he creído con derecho para aspirar á galardón tamaño. La he visto, la he amado; he acudido la guardaba, imaginando

que quien era el segundo de su reino merecerla podría.

ALBOINO

Te ha engañado tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora que, tu lombardo brío amancillando, has aprendido á hacer largos discursos en la lengua servil de los romanos. En Hungría pidieron siempre tierras, castillos ó riquezas, los soldados en premio de valor, mas no mujeres. Y si pensaste alucinarme acaso con largas peroratas en la lengua de la vencida Italia, esfuerzos vanos para lucir tu ciencia de hoy excúsame, porque á mí esos discursos estudiados y esas floridas frases, ni me mueven jamás ni me convencen, al contrario, me provocan á risa, porque creo que donde hay mucha lengua hay pocas [manos, y porque tengo oídos para húngaros, mas para perros de la Italia, látigos.

RODIMIRO

Castiga, pues, con ellos á tus perros, mas no amagues con ellos á lombardos como yo.

ALBOINO

¿Como tú? Me inspiras lástima y desprecio no más. ¿Méritos altos recuerdas de valor? Ya lo has perdido. Si en otros tiempos junto á mí has lidiado, hoy bajo el cielo de la torpe Italia envilecido te has: lo están mostrando los perfumados rizados de tu crencha, tu esmerado vestir, tu afeminado porte, en fin, tu afición á los placeres y el amor, de quien cedes al halago. Mas la mujer sobre la cual tus ojos te atreviste á poner, á más bizarro y fuerte corazón está ofrecida; porque tal cual la ves, es noble tallo de una rama arraigada en regio tronco y con sangre Real fecundizado.

RODIMIRO

Yo nunca pregunté para adorarla

qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo títulos á tu casa: la vi en ella, y me bastó encontrarla en tu palacio para tenerla en mucho; ni es justicia que por vivir su origen ignorando, en tu casa me insultes.

ALBOINO

Rodimiro,

basta de arengas ya: tú has provocado mi lengua, y la solté: si te ha ofendido, súfrelo; tu Rey soy, tú mi vasallo: y cuanto á ella, que comprendas basta que para tuya no nació. Bebamos.

RODIMIRO

Entonces, dame de tornar á Hungría licencia.

ALBOINO

No haces falta en mis Estados: cuando te plazca, vuélvete.

ROSMUNDA

Alboino, considera, señor, que largos años te sirvió con honor; que fué tu amigo, y si osó contrariarte, sabrá manso olvidar ese amor.

RODIMIRO

Nunca.

ALBOINO

Rosmunda, ¿tú también (lo sospecho) te has pagado de su hermosura juvenil? ¿Que parta, por no volverle á ver sientes acaso?

ROSMUNDA

¡Alboino!

ALBOINO

Rosmunda, te conozco; mas con ventajas tus traiciones pago, y por muchas que me hagas, ya te llevo una bien extremada de adelante. Mas ¿qué digo? perdona las bravatas de unos celos imbéciles. Bebamos. Toma, Bucilio; Rodimiro, toma,

y necias disensiones apartando tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda, conmigo beberás. Ya sabes que hago de esta copa alta estima, y que con ella concluyo siempre mi festín diario, y en la corte, en la caza en la campaña, siempre me sirvo de ella.

ROSMUNDA

Lo he notado.

ALBOINO

Hondo misterio en su labrada taza consignó mi poder, y ha tiempo largo que mis labios no más llegan á ella. De mi injusto rigor en desagravio, hoy te la ofrezco; *bebe, pues, Rosmunda, que con tu padre bebes.*

ROSMUNDA

¿Eh? No alcanzo lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

ALBOINO

Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

ROSMUNDA

Sea.

ALBOINO

Así trato á los que mucho estimo.

ROSMUNDA

Gracias.

ALBOINO

¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.

(Alboino vase, llevando por delante á Brenilda, y siguiéndole Bucilio. Rosmunda y Rodimiro quedan cada uno á un lado de la escena.)

ESCENA IV

ROSMUNDA y RODIMIRO

ROSMUNDA

Esa risa feroz.... me ha estremecido.... Sí, ¡alguno encierra pavoroso arcano que no comprendo bien! Siempre la suelta al complacerse en algún mal.

RODIMIRO

Salgamos

de este palacio, en que el vapor se aspira del crimen.

ROSMUNDA

Mas ¿quién osa.....

RODIMIRO

Ya me aparto;

perdonad.....

ROSMUNDA

Rodimiro....., ¿aquí qué esperas?

RODIMIRO

No espero; parto; ¡adiós!

ROSMUNDA

Tente: ¿los pasos del Rey no sigues?

RODIMIRO

No: para mis plantas se abre el camino por opuesto lado. «No haces falta», me ha dicho, conque name resta ya que hacer en su palacio. [da

ROSMUNDA

Palabras que á un amigo se le dicen tal vez en un colérico arrebató, mas que se olvidan luego.

RODIMIRO

En mi memoria quedarán indelebles, y en el campo volvérselas espero en algún día con la misma arrogancia.

ROSMUNDA

¿Conque tanto amas á esa mujer, que por negártela le aborreces así?

RODIMIRO

Sí, la idolatro.

Por la esperanza de lograrla un día, me uní á Alboino, combatí á su lado, le ayudé en sus tiránicas conquistas,

testigo de sus crímenes infandos; [gamas hoy que me la niega, hoy que se apami esperanza, el ambiente emponzoñado no quiero respirar con que él respira, y en verme su enemigo me complaceo. Voy de la suya á dividir mi gente y á partir de Verona; pero aguardo volver dentro de poco á su presencia á pedir con las armas en la mano lo que tal vez á mis servicios debe. Y ¡ay de él entonces!

ROSMUNDA

Cálmate, ¡oh gallardo capitán!

RODIMIRO

¡Ah! ¿Cálmarme cuando pierdo en sólo un punto cuanto espero y amo?

ROSMUNDA

Pues esperas en balde; esa doncella, nacida en regia cuna, y al cuidado de Alboino encargada por su padre, sólo se debe unir en puro lazo con quien ciña corona y cetro empuñe, cual conviene á su origen soberano.

RODIMIRO

Pues bien, hablad: ¿Cuál es? ¿Quién es su [padre? ¿Dónde tiene su imperio? ¿En qué aparta- [do rincón del mundo reina? Iré á buscarle, y ambas rodillas á sus pies doblando, le pediré á Brenilda.

ROSMUNDA

Y Rey no siendo, ¿con qué derecho pedirás?

RODIMIRO

Soldados tengo y tierras, soy noble, y atrevido, y avezado á la guerra; el mundo es ancho, y nunca un sitio en donde alzar un trono me ha de faltar, si con el trono pago.

ROSMUNDA

¡Oh, y lo mereces!

RODIMIRO

¡Ah! ¿Vos de mi parte.....

ROSMUNDA

¡No, por mi vida, no: te has engañado!
¿Yo de tu parte en tu amor ciego? Nunca:
primero el corazón me harán pedazos.

RODIMIRO

No acierto á comprender.....

ROSMUNDA

Pues ¿no lo oíste?

«¿Y tú también, Rosmunda, te has pagado
de su hermosura juvenil? ¿Que parta
por no volverle á ver sientes acaso?»

Él mismo te lo dijo, él, Alboino.....

Pues bien; dijeron la verdad sus labios.

No partirás; delante de mis ojos
quiero tenerte siempre, porque te.....

RODIMIRO

Harto

habéis dicho, señora; y si la mente
con pensamiento tal habéis manchado,
y el torpe corazón con tal deseo,
la lengua no manchéis, ciega explicándolo.
Ea, partir dejadme; me avergüenza.....

ROSMUNDA

¡Qué infeliz!

RODIMIRO

El haberos escuchado.

ROSMUNDA

¿Y el haberme entendido?

RODIMIRO

Sí, Rosmunda.

ROSMUNDA

Pues es secreto que vender no trato
sino á precio subido, y pues lo sabes,
piensa que fuerza te será pagármelo,
porque al pasar de pensamiento á dicho,
fuerza es cumplirle ó sepultura darle.

RODIMIRO

Las amenazas y el amor desprecio
de quien no sea Brenilda.

ROSMUNDA

¡Mentecato!

Brenilda, como tú víctima mía,
en mi poder está.....; mas concluyamos.
Yo el desamor á perdonar me avengo,
pero el desprecio no; y pues ocultarlo
no supe de Alboín, desde hoy á todo
por ti me atrevo y por tu amor lo abarco,
y en punto tal, el mundo pondrá inútiles,
á mi venganza ó á mi amor obstáculos.
Mujeres como yo no se desprecian
en vano, Rodimiro; y si yo cambio
los nombres de los dos cuando esta escena
revele, y este amor en que me abraço
te lo atribuyo á ti, burla, desprecio
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,
objeto de la saña de Alboino,
y su víctima luego en el cadalso.
Todo de un solo golpe te lo quito,
toda de un soplo tu esperanza apago.

RODIMIRO

¡Basta, infernal mujer! Digna te miro
de tu Real esposo: á un amor casto,
¿cómo puede ayudar quien parte el lecho
con un monstruo como él?

ROSMUNDA

Mas de sus manos
puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas
para morir; y piénsalo despacio,
que yo te necesito amante ó muerto,
y si no cedes al amor, te mato.

RODIMIRO

Moriremos los dos.

ROSMUNDA

¿Tú me amenazas?

RODIMIRO

Sí; fías en ti misma demasiado,
y esperas de Alboino lo que juzgo
que ya no lograrás.

ROSMUNDA

¿Piensas acaso
que quien me debe la corona....

RODIMIRO

Pienso
que hay dos hombres en él, distintos am-
el marido y el Rey; y éste, del trono [bos:
que le usurpó á tu padre asegurado,
cuando pueda saldrá de ti el marido
que bebe en esa copa.

ROSMUNDA

Habla más claro.
¿Qué me quieres decir? ¿Tú en esa copa
conoces el misterio consignado?

RODIMIRO

Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho
en tu cámara misma revelándolo;
pero ya que me dices «ama ó muere»,
oye, Rosmunda, y tiembla contemplando
qué es lo que puedes esperar del hombre
con quien casada estás..... Mas ve si acaso
pueden de sus oídos al alcance
mis palabras salir.

ROSMUNDA

(Cierra las puertas.)

Di, confiado,
pero sé breve.

RODIMIRO

Escucha, pues: tú sabes
que al casarse Alboín contigo, sólo
fué por asegurar con tal enlace
la usurpación tirana de este reino
que á tu padre quitó.

ROSMUNDA

Sí; mas ¿no sabes
que yo para mi amor ganarle supe
y que me amó después?

RODIMIRO

Sí; mas es fácil
que ignores tú que amaba á Clotosinda
también, y al meditar que, desposándote,
tu trono aseguraba, en unas hierbas
la dió la muerte.

ROSMUNDA

Sí; pero no sabes
que hasta el amor que profesó á los hijos
de Clotosinda, al mío en homenaje
rindió, y al buen Comundo á ruegos míos
perdonó, y aun logré que le amparase
en vez de perseguirle, y á la sombra
de su amparo vivió.

RODIMIRO

Sí; mas no sabes
la muerte de tu padre el rey Comundo.

ROSMUNDA

Sí, la supe después: el miserable,
no pudiendo sufrir verse vencido,
expiró en Lombardía.... Mas ¿cuál trae
todo eso relación con el misterio?

RODIMIRO

¡Ah! ; Me das compasión! Inmenso te abre
un abismo á los pies ese Alboino,
de quien esperas que te atienda en balde,
y en vano juzgas conocer, en vano
fías en tu poder un solo instante.

ROSMUNDA

La corona me debe, y todavía,
como en esos balcones me asomase
gritando: «¡Guerra!», como tigres vieras
levantarse en mi nombre mil parciales.

RODIMIRO

Llámalos, pues, y si saldrán veremos
de las sangrientas urnas en que yacen.

ROSMUNDA

Te lo juro en verdad, ¡pobre mancebo!
me haces reir queriendo amedrentarme.
Siempre ha de ver en mí la que amó un
[día.

RODIMIRO

La que víctima fué de sus maldades.

ROSMUNDA

¿Víctima?.... Tú deliras.

RODIMIRO

Tú, Rosmunda,

sí que deliras, tú: siempre callarte
quise por compasión este misterio,
mas pues tú misma le provocas, sábele:
no tienes un amigo, sus cabezas
rodaron una á una, y execrable
venganza de tu padre al fin tomando,
él mismo le mató.

ROSMUNDA

¡Mientes!

RODIMIRO

Su sangre
dió á sus caballos á beber; y mira:
¿ves esa copa que precioso engarce
de oro circunda?

ROSMUNDA

Sí.

RODIMIRO

De ella se sirve
desde tu misma boda; á todas partes
la lleva.

ROSMUNDA

Sí; concluye.

RODIMIRO

Y ¿no has oído,
Rosmunda, las palabras infernales
con que te la brindó? «Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes.» Pues bien, sabe
lo que aquellas palabras significan,
y tu esperanza de una vez acabe:
esa ancha copa que marfil parece
no es más que el hueco cráneo de un ca-
[dáver.

ROSMUNDA

¡Qué horror!

RODIMIRO

¿No has comprendido todavía
cuyo es, Rosmunda?

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

Fué de tu padre.....

ROSMUNDA

¡Ah!

(Un momento de pausa)

RODIMIRO

Piensa qué esperar debes ahora.

ROSMUNDA

Una cosa no más.

RODIMIRO

¿Cuál es?

ROSMUNDA

Vengarme.

RODIMIRO

Es tarde ya.

ROSMUNDA

No, no; déjame sola,
déjame pensar; y si salvarte
quieres, y quieres á Brenilda, aparta
á ese aposento hasta que yo te llame.

RODIMIRO

Vana ilusión; es tarde.

ROSMUNDA

Rodimiro,
mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.



PARTE SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

ROSMUNDA

¡A mirarla ¡ay de mí! me atrevo ape-
[nas!

¿Conque es verdad? ¿Burlada, escarnecida
de tan terrible modo?.... ¡Y yo, insensata,
que en esa copa sin pavor bebía [ro!

mientras sus labios sonriendol.... ¡Bárba-
¡Venganza sólo de salv jes digna
ha sido tu venganza! ¡Ni aun sepulcro
le diste! ¡Ay, que esta idea me horroriza!

¡Mísero padre mío, y yo pensaba
ir á verter sobre su tumba un día
la última gota de sincero llanto
que mis enjutos párpados abrigan!

¡Yo, qué anhelaba del sepulcro al menos
en el borde fatal, ya que no en vida,
el postrimero adiós dar á sus restos
porque durmiera el ánima tranquila!

¡Y no hay tierra ¡qué horror! que los co-
[bije,
no hay urna que los guarde, mientras su
[hija

parte el lecho nupcial con el verdugo
y con su seca calavera brinda!
¡Sombra insepulta de Comundo...., acaso
vagas en torno de la mesa misma
en que tu cráneo sirve, demandando
represalia de mofa tan sacrilega!

¡Venganza, sí, venganza! ¡Oh, padre mío!
Yo te la debo, y la tendrás cumplida
en él y en cuantos tengan de su raza
un átomo no más: ¡oh! y la tendrías
aunque fuera preciso para dártela
tornar mis propios reinos en ceniza,

y sorber gota á gota en ese cóncavo
toda la sangre de su vil familia.

¿La ira que te animó contra mi padre
has hecho caer en mí?.... Tú legítimas
mi venganza, Alboino: ¡oh! por ventura,
hijos tienes también de Clotosinda,
de la que tanto amaste.... Me estremece
la barbarie al sondar de nuestras iras;
pero al pensar en mi insepulto padre,
mi saña más atroz será justicia.

ESCENA II

ROSMUNDA y ALBOINO

ALBOINO

¿Aquí, Rosmunda, aún?

ROSMUNDA

El es: mi sangre
se agolpa hirviendo al corazón.

ALBOINO

¿Qué ideas
tan absorta la traen?

ROSMUNDA

Siento sus ojos
clavados en mi faz, y puedo apenas
impedir que al calor de sus miradas
el carmín de la rabia me enrojezca.
¡Alboino!

ALBOINO

¡Rosmunda! ¿Aquí tan sola
por las cámaras Reales? ¿En qué piensas?

ROSMUNDA

Pensamientos bien tristes me acompañan,
Alboino, y me alegro de que vengas.

ALBOINO

Jamás supe con labio compasivo
consuelo dar á mujeriles penas,
ya lo sabes, Rosmunda; y si es que ahora
sobre tu corazón alguna pesa,
no la intentes partir con Alboino,
que sólo sabe dominar.

ROSMUNDA

No temas,
no, que el pesar que el corazón me agobie
consuelo demandar al tuyo quiera.

ALBOINO

Ni tampoco á mi voz.

ROSMUNDA

Tampoco; sólo
quiero que tú mis pensamientos sepas,
por si quieres cumplirme en algún día
el deseo que en mí tales los crea.

ALBOINO

Di, pues.

ROSMUNDA

Pienso en mi padre, el rey Comundo.

ALBOINO

¡Séale leve la mortuoria piedra!

ROSMUNDA

Mas ¿dónde está?

ALBOINO

Y ¿por qué me lo preguntas?

ROSMUNDA

Porque algún día visitar quisiera
su solitaria tumba, algunas flores
dejando y una lágrima sobre ella.

ALBOINO

Muchas veces, Rosmunda, me lo has di-
[cho,
y has oído otras tantas mi respuesta:

nunca, yo vivo, la verás; las tumbas
inspiran melancólicas ideas,
y no quiero que nunca, al lado mío,
sus sombrías memorias te entristezcan.

ROSMUNDA

¿Conque, al fin, tu furor es implacable
y ni aun al borde de las tumbas cesa?

ALBOINO

No; mas fué mi enemigo; la fortuna
me puso enfrente de él; y si á ver llegas
su sepultura, al recordar su muerte,
la causa recordar te será fuerza.

ROSMUNDA

Tal vez no tiene sepultura hourada,
y te causa rubor que yo la vea.

ALBOINO

Tiene un palacio por sepulcro....., y gentes
que continuo le cuidan y le cercan;
y basta de ello ya.

ROSMUNDA

Sólo, Alboino,
quisiera confesarte..... una flaqueza;
tal vez un infantil remordimiento,
pero que roe sordo mi existencia.
Dicen que en paz el alma no reposa
del triste padre que en el mundo deja
hijos que en su sepulcro no colocan,
con pía mano, funeraria ofrenda.

ALBOINO

Delirios.

ROSMUNDA

Aseguran que su sombra
vaga invisible en su redor, y lenta,
triste y desnuda, de su lecho en torno,
en la callada noche se pasea.
¿No la has sentido tú?

ALBOINO

¿Yo? ¡Desvarías!

ROSMUNDA

Mas ¿ni aun tu sueño alguna vez altera
su memoria?

ALBOINO

¡Jamás! Mis enemigos,
si mueren una vez, no se presentan
ante mis ojos más, ni mi memoria
en sueño ni en vigilia los recuerda.

ROSMUNDA

Tienes un corazón....

ALBOINO

Lo sé: de bronce;
un corazón audaz, en que se estrellan
todos esos menguados sentimientos
que al guerrero envilecen. Los que rei-
[nan,
los que mandan ejércitos que arrastran
detrás de su corcel á la pelea,
los que el imperio donde nacen miran
cual jaula vil que su valor encierra,
y de algo más sintiéndose capaces,
los hierros viles de su jaula quiebran
para buscar espacio á sus alientos
y para dar ensanche á su grandeza,
un corazón de bronce como el mío
deben tener, Rosmunda; un alma entera
incapaz de temor, y un pie tan firme,
que haga á su paso estremecer la tierra.

ROSMUNDA

Un corazón de tigre, como el tuyo,
que ni á los hombres ni á los cielos tema.

ALBOINO

Tú lo dices, Rosmunda; y pues lo sabes,
fuerza será que tu destino veas
en mí, que soy tu dueño, porque nada
mi corazón contrasta ni dobllega,
y cuanto encuentre á su camino opuesto,
es fuerza que se humille ó que perezca.
Y óyeme bien, porque te estoy notando
un no sé qué de lúgubre y siniestra
que no comprendo, y para que obres
[cauta,

lo que pienso de ti quiero que sepas.
Yo aborrecí á tu padre; contra él solo
salté feroz las húngaras fronteras,
y me lancé sobre él como un torrente,
resuelto á esclavizar toda su tierra.
Pelemos, vencí; volvió los suyos

á juntar, y otra vez á la refriega,
torné á vencerle yo; quedó mi esclavo,
y cautiva con él su raza entera.
Entonces me llamó contra el romano
injuriado Narsetes, y revuelta,
no queriendo dejar á mis espaldas
tu nación humillada, con destreza
acerté á mantener lo conquistado,
cuando (mi esposa Clotosinda muerta)
legitimé, casándome contigo,
el derecho que obtuve por la fuerza.

ROSMUNDA

¿Y mi padre?

ALBOINO

No más me lo recuerdes:
aun vive en mí su enemistad ileasa,
y un poco que te amé, por tu hermosura,
se me puede olvidar si me impacientas.

ROSMUNDA

¡Alboino!

ALBOINO

¡Rosmunda!

ROSMUNDA

El pueblo mío
puede acordarse de que soy su Reina.

ALBOINO

Yo haré que al punto mismo se le olvide
para siempre.

ROSMUNDA

¿Con qué?

ALBOINO

Con tu cabeza.

ROSMUNDA

¡Monstruo! ¿Serás capaz?

ALBOINO

De todo: ahora
más que nunca, Rosmunda; y porque en-
[tiendas
cuánto te importa ser prudente, sabe
que deben los romanos á las puertas

de Verona llegar en esta noche,
y yo salir á recibirlos fuera.
Mas recoge, Rosmunda, esa sonrisa
que á tu labio asomó, porque penetran
mis ojos en tu pecho, y tus ocultos
intentos leen.

ROSMUNDA

¡Oh, cielos!

ALBOINO

La sospecha

roe mi corazón: esos lombardos
que á Rodimiro siguen, si se quedan
dentro de la ciudad, pueden venderme;
les saco, pues, conmigo á la pelea,
mas sin su capitán.....; aun no respire.....,
escucha cómo en la ciudad se queda.
Gobernador contigo, en nombre mío,
el pueblo todo lo creará en mi ausencia;
sus lombardos así saldrán seguros
y lidiarán leales; mas en estas
salas presos los dos, ni á los balcones
os debéis acercar hasta mi vuelta.
Ni una señal, ni una palabra, debe
revelar vuestro estado. Y la primera,
hará saltar la espada de Bucilio,
que velará sobre vosotros. Prenda
de salvación, tal vez de represalias,
Brenilda ser para los dos pudiera
si en vuestras manos la dejara; pero
todo lo calculé, y en las tinieblas
del alcázar saldrá, y en más seguras
manos la dejaré. Si fuere adversa
mi suerte y me vencieren los romanos,
de ninguno de entrambos será presa;
que no quiero de mí que os venguéis
en el único ser que amo en la tierra. [nunca
Mas si vuelvo triunfante....., para enton-
[ces,
Rosmunda, ajustaremos nuestras cuentas.
¡Silencio! Yo os conozco. Rodimiro
ama á Brenilda; acaso le ama ella;
mas tú le amas á él, y por vengarte,
de todo eres capaz; los celos ciegan.
Él, capitán valiente, hombre gallardo,
y enamorado asaz, por obtenerla
todo lo emprenderá, y estoy resuelto,
de fuerza ó grado, á que jamás la obtenga.

Es un árbol fatal que me hace sombra;
es una fama á mi renombre opuesta;
es un hombre que marcha al lado mío,
y casi igual á mí crece y se eleva,
y estoy celoso de él, y necesito
hundir bajo mi planta su soberbia.

ROSMUNDA

¿Conque es decir....

ALBOINO

Que morirá.

ROSMUNDA

¡Malvado!

ALBOINO

El amor de Brenilda es su sentencia.

ROSMUNDA

Di que es su gloria su valor, tus celos.

ALBOINO

Su gloria y su valor se la aceleran;
donde Alboino está quiere estar solo,
donde reina Alboino nadie reina,
y al que á sus pies no doble la rodilla,
doblará ante su espada la cabeza.
He aquí mi historia, pues; he aquí mis
[leyes;
he aquí mi corazón: lo que haces piensa.
Bucilio.....

ESCENA III

ALBOINO, ROSMUNDA y BUCILIO

BUCILIO

Aquí me tienes.

ALBOINO

¿Está todo?

BUCILIO

Todo.

ALBOINO

A ordenar voy, pues, mis haces; presta
vuelta daré; tu obligación no olvides.

BUCILIO

Fía.

ALBOINO

Aquí están los tres, guarda las puertas.

ESCENA IV

ROSMUNDA y BUCILIO

ROSMUNDA

¿Qué es lo que aguardas tú?

BUCILIO

¿No habéis oído

las órdenes del Rey?

ROSMUNDA

Desde allí fuera puedes también guardarlas: en mi cámara sola quiero quedar: ¿lo oyes? Despeja.

BUCILIO

Yo sé lo que el Rey quiere.

ROSMUNDA

¡Ira del cielo!

Y ¿no sabes también que soy la Reina?
¡Atrás!

BUCILIO

Señora.....

ROSMUNDA

¡Atrás!

BUCILIO

Ved que velando
junto al dintel estoy.

ROSMUNDA

Donde tú quieras,
como no sea ante mis ojos. Bueno.

(Cierra la puerta.)

Estos breves instantes que me restan,
aprovechar sabré. «He aquí mis leyes;
he aquí mi corazón: lo que haces piensa»,dijo: ya lo pensé: todo por todo
voy á arriesgarlo, sí: ¡vengada ó muerta!
Implacable como él, bárbara, impía
seré á mi turno; pero pronta, diestra,
ni aun tiempo le daré.... ¡Necio! ¡Insensato,
que el alma me descubres, y me dejas
vivir un punto más!.... ¡Rey Alboino,
verás tu imprevisión lo que te cuesta!
Rodimiro.....

ESCENA V

ROSMUNDA y RODIMIRO

RODIMIRO

¡Traidor!

ROSMUNDA

¿Oíste?

RODIMIRO

Todo.

¡Tirano vil!

ROSMUNDA

Más bajo; nos acechan.

RODIMIRO

¡Encerrados aquí!

ROSMUNDA

Y con tus lombardos
victorioso quedar, aguarda mientras.

RODIMIRO

No; todos á mi voz, en un instante
acudirán á mí.

ROSMUNDA

Tente; ¿qué intentas?

RODIMIRO

Desde cualquier ventana.....

ROSMUNDA

Serás muerto
antes que á alguna aproximarte puedas.
La espada de Bucilio, al dar un paso
más allá de esta cámara, te espera.

RODIMIRO

¿No tengo yo la mía?

ROSMUNDA

Él tiene muchas
en torno suyo contra ti dispuestas.

RODIMIRO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Razón tienes,
grande, sobrada, poderosa, inmensa;
mas un momento cálmate.

RODIMIRO

¿Cálmarme,
cuando toda la sangre se aglomera
sobre mi corazón, que aquí en mi pecho
no cabe de furor? ¿Calma? ¿Paciencia,
cuando acabo de oírle que me mata
por la gloria que he dado á sus banderas?
¿Porque junté mis armas con las suyas
para doblar sus triunfos con mis fuerzas?
¿Cálmarme, cuando veo en un instante
que en vez de una anhelada recompensa,
mis hazañas, que á un trono le llevaron,
sólo á una muerte sin honor me llevan?
¿Cálmarme! Tú podrás, que también tienes,
lo mismo que él, el corazón de piedra.
Yo no, que tengo sus injurias todas
en mi afrentado corazón impresas.

ROSMUNDA

Y ¿no las tiene el mío, Rodimiro?
¿No tiene injurias que vengar? ¿Afrentas
que están clamando por venganza como
ellas son de satánicas y horrendas?
¿No pide, di, venganza esa vil mofa
tantos años seguida....., ver expuesta
la cabeza del padre asesinado
ante mi vista y en mi propia mesa?
¿Crees acaso que un punto en mis oídos
las palabras horribles no resuenan
que nunca comprendí? «Bebe, Rosmunda,
que con tu padre bebes.»

RODIMIRO

Cesa, cesa,

que me espanta, Rosmunda, el torvo brillo
que tus sangrientos ojos reverberan.

ROSMUNDA

Eso es que transparentes mis pupilas
te dejan ver del corazón la hoguera.

RODIMIRO

Sí, sí; tienes razón.

ROSMUNDA

¿Crees aún mi calma
hija de un alma á las injurias muerta?

RODIMIRO

No; te creo capaz.....

ROSMUNDA

De todo ahora;
mas á no errar el golpe bien resuelta,
busco yo mi venganza como debo,
no con el corazón, con la cabeza.
¿Quieres unir tu suerte con mi suerte?

RODIMIRO

No te comprendo bien.

ROSMUNDA

Su pronta vuelta
al partir anunció; de un solo golpe
lograr podremos la venganza nuestra.

RODIMIRO

Habla; el valor me sobra.

ROSMUNDA

No hará falta
mucho valor.

RODIMIRO

¿Qué, pues?

ROSMUNDA

Mucha destreza,
mucho silencio sobre todo: escucha.
Tú mandas cierta tropa.....

RODIMIRO

Ya lo sabes.

ROSMUNDA

¿De su fidelidad tienes completa confianza?

RODIMIRO

Vasallos de mis padres son, y nacidos en mi patria misma.

ROSMUNDA

Y ¿están á tu servicio....?

RODIMIRO

Voluntarios: á mí en el mundo nada más respetan; aliados, no vasallos de Alboino.

ROSMUNDA

Pues yo sé por dó se abre una poterna que sale de este alcázar á las ruinas de ese templo romano. Una vez fuera de aquí, uno de los dos á tu lombardos meter puede á esta cámara por ella.

RODIMIRO

Guía: como una vez me vea libre, caeré sobre él con mi legión entera.

ROSMUNDA

No; puede descubrir tus movimientos, y á los suyos llamar en su defensa.

RODIMIRO

Tarde será.

ROSMUNDA

Se encerrará en palacio.

RODIMIRO

Y yo le sitiaré dentro su regia mansión: es mi venganza más segura.

ROSMUNDA

No, Rodimiro, no: de esa manera tu venganza es segura; pero en cambio, á mí me hará colgar en las almenas por haberte salvado. No; yo sola del alcázar saldré, y á las casernas llegaré de los tuyos, á anunciarles el peligro mortal que te rodea.

RODIMIRO

Mas ¿si llega Alboino antes que tornes?....

ROSMUNDA

Respetar necesita tu existencia mientras pueda esperar que tus soldados le ayuden á vencer: ¡oh! nada temas.

RODIMIRO

Pero ¿cuál es tu plan?

ROSMUNDA

El devolverle venganza por venganza; y cuando vuelva á saciar la que aguarda de nosotros, dé en la que en cambio prevenida tenga.

RODIMIRO

Dices bien.

ROSMUNDA

Por si acaso desconfían tus lombardos de mí, dame una prenda que crédito me dé.

RODIMIRO

Mi anillo.

ROSMUNDA

Tráele:

¿es señal convenida?

RODIMIRO

Sí; cualquiera de ellos bien le conoce, y al mostrársele, todos resueltos seguirán tus huellas.

ROSMUNDA

Tú, aguardame entretanto.

RODIMIRO

Aquí te espero.

ROSMUNDA

Cuida bien que tu rostro no nos venda, la inquietud de tu pecho revelando en la turbada faz.

RODIMIRO

Está serena.

ROSMUNDA

Ni mirada, ni voz, ¡ay! ni suspiro
te haga traición.

RODIMIRO

Vé en paz.

ROSMUNDA

Él su anatema
sobre ambos fulminó: púsonos á ambos
juntos para morir en su sentencia;
y pues nos junta el cielo á la venganza,
yo juro quedar hoy vengada ó muerta.
Adiós.

RODIMIRO

Aguarda.

ROSMUNDA

¿Qué?

RODIMIRO

¿Si te descubren....

ROSMUNDA

No ha de ser antes que los tuyos sepan
tu situación, y á tu socorro lleguen.

RODIMIRO

Mas ¿si acaso morir te aconteciera?

ROSMUNDA

Entonces pon mi muerte en el platillo
de la balanza fiel de tus afrentas.

RODIMIRO

¿Y si me toca á mí?

ROSMUNDA

Lo que yo haría
haz.

RODIMIRO

¿Qué?

ROSMUNDA

Arrostrar tu suerte con fiereza,
y bajar en silencio á tu sepulcro
sin estorbar á la venganza ajena.

RODIMIRO

Te comprendo muy bien.

ROSMUNDA

Si me comprendes,
cuánto á ambos nos importa considera
que el que caiga no estorbe al compañero,
siguiendo ambos á dos la misma senda.

RODIMIRO

Caeré sin estorbarte tu camino:
fía en mí.

ROSMUNDA

Y en mí tú.

RODIMIRO

Vé, pues.

ROSMUNDA

Pues vela.

ESCENA VI

RODIMIRO

Tiene razón esa mujer. Oculta,
sorda y en las tinieblas preparada,
como ese vil tirano nos la apresta,
así debe de ser nuestra venganza.
Ha discurrido bien: todo por todo;
mas esa fría reflexión me espanta
con que todo lo mira y lo calcula,
y el tiempo mide y la ocasión señala.
¡Tal es la ofensa, empero! ¡Un día y otro
con escarnio tan bárbaro mofada
en su amor, y en su estirpe escarnecida!
Sangre, aliento de hiena en sus entrañas
tienen ambos á dos; y me parece
que el aire que se aspira en este alcázar
es un vapor de crimen que emponzoña
con honda sed de crímenes el alma.
¿De dónde, de qué padres, de qué tierra
maldita viene tan maldita raza, [cro,
que así cuanto hay entre los hombres sa-
con tan frío furor vende y ultraja?
¡A quien leal les sirve, le escarnecen!
¡Sentencian á morir á quien les ama!....

¿Quién me juntó con ellos? ¿Quién me
[trajo
á Verona?..... Mas.... oigo en esa estancia
pasos....; se acercan, sí. ¿Si esa Rosmunda
me venderá tal vez?..... ¡Oh! Acompañarla
debí, seguirla por doquier..... ¿Qué digo?
¡Dejarla aquí á Alboino abandonada!
No; su afrenta es mayor: yo soy un hom-
y saber debo sucumbir salvándola. [bre,
A esa puerta llamaron.....

BRENILDA
(Dentro.)

¿Alboino?

RODIMIRO

Ese acento..... ¿Quién va?

BRENILDA
(Dentro.)

Brenilda.

RODIMIRO

Mi alma

reconocióla al punto.

(Abre la puerta adonde Brenilda llama.)

ESCENA VII

RODIMIRO y BRENILDA

BRENILDA

¡Ah!..... Rodimiro.

RODIMIRO

Sí, yo soy.

BRENILDA
(En acción de retirarse.)

¡Ay de mí!

RODIMIRO
(Deteniéndola.)

Detén la planta

un momento nó más: la vez primera
es ésta en que logré fortuna tanta,
y por si es á la par la postrimera,
perder no quiero esta ocasión.

BRENILDA

Levanta.

Déjame.

RODIMIRO

No, Brenilda; ya lo oiste
de boca de Alboino: te amo.

BRENILDA

Calla.

RODIMIRO

En vano el labio á la pasión resiste;
del respeto el amor rompe la valla;
sábelo al fin: si me ligué á Alboino,
fué nada más que por seguirte y verte;
si he sembrado de glorias tu camino,
ha sido nada más por merecerte.
Permanecer en tu palacio ahora
es no tener valor de abandonarte,
y callar la pasión que me devora,
recolo nada más fué de enojarte.
Mas hoy que ajeno labio en tus oídos
resonar de mi amor hizo el secreto,
los míos se resuelven atrevidos
á llegar de mi amor al santo objeto.
Sabe, pues, de una vez, Brenilda, sabe
lo que en mi solo corazón no cabe.
Yo te amo, sí, te adoro.

BRENILDA

¡Rodimiro,

déjame, por piedad!

RODIMIRO

¡Brenilda mía,
tú eres el aire con que yo respiro,
tú eres la estrella que mis pasos guía,
tú la felicidad por quien deliro:
tu vista es para mí la luz del día;
será tu nombre mi postrer suspiro,
mi anhelo amarte, mi temor perderte,
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte!

BRENILDA

Calla, que tus palabras me fascinan,
y en mis oídos resonar no deben.

RODIMIRO

Son la verdad no más.

BRENILDA

¡Ah! Me asesinan
esas verdades que á escuchar me inclinan.

RODIMIRO

¿A escuchar? ¿Es decir que si se atreven
mis ansias á esperar....

BRENILDA

No; te alucinan:
apártate de mí.

RODIMIRO

¿Me huyes? ¡Ingrata!

Yo creí ver en tus radiantes ojos
siquiera compasión...., mas con enojos
me apartas: ¡ay! que tu traición me mata.
Yo creí que tus ojos me seguían
con cariñoso afán, que penetraban
mi corazón, y el fuego comprendían
que ardía dentro de él....; mas me enga-
ñaban cuando á los míos responder fingían
y con falsa expresión me contemplaban.
¡Tal es el fin de mi pasión sincera!
Cumple, pues, mi destino: ¡adiós!

BRENILDA

Espera.

RODIMIRO

¿Espera, dices, y la hermosa mano
me tiendes?.... ¿Y una lágrima perdida
resbala por tu rostro soberano,
en el momento de partir vertida?
¿Al corazón arrancas un suspiro?
Acaba de una vez: ¿cuál en tu lloro
misterio se me esconde?

BRENILDA

¡Rodimiro!

RODIMIRO

Habla.

BRENILDA

No puedo más: ¡sí, yo te adoro!

RODIMIRO

¡Oh instante puro de placer supremo!
¿Me amas, Brenilda mía?

BRENILDA

Sí, te amo.

¿Cómo ocultar la llama en que me quemo,
cuando ves que estas lágrimas derramo
al estrecharte entre mis brazos? Mira,
tú eres solo la luz de mi existencia,
el aire tú que el corazón respira,
tú vital parte de su propia esencia,
tú la felicidad por quien suspira.
Tu presencia es mi bien, mi mal tu ausen-
[cia,

mi anhelo amarte, mi temor perderte,
tu amor mi ser, tu desamor mi muerte.

RODIMIRO

¡Alma mía!

BRENILDA

Mis ojos no mentan
cuando tus bellos ojos acechaban
y tus tiernas miradas te volvían;
mas ¡ay de mí! los ojos nos perdían,
que otros ojos también velando estaban.

RODIMIRO

¿Qué importa, si á este punto nos traje-
[ron?

BRENILDA

No, que un abismo á nuestros pies abrie-
Oye: el rey Alboino, [ron-
tal vez eterno manantial de pena....

RODIMIRO

¡Ese tirano vil....

BRENILDA

La lengua enfrena,
porque á su voluntad me ató el destino.

RODIMIRO

Todo lo puedo con tu amor ahora;
soldados tengo, esfuerzo generoso.
¿Quién no osa á todo por el bien que
Huyamos de ese tigre rencoroso. [adora?

BRENILDA

¡Rodimiro, jamás! Juzgas en vano
que la razón en mí pierda su imperio.

RODIMIRO
 ¿Condena nuestro amor?

BRENILDA
 Sí.

RODIMIRO
 Y ¿su tirano imperio no huirás?

BRENILDA
 No....; es un misterio....

RODIMIRO
 Sepa yo al menos su fatal arcano.

BRENILDA
 Es inútil.

RODIMIRO
 ¿Por qué?

BRENILDA
 Porque sería convencerte no más del muro inmenso que nos divide.

RODIMIRO
 Sí; su tiranía nada más.

BRENILDA
 Su poder.

RODIMIRO
 Que ignoras, pienso, sus leyes.

BRENILDA
 No.

RODIMIRO
 Luego ¿mi muerte sabes?

BRENILDA
 ¡Cielos! ¡Tn muerte!

RODIMIRO
 Con cruel sentencia me condenó á morir.

BRENILDA
 Mas ¿por qué graves delitos?

RODIMIRO
 Por tu amor.

BRENILDA
 Mas ¿en presencia de quién? ¿Quién lo ha escuchado?

(Aparece Rosmunda por donde salió de la escena, y al verlos, se detiene y escucha.)

RODIMIRO
 Yo mismo, yo, Brenilda.

BRENILDA
 ¿Tú?

RODIMIRO
 Y Rosmunda.

BRENILDA
 ¡Oh! ¡Siempre esa mujer! Emponzoñado cuanto ella toca está.... Siempre fecunda en daños su alma vil, por dondequiera que va derrama el mal.

RODIMIRO
 Hoy en mi suerte, Brenilda, es á la par mi compañera.

BRENILDA
 ¡Ah! Desconfía de ella, que á la muerte te conduce; los celos la devoran. Te ama.

RODIMIRO
 Yo la detesto. Mas, escucha: salvar mi vida la interesa ahora; sin mí es perdida; con mi fuerza lucha.

BRENILDA
 ¿Lucha? Y ¿con quién?

RODIMIRO
 Con Alboino.

BRENILDA
 ¡Cielos, una traición!

RODIMIRO

Una justicia.

BRENILDA

Espera;
explicámelo bien.....

RODIMIRO

Es larga historia.
Yo debo aquí morir dentro de poco,
quizás, pero mi fin comprarán caro.

BRENILDA

¡Oh! ¡No, no, por piedad! Tu intento loco
desecha.

RODIMIRO

Su sentencia, en mi memoria
grabada está.

BRENILDA

Desistirá.

RODIMIRO

No; avaro
de mi sangre le he visto, y sus atroces
intentos comprendí.....; no le conoces.

BRENILDA

Mejor que tú..... Yo puedo darte amparo.

RODIMIRO

¿Tú?

BRENILDA

Yo. Si yo no cambio tu destino,
nadie le cambiará: no hay en la tierra
más que una sola voz que oiga Alboino;
su alma, un afecto nada más encierra.
Sólo hay una mujer que su ira calma,
que en sus labios benéfica provoca
sonrisa de placer, y agota en su alma
la fuente de furor: á ésta le toca
valerte, y te valdrá.

RODIMIRO

Mas ¿quién alcanza
tanto poder con él, que así revoca
sus leyes de exterminio y de venganza?

BRENILDA

Yo, Rodimiro.

RODIMIRO

¿Tú?

BRENILDA

Yo, que te adoro,
y en pago de mi prez y mi decoro,
que renuncié por él, y en honra suya,
le exigiré, aunque sea en mi desdoro,
por cuanto soy y fui, la vida tuya;
sabrás que imposible es que en mí destruya
el grande amor que para ti atesoro.
Y esa mujer por quien me holló Alboino....

ROSMUNDA

Hela aquí.

BRENILDA

¡Siempre vos!

ROSMUNDA

Es tu destino.

ESCENA VIII

BRENILDA, RODIMIRO y ROSMUNDA

RODIMIRO

¡Rosmunda ya!

ROSMUNDA

¡Silencio! ¡Miserable,
nos ibas á perder, si no te tengo
la lengua!

(Á Brenilda.)

Tú, despeja.

BRENILDA

Reina.....

ROSMUNDA

¡rayo de Dios!
Al punto,

RODIMIRO

¡Rosmunda!

ROSMUNDA

¡Rodimiro!

RODIMIRO

Es nuestra salvación.

ROSMUNDA

Lo necio admiro
de tu fe; créela, y eres difunto.

RODIMIRO

¡Cielo!

ROSMUNDA

¿Ahí estás aún?

BRENILDA

Al Rey espero.

ROSMUNDA

Su cámara Real es tu retiro,
y allí, cual sueles, que le aguardes quiero,
ó aquí te cuesta el postrimer suspiro.

BRENILDA

¡Vil mujer!

ROSMUNDA

Obedéceme.

BRENILDA

¡Yo muero!

ESCENA IX

ROSMUNDA y RODIMIRO

RODIMIRO

Rosmunda, esa mujer.....

ROSMUNDA

Te asesinaba;

¿no oíste sus palabras?

RODIMIRO

¿Tú has oído....

ROSMUNDA

Sí, todo desde allí, cuando llegaba
por dicha mía.

RODIMIRO

Y bien; si has comprendido.....

ROSMUNDA

Todo, sí; y más que nunca decidida
camino á mi venganza,
con nuevo y doble afán embravecida.

RODIMIRO

Mas me hizo concebir una esperanza,
Rosmunda.

ROSMUNDA

Ya lo sé; mas ¿no comprendes
ese misterio tú? Puede salvarte.

RODIMIRO

Me lo dijo.

ROSMUNDA

Mas ¿cómo? ¿Aun no lo entiendes?
¡Fatal amor con que logró cegarte,
miserable de tí! De ese Alboino,
una mujer no más puede arrancarte.
Sólo escucha su voz sobre la tierra;
su alma ese afecto nada más encierra,
y por él solo cambia tu destino;
nada más que por él sus leyes huella
y de su furia el ímpetu revoca;
y ese afecto el suyo es.

RODIMIRO

¡Sella la boca!

ROSMUNDA

Sí, Rodimiro, y la mujer es ella,
ella, á quien tú tu corazón destinás.

RODIMIRO

¡Basta, Rosmunda, basta! Me asesinas.
¿Qué raza es ésta de traidores? ¿Todos
son viles por igual? ¿Todos serenos
al crimen van por diferentes modos?
¡Oh! ¿Qué me resta ya?

ROSMUNDA

Vengarte al menos.

RODIMIRO

Mas no, tú mientes: inocente, pura,

calumniada por ti Brenilda ahora
fué torpemente.

ROSMUNDA

No.

RODIMIRO

¿Quién me asegura.....

ROSMUNDA

¿No lo dijo ella misma?

RODIMIRO

Tú, traidora,

lo interpretas así.

ROSMUNDA

Y ¿cómo interpreto
que en la cámara misma de Alboino
por las noches le aguarde? ¿Qué secreto
es ese con que espera tu destino
cambiar? ¿Por qué con ella es piadoso
quien con todos es cruel y formidable?
¿Por qué de tu cariño tan celoso
se muestra y te castiga inexorable?
¿No te ha dicho: «Aunque sea en mi des-
yo puedo exigir de él la vida tuya [doro,
en pago de mi prez y mi decoro?]
Nada más claro contra ti que arguya.

RODIMIRO

Sí, sí, lo veo bien: toda en mi mente
la funesta verdad se patentiza,
é impresa en mi memoria, horriblemente
el pobre corazón me martiriza.

ROSMUNDA

Piénsalo, Rodimiro, y si camino
hay que esta idea en tu favor concluya,
fía en ellos, serás víctima suya;
yo no, que lucharé con mi destino.

RODIMIRO

Yo también lucharé; no por la vida:
¿qué me resta ya en ella? ¿Qué esperanza
halagármela puede? ¡No se anida
ya en mí más ambición que de venganza!
¡Mi fe burlada, mi amistad vendida!.....
La muerte el premio que mi gloria al-
[canza,

¡y tan villana muertel.... ¡Esto me espera!
¡Venganza, pues; pero venganza fiera!

ROSMUNDA

Muera Alboino.

RODIMIRO

¡Morirá!

ROSMUNDA

Á mí entero
vuelva otra vez el cetro de Comundo.

RODIMIRO

Volverá.

ROSMUNDA

Te lo ofrezco.

RODIMIRO

No lo quiero.

ROSMUNDA

Rey de Italia serás.

RODIMIRO

Ni rey del mundo
sin ella quiero ser: todo lo pierdo
con su amor.

ROSMUNDA

¿Qué harás, pues?

RODIMIRO

Volver á Hungría;
mas vengado volver, y su recuerdo
guardar eterno en la memoria mía.

ROSMUNDA

Considéralo bien, que es grande el precio,
libertador de Italia, mi corona
y mi amor reunir en tu persona.

RODIMIRO

Ya te he dicho una vez que los desprecio.

ROSMUNDA

¡A la venganza, pues!

RODIMIRO

Sí; mis soldados.....

ROSMUNDA

Franco para ellos ya tengo un postigo.

RODIMIRO

Tenlos cerca apostados,
y á una voz mía mételos conmigo.

ROSMUNDA

Asegúrate bien; la astucia emplea,
no arriesgues neciamente una pelea.

(Mientras dice Rosmunda este último verso, cierra la
puerta de la izquierda, por la que entró Brenilda. Rodi-
miro la pregunta dudoso:)

RODIMIRO

¿Qué haces?

ROSMUNDA

¡Si se presenta y nos delata....

RODIMIRO

Tienes razón.

ROSMUNDA

(No quiero que la vea:
todo podría revelársele.) Ea,
no hay miedo ya: ó le matas, ó nos mata.

RODIMIRO

Su sangre sobre mí.

ROSMUNDA

Sobre ti sea.

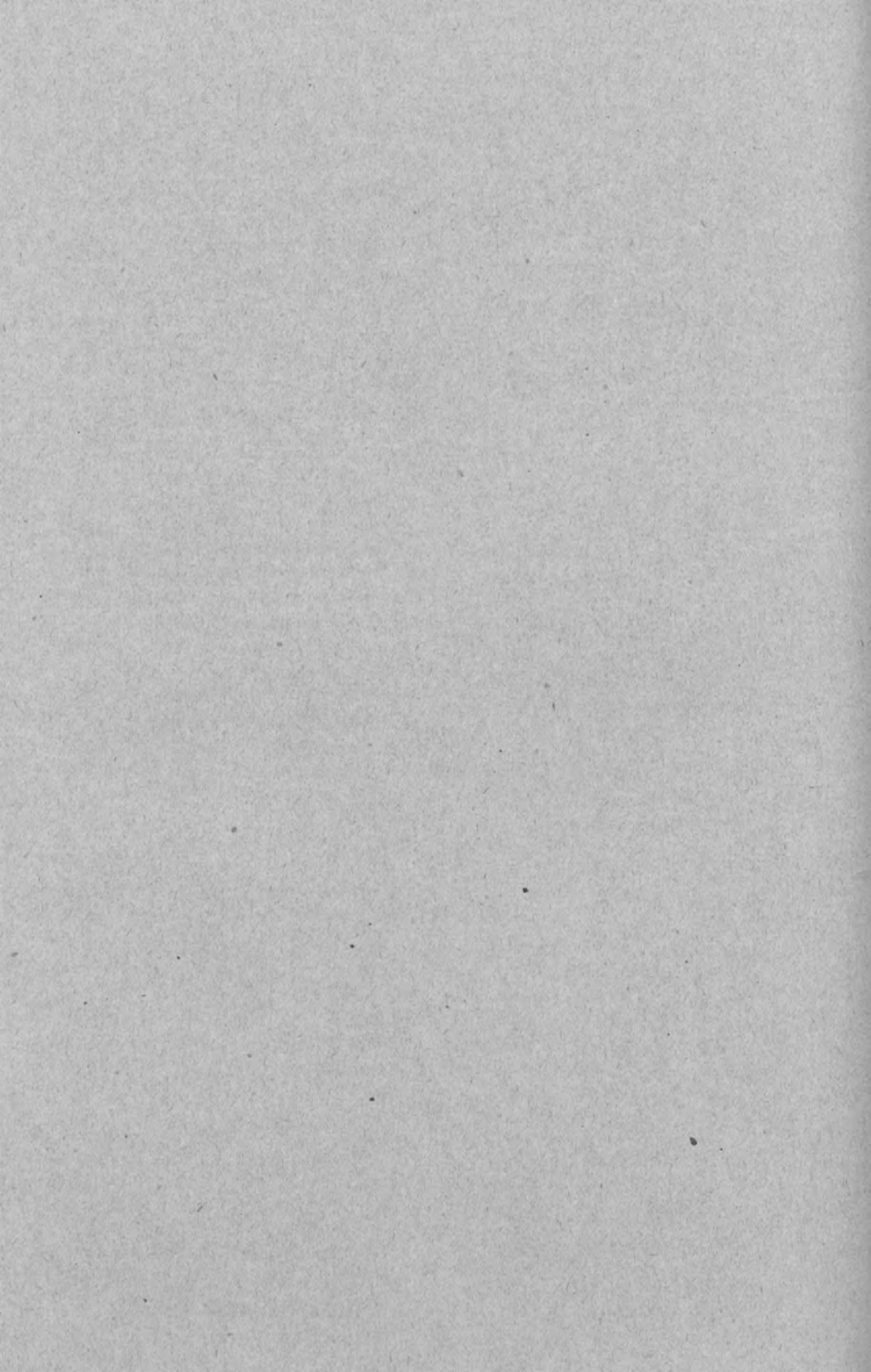
(Rodimiro se sienta. Rosmunda, al marcharse
por la puerta de la derecha, se detiene en el dintel.)

ROSMUNDA

(Aparte.)

¿Tú lo quieres? Pues bien, llegó mi hora;
hoy para todos por igual funesta
mi venganza será. Ve, pues, ahora
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta.





PARTE TERCERA

ESCENA PRIMERA

RODIMIRO

Rápido el tiempo corre: todo calla en derredor de mí. Tras de esas puertas vela sin duda el capitán Bucilio, porque siento sus pasos detrás de ellas compasados sonar..... ¡Cuánto esta calma sobre el inquieto corazón me pesa! ¡Cuánto esta soledad me martiriza con las memorias tristes que me acuerda! ¡Ayer guerrero triunfador partía el poder con un rey.....; hoy en su regia cámara misma, con traición taimada sediento de mi sangre, me encarcela! ¡Ayer en dulces y amorosos sueños embebecido, mi dichosa estrella bendecía esperando; hoy ni esperanza, ni gloria, ni poder, ni amor me resta! Cuantos amé insensato, me han vendido; con quien he odiado más me junta adversa mi menguada fortuna..... ¡Oh, sí, aborrezco con toda el alma á esa mujer! Quisiera no haberla visto nunca.....; es un fantasma que va siguiendo por doquier mis huellas, y cuyo hálito impuro en mi alma infunde un vértigo infernal que me marea. ¡Y me ama? ¡Infando amor! Partir me
[ofrece conmigo el trono..... Abominable oferta que me abrasa en furor, y en las entrañas toda mi sangre paraliza y hiela. ¡Yo á la par de tal monstruo? ¡Nunca,
[nunca! Mas ¡ay de mí! la aguardo, y de mí espera

la venganza también.....; ambos de un cri- nos vamos á lanzar sobre la senda. [men Y á mí, ¿de qué me vale una venganza que ni dicha ni amor me recupera? ¡Oh, no! De calma el compasivo cielo, estos instantes, por mi bien, me deja para mejor pensarlo..... Un alma noble, cuanto olvida mejor, mejor se venga. ¡No más sangre, no más....; renuncio á Dice que tiene franca una poterna [todo! por do salir de esta mansión horrible, y que la guardan mis lombardos.... Ea, voy á dejar la Italia en medio de ellos: voy esta raza á abandonar de hienas. Alboino traidor, yo te perdono; yo te desprecio al par. Brenilda pérfida, ¡adiós! En mí desde hoy vuestra memoria, sombra es no más de pesadilla horrenda. Mas esta puerta se resiste..... ¡Cielos! ¡Rosmundal..... ¡No responde!..... ¡Oh, qué [sospecha! ¡Rosmundal..... El eco solamente, herido, por la bóveda cóncava resuena. ¡Rosmundal..... ¡Oh! ¡Me ha vendido para dejarme de Alboino presa en su lugar!..... Si por allí lograra..... ¡Miserable de mí, que fié en ella y la dejé salir!

ALBOINO

(Dentro.)

¡Bucilio!

RODIMIRO

Es tarde

ya. Alboino está aquí. Su voz es ésa.

ESCENA II

ALBOINO, RODIMIRO y BUCILIO

ALBOINO

¿Dónde está, dónde?

BUCILIO

¿Quién?

ALBOINO

Á mi coraje,

poca es su sangre toda.

BUCILIO

Tu ira enfrena,

señor.

ALBOINO

Bucilio, aparta, ó con las suyas
caerá á la par tu criminal cabeza.

¿Qué has hecho, miserable?

BUCILIO

A esos dinteles
incesante velar.

ALBOINO

¡Maldito seas!

¡Te han burlado!

BUCILIO

Alboino....

ALBOINO

¿Quién ha abierto
las puertas de mi alcázar á la Reina?

BUCILIO

No hay más que ésa, señor, que de tus
[eámaras
salga, y no me aparté ni un punto de ella.

ALBOINO

Pasaron sobre ti.

BUCILIO

Sobre mi vida
pasaran antes, ó á mis pies cayeran.

ALBOINO

Pues pasaron, Bucilio, porque ahora
Rosmunda á los lombardos me subleva,
y enfrente de las torres de Verona
las águilas de Roma se presentan.
Sí, sí; perdidos somos: entretanto
que el epemigo en la ciudad nos cerca,
las tropas que acaudilla Rodimiro,
dentro nos mueven infernal contienda.
Y toda su legión, en voces altas,
ahora á su capitán pidiendo queda
por las plazas y calles, y Rosmunda
les encamina aquí.... ¡La ira me ciega!
¿Qué has hecho, pues, de ese hombre?
¿Dónde está ese traidor? [¡Desdichado!

RODIMIRO

En tu presencia.

ALBOINO

¡Oh, al fin das en mis manos! Vé, Bucilio,
pronto; mete en palacio toda entera
mi húngara guardia, y si se pierde todo,
haremos de mi alcázar fortaleza,
y á lo menos, debajo de sus ruinas
nos sabremos abrir tumba sangrienta.

ESCENA III

RODIMIRO y ALBOINO

ALBOINO

Y oye tú: los romanos se preparan
á asaltar la ciudad; fácil defensa
tiene aún si recoges á los tuyos
y á la batalla los conduces: ea,
elige, pues: ó nos batimos ambos
por ambos, como siempre, ó de las rejas
de mis ventanas te suspendo, al punto
que tus lombardos á buscarte vengan.

RODIMIRO

¿Me amenazas á un tiempo y me suplicas?

ALBOINO

Súplicas ó amenazas, como quieras;
peró responde pronto, porque siento
menguar rápidamente mi paciencia.

RODIMIRO

Y también tu fortuna.

ALBOINO

Rodimiro.....

RODIMIRO

Alboino, tus ímpetus modera:
la fortuna es voluble para todos,
y hoy la fortuna para ti se trueca;
por doquier de enemigos circundado,
debajo de tus pies se abre la tierra.

ALBOINO

No me hundiré yo solo, Rodimiro,
por la ancha sima ante mis pies abierta:
yo me desplomaré, mas como un monte
que arrebató en pos suyo cuanto encuen-
puedo caer, mas como cae el rayo, [tra;
que humo detrás de sí tan sólo deja.

RODIMIRO

Como una chispa que al brotar expira
al estrellarse el rayo en la alta peña;
cual carcomido tronco que arrebató
torrente asolador que el bosque anega;
cual vieja torre que en cenizas torna
el incendio voraz que la rodea.
Porque ya nada tienes, Alboino;
la muerte en torno por doquier te acecha,
en las lanzas aquí de mis lombardos,
y en las romanas lanzas allá fuera.

ALBOINO

Mientes si juzgas que la muerte es cosa
que el alma de un Rey húngaro ame-
[drenta,

que no es la muerte pavorosa imagen
para el valiente acostumbrado á verla,
ni es gran golpe caer en una tumba
de enemigos cadáveres repleta.
Pero estamos aquí perdiendo el tiempo,
cual mujeres imbéciles que llenan
de alaridos estúpidos el aire,
en tanto que el peligro se acrecienta.
De una vez concluyamos, Rodimiro:
unidas hasta aquí las armas nuestras,
sólo tenemos una causa, como
hemos tenido siempre una bandera.

Enemiga de entrambos igualmente,
Roma á la par contra los dos se apresta;
si ambos con Roma no lidiamos, á ambos
nos asesina una venganza necia.

Yo te ofendí, es verdad; tú me aborreces;
nuestras almas tal vez están sedientas
de nuestra sangre al par; mas todavía
bálsamo habrá con que calmarse puedan.
Obremos, pues, como hombres; deponga-
[mos

nuestras iras un punto, y con fiereza
demos sobre el romano ambos unidos,
sin partir la fortuna ni la fuerza.
Venizamos hoy como vencimos siempre,
y mañana, si aun cólera nos queda,
caigamos cuerpo á cuerpo combatiendo,
mas sin dejar á Roma que nos venza.

RODIMIRO

Noble he nacido y generoso, y grande
ánimo el noble corazón me alienta,
y nadie en vano reclamó mi esfuerzo
en penosa ocasión y en causa buena.
Mas ha muy poco, de tu misma boca
mi destino escuché, y aun me resuenan
dentro de los oídos tus palabras,
dentro del corazón tu ruin vileza.
Yo te conozco ya, rey Alboino;
hoy abatimos las romanas tiendas,
y mañana, traidor, á tus verdugos
con victoriosa enemistad me entregas.

ALBOINO

Pues bien; pactemos cual contrarios.

RODIMIRO

Habla.

ALBOINO

Yo de seguridad te daré prenda.

RODIMIRO

No la hay entre los dos.

ALBOINO

Tú la has hallado;
con ella puede hacerse duradera
la paz entre nosotros; con Brenilda
puedo tus sienes coronar.

RODIMIRO

Y ¿es esa de nuestra paz la oliva? ¿Es ese el precio á que te he de salvar? Tamaña afrenta, en lugar de extinguir mi sed de sangre, me la dobla, doblándome la ofensa.

ALBOINO

Rodimiro.....

RODIMIRO

Pues qué, ¿piensas que ignoro que un afecto no más hay que entenezca tu fiero corazón; que hay. Alboino, una mujer no más sobre la tierra, por quien vaga en tus labios la sonrisa, que en tu alma del furor la fuente seca, y que tus leyes bárbaras revoca....., y esa mujer, rey Alboino, es ella?

ALBOINO

¡Cielos! Y ¿quién del libro de mi pecho te ha mostrado esa página secreta?

RODIMIRO

Otro labio Real.

ALBOINO

¡El de Rosmunda!

RODIMIRO

El de Rosmunda, sí.

ALBOINO

Pues bien; si entera la historia sabes, con razón más sólida la paz te ofrezco con Brenilda; acéptala.

RODIMIRO

¡Semejante baldón! Tirano imbécil, si las infames manos tienes hechas á que los perros de tu esclava Italia se arrodillen, humildes, á lamértelas, no esperes, no, que los lombardos tigres á recoger tus desperdicios vengan. Yo amé á Brenilda mientras fué á mis ojos pura, lejana y rutilante estrella; cuanto lejana más, más admirable, más digna de anhelarse su belleza. Mas hoy que como tuya la conozco,

mi amante corazón cambia para ella, y si odio engendró en él tu negativa, desprecio en él tu ofrecimiento engendra.

ALBOINO

¿Qué es lo que dices, insensato?

RODIMIRO

Digo, que á quien tú se la das, te la desprecia; que no hay entre los dos de este punto, ni lazos, ni amistad, ni fe, ni treguas.

ALBOINO

¡Basta, rayos del cielo! Tú lo dices, [gu
no hay treguas, ni amistad; tu infame len
en la mitad del corazón me ha herido
con el desprecio de Brenilda, y esta
es una injuria que jamás sabría
mi rabia perdonar.... ¡Oh! ¿Y ofrecértela
pude yo en un momento de locura?
¿Cuándo pudiste acaso merecerla?
¿Quién eres tú para que á amor tan alto
las torpes alas á tender te atrevas?
Arrodíllate, esclavo; de rodillas
debes oír su nombre; el labio en tierra
le debes pronunciar, el polvo sólo
para besar en que sus pies asienta;
tienes razón: no hay paz entre nosotros,
ni treguas, ni amistad; y en las extremas
horas que á un tiempo de peligros tantos
circundan y amenazan mi existencia,
no por mi salvación te envía el cielo,
sino porque de tí vengado muera.
¡Oh! Y morirás; el término aplazado
de mi aliento vital siento que llega,
porque veo que el mundo se desploma
sobre mí; pero ve lo que te resta:
este alcázar va á ser nuestro sepulcro;
yo le defenderé mientras que tenga
sólo un soplo de vida; hasta esta hora
tú conmigo estarás, y cuando sienta [ble.
que el alma me abandona, haré, implacar
arrancarte la tuya en mi presencia.

RODIMIRO

Yo la daré tranquilo, porque nada mi ánima ya del universo espera, y porque si tú vences, todavía para vengarme á mí Rosmunda queda.

ALBOINO

¿Rosmunda? Desvarías con el miedo.
Si ella con tus lombardos se presenta
delante del palacio, á sus balcones
haré colgar tu lívida cabeza;
y tus mismos lombardos, al mirarla,
antes que en mí te vengarán en ella.

RODIMIRO

No; la sombra insepulta de Comundo
con ella va y en su favor pelea.

ALBOINO

¿Qué estás diciendo?

RODIMIRO

Que el misterio sabe
que en esa copa tu furor encierra,
y que esta noche cerrará Rosmunda
del padre Rey la profanada huesa.

ALBOINO

¿Tú se lo descubriste?

RODIMIRO

La he pagado
secreto con secreto; deber era.
No hay esperanza; contra ti, Alboino,
hasta los muertos su sepulcro dejan;
y no reposarán en sus sepulcros
hasta que al tuyo descender te vean.

ALBOINO

Tantos descenderán de mí delante,
que les haré tal vez perder la cuenta;
y te juro que no has de ser el último
de mi mortuoria comitiva.

RODIMIRO

Llega
todavía mi brazo hasta mi espada,
y en tanto, Rey, que levantarla pueda,
ni moriré como cobarde esclavo,
ni seguro estarás delante de ella.

ALBOINO

Y hombre soy que obligará á tu espada
con el brazo á caer que la sostenga,

si antes que de la vaina la desnudes
aquí á mi voz mis húngaros no llegan.
¡Hola! Bucilio....

ESCENA IV

ALBOINO, RODIMIRO y ROSMUNDA

ROSMUNDA

¿Qué queréis?

RODIMIRO

¡Rosmunda!

ALBOINO

¡Oh! ¡Me los junta mi feliz estrella!
¡Bucilio, pronto á mí!

ROSMUNDA

No será fácil
que ya á tu voz á presentarse vuelva.

ALBOINO

¿Por qué?

ROSMUNDA

Porque está lejos. Alboino,
tu voz á la honda eternidad no llega.
Mira.

(Abre las puertas del fondo y ve una guardia romana
y á Bucilio tendido á un lado.)

ALBOINO

¡Traición tamaña!

ROSMUNDA

Es obra mía.

Yo metí con silencio y con destreza
en tu palacio á los lombardos antes
que Bucilio á tus húngaros metiera.
Y he vendido á Verona á los romanos
al caro precio de tu sangre regia.
¡Ea, pues! A morir como quien eres
disponte ya; tu comitiva es ésa.
Esos romanos que Longino envía
para llevarle la ofrecida prenda,
tu tronco Real conducirán al campo,
y ante el Emperador tu Real cabeza.

ALBOINO

El coraje me ahoga.

ROSMUNDA

Ahora, Alboino, si es que en señal de despedida eterna quieres vaciar el postrimero vaso, tu copa de marfil te daré atenta, diciéndote á mi vez: «Bebe, Alboino, que con mi padre bebes.» Mas contempla, que si me has dado en muchas tu venganza, yo te he dado la muerte en la primera.

ALBOINO

¡Oh, te sabes vengar!

ROSMUNDA

Tú me enseñaste; y lo bien que aprendí para que veas, sabe que el cetro de Comundo vuelve á mi mano otra vez, é Italia entera, amparada mirándome de Roma, me aclama al par libertadora y reina.

ALBOINO

¡Tú amparada por Roma!

ROSMUNDA

Sí, Alboino, y en tu lugar sobre tu solio puesta.

ALBOINO

Ahora comprendo el bárbaro desprecio con que á Brenilda ajó.... ¡Reinar esperas con Rosmunda también!

RODIMIRO

Tente, Alboino;

yo no tengo, cual tú, sangre de fiera, y ni lecho, ni trono, ni sepulcro sabría nunca dividir con ella.

ROSMUNDA

Mas partirás con él mi cruel venganza, que sabré sobre ti lograr entera.

ALBOINO

¡Oh, respiro!.... Os odiáis; gracias, ¡oh [averno!

Rosmunda, ya lo ves, su odio me venga; todo por él lo has hecho, pero todo, porque viene de ti, te lo desprecia.

ROSMUNDA

Pues más caro que tú mis iras pagas, va á pagar el desprecio que me muestra; y siento, por quien soy, que mi venganza ver, Alboino, hasta su fin no puedas, porque tal es, que la creyeras tuya viéndola tan medida y tan completa.

ALBOINO

También la mía lo es, puesto que os dejo aborreciéndoos siempre, y me consuela morir sabiendo que en ausencia mía viviréis en discordia sempiterna.

ROSMUNDA

¡Oh, te lo creo! Mas te aguardan, parte; rey Alboino, mi justicia es recta. Tu sepulcro está allí, mas no vacío; la sombra de mi padre en él te espera.

ALBOINO

Yo al lado suyo dormiré tranquilo, y en su tumba entraré con faz serena, porque no piense que al morir, su espíritu el corazón con que le odié amedrenta. Goza, pues, de tu suerte y tu venganza como gozarla supe yo, y no temas de mis labios oír súplica inútil en favor de otra víctima que deja mi torpe imprevisión entre tus manos, y á quien no salvará ni su inocencia. Y no quiero gastar mi aliento en balde y desmentir la heroica grandeza con que debe arrostrar esta venganza quien de esa copa se sirvió en la mesa. Sí; yo sabré morir como he vivido, mi suerte afrontaré tal como sea, y expirará Alboino sin que exhale un ¡ay! su corazón, ni un ¡ay! su lengua.

ROSMUNDA

Vé, pues: sabéis mis órdenes; cumplidlas.

RODIMIRO

Venganza es harto justa, pero horrenda tu venganza es también.

ESCENA V

ROSMUNDA y RODIMIRO

ROSMUNDA

Detén la planta;

cumplir me resta la mitad segunda:
de Comundo vengué la causa santa,
mas falta aún la causa de Rosmunda.

RODIMIRO

Véngala tú: yo parto en el momento
de Italia para siempre, que me aterra
que á la par nos cobije el firmamento
y al par nos sufra sobre sí la tierra.

ROSMUNDA

¿Tanto, pues, me aborreces?

RODIMIRO

Cuanto cabe

en ofendido corazón humano,
cuanto tu mente concebir no sabe
y mi lengua explicar querría en vano.
Y á mi sincero corazón perdona,
Rosmunda, esta verdad: tu faz sombría
me espanta aún á través de esa corona
que te ciñe la sien de pedrería,
mas que no la ennoblece ni la abona.
Esos altivos y radiantes ojos,
por quien varones mil tal vez deliran,
corazones rindiendo á sus antojos,
dan al mío pavor cuando me miran.
Y esa romana y clásica hermosura
que hace admirar tu forma majestuosa,
no sé qué tiene para mí de obscura,
que hace á mis ojos tu beldad odiosa.
Un Dios, ó un mal espíritu, en tu pecho
encendió una pasión que te esclaviza,
y no puedo vivir bajo de un techo
que cubre esa pasión que me horroriza.
Tal vez dirás que tus hechizos dejo
por los de otra mujer....., ¡mujer perjura!
Mas si amé á otra mujer, que imagen pura
de los cielos creí, cuando reflejo
la concebí de tu maldad impura,
la odié también, y de las dos me alejo
despechado, á llorar mi desventura.

Adiós, pues, ¡oh Rosmunda! Ya vengada
quedas y reina; y al romano unida,
los lombardos de ti no esperan nada,
ni quieren de tu tierra ensangrentada
más que el sol que señala su partida.
Adiós.

ROSMUNDA

Espera.

RODIMIRO

¿Qué?

ROSMUNDA

Pues te he escuchado
esa que acabas relación funesta,
justo es que de mi labio apasionado
escuches tú también una respuesta.
Tus bárbaras palabras, una á una,
aquí en mi corazón cayendo han ido,
ahogando en él sin compasión alguna
cuanta esperanza en él se ha mantenido.
Tú me has abierto el tuyo; es, pues, for-

[zoso

que el mío te abra yo, y de cerca al verle,
penetres en su centro misterioso
y aprendas de una vez á conocerle.
¡Tú me has aborrecido, y yo te amaba!
Con insolente mofa, tu desprecio
de sí apartó cuanto mi amor te daba,
y aun retó á mi furor tu orgullo necio.
Por ti ultrajado, y de tu amor testigo,
cambióse al fin mi corazón contigo.
Oye, pues: la pasión que te horroriza
no existe ya en Rosmunda; el odio insano
que implacable hacia mí te fanatiza,
reina en mi pecho con poder tirano.
No soy ya la Rosmunda que te adora,
soy la Rosmunda que ultrajada y fiera,
del inmenso furor que en sí atesora,
viento va á dar á la gigante hoguera.
Rosmunda sólo sabe, Rodimiro,
ó amar ó aborrecer, mas nunca olvida;
ama de amor hasta exhalar su vida,
y aborrece hasta el último suspiro.
Tan poderosa, pues, tal en grandeza,
mi amor concluye, y mi venganza em-

[pieza.

¡Oh! Y aun no afrontes con mi faz som-

[bria

tu desdeñoso continente fiero,
y escucha con paciencia todavía,
pues mi venganza que comprendas quiero.
Piensas dejar la Italia prontamente;
mas ¿cómo?

RODIMIRO

En paz con Roma, estorbos va-
[nos
me opondrás á que parta con mi gente.

ROSMUNDA

¿Les quitarán los hierros de las manos?

RODIMIRO

¿Qué es lo que dices?

ROSMUNDA

Tu legión valiente
dejé esclava también de los romanos.

RODIMIRO

¡Miserable de mí!

ROSMUNDA

Ya te lo dije:
sólo sé amar ó aborrecer; si necio,
mi odio fatal tu corazón elige,
mi odio y mi amor le costarán gran precio.
Escoge, aun puedes; mi piedad es tanta:
con los tuyos esclavo, ó rey conmigo.

RODIMIRO

El cielo mismo junto á ti me espanta:
no; antes morir que respirar contigo.

ROSMUNDA

Está bien, morirás; mas antes quiero,
á ésa que tanto amaste en algún día,
que des al menos el adiós postrero.

RODIMIRO

No, no la quiero ver.

ROSMUNDA

¡Oh, es cosa mía!

RODIMIRO

¡Ah! Me hiela de horror tu aspecto fiero.

ROSMUNDA

Así el desprecio de mi amor se expía
y el cáliz del rencor se apura entero.

(Va á la puerta de la izquierda, y abriéndola,
llama á Brenilda en alta voz.)

Brenilda.....

RODIMIRO

¡Ah! ¡Yo no sé qué vaticino
de horrible aquí!

ROSMUNDA

Quimérico recelo.

Brenilda.....

RODIMIRO

¡Oh! ¡No la llames!

ESCENA VI

ROSMUNDA, RODIMIRO y BRENILDA

(Brenilda, al salir, se detiene á la puerta, junto á la cual
está Rosmunda cruzada de brazos, sombría é inmóvil.
Rodimiro permanece en el centro de la escena sin mi-
rar á Brenilda.)

BRENILDA

(Al salir, deteniéndose.)

¡Santo cielo!
¿Aquí aún?..... ¿A qué lúgubre destino
vuestra calma fatal sirve de velo?
¡Oh! ¡Hablad por compasión!..... ¿Que es
[de Alboino?

ROSMUNDA

(Á Rodimiro.)

Su primera palabra.

BRENILDA

Habla; ¿qué es esto,
Rodimiro? ¿Qué es de él?

RODIMIRO

¡Déjame, ingrata!
¡Apártate de mí! ¡Yo te detesto!

ROSMUNDA

(Á Brenilda.)

Ya lo oyes.

BRENILDA

¡Ay de mí! ¡Su voz me mata!

Mas no hablo ahora de mi amor.... Mi
[oído
percibió aquí su voz.... Confuso estruendo
de gentes escuché.... ¿Dó está? ¿Qué ha
de Alboino? Acabad. [sido

ROSMUNDA

(A Rodimiro.)

Ya lo estás viendo.

BRENILDA

¡Oh, acabad de una vez! Hablad, señora,
vos que sabéis cuánto le amé.... De hino-
os lo ruego á los dos. [jos

ROSMUNDA

Sea en buen hora.

BRENILDA

¿Dónde está? ¿Dónde?

ROSMUNDA

(Abriendo la puerta del fondo, por delante de la cual
se ve pasar el cadáver de Alboino, llevado en hombros
de los romanos.)

Aquí; vuelve los ojos.

BRENILDA

¡Padre mío!

RODIMIRO

(Horrorizado.)

¡Ah! ¿Su padre?

ROSMUNDA

¡Es Alboino;

y tú, que á mi furor le has entregado
dentro de este aposento, su asesino!

RODIMIRO

¡Miente, Brenilda, miente! ¡Oh! Nunca
[creas
que en su sangre Real teñí mis manos.

BRENILDA

¡Apártate de mí!... ¡Oh! ¡Maldito seas!

RODIMIRO

(A Rosmunda, dirigiéndose á ella en actitud
amenazadora.)

¡Ah! ¡Entiendo toda tu maldad!

ROSMUNDA

Romanos,

vuestro esclavo tomad.

(Los romanos le sujetan.)

RODIMIRO

¿Yo esclavo?

ROSMUNDA

Ahora,

mide hasta dónde mi rencor alcanza.

RODIMIRO

¡Toda su sangre sobre ti, traidora!

ROSMUNDA

Toda la necesita mi venganza
gota á gota sorber. Vé, pues; implora
al cielo si en él crees; y cuando presta
tu alma á partir, del corazón se exhale,
¡dile á ese corazón que me detesta
lo que el cariño de Rosmunda vale,
lo que el desprecio de Rosmunda cuesta!



LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS

ESCRITA SOBRE UNA DE MORETO

*Aprobada para su representación por la Junta de Censura de los Teatros
del Reino, en 28 de Abril de 1849*

PERSONAJES

Don Pedro de Pantoja, *joven soldado.*
Don Diego de Gamboa, *mercader.*
Don Lope, *letrado, padre de*
Doña Juana.
Doña Ángela, *su prima.*
Guijarro, *gracioso y criado de Pantoja.*
Leonor, *criada de Doña Juana.*
Un Escribano.
Un Alguacil.
Arjona.
El Duque de Arcos.

La escena es en Sevilla.



LA MEJOR RAZÓN, LA ESPADA

ACTO PRIMERO

Sala en casa de D. Lope.—Puertas á izquierda y derecha.—Reja en el fondo.

ESCENA PRIMERA

LEONOR. GUIJARRO, entrando.

GUIJARRO

¿Estás sola?

LEONOR

Sí.

GUIJARRO

¿No hay miedo?

LEONOR

No; mas despáchate aprisa,
no vuelva el amo de misa
y nos coja en el enredo.

GUIJARRO

¿Y tu ama?

LEONOR

En su cuarto está,
llorando su desventura.

GUIJARRO

Pues ¿qué nuevo mal la apura?

LEONOR

Que ha dado á don Lope ya
el Duque de Arcos licencia
para poder desde luego
desposarla con don Diego.

GUIJARRO

¿Qué dices? Eso es demencia.

LEONOR

La purísima verdad
es lo que digo, á fe mía.

GUIJARRO

Pásela por tal tu tía,
que para mí es necesidad.
Mas ¿no la podremos ver?

LEONOR

Es imposible, que siento
que de uno en otro momento
debe su padre volver.
Y es fuerza que esta mañana
se lo advierta á tu señor.

GUIJARRO

Pues ten por cierto, Leonor,
que te echa por la ventana;

porque Pantoja, mi dueño,
como sabes, es un hombre
del demonio; danle el nombre
de Satanás el pequeño;
y no le dijera yo
eso que me dices tú,
por la plata del Perú.

LEONOR

¡Lindo mandria! Y ¿por qué no?
Yo tengo cierto papel
que le escribe doña Juana.

GUIJARRO

Hablaras para mañana;
si lo tienes, dígalo él.

(Le da un papel.)

LEONOR

Y á mí también me han tratado,
Guijarro, otro casamiento.

GUIJARRO

Siempre estimaré tu aumento.
¿Es de don Diego el criado?

LEONOR

Ese mismo; pero yo
sólo á mi Guijarro quiero,
y con él casarme espero.

GUIJARRO

Con la frente, ¿por qué no?
¿Yo casarme? ¿Estás en tí?

LEONOR

Pues ¿no te vendrá muy ancho?

GUIJARRO

Pues por eso no me ensancho;
no es lo ancho para mí.

LEONOR

Pues di, pícaro, bribón,
¿por qué casarte no quieres?

GUIJARRO

Porque todas las mujeres
tenéis mal de corazón.

LEONOR

No se entiende eso conmigo,
que soy doncella y honrada.

GUIJARRO

Si fueras como mi espada,
que no la ha entrado enemigo,
fuera gran merced de Dios.

LEONOR

Fuera de las once mil,
no hay doncella mas gentil.

GUIJARRO

Eso veremos los dos
cuando yo, si pierdo el juicio,
cometa el tremendo error
de admitirte, Leonor.

LEONOR

Parece que hablas de vicio;
mas ¡por vida de mi madre....

GUIJARRO

(Interrumpiéndola.)

Fué ella una santa mujer.

LEONOR

Que te tengo de poner....

GUIJARRO

¿Como ella puso á tu padre?

LEONOR

En la espina de la zarza!

GUIJARRO

Si es parrilla, yo lo creo.

LEONOR

¿Te remontas, don Poleo?

GUIJARRO

No remonto, doña Garza.

LEONOR

Quédate para quien eres.

GUIJARRO

Quédome para quien soy.

LEONOR

Yo me voy para quien voy.

GUIJARRO

Vete para quien quisieres.

LEONOR

En mi vida te he de hablar.

GUIJARRO

En mi vida te hablaré.

LEONOR

Con el tiempo te pondré.....

GUIJARRO

De modo que pueda arar.

LEONOR

No, sino que digas tú.....

GUIJARRO

Que soy manso por demás.

LEONOR

Quédate con Barrabás.

GUIJARRO

Márchate con Belcebú.

(Vase Leonor.)

ESCENA II

GUIJARRO. Después D. PEDRO PANTOJA

GUIJARRO

Ya te volverás á mí,
que tus despiques entiendo;
pero vámonos corriendo,
no me atrape el viejo aquí.

DON PEDRO

Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba? di.

GUIJARRO

Ése responda por mí,
(Dale el papel.)

que como guardando estabas
mi espalda, dejar no quise
el negocio á lo mejor.

DON PEDRO

¿Te dió este papel Leonor?

GUIJARRO

Que doña Juana te avise
cosas de gusto quisiera.

DON PEDRO

Novedad debe de haber;
voy el papel á leer.

GUIJARRO

¿No será mejor afuera?

DON PEDRO

¡Eh!

(Con desprecio y leyendo luego.)

(Lee.)

«Dueño mío: Mi padre quiere casarme
con D. Diego. Tengo, pues, por acertado
que me pidas por esposa, para que yo pueda
declararme: esto consiste en la brevedad,
y de tu resolución me harás partícipe esta
noche por la reja. Dios te guarde.»

Di, infame, ¿no pudieras
llamarme cuando Leonor
te dió este papel?

GUIJARRO

Señor,
no hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio
á esa pícara, lo hacía
con tal prisa, que tenía
una vuelta del demonio.

DON PEDRO

Algo la dirías tú,
que te conozco, bribón.

GUIJARRO

En dándote un apretón,
lo das todo á Belcebú.
Salgamos de aquí de prisa;
señor, toma mi consejo,
que nos va á atrapar el viejo.

DON PEDRO

¿Dónde está don Lope?

GUIJARRO

En misa.

DON PEDRO

No; sin ver á doña Juana
no me voy, ¡viven los cielos!
que esa carta me dió celos.

GUIJARRO

Esta noche en la ventana
podrás arreglarlo todo.

DON PEDRO

¡Con don Diego ha de casar!
No, que yo lo he de estorbar.

GUIJARRO

Y ¿cómo?

DON PEDRO

De cualquier modo.

GUIJARRO

Yo no le encuentro, señor.

DON PEDRO

Yo sí: aguardándole á entradas
de una calle, y á estocadas
matándole.

GUIJARRO

Es lo mejor.
Mas si quisieras consejo
tomar de un amigo.....

DON PEDRO

Di.

GUIJARRO

Yo me quedaría aquí
y se la pidiera al viejo;
que, pues dice doña Juana
que la pidas por esposa,
será diligencia honrosa.

DON PEDRO

Será diligencia vana,

pero lo haré, y si me niega
lo que promete á don Diego.....

GUIJARRO

La sacas de casa luego,
y pues que el amor os ciega,
vais á que os dé testimonio
un cura, de lo de Dios,
y al punto cerráis los dos
con el santo matrimonio.

DON PEDRO

Tu consejo he de tomar.

GUIJARRO

Valgo para consejero
un Potosí de dinero.
Y ¿en qué me lo has de pagar?

DON PEDRO

En diez palos al contado,
librados en la alameda.

GUIJARRO

Guarda, señor, tu moneda,
que no estoy necesitado.

ESCENA III

DICHOS y LEONOR

LEONOR

¿Qué veo? ¿Aun estás aquí?
Y ¡con tu amo! Idos, por Dios,
que os va á encontrar á los dos
don Lope.

DON PEDRO

Que sea así
deseo yo.

LEONOR

¿Para qué?

DON PEDRO

Para decirle aquí hoy
que á su hija en quitarle estoy,
como él hoy no me la dé.

LEONOR

Todo eso está bien, señor;
mas si os ve dentro su casa,
va á dudar, por lo que pasa,
de su hija en el honor.
Va á creer que os llamó ella misma,
que os habló y aconsejó,
y os va á contestar que no.

GUIJARRO

Y se va á armar aquí un cisma,
que ni el de Calvo.

LEONOR

Mirad:

tomad ahora la escalera
y andad á esperarle afuera,
y cuando él entre llamad.
De este modo se consigne
que vos hagáis la deshecha,
y que don Lope sospecha
contra nosotros no abrigue.

DON PEDRO

Dices bien.

GUIJARRO

Tiene razón:
es un lince esta mujer.

DON PEDRO

Vamos, pues, para volver.

GUIJARRO

(Á Leonor.)

Sabes más que Salomón.

ESCENA IV

LEONOR. Después D.ª JUANA

LEONOR

Gracias á Dios, los eché;
creí que no se rendían,
y ya en brasas me tenían,
que salen de la Mercé

(Mirando por la reja.)

los de la misa de doce.

DOÑA JUANA

Leonor, ¿quién estaba aquí?

LEONOR

Vuestro Pantoja.

DOÑA JUANA

¿Era él?

LEONOR

Sí.

DOÑA JUANA

¿No avisaste?

LEONOR

Se conoce
lo que os ciega vuestro amor;
aprisa le hice salir,
que sentía ya venir
por la calle á mi señor.

DOÑA JUANA

¿Y el papel?

LEONOR

Se le entregué
para el amo á su criado.

DOÑA JUANA

¡Ay, Leonor, cómo he quedado
después que mi padre fué
con don Diego mi enemigo!
Pues mi enemigo ha de ser
quien me procura ofender.

LEONOR

De tu padre es tan amigo,
que en él se puede esperar
un marido á letra vista.

DOÑA JUANA

En vano el alma conquista
quien no la puede agradecer.
Leonor, Pantoja ha de ser
sólo mi esposo en el mundo.

LEONOR

¿Tu amor será tan profundo?

DOÑA JUANA

Todo, lo vence el querer.

LEONOR

Tenéis razón, doña Juana:
 más vale, como Pantoja,
 pobre que á mucho se arroja,
 que rico de alma villana.
 Todo es mascar matrimonios
 á la vista de la dama
 el don Diego, y de la fama,
 despreciando testimonios
 como le den los dineros
 que tenéis, no piensa avaro
 en que os comprará bien caro,
 á ser ellos verdaderos.
 Mas la prima Ángela viene:
 disimulemos, señora.

ESCENA V

DOÑA JUANA, D.^a ÁNGELA y LEONOR

DOÑA JUANA

¡Hola, Ángela! ¡Se acabó
 la misa ya?

DOÑA ÁNGELA

Sí.

DOÑA JUANA

¿Fué corta?

DOÑA ÁNGELA

No fué muy larga.

DOÑA JUANA

¿Y mi padre?

DOÑA ÁNGELA

Con don Diego, por esotra
 puerta del jardín entró
 en el escritorio ahora.

DOÑA JUANA

(Ya vienen mis enemigos
 á atormentar mi memoria),

DOÑA ÁNGELA

¿Puedo darte el parabién?

DOÑA JUANA

¿De qué, prima?

DOÑA ÁNGELA

De que gozas
 en visperas de tratado
 la certeza de ser novia.
 Tu padre, según entiendo,
 con don Diego de Gamboa,
 ese noble caballero
 que te pide por esposa,
 quiere confirmar las paces,
 con él casándote.

DOÑA JUANA

Cosas
 son éstas, que todavía,
 aunque se dicen, se ignoran.

DOÑA ÁNGELA

Pues ¡hay á la voluntad
 de don Lope quien se oponga?

DOÑA JUANA

Quien se oponga, Ángela, no,
 que soy humilde de sobra
 para oponerme á mi padre;
 mas oír de mi boca
 las razones que me asisten
 y las causas que lo estorban.

DOÑA ÁNGELA

Eso es hablar demasiado,
 prima; y á fe que me asombra
 el verte tan atrevida
 en palabras tan impropias
 de hija que honrada ha nacido
 y que de humilde blasona.

DOÑA JUANA

Ángela, ya basta de eso,
 que esa plática enfadosa
 que me diriges á fuer
 de mi dueña ó preceptora,
 tu corazón me descubre
 y la esperanza recóndita

que dentro de él alimentas,
aunque lo ocultas traidora.

DOÑA ÁNGELA

¿Yo esperanza? Tú deliras,
prima Juana, tú estás loca.

DOÑA JUANA

¡Loca! Pues ¿qué haces de noche,
cuando, en tu aposento á solas,
ni cierras bien tu ventana,
ni apagas la mariposa?

DOÑA ÁNGELA

Aderezo mis labores,
y oraciones piadosas
rezo antes de darme al sueño,
como cristiana devota.

DOÑA JUANA

Y ¿escapulario no tienes,
ni imágenes en tu alcoba,
que el cielo ver necesitas
por las rejas? ¿Ó es que oras
ante la faz de la luna,
y á las estrellas te postras,
como dicen que lo hacen
los sectarios de Mahoma?

DOÑA ÁNGELA

Prima, ¿qué dices?

DOÑA JUANA

Escúchame,

prima Angela, que nosotras,
las mujeres, ya nacemos
entendiendo de estas cosas.
Tú acechas desde tu reja,
todas las noches, la hora
en que á hablarme por la mía
viene mi galán Pantoja.

DOÑA ÁNGELA

¿Yo acechar?.... Y ¿para qué?

DOÑA JUANA

Eso es lo que me acomoda
preguntarte: ¿es que lo haces
de atrevida, ó de envidiosa?

DOÑA ÁNGELA

¿Yo de envidia?

DOÑA JUANA

¡Ya te entiendo,
prima Angela! Tú le adoras
en silencio, y nos escuchas
de sentida ó de celosa.

DOÑA ÁNGELA

Pues bien, es cierto; os escucho
desde mi ventana propia;
mas como muro á su audacia,
y de tu honor defensora.

DOÑA JUANA

Guarda, prima, tu defensa
para otra otra ocasión más próspera,
que bien mi honor se defiende
de quien á mi honor no osa.

DOÑA ÁNGELA

Don Pedro es un libertino.

DOÑA JUANA

En lenguas murmuradoras.

DOÑA ÁNGELA

Es un galán de costumbre,
y galanteador de todas.

DOÑA JUANA

Porque no quiso á ninguna
de las que obsequió hasta ahora.

DOÑA ÁNGELA

Porque todas le evitaron
por su audacia licenciosa.

DOÑA JUANA

Porque darían camino
para su licencia, todas.

DOÑA ÁNGELA

Tú sola eres, pues, la santa.

DOÑA JUANA

No; la honrada soy yo sola,
y en la que honor ven los hombres,
no atentan nunca á su honra.

DOÑA ÁNGELA

Contigo sólo es cortés
quien fué osado con las otras.

DOÑA JUANA

Yo con decoro le escucho,
y él con decoro me adora;
que nadie quiere perder
la buena opinión que goza,
y quien honor ve en su dama,
con honor siempre se porta.

DOÑA ÁNGELA

Muy filosófica estás.

DOÑA JUANA

Y tú en extremo celosa.
Y, en fin, ya ves y ya sabes,
ya te he dicho y ya te consta
que adoro, que estimo y quiero
á don Pedro de Pantoja.
Ya ves que él me quiere á mí
con pasión íntima y honda:
y si mi padre se empeña
en que la mano de esposa
le dé á su amigo don Diego,
resuelta, aunque respetuosa,
le diré: «Padre, yo le amo;
ó él ó nadie.»

DOÑA ÁNGELA

Y sin demora
te contestará don Lope:
«Pues ó de don Diego, ó monja.»

DOÑA JUANA

Y me encerraré en el claustro
con su amor y su memoria.

(Vase.)

ESCENA VI

DOÑA ÁNGELA y LEONOR

DOÑA ÁNGELA

¡Cuán verdadero es su amor!

LEONOR

En verdad que lo es, señora,
como es de clara su lengua
y la razón que la abona.

DOÑA ÁNGELA

¿Tú también? Tú la haces capa,
de su amor encubridora;
pero yo haré que don Lope
pronto en la calle te ponga.

LEONOR

¿Vos haréis tal? ¡Vaya en gracia!
¿A que el refrán corrobora,
de que te echará de casa
quien vendrá de fuera?

DOÑA ÁNGELA

¡Holal

¡Deslenguada! ¿Me replicas?

LEONOR

Señora primita, oiga.
Vos á don Pedro queréis,
y él á vuestra prima adora;
yo llevo y traigo sus citas
y sus cartas amorosas;
mas pues vos sois forastera
y ella está en su casa propia,
ni quito ni pongo reina
cuando ayudo á mi señora.

ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA

Amar sin ser de amor correspondida,
y á quien amo mirar que á otra enamora,
pena es del corazón mal resistida,
pena que crece cuanto en él más mora.
Mas mi esperanza aun no está perdida;
yo seguiré su luz consoladora
hasta su fin, y arrostraré mi suerte,
que todo es vida hasta llegar la muerte.

Pero don Diego y mi tío
vienen aquí: de ambos huyo.

(Vase.)

ESCENA VIII

DON LOPE y D. DIEGO

DON LOPE

Mi honor desde hoy será suyo;
su honor desde hoy será mío.

DON DIEGO

Mi persona, hacienda y vida
hoy á vuestros pies ofrezco,
pues tanta dicha merezco.

DON LOPE

Esta es cosa concluida;
vuestra sangre, de hoy, don Diego,
será blasón de la mía,
pues reuno en este día
mi interés con mi sosiego.
Leonor.....

(Llamando.)

ESCENA IX

DICHOS Y LEONOR

DON LOPE

Di á doña Juana
que la llamo.

LEONOR

(Aparte.)

(¡Oh, letra vista,
quién te perdiera la pista
por la estafeta mañanal)

(Vase.)

ESCENA X

DON LOPE Y D. DIEGO

DON LOPE

Esta noche la hablaréis,
para hacer las escrituras.

DON DIEGO

Serán mis dichas seguras,
pues tal fineza me hacéis.

ESCENA XI

DICHOS Y LEONOR

LEONOR

Un tal don Pedro Pantoja,
si le concedéis licencia,
me ha dicho que quiere hablaros.

TOMO IV

DON LOPE

Mejor, habladora, hicieras
en negar que estaba en casa;
mas dile que entre.

(Leonor va á buscar á D. Pedro y vuelve con él.)

ESCENA XII

DON LOPE, D. DIEGO, D. PEDRO PANTOJA
Y LEONOR

DON PEDRO

Sintiera
que mi vista os enojara.

DON DIEGO

Si es secreto, iréme fuera.

DON PEDRO

Antes me habéis de servir,
por vuestra mucha nobleza,
de padrino con don Lope.

DON DIEGO

En cuanto serviros pueda,
podéis disponer de mí.

DON PEDRO

Señor don Lope, la fuerza
ó la obligación de honrado,
es en mí segunda estrella.
Yo soy don Pedro Pantoja;
dejo aparte la nobleza
de mi sangre, pues la gozo
por mi antigua descendencia,
como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
pero tengo un alma noble,
que fué la mayor riqueza
que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
por domar la juventud
de mi espíritu, que llega,
por su altivo natural,
á ser de naturaleza,
si no aliento de la luz,
escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
conociendo la nobleza

de vuestra casa, os suplico,
sin retórica elocuencia,
que me otorguéis por esposa
á la sin par en belleza
doña Juana, si es que puede
mi calidad merecerla.

DON LOPE

Y á fe que no es de pedirla
muy retórica manera.

DON PEDRO

Perdonad mi atrevimiento;
que como dejé las letras
y me precio de soldado,
os hablé de esta manera.

DON LOPE

Señor don Pedro Pantoja,
holgárame muy de veras
que me hubierais dado parte
antes de ahora.

LEONOR

(Al paño.)

¡Aquí es ella!

DON LOPE

El señor don Diego y yo
hablamos en la materia
diversas veces, y quiso
el que todo lo gobierna,
que yo le diese mi hija
por mujer; y sólo resta
el hacer las escrituras,
para que su esposo sea.

DON PEDRO

Como vos, don Diego, es llano
que estáis enseñado á ser
caballero mercader,
queréis ganar por la mano;
mas esta joya, que espero
obtener yo, ¡vive Dios,
que no es joya para vos
aunque deis el mundo entero!
Que como vuestros pasados
labraron piedras, errantes,
entendéis que estos diamantes
se ablandan con los ducados.

DON DIEGO

Eso es decirme, ¡voto á.....,
judío.

DON PEDRO

Como gustéis:
y pues así lo entendéis,
lo dicho, dicho se está.
Las joyas, para comprarlas
como cumple á vuestras prendas,
allá en las públicas tiendas
os pertenece buscarlas.
Mujer de venta no os falte,
pues vuestro oficio lo apoya,
que no merece esta joya
que vuestra sangre la esmalte.

DON DIEGO

Que la poca cortesía
hable con tanto descoco,
no me espanta, porque un loco
es necio de fantasía.
No me podéis ofender
con oprobio ni deshonra,
porque siempre habla sin honra
quien no tiene qué perder.
No agravia vuestro conceto
á mi nacimiento honrado,
porque un villano enojado
á nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
á la par apetecida,
aunque es joya muy lucida,
la merezco más que vos.

DON PEDRO

Menos palabra y más obra;
y pues tan nobles mujeres
no son para mercaderes,
cuanto se añade nos sobra.
Salgamos ambos afuera
si á ello el mercader se arroja,
y verá quién es Pantoja.

DON DIEGO

¿Salir con vos? Necio fuera,
cuando en salir me desdoro
con tan pobre caballero.....

DON PEDRO

Pues bien, tomad en acero
lo que me pedís en oro.

(Dale un cintarazo.)

DON DIEGO

¡Vive Dios, que he de lavar
con tu vida tal ultraje!

DON LOPE

¡Caballeros, en mi casa....

DON DIEGO

Hombres como yo no nacen
con menos obligaciones.

DON PEDRO

Pues defiéndete si sabes.

(Don Pedro mete á D. Diego á cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos, y D.^a Ángela y Leonor, que salen, le detienen. Ruido de armas dentro.)

ESCENA XIII

DON LOPE, D.^a ÁNGELA y LEONOR

DOÑA ÁNGELA

A tu edad no te conviene
seguirlos.

DON LOPE

¡Terrible lance!
¡En mi casa tal deshonra!

DOÑA ÁNGELA

Ellos están ya en la calle,
y el tumulto de la gente
los ha dividido.

DON LOPE

Acabe

la vida con el dolor,
pues el cielo quiso darme
cuando más gusto tenía,
este pesar á mi sangre,
á mis canas este oprobio,
y esta mancha á mi linaje.

DOÑA ÁNGELA

Mirad lo que hacéis, señor.

LEONOR

Señor, no salgáis.

DON LOPE

Dejadme,
que siempre el vulgo se inclina,
como bárbaro inconstante,
á sentir infamemente
de los pechos más leales.

(Vase.)

ESCENA XIV

DOÑA ÁNGELA, LEONOR y D.^a JUANA

DOÑA JUANA

¿Qué ruido es éste? ¿Qué pasa?

LEONOR

¡Con lindo descuido sales!
Don Diego, como un león,
bajó rodando á la calle;
y Pantoja, como un tigre,
se lo llevó por delante
tirándole lo que llaman
estocadas de buen aire.

DOÑA JUANA

¡Dios mío!

LEONOR

Pero no temas,
que ya les metieron paces,
y dividióles la gente
á cada cual por su parte.

DOÑA ÁNGELA

Bien excusados tuvieras,
prima Juana, estos desastres,
que al vulgo dan que decir,
y que sentir á tu padre.

(Vase.)

ESCENA XV

DOÑA JUANA y LEONOR

LEONOR

Esta prima lleva mosca.

DOÑA JUANA

Recelo que ha de causarme
más disgustos con sus celos,
que don Diego en empeñarse
en lograrme por esposa.

LEONOR

Por mucho que ambos se afanen,
á la luna de Valencia
tendrán los dos que quedarse.

DOÑA JUANA

Esa prima.....

LEONOR

No es tercera;
mas ella caerá en el lance
tapándola yo los ojos.

DOÑA JUANA

¿Qué haremos?

LEONOR

Empandillarles
la vista al viejo y la prima,
y cuando el gallo cantare,
media noche era por filo
y lo demás del romance.

DOÑA JUANA

Mas ¿si no viene Pantoja?
¿Si mal de la riña sale?

LEONOR

No temas: para un soldado,
un mercader poco vale.

DOÑA JUANA

¡Ay, no lo sé!

ESCENA XVI

DICHAS. GUIJARRO, á la reja.

GUIJARRO

¡Ce, señoras!

LEONOR

Ya está aquí quien nos lo trae.

DOÑA JUANA

¿Quién es, Leonor?

LEONOR

El criado
de Pantoja.

DOÑA JUANA

¿Dó está? ¿Qué hace
tu amo á estas horas? ¿Salió
con fortuna de aquel lance?

GUIJARRO

Con ayuda de mis puños,
siempre con fortuna sale:
los dos, en tres manotadas,
convertimos una calle
en estrecho cementerio
de cincuenta y dos cadábres.

LEONOR

¡Jesús! ¿Con cincuenta y dos
concluisteis?

GUIJARRO

Y aun es fácil
que equivoque algún guarismo
por la prisa en rebanarles.
¡Zis, zas, zis! á éste y al otro,
en poquísimos instantes
quedó el campo por Pantoja
en cuanto salí á ayudarle.

LEONOR

Vamos al caso, Guijarro,
y déjate de dislates:
¿vendrá tu amo esta noche?

GUIJARRO

Eso vengo de su parte
á decirles, que le esperen.

DOÑA JUANA

Así será: mas mi padre
vuelve. Entrémonos, Leonor,
que no nos vea, y tú márchate.

LEONOR

Adiós, Guijarro.

GUIJARRO

Adiós, peña.

LEONOR

¡Ojalá el tiempo te ablandel

GUIJARRO

Ya estoy yo de mantequilla.
¡Cómo me ablandas mirándote!

LEONOR

Pues pelillos á la mar.

GUIJARRO

Pues con todo al Santo Padre.

LEONOR

Adiós.

GUIJARRO

Adiós.

LEONOR

Hasta luego.

GUIJARRO

Dios con bien de ti me saque.



ACTO SEGUNDO

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo á dos calles. En el fondo puerta que da á la una. Á la derecha otra que da á la calle inmediata. Á la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones bajas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO. ARJONA, asomando á la puerta del fondo sin pasar el dintel.

ARJONA

¿Esta es la casa?

DON DIEGO

Ésta es,

y aquí ese hombre ha de venir.

ARJONA

Aquí, pues, ha de morir.

DON DIEGO

Si resiste, sea, pues.
Mas tu obligación primera es detenerle hasta el punto que yo llegue.

ARJONA

Yo barrunto que es mejor de otra manera.

DON DIEGO

¿Cómo?

ARJONA

Esperándole yo en esa calle cruzada, y dándole una estocada segura.

DON DIEGO

Arjona, eso no.

Por él me desprecia á mí, y es preciso que le tope en la casa de don Lope la justicia, y vea así esa ingrata doña Juana por lo que muere Pantoja, y quién á darle se arroja una muerte tan tirana.

ARJONA

Como gustéis: menos cuesta detenerle que matarle

DON DIEGO

Yo con mi gente á atacarle vendré por la calle opuesta. Si ésta le impides tomar
(La del fondo.)
defendiéndola con brío, no dudes que el garbo mío te lo ha de recompensar.

ARJONA

¿Será, pues....

DON DIEGO

Doble la paga si le detienes aquí hasta que me toque á mí.

ARJONA

Su merced se satisfaga:

señor don Diego, se hará como á usarced se le antoja, y aquí esta noche á Pantoja detenido encontrará.

DON DIEGO

Mira que es hombre pujante.

ARJONA

Á nadie en el mundo temo.

DON DIEGO

Me han ponderado el extremo de tu valor arrogante, y por eso te escogí entre toda la cuadrilla.

ARJONA

Don Diego, no hay en Sevilla quien me ponga miedo á mí. Ni hay bravo que se me iguale, ni galán que se me huya, ni lance que no concluya á gusto de quien lo vale, como yo en él me entrometa y el precio vaya al contado.

DON DIEGO

¿El precio te da cuidado?

ARJONA

No, basta que ucé prometa; que los que cual vos, por modos varios, sin riesgo en su honor, acuden á mi valor, pagan, y Cristo con todos.

DON DIEGO

Ea, pues, en tí me fío, Arjona.

ARJONA

Fiar podéis.

DON DIEGO

¿Le hallaré aquí?

ARJONA

Le hallaréis, vivo ó muerto, al lado mío.

DON DIEGO

Pues adiós.

ARJONA

Idos en paz.

ESCENA II

ARJONA

¡Tanto afán para un solo hombre!
¡Aunque fuera, por mi nombre, algún tigre montaraz!
Mas el tal Pantoja dicen que hombre es que por todo arranca, y que dejó en Salamanca memorias que le eternicen.
¡Ponderaciones serviles serán del vulgo villano!
Zurraría á un aldeano ó una ronda de alguaciles, y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega; me aparto.

(Se oculta.)

ESCENA III

ARJONA, oculto. GUIJARRO

GUIJARRO

No tienen luz en su cuarto la doncella ni la dama.
¡Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas y aun tienen así las puertas....
¡Ay, Guijarro, malo va!
¡Y á mi amo que se le antoja que avise yo su venida para que esté prevenida!
¡Válgate Dios por Pantoja!

(Andando á tientas.)

¿Quién ve aquí sin ser mochuelo?
¡Qué obscuridad, San Cirilo!
¡Ay, tengo el alma en un hilo y me ahorcaran con un pelo!
Y ¿á quién daré yo el recado de mi amo?.... A nadie veo, y me atrapan si voceo.

ARJONA

(Aparte.)

¿Qué querrá aquí este embozado?

GUIJARRO

¡Hola, allí abren una reja!

ESCENA IV

GUIJARRO y LEONOR, en la reja. ARJONA, oculto.

LEONOR

Si doblaran por aquí
para avisarle.... ¡Ay de mí!
La claridad que refleja
de este cuarto la bujía,
descubre un bulto allí lejos.

GUIJARRO

De la luz con los reflejos....

(Mirándola.)

Es ella.

LEONOR

¡Por vida mía!

Es Guijarro.

GUIJARRO

¡Bueno es eso!

En tal hora y tal lugar,
¿quién aquí pudiera estar
sino un Guijarro ó un queso?

LEONOR

Qué, ¿tienes frío?

GUIJARRO

¡No es cosa,
y está helando! Pues ¡me gusta!

LEONOR

Habla bajo.

GUIJARRO

¿Qué te asusta?

LEONOR

Que anda al robo la raposa.

GUIJARRO

¿La primita?

LEONOR

Y el golilla.

GUIJARRO

¡Guarda, Pablo!

LEONOR

Porque hablarnos
no pudierais ni encontrarnos,
una cosa muy sencilla
discurrió.

GUIJARRO

¿Cuál?

LEONOR

El mandar
que en este cuarto durmiéramos,
y que la calle no viéramos
por do pudierais rondar.

GUIJARRO

Pues discurrió como un pavo
si el patio abierto dejó.

LEONOR

Mandé al jardinero yo
que le abriera.

GUIJARRO

Eso es más bravo.

LEONOR

¿Y tu amo?

GUIJARRO

Que os avisara
de que iba á venir me dijo.

LEONOR

Pues que no se ande prolijo,
porque tal vez le pesara.

GUIJARRO

¿Por qué?

LEONOR

Porque anda don Lope
 empeñando á doña Juana
 en que se case mañana,
 y ojalá tu amo no tope
 al novio, que anda muy ancho
 buscando trazas sutiles
 con matones y alguaciles,
 y más bravo que don Sancho.
 Conque á perder la ocasión
 de esta noche, yo presiento
 que va la niña á un convento.

(Asoma Arjona.)

Mas oye: junto al portón
 veo un bulto.

GUIJARRO

¡Dios me valga!

LEONOR

Corre á avisar á don Pedro.

(Cierra la ventana.)

ESCENA V

GUIJARRO y ARJONA

GUIJARRO

Pues de lance en lance medro,
 si se antoja en que no salga.
 Tomo por esotra calle,
 y si allí me llevo á ver,
 no paro yo de correr
 hasta que en salvo me halle.

ARJONA

(Saliendo.)

¡Hola, hidalgo! ¿Dónde va?

GUIJARRO

A buscar una comadre,
 que está mi mujer de parto.

ARJONA

¿Tan apretado es el lance
 que á Leonor acudía?

GUIJARRO

(Vamos, todo éste lo sabe.)

La verdad, ya que he tenido
 el honor que me escuchase
 vuesa merced....

ARJONA

¡Bah, silencio!
 y aquí hacia mi lado apártese
 hasta que llegue don Pedro.

GUIJARRO

¿Para que mejor me agarre
 cuando á su lado me tenga?

ARJONA

¡Vive Dios, que si no lo hace
 le voy á moler á palos!

GUIJARRO

Eso, si yo me dejare.

ARJONA

¿Qué haréis vos?

GUIJARRO

Ya lo veríamos.

ARJONA

¡Ea, pues, la espada saque!

GUIJARRO

No, que es doncella, y por mí
 jamás ha de entrarla nadie.

ARJONA

¡Ea, desnúdela y venga!

GUIJARRO

La puede hacer daño el aire.

ARJONA

Venga, ó ¡por Dios, que de un tajo....

GUIJARRO

(¡Ajá! Ya de la otra calle
 dí con la puerta.) Dios quede
 con él, y mire, compadre,
 que aunque ahora voy muy de prisa,
 mañana, sin que me falte,
 le emplazo y le desafío
 para reñir en el valle.

ARJONA

¿Qué valle?

GUIJARRO

El de Josafá,
à las cinco de la tarde.

(Vase.)

ESCENA VI

ARJONA

¡Pardiez! Burlóme el truhán;
mas fuerza es que yo le alcance
ó sepa si á su amo avisa:

(Llegando á la puerta.)

y echó á la puerta el escape.
¡Voto á..... Mas ya le encontré!
¡Ay de él como le atrape!

(Vase.)

ESCENA VII

DON PEDRO. GUIJARRO, por la otra puerta.

GUIJARRO

Señor, no entres, que aquí están.

DON PEDRO

¿Quién?

GUIJARRO

De don Diego criados.

DON PEDRO

Tus pensamientos menguados,
pavura doquier te dan.

GUIJARRO

Señor, que echaron tras mi
por ese recodo estrecho.

DON PEDRO

Si yo te hallé á poco trecho,
¿cómo ha de ser ello así?

GUIJARRO

Porque al revolver la esquina
te topé.

DON PEDRO

Pues ya lo ves,
no hay nadie.

GUIJARRO

Pues eran tres.

DON PEDRO

Tú si que eres un gallina.

GUIJARRO

Sí, y armé aquí una pendencia
como tú nunca la viste.

DON PEDRO

Y tú, ¿reñiste ó huiste?

GUIJARRO

Juro sobre mi conciencia,
que es conciencia de guijarro,
que á un criado de don Diego
que sobre mí de ira ciego
se venía el muy zamarro,
con gran calma le esperé
y le dí tal cuchillada,
seguida de una estocada
y un tajo que le tiré,
que á no poner con malicia
larga distancia por medio,
le rebano sin remedio
como á un nabo de Galicia.
Mas desafiado va,
como lo dirá esa calle,
para el celebrado valle.

DON PEDRO

¿Qué valle?

GUIJARRO

El de Josafá.

DON PEDRO

¡Ea, acabemos, por Dios!
¿En dónde nos encontramos?

GUIJARRO

En el patio nos hallamos
de doña Juana los dos.

DON PEDRO

Obscura noche, Guijarro.

GUIJARRO

Y entre sus negros tapices
voy á perder las narices
de trompicón ó catarro.

DON PEDRO

Ten buen ánimo, que luego
volvemos á la posada.

GUIJARRO

Esa decisión me agrada;
mas si viene antes don Diego
con veinte ó treinta criados,
¿qué haremos por esa dama?

DON PEDRO

Ganar de valientes fama
muriendo aquí como honrados.

GUIJARRO

Hablas como buen soldado;
mas esa fama y honor
es buena para el señor,
pero no para el criado.

DON PEDRO

Hombre como tú no tarda
en la guarda del valor.

GUIJARRO

La mejor guarda, señor,
es el Ángel de la Guarda.
Encomiéndate á su brazo,
que el mío, como lo has visto,
es flaco.

DON PEDRO

¡Por Jesucristo!

Llegó de tu muerte el plazo,
si andando en mi compañía
te acreditas de cobarde.

GUIJARRO

Mi espada llega muy tarde
de noche, mas no de día;
déjalo para mañana

y verás si tengo brío,
que de noche me da frío,
como al león la cuartana.
Basta, señor, la pendencia
que en esta calle tuviste.

DON PEDRO

Que éste es su patio dijiste,
y ésta es la hora; prudencia,
pues, será á la reja ir.

GUIJARRO

De no ir mi consejo toma,
porque á ella no han de salir.

DON PEDRO

¿Por qué?

GUIJARRO

Porque hoy el golilla
las guardó en otro aposento
para quitarte de intento
la ronda de la chiquilla.

DON PEDRO

Mas veo luz, y sospecho.....

GUIJARRO

(Que á palos me han de matar.)

DON PEDRO

Que en esa reja han de estar.

GUIJARRO

¡Eh, el galán si va derecho!

DON PEDRO

Llega con voz disfrazada
como sueles llegar tú.

GUIJARRO

La voz tengo de Esaú.

DON PEDRO

Gallina, todo te enfada,
y ¡voto á....., que si me enojo....

GUIJARRO

Quedo, señor; ya consiento.

DON PEDRO

Cien palos en tus espaldas,
que fuera lo mejor hecho.

GUIJARRO

De partida los tomara
mejor que mirarme en esto.

DON PEDRO

Mas calla y tente, Guijarro,
que ruido en la reja siento;
guarda esa calle y avísame
si vienen.

GUIJARRO

Renuncio el puesto,
porque como son dos calles
y dos caminos diversos,
no puedo atender á dos.

DON PEDRO

Pues ponte en la esquina, necio,
y está atento á las dos calles
si no quieres que los huesos
te rompa esta noche yo
para curarte del miedo.

GUIJARRO

Gracias por la medicina.

DON PEDRO

Pues ojo alerta, y callemos.

GUIJARRO

Callémos si llevas gusto.
Habla mientras yo calleo
la calle que está callando
la vecindad de don Diego.
No doy por mi vida un cuarto.

(Vase.)

ESCENA VIII

DON PEDRO y D.^a JUANA. LEONOR, á la reja.

DOÑA JUANA

¿Es Pantoja?

DON PEDRO

Dulce dueño,

yo soy aquel que idolatra
la deidad de vuestro cielo
divino, al ver que es el sol,
y esfera de los luceros.

DOÑA JUANA

Y yo, aquella que desprecia
cuanto encierra el universo,
por vuestra fe y lozanía,
á impulso de un amor tierno.
Mas el disgusto que hubisteis
con mi padre y con don Diego
me tiene fuera de mí.

DON PEDRO

Fué lance forzoso, y siento
haberlos dado pesar.

DOÑA JUANA

Y ¿qué medio intentaremos
para estorbar á mi padre
ese loco casamiento?

DON PEDRO

Uno solo he discurrido,
y uno solamente encuentro.

DOÑA JUANA

¿Cuál?

DON PEDRO

Que os vengáis conmigo
una noche; es el remedio
más fácil y más seguro.

DOÑA JUANA

¿Irme con vos?

DON PEDRO

¿Que hay en ello
que os espante? Soy quien soy,
bien nacido y caballero,
y os amo, y en un apuro
nunca intentara ponerlos.
Pero una vez en mi casa,
sólo el casarnos es medio
de callar la boca al vulgo
y de burlar á don Diego,
pues no ha de querer tomar,
de todo el mundo á despecho,

mujer que tan á las claras
muestra á su enemigo afecto.

DOÑA JUANA

¿No hay más remedio?

DON PEDRO

Yo no le hallo

y tiene que ser muy presto,
porque tiene decidido,
ó casaros con don Diego,
ó encerraros en un claustro.

ESCENA IX

LOS MISMOS y GULJARRO

GULJARRO

¡Señor, señor!

DON PEDRO

¿Qué tenemos?

GULJARRO

Cerca de cien embozados
la calle bajan corriendo.

DON PEDRO

¿Estás en ti? ¿Ciento dices?

GULJARRO

Cincuenta son por lo menos.

DOÑA JUANA

Retiraos ya, Pantoja,
que gente en la calle siento.

GULJARRO

Y dentro del patio ya
miradlos.

ESCENA X

DICHOS, D. DIEGO, ARJONA y gente.

ARJONA

Sí; aquí, don Diego,
el criado de Pantoja
estuvo tratando en eso
con la criada Leonor.

DON DIEGO

No cumplo con lo que debo,
á ley de noble, si vive
este enemigo soberbio,
de quien me siento agraviado.

ARJONA

Si está reducido á empeño
y os importa que no viva,
bien podéis darle por muerto,
porque al pie de aquella reja,
entre la sombra, estoy viendo
dos hombres que están parados.

GULJARRO

Uno, diez, noventa, ciento;
no vi más gente en mi vida;
señor, señor, no es el miedo:
¿ves los bultos, ves las armas?

DON PEDRO

¿Ves los diablos del infierno?

DOÑA JUANA

Retírate, dueño mío,
y salve tu vida el cielo.

DON PEDRO

No será sino mi espada,
si ayuda Dios á los buenos:
quitaos vos de la reja,
que aquí con mi brío quedo.

GULJARRO

Bien dice, queda con brío
doble, pues yo no le tengo.

ARJONA

En la reja están hablando.

DON DIEGO

Sepamos quién es, primero.

GULJARRO

Señor, á nosotros vienen.

DON PEDRO

Déjales, que ya los veo.

ARJONA

¿Quién va? digo.

GUIJARRO

Yo no voy,
que estoy parado (de miedo).

DON PEDRO

¿Quién ha de ir? Adelante,
señores.

ARJONA

El es, don Diego.

DON DIEGO

¡Muera Pantoja!

ARJONA y DEMÁS

¡A él: muera!

DON PEDRO

Primero por este acero
han de pasar vuestras vidas.

(Riñen.)

GUIJARRO

Conserve Dios la que tengo,
que yo no quito las vidas
de donde Dios las ha puesto.

ARJONA

¡Qué mengua, que un hombre solo
lleve á tantos....

DON PEDRO

¡Ea, perros,
fuera, que nada le importan
seis pillos á un caballero!

(Los echa de la escena á cuchilladas. Arjona,
que es el único que se defiende, cae.)

ARJONA

¡Muerto soy!

UNO

Esto no es hombre,
es un diablo del infierno.
(Huyen todos, y D. Pedro los sigue acuchillándolos.)

ESCENA XI

GUIJARRO. ARJONA, en tierra.

GUIJARRO

Oye, señor: no me dejes
aquí á obscuras con un muerto.
(Mirando afuera por la puerta del fondo.)
¡Válame Dios! ¿Linternillas
á estas horas? Esto es hecho:
la justicia dió conmigo,
y tras de apaleado, preso.
Pero la industria me valga;
con el difunto me tiendo,
que según estoy, sin duda
pasará plaza de serlo.

(Se tiende boca abajo junto á Arjona.)

ESCENA XII

GUIJARRO, ARJONA y, entrando por la derecha,
UN ALGUACIL, ESCRIBANO y ronda.

ALGUACIL

Caballeros son, sin duda;
seguidlos. Pero ¿qué veo?
Dos han quedado aquí en tierra.

ESCRIBANO

Éste está pasado el pecho.

ALGUACIL

No se detenga ninguno.
Adelante, presto, presto;
cojamos los agresores,
que al instante volveremos
á recoger los difuntos.

(Vanse por el fondo.)

ESCENA XIII

GUIJARRO y ARJONA

GUIJARRO

¿Fuéronse? Sí, ya se fueron.
Resucitemos, Guijarro,
y aunque sea contra el miedo,
limpiemos á este difunto
de cuanto tiene en el cuerpo.

(Le quita á Arjona sombrero y espada, cambia su capa con la suya y le mira las faldriqueras.)

Seco está de faldriqueras;
capa y espada llevemos,
pues han de ser los corchetes
sus forzosos herederos.

(Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

DON PEDRO, por el fondo. ARJONA, en tierra.

DON PEDRO

Escapáronse por pies.
¿Y Guijarro? ¡Lindo cuero!
Iriase á la posada.
Mas al que maté busquemos,
que no es justo que aquí le hallen
y de la casa los dueños
paguen lo que es culpa mía,
y á don Lope carguen de ello.
Y á más, pues riñó cual bravo,
será bien que al monasterio
inmediato, sepultura
pida yo para su cuerpo.
Aquí está. Dios me perdone
el haber sido más diestro;
con esta piedad te pago
el agravio que te he hecho.

(Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y vase.)

ESCENA XV

GUIJARRO, por la derecha. Después D. PEDRO

GUIJARRO

No llego esta noche á casa;
en esas calles pusieron
centinelas y corchetes.
Mas ¡válame Dios! ¿y el muerto?
¡No está, no! ¡Santa Teresa!.....
Mas se acercan, pasos siento.
¿Quién es?

DON PEDRO

(Entrando.)

¿Guijarro?

GUIJARRO

¿Qué es eso?

DON PEDRO

Que nos sigue la justicia.

GUIJARRO

¿Sois vos, señor?

DON PEDRO

Yo soy, necio;

¿no me ves?

GUIJARRO

Me hacen los ojos
candelillas.

DON PEDRO

Con el miedo.

GUIJARRO

Te lo advertí cuando vine
contigo de la posada.

DON PEDRO

¿Tú no sacaste la espada?

GUIJARRO

Pues ¿quieres tú que adivine
de noche á dar estocadas,
no viendo un palmo de tierra?
Pero dejando esta guerra
y dejando las espadas,
¿qué es lo que haremos?

DON PEDRO

¡Por Dios!

¿Qué hemos de hacer? Defendernos.

GUIJARRO

¿Los dos hemos de volvernos?

DON PEDRO

Pues ¿no vendrán tras los dos?

GUIJARRO

Pues ¿hay algún texto acaso
que diga: «Degollarás
al amo, y ahorcarás
al criado en campo raso?»

DON PEDRO

Pues qué, ¿no tendrás valor para sufrir un tormento?

GUIJARRO

De aquí me voy á un convento. ¿Yo tormento? No, señor. ¡Lindo lazo! ¡Lindo yugo! Más quiero, por lo mostrenco, una vuelta de podenco que no media de verdugo.

DON PEDRO

Pues di, infame, mal nacido, sin honra, di: ¿qué serás?

GUIJARRO

Dijo Dios: «No matarás.» Si lo cumplo, noble he sido. De modo, que dice Dios que no mate y tendré honra, y tú dices que deshonra. ¿Somos cristianos los dos, ó no lo somos? Yo quiero guardar lo que Dios me dice, aunque el diablo me autorice de mundano caballero.

DON PEDRO

Mas oye, abren la ventana otra vez.

GUIJARRO

Ella es.

ESCENA XVI

DICHOS. LEONOR, á la reja.

LEONOR

¿Guijarro?

GUIJARRO

Aquí estoy.

LEONOR

¿Qué ha sucedido?

¿Está ya don Pedro en salvo?

TOMO IV

DON PEDRO

Aquí está. ¿Y mi doña Juana?

LEONOR

Retirada está en su cuarto, disputando con el viejo, con objeto de estorbarlo que salga si es que oye ruido.

DON PEDRO

Callad.

GUIJARRO

¿Qué hay?

DON PEDRO

Siento pasos: mira la calle.

GUIJARRO

(Mirando afuera.)

¿Alguaciles otra vez? ¡Malo y remalo!

DON PEDRO

¿Es la justicia?

GUIJARRO

La misma.

DON PEDRO

¿Cuántos son?

GUIJARRO

Yo conté cuatro y cosa de seis corchetes.

DON PEDRO

Pues saber morir honrados, ó morir en una horca.

GUIJARRO

¿En la horca? ¡Guarda, Pablo! Defiéndete tú, que yo soy un monte de guijarros.

DON PEDRO

¿Tú tienes armas contigo?

GUIJARRO

Sí, sí; no te dé cuidado,
que he de ser Martín Peláez,
si tú el buen Cid castellano.

ESCENA XVII

DON PEDRO, GUIJARRO, LEONOR, á la reja,
ESCRIBANO y DOS ALGUACILES

ESCRIBANO

¿Sois vos don Pedro Pantoja?

DON PEDRO

Yo soy.

ESCRIBANO

¿Y vos su criado?

GUIJARRO

Ego sum.

ESCRIBANO

Vos en latín,
y vos en romance, vamos
á la cárcel.

DON PEDRO

Vos y vos
es lenguaje cortesano.
Suplico á vuestras mercedes
reparen que soy soldado
y que no pueden prenderme.

GUIJARRO

Ni á mí, porque soy guijarro,
y de todo mi linaje
sargento mayor y cabo.

ALGUACIL

Eso alegaréis después,
que la orden que yo traigo
es ponerlos en la cárcel.

DON PEDRO

Sois ministro muy honrado:
yo á la justicia venero
como á brazo soberano;

pero no podéis prenderme
por ser noble y ser soldado.

ESCRIBANO

(Á los suyos.)

Las espadas les quitad.

DON PEDRO

¿Tercera vez?

ESCRIBANO

Tres y cuatro.

DON PEDRO

Os suplico que dejéis
de seguir lo comenzado,
porque me he de defender.

GUIJARRO

Y yo, con ser un guijarro.

ESCRIBANO

Matadlos si se defienden.

DON PEDRO

Escriba, seor secretario,
con los rasgos de esta pluma,
que son muy gentiles rasgos.

(Riñen, y D. Pedro y Guijarro los echan á cuchilladas.)

ESCRIBANO

(Huyendo.)

¡Espérate, Belcebú!

No son hombres, que son rayos.

(Los acuchillan, y vuelven á la escena D. Pedro
y Guijarro.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO y GUIJARRO. LEONOR, tras la reja.

DON PEDRO

Has andado como un César.

GUIJARRO

Dos en la calle rodaron:
déjame salir, que voy
á matar á esos borrachos.

DON PEDRO

Bravo estás.

GUIJARRO

Yo empiezo tarde,
mas si en ello doy, me paso.

DON PEDRO

Cerrado nos han la puerta.

VOZ DENTRO

Cerrad la casa.

GUIJARRO

Esto es malo.
¿Qué haremos, señor?

DON PEDRO

Morir.

GUIJARRO

Esperad, señor, que acaso,
(Volviéndose á Leonor.)
si abriera Leonor la puerta,
pudiéramos escaparnos
por casa de algún vecino.

LEONOR

Es imposible, Guijarro;
tiene las llaves don Lope,
y rejas todos los cuartos.

DON PEDRO

Salgamos, pues, y riñendo
veremos si nos libramos.

GUIJARRO

Vamos, pues. (Dios sea conmigo.)

LEONOR

Detente; si no me engaño,
aquí ha de abrirse una cava
que á casa de un veinticuatro
da.

GUIJARRO

¿Dónde está?

LEONOR

Por el suelo;
busca una losa á este lado
que tiene en medio una argolla.

DON PEDRO

(La descubre.)

Vela aquí.

GUIJARRO

¡Jesús! ¡Qué salto!

DON PEDRO

Ten buen ánimo.

GUIJARRO

Señor,
¿quieres morir encuevado?

DON PEDRO

Mejor es morir así
que de la justicia á manos.
Dios vaya conmigo.

(Se arroja.)

GUIJARRO Y LEONOR

¡Echóse!

GUIJARRO

(Asomándose.)

¡Ha señor! ¡Ha de allá abajo!

DON PEDRO

(Desde abajo.)

¿Guijarro?

GUIJARRO

¡Señor!

DON PEDRO

Arrójate,
que por aquí estamos salvos.

GUIJARRO

Arrójese Satanás.

(Ruido y voces dentro.)

Pero ya llegan los diablos
de los corchetes, ministros
del infierno y del agarro;
y si me cogen, sin duda
echaré con los zapatos

la bendición en el aire
á todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
vaya conmigo San Pablo,
San Lesmes y San Pacomio,
que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
no caigas por mí en el lazo,
y adiós, que por ti perezco.

LEONOR

Adiós, y vé sin cuidado.

GUIJARRO

(Al público.)

Señores, por caridad,
un padre nuestro á Guijarro.

(Se arroja, y al entrar la ronda, etc., etc., cae el telón.)





ACTO TERCERO

La decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ÁNGELA y D.^a JUANA

DOÑA JUANA

Angela, quien tiene amor
y es como yo tan constante,
juza que tiene su amante
fineza, gala y valor.
Si don Diego es tan señor,
tan rico y tan principal,
no es Pantoja desigual
en la sangre, ni le cede,
pues si no es tan rico, puede
con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
ni es cordura ni es prudencia,
que semejante violencia
siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
á mi padre, pero no
cuando la elección erró;
que un casamiento forzado
lleva el honor arriesgado,
y soy muy honrada yo.

DOÑA ÁNGELA

Tu bien fundada esperanza
bien la sé, que no la ignoro;
pero tu noble decoro
no le pongas en balanza.
Don Diego es noble, y alcanza
de renta tres mil ducados;

tiene deudos muy honrados,
y es muy tuyo y te es muy fiel.

DOÑA JUANA

Pues cástate tú con él,
y quedaremos pagados.

DOÑA ÁNGELA

Yo no trato de casarme
con quien no me tiene amor.

DOÑA JUANA

Pues si sabes mi dolor,
no trates de aconsejarme.

DOÑA ÁNGELA

Bien pudieras escucharme,
pues con tu sangre nació.

DOÑA JUANA

Yo no escucho contra mí.

DOÑA ÁNGELA

Las palabras son espejos
donde lucen los consejos.

DOÑA JUANA

Pues tómalos para ti.

DOÑA ÁNGELA

Si tú tuvieras cordura
(y excusa mi justa queja),
no estuvieras en la reja
mirando una desventura.

Pantoja ¡ciega locura!
anoche á un hombre mató.

DOÑA JUANA

Que don Diego de él huyó,
tenlo tú por cosa cierta.

DOÑA ÁNGELA

Señal que estabas despierta
cuando el caso sucedió.

DOÑA JUANA

No estragues la cortesía,
que no es justo entre las dos;
mas ¡llamaron?

DOÑA ÁNGELA

Me parece.

DOÑA JUANA

Mira quién llega, Leonor.

ESCENA II

DOÑA ÁNGELA, D.^a JUANA, GUIJARRO y LEONOR.
Guijarro, en traje de buhonero francés.

LEONOR

Entra, gabacho.

DOÑA JUANA

¿Quién es?

GUIJARRO

Juan Francés, siniora, só.
¿Cómprame pontas, encaxos,
hilo, puntoes ó color,
alfileres, estopilias,
ó cintilios de valor?

DOÑA JUANA

(Aparte.)

Leonor, ¿no es éste Guijarro?

LEONOR

(Aparte.)

¡Él es! ¡El mismo, por Dios!

DOÑA JUANA

Yo he menester unas puntas,
Juan Francés.

GUIJARRO

Tráigolas yo.
¿Han de ser de flandras?

DOÑA JUANA

Sí.

DOÑA ÁNGELA

¿No fuera mucho mejor
que fuéramos á una tienda?

DOÑA JUANA

Este francés gasta humor,
y yo gusto de comprarle.

DOÑA ÁNGELA

Buena venta le dé Dios:
voyme, que estás enojada
y no has tenido razón.

ESCENA III

DOÑA JUANA, LEONOR y GUIJARRO

DOÑA JUANA

Guijarro, ¿qué enigma es éste?

GUIJARRO

Ponte á la puerta, Leonor.

DOÑA JUANA

¿Qué hay de nuevo?

GUIJARRO

Mucho mal.

DOÑA JUANA

¿Pantoja?

GUIJARRO

Un hombre mató.

DOÑA JUANA

¿Le prendieron?

GUIJARRO

Lo procuran.

DOÑA JUANA

¿Dónde queda?

GUIJARRO

En San Antón.

DOÑA JUANA

¿Está herido?

GUIJARRO

No está herido.

DOÑA JUANA

¿Se ausentó?

GUIJARRO

No se ausentó.

DOÑA JUANA

¿Escribeme?

GUIJARRO

No te escribe.

DOÑA JUANA

¿Olvidóme?

GUIJARRO

¿Qué sé yo?

DOÑA JUANA

Pues no me mates, acaba;
dime lo que sucedió.

GUIJARRO

Dígame lo sucedido
con decir que á mi señor
y á mí nos vino á prender
de corchetes un millón,
de alguaciles mil y uno,
de escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
peleé como un león,
y mi amo como un tigre;
en fin, por mí se salvó,
quedando de la justicia
libres contra la razón.
Salimos por una cueva
que Leonor nos mostró,

á casa de un veinticuatro,
y desde allí á un bodegón,
y desde allí á una calleja,
y desde allí vengo yo
á decirte que esta noche,
sin ninguna dilación,
nos salimos de Sevilla
los tres: que ha dicho un doctor,
grande amigo de mi amo,
que un alguacil y un soplón
me andan de noche buscando
con intento de que yo
confiese culpas ajenas,
para vender á pregón
mis espaldas al verdugo
por suela de *La mayor*.

DOÑA JUANA

Mas ¿cómo ha de ser?

GUIJARRO

Escucha
lo que en gran conversación,
hincados ante dos vasos,
discurrimos mi amo y yo.

DOÑA JUANA

Dí.

GUIJARRO

Escucha, y ten paciencia
para poner atención.
Él habla y yo le respondo;
entiende, pues, por los dos.
Él me dice: «Doña Juana
ha de venirse conmigo
esta noche.» *Yo le digo:*
«Su voluntad está llana.»
Y él: «No la puedo sacar
de la presencia del viejo
sin tu ayuda y tu despejo.»
Yo: «No te quiero ayudar.
Guíate por tu capricho,
que el consejo más venial
se me vuelve á mí mortal.»
Él: «¿Cómo qué?...» *Yo:* «Lo dicho.»
Él: «Vístete de estudiante,
véle de un pleito á informar,
y así me darás lugar
de sacarla.» *Yo:* «¡Adelante!»

Él: «Tan bueno es el remedio, que no puede ser mejor.»

Yo: «Más fácil es, señor, que me abra de medio á medio la cabeza.» Él: «¡Voto va! ¿Qué riesgo puedes correr, si mi espada has de tener contigo?» Yo: «Bien está; mas si al tiempo de informarle del pleito, latín ó griego, entrare el señor don Diego.....»

Él: «Pues si él entra, matarle.» Insisto yo, y él porfia, y no hay razón que concluya, y se sale con la suya, y aquí estoy yo con la mía. ¿Entendistes?

DOÑA JUANA

Entendí.

GUIJARRO

Pues dentro de un breve instante estará aquí el estudiante.

LEONOR

¿Con paje?

GUIJARRO

Mucho que sí. Todo lo cual, de contado, vendrá á parar, doña Juana, en que yo vendré por lana para volver trasquilado.

DOÑA JUANA

Yo te haré tal recompensa.

GUIJARRO

A buena hora, ¡voto al sol! que oigo al viejo en la escalera.

DOÑA JUANA

Válgate el ingenio.

GUIJARRO

¡No que no! pues mis costillas lo verán, mediante Dios. ¿Quia comprar pontas y encaxos?

ESCENA IV

DICHOS y D. LOPE

DON LOPE

¡Hola, buen hombre! ¿Quién sois?

GUIJARRO

Juan Franchut: ¿no conoserme?

DON LOPE

¿Qué vendéis?

GUIJARRO

Vander color, hilo, pontillas, rosarios, peinas de corno, jibón, estoraque, yesca, menjos, pontas de flandras, ulor, azabache.....

DON LOPE

Basta ya.

¿Vendisteis?

GUIJARRO

Nada, ¡por Dios! ser todos en casa vuestra tan ruines como un piñón. ¿Quia comprar pontas y encaxos?
(Al marcharse da con D. Diego, que entra.)

ESCENA V

DICHOS y D. DIEGO

DON DIEGO

¡Hola, buen hombre! ¿Quién sois?

GUIJARRO

(¡Ésta es otra!) Yo, sinior, Juan Franchut.

DON DIEGO

¿De qué nación?

GUIJARRO

Sinior, ser de Picardía, que es de Francia la mecor.

DON DIEGO

(Mirándole.)

¿Conque francés, eh?

GUIJARRO

Franchut,
oui, monsiur. (¡Perdido soy!)

DON DIEGO

Como que he visto yo á este hombre.

GUIJARRO

¿Querer vosté, mi sinior,
alcunos peinas de corno?

DON DIEGO

Vos sois francés como yo.

GUIJARRO

Oui, ser franchut; oui, monsiur.

(Conocióme el picarón.)

¿Qué diabros mirar á moá
coquen, sinior español?

Juan Franchut ser: ¿qué quererme?

¿Ser yo acaso algún latrón?

¡Viva Cristus, que le mate!

¿Quia comprar pontas, ulor,
hilos, pontillas, encaxos.....

(Vase gritando.)

LEONOR

(Á D.^a Juana.)

¡Lindamente se escapó!

DON DIEGO

Perdonad; yo vengo luego,
que me lleva la pasión
de mis celos á saber
si Pantoja se ausentó.

(Vase.)

DON LOPE

Leonor, salte allá fuera.

LEONOR

Sermón tenemos.

(Vase.)

ESCENA VI

DON LOPE y D.^a JUANA

DON LOPE

El dolor quisiera
no exprimir: esperar viva mi honra,
y muerta mi deshonra,
que la acción más lucida,
es por tener honor perder la vida.
(Llevémoslo por bien, que la prudencia
es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
de que tomes estado
conforme á tu nobleza: cuerda eres,
y las nobles mujeres
que quieren más su gusto que su honra
halagan su deshonra.
Dícenme que Pantoja dió la muerte
anoche ¡oh triste suerte!
á un hidalgo vecino de don Diego,
y que, vasalla tú de su amor ciego,
el estrago mirastes;
y aseguran que hablastes
á Pantoja: yo dudo esta bajeza
conociendo tu honor y tu nobleza.
Don Diego es hombre rico y es honrado,
el vulgo está del caso alborotado,
mi honor padece mucho detrimento,
tu fama poco aumento;
y así, te notifico desde luego
que ha de ser tu marido.

DOÑA JUANA

¿Quién?

DON LOPE

Don Diego.

DOÑA JUANA

Después de muerta puedes desposarme,
que viva no es posible condenarme
á vivir con un hombre que aborrezco,
y tan grande castigo no merezco.

DON LOPE

Brevemente ¡por Dios! has respondido;
pero pues dices que don Diego ha sido

en tu amor desdichado,
 declárese conmigo tu cuidado. [bre loco,
 ¿Quieres que hable á Pantoja, á un hom-
 soldado, fanfarrón, tenido en poco;
 hombre que sin respeto, ley ni tasa,
 se portó como bárbaro en mi casa?
 Pobre, libre, alentado,
 por una y otra muerte desterrado,
 vuelve en tí, no te ciegue tu deseo:

DOÑA JUANA

Que es tan pobre Pantoja ya lo veo,
 pero en sangre, en valor y en cortesía,
 es comparar la noche con el día.

DON LOPE

¿Quiéresle como esposo? Háblame claro.

DOÑA JUANA

Señor, tú eres mi amparo.
 Yo le tengo afición.

DON LOPE

Pues yo no gusto,
 y tengo de evitar este disgusto.
 Y pues te has declarado,
 dentro de un hora has de elegir estado.

DOÑA JUANA

Con don Diego jamás, antes la muerte.

DON LOPE

Pues lo que haces repara,
 porque una de las dos será tu suerte:
 ó de don Diego, ó monja en Santa Clara.

DOÑA JUANA

Acepto lo segundo.

DON LOPE

Allí renunciarás amor y mundo.
 Piénsalo bien, que dentro de una hora
 veré tu decisión.

DOÑA JUANA

Pues desde ahora
 la llevas ya sabida.

DON LOPE

¡Esta mujer me quitará la vida!

ESCENA VII

DOÑA JUANA. Después LEONOR

DOÑA JUANA

¡Ay de mí Me martirizan
 porque quiero á un hombre bien,
 cual si pudiera regir
 á mi corazón por él.

LEONOR

(Saliendo.)

Parece que va tu padre,
 y tú lo quedas también,
 con disgusto; ¿qué hay de nuevo?

DOÑA JUANA

¡Ay, Leonor! ¿Qué ha de haber,
 sino penar y morir
 porque quiero á un hombre bien?

LEONOR

¿Quiere casarte tu padre
 con don Diego? Hubo desdén,
 hubo aquello de «yo gusto»
 y «mira cómo ha de ser;
 hay plazo, término ó día
 para que lo mires», ¿eh?
 Hubo su poco de «acaba,
 ó mataréme, cruel»,
 y aquello de «tú me quieres
 deshonar en la vejez».
 Dime, ¿qué dijo tu padre?

DOÑA JUANA

Dijo, Leonor, que me den
 la muerte mis pensamientos,
 pues todas fueron ayer
 torres de fe y esperanza,
 y hoy humo y polvo se ven.
 Dijo que don Diego fuese
 de mi garganta cordel,
 de mis gustos enemigo,
 de mis intenciones juez,
 parca de mi tierna vida,
 devanada de una vez
 en el ovillo tirano
 de su voluntad cruel.
 Dijo, en fin, que me reduzca,
 Leonor, á ser su mujer,

que es lo mismo que ahorcarme
 con esa lazada infiel
 que ahoga los matrimonios
 cuando forzada se ve.
 Dijo que fuese Pantoja
 desalojado también
 del corazón; mas no supo
 que está tan constante en él,
 que primero su volante
 dará el último vaivén,
 que salir de esa morada
 por mi espontáneo querer.
 Pero ¿por qué me detengo
 en referirte qué fué
 lo que me dijo mi padre
 cual mudo cometa que
 pronostica en el futuro
 que no ha de parar en bien
 el honor que le apadrina,
 relámpago que al prender
 pequeña chispa, despide
 todo el rayo de una vez?
 Mas llueva el cielo desdichas,
 que yo la misma he de ser
 en adorar á mi amante,
 aunque de su alto dosel
 rayos me arrojen sus luces,
 y sus centellas me den
 en renglones de diamantes
 desventuras al nacer;
 pues cuando llega una dama
 á querer bien una vez,
 gala hace de la desdicha,
 de la muerte parabién,
 pendón de su infausta suerte,
 y su alcázar de su fe.

LEONOR

Bien dices, muy bien, señora;
 mas pronto va á obscurecer
 y tu padre va á volver:
 vamos á otra cosa ahora.
 Si Paris te ha de robar,
 sea, señora, esta noche,
 y sea á pie, que no en coche,
 porque esto de trasplantar
 á una Elena en un troyano
 edificio atronador,
 es ir llevando el honor
 rodando de mano en mano.

DOÑA JUANA

Pantoja ha de dar la traza.

LEONOR

Dificultosa ha de ser,
 que este ángel de Lucifer,
 tu prima, nos embaraza.
 Si esta prima se quebrara
 por medio, fuera gran cosa.

DOÑA JUANA

Es, sobre necia, enfadosa.

LEONOR

¿Necia? En tu dicho repara:
 necedad llamas á ir
 tras de ti de guarda eterna:
 pues tu padre se gobierna
 por ella.

DOÑA JUANA

Tú has de seguir
 como sombra, á esa mujer.

LEONOR

No la perderé de vista
 hasta acabar la conquista
 de este troyano poder.
 Mas digo: ¿he de ser robada
 también yo, del paladión
 guijarrista, ese trotón
 caballo?....

DOÑA JUANA

Leonor amada,
 pues ¿puédote yo dejar?

LEONOR

Alto, pues: robe este día
 el Paris de Picardía
 á esta Elena de fregar.

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, LEONOR, D. LOPE y D.^a ÁNGELA

DON LOPE

Vendrá á las siete don Diego
 á firmar las escrituras.

LEONOR

(Si no se quedan á obscuras)

DOÑA ÁNGELA

Pues consiste tu sosiego
en dar estado á mi prima,
decreto de amor tan justo
no irá, no, contra tu gusto,
pues como á padre te estima.

DOÑA JUANA

Pues me toca obedecer,
hable el silencio por mí.

DON LOPE

Siempre esperé yo de ti
tan honrado parecer.

LEONOR

(Como mi amo es letrado,
se muere por pareceres.)

DON LOPE

Cuando las nobles mujeres
alcanzan marido honrado,
noble, rico y principal.....

LEONOR

(Tal le dé Dios la salud.)

DON LOPE

Es premio de su virtud.

LEONOR

A un marido ciudad real
dos mil esposas le prenden:
Bartolo lo dice así,
digo, Bártulo.

DOÑA JUANA

¡Ay de mí,
que hasta las sombras me ofenden!

(Aparte.)

Vete á la puerta, Leonor,
que va anocheciendo ya.

LEONOR

(Aparte.)

Dices bien: Paris vendrá
con el caballo traidor.

Voy á robar este pez,
pues me roban de contado;
pero quien tanto ha robado,
deje robarse una vez.

(Vase.)

DON LOPE

¡Ningún pleiteante vino
á buscarme?

DOÑA ÁNGELA

Vino Octavio
por su pleito, y vino Fabio.

DON LOPE

Es sujeto peregrino.

DOÑA ÁNGELA

Don Octavio se fué luego.

DON LOPE

Si otro me viene á buscar,
será bien dejarle entrar
hasta que venga don Diego.

ESCENA IX

DICHOS y LEONOR

LEONOR

Don Antolín Garapiña,
hombre al parecer muy docto,
si para serlo se mira
á la gravedad del rostro,
quiere informarse de un pleito
si le dais licencia.

DON LOPE

Solos
dejadnos. Que entre, Leonor.

ESCENA X

DON LOPE, GULJARRO, de estudiante; D. PEDRO,
de criado suyo.

GULJARRO

Cosme, Cosmillo, ¡hola, mozo!
aguárdame en el zaguán.

(Á D. Lope.)

Señor, único piloto

que el barco de la Justicia
guía en el mar borrascoso,
y en la noches de la leyes
(donde se ahogan tantos tontos),
sacerdote del Derecho,
oráculo misterioso
del laberinto de Baldo,
y del gran Bártulo asombro,
déme mil veces los pies.

DON LOPE

Por suyo me reconozco;
tome usarced una silla,
y excusando los piropos,
dígame de qué le sirvo.

(Se sientan.)

(Durante esta escena, D. Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de D. Lope y Guijarro, y entra en las habitaciones interiores de la casa, volviendo á salir á su tiempo con D.^a Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar á D. Lope que vea á don Pedro que se lleva su hija.)

GUIJARRO

Yo, señor, soy de Torozos,
lugar que linda tres pasos
con la gran ciudad de Toro.
Don Antolín Garapiña
es mi nombre, nombre propio,
pues vengo por línea recta
de los Antolines gordos,
grandísimos garapiños
de los solares de Colcos.
Vengo á informarle de un pleito;
suplicole abra los ojos,
porque es de mucha importancia.

DON LOPE

Con mucha atención os oigo.

GUIJARRO

Pues señor, yo me casé
con doña Aldonza Zorongo
de trece años, y hube en ella
á doña Anica Repollo,
hermosísima doncella
según dijeron los novios.
Ésta, señor licenciado,
sin decir oste ni osto,
se enamoró de don Lucas
Valentín, hombre tan loco,

que me la sacó de casa
después del postigo roto.

DON LOPE

En eso paran las hijas
que tienen al padre en poco.

GUIJARRO

En eso paran, señor;
mas que paran para otro.
Hay en aquesta ciudad
un don Atanasio Folio,
que tiene un hijo nombrado
don Quiterio Marco Antonio.
Éste á voces dice que
probó primero el repollo
que don Lucas; pero luego,
un don Gilardo Galopo,
hombre de capa y espada,
se puso con él al robo
diciendo que entró.

DON LOPE

Despacio.

GUIJARRO

Iréme muy poco á poco.

DON LOPE

Usted dice que don Lucas,
don Quiterio y el Galopo,
son los tres opositores
de este robado repollo,
¿no es así?

GUIJARRO

Es, y no es:
iréme muy poco á poco.
Yo, señor, quiero casarla
con un Alberto Redondo,
hijo del mismo Quiterio
y primo hermano del otro.

DON LOPE

¿Cómo la puede casar
si el padre se opone y todo?

GUIJARRO

Ese es el punto.

DON LOPE

Despacio.

GUIJARRO

Íréme muy poco á poco.

DON LOPE

¿El primero se desiste?

GUIJARRO

¿Desistir? De ningún modo.

DON LOPE

¿El segundo la pretende?

GUIJARRO

Pretendida está de todos.

DON LOPE

El tercero, ¿qué declara?

GUIJARRO

Que la debe su negocio.

DON LOPE

Y ella, ¿qué dice?

GUIJARRO

Que miente.

DON LOPE

¿A quién se inclina?

GUIJARRO

Al Redondo.

DON LOPE

¿Cómo, si se opone al padre?

GUIJARRO

No es él, el padre es el otro.

DON LOPE

¿Quién es el otro?

GUIJARRO

Es aquel
que la sacó por el robo.

DON LOPE

No lo entiendo.

GUIJARRO

En eso estriba:
iréme muy poco á poco.

DON LOPE

¿Quién gozó esta dama?

GUIJARRO

Lucas.

DON LOPE

¿Casóse?

GUIJARRO

De ningún modo.

DON LOPE

¿Pídele ella la palabra?

GUIJARRO

Quien la pide es el Galopo.

DON LOPE

¿Y su hija gusta de ello?

GUIJARRO

Ya gustó del matrimonio.

DON LOPE

De esa suerte, ¿fué casada?

GUIJARRO

Fué casada por divorcio.

DON LOPE

Pues ¿con quién quiere casarse?

GUIJARRO

Con el hijo de Redondo.

DON LOPE

¿Cómo, si la quiere el padre?

GUIJARRO

Que no es el padre, es el otro.

DON LOPE

¿Quién es el otro? ¿Qué es esto?

GUIJARRO

Írme muy poco á poco.

DON LOPE

¡Válgate el diablo por pleito!
Sepamos. ¿Quién es el novio?

GUIJARRO

El novio es Lucas.

DON LOPE

Si es Lucas,
ya le echa fuera el divorcio.

GUIJARRO

Decís bien, llevóle el diablo.

DON LOPE

No lo nombre.

GUIJARRO

No lo nombro.
Vamos ahora al Quiterio.

DON LOPE

Ese gustó del repollo;
pues bien se puede casar.

GUIJARRO

Casará con los demonios,
porque el Redondo lo impide.

DON LOPE

¡Es un incesto notorio
habiendo llegado al padre!

GUIJARRO

Que no es el padre, es el otro.

DON LOPE

¿Quién es el otro? ¿Es el diablo?

GUIJARRO

Íremos muy poco á poco.

(Levántase D. Lope muy amostazado, y Guijarro, levantándose, se le pone por delante para que no vea á D. Pedro, que cruza la escena con D.^a Juana y Leonor.)

GUIJARRO

Mire ucéd, señor letrado,
un ciego verá este robo.
De esta suerte me robaron
mi hija.

DON LOPE

Muy bien, lo oigo.

GUIJARRO

Esté atento, por su vida,
que ahora es tiempo. Este mozo
es hijo de don Quiterio,
don Quiterio es el Galopo,
el Galopo es Latanasio,
Latanasio me hizo el robo:
de forma, que aquél y éste,
mi hija, el uno y el otro.....

DON LOPE

¡Quedo, quedo, que me aturde!

GUIJARRO

Írme muy poco á poco.

(Al llegar á la puerta de la derecha D.^a Juana, D. Pedro y Leonor, sale por ella D. Diego, su criado y otros.)

ESCENA XI

DON LOPE, GUIJARRO, D.^a JUANA, LEONOR,
D. PEDRO, D. DIEGO, CRIADOS y otros.

DON DIEGO

¿Quién es?

(D. Pedro se recata.)

LEONOR

Señora, don Diego.

GUIJARRO

(Aparte.)

Perdimos el pleito todo.

DON DIEGO

¿Quién va digo?

DON LOPE

(Volviéndose.)

¿Qué es aquesto?

GUIJARRO

Debe de ser otro robo.

DON LOPE

¿Esta deshonra en mi casa?
¡Fabio!

DON PEDRO

Retírense todos,
ó ¡voto á Dios de matarlos!

DOÑA JUANA

¡Valedme, cielos piadosos!

DON PEDRO

No temas, que de esta suerte
podemos poner en cobro
tu honor, tu vida y la mía.

(Sacan las espadas, D. Pedro mata la vela, y riñen
á obscuras.)

DON LOPE

¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!

DON PEDRO

Aunque llamas al mundo
entero, sería poco
para mi brazo.

GUIJARRO

Señor,
no me dejes aquí solo.

DON PEDRO

(Á D.^a Juana.)

Ven, mi bien.

DOÑA JUANA

Vamos, Leonor.

(Encuentra D. Pedro la puerta, que ha buscado á tientas,
y vase por ella con D.^a Juana, á quien tiene de la mano,
y Leonor, que va asida de su vestido. Guijarro se queda
tentando las paredes, y sale D.^a Ángela con luz y cria-
dos.)

ESCENA XII

DON LOPE, D.^a ÁNGELA, D. DIEGO, GUIJARRO
y CRIADOS

DOÑA ÁNGELA

Señor, ¿qué es esto?

DON LOPE

Un oprobio
en tu sangre y en la mía.

DON DIEGO

Ganaron las puertas todos,
y así, señor, se escaparon;
pero ¿qué miran mis ojos?
¿Quién es aqueste estudiante?

(Llegan los criados y descubren á Guijarro.)

GUIJARRO

Soy Antolín Garapiña.

DON DIEGO

Éste lo ha enredado todo,
que es criado de Pantoja.
¡Matadle á palos!

GUIJARRO

Yo tomo
de partido cuatrocientos.

(Danle de palos los criados.)

¡Quedo, con treinta demonios,
que yo diré la verdad!

DON LOPE

Dejadle, que yo le otorgo
la vida si nos lo dice,
y veinte escudos de oro.

GUIJARRO

En palos llevo quinientos:
vénganse conmigo todos.

DON DIEGO

La vida te va, Guijarro.

GUIJARRO

De burlas es el negocio:
vamos aprisa, que importa,
señor don Diego, y no poco,
porque si nos detenemos
en aquestos circunloquios,
habrán cerrado los dos
con el santo matrimonio.

(Vanse por la puerta de la derecha, que da á la calle, y
salen por la que da á las habitaciones y jardín, D. Pedro,
D.^a Juana y Leonor.)

ESCENA XIII

DON PEDRO PANTOJA, D.^a JUANA y LEONOR

DON PEDRO

Parece que no llegamos,
mi bien, á puerto seguro,
y en vano el valor fué muro.

LEONOR

En mala borrasca estamos.

DOÑA JUANA

Mas ¿no hay nadie aquí?

LEONOR

(Asomada á la ventana.)

¿Qué veo?

Por la calle abajo van
corriendo con mucho afán
todos.

DON PEDRO

Buscándonos, creo.

Tu casa, pues, doña Juana,
seguro nos ha de ser;
aquí te he de defender
de toda la raza humana.
Cierra esas puertas, Leonor,
y la del jardín también,
por ella dentro no den
los del buen Gobernador.

(Leonor va cerrando las puertas, y sale, y vuelve á poco.)

DOÑA JUANA

¿Conque era el Duque?

DON PEDRO

Sí, él era;

y era suerte más propicia
que entregarte á la justicia,
que á tu casa te volviera.
Tu casa encontrado habemos
sin gente, y por de contado,
sea por fuerza ó de grado,
que capitule le haremos.

LEONOR

(Que sale.)

Todo está cerrado ya.

TOMO IV

DOÑA JUANA

¿Y cuando vuelvan?

DON PEDRO

Primero

concederán lo que quiero,
ó la casa se arderá.
Mas por Guijarro en cuidado
estoy: quedó sin mi ayuda.

LEONOR

Guijarro estará, sin duda,
en Palermo aposentado.

DON PEDRO

Los pareceres ajenos
no le podrán defender.

LEONOR

El fué á tomar parecer
de si eran los palos buenos.

DON PEDRO

Con acuerdo de letrado,
tendrá sentencia en favor.

LEONOR

Yo sé que saldrá, señor,
en las costas condenado.

DON PEDRO

Son sus cascos indigestos,
y algo obtusos sus sentidos.

LEONOR

Pues ahora traerá metidos
en la cabeza los textos.

ESCENA XIV

DICHOS y GUIJARRO

GUIJARRO

(Por la reja.)

¡Hola! Abranme.

LEONOR

Ya nos llueven
g nijaños.

Leonor abre á Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.)

DON PEDRO

¿Qué hay, buen amigo?

GUIJARRO

¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Qué hay? Los diablos que me lleven.

DON PEDRO

¿Por qué dentro te quedastes
pudiéndome seguir? di.

GUIJARRO

Porque yo te sirvo á ti,
y porque tú me dejastes.

DON PEDRO

¿Vienes herido?

GUIJARRO

Que no.

DON PEDRO

¿Qué traes? Dime lo que fué.

GUIJARRO

Traigo lo que yo me sé,
y lo que el diablo ordenó.

DON PEDRO

¿Cómo entraste, que te vi
como grulla en centinela?

GUIJARRO

Entré, señor, á la vela,
y á puro remo salí.

LEONOR
(Mofándole.)

¿Cómo vienes!

GUIJARRO
(Amostazado.)

Ya lo ves.

LEONOR

Parece que estás enfermo.

GUIJARRO

Vengo duque de Palermo
de la cabeza á los pies

LEONOR

Grandeza traes excesiva;
y fué á prueba el pleito, ¿eh?

GUIJARRO

A prueba no, porque fué
paliza definitiva.

LEONOR

Y ¿cómo escapaste, di,
á uña de potro....

GUIJARRO

Dejallo;
no fué á uña de caballo,
mas á uña de palo sí.

LEONOR

¿Y hubo concomio de lomos?
¿Y hubo «¿por qué me maltratan?»
¿Y hubo aquel de «¡que me matan!»
¿Y hubo espadas, y hubo pomos,
y hubo riesgos hacia el padre
que te pescó sin anzuelo?

GUIJARRO

¡Hubo el ladrón de tu abuelo
y la perra de tu madre!

DON PEDRO

Dejémonos de locuras,
y acaba: ¿qué sucedió?

GUIJARRO

¿Qué he de decir, ¡voto á cribas!
En Turquía no se usó
lo que tú usastes conmigo.

DON PEDRO

¿Yo pude hacer más, ¡por Dios!

GUIJARRO

Bien pudieras excusar
la siniestra información
del pleito de Garapiña,
cuyo parecer, señor,
lo han pagado mis costillas:
y fué el milagro mayor

el zafarme de las manos
de tanto infame sayón.

DON PEDRO

Y ¿cómo hicistes?

GUIJARRO

Diciéndoles

que se vinieran en pos,
y te pondría en sus manos;
y á puñada y mojicón,
al revolver San Francisco
desparecíme veloz:
pasé por ante esa reja,
os vi, os llamé, y aquí estoy.
Pero el cuidado que traigo
es que un pícaro soplón,
que se vende por tu amigo,
allí entre ellos se quedó
diciendo que con la novia
te vió en la calle, señor.

DOÑA JUANA

¡Ay, Pedro, perdidos somos!

DON PEDRO

Ya lo remediaré yo.

GUIJARRO

Ya suben las escaleras.

DOÑA JUANA

¡Perdidas somos, Leonor!

DON PEDRO

Guijarro, en el aposento
que tiene ese corredor
guarda á estas damas al punto.

GUIJARRO

Ved que ese aposento, estoy
en que da á casa del Duque.

DON PEDRO

No te detengas, que yo
los detendré, como á quien
va en ello vida y honor.

GUIJARRO

Pues en dejándolas, vuelvo

armado como un león
para morir á tu lado.

DON PEDRO

Aquí aguardándote estoy.

ESCENA XV

DON PEDRO

Cierro esta reja, y espero
con valiente corazón
á ceder para obligarles,
ó á perecer por mi amor.

VOCES DENTRO

¡Aquí están!

OTROS

Aquí les vimos.

DON LOPE

(Dentro.)

Dejadme, que tengo yo
picaporte de esa puerta.

DON PEDRO

Ya llegó el trance: valor.

(Ábrese la puerta y entra D. Lope, á quien detiene
D. Pedro, poniéndola la espada al pecho.)

ESCENA XVI

DON PEDRO y D. LOPE. Un momento después,
D. DIEGO, ESCRIBANO, ALGUACILES y gente.

DON PEDRO

¡Alto, buen viejo! Primero
que entréis en este salón,
quiero advertiros que de él
sólo pienso salir yo,
ó esposo de doña Juana,
ó muerto á vuestro furor.

DON LOPE

¿Su esposo tras esta afrenta?
Nunca será, ¡vive Dios!

DON PEDRO

Pues de ese modo, adelante.

(Entra D. Diego y los demás.)

DON DIEGO

Éste es Pantoja.

DON LOPE

 Mi honor
estriba ya, caballeros,
en que muera este traidor.

DON DIEGO

¡Muera Pantoja!

DON PEDRO

 ¡Tú mientes!

Y hombres de mi corazón,
sólo mueren de esta forma.

(Ciérranse á cuchilladas y riñen. Don Pedro va cejando, defendiéndose. Guíjarro sale, y va á ponerse á su lado.)

TODOS

¡Muera!

DON LOPE

¡Acabadle!

GUIJARRO

 Aquí estoy,
como un Bernardo, á tu lado.

(Sale el Duque de Arcos armado, con banda y bastón, y gente con él.)

ESCENA XVII

DICHOS y EL DUQUE DE ARCOS

DUQUE

¡Ténganse al Rey!

GUIJARRO

 ¡Santo Dios!

El Duque de Arcos es éste.

(Tiénense todos, y se descubren.)

DON LOPE y DON DIEGO

¡Cielos, el Gobernador!

DUQUE

¿Tantos contra un hombre solo?
Merecía tal traición

que á todos os empalara
por tan cobarde rigor.

(Á D. Pedro.)

¿Quién sois?

DON PEDRO

 Un criado vuestro,
que al rayo de vuestro sol
recibe luz.

DUQUE

 Levantaos;

que quien tan bien peleó
no es digno de estar de hinojos
ante mí: decid quién sois
y cuál fué vuestra querella.

DON PEDRO

Don Pedro Pantoja soy,
cuya juventud briosa
centella de Marte ha sido
con ayuda de esta hoja.
Estudié letras humanas,
mas con afición tan poca,
que al cabo cambié mis libros
por espadas y pistolas;
y obró en mí tan fuertemente
esta inclinación heroica,
que he tenido más pendencias
que tienen mis días horas.
Por no cansarte, señor,
callo hazañas portentosas
que me han dado honor y fama
en provincias muy remotas;
pues sobre tirar la esgrima,
parias me rinden con honra
el diestro Gil Campuzano
y el valiente Juan de Lorca.
Quise á doña Juana, hija
de don Lope de Mendoza,
que está presente; pedísela
para mujer, y negómela
por dársela, por más rico,
al comerciante Gamboa.
Quisela sacar de casa
siendo ella misma gustosa,
cuando con deudos y amigos
Gamboa llegó á deshora,
traidoramente entre muchos,
á darme muerte afrentosa.

Me defendí como vistas,
 donde concluyo mi historia
 poniendo á tus pies mi vida,
 rogándote que dispongas
 de esta espada y de este brazo,
 siendo de tanta discordia
 el iris de la grandeza,
 el anal de esta memoria,
 el sol de aquestas tinieblas
 y el amparo de mi honra.

DUQUE

Señor don Lope, no hay vida
 que valga el honor: Pantoja
 es honrado, y yo le doy,
 para casarse, mil doblas,
 que pues vuestra hija le quiere,
 mucho á vuestro honor importa.

DON LOPE

Señor, que es un libertino.

DUQUE

Basta, ¡por Dios! que cuando otra
 razón no hubiera, casárale
 vuestra conducta alevosa
 para castigar severo:

y entended bien, desde ahora,
 que para quien sois vosotros,
 es don Pedro muy de sobra.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, y sale GUIJARRO, que trae de la mano
 á D.^a JUANA y á LEONOR

GUIJARRO

Y pues todo se compuso,
 aquí tenéis á la novia.

DON PEDRO

¡Mi Juana!

DOÑA JUANA

¡Pantoja mío!

(Se abrazan.)

GUIJARRO

(Al público.)

Y ahora, si á mal no lo toman
 vuestras mercedes, señores,
 por dos palmadillas flojas
 les enviaré papeletas
 para asistir á la boda.



LA REINA Y LOS FAVORITOS

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

PERSONAJES

Doña Luisa de Guzmán, *Reina regente de Portugal.*

El Conde de Castel-Melhor.

Don Luis de Sandoval.

El Rey Don Alfonso VI de Portugal.

Antonio Conti Vintimiglia.

Doña Aurora de Molina

Juliana.

Gil.

Tristán, *negro.*

Un Juez.

Rondas, embozados y soldados.

La escena pasa en Lisboa el año 1661.



LA REINA Y LOS FAVORITOS

ACTO PRIMERO

Plazuela en Lisboa. Á la derecha una casa con puerta y ventana baja practicable. Á la izquierda una iglesia, en cuyo pórtico ó peristilo puedan ocultarse los personajes. unos de otros. En el fondo una casa. Calles á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA y JULIANA, con mantos,
saliendo por la derecha.

JULIANA

Ya estamos en salvo. Aquí
nuestra nueva casa está.

DOÑA AURORA

Alguno sigue quizá
nuestra huella.

JULIANA

A nadie vi,
aunque volví, doña Aurora,
la cabeza á cada paso.

DOÑA AURORA

¡Sospechado habrán acaso
la mudanza!

JULIANA

Estad, señora,
descuidada; ni el casero
sabrà que ya no habitamos
su casa, pues conservamos
las llaves.

DOÑA AURORA

¿Y el caballero
que esta noche ha de volver?

JULIANA

Allí está Gil, que, maestro
en cuentos, le sabrà diestro
engañar ó entretener
hasta que tengáis respuesta
de don Luis ó el Cardenal.

DOÑA AURORA

¡Mal haya el que á Portugal
nos trajo!

JULIANA

La casa es ésta:
entremos pronto, señora,
y cerrémonos con llave.

DOÑA AURORA

Mas Gil, ¿dónde estamos sabe?

JULIANA

Sí sabe; y á cualquier hora
que venga, en esa ventana
le he prevenido que toque
para que no me equivoque.

DOÑA AURORA

¡Dios nos proteja, Juliana!
Entremos.

JULIANA

Pasad.

DOÑA AURORA

Y cierra.

JULIANA

Por supuesto: con cerrojo,
llaves y tranca, pues ¡fijo
es el apuro!

(Entran y cierran.)

ESCENA II

CASTEL-MELHOR. Después tres hombres.

CASTEL-MELHOR

La tierra
me vienen ganando; y ellas,
de aquí pasar no han podido:
ellos mi rastro han perdido
tal vez, pero yo sus huellas....
Dos casas sólo hay aquí,
y el sitio sé: por ahora
me salvo, y en mejor hora
volveré.

HOMBRE 1.º

Miradle allí.

HOMBRE 2.º

¿Es él?

HOMBRE 1.º

¡Vaya! No ha podido
ir más que por esa obscura
calleja, y su embocadura,
de vista no hemos perdido.

(Á Castel-Melhor.)

¡Gracias á Dios, buen hidalgo,
que os parasteis!

CASTEL-MELHOR

Una hora ha
que estoy parado.

HOMBRE 1.º

¿Quizá
se os perdió por aquí algo?

CASTEL-MELHOR

¿Y á ucedes?

HOMBRE 1.º

Nadita más
que vuestra persona: y pues
os vemos, pérdida no es,
sino hallazgo. Conque....

(Va hacia él. Castel-Melhor le pone al pecho la espada.)

CASTEL-MELHOR

¡Atrás!

HOMBRE 1.º

¿Es valiente?

CASTEL-MELHOR

Lo que sobra
para ellos.

HOMBRE 1.º

Tema tenemos
en conoceros.

CASTEL-MELHOR

Veremos.

HOMBRE 1.º

(Á los suyos.)

¡Ea, manos á la obra!

(Riñen.)

¡Buen brazo! Mas, vivo ó muerto,
el rostro os hemos de ver.

CASTEL-MELHOR

Lo que es vivo no ha de ser.

HOMBRE 1.º

Pues os entierran, de cierto.

ESCENA III

DICHOS. DON LUIS, por la izquierda.

DON LUIS

¿Tres contra uno? ¡Ah, villanos!
(Á Castel-Melhor, poniéndose de su parte.)
¡Valor, hidalgo!

CASTEL-MELHOR

En buen hora
llegáis.

HOMBRE 1.º

¡Por nuestra Señora!
Creo que son castellanos.

DON LUIS

En la mano lo podréis
conocer.

HOMBRE 2.º

¡Ay!

DON LUIS
(A Castel-Melhor.)

¡Firme! Así.

HOMBRE 3.º

Herido estoy: ¡ay de mí!

HOMBRE 1.º

¡Fuera!

(Hayen.)

DON LUIS
(Siguiéndolos.)

¡Oh! Todos no os iréis.

ESCENA IV

DON LUIS y CASTEL-MELHOR

CASTEL-MELHOR
(Deteniéndole)

Caballero, si acertar
queréis, no vayáis en pos
de ellos.

DON LUIS

Vayan, pues, con Dios.
¿Herido estáis?

CASTEL-MELHOR

A no estar
vos tan pronto, en la contienda
soy muerto.

DON LUIS

¿Tal os querían?

CASTEL-MELHOR

Con esa intención venían.

DON LUIS

Salvaos, pues.

CASTEL-MELHOR

Buena prenda
llevan de vuestra bravura,
para que intenten volver
por ahora.

DON LUIS

Ha de tener
alguno una picadura.

CASTEL-MELHOR

Y á mí, guardar me interesa
breves momentos, el paso
de esta plazuela.

DON LUIS

En tal caso,
que os guarde Dios.

CASTEL-MELHOR

Con tal prisa,
caballero, no os iréis,
sin que sepamos primero.....

DON LUIS

Imposible, caballero.

CASTEL-MELHOR

Castellano parecéis
en el habla y en el traje,
y en un país enemigo
no os estorbará un amigo
pronto á serviros.

DON LUIS

No á ultraje
lo toméis ni á menosprecio,
mas me conviene guardar
el incógnito.

CASTEL-MELHOR

A él osar
 pudiera tan sólo un necio
 ó un villano; mas yo os debo
 la vida, y deuda sagrada
 es, que quisiera pagada
 ver. Otro interés no llevo
 cuando acaso os importuno,
 que el de pagárosla; así,
 por si algo queréis de mí
 exigir en tiempo alguno,
 guardad, si no os embaraza,
 en la memoria, señor,
 al conde Castel-Melhor,
 número diez, en la plaza.

DON LUIS

¡Castel-Melhor! ¿Oí mal?

CASTEL-MELHOR

No, sino bien.

DON LUIS

¡Dios me ayuda!

¿Carta tuvisteis, sin duda,
 del cardenal Sandoval?

CASTEL-MELHOR

¡Hidalgo!

DON LUIS

No receléis
 nada; otra yo para vos
 traigo de él.

CASTEL-MELHOR

¿Venís en pos
 de una dama?

DON LUIS

Sí. ¿Sabéis
 de ella?

CASTEL-MELHOR

No lo afirmaré;
 mas sospecho que quizá
 con ella dí.

DON LUIS

¿Por vos ya
 no está amparada?

CASTEL-MELHOR

No, á fe.

Hasta hoy no vino en mi auxilio
 la suerte. Desde que ha muerto
 su padre, no tuvo cierto
 esa dama domicilio.

DON LUIS

¿Cómo?

CASTEL-MELHOR

Tres veces mudó
 de casa, sin que consiga
 saber qué es lo que la obliga
 á tal movimiento.

DON LUIS

No

alcanzo de semejante
 conducta la causa; pero
 que debe de haberla infiero
 por el tono suplicante
 en que escribe al Cardenal
 que vea de cualquier modo,
 atropellando por todo,
 sacarla de Portugal.
 Para que yo, desde luego,
 en Lisboa entrar pudiera,
 logró del Rey que me diera
 para la Regente un pliego.
 Yo, fiando sólo en mí,
 de buscaros con destino,
 tomé al instante el camino
 de Lisboa, y heme aquí
 en vuestras manos.

CASTEL-MELHOR

Yo estoy
 en las vuestras; mas espero
 que no extrañéis, caballero,
 lo que á preguntaros voy.

DON LUIS

No, á fe; mas vengo tal cual
 instruído, y adivino
 la pregunta: soy sobrino
 del cardenal Sandoval.

CASTEL-MELHOR

No me previno este honor
vuestro tío.

DON LUIS

Remitid
cumplidos, y permitid
que á vuestra amistad se ofrezca
Luis Sandoval, por más saña
que entre Portugal y España
hoy encendida aparezca.

CASTEL-MELHOR

Don Luis, la guerra no es
entre España y Portugal
un combate personal
de español á portugués;
y demostraros espero
pues importa al honor mío,
que tiene en mí vuestro tío
un amigo verdadero.

DON LUIS

Dudarlo fuera mancilla
en mí, que, después de Dios,
fío, señor Conde, en vos.

CASTEL-MELHOR

Y hacéis bien; mas ¿por Castilla,
qué dejáis?

DON LUIS

Nada de nuevo
para vos, que sois llamado
á los consejos de Estado;
aunque ocultaros no debo
que más que nunca se piensa
en atacaros con brío.

CASTEL-MELHOR

Cual vuestro ataque, confío
que ha de ser nuestra defensa.

DON LUIS

Por lo demás, en Madrid,
lo mismo que siempre ahora,
se festeja, y se enamora,
y se riñe. Va la lid
siguiendo, como aquí, en Flandes

y en Italia; sus noticias
cuentan unos como albricias,
y otros descalabros grandes
lloran. Se baila, se miente,
y se murmura y se juega;
se aplaude á Lope de Vega
y á Calderón, y la gente
vive, si no muy contenta,
hallada con sus costumbres,
tomando las pesadumbres
de las venturas á cuenta.

CASTEL-MELHOR

¿Y el Rey?

DON LUIS

Quisiera doquier
triunfar; los planes propone
él, más Dios los dispone,
y él dice: «¡Cómo ha de ser!»
La Reina quiere algo mal
á don Juan de Austria; bastardo
le llama, y ocioso y tardo
en ganar á Portugal.
Pide él lo que ha menester,
le dan lo que no le alcanza;
se quejan de que no avanza,
y él dice: «¡Cómo ha de ser!»
Tal es nuestro estado actual;
conque á pesar de la guerra,
por ahora nuestra tierra
no somete á Portugal.
Se pierde y gana jornada
tras jornada; pero al caso
viene, y adviértoos de paso
que Évora ha sido ganada.

CASTEL-MELHOR

¿Ganada?

DON LUIS

Sin duda alguna

CASTEL-MELHOR

Y ¿cuándo?

DON LUIS

Al rayar el día,
la guarnición se rendía.
Tengo la mala fortuna

de ser triste portador
de esta noticia fatal.

CASTEL-MELHOR

Juego es la guerra: da mal
un día, y otro mejor.

DON LUIS
(Con misterio.)

Esta jugada, perdida
no fué por fatal destino;
traidora mano intervino
en los dados: fué vendida.

CASTEL-MELHOR

¿Évora vendida?

DON LUIS

Pruebas
tengo, y en ellas confío
un secreto intento mío
para lograr. Pero nuevas
necesito. ¿Cómo va
por Lisboa?

CASTEL-MELHOR

No muy bien,
don Luis; se sigue también
con las costumbres de acá.
Los ingleses nos ayudan:
sueldo, rancho, armas y ropas
les damos, mas vuestras tropas,
por lo visto, les desnudan.

DON LUIS

¿Y el Rey?

CASTEL-MELHOR

El Rey es un mozo
todavía.

DON LUIS

Mas con bríos;
en rondas y en amoríos
se divierte que es un gozo,
según dicen.

CASTEL-MELHOR

Algo hay de eso:
tratáronle desde niño

con excesivo cariño,
y ha salido algo travieso.

DON LUIS

¡Oh! De él cuentan por Castilla
travesuras que, á tener
fundamento, debe ser
el mozo una maravilla.

CASTEL-MELHOR

Veó que se sabe mucho
en Madrid de Portugal.

DON LUIS

Es mi tío el Cardenal
hombre en negocios muy ducho,
y ve, sin duda, muy lejos.

CASTEL-MELHOR

Y yo, en vuestro despejado
talento, que os ha guiado
con su ejemplo y sus consejos.
Vuestro tío está instruido
bien de todo. El italiano
tiene al joven Soberano
ciego, loco, envilecido.
No Rey portugués, Rey vándalo
es nuestro rey don Alfonso:
aun es un mancebo intonso,
y es ya de Europa el escándalo.
No hay vida ni honra segura:
de las orgias embriagado
sale, y va desatinado
corriendo en la noche obscura
las calles de la ciudad,
entre infames asesinos,
asaltando á los vecinos
que encuentra en la obscuridad.
Ni hay vicio con que no manche
su existencia, ni malvado
de sus presidios fugado
que á su servicio no enganche.
Y el autor de todo es
Antonio Conti, que el seso
le tiene embebido en eso.

DON LUIS

¡Maldecido genovés!
Mas ¿no hay fuerza, no hay ardid

para quitar de delante
del Príncipe á ese tunante?

CASTEL-MELHOR

Don Luis, ¿se priva en Madrid
al Rey de sus favoritos
tan fácilmente?

DON LUIS

Es que allí
no andan los reyes así
con truhanes de garitos:
mas perdonad, también mozo
soy, é indiscreto olvidé
que os hablaba.

CASTEL-MELHOR

No hay por qué;
podéis hablar sin rebozo:
pero dejemos la plática
si os parece, que interesa
que dore bien vuestra empresa
vuestra misión diplomática.

DON LUIS

Sí, á fe; la ocasión es crítica,
y hemos insensiblemente
hilvanado inútilmente
conversación de política.
Vamos de aquí.

CASTEL-MELHOR

Todavía
un momento, Sandoval,
pues si no me acuerdo mal,
hace poco que os decía
que juzgaba, salvo error,
haber hallado la prenda
que buscáis.

DON LUIS

Sí.

CASTEL-MELHOR

La contienda
de que aquí vuestro valor
me sacó con bien, no tuvo
más ocasión. La señora
que buscáis, siguiendo ahora
vine, y aquí se detuvo;

en esta plazuela entró,
y no pudo salir de ella.
Dos calles hay: por aquélla
vinimos, y no pasó
por la otra; en una es
de estas dos casas en donde
en este instante se esconde.

DON LUIS

Llamemos en una, pues.

CASTEL-MELHOR

¿Y si no es en la que está?

DON LUIS

Vamos á la otra.

CASTEL-MELHOR

Es un paso
en falso, y se pierde acaso
la ocasión. Mejor será.....

DON LUIS

¿Qué?

CASTEL-MELHOR

Si hubiera alguna seña
que daros á conocer
pudiera de ella.....

DON LUIS

A saber
si la sirve aun cierta dueña.....

CASTEL-MELHOR

En la casa que ocupaba,
tan sólo me han informado
de una moza y un criado.

DON LUIS

¿Acaso un viejo que estaba
de su padre en casa?

CASTEL-MELHOR

Sí.

Y la moza es castellana
también.

DON LUIS

¿Su nombre?

CASTEL-MELHOR

Juliana.

¿Conocéisla?

DON LUIS

¡Pesiamí!

¡Ya al cabo de todo estamos!
 Tararearé á media voz
 un canticio que veloz
 la hará asomar. Vamos.

CASTEL-MELHOR

Vamos,

pero escuchad.

DON LUIS

¿Qué hay?

CASTEL-MELHOR

¿No oís

pasos?

DON LUIS

Sí; dejad al que es
 pasar.

CASTEL-MELHOR

Guarézcanos, pues,
 ese pórtico, don Luis.

ESCENA V

CASTEL-MELHOR y D. LUIS, ocultos. GIL.
 Después CONTI, con dos hombres.

GIL

Fuera inútil la tardanza;
 que lo sepan es preciso,
 para que estén sobre aviso
 si queda alguna esperanza.

(Yendo hacia la ventana.)

Llamaré.....; mas ¡ay de mí!
 me han seguido.

CONTI

Castellano,
 disimular es en vano:
 ó hablas, ó mueres aquí.

Tu señora en esta casa
 está, y concertada tienes
 una señal, pues que vienes
 á la reja. De hoy no pasa
 que yo la hable; ponte, pues,
 en razón; canta de plano;
 habla ó mueres, castellano.

GIL

Pues mátame, portugués.

CONTI

Sí que haré, pero más tarde,
 después que me hayas servido.
 Guardádmele al mal nacido.

GIL

Mas no traidor ni cobarde.

CASTEL-MELHOR

(Á D. Luis, que quiere salir.)

Tened ¡por Dios! si queréis
 que á la mano se nos venga
 la fortuna.

DON LUIS

¡Dios me tenga!

CASTEL-MELHOR

Id, ó se pierde y os perdéis.

ESCENA VI

CASTEL MELHOR y D. LUIS, ocultos. CONTI

CONTI

Por esa mujer está
 ciego, y, ó se la hago ver,
 ó su favor y el poder
 en su mal humor me va.
 Necesito que algo tenga
 en mí siempre en esperanza,
 si quiero que mi privanza
 sobre el agua se mantenga.
 En torno de mí la intriga
 fermenta, y si no consigo
 el lazo que hasta hoy conmigo
 por sus caprichos le liga,
 apretar; si otro por dolo

logra lo que yo no pude,
yo mismo ¡necio! me inmolé,
y no hay poder que me escude.
¡Oh, no! Por fuerza ó de grado
la he de ver. Si él la ocasión
no aprovecha, en conclusión,
yo á más no me he obligado.
Si el oro al fin no lo allana,
pecho al agua. Para todo
en arriesgándose hay modo.
Veamos si á la ventana
sale alguno, que aunque tenga
convenida una señal,
en duda de si oyó mal,
fuerza es que á enterarse venga.
Intentaré, pues, con maña
explorar el campo:

(Mira por la ventana.)

viva

tienen luz y á llamar iba
el otro. ¡Bah! ¿Quién se engaña
con datos tales?

(Llama y mira.)

Mató

la bujía para estar
en sombra. Tarda: á llamar
vuelvo.

JULIANA

(Dentro.)

¿Quién?

CONTI

Abre; soy yo.

(Juliana abre la ventana, y se reconocen uno á otro.)

(La doncella es.)

JULIANA

(El hidalgo

que va con él. La deshecha
haremos, por si aprovecha
y en limpio sacamos algo.)

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR y D. LUIS, ocultos. CONTI.

JULIANA, á la reja.

JULIANA

Vamos á ver, ¿qué se ofrece,
caballero?

TOMO IV

CONTI

En vano ha sido
ocultaros: no he perdido
vuestro rastro. Resplandece
siempre el sol de la hermosura
como el sol del firmamento,
y aunque se nuble un momento,
tras los nublados fulgura.

JULIANA

Mucha poesía es ésa
para doncellas, hidalgo;
diga si de mí quiere algo
en prosa y pronto, que hay priesa.

CONTI

Esquiva es la castellana.

JULIANA

¿De Castilla me juzgáis
por el habla? Pues la erráis,
porque soy americana.

CONTI

¿Sí? ¿De qué punto?

JULIANA

De Quito;

y así, del que no me agrada
me quito pronto.

CONTI

Taimada

es.

JULIANA

Lo da el tiempo.

CONTI

Infinito

me place á mí un genio abierto
y me enamora un buen pico.

JULIANA

¡Vaya! ¿Es andaluz?

CONTI

Del Puerto;

mas vengo de Puerto Rico.

JULIANA

Diz que allí llueven doblones.

CONTI

Llover no; mas de la tierra
cualquiera los desentierra
removiendo los terrones.

JULIANA

Así tendréis muchos.

CONTI

Tantos,
que el servicio más vulgar
pago con un centenar.

JULIANA

¡Válganme todos los Santos!

CONTI

¿Qué te admira?

JULIANA

Que se atreva
nadie á miraros, que al punto
no se caiga allí difunto
de vergüenza.

CONTI

En ti la prueba
de lo contrario ves clara.

JULIANA

Es que eso va en condiciones:
yo aliento con los doblones
que me tiráis á la cara,
¡rumboso!

CONTI

Nunca me pico
de pródigo inútilmente,
y me precio de prudente
cuanto me precio de rico.

JULIANA

Y hacéis bien.

CONTI

Yo, jamás hago

limosnas ni beneficios;
pero caros los servicios
que se me hacen siempre pago.

JULIANA

¡Feliz quien os sirve!

CONTI

Pues

sírveme tú, y cobrarás
al precio que los demás
que me sirven.

JULIANA

Y ¿en qué es
en lo que os voy á servir?

CONTI

En una cosa ligera.

JULIANA

¿Y honrada?

CONTI

Como se quiera
tomar: sólo, en mi sentir,
hay honra donde hay provecho,
y aquí hay oro.

JULIANA

Pues sospecho
que nos hemos de avenir;
que á mí me place también
la gente franca, que al cabo
sabe uno que da en el clavo
cuando da el golpe.

CONTI

Muy bien

discurre; y en ese caso,
á entendernos empecemos.

JULIANA

Hablad bajo, que podemos
tener escuchas acaso.

CONTI

Segura estáis por ahora.

JULIANA

Ea, pues, ¿de qué se trata?

CONTI

De una hermosura harto ingrata
con quien rendido la adora.

JULIANA

Y ¿quién es esa hermosura?

CONTI

Tu señora.

JULIANA

¡Jesucristo!

Vamos claros: ¿habéis visto
vos á mi ama, por ventura?

CONTI

Sí, por cierto.

JULIANA

¿Y un galán
hay á quien su amor aqueja?

CONTI

Sí.

JULIANA

¡Ja, ja! Si es una vieja
con más barbas que Abraham.

CONTI

¡Una vieja!

JULIANA

Sesentona,
viuda, coja y vizcaína.

CONTI

Doña Aurora de Molina.

JULIANA

Doña Inés de Zarandona.

CONTI

Finges en balde. Hace un mes
que la sigo: nombre, estado,
condición, patria.... estudiado,
lo traigo, é inútil es
todo efugio; alucinarme
no puedes, y cuando vengo
de ti á valerme, lo tengo

bien meditado. A ayudarme
reducete, pues, y exige
precio.

JULIANA

Pero, en conclusión,
¿qué hay que hacer? Mi intervención
en esto, ¿á qué se dirige?

CONTI

Un mancebo cortesano,
noble y rico, á doña Aurora
como un frenético adora,
víctima de amor insano.
De su pasión, que ya raya
en insensata demencia,
no hay quien calme la violencia,
ni hay quien á mano le vaya.
Las rondas, los galanteos
y los billetes, han sido
no más que tiempo perdido
en plantones y paseos.
De él huyendo, al parecer,
mil veces habéis cambiado
de casa, mas ha logrado
hallaros él por doquier.
El hablarla en parte alguna
ha sido presunción vana;
no hubo puerta ni ventana
favorable á tal fortuna.
Su amor es firme, sencillo,
verdadero; él es amante
noble y galán, y, no obstante,
vuestra casa fué un castillo
para su afán amoroso
cerrado siempre: pues bien;
fuerza es que razón le den
de un odio tan misterioso.
Cuando un galán y una dama
son en condición iguales,
quien sufre desaires tales
bien de ellos razón reclama.
Y el que de tu ama los llora,
está decidido á todo
por llegar de cualquier modo
á los pies de doña Aurora.
Por declarar su pasión
á la dama en su aposento,
pagara cada momento
de la visita, á doblón.

JULIANA

Era ocasión peregrina
de enriquecerme, y me pesa
que no sea mi ama esa
doña Aurora de Molina.

CONTI

Ya te he dicho que es inútil
la ficción. A tu señora
conozco, y la doña Aurora
en cuestión es; y es tan fútil
la ignorancia que aparentas
en el asunto, que raya
en torpeza: conque, vaya,
ríndete y echa tus cuentas.
Ello ha de ser, y ha de entrar
el mancebo en esta casa:
si es por ti, pide sin tasa;
mas si no, te ha de pesar.

JULIANA

Hidalgo, ya os tengo dicho
que equivocado venís;
mas si tenaz insistís
en vuestro necio capricho,
sabed que, aunque se me diera
todo el oro que atesora
Portugal, á mi señora
tan vilmente no vendiera.
Id, pues, que es empresa vana,
porque ni amenazas ni oro
han de manchar el decoro
de la noble castellana.

CONTI

Pues bien; dila que, enemigo
de Castilla el Portugal,
en buscar aquí hace mal
una castellana abrigo.

JULIANA

Id, que el pueblo portugués
no hace á las mujeres guerra
villana: aun hay en su tierra
caballeros, pues no lo es
quien obra como obráis vos;
mas si en Portugal no hallamos
quien nos proteja, fiamos
en la protección de Dios.

CONTI

Bueno es que fiéis en ella,
porque solas os halláis;
con él y en mi mano estáis
la señora y la doncella.

JULIANA

Justicia habrá en Portugal.

CONTI

No contra mí, por ahora.
Prevénselo á doña Aurora,
y ved lo que menos mal
os ha de estar.

JULIANA

Ya está visto.

CONTI

El mancebo es poderoso.

JULIANA

Y el honor muy valeroso.

CONTI

Y él audaz.

JULIANA

Está previsto
su atrevimiento.

CONTI

Aun ignora
con quién bravea la esclava.

JULIANA

Pues juzgad si será brava,
por la sierva, la señora.

CONTI

Fiera es la virtud, villana.

JULIANA

Así se gasta en Castilla.

CONTI

Todo á la fuerza se humilla.

JULIANA

Menos la fe castellana.

CONTI

Adiós, pues, las del castillo.

JULIANA

Con Dios vaya el portugués.

CONTI

Hasta luego.

JULIANA

Hasta después.

CONTI

¿Habrás taimada?

JULIANA

¿Habrás pilló?

(Cierra la ventana.)

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR y D. LUIS, ocultos, CONTI

CONTI

A la seducción no cede;
mas mucho en ello me va,
y á la fuerza cederá:
todo la fuerza lo puede.

(Vase.)

(Don Luis quiere seguirle. Castel-Melhor le contiene.)

CASTEL-MELHOR

¡Teneos, por San Andrés!

DON LUIS

¡Dejadme!

CASTEL-MELHOR

Va bien cogido,
don Luis.

DON LUIS

¿Le habéis conocido?

CASTEL-MELHOR

Sí.

DON LUIS

¿Quién es?

CASTEL-MELHOR

(Con misterio.)

Un genovés.

DON LUIS

(Con inteligencia.)

¡Ah!

CASTEL-MELHOR

¡Silencio! Al cabo estoy
de la intriga. ¿Esa doncella
que salió á la reja....

DON LUIS

Es ella.

CASTEL-MELHOR

Oidme, pues.

DON LUIS

Hablad.

CASTEL-MELHOR

Voy

franco á ser. Si no tenéis
grande confianza en Dios,
vámonos de aquí.

DON LUIS

Idos vos,
Castel-Melhor, si queréis.

CASTEL-MELHOR

¡Señor don Luis!

DON LUIS

Yo me quedo.

CASTEL-MELHOR

La vida me habéis salvado,
y moriré á vuestro lado.

DON LUIS

Gracias.

CASTEL-MELHOR

Hago cuanto puedo:
mas ya oisteis; volverá.

DON LUIS

Y yo le recibiré.

CASTEL-MELHOR

Tal vez no solo.

DON LUIS

Lo sé.

CASTEL-MELHOR

Adelante.

DON LUIS

Dios dirá.

A mí jamás me desola
el peligro; y pues tenemos
tiempo aún, Conde, arreglemos
el negocio á la española.

CASTEL-MELHOR

Contad conmigo.

DON LUIS

Yo traje

cinco leales, que están
en la hostería de San
Telmo, ahí cerca. A mi paje
llamad, dadle esto, y con vos
vendrán. Ponedles allí;

(En el pórtico.)

decidles que estoy aquí,
y encomendadnos á Dios.
Mas si hay tiempo, y por fortuna
ese hombre tarda, ó no viene,
mirad si esta casa tiene
por la espalda entrada alguna.
Sea puerta, reja ó cualquiera
pasaje, de todos modos
franco estará, y Cristo con todos:
entrada, y yo en espera.

CASTEL-MELHOR

Os comprendo: mas ¿me dais,
don Luis, palabra de honor
de que el otro.....

DON LUIS

No temáis;
sé quién es, Castel-Melhor.

(Vase Castel-Melhor, saludando á D. Luis con inteligencia.)

ESCENA IX

DON LUIS

Pues señor, ¡bien! De la guerra
á pesar de los reveses,
estos buenos portugueses
se divierten en su tierra.
Su juego, á fe, no es bastante
leal; pero á tiempo llego
y á tomar voy en el juego
cartas, y trampa adelante.
Por lo visto, sus jugadas
van por oros: no es mal palo;
mas veré si les igualo
la partida por espadas,
y ¡ay de ellos si en un renuncio
les atrapo! Mas la hora
se adelanta apriesa.

(Llama á la ventana.)

Aurora.....

Como él ha hecho el anuncio
de su vuelta, se recela
de su traición, y lejano
me juzga. Mas no fué en vano
nuestra antigua cantinela,
tantas veces repetida
en la morisca Granada,
para que tenga olvidada
letra que fué tan sabida.

(Recitando á media voz junto á la ventana.)

Aurora de mis ojos,
sol de mi vida,
á tu albor se despierta
mi alma dormida.

Sal á tu oriente
para que adore mi alma
tu luz fulgente.

(Juliana abre la ventana al concluir D. Luis su cantinela.)

ESCENA X

DON LUIS, JULIANA, á la reja. Después D.^a AURORA,
idem.

JULIANA

¡Virgen santísima, él es!

DON LUIS

Yo.

JULIANA

Venid, venid, señora.

DOÑA AURORA

¡Mi don Luis!

DON LUIS

¡Mi doña Aurora!

DOÑA AURORA

Llegas á tiempo.

DON LUIS

Tus pies
á besar.

DOÑA AURORA

Y escudo á ser
de mi honor, que está cercado
de peligros.

DON LUIS

Sin cuidado
respira ya.

DOÑA AURORA

Qué temer
no tengo si estás conmigo.

DON LUIS

Sabes que tuya es mi vida.

DOÑA AURORA

¡Ah, don Luis! Tal vez vendida
la traes por mí al enemigo.

DON LUIS

No temas: soy mensajero
de un pliego del Cardenal,
y libre de Portugal
sacarte conmigo espero.

DOÑA AURORA

No sabes entre qué redes
estoy presa.

DON LUIS

Allí escondido,
coger un hilo he podido.

DOÑA AURORA

Desenredarle no puedes
tú solo.

DON LUIS

Tal vez, Aurora,
le hilaré de modo tal,
que haga con él un dogal
al que le ha hilado hasta ahora.

DOÑA AURORA

No hay fuerza que á su garganta
le ate.

DON LUIS

Ese es cuidado mío:
al que tiene ingenio y brío,
ninguna fuerza le espanta.
Yo he cruzado los contrarios
territorios por hablarte,
forjando para salvarte
mil intentos temerarios.
Escudado solamente
por un pliego (vano acaso),
he sabido abrirme paso
del Rey y de la Regente
hasta la cámara. Un hora
no ha que llegué, y la más rara
casualidad me depara
tu encuentro. ¿Qué teme, Aurora,
el que tiene á la fortuna
decidida en su favor,
y siente el doble valor
de dos almas puesto en una?
Yo te amo, Aurora; en la tierra,
ventura sin ti no encuentro,
ni sin ti esperanza dentro
de mi corazón se encierra.
Por ti vengo; y arrogante
con el valor que atesora
mi amor en mi pecho, Aurora,
no hay peligro que me espante.

DOÑA AURORA

Y yo, á quien sola en el mundo
de mi buen padre la muerte
dejó, fio en ti mi suerte.
Ciego, idólatra, profundo,
para ti mi corazón

su amor guarda eterno y solo,
y á él entera me inmolo
como tú á mi salvación.

DON LUIS

Aurora mía, al venir
hoy tu amor á socorrer,
no hago yo más que cumplir
de noble con el deber.
La muerte te dejó sola
en esta corte estragada,
expuesta á la audaz mirada
de un mancebo, que española
mirándote y sin amparo,
á sus plantas te juzgó,
y un paso hacia ti avanzó
para hollar tu honor preclaro.
Mas primero que mancilla
ponga en ti, verá quién es,
el fidalgo portugués,
un amante de Castilla.

DOÑA AURORA

¡Alma noble!

DON LUIS

Ahora, amor mío,
nuestro tiempo aprovechemos,
que no es mucho el que tenemos.
Un amigo de mi tío
el Cardenal, que por nuestra
suerte en mi favor está,
á buscarme volverá;
y es necesario una diestra
retirada imaginar,
porque en posición tan crítica
vale más en la política
que en la fuerza confiar.

DOÑA AURORA

Entra, pues, y convenida
la marcha que más conviene
seguir....

DON LUIS

¿Por ventura tiene
esta casa otra salida?

DOÑA AURORA

No sé.

DON LUIS

Temo que ésta presto
nos obstruyan, y es preciso
tener de mi gente aviso
antes de dejar el puesto.

JULIANA

(Por la puerta.)

Entrad, don Luis.

DON LUIS

(Á Juliana.)

Voy allá.

(Á D.^a Aurora.)

Aurora, de cualquier modo,
¿estás bien resuelta?

DOÑA AURORA

Á todo.

DON LUIS

Pues adelante: saldrá
lo que Dios quiera. Juliana,
mientras que yo me aseguro
de la casa, tú en lo obscuro
mantente de la ventana;
y no me pierdas de vista
la plazuela.

(Entran por la puerta y vuelve á parecer Juliana
en la ventana.)

ESCENA XI

JULIANA

(Á la ventana.)

Ya está puesta
la atalaya. ¡Con bien de ésta
nos saque Dios! Nadie chista
todavía: nada veo.
¿Qué se hará Gil? Ya debiera
de haber venido: siempre era
un amigo más, y creo
que no estamos para andar
eligiendo. Mas obremos
con precaución y miremos
sin que dé qué recelar

la reja abierta, y fatiga
inútil sea. Allí enfrente
veo ya en la sombra gente:
¿Será amiga ó enemiga?

ESCENA XII

CONTI, UN JUEZ, DOS ALGUACILES y una ronda
de hombres.

CONTI

Alto aquí: vosotros dos
esa calle tomaréis
y mi seña aguardaréis:
id.

(Al Juez.)

Con vuestra ronda vos
en esa casa llamad:
dos mujeres españolas
están dentro de ella solas:
en nombre del Rey tomad
á las dos presas: si alerta
están y os niegan la entrada,
por debajo apalancada,
desencajadles la puerta
y entrad. Si os alzan el grito,
ahogadles la voz; mas todo,
con decencia y con buen modo
que se cumpla necesito.
Y cuenta con la torpeza,
señor Juez, porque es asunto
en cuyo éxito barrunto
que arriesgamos la cabeza.

(El Juez vá á llamar á la puerta. Conti se retira al pórtico
de la izquierda.)

¡Pobre corza, en tu guarida
postrimera a corralada;
corrido has desesperada,
pero al fin estás cogida!

(Llama el Juez.)

JUEZ

No responden.

ALGUACIL

Por malicia
tal vez.

CONTI

Puede; repetid.

ESCENA XIII

DICHOS. JULIANA, á la reja.

JULIANA

¿Quién va á estas horas?

JUEZ

Abrid.

JULIANA

¿Que abra? ¿Á quién?

JUEZ

A la justicia.

JULIANA

¡Vaya un chiste! ¿En esta casa
la justicia? Equivocados
venís.

JUEZ

Ved que autorizados
á todo estamos, y tasa
no tiene nuestro poder;
y en la casa para entrar,
todo lo hemos de intentar:
conque ved cómo ha de ser.

JULIANA

Prohibe allanar la ley
las casas.

JUEZ

Pues á ver vais
que se allanan si os negáis
á abrir. En nombre del Rey
os requiero la postrera
vez para que abráis de grado,
de no, á la fuerza, obligado,
apelaré.

JULIANA

De manera,
que lo que yo hacer podré
será avisar á mi ama
que es la justicia quien llama,
y lo que me mande haré.

JUEZ

Tres veces á llamar voy:
si á la tercera la puerta
no está á la justicia abierta,
con ella en el suelo doy.

JULIANA

Yo aquí no soy la señora,
y mi obligación haré:
haced vos lo que os esté
mejor.

(Cierra.)

CONTI

(Aparte.)

¡Oh! Lo que es ahora,
todo cuanto discurráis
será en balde.

JUEZ

(Llamando.)

Dos.

CONTI

(Al Juez.)

Si franca
no está á la otra, la palanca
meted, y nada temáis.
Servicio del Rey.

ALGUACIL

Ya siento
pasos.

(Mirando por la cerradura.)

Ya viene.

JUEZ

A la entrada,
mano echad de la criada.

ALGUACIL

Por supuesto, en el momento.
Ya gira en la cerradura
la llave.

(La puerta se abre y entran el Juez y alguaciles.)

EL JUEZ

¡Adelante!

JULIANA

(Dentro.)

¡Ay, Dios!

CONTI

Como me la lleve en pos,
mi fortuna está segura
por ahora.

ESCENA XIV

CONTI y CASTEL-MELHOR

(Mientras Conti espera guarecido del pórtico, Castel-Melhor, embozado hasta los ojos, coloca dos hombres uno á cada esquina de los dos edificios laterales, quedándose él á un lado é inmóvil.)

CONTI

Se entretiene
demasiado. Mas ¿qué es esto?

(Va á salir y ve los de Castel-Melhor.)

¿Quién ahí esa gente ha puesto?

¿Quién es el que se mantiene
inmóvil allí detrás
de la esquina? A verlo voy.

(Al salir Conti del pórtico, salen por la puerta de la casa D. Luis, D.^a Aurora, Juliana, el paje y cuatro hombres embozados, los cuales y Conti, avanzando, se hallan en medio de la escena.)

ESCENA XV

CONTI, D. LUIS, D.^a AURORA, JULIANA,
CASTEL-MELHOR y embozados.

CONTI

Mas ¿qué es lo que viendo estoy?
¡Traidores!

(Al irse para ellos, D. Luis le pone una pistola al rostro; los demás siguen.)

DON LUIS

Un paso más,
y sois muerto.

CONTI

¡Castellanos
aquí!

DON LUIS

Sin duda ninguna,

signor Conti; y fué fortuna
que dierais en tales manos.

(A una seña de D. Luis, el paje y sus hombres
se apoderan de Conti.)

Sólo es cosa de quedar
unas cuantas horas preso
en esta casa; con eso,
no me podréis estorbar.

CONTI

Mas, caballero.....

DON LUIS

A fe mía

que lo soy, pues en mi mano
estáis, y os late villano
el corazón todavía.

Entrad, pues, ó ¡vive Dios,
señor Conti, que una bala
todas las cuentas iguala
esta noche entre los dos!

(Le llevan.)

Atadle, y cerrad después.
Que Portugal le detesta
me han dicho..... Portugal, de ésta
se libra del genovés.



ACTO SEGUNDO

Despacho de la Reina Regente: puertas en el fondo y á la izquierda. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

LA REINA y CASTEL-MELHOR

LA REINA

No es posible gobernar con semejante desorden: dentro de un año volvemos á estar de los españoles bajo el poder, si esto sigue. Lo que el Consejo dispone, el Rey lo estorba. Ni llegan á nuestros jefes sus órdenes á tiempo, ni oro hay bastante para que el Rey lo derroche con el favorito infame, en vicios y diversiones vergonzosas. Cada día que amanece, de sus torpes hazañas viene á advertirnos, emprendidas por la noche. Vamos perdiendo las plazas unas tras otras. Mouforte, Veyros, Ocrato, Fonteyra y Onguela ven los pendones castellanos á estas horas, tremolar sobre sus torres. Osuna ganó á Escalona; don Pedro de Acuña corre las campañas de Portela y Castel-lindoso; enormes sumas nos cuesta el ejército: tenemos más fe en los hombres que le mandan, ingenieros y generales mejores

que los castellanos, y sólo murmurar se oyen derrotas y descalabros..... Y esto, ¿en qué consiste, Conde?

CASTEL-MELHOR

Señora, yo en el Consejo expuse mis opiniones muchas veces: todos saben la razón y los autores de nuestras malas venturas; mas no hay, en verdad, quien ose ir contra la voluntad del Príncipe y del que acoge en su favor. Mi franqueza Vuestra Majestad perdone; mas ni Portugal ni el Rey se salvan, mientras que Conti le aconseje. Él es quien tuerce del Rey las inclinaciones, avivando los instintos de su corazón, cual joven, vicioso y ardiente. Él es quien le obliga relaciones á contraer con las gentes más impúdicas é innobles, y él es, en fin, quien el oro de Lusitania recoge, y en Génova, patria suya, astuto á salvo le pone, para cuando la fortuna en Portugal se le torne.

LA REINA

Mas ¿no hay, Conde, quien le ataje?

¿No hay medio que, sus traiciones patetizando, este germen de nuestra ruina sofoque?

CASTEL-MELHOR

Dos veces le habéis la entrada prohibido en vuestra Corte, y el Príncipe á su Real cámara le ha llamado; no conoce límites ya su impudencia; él manda, él reina, él absorbe todo el poder, y á vendernos va, como haya quien nos compre.

LA REINA

¡Sí, sí! ¿Qué hay común entre él y nosotros? ¿Qué razones ni que intereses le ligan á Portugal?

CASTEL-MELHOR

Sus mayores, ni en Génova fueron nunca preclaros, ni nunca nobles cargos hubieron; y aquí, tal vez fugados y pobres, llegaron á guarecerse; y como orugas que roen el árbol que les da vida, de sus mismos protectores fueron el caudal royendo con mil especulaciones clandestinas, elevándose desde siervos á señores. Tal fué su padre; tal es, señora, ese Antonio Conti: mercaderes que por patria sólo el oro reconocen; espuma que sobrenada sólo en las revoluciones.

LA REINA

Castel-Melhor, es preciso que esto concluya, y que logre Portugal, de un modo ó de otro, verse libre de este azote. En vano el yugo rompimos español, si nos le impone más duro un vil favorito;

y es en vano que tremolen las quínolas portuguesas enfrente de los leones castellanos, si es forzoso que sus victorias deshonre un Príncipe que, entregado á semejantes traidores, el verdugo es de su pueblo y el escándalo del orbe. Los consejeros están llamados para las once secretamente en mi cámara; y para que se reporte el Rey en sus demasías, se acordarán los mejores medios que ocurran. Preciso es que el Rey oiga las voces de la razón. Como madre y como Reina, me impone mi deber el de atajarle en el sendero por donde á su perdición le arrastra quien su corazón corrompe. Castel-Melhor, es preciso, aunque sus iras provoque, que escuche el Rey de mi boca la verdad, y á condiciones razonables se reduzca antes que su reino asole el genovés.

CASTEL-MELHOR

Imagino, señora, que las razones nada harán, y los consejos llegan tarde, porque Conti tiene su alma prisionera en la red de las pasiones. Esa es la cizaña que hace que en su corazón no broten de la virtud las semillas, y nunca darán ya flores sin que el campo de su alma de cizaña se desmonte.

LA REINA

Mas ¿cómo?

CASTEL-MELHOR

Vos sois, señora,

su madre, y la que en el nombre de la ley mandáis.

LA REINA

La intriga
me ata las manos.

CASTEL-MELHOR

Entonces,
en las de Dios entregaos
y dejad al tiempo que obre.

ESCENA II

DICHOS y UN PAJE que entra con una bandeja.

LA REINA

¿Qué hay?

PAJE

Un pliego.

(Se lo da.)

Está aguardando
el portador vuestras órdenes.

CASTEL-MELHOR

(Saludando en actitud de retirarse.)

Señora....

LA REINA

Esperad: acaso
me vais á hacer falta, Conde.

(Viendo el pliego.)

Nuevas de España; contestan
á mis comunicaciones.

(Lee aparte.)

«Señora:

»Como Secretario de S. M. el Rey D. Felipe IV de España, estoy encargado de contestar á la postrera comunicación que nos habéis hecho el honor de dirigirnos. Su Majestad siente mucho que el decoro de su nación no le permita complaceros aceptando las treguas y pactos que le proponéis, pues que la guerra está ya demasiado empeñada, y de su parte la fortuna.

»Por lo tocante al canje de prisioneros, S. M. le acepta con todas las condiciones propuestas; y el portador de este

pliego, D. Luis de Sandoval, lleva instrucciones que os manifestará de palabra.

»Madrid, etc., etc.»

(Al paje, representando.)

Decid que entre al mensajero de Castilla. Altivo ahora está el español.

ESCENA III

LA REINA, CASTEL-MELHOR y D. LUIS

DON LUIS

(Saludando.)

Señora....

LA REINA

Acercaos, caballero.
Con don Luis de Sandoval,
según este pliego advierte,
hablo.

DON LUIS

Por mi buena suerte,
señora, y el favor Real.

LA REINA

Muy joven sois todavía;
mucho en vos debe fiar
vuestro Rey, cuando á tratar
negocio tal os envía.

DON LUIS

Señora, es el Secretario
del Rey de España mi tío,
y al favor suyo, no al mío,
debo el ser vuestro emisario.

LA REINA

Discreto sois y modesto.

DON LUIS

Si á vuestros ojos valor
cobro alguno, es el honor
de que en mí los hayáis puesto.

LA REINA

Tan noble cortesanía,
me reconcilia, en verdad,
Sandoval, con vuestra edad.

DON LUIS

Con vuestra venia osaría
una observación haceros.

LA REINA

¿Cuál?

DON LUIS

Son los nobles de España,
cual bravos en la campaña,
en la Corte caballeros.

LA REINA

A ser todos tan corteses
como vos, de otra manera
la Corte de España viera
nuestros mutuos intereses.
A su Rey propuse un medio
de transacción, que orgulloso,
no tiene por decoroso
aceptar.....; bien: ¿qué remedio?
Como hasta aquí nuestra tierra
defenderemos, y puede
que lo á que altivo no accede,
le obligue á aceptar la guerra.
Sus instrucciones tenéis
vos: para con Portugal,
os sirve de credencial
el pliego que me traéis.
Hablad.

DON LUIS

Ved la lista nuestra
de prisioneros; si agrada
á Portugal, aceptada,
cual la hagáis será la vuestra.

(La da un papel, que la Reina lee.)

LA REINA

Bien. Las personas que están
aquí escritas, pasaporte
obtendrán de nuestra Corte,
y á España libres irán.

DON LUIS

Las que por vos señaladas
fueren, en número igual,
volverán á Portugal
hasta la raya escoltadas,
con seguridad y honor.

LA REINA

Mi lista recibiréis;
y ved si de mí queréis
algo vos. Embajador
tan galán y cortesano,
pluguérame que memoria
llevara satisfactoria
del Gobierno lusitano.

DON LUIS

Siempre el suelo portugués
con gusto ha de recordar
quien tuvo el honor de estar
un momento á vuestros pies.
Mas con tal benevolencia,
seguro de no enojaros,
me arrojaré á demandaros
una gracia.

LA REINA

Si en su esencia
no es cosa que á tribunal
ó á consejo alguno atañe.....

DON LUIS

No es cosa que á nadie dañe;
es asunto personal
mío.

LA REINA

Tendré á dicha el daros
cualquiera satisfacción.

DON LUIS

Y yo en hallar ocasión
en la que poder pagaros.
Hay una dama española
en Lisboa, cuya suerte
me interesa, á quien la muerte
de su padre dejó sola
en el mundo, y me pluguiera
que de esa lista en la suma
de los nombres, vuestra pluma
el de esta dama añadiera.

LA REINA

¡Hola! A lo que se me alcanza,
sois á un tiempo embajador
en política y amor.

DON LUIS

Perdonad si en la esperanza
que á concebir me ha impelido
vuestra Real benevolencia,
osada mi inexperiencia,
al demandar se ha excedido.

LA REINA

¡Oh! Nada de eso. Esa dama,
¿cómo está en Lisboa?

DON LUIS

Vino
con su padre, que un destino
sirvió con provecho y fama
en América, y sentó
casa aquí cuando mi Rey
daba á Portugal la ley....
que vuestro esposo abolió.

LA REINA

Y ¿vos la habéis conocido
en Madrid ó en Portugal?

DON LUIS

Parienta del Cardenal
fué su madre, y he venido
por orden suya tres veces,
á visitarles amigo.
Pero sin duda os fatigo
con tamañas pequeñeces.

LA REINA

¡No, por cierto, no! Decid,
pues, el nombre de esa dama
que vuestro interés reclama,
é irá, si gusta, á Madrid.

DON LUIS

Doña Aurora de Molina.

CASTEL-MELHOR

¡Ah!

LA REINA

(Á Castel-Melhor.)

Os habéis sorprendido,
Conde. ¿Sois su conocido?

TOMO IV

CASTEL-MELHOR

Algo.

LA REINA

Y ¿es....

CASTEL-MELHOR

¡Oh, peregrina!
Pero si me es otorgado
dar mi opinión....

LA REINA

Mi permiso
tenéis.

CASTEL-MELHOR

Pues bien; soy de aviso,
señora, que es excusado
cuanto en favor de esa dama
se haga.

LA REINA

¿Por qué?

CASTEL-MELHOR

Porque existe
un galán, á quien asiste
fuerza mayor, que la ama.

LA REINA

¡Ah! Si esa dama, á otro amor
inclinada, en Portugal
se halla bien....

CASTEL-MELHOR

Sin duda, mal
me expliqué

LA REINA

Hacedlo mejor,
pues, señor Conde. ¿Quién es
ese galán?

CASTEL-MELHOR

A su nombre,
no debe osar ningún hombre
en el reino portugués.

LA REINA

¡Oh! ¿Qué decís? Esa dama
es....

15

CASTEL-MELHOR

Con la que el favorito
distrae al Rey.

LA REINA

(Con interés.)

Necesito

pruebas.

CASTEL-MELHOR

(Encogiéndose de hombros.)

De pública fama
lo sé no más. Se asegura
que Conti, sobre su huella
va, y en relación con ella
está ó estarlo procura;
que sitiada ó asistida
doquier se ve, y galanteada
por una sombra embozada
que con él va.

LA REINA

¿Está vendida

tal vez?

DON LUIS

Perdonad, señora,
que os ataje: vuestra lengua
iba á afirmar una mengua
que no cabe en doña Aurora.
El Príncipe está por ella
ciego; mas ese menguado
de Conti, es quien ha jurado
entregarle á esa doncella.

LA REINA

¡Oh! ¡Siempre ese hombre fatal!

CASTEL-MELHOR

Contra él y el amor del Rey
podrá bien poco la ley.

DON LUIS

¿No hay justicia en Portugal?

LA REINA

Contra ese vil favorito,
acaso posibles pruebas
no habrá jamás.

DON LUIS

¿Y si nuevas
os doy yo, que de un delito
le convencen tan villano,
que no pueda su castigo
evitar, por más que amigo
le proteja el Soberano?

LA REINA

¿Con pruebas irrecusables?

DON LUIS

Con pruebas indestructibles
y testigos infalibles;
cartas tuyas innegables.

LA REINA

¡Oh! Si eso hacéis, portador
sois del bien de Portugal,
y nada le estará mal
ceder á su salvador.

DON LUIS

Pues bien; si se libra á Aurora
de manos del joven Rey,
en las manos de la ley
entrego á Conti, señora.

LA REINA

Pues si ante el Consejo vos
de Conti el crimen probáis,
cuando á Madrid os volváis
irá la dama con vos.
Y si os importa ocultar
el nombre.....

DON LUIS

Es indiferente,
señora, completamente,
pues pronto os ha de llegar
una noticia de oficio,
que indignación general
excitará en Portugal,
pero que pondrá propicio
al pueblo todo, hacia aquel
que pruebas os suministre
que logren que se administre
justicia al fin contra él.

LA REINA

¿Noticia tal....

DON LUIS

Permitid
que os la calle. Por ahora,
mensajero soy, señora,
nada más que de Madrid.
Y á más me quiero excusar
de veniros á traer
noticias que os han de ser
ciertamente de pesar.
Al Consejo las daré;
mas no como acusador,
como mero relator
de un hecho, del cual doy fe.

LA REINA

¡Oh! Bien supo el Cardenal
lo que se hizo, caballero,
cuando envió por mensajero
su sobrino á Portugal.
Claro está el canje cuál es
que vuestra misión reclama.

DON LUIS

Muy claro: por esa dama,
el Ministro genovés.
Ved si os conviene, señora;
yo á vuestra elección lo dejo.

LA REINA

Don Luis, seguidme al Consejo.

DON LUIS

Vuestro es Conti.

LA REINA

Y vuestra Aurora.

(La Reina se adelanta hacia la puerta de la izquierda.
Don Luis se dispone á seguirla. Castel-Melhor les hace
paso, saludando á la Reina, y al pasar D. Luis por de-
lante de Castel-Melhor, se dicen aparte:)

DON LUIS

(Á Castel-Melhor.)

(¿Qué tal, Conde?)

CASTEL-MELHOR

(Á D. Luis.)

(A maravilla.)

LA REINA

(Á Castel-Melhor desde la puerta.)

Aguardad, Castel-Melhor,
un momento.

(La Reina y D. Luis entran por la puerta
de la izquierda.)

ESCENA IV

CASTEL-MELHOR

Pues señor,
bien se porta el de Castilla.
Con buen mozo se las ha
el genovés. Esto es hecho;
Conti naufraga. ¿En provecho
de qué costa? Se verá.
Sin embargo, puede ser
que del naufragio á pesar,
se logre asido salvar
al cable del Real poder
y llegue vivo hasta el muelle.
No, ¡pardiez! El temporal
es preciso que sea tal,
que para siempre le estrelle.
El pueblo es mar engañoso:
cuando más calma aparenta,
prepara mayor tormenta
en su seno proceloso;
y acaso las alas suaves
del vientecillo más blando,
la tempestad desatando,
echan á pique las naves.
¡Oh! Vertida esa noticia
por el pueblo en buen instante,
fuerza es que el agua levante
á la tempestad propicia.
Y sí la levantará;
y á tal punto, que, de cierto,
ni al Rey ni á Conti, en el puerto
la tempestad cogerá.
Y si el Rey quiere salir
vivo del revuelto mar,
tendrá á Conti que dejar
entre sus ondas morir.
Porque al mar en su furor
todó el mundo ha de temer,
y á los dos á socorrer
sólo irá un buen nadador.
(Hablan dentro.)

Mas toman tono harto recio esas voces. ¿Quién la ley de la etiqueta, en desprecio tal puede tener?

UN PAJE

(Abriendo la puerta del fondo.)

El Rey.

ESCENA V

EL REY y CASTEL-MELHOR

EL REY

¡Hola! ¿Tú también aquí, Castel-Melhor? Por ventura, ¿será lo que se murmura cierto?

CASTEL-MELHOR

¿Qué, señor?

EL REY

Que en mí pones osado la lengua, asistiendo al conciliábulo de la Regente.

CASTEL-MELHOR

Y ¿quién pábulo da á tal aserto en mi mengua?

EL REY

Tal vez quien por el honor de su Rey sin treguas vela.

CASTEL-MELHOR

Ó tal vez el que recela que yo mine su favor.

EL REY

La Reina conserva amigos entre los cuales estás, y tus amigos quizás son del Príncipe enemigos.

CASTEL-MELHOR

Os informaron muy mal de mí, si creéis, señor,

que esté de nadie á favor contra el Rey de Portugal. Al contrario: noble y fiel, por mi Rey, como quien soy, á morir dispuesto estoy; mas por él, sólo por él.

EL REY

Paréceme harta impudencia, Castel-Melhor, que hable tal quien asiste en Portugal al Consejo de Regencia.

CASTEL-MELHOR

La Regencia es el poder que al enemigo combate, y yo estoy con quien se bate vuestro honor por mantener. Soy de la Regencia en pro, porque contra el castellano representa al Soberano; mas por la Regencia, no. Y si el Rey dijera un día: «Yo solo el Rey soy aquí», la Regencia contra sí y en pro del Rey me tendría.

EL REY

¿De veras?

CASTEL-MELHOR

Sin duda alguna.

EL REY

¿Y si eso dice hoy el Rey?

CASTEL-MELHOR

Olvidará que la ley se lo veda.

EL REY

¿Y si ninguna quiere ya el Rey tolerar que sus derechos coarte?

CASTEL-MELHOR

Le diré que el estandarte de la rebelión va á alzar.

EL REY

Jamás es rebelde el Rey.

CASTEL-MELHOR

Lo mismo pienso, señor;
mas un coto á su menor
edad señala la ley.

EL REY

Los bríos hacen mayores
á los reyes; y aunque mozo
el Rey, piensa sin rebozo
despedir á sus tutores.

CASTEL-MELHOR

Mas tendrá alguna razón
que dar, y al pueblo fianza
de que con esta mudanza
mejora de condición.
Necesitará cumplir
lo que prometa, bajar
los impuestos, ordenar
el ejército, y salir
al campo contra Castilla
y pelear, y vencer,
si á la Corte ha de volver
soldado y Rey sin mancilla.

EL REY

Y entonces, ¿para qué tiene
tantos sabios Tribunales,
Ministros y Generales
como en su reino mantiene?
El Rey ¿ha de ser esclavo
de su reino hasta el exceso
de ocuparse en todo eso,
de su gloria en menoscabo?
Los Generales harán
la guerra; harán los Ministros
las leyes; los suministros
los mercaderes darán.
Entenderá cada cual
en lo que le toque, y
don Alfonso sexto así
será el Rey de Portugal.
Será, al menos, de su casa
el dueño, y tendrá en su erario
el dinero necesario,
sin que se le ponga tasa
en sus gustos y amistades;
y premiará á sus amigos,

y hará que sus enemigos
respeten sus voluntades.
Ahora, pues, Castel-Melhor,
esta misma noche intento
ser el Rey; ¿contigo cuento,
por supuesto?

CASTEL-MELHOR

No, señor.

EL REY

¡Traidor! ¿Te vuelves atrás?

CASTEL-MELHOR

No, por cierto. Os proponía
ser Rey como os convenía;
¿aceptado habéis quizás?
Cuando á la Reina quitéis
el poder para así obrar,
¿qué razón vais á alegar?
¿Que lo hacéis porque queréis?
¿Que os cumple á vuestro capricho
vivir como Soberano,
sin que os vayan á la mano
desde ahora? Ya os lo he dicho,
señor: yo estoy por el Rey
y en contra de la Regencia,
mas quiero que la prudencia
Real se escude con la ley.
Que viva el Rey, se supone,
á su gusto quiero, es justo,
pues Rey es; mas á su gusto
la política se opone.
En guerra estamos, y son
los triunfos del otro bando;
decid que tomáis el mando
por salvar á la nación.
Se quejan los portugueses
de los Ministros; nombrad
otros que seguridad
presten á sus intereses.
Quisieran..... (dejad, señor,
que os hable al fin con franqueza)
que ya vuestra ligereza
juvenil fuera menor.
Decid que reconocido
vuestra distracción habéis,
y que recobrar queréis
el tiempo que habéis perdido.
Decid que su independencia

amáis, y por el país
á lidiar os prevenís,
y va á pique la Regencia,
y el pueblo en vuestro favor
se levantará, y haréis
cuanto queráis, y podéis
contar con Castel-Melhor.

EL REY

¡Oh! Tienes razón, ¡pardiez!
Tu consejo es excelente,
Castel-Melhor.

CASTEL-MELHOR

Imprudente
me excedo al hablar, tal vez;
mas el bien de mi señor
pudo arrastrarme á decir
lo que debiera medir
mi pensamiento mejor.

EL REY

No; con gusto te escuché
y tu opinión me propongo
seguir. Y ahora, ¿supongo
que eres mío?

CASTEL-MELHOR

Aun no lo sé.

EL REY

Castel-Melhor, desde niño
indulgentemente te traté;
pero fia mucho, á fe,
tu osadía en mi cariño;
¡te mofas, Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

¡Dios me libre! Pero junto
á vos me tendréis si un punto
dilucidamos, señor.

EL REY

¿Cuál es?

CASTEL-MELHOR

El pueblo aborrece
á un amigo vuestro, y fiel
no os será mientras que de él
no os apartéis.

EL REY

Me parece
que eres tú quien le detesta
y entras también en la liga
contra él hecha.

CASTEL-MELHOR

Dios maldiga
la discordia, señor. Esta
es del pueblo la opinión;
y cuando os la manifiesto,
no es porque yo le detesto,
sino porque la nación
no le quiere, y es preciso,
puesto que á ello me obligáis,
que os lo diga; no reináis
con tal Ministro, os lo aviso.

EL REY

Lo veremos.

CASTEL-MELHOR

La opinión
sé del pueblo.

EL REY

El Soberano
manda, y el pueblo villano
obedece.

CASTEL-MELHOR

A la razón.

EL REY

¿Cuál hay para que pretenda
mi fe de Conti alejar?

CASTEL-MELHOR

La misma que hay para echar
al salteador de la hacienda.

EL REY

¡Castel-Melhor!....

CASTEL-MELHOR

Eso es
lo que cree el pueblo, señor;
en Lisboa es salteador
lo mismo que genovés.

Me preguntáis, y en conciencia os respondo: es lo que pasa. Si Conti está en vuestra casa, el pueblo por la Regencia.

EL REY

¿Tanto le odia?

CASTEL-MELHOR

No, señor; le conoce. Nada ha hecho más de él solo en provecho, y el vulgo murmurador sus miserias le atribuye; se ofende de su altivez, y sabe mucho tal vez, señor, cuando así le arguye.

(Con misterio.)

¿Qué significa el salir de noche por la ciudad con él, en la vecindad dejándolo traslucir? Esos lances misteriosos de duelo, suerte y amor, ¿qué significan, señor, si en ello están los curiosos? Sed Rey: tenéis aposento libre y solo en el palacio, donde obrar dueño y despacio como os venga más á cuento. Mas haced que Portugal cambie de opinión. La mía es, señor, que os serviría cualquiera otro menos mal.

EL REY

(Después de un momento de duda.)

Yo soy á quien interesa estar servido, y contento de él estoy.

CASTEL-MELHOR

Metedle á intento, señor, en cualquier empresa difícil. Poned los ojos en una hermosura esquivada, presumida, hidalga, altiva; de que temple sus enojos encargadle, que la siga, la convenza, y que conduzca

un buen plan, que la reduzca á ser, de contraria, amiga.

EL REY

Ya lo está.

CASTEL-MELHOR

Y ¿en él fiáis?

EL REY

Estoy seguro.

CASTEL-MELHOR

¿Queréis apostar á que perdéis cuanto por él esperáis?

EL REY

Le quieres mal.

CASTEL-MELHOR

No, señor; pero al fin es mercader, y, hecho á comprar y vender, os venderá á lo mejor.

EL REY

Mas no lo ha hecho aún.

CASTEL-MELHOR

¡Quién sabe!

EL REY

(Después de otra pausa.)

Castel-Melhor, ya es antiguo en ti ese tono, en que ambiguo nada se halla y todo cabe; mas ya profundo, ya fútil, ora franco, ora encubierto, contra Conti, te lo advierto, para conmigo es inútil.

CASTEL-MELHOR

Yo os estimo la advertencia; mas, en tal caso, señor, el pueblo y Castel-Melhor estarán por la Regencia.

EL REY

Yo soy el Rey.

CASTEL-MELHOR

Yo el vasallo.

EL REY

Yo siempre al fin mandaré.

CASTEL-MELHOR

Yo siempre obedeceré.

EL REY

Pues no hablemos más.

CASTEL-MELHOR

Yo callo.

(Un momento de pausa en que el Rey medita y Castel-Melhor le contempla sonriendo.)

ESCENA VI

EL REY, CASTEL-MELHOR y CONTI

CONTI

(Viendo á Castel.)

¡Ah!

CASTEL-MELHOR

(Viendo á Conti.)

¡Conti!

EL REY

¡Gracias á Dios
que estás de vuelta!

CONTI

No ha sido
culpa mía.

EL REY

Pues ¿qué ha habido?
Habla.

CONTI

Señor, sólo á vos.

(El Rey y Conti se apartan á un lado. Castel-Melhor los contempla sonriéndose malignamente.)

EL REY

(Á Conti.)

¿Qué hay, Conti? Estás demudado,
descolorido, el cabello

enmarañado: ¿qué es ello?
¿Qué has hecho?

CONTI

Nos han burlado.

EL REY

¿Quién? ¿En qué?

CONTI

El diablo, sin duda,
que introducido á deshora
en casa de doña Aurora,
contra nosotros la ayuda.

EL REY

Pues ¿no me jurabas....

CONTI

Sí,
señor; estaba en mis manos;
pero están los castellanos
ya en Lisboa.

EL REY

¡Dios!

CONTI

De mí
por delante la sacaron
de su casa: me pusieron
un arma al pecho; me hicieron
rendir y me maniataron.

EL REY

Pero ¿y tu gente, qué hacía?

CONTI

En la misma habitación
de esa mujer, á traición
cogida, inerme yacía.

EL REY

¡Ira de Dios! ¿Quién á tanto
se atrevió? Y ¿en la ciudad
castellanos ya?

(La puerta del gabinete de la Reina se abre y aparecen á ella la Reina y D. Luis, que, distraídos en su conversación, se detienen á su umbral unos momentos.)

CONTI

(Viéndolos.)

¡Dios Santo!

EL REY

¿Qué es eso?

CONTI

Señor, mirad.

ESCENA VII

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI, LA REINA
y D. LUIS DE SANDOVAL

CONTI

(Al Rey.)

¿Veis ese hombre que habla ahora
con la Reina, mano á mano?

EL REY

Sí.

CONTI

Pues es el castellano
que nos robó á doña Aurora.

EL REY

¡Jesucristo!

CONTI

Él es: el mismo.

Y con la Reina está acaso
de acuerdo. No dais un paso,
señor, que sobre un abismo
no sea. De vuestras manos
el cetro por arrancar,
lé van tal vez á entregar
á los mismos castellanos.

EL REY

¡Vive Dios, que no será
mientras yo viva!

(Á la Reina.)

Señora.....

LA REINA y D. LUIS

¡El Rey!

EL REY

El Rey desde ahora.
Vos lo habéis dicho.

LA REINA

Quizá
no me comprendisteis bien.

EL REY

Me comprenderéis á mí
vos, y basta. ¿Quién aquí
permite que en paz estén
los enemigos? ¿Con cuál
derecho, por qué motivo
hay un castellano vivo
del reino de Portugal
en la Corte? ¿Quién es ese
mancebo, qué inteligencia
mantiene con la Regencia
mas que al Príncipe le pese?
¿En quién fia, cuando osado
contra lo que el Rey dispone,
á la justicia se opone
del reino? ¿Es este el cuidado
paternal de la Regencia
por el pueblo portugués
y por su Príncipe? ¿Esto es
gobernar?

LA REINA

Y esa violencia,
mancebo audaz, y ese tonó,
¿es el en que se dirige
un Príncipe á la que rige
su reino y ocupa el trono
en el nombre de la ley?

EL REY

Pues ese cargo cesó
para vos, señora. Yo
soy desde esta noche el Rey.
A las provincias irán
mis correos, anunciando
que el Rey ha tomado el mando
á los que por vos están
de gobernadores, y
vos me entregaréis los sellos
Reales, y cuentas con ellos
de mis rentas.

LA REINA

¡Eso á mí,
señor! ¿Olvidáis que soy
vuestra madre?

EL REY

Nada olvido,
señora; y cuando os las pido,
sé que en mi derecho estoy.
Quiero saber lo que pasa
en mis reinos, y tener
libertad, oro y poder
para gobernar mi casa.

LA REINA

Sois muy joven todavía.

EL REY

Fuéronlo más otros reyes
y reinaron.

LA REINA

Nuestras leyes.....

EL REY

(Con ímpetu.)

Ya no hay más ley que la mía,
señora, y os aconsejo
que obedezcáis, porque es vana
toda obstinación.

LA REINA

Mañana
se reunirá el Consejo.

EL REY

Esta noche. Acostumbrado
le tenéis á cualquier hora
á reunirse, y ahora
mismo ha de ser convocado.

LA REINA

Lo será.

EL REY

Inmediatamente

LA REINA

Y en él vistas quedarán

varias causas, que serán
falladas públicamente.

EL REY

Así al menos dejará
vuestra memoria un recuerdo
de justicia.

LA REINA

Estoy de acuerdo
con vos; pero cambiará
vuestro parecer después
de sentenciadas.

ESCENA VIII

DICHOS. UN PAJE que trae unos pliegos.

PAJE

(Á la Reina.)

Señora,
un pliego que llega ahora
del ejército.

EL REY

(Tomándole.)

El Rey es
quien lo ha de ver.

PAJE

(Á Conti, dándole un billete.)

Para vos,
señor Conti.

EL REY

(Á Conti.)

Éste le envía
Schomberg.

CONTI

(Al Rey.)

Y mi policía
éste.

EL REY

Veamos.

(Abren las cartas. Castel-Melhor pasa á colocarse entre
el Rey y Conti.)

¡Gran Dios!

Desde ayer los castellanos
tienen á Évora ganada.

CONTI

¡Cielos!

CASTEL-MELHOR

(Al Rey, aparte.)

Mirad si comprada
dice, señor: en sus manos
murmuran que entró por oro.

EL REY

¿Tú lo sabes?

CASTEL-MELHOR

Yo en conciencia
nada sé; mas la Regencia
sabrà ya lo que yo ignoro.

CONTI

(Al Rey.)

Leed, señor.

(Le da un billete: mientras lo lee, Castel-Melhor
se acerca á él.)

CASTEL-MELHOR

(Á Conti, aparte.)

El castellano
pasó por Évora.

CONTI

¿Y qué?

CASTEL-MELHOR

Que sabe el traidor quién fué.

CONTI

¡Oh!

CASTEL-MELHOR

Ganadle, pues, por la mano:
apoderaos de Aurora,
y su secreto comprad
con su amor, ó abandonad
á Lisboa antes de un hora.

(Conti se queda confuso. El Rey, concluyendo de leer,
se dirige á la Reina.)

EL REY

Señora, al instante haced
que se reuna el Consejo:

hasta que amanezca os dejo
en sesión; pero tened
en cuenta que al despuntar
el alba, en su trono puesto,
el rey don Alfonso sexto
va su reinado á empezar.
Las protestas y amenazas
excusad. Fuerza es que acabe
Regencia que tan mal sabe
defendernos nuestras plazas.
Conti, mañana serás
mi secretario. Al salir
de aquí, preso conducir
á ese castellano harás.

LA REINA

Es de Madrid mensajero,
y de un seguro al abrigo
está.

EL REY

Es un enemigo,
y quedará prisionero.
Y todos los castellanos
que se hallen, sin excepción,
serán puestos en prisión
al caer en nuestras manos.

(Á Conti, aparte.)

Aquí te advierten de Aurora,
Conti, el asilo secreto;
si la coges, te prometo
que te nombro desde ahora
secretario general
mío, con tanto poder,
que después de mí has de ser
el primero en Portugal.

(Vase.)

ESCENA IX

LA REINA, D. LUIS, CASTEL-MELHOR Y CONTI

CONTI

(Á D. Luis.)

Oído habéis, caballero,
la orden del Rey; al dejar
la cámara, vais á dar
en mis manos prisionero.

LA REINA

(Á Conti.)

Señor Conti, será tarde
cuando salga.

CONTI

A mucho ser,
será hasta el amanecer,
señora, lo que le aguarde.

LA REINA

A esa hora habré entregado
á mi hijo los Reales sellos,
y de una causa con ellos
cuenta al Consejo habré dado.

CONTI

De vuestros papeles yo
seré quien tome registro,
puesto que primer ministro
seré.

LA REINA

Conti, acaso no;
y como Regente soy
todavía, ahora os suplico
que os retiréis.

CONTI

No replico.

(Á D. Luis.)

Hasta que salgáis.

DON LUIS

Estoy

en eso.

CONTI

Bésoos los pies,
señora.

LA REINA

Que Dios os guarde,
Conti.

CONTI

(Aparte.)

Un poco más tarde
os guardaré yo á los tres.

ESCENA X

LA REINA, CASTEL-MELHOR y D. LUIS.

LA REINA

(Á D. Luis.)

Señor don Luis, todo cabe
en ese vil genovés;
del Rey y de él huid, pues,
Voy á daros una llave
con una fiel camarera
que os guíe hasta una salida
secreta; y por vuestra vida,
que huyáis viéndoos fuera
de este palacio. Una orden
os daré que os abra paso;
conque huid antes que acaso
los instintos se desborden
del pueblo, y deis en su mano
cuando, oyendo la noticia
de Évora, crea justicia
inmolar á un castellano.

(Vase.)

ESCENA XI

CASTEL-MELHOR y D. LUIS

CASTEL-MELHOR

Prevenida hay cierta nave
por otro: de aquí á una hora
será mía. A doña Aurora
embarcad antes que acabe
la noche y caiga en las manos
del Rey y Conti, que irán
á buscarla.

DON LUIS

No darán
con ella.

CASTEL-MELHOR

Don Luis, son vanos
vuestros juicios. El billete
que aquí Conti ha recibido,
de todo les ha instruido
y no habrá quien les sujete.

DON LUIS

Mas ¿quién pudo descubrir....

CASTEL-MELHOR

Yo, don Luis.

DON LUIS

¿Vos tal vileza?

CASTEL-MELHOR

No. De Conti la cabeza
el pueblo en vano á pedir
vendrá, mientras en palacio
está: más segura allí
la tendrá. Corred, y en mí
fiad, que aun tenéis espacio.

DON LUIS

Señor Conde, en mi conciencia
creo que jugáis á dos
palos.

CASTEL-MELHOR

Pero no con vos,
á quien debo la existencia.
Y pues medio os suministro
de huir con Aurora, huid.

DON LUIS

Y cuando llegue á Madrid....

CASTEL-MELHOR

(Acercándose á su oído.)

Seré yo primer ministro.

DON LUIS

¡Ah!

CASTEL-MELHOR

¡Chis!

ESCENA XII

CASTEL-MELHOR, D. LUIS, LA REINA
y una camarera con luz.

LA REINA

(Á D. Luis, dándole un pliego y una llave.)

Tomad; id en pos

de esta dama, y con Aurora
partid.

DON LUIS

(Besándola la mano.)

El cielo, señora,
sobre vos vele.

LA REINA

(Despidiéndole.)

Id, con Dios.

(Vase D. Luis.)

ESCENA XIII

LA REINA y CASTEL-MELHOR

LA REINA

Conde, está la acusación
contra el genovés probada.

CASTEL-MELHOR

Y en el pueblo divulgada
á estas horas su traición.

LA REINA

Su cabeza, ¿demandada
será?

CASTEL-MELHOR

Sí. ¿Le condenó
el Consejo?

LA REINA

A muerte.

CASTEL-MELHOR

No

huirá.

LA REINA

(Marchando hacia la parte de la izquierda.)

De infame tal
será libre Portugal.

CASTEL-MELHOR

(Siguiéndola, aparte.)

Y primer ministro yo.



ACTO TERCERO

Decoración cerrada. Aposento de una casa de Lisboa: puerta á la derecha que da al exterior; otra secreta en el mismo lado, más hacia el proscenio. Balcón en el fondo, por el cual se ven á lo lejos los mástiles de los barcos anclados en el Tajo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AURORA. JULIANA, á la celosía.

DOÑA AURORA

¿Ves algo?

JULIANA

Nadie pasa.

De la plaza está el ámbito desierto,
y sólo al lejos se distingue el puerto,
de las estrellas á la luz escasa,
y los inquietos mástiles, que mueve
el vaivén de las ondas.

DOÑA AURORA

Tarde debe

de ser.

JULIANA

Las dos han dado.

DOÑA AURORA

Y aun no viene don Luis.

JULIANA

¿Quién tan medido

tiene, señora, el tiempo, que asegure
de su vuelta el momento,
por más que lo procure?

DOÑA AURORA

En Lisboa es don Luis muy conocido,

y está Castilla en guerra
con Portugal.

JULIANA

¿Qué teme, protegido
por el noble fidalgo de esta tierra
que aquí en seguridad nos ha traído?

DOÑA AURORA

Desconfío de todo,
Juliana, ya. Son tantos los azares
á que expuesta me he visto, que la hora
de abandonar á Portugal anhelo,
y solamente fe tengo en el cielo.
Aumenta mi zozobra á cada instante
que transcurre; esta casa solitaria,
esa luz vacilante,
que es preciso tener siempre tapada
porque no reverbere en la vidriera
y llame la atención de los de fuera,
y ese negro africano
que nos guarda, medrosas aprensiones
me traen al pensamiento.

JULIANA

¡Miedo vano!

Afanoso se esmera en atenciones
excesivas; y en cuanto
al color de su piel, no hay qué os extrañe,
señora: hoy en las Indias, posesiones
tienen los portugueses, y se sirven
con esclavos que traen de esas regiones;
y vos, que en las Américas vivido

con vuestro padre habéis, acostumbrada debéis estar á verlos.

DOÑA AURORA

No ha nacido éste en ningún confin americano, y es ó moro ó judío ese nubiano.

JULIANA

Séase lo que quiera, tiene un dueño caballero, leal y fiel amigo, que ha jurado sacarnos de este empeño, y espero en él que cumplirá.

DOÑA AURORA

¡Testigo

de su promesa es Dios!

JULIANA

Cual siempre, ahora velará por nosotras, doña Aurora. Mas ¡silencio! Oigo pasos:

(Se asoma)

viene apriesa

hacia aquí un embozado, y atraviesa la calle; á nuestra puerta llega.....

DOÑA AURORA

¡Cielos,

si descubierto habrán.....

(Llaman de un modo particular.)

JULIANA

Su seña es ésa.

DOÑA AURORA

Es don Luis.

JULIANA

Desechad vuestros recelos.

ESCENA II

DOÑA AURORA y JULIANA. EL NEGRO, asomándose á la ventana.

EL NEGRO

¿Quién va?

DON LUIS

(Dentro)

La Aurora.

EL NEGRO

¿Á qué hora sale?

DON LUIS

Ahora.

EL NEGRO

(Echándole la llave.)

Tomad, y echad por dentro los cerrojos.

(Volviéndose á D.^a Aurora.)

El que vino con vos.

JULIANA

Él es, señora.

Cierra, sube, ahí está.

ESCENA III

DICHOS y D. LUIS

DOÑA AURORA

¡Don Luis del alma!

DON LUIS

¡Aurora de mis ojos!

DOÑA AURORA

¿Qué hay?

DON LUIS

Que salvos estamos y á Castilla nos vamos.

DOÑA AURORA

¿Cuándo?

DON LUIS

Al punto. En el muelle nos espera el patrón de una nave que á llevarnos va á Cádiz; y no cabe más dilación que el tiempo que tardemos en llegar desde aquí hasta la ribera.

DOÑA AURORA

Partamos, pues; bien corta de aquí á los muelles es la travesía.

DON LUIS

Partamos, sí; la diligencia importa.

(Al negro.)

Vamos.

DOÑA AURORA

¿No nos pondrán impedimentos
en el puerto?

DON LUIS

Llevamos documentos
legales, y de darnos al instante
á la vela la orden.

(Al negro.)

Vé delante.

EL NEGRO

Esperad; en la calle
siento ruido.

(Mira.)

Allá arriba veo gente
detenida. Tapad esa bujía.
Dos hombres van bajando,
á la luz de un farol señas tomando
de las casas.

DON LUIS

A ver..... Sin duda alguna.
¿No podemos salir sin dar con ellos?

EL NEGRO

No; y os buscan tal vez.

DON LUIS

¡Muy ruin fortuna
nos acorre esta noche!

EL NEGRO

Pasos siento.

DON LUIS

¿Dónde?

EL NEGRO

En un caracol cuya salida
usa mi amo no más.

DON LUIS

¿Si sorprendida
habrá sido también?

EL NEGRO

¡Silencio!

DOÑA AURORA

Apenas
respiro de pavor: ¡Virgen María,
valednos!

EL NEGRO

Ya está ahí.

DON LUIS

¿Quién?

EL NEGRO

Lo veremos.

ESCENA IV

DICHOS y CASTEL-MELHOR

DON LUIS

¡Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Es tiempo todavía.

DOÑA AURORA

¡Gracias al cielo!

DON LUIS

¡Aquí vos!

CASTEL-MELHOR

Aquí y dondequiera os sigo,
seguro y leal amigo.

DOÑA AURORA

¡Que os lo recompense Dios!

DON LUIS

Este caballero, Aurora,
es quien nos salva: á él debemos
tu honor y vida.

CASTEL-MELHOR

Dejemos
eso, don Luis, porque ahora
no hago yo más que pagaros
lo que os debo. Aquí tenéis
cuanto menester habéis,
detenciones para ahorraros.

Este anillo es la señal
para el patrón que os espera,
y con cuya nave, fuera
os veréis de Portugal.
Cuando ya lejos del brazo
de la justicia os halléis
y fuera del puerto, haréis
disparar un cañonazo,
y que en salvo vais sabré.
Conti, de palacio ya
salió; buscándoos está,
y pronto es fuerza que dé
sobre esta casa, que á ser
va la cita universal
donde todo Portugal
trastornado se va á ver.
Señora, yo en el encargo
de arreglaros pronto quedo
vuestros negocios, y puedo
aseguraros que largo
no será el tiempo que en esto
tarde.

DOÑA AURORA

Tan buenos servicios,
caballero.....

CASTEL-MELHOR

Son oficios
que me darán un pretexto
para entablar amistad
con dama tan noble y bella.

DOÑA AURORA

Y podéis contar con ella
con toda seguridad.

CASTEL-MELHOR

Mas despachaos, don Luis:
Lisboa está en conmoción,
y á perder vais la ocasión
si pronto de ella no huís.
Al pie de esta escalerilla
secreta, un criado mío
hallaréis; con él, del río
llegaréis hasta la orilla
por un secreto pasaje
que he abierto, por si acaso
la suerte en algún mal paso
me pone. Id, pues; y buen viaje.

Oid: si halláis gente armada
al atravesar por él,
dejad hacer su papel
al guía; no temáis nada.

DON LUIS

Castel-Melhor, apretad:

(Danse las manos.)

y si la suerte algún día,
á situación á la mía
semejante os trae, contad
con un amigo en Madrid.

CASTEL-MELHOR

Eso mismo os digo á vos:
señora, que os guíe Dios.

DOÑA AURORA

Con él quedad.

CASTEL-MELHOR

Con él id.

ESCENA V

CASTEL MELHOR

Perfectamente: ya están
en medio de un laberinto,
de cuyo oscuro recinto
salir sin mí no podrán.
Todo esta noche resuelto
queda: Conti sin favor
y preso como traidor:
el Consejo Real disuelto,
la dimisión admitida
de la Reina; amotinado
el pueblo, y pidiendo airado
del favorito la vida.
Y el Rey cogido en mi red;
sin Conti ni Aurora, á mí
acude, ó se encuentra aquí
del populacho á merced.
Cual lo imaginé salió
todo; mañana, por ley
justa, es el Príncipe Rey,
y primer ministro yo.
En cuanto á los otros, van
en salvo. ¡Hola! Ruido sientio.

(Se asoma al balcón.)

Pues si pierden un momento,
en manos de Conti dan.

(Llaman á la puerta.)

Llegas tarde, cazador
de palomas; en su nido
la serpiente se ha escondido,
y ¡ay de ti! Tristán.....

ESCENA VI

CASTEL-MELHOR y EL NEGRO

EL NEGRO

Señor.....

CASTEL-MELHOR

¿Partieron?

EL NEGRO

Ya fueran están
del jardín

CASTEL-MELHOR

En una hora
lo estarán del reino. Ahora,
mira quién llama, Tristán.

EL NEGRO

¿Quién va?

CONTI

(Dentro.)

Abrid al Rey.

EL NEGRO

Señor,
la justicia.

CASTEL MELHOR

Que entre, pues;
abre: casa del Rey es
la que es de Castel-Melhor.
La diplomacia es gran ciencia,
y profesor para ser
de ella, no son menester,
á fe, estudios de conciencia.
Del enamorado antojo
de un mancebo lusitano,
y de un mozo castellano
del enamorado arrojó,

la suerte de Portugal
depende ésta noche aquí,
mas ¿qué remedio? es así
nuestra política actual.
Acaso en su rigidez
dirá algún viejo mañana
que nada en el cambio gana
de ministros esta vez
el país; pero ¡pardiez!
de una dama, un favorito
y una Regencia le evito,
las tres plagas; conque estoy
en que, si en mí un mal le doy,
gana los tres que le quito.

ESCENA VII

CASTEL-MELHOR y CONTI

CASTEL-MELHOR

(Viendo á Conti que sale.)

He aquí uno.

CONTI

(Sorprendido al verle.)

¡Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

¡Oh, signor Conti! Pasad
adelante: á la verdad,
me hace un inmenso favor
vuestra visita.

CONTI

A fe mía,
señor Conde, que os protesto
que no esperaba tan presto
veros, ni aquí; yo os creía
en palacio.

CASTEL-MELHOR

¡Grave error,
señor Conti! No es palacio
sitio para hablar despacio,
y he tenido por mejor
citaros aquí.

CONTI

¿Fué, pues,
el papel que recibí.....

CASTEL-MELHOR

Mío, señor Conti. Así, lo más acertado es que toméis cómodo asiento en un sillón, y alejando esa gente que guardando está la puerta, un momento me oigáis.

CONTI

Siento, señor Conde, que la comisión que vengo á cumplir aquí.....

CASTEL-MELHOR

(Interrumpiéndole.)

Os prevengo también, que no se me esconde la comisión que traéis; pero no os estará mal saber lo que en Portugal pasa, antes de que paséis á desempeñarla: os ruego, pues, otra vez que un sillón toméis, y en conversación entraremos desde luego, porque urge el tiempo, y conviene que sepáis cierta noticia que os importa.

CONTI

De justicia la gente es que se mantiene á la puerta, y no está bien hacerla esperar así.

CASTEL-MELHOR

Como gustéis; pero allí tengo yo gente también prevenida, y en conciencia, vais á ponerme en el caso de reclamar su presencia, y no me parece paso muy prudente.

CONTI

Señor Conde, me obligáis á declararos que hay orden para tomaros

preso, y que de vos responde mi honor al Rey.

CASTEL-MELHOR

Yo lo siento, señor Conti; mas me obliga vuestra franqueza á que os diga también que en este momento, de prenderos tengo encargo, y de vos á la Regencia respondo con la existencia.

CONTI

¡Ah!

CASTEL-MELHOR

Y os pido, sin embargo, esta tregua, porque quiero que nadie piense esta vez que obré con vos como juez y no como caballero.

CONTI

La grande serenidad con que me dais el aviso.....

CASTEL-MELHOR

Que os pruebe, Conti, es preciso, la grande seguridad en que estoy aquí con vos. Conque pues es neutral tierra el cuarto que nos encierra, parlamentemos los dos, porque os juro que os importa más que á mí.

CONTI

Aunque mi cabeza arriesgo, vuestra nobleza me obliga. Si ha de ser corta la plática.....

CASTEL-MELHOR

Solamente de minutos.

CONTI

¿Lealtad segura?

CASTEL-MELHOR

Fidelidad

absoluta: aquí mi gente
no asomará, si la vuestra
se mantiene siempre un paso
de la puerta allá.

CONTI

En tal caso,

(A su gente.)

cerrad, y atrás.

CASTEL-MELHOR

Igual muestra

de lealtad os doy.

(La gente de justicia, que se ha mantenido en el umbral de la puerta de la derecha desde la salida de Conti, se retira, cerrando la puerta sobre la cual corre Conti el cerrojo. Castel-Melhor dice sus últimas palabras corriendo los cerrojos á las otras salidas de la habitación.)

ESCENA VIII

CASTEL-MELHOR y CONTI

CONTI

(Aparte.)

Sepamos

de qué se trata, y veremos
quién prende á quién.

CASTEL-MELHOR

¡Eh! Ya estamos

sin testigos, y podemos
hablar sin rebozo: ahora,
pues, escuchad lo que pasa
en Lisboa, de esta casa
fuera en la presente hora.

CONTI

Os escucho.

CASTEL-MELHOR

Es una historia
un poco enredada; pero
si cogéis, como lo espero,
sus cabos, bien de memoria
la entenderéis.

CONTI

Hablad, pues.

CASTEL-MELHOR

Tiene el Rey de Portugal
hoy un favorito, el cual,
diestro como genovés,
le tiene el seso embebido
con una española dama,
quien á un castellano ama,
como español, atrevido.
Delira el Rey por la bella:
y el favorito, que tiene
por qué temer, entretiene
el favor del Rey con ella.
Odia al privado infinito
la Regente, y de tal modo,
que yo la creo de todo
capaz contra el favorito.
Paga éste liberalmente
su odio, y tal se la enreda,
que el reino esta noche queda
sin privado ó sin Regente.
Así es que no ha media hora
que presa la Reina estaba
en su cuarto; se esperaba
al castellano que adora
la española, á la salida
de él, para asirle, y la dama
que ama el Rey y ella no ama,
iba aquí á ser sorprendida.
Hallábanse así poco ha
las cosas del favorito,
dispuestas al exquisito
tacto en favor suyo ya:
pero cuando éste salía
de palacio á sorprender
la dama, no echó de ver
que la escalera subía
un paje con un papel
para el Rey; y en la escalera,
muerto el privado le hubiera
á saber lo que iba en él.

CONTI

¡Ah!

CASTEL-MELHOR

Decía así: «Señor:

El favorito, que os vende
por oro á Évora, pretende
vender también vuestro amor.
Con el oro que le vale
la venta de vuestra villa,
hoy mismo para Castilla
con vuestra española sale
en un barco catalán
prevenido para el caso.
Si habéis de atajar su paso,
de tal punto partirán.»
Y le señalaban esta
casa.

CONTI

Señor Conde, á fe,
que no os diré yo que esté
esa carta al Rey mal puesta.
Pero como el Rey sabrá
que el favorito no huye,
y cuanto se le atribuye
sin pruebas encontrará,
sola y por su propio peso
se hunde esa espesa maraña,
y sólo el escrito daña
á su autor.

CASTEL-MELHOR

Es que hay más que eso.
Mi historia no tiene en esta
carta su fin todavía.
Quien este papel envía
al Rey, ha dejado puesta
en manos de doña Luisa
de Guzmán, Regente actual
del reino de Portugal,
otro pliego en que la avisa
de que aquí puede encontrar
al favorito á esta hora
con el Rey y doña Aurora,
á quien viene á enamorar;
y que si quiere, á pretexto
de este escándalo, perder
al privado, no ha de haber
motivo más manifiesto;
y que si no lo hace, el Rey
hoy, á su ruego, suspende
el Consejo de que pende
su causa, según la ley;
encierra en un monasterio

á la Regente, disuelve
la Regencia y se le absuelve
de culpa en un Ministerio
hecho por él; con lo cual
se quedará, en conclusión,
ignorada su traición
y él dueño de Portugal.

CONTI

Tampoco os diré que esté
mal escrito esotro pliego;
pero dudo, desde luego,
que buen resultado dé.
Si el favorito poder
tanto tiene, y tal favor
con el Rey, no habrá valor
que se le pueda oponer.
Visteis que el Rey, señor Conde,
pidió á la Reina los sellos
Reales, y cuentas con ellos;
y tampoco se os esconde
que al favorito hizo el Rey
su Secretario; y mañana,
que potestad soberana
dará al Príncipe la ley,
pues el cetro empuñará,
nadie acusar, temerario,
osará á su Secretario;
cuanto más, que ya no habrá
quien sepa la verdad cierta,
porque es esperanza loca
la de que quede una boca
contra el favorito abierta
para llamarle traidor
á oídos de la ciudad
de Lisboa.

CASTEL-MELHOR

Perdonad
si os digo que en un error
estáis, harto inconcebible
en tan clara previsión.
La prueba de su traición
dais casi por imposible;
mas como me interrumpís
sin cesar.....

CONTI

¡Oh! Hablad.

CASTEL-MELHOR

Probada

la traición está y fallada
su causa.

CONTI

¡Bah!

CASTEL-MELHOR

Un tal don Luis
de Sandoval, al cruzar
el español campamento,
de su Rey por mandamiento,
testimonio se hizo dar
de los hechos en cuestión,
porque con este papel
pensaba rescatar el
objeto de su pasión.

CONTI

Mas de una revolución
en el trastorno total,
¿no perderá el tribunal
esas pruebas en cuestión?
El favorito, mañana
ministro, podrá romper
la causa, haciendo prender
á ese don Luis; conque vana
será aquélla, y será el preso
muerto, y lo serán con él
cuantos tengan del papel
noticias.

CASTEL-MELHOR

Es que no es eso
todo aún pues como vos
me atajáis á cada paso,
no os puedo enterar del caso
por completo. Oid, ¡por Dios!
Conti, sin comentariar.

CONTI

Hablad.

CASTEL-MELHOR

Todo ha de ser vano
contra el galán castellano.

CONTI

¿Por qué?

CASTEL-MELHOR

Porque, por azar,
á las manos se le vino
doña Aurora, y entabló
la acusación, porque abrió
á España á los dos camino.

CONTI

(Turbado.)

¿Camino?

CASTEL-MELHOR

Pues claro está.
La cabeza del traidor
vendió por la de su amor.

CONTI

¡Venta inicua!

CASTEL-MELHOR

Pero ya
concluída. Y como era
preciso que el Rey pidiese
su dama, y que no pudiese
darla el favorito, fuera
del reino ya, y como había
que dar á todo esto viso
de raptó, fueron de aviso
de partir antes del día
en el barco catalán
don Luis y Aurora.

CONTI

(Espantado.)

Y ¿se han puesto
en fuga?

CASTEL-MELHOR

Pues por supuesto.

CONTI

¡Dios de Dios!

CASTEL-MELHOR

A bordo están;
y cuando logren salir
del Tajo libres al mar,

un cañonazo tirar
harán; aquí se ha de oír.

(Conti hace un movimiento para levantarse:
Castel-Melhor le detiene.)

Tened, que hay más todavía.

CONTI

¡Más!

CASTEL-MELHOR

Si: mientras la justicia
en la traición decidía
del favorito, noticia
al pueblo se daba de ella,
porque siendo de él sabida,
no se pudiera ir con vida
el traidor que así atropella
de Lusitania el honor,
vendíendola por dinero,
como mercader logrero,
sus plazas de más valor.

CONTI

¡Hombre monstruo de malicia!
¡Satanás sólo ha podido
tejer la red que has tendido
á mis pies!

CASTEL-MELHOR

Ó la justicia
de Dios: porque es tan entera
la venganza que prepara
vuestra perdición, que avara
doquier la muerte os espera.
El Rey vendrá tras de vos
furioso contra un rival,
y vos, sin la dama, mal
le satisfaceréis. En pos
del Rey vendrá la Regente
con él aquí á sorprenderos,
y del escándalo á haceros
el único delincuente.
Tras de la Reina, la Audiencia
con vuestra traición probada,
vuestra causa sustanciada
y escrita vuestra sentencia;
y tras de la Audiencia viene
todo el pueblo amotinado,
pidiendo, por de contado,
vuestra cabeza, que tiene

que ser inmolada, al fin,
ó á la venganza del Rey,
ó á la espada de la ley,
ó á la furia del motín.

CONTI

¡Infernal nudo!

CASTEL-MELHOR

Gordiano,
señor Conti; y que se aprieta
más cuanto más indiscreta
lleguéis á él vuestra mano.

CONTI

¡La vuestra en él bien se muestra!

CASTEL-MELHOR

Y en las tres viles espadas
contra mí desenvainadas
en una calle, la vuestra.
Ahora, señor genovés,
pues en ello os va la vida,
mirad por dónde salida
tiene el reino portugués.

CONTI

Puerta es sólo ¡vive Dios!
la tumba acaso; mas, valga
lo que quiera, saldréis vos
ante mí cuando yo salga.

(Conti va hacia la puerta derecha; Castel-Melhor hacia
la izquierda, y, al poner ambos mano á los cerrojos,
dice Castel-Melhor á Conti, que se detiene un instante
á escucharle:)

CASTEL-MELHOR

Ved que es inútil afán:
tomar la calle he mandado
por fuera, y los que han entrado
con vos, sitiados están.
Si abris, abro: y cuando pida
el pueblo en tumulto ronco
vuestra cabeza, del tronco
la encontrará dividida.

CONTI

(Poniendo mano á la espada.)

¡Cólera de Dios! ¡Villano,
si estás de mi sangre ansioso,

abre al menos generoso
mis venas, espada en mano!

CASTEL-MELHOR

Me habéis hecho en mi camino
por tres hombres asaltar,
y no os puedo yo tratar
sino como á un asesino.
Traidor al pueblo y al Rey,
su justicia os va detrás,
y mi espada está de más
donde está la de la ley.

CONTI

¡Mientes! El sangriento yugo
me humillará de mi suerte;
mas no me dará la muerte
la cuchilla del verdugo.

(Abre la puerta de la derecha, al mismo tiempo que Castel-Melhor la de la izquierda, diciendo ambos á la gente:)

CONTI

¡Sea en nombre de la ley
apresado ó muerto!

CASTEL-MELHOR

¡Ea,
adelante, y muerto sea
ese traidor!

ESCENA IX

(Las gentes de justicia de Conti y los armados de Castel-Melhor salen por una y otra parte y se confunden peleando: los de Castel-Melhor defendiéndole; los de Conti atacándole. Castel-Melhor permanece con la mano puesta en el cerrojo de la puerta que acaba de abrir, mirando tranquilamente la contienda, que no dura más que un instante, durante el cual se ve luz de antorchas por el balcón del fondo. De repente se oye la voz de ¡Paso al Rey! y todo el mundo se detiene, quedando en medio de los contendientes, que se abren, el Rey: á su derecha Conti, y Castel-Melhor, impassible, junto á la puerta. Esta escena debe de ser ejecutada con rapidez.)

UNA VOZ

¡Paso al Rey!

TODOS

(Menos Castel-Melhor.)

¡El Rey!

(Suspensión general.)

ESCENA X

EL REY, CASTEL-MELHOR, CONTI, justicia
y armados.

EL REY

¡Yo mismo, villanos!
¡Yo soy el Rey, que os pregunta
qué hace tanta gente junta
con las armas en las manos!

CONTI

(Señalando á Castel-Melhor.)

Matarme á traición, señor.

CASTEL-MELHOR

(Con serenidad.)

Mi espada quieta, y desnuda
la suya, no os dejan duda
de quién es aquí el traidor.

EL REY

(Á Conti, airado.)

¿Adónde está doña Aurora?

CONTI

Señor.....

EL REY

(Con ímpetu.)

Pronto: ¿dónde está?

(Suena un cañonazo lejano, pero claro.)

CONTI

(Desesperado.)

¡Rayo de Dios!

CASTEL-MELHOR

Señor, va
lejos.

EL REY

¿Cómo?

CASTEL-MELHOR

Esa sonora
explosión que el viento trajo
de la mar, es la señal
de que la abrió Portugal
franca puerta por el Tajo.

A seguirla iba el traidor
cuando al paso le salí;
por eso encontráis aquí
hojas desnudas, señor.

EL REY

(A Conti.)

¿Me vendías? ¡Miserable!

CONTI

Escuchadme.

EL REY

Un paso más,
y hacia el sepulcro le das.
Prendedle y que nadie le hable.
(Se apoderan de Conti y óyense voces dentro.)

EL REY

¿Qué es eso?

CASTEL-MELHOR

(Al balcón.)

Un tropel de gente
llega.

VOZ DENTRO

¡Muera el traidor!

MUCHAS VOCES ÍDEM

¡Muera!

EL REY

¡Un motín!

CASTEL-MELHOR

(Que sigue mirando al balcón.)

¡Quién lo dijera,
señor! Viene acaudillando
á la plebe la Regente.

EL REY

(Mirando por el balcón.)

¡Cielos!

CASTEL-MELHOR

(Tomando al Rey aparte.)

Oid. Sois, señor,
dos hermanos: ¿si al menor
quisiera esta noche el mando
la Reina dar....

EL REY

¡La cabeza
darán antes, vive Dios!

CASTEL-MELHOR

Pues obrad con entereza,
porque la Regencia ó vos.

EL REY

(Altivo.)

Yo. Mas ¿por mí te supongo?

CASTEL-MELHOR

¿Apartáis á Conti?

EL REY

Sí,

CASTEL-MELHOR

Pues bien; fíaos de mí.

EL REY

Obra: en tus manos me pongo.

ESCENA XI

DICHOS, LA REINA y DOS PAJES

(Dos pajes con luces, colocándose á los lados de la
puerta derecha, anuncian á la Reina.)

LOS PAJES

La Reina.

LA REINA

(Viendo al Rey.)

¿Cómo, señor?
¡Vos aquí tan á deshora!

EL REY

Y ¿á qué venís vos, señora,
aquí?

LA REINA

A prender á un traidor.

EL REY

¿Y para eso amotinado
al pueblo traéis en pos?

LA REINA

Se amotina porque á vos
os debe poco cuidado.

EL REY

¡Señora!

LA REINA

Conti vendió
á Évora y morirá,
por traidor; el pueblo está
pidiendo justicia, y yo
se la quiero hacer.

CASTEL-MELHOR

Señora,
llegáis ya tarde; al traidor
prendió el Rey nuestro señor
en persona, y vedle ahora
en manos de la justicia
esperando su castigo;
mas perdonadme si os digo
que arguye tal vez malicia,
y al Rey extraña en verdad,
ver cruzar á Vuestra Alteza,
de un motín á la cabeza,
á estas horas la ciudad.

LA REINA

¡Castel-Melhor!

CASTEL-MELHOR

Es el Rey
quien os habla por mi boca.
No á vos, á los jueces toca
la ejecución de la ley.

EL REY

(Á la Reina.)

Y pues va el día á rayar,
y tal plazo se os impuso,
y del poder tal abuso
habéis hecho, podéis dar
vuestra regencia, señora,
por concluída. Elegid
un monasterio, y salid
hoy de la corte.

LA REINA

En buen hora:
saldré, y de muy buena gana,
para no ver cómo Dios
permite que os den á vos
el mismo pago mañana.

VOCES DENTRO

¡Muera! ¡Muera!

LA REINA

(Con ironía.)

Todavía
bulle el pueblo.

CASTEL-MELHOR

No fiéis
en él, porque le veréis
quieto á una palabra mía.

(Asomándose al balcón.)

Disuelta está por la ley
la Regencia; á reinar va
solo el Rey, y morirá
el genovés. ¡Viva el Rey!

EL PUEBLO DENTRO

¡Viva!

CASTEL-MELHOR

(Al Rey, por Conti.)

No el pueblo le vea:
salida oculta le valga.

EL REY

Sálvate si puedes.

CASTEL-MELHOR

Salga,

pues, por aquí.

(Castel-Melhor hace seña de que salgan por la puerta
secreta de la izquierda, que él mismo abre á los que
guardan á Conti, que serán el negro Tristán y varios de
los que salieron por Castel-Melhor. El negro es el últi-
mo que sale, y Castel-Melhor le dice al paso:)

Muerto sea.

(El negro hace una seña afirmativa de inteligencia.)

ESCENA XII

DICHOS, menos CONTI y TRISTÁN

EL REY

Ahora, Castel-Melhor,
á palacio; darte quiero
un cierto encargo, y te espero.

CASTEL-MELHOR

Os sigo al punto, señor.

(El Rey sale: la justicia y su gente tras de él. La Reina y Castel-Melhor se encuentran en medio de la escena; los pajes de la Reina quedan á la puerta, y algunos armados de Castel-Melhor en el fondo.)

ESCENA XIII

LA REINA y CASTEL-MELHOR

LA REINA

Si es obra vuestra todo esto
preguntar no necesito,
pues quedáis del favorito
y la Regente en el puesto.

CASTEL-MELHOR

¿Cómo deciros que no,
quedando á tal evidencia
él preso, vos sin regencia,
y primer ministro yo?

LA REINA

Pues procurad que os escude
constante vuestra fortuna,
y que el Rey con cada luna
de favoritos no mude.
Y os prevengo que desde ahora
respondéis de Portugal,
de Dios ante el tribunal.
Yo al monasterio me voy.

CASTEL-MELHOR

Tras de sus muros benditos
pedid al cielo, señora,
que se olviden desde ahora
La Reina y los favoritos.

(Castel-Melhor saluda cortesantemente á la Reina, que se va sombría por la izquierda, al tiempo que Castel-Melhor por la secreta con sus armados.)



LOS DOS VIRREYES

DRAMA EN TRES ACTOS

Aprobado para su representación por la Junta de Censura de los Teatros del Reino
en 15 de Diciembre de 1849.

PERSONAJES

El Conde de Vergara.

Don García de Orellana.

Don Rodrigo de Luz, *Conde de Monforte.*

Diego.

Angelina.

Un Juez.

Un Soldado.

Un Pescador.

Jueces, soldados españoles, pescadores napolitanos, miembros del Consejo colateral, etc., etc.

La escena es en Nápoles, el 10 de Noviembre de 1653.

LOS DOS VIRREYES

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del Virrey, suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcón á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados. Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY

¡Por Cristo! Esa vil canalla
no se contenta jamás.
¡Oh! ¡No he de volverme atrás,
ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra, y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
fertilizaré tu tierra.

(Mirando por el balcón.)

Sí; retoñarán tus mieses
granos con tu sangre rojos,
y trocarán mis enojos
tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
y ¡vive Dios! que, de hoy más,
en sangre te bañarás,
sangre han de beber tus hijos.

ESCENA II

EL VIRREY, varios individuos del Consejo colateral,
con togas, etc., y los Síndicos, etc.

EL VIRREY

¡Hola! Adelante, señores;
entrad y dadme noticias
de esa rebelión.

UN CONSEJERO

Albricias
os damos ya. Los traidores
se han dispersado; está sola
la plaza, y Nápoles todo
se calma del mismo modo
ante la enseña española.

EL VIRREY

¿Conque vuestra fiel ciudad
de Nápoles va ¡pardiez!
por la vigésima vez
contra su Rey? En verdad,
que debiera con más juicio
andar en tales proezas,
y no ofrecer más cabezas
al altar del sacrificio.

CONSEJERO

Señor Conde.....

EL VIRREY

Idos de aquí,
señores, y no os dé empacho
en decir al populacho
lo que vais á oír de mí.
Decid que mandé plantar
una horca en esa plaza,
y en vez de azote y mordaza
sus cuerdas mandé emplear.

Decidle que si pensó
 escudarse con la ley,
 ya no hay más ley, ni más rey,
 ni más tribunal, que yo.
 Y al que murmure ó se asombre,
 haré, porque el resto calle,
 matarle donde se le halle,
 sea mujer, sea hombre.
 ¿Lo habéis entendido bien?
 Pues id al pueblo á decirlo,
 y tomadlo, al repetirlo,
 para vosotros también.
 Si Nápoles no se humilla
 de Castilla al blando yugo,
 se humillará del verdugo
 bajo la corva cuchilla.
 Salid, y no os olvidéis
 que, si no cesa el tumulto,
 hago degollar á bulto
 á cuatro por cada seis.

ESCENA III

EL VIRREY

Yo pondré esa chusma vil
 de pescadores soeces,
 como ellos ponen sus peces,
 prensados en el barril.
 Y si aun me osan levantar
 una voz esos infieles,
 sobre sus propios bajeles
 se los sorberá la mar.

ESCENA IV

EL VIRREY y DIEGO

EL VIRREY

¡Hola, servidor leal!
 Te esperaba con ardor.
 ¿Qué hay por ahí?

DIEGO

Nada, señor.
 Ya está remediado el mal.

EL VIRREY

¿Cuál ha sido la ocasión
 de esa bulla?

DIEGO

El santo celo
 de pedir de Masanielo....

EL VIRREY

¿Qué?

DIEGO

La canonización.

EL VIRREY

¡Diego!

DIEGO

No es más que lo dicho:
 esos pescadores ruines,
 que han dado en armar motines
 con el más terco capricho,
 su cadáver exhumaron,
 y en procesión funeral,
 de su amigo el Cardenal
 hasta el palacio llegaron.
 Hubo blasfemias atroces;
 mendigos, viejos, muchachas,
 con faroles y con hachas,
 pedían á grandes voces
 que declarase por santo
 al rebelde Masanielo,
 mártir de Dios.

EL VIRREY

Y el Capelo,
 ¿qué es lo que hacía entretanto?

DIEGO

Estarse como un hurón
 encerradito en su alcoba,
 que no es Su Eminencia boba,
 ni peca de imprevisión.
 Ya el populacho impaciente,
 al ver señas tan inciertas
 en el Cardenal, sus puertas
 desvenejaba insolente.
 Mas todo ello concluyó,
 muriendo sus esperanzas,
 cuando con setenta lanzas
 metíme en la plaza yo.
 El que en sus piernas no puso
 su salvación, la cabeza
 perdió allí por su torpeza.

Ya sabéis que este es el uso.
Y á los minutos siguientes,
las más bravas, en dos filas,
las tazones y las pilas
festionaban de las fuentes.
Con lo cual, los que escaparon
de esta justicia agarena,
sin duda en cabeza ajena
escarmentando, callaron.

EL VIRREY

Tu lealtad no se acrisola
hasta sacar con sigilo
el ovillo por el hilo;
esa hoguera no arde sola.

DIEGO

Tenéis razón; mas espero
que con el cabo en que toco,
tirando poquito á poco,
sacaré el ovillo entero.

EL VIRREY

Veo, Diego, tu destreza.

DIEGO

Y os asombrará algún día;
ó soy ó no soy espía.

EL VIRREY

¡Conque todo!.... Pues empieza.

DIEGO

De esas revueltas el germen
no está en el pueblo que grita;
el Cardenal, que os evita,
y el viejo Duque, no duermen.

EL VIRREY

¿El de Guisa?

DIEGO

Ó yo estoy ciego,
ó ese ovillo y esa hoguera
atan y soplan de fuera
los dos: escuchadme os ruego.
Hará como unos tres meses
que á una mujer misteriosa
trajo á esta ciudad dichosa
un barco de portugueses.

Tomó esta desconocida
tal precaución en taparse,
que fué inútil afanarse
en averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
ni alzó su velo tupido
á un saludo comedido,
ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
libertad, nobleza y oro,
no desmintió su decoro
ni un regalo, ni un billete.
Nadie su casa visita;
los nobles más perspicaces,
los mancebos más audaces,
desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
ni pajecillo ni dueña
á quien el dinero empeña
en dar ó tomar papeles.
Sólo un sombrío escudero,
con traje ó disfraz de España,
en silencio la acompaña,
frío como ella y severo.
Y envuelto en su capa obscura,
con su espadón abrazado,
con militar desenfado,
por donde va la asegura.
Mas, señor, hablando en plata,
jamás se la vió pasar
sino para ir á rezar.

EL VIRREY

¿Adónde?

DIEGO

A la *Incoronata*.

EL VIRREY

¡A la *Incoronata*!

DIEGO

Sí;

es la iglesia más vecina
de la calle Catalina.

EL VIRREY

¿Vive esa mujer allí?

DIEGO

Allí vive.

EL VIRREY

¿En una casa
de seis balcones?

DIEGO

¡Por Dios!
¿La conocíais vos?

EL VIRREY

Tengo una noticia escasa
de esa mujer.

DIEGO

(Con intención.)

No sé cómo,
porque un hombre hay solamente
que logró hablarla audazmente,
y aunque jamás tuvo asomo
de favor con la hermosura,
rondó de noche á sus rejas,
y aunque entonó amantes quejas
bajo de ellas, se asegura.....;
mas sin duda el escudero
salió una noche al cantor,
porque hubo en una rumor,
tras del cántico, de acero,
y el músico no volvió.
Mas ¿qué tenéis?

EL VIRREY

Impaciencia
de oír tanta incoherencia
como tu labio ensartó.
¿Qué diablos tiene que ver
con esta conspiración
ese paje, esa canción,
ni ese hombre, ni esa mujer?

DIEGO

Idos, señor, poco á poco,
que si os dignáis escuchar,
en ella habréis de encontrar
de esta rebelión el foco.

EL VIRREY

Mujer, tan joven, tan sola.....:
eso es imposible, Diego.

DIEGO

Mudaréis de opinión luego
que sepáis qué es española.

EL VIRREY

¡Española!

DIEGO

Sí; escuchad.
¿Visteis de ayer la horrorosa
tormenta?

EL VIRREY

Sí, sí; espantosa
la mar estuvo, en verdad.

DIEGO

Pues bien; á la hora postrera
de esta noche tan fatal,
víctima del temporal
zozobró aquí una galera.
Toda su tripulación
se hundió en el mar iritado;
sólo un hombre pudo á nado
encontrar su salvación.
Con serena bizarría,
con invencible constancia,
ni le arredró la distancia,
ni temió la mar bravía.
Luchó por más de una hora
contra las ondas, y al cabo
agotó su aliento bravo
al despuntar de la aurora.
Con sus primeros albores,
desde su barca le vieron,
y en ella le recogieron,
unos buenos pescadores.
Este hombre, pues, cuya edad
pasa ya de años cincuenta,
mas que tiene de los treinta
el brío y la agilidad,
traía colgado al cuello
de metal un cajoncillo,
y en un dedo un grueso anillo
con blasones y con sello;
rezó un momento; el tesoro
guardó que en la caja encierra,
y pagó el saltar á tierra
con una cadena de oro.
Desapareció en seguida
por obscura encrucijada,
sin que dejase marcada
su huella desconocida.

Y de mi gente más lista
los ojos más perspicaces
no han sido hasta ahora capaces
de rastrearle la pista.

EL VIRREY

Mas..... ¿qué tiene ¡pesia mí!
todo ese cuento que ver
con aquella otra mujer?

DIEGO

Oid, que vamos ahí.
Por lenguas que una vecina
nos dió, sospecha certera
tuvimos de esa extranjera
de la calle Catalina.
En su casa sospechamos
que estaba el náufrago oculto,
y hace media hora que á bulto
en ella nos presentamos.
Asaltamos con sigilo
su alcoba, tras visto todo.

EL VIRREY

¿Y estaba?

DIEGO

De ningún modo;
reposando muy tranquilo
en su propio lecho hallamos,
no al náufrago misterioso,
sino al mozo más hermoso
que haber visto recordamos.

EL VIRREY

¡Voto va!

DIEGO

Los veinte abriles
contará apenas tal vez;
pero es un mozo ¡pardiez!
gentil entre los gentiles.

EL VIRREY

Concluye en fin.....

DIEGO

Con voz fiera
nos dijo insultos atroces;
mas yo desprecié sus voces,

y hallé al fin esta cartera
bajo de su almohada.

EL VIRREY

A ver.

(La mira.)

¡Cartas del Duque de Guisa!

DIEGO

Por eso con tanta prisa
os las vine yo á traer.
Y este retrato además,
(Dale un medallón.)
que tomé del cuello de ella,
por si aclaraba la huella
de algún rebelde quizás.

EL VIRREY

Dame: es de un hombre, y anciano.

DIEGO

¡Qué noble fisonomía!
¿Le conocéis?

EL VIRREY

No, á fe mía,
pero es de maestra mano;
mas ese mozo.....

DIEGO

Le traigo
preso.

EL VIRREY

¿Y la joven?

DIEGO

Ahora,
clamando por veros llora
en la antesala.

EL VIRREY

Ya caigo.
Quiere por ese traidor
su hermosura interponer.

DIEGO

Dice que espera mover
vuestro corazón, señor.

EL VIRREY

Diego, tráemele al momento.

DIEGO

¿Ver Su Excelencia no quiere á esa muchacha?

EL VIRREY

Que espere en el próximo aposento.

ESCENA V

EL VIRREY

¡Ira de Dios! ¡Ella es! Ella.....; mas ¡juro á los cielos, que él aplacará mis celos agonizando á mis pies! ¡Ah! Todo lo veo claro: en huirme tanto afán, era por ese galán; pero ha de costarle caro.

ESCENA VI

EL VIRREY, D. RODRIGO, entre soldados, y DIEGO

EL VIRREY

(¡Gallardo mozo, en verdad!)
¿Conque eres tú ese villano que osa con traidora mano del Rey á la majestad?

DON RODRIGO

Señor Conde de Vergara, mudad, si os place, de tono, que es fácil que tanto encono os salga luego á la cara.

EL VIRREY

¡Infame!

DON RODRIGO

Señor Virrey....., yo tengo un nombre mejor, que puede con mucho honor servir aun al mismo Rey.

Yo me llamo don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte, y no hay uno en vuestra corte que se compare conmigo. Y á los nobles ¡vive Dios! no podéis en juicio osar, porque sus culpas juzgar toca al Consejo, no á vos.

EL VIRREY

Si lástima no tuviera á vuestra edad tan temprana, Monforte, el sol de mañana ya para vos no saliera; que aunque decís, con razón, que no puedo á un noble osar, puedo, sin embargo, ahorcar un reo de alta traición.

DON RODRIGO

¡Yo traidor!

EL VIRREY

Pruebas son hartas que os pueden matar, y aprisa, del noble Duque de Guisa, conde Rodrigo, esas cartas.

DON RODRIGO

¡Esas cartas, que son obra de algún esbirro impostor!

EL VIRREY

Para llamaros traidor, con cualquiera de ellas sobra. Pero dejemos á un lado cuestión que nos sienta mal, y que justo el tribunal fallará por de contado; vos sois noble, y me habéis hecho tan á tiempo esta objeción, que renunció con razón, de juzgaros el derecho. De próceres tenéis, sí, un tribunal competente, y no hay miedo que yo atente á vuestros fueros allí; nada de eso; mas con todo, en calidad de Virrey, con los traidores al Rey

me cumple obrar de otro modo; por lo cual, antes de ir al tribunal que apeláis, quiero yo que me digáis, y os ruego que sin mentir, qué relaciones os ligan á una joven extranjera....

DON RODRIGO

Es impostura grosera, señor, cuanto de ella os digan.

EL VIRREY

De estar, como vos, la acusan puesta en comunicación de vuestra conspiración con las cabezas.

DON RODRIGO

¡Oh! Abusan de vuestra bondad, señor; ¡es inocente!

EL VIRREY

Mancebo, no sé lo que de ella debo pensar por vuestro temor.

DON RODRIGO

Es inocente, os lo juro, señor Virrey; lo demás, un secreto es, que jamás saldrá de mí.

EL VIRREY

Os aseguro, señor Monforte, que tengo resuelto saberlo todo, y lo diréis.

DON RODRIGO

De ese modo, señor Virrey, os prevengo que, tan joven como soy, tengo un alma tan entera, que sin deciros muriera lo que en callaros estoy.

EL VIRREY

Bravatas de vuestra edad; si yo os pongo en la tortura,

á pesar de esa bravura, confesaréis la verdad.

DON RODRIGO

Señor Conde de Vergara, antes que sufrir tal mengua, os escupiré la lengua desde el tormento á la cara. ¡Tortura á mí! ¡Vive Dios! Antes que hablara yo en ella, se apagaría la estrella de uno de nosotros dos. Aquí vendría mañana, injuria tan afrentosa á vengar, la generosa nobleza napolitana. Y el pueblo, que os aborrece, con ella unido á la vez, vuestra tirana altivez pagara como merece.

EL VIRREY

Siempre las revueltas olas de esa servil muchedumbre, cederán, según costumbre, á mis lanzas españolas.

DON RODRIGO

No os fiéis tanto, señor, que aunque pobres pescadores, contra duros opresores su fe les dará valor.

EL VIRREY

Basta; vuestra audacia iguala vuestra perfidia, y oid un buen consejo.

(Á los guardias.)

Salid.

Diego, espera en la antesala.

(Salen los guardias y Diego.)

ESCENA VII

EL VIRREY y D. RODRIGO

EL VIRREY

Oidme, joven Conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos, cuyos oídos torpes, oyendo mal lo que nada les

importa, podrían interpretar peor palabras que no estarían en estado de comprender. Ahora, pues, que estamos á solas, voy á daros un consejo, que espero no despreciaréis, por lo mucho que os interesa.

DON RODRIGO

A la verdad, que no alcanzo, señor Virrey, el verdadero sentido que queréis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero, á mi vez, que no tendréis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán más mella en mi corazón.

EL VIRREY

De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

DON RODRIGO

Decid, que os escucho.

EL VIRREY

Vos sois aún muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí: engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heroica resolución, por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

DON RODRIGO

Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor Conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiración presente, y que esas cartas del Duque de Guisa son una impostura infame.

EL VIRREY

No es de eso de lo que se trata ahora; no son las cartas del Duque, ni la conspiración, la causa indigna de vos, no; puesto que tenéis un tribunal competente que os juzgará, si estáis inocente, como decís; si no habéis conspirado, como aseguráis, nada tenéis que temer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que yo quiero hablaros es de esa extranjera.

DON RODRIGO

¡Señor Virrey!

EL VIRREY

¡Oh! Veo que la amáis con toda la sencillez de vuestro corazón y de vuestros veintidós años.

DON RODRIGO

Pues bien: sí; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza; pero el origen de esta pasión, con cuyo encanto vivo; la razón oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven, son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesión os protesto que no arrancarán á mis labios, ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

EL VIRREY

Estáis trastornado; buen joven, vuestra imaginación fascinada os hace ver esa pasión por un prisma encantado que embelece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero, creedme, no comprometáis vuestros días, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre, por una mujer que, abusando de vuestra ciega confianza, os paga muy mal la buena fe con que la entregáis vuestra alma inexperta.

DON RODRIGO

¡Vive Dios, señor Virrey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentado como villanos!

EL VIRREY

Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policía, cuyos individuos tienen obligación de penetrar hasta los secretos más íntimos de las más obscuras familias. Acordaos de esa mujer, que ha excitado mis sospechas hace algún tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de día, y que no ha dado un paso, no ha

pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oídos del Virrey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

DON RODRIGO

Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor Virrey. Queréis vengaros de la firmeza que os he manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razón y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y queréis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda acerca de lo único en que creo y espero después de Dios, en el amor de esa mujer. Pero os habéis equivocado; la conozco más de lo que pensáis; leo en su corazón mejor que vos en el mío, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

EL VIRREY

¡Pobre joven! Me dais compasión. ¿Qué diríais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus pies pidiendo misericordia?

DON RODRIGO

Eso es imposible, Virrey.

EL VIRREY

¿Y si no lo fuera?

DON RODRIGO

Repito que es imposible; y si hubiese algún comprado impostor que se atreviese delante de mí á sostener tamaño absurdo, ¡por Dios, que serían las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaré dondequiera que le encontrara!

EL VIRREY

Pues bien; vos mismo seréis juez en este asusto; voy á mandar que introduzcan á esa mujer en este salón, y veréis,

noble Conde, como no es vuestra presencia lo que más va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. ¡Hola, Diego!

ESCENA VIII

DICHOS y DIEGO

DIEGO

¿Qué mandáis, señor?

EL VIRREY

Haz entrar á esa mujer, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte.

(Al Conde.)

Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce más pronto.

ESCENA IX

EL VIRREY, D. RODRIGO y ANGELINA

ANGELINA

Señor, si hay en vuestra alma..... ¡Cielos! ¡Amparadme!

(Cae de rodillas á los pies del Virrey.)

DON RODRIGO

¡Ira de Dios! ¡Angelina!

EL VIRREY

Silencio, mancebo; ya veis que hay un hombre en Nápoles que no sólo ha visto el brillo de sus ojos, y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien se avergüenza y se postra.

ANGELINA

¡Señor Virrey!

EL VIRREY

Silencio digo. Y ¿sabéis, joven, por qué se humilla delante de otro que vos? Pues sabed que otro además de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora ha ju-

rado delante de otro que un voto indisoluble la prohibía oír las palabras de ningún hombre, y esto, ya podéis conocer, buen don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte, que es renegar de vuestro amor en presencia del Virrey de Nápoles.

ANGELINA

No, señor Virrey; mil veces no.

EL VIRREY

Haréis muy mal en dar crédito á sus voces; será muy capaz de renegar hasta de sí misma.

DON RODRIGO

Dime, Angelina; dime, por piedad, que ese hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime que no le conoces, que no le has visto jamás.

EL VIRREY

¡Oh! Eso sí que no podrá negarlo.

ANGELINA

Yo no sé mentir: le he visto.

EL VIRREY

Y hablado, señor Monforte. ¡Hola!

DON RODRIGO

Un momento, señor Virrey; un momento, por cuanto caro tengáis en el universo.

EL VIRREY

¿Qué queréis?

DON RODRIGO

Un instante de explicación acerca de lo que acabo de oír. ¡Oh! Una hora de esta angustiosa incertidumbre me ahogaría; os lo aseguro.

ESCENA X

DIEGO y guardias.

EL VIRREY

Guardad en el aposento inmediato á este noble joven.

DON RODRIGO

Conde de Vergara, tenéis un corazón de hiena, y os digo que sois un vil y un miserable.

ANGELINA

¡Perdón, señor, perdón!

EL VIRREY

(Á Angelina.)

Apartad. (Á D. Rodrigo.) La explicación que me pedís voy á tenerla yo con esta dama, y de sus respuestas depende vuestra salvación y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del Virrey.

ESCENA XI

EL VIRREY y ANGELINA

ANGELINA

Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fué jamás engañaros; pero había jurado guardar silencio. ¿Á qué negároslo, señor? Yo veía que me seguiais por todas partes; oía por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas; os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora la *Incoronata*, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo y á través de mi espeso velo. Pero yo no podía corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podía con vos, que habíais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oídos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los días y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de Nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. ¡Ah! Todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor....

EL VIRREY

¡Mi amor, miserable criatura! Mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fué una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazón, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego más devorador, el de los celos. ¡Miserable! ¡Me hablabas de un voto que te prohibía escuchar las palabras de los hombres, y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del Estado!

ANGELINA

Llenadme de injurias, señor; descargad sobre mí toda vuestra cólera; yo no imploro vuestra misericordia más que para él. Os juro mil veces, por la Virgen María, que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa, puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador. Pero es una infame falsedad, porque yo las vi sacar de su jubón antes de ponerlas en nuestro lecho. ¡Oh! Yo no soy más que una infeliz mujer; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

EL VIRREY

Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice, y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas; y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harían más que agravar la mala causa de tu amante.

ANGELINA

Y ¿qué habéis visto en mí, señor Virrey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habéis hallado para aplicarme título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces más espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿Será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la no-

bleza de mi sangre? ¿Ó será porque mis oídos, señor Conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? ¡Por vida mía! Meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputación de las mujeres, porque daréis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgáis á equivocarse, como ahora, con una impúdica cortesana á la Condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldón que acabáis de hacerla.

EL VIRREY

¡Vos Condesa de Monforte!

ANGELINA

Sí, señor Virrey; esposa de don Rodrigo.

EL VIRREY

¡Su esposa! ¡Oh! Circunstancia es ésta que no le libraré del cadalso.

ANGELINA

¡Perdón, perdón! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiración alguna. ¿Qué tiene de común un noble como él con esa turba de miserables pescadores? E escuchadme, señor; quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza que lo sepáis para que nos hagáis justicia. ¡Hemos sido tan desdichados!

EL VIRREY

¿Vas á darme algunas noticias de los demás jefes de esa conspiración?

ANGELINA

¡Ah! Nada sé de eso, señor. ¿No os he dicho ya que somos inocentes? Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su país. ¡Oh! Es una historia completa. Si os dignáis oirme un momento, os convenceréis de nuestra inocencia. Yo perdí á mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

EL VIRREY

¡Española!

ANGELINA

Sí; recibía mi educación lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosías y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venía todos los días á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigían á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria y abrazar á su pobre madre, que le lloraba....., y la compasión hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su país, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afán, los medios que tuvimos que adoptar..... ¡Perdonadme, Dios mío, tan vergonzosa confesión!

EL VIRREY

Continuad, continuad.

ANGELINA

Anduvimos errantes noche y día como delincuentes perseguidos por la maldición divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovo de mi deplorable estado, nos recogió en su casa, con evangélica piedad, un sacerdote de una escondida aldea; y advertida de que llegaba el término de mis días, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase; encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moría, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hízolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrará mi salud, y antes de volver á emprender nuestro viaje, escuchó nuestra confesión y bendijo nuestro himeneo. Seguí á mi esposo, y no he querido desengañar á mi padre, que me crea muerta, porque juró vengarse cruel-

mente de mi pobre Rodrigo. Esta es mi historia, señor, y he aquí por qué nos ocultábamos en las sombras del misterio.... Y, sin embargo, yo adoro á mi padre, y me atrevo, por fin, á hacer os una súplica postrera.

EL VIRREY

¿Cuál es?

ANGELINA

Que me devuelvan su retrato, que me fué arrancado del cuello esta mañana por uno de vuestros agentes, cuando sorprendieron nuestra casa. Si así lo hacéis, rogaré por vos, como lo hago por él todas las tardes, en el templo de la *Incoronata*, donde me visteis por primera vez. Ya sabéis, pues, quién somos; ya veis que ninguna parte tenemos en las revueltas de este país, que somos inocentes; servíos, pues, mandar dar libertad á Rodrigo, que por este servicio, si necesario fuese, morirá lidiando por vos, aunque sea contra sus mismos conciudadanos de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien; ya que eres la esposa de Monforte, yo te perdono.....

ANGELINA

¡Oh! ¿Cómo pagaros, señor, vuestra generosidad?

EL VIRREY

Poniéndote bajo mi protección.

ANGELINA

¡No, jamás!

EL VIRREY

Con esa condición podrá disponer de un barco que le conducirá esta noche muy lejos de aquí; de otro modo, mandaré al punto reunir el tribunal secreto, y, falsas ó verdaderas, las cartas del Duque de Guisa le llevarán á morir en el cadalso.

ANGELINA

¡Hombre vil! ¿Para eso me escuchaste con sangre fría la historia de nuestras desventuras?

EL VIRREY

Elige, pues.

ANGELINA

No, no, mil veces no; primero consentiré en que rueden nuestras cabezas, escarnecidas por la hez del populacho.

EL VIRREY

Sea.—Diego.....

ESCENA XII

ANGELINA, EL VIRREY y DIEGO

EL VIRREY

Conduce á esta mujer á uno de los calabozos interiores de este palacio, y guárdame en otro distinto á ese mancebo.

ANGELINA

¡Monstruo! ¡Caiga sobre ti la ira del cielo!

EL VIRREY

Basta. Diego, haz que dentro de una hora se reuna el Consejo secreto en este mismo salón. Esta hora os doy de término; pensadlo bien, Condesa de Monforte.

(Vase.)

ESCENA XIII

ANGELINA, DIEGO y guardias. Los guardias la conducen en medio de ellos hacia la puerta secreta de la izquierda; al salir, la voz de Diego les detiene, y la escuchan.

DIEGO

Conducidla con todo el miramiento de que seáis capaces, á la prisión más cómoda del palacio. Y cuenta con que os atreváis ni á dirigirla la palabra, porque os haré clavar la lengua en la puerta de su calabozo. Id.

ESCENA XIV

DIEGO y D. RODRIGO, que se presenta á una seña de Diego.

DIEGO

Venid, joven.

DON RODRIGO

¿Adónde vamos?

DIEGO

A los calabozos de palacio. Pero desarrugad el ceño que entolda vuestras miradas, y escuchadme antes un breve instante.

DON RODRIGO

¿Qué quieres de mí, ¡miserable!

DIEGO

Quiero sacaros de un error, para consuelo de vuestra alma; quiero daros una pauta segura para que conozcáis á vuestros amigos, y los distingáis de los que no lo son.

DON RODRIGO

Yo desprecio la amistad de gentes tan infames como los esbirros del Virrey de Nápoles.

DIEGO

Poco á poco, caballero; poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidáis que no os he faltado á la consideración que merecís, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habéis fulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amáis, más bien como á una imagen que se lleva en procesión, que como á una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor, cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros, bajo vuestra almohada, unas cartas del Duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jubón el individuo de quien os hablo.

DON RODRIGO

Y ¿quién es ¡vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

DIEGO

Yo, señor mancebo; yo mismo.

DON RODRIGO

¡Tú!

DIEGO

Escuchadme, señor Monforte, y después seréis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El Virrey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la *Incoronata*. A beneficio de su disfraz la habló él mismo estas dos veces. La primera fué despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supieseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedía escuchar la voz de los hombres. Todo lo demás que el Virrey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

DON RODRIGO

¡Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazón.

DIEGO

Oid. El Virrey creía ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas excursiones y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra; me he arrastrado como una culebra por las calles más solitarias; he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado como un hurón entre los confesonarios de la *Incoronata*, y todo lo he visto, todo lo he oído....., y le he probado, bien á su costa, que ha tenido mucha razón en elegirme para su espía favorito.

DON RODRIGO

Concluid, que me tenéis impaciente y no comprendo.....

DIEGO

Ahora bien: respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando, hace dos años, el Virrey insultó á las mujeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio y degolló la mitad de su guardia; ahora que el Virrey ha insultado á las mujeres de los nobles, ¿que harán los nobles á su vez?

DON RODRIGO

¿Adónde vais á parar?

DIEGO

Yo detesto al Virrey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «Conde de Monforte, el Virrey trata de robaros vuestra esposa», me hubierais contestado que mentía como un bellaco. Si os hubiera dicho: «Conspirad con nosotros para derrocar al Virrey», me hubierais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio más seguro: el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aquí mismo dentro de una hora, y el Virrey obtendrá, sin duda, vuestra condena, porque está ciego por vuestra mujer. Ahora, Conde de Monforte, ¿queréis uniros á la plebe para derrocar al Virrey?

DON RODRIGO

Y ¿quién me responde de ti?

DIEGO

Os dará la libertad.

DON RODRIGO

¿Y á Angelina?

DIEGO

¡Oh! Esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

DON RODRIGO

No quiero: ó los dos, ó nadie.

DIEGO

Pues bien; escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el Virrey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuración, mal ahogada por mí en la noche anterior, fermentará sordamente, robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del Virrey en venganza de la vuestra. ¿Dudáis? Veo que no tenéis fe en mi resolución, porque ignoráis las razones que tengo para odiar al Virrey. Pues bien; yo soy español como él, y tenía una mujer como vos la tenéis ahora; él la vió como ha visto á la vuestra.....

DON RODRIGO

Basta: ¿cuándo he de escribir esa carta?

DIEGO

Ahora mismo, en vuestro calabozo.

DON RODRIGO

¿Cuándo estará en poder de mi madre?

DIEGO

Dentro de diez minutos.

DON RODRIGO

Vamos; pero si me vendes, Dios será mi vengador.

DIEGO

Os daré todavía otra seguridad.

DON RODRIGO

¿Cuál?

DIEGO

Pondré á vuestra mujer en vuestro mismo calabozo, hasta que traigan la respuesta del Cardenal.

DON RODRIGO

Acepto, y toma.

(Le tiende la mano.)

DIEGO

Apretad, y vamos. (Y mañana, señor Virrey, amanecerá Dios y medraremos.)

(Diego conduce á D. Rodrigo por la misma puerta por donde llevaron á Angelina.)



ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

EL VIRREY. Los cinco JUECES del Consejo secreto, sentados alrededor de la mesa. ANGELINA, sentada en un taburete sin respaldo.

EL JUEZ

En fin, señora; si os obstináis en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios más severos, ó creerá, por vuestro silencio, que, conociéndoos culpable, no tenéis razones con qué defenderos.

ANGELINA

El tribunal de los hombres juzgará como quiera; Dios, que en el suyo ve mi corazón, no me abandonará á su injusticia.

EL JUEZ

Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta, á imitación suya, la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servíos, pues, contestar ingenuamente.

ANGELINA

Servíos, señores, de no molestaros en preguntar más á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vínculos más sagrados. Sí, señores; repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien

la sutileza con que enredaríais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me haríais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazón tuviera parte en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores; lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamás nos han pasado por la imaginación.

EL VIRREY

Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada, y sería imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones, además, servirían de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traición cuyos datos posteriores están igualmente patentes en contra de ambos.

EL JUEZ

Os concedemos, pues, una hora más para que meditéis las cuestiones sobre que habéis sido interrogada, y si en ella no las satisfacéis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

ANGELINA

Mi fe me promete que llegará un día en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese día infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

EL JUEZ

(Toca la campanilla.)

Llevadla.

ANGELINA

Vamos.

ESCENA II

EL VIRREY y LOS JUECES

EL VIRREY

Esa joven, señores, es española. Conozco la firmeza de carácter que aquel país inspira á sus hijos, y creo que los medios rigurosos no harán más que acrisolar el fiero valor de esa mujer. Me atrevo á proponeros, pues, que mandéis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religión que profesan.

EL JUEZ

Así se hará. Pasemos, si gustáis, señor Virrey, al juicio del otro acusado.

EL VIRREY

(Con una señal afirmativa toca la campanilla y se presenta Diego.)

EL JUEZ

Introducid al Conde de Monforte.

(Vase Diego y vuelve con D. Rodrigo.)

ESCENA III

EL VIRREY, D. RODRIGO y LOS JUECES

EL JUEZ

¿Sois Rodrigo de Luz, Conde de Monforte?

DON RODRIGO

Jamás he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaría menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojaros.

EL JUEZ

Acercaos á jurar sobre estos Evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien de demandaros.

DON RODRIGO

El Conde de Monforte no ha manchado jamás su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el más solemne juramento.

EL JUEZ

Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

DON RODRIGO

Está dicho, señores.

EL JUEZ

Mirad que se os acusa de rebelión, y que todos sabemos que, á pesar de vuestra corta edad, habéis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber, hace pocos años, coadyuvado á la sublevación del pueblo con el infame pescador Tomás Anniello. Mirad que no hemos olvidado que, hasta la caída del Duque de Arcos, no habéis podido volver á vuestro país, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde Duque de Guisa os da en estas cartas poderes amplios hasta para suministrar al populacho dineros y armas contra su legítimo Gobierno. Mirad....

DON RODRIGO

Basta, Sr. Juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por más que sus individuos descendan de sangre de príncipes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que, aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la más rica que haya salido de las armerías de Milán, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

EL JUEZ

Reparad que estáis corroborando las acusaciones que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal....

DON RODRIGO

¡Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde queréis juzgarme como un rebelde para que no asistan á él los próceres que sólo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Sí, señores; protesto contra un tribunal donde no veo más que á enemigos personales míos, que, harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. Y ¿por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? ¿Dónde están los dos Carafas? ¿Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan, os tendré por tribunal competente. No á vosotros solos, que todos habéis recibido beneficios de mi familia, que no querréis confesar, porque se los habéis pagado indignamente. ¡Vive Dios! ¿A quién de vosotros demandaré justicia? ¿Será á ti, viejo Príncipe de Celamaro, que debes la vida á mi padre? ¿A vosotros, Carlos Caracciolo y Héctor Calpecelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre? ¿A ti, Duque de Maddaloni, á quien yo escondí bajo mi lecho cuando el pueblo napolitano ofrecía cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien queréis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignoráis el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á decíroslo, para que no incurráis en un error: porque tuvo la osadía de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aquí.

EL JUEZ

Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondréis en la precisión de sujetárosela con una mordaza.

EL VIRREY

Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

DON RODRIGO

Señor Conde de Vergara, una cosa me resta que deciros, y es, que sois un cobarde, y que si algún día, despojado de vuestras insignias de Virrey, os encontráis cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

EL VIRREY

Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

DON RODRIGO

Pues bien; si entonces, como ahora, no me contestáis, porque entonces, como ahora, me teméis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podáis lavar sino matando ó muriendo.

EL JUEZ

(Toca la campanilla y aparece Diego.)

¡Hola! Volvedle á su calabozo.

DON RODRIGO

Sí, sí, llevadme; pero no iré sin deciros que, sea cualquiera la suerte que me preparéis, la arrostraré con fiereza y os despreciaré como merecéis. Vamos.

DIEGO

Vamos.

ESCENA IV

EL VIRREY y LOS JUECES

EL JUEZ

Admirable ha sido, Sr. Virrey, vuestra paciencia con ese joven.

EL VIRREY

La ira, Sr. Juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es des-

apasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado más que á mi pecho; si sólo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á S. M., tengo, á pesar mío, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Sólo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordéis de las amenazas y dieterios que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro país exigen; pero sed más benignos que severos. En cuanto á mí, declaro solemnemente que si, como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de Fiscal, tuviera voto decisivo en el Consejo, tendría presente, al sentenciar, la juventud, la inexperiencia y la desgracia de los criminales. No lo olvidéis, pues, y pasad, si os place, á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votación.

EL JUEZ

Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, Sr. Virrey, y tendremos presente, al administrar la justicia, las virtudes de vuestra persona ultrajada.

EL VIRREY

Id, pues, nobles señores, pero que no sea esa la razón que más pese en vuestra balanza.

ESCENA V

EL VIRREY

Id, mentecatos, id; y no os olvidéis de dorar el temor que me tenéis con las virtudes que me encomiáis. Id á pensar una sentencia con la cual me queráis tener agradecido, cuando no sois más que las figuras que el jugador coloca y mueve

sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinación que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme, obligaría á otros á hundiros en el polvo de que os he sacado.—Diego.....

ESCENA VI

EL VIRREY y DIEGO

DIEGO

Señor.....

EL VIRREY

¿Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesión de esa joven?

DIEGO

Sí, señor excelentísimo; hemos dado la comisión á un reverendo monje, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

EL VIRREY

Me has comprendido perfectamente.

DIEGO

Este monje tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaración pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

EL VIRREY

Es decir, que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa, en el momento que sea necesario.

DIEGO

Siempre que la caridad de los que le confían semejante comisión, se explique con él generosamente por su servicio.

EL VIRREY

Dale eso.

(Le da un bolsillo.)

DIEGO

¿En nombre del Virrey de Nápoles?

EL VIRREY

No; en nombre de los jueces del Consejo secreto.

DIEGO

Está bien; fiad en mí.

EL VIRREY

Dentro de dos horas, á lo más, recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

DIEGO

Es decir.....

EL VIRREY

Que esa mujer ha de pertenecer dentro de dos horas al Virrey ó al verdugo.

DIEGO

¿Y en cuanto al joven?

EL VIRREY

En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

DIEGO

Tenéis razón; porque dice un refrán de nuestro país, que el hombre propone y Dios dispone.

EL VIRREY

Es verdad. Pero los jueces salen; retirete.

ESCENA VII

EL VIRREY y LOS JUECES

EL VIRREY

¿Habéis concluído ya la votación?

EL JUEZ

Sí, señor Virrey. He aquí el fallo del tribunal, cuya ejecución os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

EL VIRREY

Y yo la cumpliré exactamente, sea cualquiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

EL JUEZ

Tomadla, y mirad si tenéis algo más que pedir al tribunal.

EL VIRREY

Quisiera, señores, que tuvierais presente que la joven Condesa de Monforte nada ha declarado, y que el estado de su juicio, según los facultativos, exige más indulgencia...

EL JUEZ

Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaración, y, sea la que quiera, vos, en nombre de S. M. Católica, podéis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzguéis acreedores.

EL VIRREY

Está bien.

EL JUEZ

El cielo os guarde, señor Virrey.

EL VIRREY

Dios guíe vuestros pasos, nobles señores.

ESCENA VIII

EL VIRREY

Bien; ya están llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolución.

(Lee en secreto.)

«A la última pena....., quedando su ejecución al arbitrio del Virrey.» ¡Oh! Esto es más de lo que yo esperaba. Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público, de noche ó de día; puede elegirse el género de muerte más conveniente.—Diego.....

ESCENA IX

EL VIRREY y DIEGO

EL VIRREY

Ya están en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

DIEGO

El tribunal.....

EL VIRREY

Mira.

(Diego mira la sentencia.)

DIEGO

En esa sentencia, señor Virrey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez, hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica, á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. Y ¿cuándo se ha de ejecutar?

EL VIRREY

Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galería subterránea, y tráeme la llave del caracol que desde mi dormitorio conduce á ella; quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del Norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita; porque ya te he dicho que ha de pertenecer al Virrey ó al verdugo. Y, á propósito, ¿qué dicen esos villanos de mis justicias?

DIEGO

Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del Estado, á quien acabáis de salvar, dándoos una magnífica serenata.

EL VIRREY

Mi triunfo no puede ser más completo, Diego. Pero ahora recuerdo.....: tus esbirros, ¿duermen?

DIEGO

Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpación me avergüenza. Tenéis razón para extrañar que no haya caído en nuestras manos el desconocido á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo

lo hemos escudriñado con la más exquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

EL VIRREY

No sé por qué, pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

DIEGO

No hay otro medio, señor: ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

EL VIRREY

Pues bien, Diego, te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones más retiradas, penetra en mis oficinas más escondidas; baja á mis calabozos más oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme por garantía.

DIEGO

Y ¿qué término me señaláis para cumplir vuestra voluntad?

EL VIRREY

Acaba de anochecer: te doy dos horas.

DIEGO

Os prometo, señor Virrey, que antes que hayan expirado tendréis en vuestra presencia, muerto ó vivo, á ese misterioso incógnito.

(Saluda y se va.)

ESCENA X

EL VIRREY

Ahora, corazón, respira el ámbar de la esperanza; ahora, ó amor ó venganza cumplida has de conseguir. Ya soberano absoluto de este país de placeres,

sus hijos y sus mujeres
de hinojos me han de servir.

(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)

Así, servil muchedumbre;
así, festéjame, canta;
tu voz hasta mi levanta
con tus aplausos..... así.
Arrástrate humildemente
á las plantas de tu dueño;
su orgullo arrulla, y su sueño
con dulces cánticos, sí.
Bien haces; gózate y canta,
que tan lejos de Castilla,
las nuevas de tu mancilla
á España no llegarán.
La fama de tu hermosura,
la riqueza de tus playas,
doquier que á quejarte vayas,
á desmentirte saldrán.
Nápoles, ciudad dichosa
de deleite y de pereza,
no hay corona en mi cabeza,
mas soy tu rey en verdad.
Ya no alzan tus pescadores
de Amalfi ni de Sorrento,
sobre tu golfo sangriento
sus himnos de libertad.
Castilla ganó tus tierras;
y en nombre yo de Castilla
te tiranizo, y se humilla
ante mis plantas tu grey.
Tu golfo oprimen mis naves,
y en tus torres altanera,
clavada está mi bandera
en el nombre de mi Rey.
Pueblo insensato, á quien hizo
para servir el destino,
canta y ríe, ese es tu sino.
Tu fortuna es tu ilusión.
Canta, que á fe que me halagan,
al son de tus blandas olas,
las alegres barcarolas
con que cantas tu opresión.

(Cantan dentro.)

Era Nápoles un día
un inculto paraíso,
y venderle fué preciso
al cuidado de un señor.
Ora canta sin afañes,

de su golfo entre las olas,
sólo amantes barcarolas
su olvidado pescador.

Pero acaso
estudia y fragua
en el agua
otro cántico mejor.

EL VIRREY

¡Qué alegres son esas danzas!
¡Qué dulces esos cantares!
¡Los aplausos populares,
cuánto agradan al señor!
¡Cuánto exalta mis antojos
y mis ansias enardece,
y mi ser enorgullece
el cantar del pescador!

(Cantan dentro.)

Está Nápoles dormida,
por las ondas arrullada,
pero Nápoles no olvida
lo que debe á su señor.
Y del chuzo con que rompe
las escamas á los peces,
puede hacer, como otras veces,
una lanza el pescador.

Porque acaso
estudia y fragua
en el agua
de vivir modo mejor.

EL VIRREY

¡Vive el cielo! De esa estrofa
con el doblado sentido,
ese imbécil ha querido
insultar á su señor.
¡Hola!

(Aparece un esbirro.)

Al punto que me saquen
de esa torpe concurrencia,
y que venga á mi presencia,
ese infame pescador.

(Vase el esbirro.)

Con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede, como otras veces,
hacer del chuzo una lanza,

yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.

(El Virrey se asoma al balcón, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta, y embozado, don García, que le escucha.)

EL VIRREY

(Mirando por el balcón.)

Mas á su barca se acoge,
¡vive Dios! y el remo abarca
y huye. Yo haré que otra barca
á darle caza se arroje.

Y aunque el mismo Belcebú
se la ayude á remolcar,
¡por Dios, que le he de atrapar!

(Al volverse ve á D. García, y dice espantado:)

Mas.... ¡Cristo! ¿Quién eres tú?

ESCENA XI

EL VIRREY y D. GARCÍA

DON GARCÍA

Callad.

EL VIRREY

¡Socorro!

(Va á tocar la campanilla, y D. García le sujeta la mano.)

DON GARCÍA

Es en vano,
señor Conde de Vergara;
escuchadme cara á cara,
ú os hago polvo la mano.

EL VIRREY

¡Soltad!

DON GARCÍA

Escuchadme, pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigáis, enterrar
en el alma fuerza es.
Virrey habéis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
jueces habéis corrompido,

empleos habéis vendido
y deshonorado mujeres.
Con rastrera hipocresía,
abusando del poder,
os dispensáis de tener
religión, fe, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
de una justicia severa,
escondéis de un alma fiera
el hondo libertinaje.
Y así, á vuestra excelsitud
creisteis que no llegaban
más que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.
Pero un perpetuo testigo
que por doquier os seguía,
y que sumiso os servía
de la sospecha al abrigo,
avariento os espiaba,
vuestra eterna sombra hecho,
y á los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.
El, con vengativo empeño,
con incansable tesón,
ganó vuestro corazón,
de todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
no hay intención solapada,
que, por él comunicada,
sabida del Rey no sea.
Tu nombre, pues, se ha borrado,
Vergara, del libro de oro;
tus haciendas, tu tesoro,
todo está ya confiscado.
Y encontrándote tu Rey
á sus favores ingrato,
te aparta del virreinato
y te acusa ante la ley.

EL VIRREY

Espectro amedrentador,
mensajero funeral
de esa nueva tan fatal,
aparición de pavor,
delante de quien estoy,
¿quién eres, visión tirana?

DON GARCÍA

Don García de Orellana,
Virrey de Nápoles, soy.

(Don García se desemboza y queda en traje negro, con el Toisón al cuello. El Virrey cae á sus pies de rodillas. Al inclinarse, cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento, comparándolo con D. García, y después que éste le dice con desprecio los cuatro primeros versos, se levanta el Conde con aire de triunfo y tomando con D. García un tono irónico.)

No os humilléis ante mí,
y hablemos, Vergara, claros.
Yo no he venido á ultrajaros,
y me avergonzáis así.

EL VIRREY

(Mas ¡qué veo! Dios me apresta
respalda bien segura.)
Estímoo tanta mesura
en ocasión tan funesta;
obedecer sé que debo
las órdenes de mi Rey,
y acato su augusta ley
y á murmurar no me atrevo;
mas veo que generoso
ser conmigo pretendéis.

DON GARCÍA

Ruégoos que me perdonéis,
si al veros tan orgulloso,
en palabras propaséme.

EL VIRREY

Perdonado estáis, señor.
Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

DON GARCÍA

Apenas pisé la tierra
que teníais en gobierno,
creí que todo el infierno
se hacía en ella la guerra.
Corría la sangre á arroyos,
y al resplandor del incendio,
vi quedar, con vilipendio,
los cadáveres sin hoyos.
Y vi lágrimas correr,
y oí imprecaciones tales,
que mis sentidos cabales
llegué á dudar de tener.
Por todas partes oí
maldeciros y acusaros.
Entonces, ¿á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.

Por quedar más convencido,
yo mismo veros ansié,
y con ira os escuché,
cerca de vos escondido.
Señor Conde, perdonad;
os juro de buena fe
que al oír me horroricé
por vos mismo la verdad.

(El Virrey se sonrte y oye sereno.)

Ahora, pues, órdenes Reales
sujeto á cumplir estoy;
á dar al Consejo voy
mi fe con mis credenciales.
Vos á partir disponeros
para Castilla podéis.

EL VIRREY

Un momento.

DON GARCÍA

¿Qué queréis?

EL VIRREY

Quiero un pacto proponeros.
No os sorprendáis. A pesar
de hallarnos á tal distancia,
aun puedo con arrogancia
con mi sucesor pactar.

DON GARCÍA

Decid.

EL VIRREY

Yo he mandado aquí
seis años, y bien quizás;
dejadme dos horas más
el gobierno que perdí.

DON GARCÍA

¿Sabéis, cuando el mar bravío
mi barco anoche sorbió,
con qué fuerzas nadé yo?
¿Sabéis qué afán era el mío?
No era la sed de mandar;
no era, Conde, la ambición,
que está ya mi corazón
harto de humo popular.
Mi fuerza fué la esperanza
de alzar el yugo execrable
que á esto pueblo miserable

habéis puesto; y la tardanza de cada breve momento que pasaba bajo de él, era un manantial de hiel abierto en mi pensamiento. Juzgad si iré á conceder las dos horas que pedís.

EL VIRREY

¿Es decir, que no admitís?

DON GARCÍA

Vergara, no puede ser.

EL VIRREY

Por última vez, señor: dos horas, y nada más.

DON GARCÍA

Vergara, haceos atrás; la bajeza me da horror.

EL VIRREY

Dos horas.

DON GARCÍA

Ni dos instantes.

Juré ante el Rey y el altar á Nápoles libertar de vos, y será cuanto antes.

EL VIRREY

Lo jurasteis..... ¡vive Dios!
¿Qué os importa haber jurado, á olvidar acostumbrado vuestros juramentos vos?

DON GARCÍA

¡Infame!

EL VIRREY

Despacio, señor, que habéis llegado á jurar á vuestra hija vengar, y aun vive su seductor.

DON GARCÍA

¡Vível! ¡Oh! ¿Adónde está, adónde?

EL VIRREY

Dadme el tiempo que os propongo, y en vuestras manos le pongo.

DON GARCÍA

Sois un miserable, Conde. Mas os vais al precipicio; porque, ó habláis al momento, ú os mando atar al tormento.

EL VIRREY

Don García, estáis sin juicio. ¿En olvido habéis echado que aquí mi juez os han hecho, y el juez no tiene derecho para osar al acusado?

DON GARCÍA

¡Desventurado de mí!
¿No hay, pues, medio de que habléis?

EL VIRREY

Las dos horas que calléis y siga el gobierno en mí; no hay más medio.

DON GARCÍA

¡Voto al sol!

Quien da en tan infame traza, ¿cómo dirá que su raza es de solar español?
¡Mentira!..... Lo dice á voces el pueblo..... Sois un bandido; las hienas os han tenido en sus entrañas feroces.

EL VIRREY

Seguid; me tenéis sujeto bajo el yugo de la ley; mas..... pensadlo bien, Virrey, dos horas vale el secreto.

DON GARCÍA

Pues bien: ya que tanto os cuesta de Nápoles el gobierno, llévese el mando el infierno y escuchadme otra propuesta. Yo, con ciega idolatría, amé á la hija de mi amor; ella era el bien mayor, el único que tenía. Por ir al campo á lidiar por mi Rey y por mi España,

el tiempo de la campaña
la hice en un claustro guardar.
Robómela un seductor,
y fué mi única esperanza
vivir para la venganza
de aquel engaño traidor.
Mirad su carta postrera:
siempre la llevo conmigo,
de mi llanto por testigo
y para atizar la hoguera
de mi cólera: pues bien;
á España, Conde, partid;
sinceraos en Madrid,
y haced con oro que os den
el virreinato; interino
quedará yo, y aunque enormes
vuestras culpas, daré informes
que salven vuestro destino.

EL VIRREY

No; que habrá en mi contra allí
(Óyese á lo lejos la serenata.)
acusaciones tamañas,
que las mayores hazañas
se volverán contra mí.
No; ya que habéis dado un paso
á la reconciliación,
aceptad, en conclusión,
y no andéis en gracia escaso.

DON GARCÍA

No, Vergara; tanto empeño
el gobierno en conservar,
me hace de vos sospechar
mal designio, y no pequeño.
Oid: no hay más que un solo hombre
que ahora en esa serenata
pueda á esta turba insensata
dar ó descubrir mi nombre.
Concibo todo el pesar
que debe ser para vos,
saber á cuál de los dos
vienen ahí á festejar.
Conozco que os es gran pena
ver que esos himnos comprados,
para vos aparejados,
celebran la dicha ajena.
Conozco que la esperanza
de vengar mi propia afrenta,
es cebo que mi fe tienta

á otorgaros la tardanza
de dos horas que pedís;
pero no puede mi honor
ser ni dos horas traidor
á mi Rey y á mi país.

EL VIRREY

Pues bien; si estáis decidido
á que con vos no transija,
ahí tenéis de vuestra hija
ese recuerdo perdido.

(Le da el retrato.)

DON GARCÍA

Y ¿quién esta prenda os dió?

EL VIRREY

El sacerdote que oyera
su confesión postrimera;
y enviáosle me encargó.
Dijo que enviarlo era ley
á don García derecho,
y esta ocasión aprovecho
para dárselo al Virrey.

DON GARCÍA

¡Sin duda el cielo maldijo
hasta su último recuerdo!

EL VIRREY

La pobre murió en su acuerdo;

(Con malignidad.)

y con afán muy prolijo,
os encargó la venganza
de aquel que os la arrebató,
y que al fin la abandonó
sin consuelo ni esperanza.
Dijo que murió en sus brazos,
maldiciendo al seductor
que la abandonó traidor.

DON GARCÍA

Basta; quiero en mil pedazos
su corazón dividido;
necesito su existencia.

EL VIRREY

Luego ¿acepta Su Excelencia?

DON GARCÍA

Sí; acepto vuestro partido.
Ese hombre....

EL VIRREY

A mi está sujeto;
yo sé quién es únicamente,
y á ese precio solamente
os vendo vuestro secreto.

DON GARCÍA

Sea. ¡Dios lo quiere así!
No puede mi corazón
con tan grave tentación;
sucumba mi honor aquí.
Escribid que os dejo dueño
(El Virrey escribe.)

del mando dos horas más,
y de no volverme atrás,
palabra y firma os empeño.

EL VIRREY

Firmad, pues.

DON GARCÍA

Tomad.

EL VIRREY

(Con ironía.)

Señor,
hoy me habéis hecho feliz.

DON GARCÍA

Y á mí vos, con vuestro ardid,
me habéis hecho ser traidor.

EL VIRREY

Pasemos á ese aposento,
pues primero de entregárosle
necesito asegurárosle.

DON GARCÍA

Pero sed breve.

EL VIRREY

Un momento.

(Entran por la puerta que da á la cámara del Virrey, y en este momento se oye la serenata al pie del balcón, y suenan voces de: ¡Viva el Conde de Vergara! ¡Viva el libertador de Nápoles!)

ESCENA XII

DIEGO, con linterna y llaves.

Ya se fueron; bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á fe, que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conservación. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo. ¡Cómo ha de ser! Vamos á separar al Conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que Su Excelencia me los coja en el garlito. (Vivas fuera, y se asoma Diego al balcón.) Sí, sí, tocad. Así como así, mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como así no sea, ¡vive Dios, que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del Virrey, á quien celebráis! Mas no perdamos tiempo, que da dos veces quien da primero, y hombre prevenido vale por dos, como dice el refrán de nuestra tierra.

(Entra por la puerta secreta de la izquierda, que conduce á las prisiones.)



ACTO TERCERO

Prisión en el interior del palacio del Virrey. Puerta en el fondo, con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galería, guardada por centinelas. En la prisión, y á la izquierda, una puerta secreta, y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y ANGELINA

ANGELINA

Si es cierto, Rodrigo, inclina
la frente, que yo te vea:
el placer completo sea
de tu adorada Angelina,
y en dicha tamaña crea.
No hay más que tú para mí;
escuche yo de tu acento
palabras de amor aquí,
y es tuyo mi pensamiento,
mi existencia es para ti.
¡Suspiras!

DON RODRIGO

Miro en tu frente
tan galano resplandor,
aureola tan refulgente,
que suspira tristemente
el pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! En donaire sola,
en gala y cortesanía,
bien puede á la luz del día
mi enamorada española
disputar la primacía.
Es tanto el placer que siento
viéndote, hermosa, á mi lado,
y es tal mi enajenamiento,
que olvida mi pensamiento
nuestro destino menguado.

ANGELINA

Mayor, Rodrigo, es el gozo
que mi alma siente, mayor;
y á merced de este alborozo,
es para mí el calabozo
santuario de nuestro amor.

DON RODRIGO

Ilusoria es por demás
esa amorosa quimera;
¡soñando, Angelina, estás!
que aquí la muerte me espera,
y acaso tú... ..

ANGELINA

¡No, jamás!
Vivir sin ti, ¿qué me vale?

DON RODRIGO

Sí, es cierto, Angelina hermosa....

ANGELINA

Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
entre los hombres que iguale
la dicha de ser tu esposa.
Loca de amores dejé
por ti mi patria y mi hogar,
y embelesada, la fe
del alma te consagré
de hinojos ante el altar.
Por ti crucé de los mares
las alborotadas olas,
y hoy, en tus nativos lares,

olvido por tus cantares
mis canciones españolas.
No hay más deidad para mí
que la imagen que retrata
el cristal en que te vi;
jamás mi oración sin ti
se elevó en la *Incoronata*.

DON RODRIGO

Angelina, ¿quién tuviera
tu amante incredulidad!

ANGELINA

Sólo en el mundo me espera
amor y felicidad
á tu lado, viva ó muera.

DON RODRIGO

Mas no hallo fe en el espía.

ANGELINA

Libertarnos me juró.

DON RODRIGO

Sin duda que juraría
por ver si revelaría
secreto importante yo.
Porque, Angelina, á juzgar
por su faz torva y sañuda,
por su siniestro mirar,
mi fe en sus promesas duda;
nada me atrevo á esperar.

ANGELINA

Rodrigo, no sé por qué,
mas tengo en ese hombre fe,
y no mi inspira recelo
quien la cárcel hizo un cielo
uniéndonos.

DON RODRIGO

Dicha fué,
y un cielo es para los dos
mientras juntos nos hallamos,
mientras nos vemos y hablamos;
y es del cielo, sí, ¡por Dios!
el aire que respiramos.
Mas.... ¡ay de mí! ¡Qué dolor
será, y qué amarga la suerte,
si nos conduce, traidor,

de los brazos del amor
á los brazos de la muerte!

ANGELINA

Y á un tiempo nos matarán,
porque á tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán;
y á no hacérmelos pedazos,
de ti no me apartarán.

DON RODRIGO

Mas no viene.... ¡Oh, tarda mucho!

ANGELINA

Vendrá para nuestro bien.

DON RODRIGO

A cada ruido que escucho,
con dudas horribles lucho.

(Ruido de pasos.)

ANGELINA

¡Rodrigo!

DON RODRIGO

Angelina, ¿quién....

ANGELINA

Me ha parecido escuchar
pisadas.

DON RODRIGO

Sí; oigo, á fe mía,
por el caracol bajar.

ANGELINA

¡Cielos! Tiemblo á mi pesar.

(Abren.)

DON RODRIGO

¡Él es!

ANGELINA

¡Diego!

DIEGO

¡Ave María!

ESCENA II

DON RODRIGO, ANGELINA y DIEGO

DIEGO

¡Bendito sea Dios, amables jóvenes: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí! Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escuro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas, como un espíritu.

DON RODRIGO

Acabad, por compasión, buen hombre. ¿Habéis entregado mi carta?

DIEGO

En la propia mano de vuestra madre, la Condesa viuda de Monforte.

ANGELINA y D. RODRIGO

Y ¿qué?

DIEGO

La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prisión; maldijo otras tantas la perfidia del Virrey, porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora de la *Incoronata*.....

DON RODRIGO

Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relación.

DIEGO

Los efectos, señor Conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los pies de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscrita vuestra familia, y les ha repetido, palabra por palabra, cuanto yo la

he dicho de vos, de esta señora y del Virrey. Podéis suponer que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al Virrey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, estoques, arcabuces, y, en una palabra, la conspiración que yo sofocqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenían en ella, cunde sordamente por los barrios más pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aunque este negocio es de éxito infalible, todavía fio yo más en un personaje misterioso que está en este momento con el Virrey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

DON RODRIGO

¡Ah! ¿Qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del Virrey de Nápoles?

DIEGO

No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra, escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no conseguirían poderosas armadas y ejércitos agueridos.

DON RODRIGO

¿Luego ese desconocido.....

DIEGO

Viene de la corte de España.

DON RODRIGO

¿Con alguna misión secreta, sin duda?

DIEGO

Yo no atino á punto fijo con su misión; pero ello es que traía para mí uno de esos pedazos de papel de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una

callejuela obscura, y á la luz de un farolillo agonizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije, con la frente inclinada hacia la tierra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora, ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al Virrey delante de otro. ¿Parece que os asombráis de mis noticias?

DON RODRIGO

Sí, en verdad.

DIEGO

Pues son más seguras que los cerrojos de vuestra prisión. Pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles. El Virrey puede bajar por ese caracol de un instante á otro, y es preciso, señora Condesa, que no os encuentre aquí.

ANGELINA

Y ¿adónde queréis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin defensor, á merced de ese monstruo de perfidia y de libertinaje.

DIEGO

Con hartó sentimiento mío voy á conducirlos á un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

ANGELINA

¡Oh, no; no me apartaré de aquí un solo paso! Que venga, si quiere, á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

DON RODRIGO

Eso sí, ¡vive Dios!

DIEGO

No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, Condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrán siempre entre vos y el

Conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro ángel tutelar y su espíritu tentador. El Virrey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada tenéis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedáis.

DON RODRIGO

Separémonos, Angelina mía. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

DIEGO

Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habréis mudado de opinión. Vamos, que siento pasos en el caracol.

ANGELINA

Adiós, Monforte.

DON RODRIGO

Protéjanos su misericordia.

DIEGO

(Á Angelina.)

¡Ah! Esperad un instante.

(Á D. Rodrigo.)

El Virrey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á mis sospechas.

DON RODRIGO

¡Cobarde!

DIEGO

¡Oh! Sí; os teme, sin duda alguna, y acaso, en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invención á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

DON RODRIGO

Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas.

(Diego le ata mientras habla.)

Adiós, Angelina mía; ruégale por nuestro porvenir.

DIEGO

Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del Virrey de Nápoles.

DON RODRIGO

¡Quiera nuestra buena estrella que sea como decís!

ESCENA III

DON RODRIGO

¿Será verdad? Hipócrita y cobarde, ¿de mi desgracia mofará el espía, para arrancarme con placer más tarde la rica flor de la esperanza mía? ¿Será que así un ejemplo tenebroso de sublime tormento se le alcanza, ó cumple un mandamiento poderoso, protegiendo tal vez nuestra venganza? ¡Loca ilusión! No hay más que lo pre-

[sente

y el puñal que en secreto ya se aguza; necia ilusión que huye de la mente como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede hallar en los chispazos ro-

[jos

que en sus pupilas á la voz se encienden de sangre y de venganza, que sus ojos las esperanzas de mi amor comprenden?

¿Quién no ve en su furtivo movimiento, que acecha la ocasión para lanzarse

como el tigre feroz que está sediento, y con sangre no más quiere embriagarse?

No hay más allá; del misterioso espía la fúnebre y siniestra catadura,

horas sólo de horror y de agonía al receloso corazón augura.

No hay más allá; mi sangre generosa, mi sangre manchará los escalones del cadalso, y allí, de gente ociosa servirán de ludibrio mis blasones. ¡Pobre Angelina! Al saludar un día tus pocos años y tu frente pura en la fértil, gentil Andalucía, patria, templo y edén de tu hermosura, en premio de tu amor no imaginaba que en las playas de Nápoles hubiese un caballero vil que te esperaba, y no tu amante, tu verdugo fuese. Perdóname, Angelina, si te pago tan tristemente tu pasión primera; funesto ha sido para ti y aciago lo que mi gloria y mi entusiasmo era. Este amor infeliz que me devora, este amor infeliz que nos tenemos, ¡ay, Angelina, dentro de una hora sepultura con él nos abriremos!

ESCENA IV

DON RODRIGO y EL VIRREY

EL VIRREY

Salud al Conde de Monforte....

DON RODRIGO

¡Cielos!

¿El Conde de Vergara?

EL VIRREY

Que al impulso de la piedad se rinde, y generoso abandona el salón de los Virreyes, por acorrer en su postrera hora al mancebo gentil napolitano que se dignó estrechar de la española, embriagado en amor, la linda mano.

DON RODRIGO

Bien hacéis en reir amargamente y en el alma gozar; nuestro destino es diferente aquí; si no lo fuese, respondería mi valiente acero á la mofa sangrienta y al insulto del que es, aunque Virrey, mal caballero.

EL VIRREY

¡Que siempre lenguaraz el noble Conde,
olvide mi razón y mi justicia!

DON RODRIGO

¿Razón, justicia, el Conde de Vergara?
Hipocresía mucha.

EL VIRREY

¿Y la paciencia?

¿No os parece también de gran cuantía?
Oídme, y pesaréis en lo que vale.
Hay un Virrey en Nápoles....., el Conde
de Vergara, Monforte, que celoso
de cumplir su deber, en el mancebo
de la Sede Capuana al peligroso
conspirador halló.

DON RODRIGO

¡Mentís!.....

EL VIRREY

Si miento,
ya sancionó, Monforte, la mentira
el Consejo y la ley.... Preso Rodrigo,
reclamó á tiempo de su noble stirpe
los rancios privilegios, y celoso
de cumplir su deber el de Vergara,
cedió á su pretensión; y el pueblo todo
de Nápoles entiende que se guardan
con él los miramientos de costumbre.
Mirad esa espaciosa galería;
mirad la reja del encierro abierta;
el pueblo hablaros puede; sois un noble;
mas ¡ay del pueblo si llegó á esa puerta!
Desde lejos os ve y os compadece.
Yo os miro muy de cerca, y me consuelo.

DON RODRIGO

Y Dios, de tanto crimen ya cansado,
la maldición preparará en el cielo.

EL VIRREY

Mientras que llega, seguiré la historia;
y si en algo apreciáis vuestra existencia,
no tan pronto la echéis de la memoria.
Esos soldados que con faz adusta,
ni reparan en vos, ni en la riqueza
de esos vestidos, ni el bizarro porte,

ni imbéciles recuerdan la nobleza
de que hicisteis alarde en el Consejo
que de Castilla os distinguió en la corte,
estatuas son; pero entendedlo, estatuas
que al amagar no más la muchedumbre,
con sangre y fuego cegarán la entrada
al populacho alborotado y ciego
que pretenda asaltar esta morada.
Hay, sin embargo, una mujer.....

DON RODRIGO

Vergara.....,
ten esa lengua; y si á manchar su nombre
te atreves, pronunciándole tu boca,
desde mi encierro escupiré en tu cara.

EL VIRREY

Angelina.....

DON RODRIGO

¡Villano!

EL VIRREY

No llegará hasta mí vuestra arrogancia;
hay entre un preso, aunque de noble es-
tirpe,
y de Italia el Virrey, mucha distancia.
Angelina tal vez pudo en un día,
menos enamorada de Monforte,
de amor cediendo á la demanda mía,
la vida libertar y gentileza
de su noble mancebo, y los blasones
del que atrevido acaso, y con mancilla
de la casa infanzona de Orellana,
á un morasterio la robó en Sevilla....
Mas hoy es tarde ya: ría en buen hora
su galana y espléndida hermosura;
recuerde en su escondido calabozo
el aura matinal que amante y pura
meció en verjeles de pintadas flores
vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco, tan amante yugo,
merced á la justicia de Vergara,
romperá la cuchilla del verdugo.

DON RODRIGO

¡Piedad, señor, piedad! En mí tan sólo
cébese tu rencor; yo he conspirado;
yo he querido arrastar las españolas
banderas por el fango, sí; yo he dicho

que era un villano el Conde Vergara,
un infame traidor, un asesino.....
Reid, Conde, reid.....; ese es el nombre
que merecéis.....

EL VIRREY

A fe que me enternece
tu súplica cortés, pero es ya tarde.....
Un sacerdote confesó á Angelina.....,
y el sacerdote declaró al Consejo:
ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
y ejecutada hoy, que no mañana,
dentro de un hora su fatal destino
te anunciará el clamor de la campana.

DON RODRIGO

Dejadme, por favor.....

EL VIRREY

Primero ella.....;
yo te perdono á ti, yo te desprecio.....
Hay un anciano en Nápoles que quiere
una afrenta vengar que tú le hiciste.....
Me ha comprado tu vida, y generoso,
sin paga se la dí, y breve espacio
á tu lado estará; poca distancia
hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V

DON RODRIGO

¡Pobre Angelina! Horribles desengaños
halló en mi patria tu cariño ardiente:
¡tan pura y bella, y de tan pocos años,
en Nápoles morir tan tristemente!
¡Quién me dijera, ¡ay Dios! cuando rezaba
en una catedral de Andalucía,
que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
prisión, cadenas y cadalso un día!
¡Perdóname, mi bien! Antiguas salas
de dorado artesón, montones de oro,
de seda ricas y escogidas galas
y de mi eterno amor el gran tesoro.....:
he aquí, Angelina, el porvenir que ufano,
en el calor de su ardorosa llama,
el de Monforte presentó en su mano
á la que mártir hoy padece y ama.

(Se arrodilla.)

Cuando en el cielo, serafín hermoso,
al lado de los ángeles sentada,
desde tu asiento de eternal reposo
dirijas á este mundo una mirada,
búscame por doquier, ¡oh mi Angelina!
que yo te juro me hallarás de hinojos,
y desde el trono de tu luz divina,
en ti clavados hallarás mis ojos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y D. GARCÍA

DON RODRIGO

¡Ya viene el verdugo á mí!
Recibe, pues, madre mía,
el adiós de mi agonía
que exhalo lejos de ti.

(Se arrodilla como en oración.)

DON GARCÍA

¡Cuán cobarde es la traición!
Allí está ese hombre de hinojos,
destilando por los ojos
el miedo del corazón.
Mancebo.....

DON RODRIGO

¿Qué quieres?

DON GARCÍA

¿Sabes
cuántos años has vivido?

DON RODRIGO

A cortarlos has venido;
suplícote, pues, que acabes.
Y di á quien aquí te envía,
después de mi ejecución,
que sólo en su corazón
cupiera tal villanía.

DON GARCÍA

Mancebo, engañado estás;
ni yo su verdugo soy,
ni á sus órdenes estoy,
ni me obligaron jamás.
A entrar en tu calabozo

una razón me sujeta
tan justa como secreta.
Respóndeme, pobre mozo:
¿tienes padres?

DON RODRIGO

¡Ay de mí!

Quédame sólo mi madre,
porque, á vivir mi buen padre,
ya hubiera llegado aquí
por cima de los escombros
de este palacio fatal,
é ido yo en marcha triunfal,
de sus vasallos en hombros.

DON GARCÍA

Si era, cual dices, tan noble,
siento que no esté á tu lado,
para que fuera ¡malvado!
tu afrenta y la suya doble.

DON RODRIGO

¡Ah! Te comprendo: del yugo
teme el Virrey que su presa
se le escape, y tiene prisa.
Ea, pues, hiere, verdugo;
haz de tu crueldad alarde.

DON GARCÍA

Mozo, tráeme á tu prisión
tan sólo mi corazón.

DON RODRIGO

Entonces, sois un cobarde.

DON GARCÍA

¡Ira de Dios!

DON RODRIGO

Si en verdad
lo sois; si, como decís,
á asesinarme venís
de espontánea voluntad,
os habrá dicho el Virrey:
«Allí le tenéis atado;
sustituid, de contado,
la injusticia de mi ley.»

DON GARCÍA

No más al Virrey me nombres,
y escúchame, en conclusión,

que es fuerza que á mi razón
te amedrentes y te asombres.
Había un noble en Sevilla,
leal cual nadie en la tierra,
el cual se partió á la guerra
con las huestes de Castilla.
Tenía este hombre consigo
una hija, tierna y hermosa,
que crecía virtuosa,
de su amor bajo el abrigo.
Mas á la guerra al marchar,
por más que le fuera en pena,
á la vigilancia ajena
la tuvo que encomendar.
Fió, pues, en el misterio
de un claustro, y aunque no sola,
sujeta á un aya dejóla
cerrada en un monasterio.
Pero ¡oh fortuna cruel!
sin conciencia y sin pudor,
un infame seductor
se introdujo astuto en él.
La embriagó con sus promesas,
y la infeliz criatura
aborreció la clausura,
saltó sus verjas espesas,
y arrojándose en los brazos
de aquel corruptor maldito,
cometió el primer delito
haciendo mi honor pedazos.

DON RODRIGO

¡Vos sois su padre! ¡Señor,
perdón!

DON GARCÍA

Me vas comprendiendo,
según parece.

DON RODRIGO

¡Oh! Comprendo
de un padre el justo furor.

DON GARCÍA

Escúchame, pues, villano,
y entiende que sólo vengo
á decirte que yo tengo
tu vida entera en mi mano.

DON RODRIGO

Oid primero, señor.

DON GARCÍA

Nada tengo que escuchar;
ni yo te vine á matar
á obscuras, como un traidor.
Sé, conozco tu inocencia;
con una palabra mía
sé que salvarte podía
el honor con la existencia;
mas tú fuiste el asesino
de mi hija, y aunque es injusta
tu sentencia, es cosa justa
que se cumpla tu destino.

DON RODRIGO

¡Yo asesino de Angelina!
Aquí hay un error fatal.

DON GARCÍA

No sólo con el puñal
ó el veneno se asesina.
¡Miserable seductor,
tú el sepulcro la has cavado,
tú me la has asesinado,
mas vilmente, con tu amor!
A las fatigas y viajes
á que exponerla has querido
para matarla, has unido
tus desprecios, tus ultrajes.
Con tu amor la enloqueciste;
mas del suyo te cansaste,
y al cabo la abandonaste,
y al fin pereció la triste.

DON RODRIGO

¡Viven los cielos, señor!
Vos sois víctima fatal
de alguna trama infernal.

DON GARCÍA

(Mostrando el retrato.)

¡Mira, infame! El confesor
que la escuchó en su agonía,
con sus palabras postreras,
en que encargó que murieras,
este retrato me envía.

DON RODRIGO

¡Es el vuestro!

DON GARCÍA

El mío, sí.
Yo al cuello se le colgué
cuando á lidiar me marché.

DON RODRIGO

Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
Los esbirros del Virrey,
del cuello se le arrancaron
cuando mi casa asaltaron
en el nombre de la ley.
¿Sin duda él mismo os le dió?

DON GARCÍA

Sí, por cierto.

DON RODRIGO

Y ¡él, de hijo,
que murió Angelina os dijo!

DON GARCÍA

Él mismo.

DON RODRIGO

Señor, mintió,
mintió; pura y virtuosa,
lamentando nuestro error,
vive Angelina, señor.

DON GARCÍA

¡Vive!

DON RODRIGO

Vive, y es mi esposa.

DON GARCÍA

¡Tu esposa!

DON RODRIGO

En la soledad
de una aldehuela española,
en nuestra fuga asaltóla
peligrosa enfermedad.
Salvóla el favor de Dios,
y nuestro delito es
no haber ido á vuestros pies,
en lugar de huir de vos.

DON GARCÍA

¡Vive! ¡Ay de mí! ¿Dónde está?
Alza, sígueme, corramos.

DON RODRIGO

¡Dios quiera que no vayamos
muy tarde en su auxilio ya!

DON GARCÍA

¡Qué dices!

DON RODRIGO

El alborozo
refrenad, padre y señor,
que por resistir su amor
suspira en un calabozo.

DON GARCÍA

¡Amor! ¿De quién?

DON RODRIGO

De Vergara.

DON GARCÍA

¡El! ¡El infierno le auxilia!
¿El insultar mi familia?
Saldrá su audacia cara.
¡Oh! Haré un terrible escarmiento;
yo le arrancaré el toisón,
enlodaré su ropón,
y le haré sin miramiento
cumplir con la ley completa,
y al suplicio, por traidor,
irá, como un malhechor,
sentado en una carreta.
¿No me comprendes, mancebo?
Mas.... respira á tu placer,
que es inmenso mi poder,
y á todo con él me atrevo.
Del poder, de que abusó,
apartó á Vergara el Rey.

DON RODRIGO

¿No es ya Vergara el Virrey?

DON GARCÍA

No; ahora el Virrey soy yo.

DON RODRIGO

¡Ah! Desatadme y salgamos.....

DON GARCÍA

Sí, que todo cabe en él.

(Va D. Rodrigo á la puerta por donde entró D. García,
y la halla cerrada.)

DON RODRIGO

Mas resiste este cancel.....

DON GARCÍA

¡Cielos! ¡Perdidos estamos!
Cerróle detrás de mí
cuando aquí me acompañó,
y el lazo que me tendió,
ciego de rabia, no vi.
¡Vive Dios!

DON RODRIGO

Desdicha fué
de nuestra suerte tirana.

(Suenan la campana.)

Mas.... ¡Dios santo! ¡La campana!
¡Todo se perdió!

DON GARCÍA

¿Por qué?

DON RODRIGO

Esa campana, señor,
anuncia que mi Angelina
hacia el cadalso camina
sin consentir en su amor.

DON GARCÍA

¡Ah! Todo lo entiendo ahora.
¡Por eso el traidor Vergara
pedía que le dejara
mandar aún una hora!
Creí á la hija de mi amor
vengar entretanto en ti.

DON RODRIGO

Y ¿habéis consentido?

DON GARCÍA

Sí.

DON RODRIGO

¡Ah! ¡Qué habéis hecho, señor!

(Durante esta escena y la siguiente, óyese doblar pausadamente la campana, de modo que no estorbe á la representación. Óyese murmullo como de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan á Angelina, penetra por la raja de la puerta, por la que no debe verse más que el resplandor.)

DON GARCÍA

Mas oye.... ¿Qué significan esas voces religiosas?

DON RODRIGO

No sé, pero me estremecen.

DON GARCÍA

Se ve resplandor de antorchas por esa reja.

DON RODRIGO

¡Dios mío!

¿Qué procesión tenebrosa de enlutados es aquélla, que se aleja por las cóncavas galerías?

(Se asoman á la reja, tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.)

DON GARCÍA

Es, sin duda, algún entierro.

DON RODRIGO

¡Oid! Dobra un atambor destemplado.

DON GARCÍA

Oye, oye lo que pregonan.

DON RODRIGO

¡Es una justicia!

DON GARCÍA

Escucha.

(Suena el pregón á lo lejos.)

UNA VOZ

Esta es la justicia que manda hacer, en nombre del Rey nuestro señor, Su Excelencia el Conde de Vergara, Virrey de Nápoles, en la persona de Angelina de Orellana, por delito de lesa majestad.

DON GARCÍA

¡Tened, canalla traidora! Yo soy el Virrey de Nápoles.

Abrid pronto esta mazmorra, ó ¡voto á Dios, que en cenizas tornaré la ciudad toda!

DON RODRIGO

¡Ay, padre, que están muy lejos, y vuestras voces ahoga la multitud que murmura, y en vano intentáis que os oigan!

DON GARCÍA

¡Oh! Ya se pierden cruzando las galerías tortuosas.

DON RODRIGO

Todo es en vano, señor.

DON GARCÍA

El coraje me sofoca.
¡Guardias, soldados, á mí! Al que mis cerrojos rompa, le haré tan rico, que pueda despreciar una corona.

UN SOLDADO

(Por fuera de la reja.)

¿Qué es lo que estáis ahí gritando?

DON GARCÍA

(Alargando por entre la reja sus credenciales.)

Llega, buen soldado; toma. Yo soy el Virrey de Nápoles; mis credenciales en forma son ésas; corre al Consejo á presentarlas, y pródiga mi mano, te abrirá de oro cuanto mi raza atesora.

UN SOLDADO

(Riendo.)

¿Vos el Virrey?

DON GARCÍA

Mira, mira.

UN SOLDADO

¡Vaya, esta gente está loca!

DON GARCÍA

Lee, por piedad, y la firma verás del Rey.

UN SOLDADO

¡Esa es otra!
Ni yo sé leer, ni nada
de lo que decís me importa.

DON GARCÍA

¡Por Cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
te haré alcaide del castillo.

UN SOLDADO

¿Y si por ello me ahorcan
antes de llegar á serlo?

DON GARCÍA

¡Triste de mí! ¡No hay quien ponga
fin á tan duro suplicio!
¿Conque ningún medio logra
tener ese asesinato?

UN SOLDADO

¡Pobre viejo! ¡Cómo lloral

DON RODRIGO

¡Y aun esa fatal campana
temerosamente doblal

DON GARCÍA

¡Y va á la muerte mi hija....

UN SOLDADO

¡Callal! ¿Sois de esa señora....

DON GARCÍA

Su padre, ¡voto á los cielos!
¿No lo has entendido hasta ahora?

DON RODRIGO

¡Oh! ¡Te enternece, soldado,
nuestra situación penosa!

DON GARCÍA

¡Por la Virgen Sacratísima!
Esas credenciales toma,
corre al Consejo, y la salvas.
Es inocente.

UN SOLDADO

En buen hora;

dadme esos papeles, dádmelos,
que si hago esa buena obra,
todo lo demás es nada.

DON RODRIGO

Toma y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VII

DICHOS y EL VIRREY, que durante la escena anterior
se habrá asomado al balconcillo.

EL VIRREY

Llegará tarde, señores.

DON GARCÍA

¡Oh, víbora ponzoñosa!
El cielo ponga en tu alma
el pesar que me destroza.

EL VIRREY

Yo os juro, buen don García,
que compraréis á gran costa
el virreinato de Nápoles.

DON GARCÍA

Téngale tu alma ambiciosa,
si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.

EL VIRREY

Me sobra
con las dos horas que tengo.

DON GARCÍA

¡Tiembala, traidor! Esas horas
te abreviará tu Consejo.

EL VIRREY

Es esperanza ilusoria;
yo presentaré contra ellas
tu firma y palabra propia.

DON GARCÍA

¡Oh, por piedad, tu venganza
descarga en mí...., mas perdónala!

(La campana deja de tocar.)

DON RODRIGO
(Espantado.)

¡Infelices de nosotros!
¡Ya la campana no toca!

DON GARCÍA

¡Dios mío!

EL VIRREY

Y ya está cumplida
su sentencia. Sed ahora
Virrey de Nápoles, sedlo;
y vuestra primera obra
sea abrir su sepultura
y hacer celebrar sus honras.

DON GARCÍA

¡Oh, calla, y Dios te maldiga!
(Vuelve á sonar la campana con más prisa.)

DON RODRIGO

Escuchad: otra vez dobla
la campana.

EL VIRREY

¡Cielos!

DON RODRIGO

¡Padre,
á rebato es lo que tocan!

(Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.)

DON RODRIGO

¡Tiembla, miserable, tiembla
si la fortuna se torna!

EL VIRREY

¡Tiembla, si yo te presento
la cabeza de tu esposa!

(El tumulto y las voces se acercan. Óyense gritos de
¡Muera el Conde de Vergara! y se ve por la reja de la
puerta el resplandor de los hachones: D. García y don
Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de
afuera.)

DON RODRIGO

¡Aquí, soldados, aquí!
¡Favor á Nápoles!

UN SOLDADO

¡Hola!

Aquí están. ¡Eh! Camaradas,
¡abajo la puerta!

OTRO

¡Otra
palanca por este lado!

EL VIRREY

¡Cielos! La turba traidora
los calabozos asalta.
¡Huyamos!

(Va á salir, y halla cerradas las puertas del balconcillo.)

Mas, ¡qué alevosa
traición! ¡Por dentro han cerrado
este balcón!

(Golpea y empuja las puertas, que no ceden.)

¡Oh, ellos doblan
sus esfuerzos! ¡Me han vendido!
Mas mi suerte no me importa
si se logra mi venganza.

PUEBLO

¡Adentro!

ESCENA VIII

(Cae la puerta y entran en tropel soldados, pescadores,
villanos, etc., etc., con antorchas, chuzos, picas, sa-
bles, etc. Don García y D. Rodrigo, al ver que no viene
entre ellos Angelina, dan un grito y van á salir, di-
ciendo á un tiempo:)

DON GARCÍA

¡Virgen piadosa!

¿Y mi hija?

DON RODRIGO y D. GARCÍA

¡Angelina?

EL VIRREY

(Á D. García.)

No la esperes;
con ella el mando me compras.

DIEGO

(Dentro.)

¡Abridnos paso!

DON RODRIGO

¡Ese acento....

(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en brazos de D. García y D. Rodrigo.)

DON RODRIGO

¡Dios mío, es ella!

DON GARCÍA

¡Hija mía!

ANGELINA

¡Padre, esposo!

EL VIRREY

¡Ah! ¡Él me vendía!

UN PESCADOR

(Viendo al Conde de Vergara.)

¡El Virrey!

PUEBLO

¡Muera!

DIEGO

¡Eh! Con tiento.

(Al Virrey.)

Las vueltas os he cogido,
señor Vergara, que al cabo
el astuto vence al bravo,
y en mi trampa habéis caído.

(El balcón se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al Virrey.)

Mi cabeza me exigisteis
ó el incógnito del mar,

y os le vengo á presentar:
aquí está el que me pedisteis.

(Señalando á D. García.)

EL VIRREY

¡Oh rabia!

PUEBLO

¡Muera!

OTROS

¡Matarle,
matarle!

DON GARCÍA

¡Todos atrás!

Sólo el Rey tiene no más
derecho de castigarle.
Vergara, á su Real Consejo
os remito, y sin encono,
como quien soy os perdono,
y como vencido os dejo.
Y esta piedad, que acrisola
mi justicia y mi nobleza,
os prueba cuánta grandeza
cabe en un alma española.

(Los guardias retiran del balcón al Conde de Vergara. Don García toma de la mano á su hija y á D. Rodrigo; la multitud les abre paso, y salen. Al irse todos tras ellos, dice)

DIEGO

¡Viva D. García de Orellana, Virrey de
Nápoles!

TODOS

¡Viva!



MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO

COMEDIA EN TRES JORNADAS

PERSONAJES

Don Carlos.
El Duque,
Don César,
Don Diego.
Doña Leonor.

Doña Violante.
Inés.
Gines.
Brígida.
Dos desconocidos.

Ronda, soldados, un lacayo y convidados.



MÁS VALE LLEGAR Á TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO

JORNADA PRIMERA

El Campo del Moro.

—De aquí no habéis de salir,
ó quién sois he de saber.
—Pues mirad cómo ha de ser,
que yo no lo he de decir.

CALDERÓN.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS y GINÉS

DON CARLOS

En muy necio desvario
tu pensamiento cayó.
¿Cuándo te sacara yo,
Ginés, para un desafío?

GINÉS

Mucho, señor, me consuela
haberme engañado así;
mas recelé cuando os vi
descender hacia la Tela.

DON CARLOS

Depón, Ginés, tal recelo;
y ten presente de hoy más,
que no saco yo jamás
mis criados para un duelo.

GINÉS

¡Señor!.....

DON CARLOS

Distinto quehacer

á este campo me trae hoy,
y sabe, por fin, que estoy
prendado de una mujer.
Que en ello me has de ayudar,
cuando te traigo lo ves;
pero has de elegir, Ginés,
entre morir ó callar.

GINÉS

Señor, dejadme partir,
porque me habéis injuriado.

DON CARLOS

¡Ginés!.....

GINÉS

He sido soldado,
y soy fiel hasta morir.
Y os digo que no es discreto
secretos depositar
en quien no habéis de fiar
que sepa guardar secreto.

DON CARLOS

Te sobra, Ginés, razón;
de lo que dije te olvida.

GINÉS

Perdonad; pero en mi vida
cupo en mi pecho traición.

DON CARLOS

Pues escucha.

GINÉS

Decid, pues.

DON CARLOS

Y por si el tiempo no es largo,
con mucha atención te encargo
que me lo escuches, Ginés.

Mi padre, en tenaz manía,
no alcanzo con qué razón,
con doña Leonor Girón
en que me case porfía.

Y á quererla yo, en verdad,
ó á no querer á ninguna,
en abrazar tal fortuna
no hallara dificultad.

Porque es, además de hermosa,
noble, rica y muy discreta;
mas no mira ni respeta
el amor ninguna cosa.

Otra pasión tengo aquí,
que el alma entera me abrasa,
y mi linaje y mi casa
desprecio al nacer en mí.

Dos meses ha que cobarde,
citado aquí ocultamente
galanteo inútilmente
á quien has de ver más tarde.

GINÉS

Mas si al fin lo he de saber,
¿á qué á entonces esperar?

DON CARLOS

Porque temo no has de hallar
más, Ginés, que una mujer.

GINÉS

Pues ¿qué más queréis que vea?

DON CARLOS

La mujer por quien suspiro,
sin mirar, cu'l yo no miro,
á quien sea ó quien no sea.

GINÉS

Pues ¿en tan indigno objeto
habéis puesto vuestro amor,
que de su nombre, señor,
tengáis que hacer un secreto?

DON CARLOS

Quizá; pero aunque mi estrella
así en mi mal lo arregló,
tengo en mi conciencia yo
que habré de valer más que ella.
Amo á una mujer obscura;
su padre, aunque era un buen hombre,
dejóla sólo su nombre,
su pobreza y la hermosura.

GINÉS

Y tres mayorazgos son
con los que puede alcanzar... ..

DON CARLOS

Lo que yo la pienso dar:
mi mano y mi corazón.

GINÉS

Si tal que decís supiera
vuestro padre don Enrique....

DON CARLOS

Calle el necio y no replique,
que él callara aunque lo oyera.
Lo que á ti toca, Ginés,
en vez de vanos consejos,
es acechar desde lejos
por dónde se parte Inés.
Sus pasos has de seguir,
donde vive hasta saber,
porque yo la he de ir á ver,
y ella no lo ha de decir.
Y ahora, precaución será
el separarnos.

GINÉS

Sí, á fe.

DON CARLOS

Porque si juntos nos ve,
sin llegar se tornará....

GINÉS

Y aunque ya tal precaución
por sí sola no bastara....

DON CARLOS

¿Qué, Ginés?

GINÉS

La cosa es clara:
volved allí.

DON CARLOS

Damas son.
¡Tan temprano!

GINÉS

Aun hay estrellas.
Venid; que pasen dejemos.

DON CARLOS

Sí, que después volveremos
en cuanto se vayan ellas.

ESCENA II

DOÑA LEONOR y BRÍGIDA, con mantos.

DOÑA LEONOR

¿Dijisteis bien al cochero
el punto en que ha de aguardar?

BRÍGIDA

Entre el Soto y la Monclova;
no temáis, que no errará

DOÑA LEONOR

Parece, si no me engaño,
que éste es el sitio.

BRÍGIDA

En verdad,
que no quisiera una línea
las señas equivocar.
Mas ved: allí está la Tela,
la Casa de Campo allá,
á esta parte la Monclova,
aquí la fuente....

DOÑA LEONOR

Mirad:

pues aun no vino don César,
no nos estuviera en más
en la orilla de esta fuente
un instante descansar.

BRÍGIDA

Sí, por cierto, mi Leonor.
Mas ¿tal vez os sentís mal?

DOÑA LEONOR

¿Qué bien queréis que me sienta
estando en este lugar,
con lo que dentro del pecho
tormento al alma me da?
¡Pluguiera á Dios que naciera,
Brígida, en plebeyo hogar,
si por ser quien soy me privan
de cuanto me da solaz!

BRÍGIDA

Y ¿por qué de una vez todo,
mi Leonor, no confesáis?
que no ha de ser tan tirano
vuestro padre, y cederá.

DOÑA LEONOR

¡Ceder! Brígida, ni un punto
consiente en volver atrás,
que una vez que fuí á decirlo,
irritóse, y más tenaz
juróme que, ó me casaba,
ó me haría profesar.
Y ¡ay, Brígida! si á lo menos
don Carlos me amara....

BRÍGIDA

¡Bah!

DOÑA LEONOR

Casárame, por mi vida,
siquiera por acabar
de quejas; mas en don Carlos,
en vez de darme un galán,
como yo sé que le obligan,
me dan un tormento más.

BRÍGIDA

Busquemos, pues, algún medio
con que poderlo estorbar.

DOÑA LEONOR

Nuestros padres lo trataron
hace muchos años ya,
de enlazar ambas familias
por el efímero afán.
Ambos están empeñados,
y entrambos me han de matar;
porque yo adoro á mi primo
don César cada vez más,
y estoy á todo resuelta
antes que sacrificar
todo el amor de mi vida
á quien no lo ha de estimar.

BRÍGIDA

Los ímpetus, Leonor,
de la pasión moderad,
y dejad al tiempo tiempo,
que tras uno otro vendrá.
La pasión es un escollo,
mi Leonor, en vuestra edad.....

DOÑA LEONOR

Pues yo seguiré mi ruta,
ó tengo en él de encallar.

BRÍGIDA

Mirad no rompáis el buque
y á pique venir lo hagáis,
que lleváis, Leonor, en él
el honor.

DOÑA LEONOR

Dueña, callad,
que mujeres como yo,
bien su honor saben guardar,
y no hay mejor centinela
que la propia voluntad;
mas si lo decís ahora
por el lugar en que estáis,
tened, Brígida, hasta el fin
la paciencia de esperar,
pues para amores livianos
no os buscara yo, en verdad;
que siendo Leonor Girón,

como quien soy he de obrar,
y en quien soy, dueña, no cabe
pequeñez ni liviandad.

BRÍGIDA

Señora, si mis palabras
pudieron en esto errar,
perdonadlas, porque fueron
hijas del labio y no más.
Vuestro padre, á mi cuidado
os tuvo á bien encargar,
y aunque puedo complaciente
conceder á vuestra edad
lo que se debe en justicia,
los límites sin pasar
de la razón y el honor,
os juro que volverá
vuestro honor á vuestro padre
tan puro como el cristal;
porque siendo yo quien soy,
como quien soy he de obrar,
y en quien soy, Leonor, no cabe
pequeñez ni liviandad.
Mas allí viene don César,
y porque, Leonor, veáis
que os quiero como á quien sois
y rencor no sé guardar,
donde vuestra voz no alcance
me retiraré.

DOÑA LEONOR

Esperad,
que donde esté Leonor
habrá su dueña lugar.
Sentaos aquí, y ahora
ved, dueña, oid y callad.

ESCENA III

DOÑA LEONOR, D. CÉSAR y BRÍGIDA

DON CÉSAR

¡Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
y aun me tengo por juguete
de sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
dudando si en este incierto
desvarío estoy despierto

para tal felicidad,
y aun dudo de la verdad.

DOÑA LEONOR

Sí, don César, es muy cierto.
Mas no por ello penséis
que, en igual deslíz los dos,
á mí me falto por vos,
ni á vos por mí faltaréis,
que es por honra, y lo veréis,
don César, por lo que os llamo;
de vuestro amor al reclamo
no os diera la cita, no;
que años ha que dije yo,
primo don César, que os amo.

DON CÉSAR

Confuso además estoy
vuestras voces escuchando,
y de que aun estoy soñando
más convenciéndome voy.

DOÑA LEONOR

Don César, despertar hoy
á la voz de la razón
es precisa obligación,
si como decís me amáis.

DON CÉSAR

Probarélo si me dais
de probároslo ocasión.

DOÑA LEONOR

Pues oid y os la daré.
Sabéis (que no es de ignorar)
que me quieren desposar,
con pequeña causa, á fe;
que á otro que á vos no querré
sabéis, don César, también,
y es justo que penséis bien,
puesto que á otro no he de amar,
si me podéis desposar
antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos
dejaran mi voluntad,
yo no eligiera, en verdad,
don César, á otro que á vos:
quíerele distinto Dios.
Mi padre, airado y violento,
me propone en el momento

ó casarme ó profesar;
si con vos no he de casar,
elijo lo del convento.

DON CÉSAR

¡No será, pesia los cielos
y á la negra estrella mía!
No he de perder en un día
una vida de desvelos.
Leonor, mi amor y mis celos
esos amaños tiranos
romperán, y de sus manos
ambos libres quedaremos.

DOÑA LEONOR

Tened, don César, no demos
en obrar como villanos;
que aunque consiento en quereros,
y si no á vos á ninguno,
es pensamiento importuno
que galán mío he de haceros.

DON CÉSAR

Leonor, como caballeros
que somos ambos á dos,
cuerpo á cuerpo.....

DOÑA LEONOR

No, por Dios;
que aun es mayor disparate
que consienta yo en que os mate
ó á don Carlos matéis vos.

DON CÉSAR

A comprenderos, señora,
no atino, por vida mía:
sacadme de esta agonía,
que por cierto que ya es hora.
A mí os acogéis ahora
porque casaros pretenden;
de las manos que os ofenden
yo libraros quiero y más.
¿Cómo, si os volvéis atrás,
vuestros deseos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
que os respeto, bien se ve;
que me amáis, pues, yo lo sé;
dudarlo, ofensa será.
Cuando á daros mi amor va
la defensa que pedís,

que no le mate decís,
que él me mate no queréis.
Decid, pues, qué resolvéis,
qué otorgáis y resistís.

DOÑA LEONOR

Que os ciega vuestra pasión,
bien claro, don César, veo,
y en ello tiene el deseo
sobrada satisfacción.

Mas cobrad vuestra razón,
que ha falta de claridad,
y lo que os digo escuchad
sin que andéis, por conjeturas,
con las razones á obscuras
y á tientas con la verdad.
Pues don Carlos no me estima,
don César, como á quien soy,
pediréis á mi padre hoy
la mano de vuestra prima.

DON CÉSAR

Y es patente que se exima.

DOÑA LEONOR

Entonces, idos al juez,
confesadle sin doblez
de mi padre la injusticia.

DON CÉSAR

¿Y si el juez no hace justicia?

DOÑA LEONOR

Acabamos de una vez.
Porque es vano imaginar,
y miente quien lo dijere,
que yo con quien no me quiere
tengo nunca de casar.
Si vos lo habéis de excusar
por excusar la pendencia,
miradlo en vuestra conciencia,
que si con vos, César, no,
desde ahora apelo yo
del convento á la sentencia.

DON CÉSAR

Antes que suceda tal,
pierda la vida, Leonor,
que con vida y sin tu amor
acertaré á estar muy mal.

DOÑA LEONOR

Ved, dueña, si criminal
ó liviano hay algo aquí.

BRÍGIDA

Si guardáis rencor así,
vuestra casa dejaré.

DOÑA LEONOR

Me importa que el mundo esté
bien satisfecho de mí.

DON CÉSAR

Mas del campo á los extremos,
un hombre hacia aquí se viene.

DOÑA LEONOR

Partámonos, que conviene
que algún encuentro evitemos.

BRÍGIDA

Ved que llega.

DOÑA LEONOR

Pues quedemos
como estamos sin recelo.

DON CÉSAR

Bajad sobre el rostro el velo
y dejémosle pasar.

DOÑA LEONOR

¡Por mi vida que es azar!
¡Carlos!

DON CÉSAR

¡Confúndale el cielo!

ESCENA IV

DOÑA LEONOR, D. CÉSAR, D. CARLOS y BRÍGIDA

DON CARLOS

(Aparte.)

¡Todavía gente aquí!
¿No es don César el que veo?

BRÍGIDA

(Aparte á D.^a Leonor.)

Que nos examina creo.

DOÑA LEONOR

Harto me pesa, ¡ay de mí!

DON CÉSAR

No hará porfía, que es
hidalgo, y fuera importuno.

DON CARLOS

(Aparte.)

Sin duda que sobra alguno,
pues si hay dueña somos tres.

DON CÉSAR

(Aparte.)

Ello es fuerza que se vaya
para podernos librar.

DON CARLOS

(Aparte.)

De poderme yo quedar,
es fuerza que razón haya.

DON CÉSAR

(Aparte.)

Pues hemos bien de salir.

DON CARLOS

(Aparte, levantándose.)

Yo tengo de quedar bien.

DOÑA LEONOR

(Sobresaltada.)

¡Don César!.....

DON CÉSAR

Quietas estén,
que yo lo haré.

DOÑA LEONOR

Sin reñir.

(Don César y D. Carlos se van el uno para el otro.)

DON CARLOS

Don César, muy bien hallado.

DON CÉSAR

Don Carlos, mejor venido.

DON CARLOS

Si me fuera permitido.....

DON CÉSAR

Cuanto os viniere en agrado.

DON CARLOS

Si tal no os pesa escuchar,
pues gozáis tanto favor,
suplicara á vuestro amor
se dignara despegar.

DON CÉSAR

Según como lo decís,
justo preguntaros fuera
si resuelto en tal manera
á que despeje venís.

DON CARLOS

Si tal empeño tomara,
don César, á cuenta mía,
menos espacio tendría,
y, en vez de rogar, mandara.

DON CÉSAR

¡Don Carlos!....

DON CARLOS

Dejad que acabe,
porque hidalgo con razón
nunca excusa la ocasión,
pero dar su razón sabe.
De entender vuestros asuntos,
don César, no tengo afán,
porque sabed que en mí van
discreción y valor juntos.
Si solo me hallara aquí
sin ocupación alguna,
hubiera á honor y fortuna
que echarais mano de mí;
mas pueg, llegando primero,
vuestro amor logrado habéis,
confío no impediréis
el mío, por ser postrero.
Ved ahora si en tal estado
os puede mucho importar
ceder un poco el lugar
á otro menos fortunado.

DON CÉSAR

En cortesía y valor
dos veces me habéis vencido.

DON CARLOS

Si en algo molesto he sido,
perdonad, que haréis favor.

DON CÉSAR

(Fortuna fué singular
que él me ayudara en tal guisa.)

(Á D. Carlos.)

Adiós quedad.

(Á D.^a Leonor.)

(Daos prisa.)

DON CARLOS

Él os quiera acompañar.

ESCENA V

DON CÉSAR, D.^a LEONOR y BRÍGIDA, que se alejan
sin que lleguen á desaparecer enteramente. GINÉS,
llegando por detrás á D. CARLOS.

GINÉS

Ved que es Leonor.

DON CARLOS

¡Mentecato!

¿Qué dices?

GINÉS

Que los cogí
descuidados, y los vi
á mi sabor muy buen rato,
y os juro que Leonor es.

DON CARLOS

¿Mientes?

GINÉS

A fe de soldado.

DON CARLOS

(Volviéndose á D. César.)

Don César, muy bien hallado.
Señoras, bésoos los pies.

DOÑA LEONOR

(Á D. César.)

¿Qué es esto, primo?

DON CÉSAR

(Á D.^a Leonor.)

No sé.

Don Carlos, ¿qué se os ofrece?

DON CARLOS

Que nuestro encuentro merece
más detenimiento, á fe.

BRÍGIDA

(Á D.^a Leonor.)

(Nos ha conocido.)

DOÑA LEONOR

¡Cielos!

DON CÉSAR

Más claro os explicaréis.

DON CARLOS

Vos sí que favor me haréis
en sacarme de recelos.
Esas damas, ¿quiénes son?

DON CÉSAR

Eso ya es descortesía.

DON CARLOS

Pues como antes os decía,
yo soy hombre de razón,
y así, don César, declaro
que quién son he de saber.
Mirad vos cómo ha de ser,
que de vos no me separo.

DON CÉSAR

Pues riñamos, ¡vive Dios!
que á mí callarlo me importa.

DON CARLOS

La contestación es corta;
mas tal vez os pese á vos.

(Ponen mano á los estoques.)

DOÑA LEONOR

¡Cielos, valedme!

DON CARLOS

Teneos,

que ya mi oído veloz,
recogiéndome esa voz,
ha colmado mis deseos.

(A D.^a Leonor.)

Hermosa doña Leonor,
¿por qué os receláis de mí,
cuando el hallaros aquí
hoy es á entrambos mejor?
Que es libre y tirano amor
bien sabéis, á lo que veo,
que en oculto galanteo
os hallo, Leonor, aquí,
y tal vez podrá por mí
cumplirse vuestro deseo.

DOÑA LEONOR

Pues ya el disimulo es vano
á vuestra penetración,
yo soy Leonor de Girón;

(Alzándose el velo.)

que éste es don César, es llano.
Mas no es en vos cortesano,
don Carlos, tanto insistir,
el semblante en descubrir
de quien nada deseáis,
que puesto que no me amáis,
bien os lo puedo decir.
Nuestras almas no acertaron
á amarse un solo momento;
lo de nuestro casamiento,
nuestros padres lo trataron;
mas lo que ellos concertaron,
amor lo desconcertó,
y pues su razón la erró
contra nuestros corazones,
ellos las satisfacciones
podrán daros, y no yo.
Pero porque no os vayáis
sin satisfacción alguna,
yo os diré que, por fortuna,
á muy buen tiempo llegáis:
es preciso que sepáis
que ayer, que á mi padre vi,
dióme á escoger ¡ay de mí!
vuestra mano ó el convento:
yo, mejor que el casamiento,
lo del convento elegí.
Ahora, don Carlos, mirad
si en hora tan desdichada,
ceder me importará nada

un poco de vanidad;
y á Dios que os guarde.

DON CARLOS

Esperad;

que esas razones sobraron
si vuestras almas no hallaron
medio de amarse un momento,
y lo de este casamiento
nuestros padres lo trataron;
si llevarais en paciencia
dejarme antes concluir,
no tuvierais que añadir,
señora, ni una sentencia.
Mientras creyó mi prudencia
vuestra alma libre de amar,
no me atreví á contrariar
lo voluntad de mi padre;
mas ya que á quien mal le cuadre
hay tal vez, dejadme hablar.
En que no me amarais vos,
y en que yo á vos no os amara,
acaso, aunque nos pesara,
consintiéramos los dos.
Escondiéramos ¡por Dios!
uno al otro nuestro afán,
y pues nobleza nos dan
nuestros padres al nacer,
ni yo amara á otra mujer,
ni vos buscarais galán.
Hubiéramos, Leonor,
largo tiempo así vivido,
la mujer con el marido,
pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
permitirlo ni pensarlo;
en vos estaba el callarlo,
en mí estaba el inquirirlo;
en vos estaba el sufrirlo,
pero en mí está el estorbarlo.
Amo á mi padre, le adoro;
por cumplir su voluntad
diera hasta mi eternidad,
mas no el ajeno decoro.
Tendrálo en mí por desdoro,
pero decidido estoy
á que todo lo sepa hoy,
que es justo que desde ahora
os libre de mí, señora,
por quien sois y por quien soy.

Al vuestro también diré,
y afirmadlo vos así,
que quedáis libre de mí
y no pregunte el porqué.
Habrá de pesarle, á fe;
la ira le asaltará;
mi padre me ultrajará,
y ambos tendránlo por mengua,
pero os juro que mi lengua
nunca más os nombrará.
Ved, don César, si importaba
á estas damas conocer,
y si el duelo es menester,
cuando gustareis se acaba.

DON CÉSAR

Confieso que no aguardaba
satisfacción tan cumplida:
don Carlos, me dais la vida;
perdonar debéis mi error.

DON CARLOS

Debe á mi lengua Leonor
si en algo anduvo atrevida.

DOÑA LEONOR

Tan confusa de atenderos
me tienen vuestras razones,
que me faltan expresiones,
don Carlos, que responderos.
Obligárame á quereros,
como habéis bien advertido,
si mi suerte hubiera sido
por esposo mío tomaros,
que supiera respetaros,
don Carlos, como marido.
Pero á don César queriendo,
estimo más lo que hacéis...

DON CARLOS

Os suplico que excuséis,
que las horas van corriendo.

DOÑA LEONOR

Es cierto; y agradeciendo
que mancebo tan cortés.....

DON CARLOS

Béseos, señora, los pies.

(Inés, llegando turbada y rápidamente, se ampara detrás de los que están en la escena, y al punto reconoce á don Carlos. Poco después entran dos desconocidos, que se supone venir tras ella.)

INÉS

¡Hidalgos, en caridad!

DOÑA LEONOR

¿Qué es esto?

BRÍGIDA

¡Cielos!

DON CÉSAR

¡Mirad!

INÉS

¡Socorro!..... ¡Carlos!

DON CARLOS

¡Inés!

ESCENA VI

DON CÉSAR y D.^a LEONOR, á la derecha, y á su lado BRÍGIDA. GINÉS, á la izquierda, y á su lado los dos desconocidos. En el centro INÉS, amparada por DON CARLOS

GINÉS

(¡Ay, Ginés, buena la hicimos!
ya escampa, y llovían peñas.)

BRÍGIDA

Si no nos mienten las señas,
papel de tercero hicimos.

DOÑA LEONOR

(Á D. César.)

¿Inés dijo?

DON CÉSAR

(Á D.^a Leonor.)

¿Qué se yo?

Todos son secretos hoy.

DON CARLOS

(Corrido, en verdad, estoy.)

INÉS

(¡Quién en hombres se fió!)

DON CARLOS

(Á Inés.)

Y en fin, ¿diréis qué es aquesto?

INÉS

Esos hombres me seguían.

DON CARLOS

(Á ellos.)

Esos hombres, ¿qué querían?
Pocas razones, y presto.

HOMBRE 1.º

Esa mozueta bellaca,
que en mi casa está sirviendo,
robó unos trastos, y entiendo
que se huía hacia Aravaca,
que es su pueblo, y ¡voto á tal....

DON CARLOS

Inés, ¿tú criada....

INÉS

No;

ese villano mintió,
y lo ha fingido muy mal.

HOMBRES 1.º y 2.º

¡Cómo, infamel....

DON CARLOS

Callad vos,

que si no me fuera en mengua,
os arrancara la lengua
de las fauces á los dos.

HOMBRE 1.º

Daréisme cuenta y sobrada.

DON CARLOS

Traigo para los villanos
satisfacción en las manos.
Tomad esta bofetada.

(Dale.)

HOMBRE 1.º

¡Tal injuria á mí!

(Metén mano.)

DON CARLOS

(Á Inés.)

Huye, Inés,
que yo la espalda te cubro.

INÉS

No me voy si no descubro
esa dama de quién es.

DOÑA LEONOR

¿Oís, don César? Le pidió
satisfacción.

DON CÉSAR

Ya lo oí.

DOÑA LEONOR

(Que no me amara creí,
pero que por otra, no.)

ESCENA VII

DON CÉSAR, D. CARLOS y los dos desconocidos
riñendo. Alguaciles, soldados, etc.

ALGUACIL 1.º

¡Dense al Rey!

OTRO

¡Ténganse digot!

ALGUACIL 1.º

¡Afuera! ¡Ténganse á raya!

UN ESCRIBANO

El que reñido no haya,
quédese para testigo.

DON CARLOS

(Á uno de los desconocidos, á quien tiene cogido
por la garganta.)¿Conmigo osabais reñir?
Llevadle, justicia, preso.

ALGUACIL 1.º

Ahora trataremos de eso,
que todos han de venir.
Y ¿qué es ello?

HOMBRE 1.º

Esa mujer,
que és, señor, criada mía.....

DON CARLOS

Esta mujer no servía,
y ya le pueden prender.

ALGUACIL 1.º

Todos irán, que si no,
no acaba vuestra malicia.

DON CARLOS

¡Téngase aquí la justicia,
ó la haré tenerse yo!
Prended á ese hombre, y vais bien,
sin ver lo más que aquí pasa.
Esta dama es de mi casa,
y yo soy.....

(Acercándose al oído del principal de la justicia.)

ALGUACIL 1.º

¡Quietos estén!

(Al hombre 1.º)

Vos, con nosotros venid.

(Á D. Carlos.)

Y vuestra merced perdone.

DON CARLOS

Los derechos, que os abone
al mayordomo decid.

ESCENA VIII

DON CARLOS, D. CÉSAR, D.ª LEONOR, INÉS,
BRÍGIDA y GINÉS

INÉS

(Á D. Carlos.)

Pues hoy os debo el honor,
ved en qué os puedo servir.

DON CARLOS

¿Tan sola os habéis de ir?

INÉS

Sola he venido, señor.

DOÑA LEONOR

(Á D. Carlos, con intención.)

Que la guardéis es mejor,
don Carlos: idos con ella.

INÉS

(Lo mismo.)

¡Oh! Por mí no hagáis querella:
con esas damas quedad,
que ir con vos por la ciudad
no está bien á una doncella.
Porque vos, según parece,
en lo galán, caballero,
sois mucho para escudero
de quien tan poco merece.
De tal honra desmerece
mi edad y mi condición.

DOÑA LEONOR

(¡Y que siendo yo Girón
por otra no me quisiera!)
Don Carlos, dirá cualquiera
que aquéstos despiques son.
Si conocéis á esa dama,
id con ella sin recelos,
que no ha de servir de celos
á quien sabéis que no os ama.
Y si esto no es en difama
de alguien de los que aquí estamos,
permitidme que os digamos
que si estorbaros pudimos.....
Suponed lo que decimos,
don Carlos, cuando callamos.

DON CARLOS

Leonor, asuntos de honor
no á las damas son ajenos,
ni el de ésta ha de serlo menos
por no ser doña Leonor.

(Á Inés.)

Señora, haréisme favor.....

INÉS

Con vos, señor, no he de ir.

DOÑA LEONOR

Tiene razón, que ha de oír
la frase que he de acabaros,

y que por apresuraros
no me dejasteis decir.

(Con ironía)

Nuestras almas no acertaron
á amarse un solo momento;
lo de nuestro casamiento,
nuestros padres lo trataron.
Mientras mis ojos erraron
y os creí libre de amar,
no me atreví á contrariar
la voluntad de mi padre,
mas ya que á quien mal le cuadre
hay tal vez, dejadme hablar.
En que no me amarais vos,
y en que yo á vos no os amara,
acaso, aunque nos pesara,
consintiéramos los dos.
Escondiéramos ¡por Dios!
uno al otro nuestro afán,
y pues nobleza nos dan
nuestros padres al nacer,
ni amarais á otra mujer,
ni yo buscara galán.
Así hubiéramos, señor,
por largo tiempo vivido,
con la mujer el marido,
pero entrambos sin amor.
Esto no cabe en mi honor
permitirlo ni pensarlo;
en vos estaba el callarlo,
en mí estaba el inquirirlo;
en vos estaba el sufrirlo,
pero en mí está el estorbarlo.

(Vase riendo y dando el brazo á D. César:
Brígida los sigue.)

INÉS

(Con resentimiento, á D. Carlos.)

Dos meses ha que me amáis,
y el recuerdo no os asombre.
Cuando os pido vuestro nombre,
«Un hidalgo», contestáis:
ha dos meses me engaáis,
dos meses que me mentís.
«Un hidalgo», me decís,
y es bien claro que sois más:
¡Oh! ¡No lo digáis jamás,
si decírmelo sentís!
Mas ha dos meses se estrella
en mi honor vuestra pasión;
preguntáis mi condición,
y yo os digo: «Una doncella.»
Pues ambos por igual huella
nos buscamos hasta aquí,
vos recelando de mí,
yo recatando de vos,
desengañados los dos,
me perdisteis y os perdí.

(Vase Inés, y queda D. Carlos como avergonzado, y
repara al punto en Ginés, que le contempla.)

DON CARLOS

Fuerza que me pierda hoy es.
¡Cielos! No sé lo que me pasa.

(Á Ginés.)

Sigue á esa dama, Ginés,
y no vuelvas á mi casa
sin que con la suya des.



JORNADA SEGUNDA

Habitación elegante en casa del Duque.

Paréceme que aun la escucho.
—Soy, dijo, á mi furor loco,
para esposa-vuestra poco,
para dama vuestra mucho.

LOPE DE VERGA.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE

También es tenacidad
de don Diego y de Leonor:
negocian puntos de amor
con una velocidad
que ya toca en lo importuno.
No creen sino que esta boda,
porque á ellos les acomoda,
no es incómoda á ninguno.
Carlos jamás tuvo en ella
inconveniente, á mi ver.....,
pero le puede tener
si ve que se le atropella.
Y aunque, si ya no le halló,
que le encuentre dificulto,
tampoco obligarle á bulto
á casarse quiero yo.
Porque ¿qué le contestara
si de haberme obedecido,
el mal que le haya venido
con razón me echare en cara?
Mucho me holgara, en verdad,
el que con Leonor casase;
yo insistiré en que se case,
mas no contra voluntad.
¡Hola! A don Carlos llamadme;

y entretanto, pensamientos,
de vuestros locos tormentos
un instante relevadme.

(Pausa.)

Y por fin, si de su honor
con una exigencia cruel,
después de casarle á él
le contara yo mi amor,
¿no dijera, y con justicia,
á proceder tan injusto,
que por hacer yo mi gusto
puse en el suyo malicia?
Que yo amo es cierto, á fe;
que él no la ama es evidencia.....;
qué he de hacer con mi prudencia,
¡vive Dios, que no lo sé!

ESCENA II

EL DUQUE y D. CARLOS

EL DUQUE

Ya, hijo mío, te esperaba.

DON CARLOS

Yo, padre, os buscaba á vos,
mas hoy no nos hemos visto;
dadme las manos, señor.

EL DUQUE

Tómalas, hijo, y con ellas
mi amor y mi bendición;
tengo un punto de que hablarte
que nos importa á los dos.

DON CARLOS

Decid, padre, que os escucho.

EL DUQUE

Siéntate, y óyeme.

DON CARLOS

Estoy.

EL DUQUE

Sabes, hijo, que por dicha
(que así el cielo lo arregló)
somos nobles de la casa
de los Ponces de León,
y que en bienes de fortuna,
en honra, lustre y valor,
á ninguna otra en Castilla
nuestra familia cedió.

DON CARLOS

Y si hay, padre, quien lo dude,
nombrádmeme sin temor,
que además de la nobleza
traigo espada y hombre soy.

EL DUQUE

Nadie lo duda, y por esto
el mundo nos ordenó
ciertas leyes, que cumplirlas
nos es en obligación:
por ejemplo, que casemos
con damas de tanto honor,
que con su lustre den lustre
á nuestro limpio blasón.
Ha mucho tiempo, hijo mío,
que tu boda se trató
por negocios de familia,
no te importa cuáles son,
y te buscamos esposa
en la virtuosa Leonor,
que es la prenda de más precio
de la casa de Girón.
Que á tu padre tal pluguiera,

callártelo fuera error,
siendo tu padre el primero
que en esta boda pensó.
El tiempo y las circunstancias
la hicieron punto de honor,
pues al mío importa sea,
mas si daña al tuyo, no.

DON CARLOS

Antes de que yo os responda,
á mí respondedme vos.
¿Me amáis, señor?

EL DUQUE

Más que el ciego
amara, si viera, al sol.

DON CARLOS

Si pesarlo fuera dado,
¿cuál pesara más, señor,
vuestra honra ó vuestro hijo?

EL DUQUE

Hijo y honra... ¿qué sé yo?

DON CARLOS

Luego ¿igual pesan entrambos?

EL DUQUE

Por cierto, que es confusión.
(Reflexionando.)

La honra, de nuestros bienes
es, sin duda, el bien mayor;
y los hijos....., si son buenos,
nos bendice en ellos Dios.
La honra..... tal vez se cobra
con intriga ó con favor.....;
los hijos.....

DON CARLOS

¿Que decís, padre?

EL DUQUE

El que una vez se perdió.....

DON CARLOS

¿Respondéis, señor, quién pesa
más?

EL DUQUE

El hijo, ¡vive Dios!

y á preguntarlo no vuelvas,
que dos veces, tal vez no.

DON CARLOS

Permitid, pues, que rehuse
la boda con Leonor;
mas no lo tengáis á mengua,
libertinaje ó baldón,
que porque tal no pensarais
desposara al diablo yo.
Mientras que amarme pudiera
doña Leonor de Girón,
consentí en sacrificaros
mi vida sola, señor;
pero hoy, que sé que no alcanza
á amarme su corazón,
hoy en libertad la dejo;
la mía os atañe á vos.

EL DUQUE

La tuya, hijo, como tuya,
toda entera te la doy;
úsala como quien eres,
como Ponce de León.

DON CARLOS

Mi libertad tengo en mucho,
y en más á quien me la dió,
porque aun antes de alcanzarla
era hijo vuestro, señor.
Pero.... ¡padre! ¿qué tenéis?
desfallecida la voz,
los ojos volvéis inquietos,
¡fáltale al rostro el color!....

EL DUQUE

Del atormentado pecho
secretos afanes son,
y el rubor de alimentarlo
sale en el rostro y la voz.

DON CARLOS

¡Vos afanes, padre mío!
¡Vos secretos! ¡Afán vos!
¡Oh! ¿Creisteis mis palabras?
¡Padre, mi padre, perdón!
Si os ha de causar enojos,
mirad bien que fué un error,
y antes, padre, que enojaros
muriera mil veces yo.

¿Lloráis, señor? ¡Vive el cielo!
Me partís el corazón.

¿Tanto ha podido ofenderos
el no querer á Leonor?

¡Ah! ¿Por qué no me mandasteis
que no es respondiera *no*?
que es para mí sobre todo
mi padre, después de Dios.

EL DUQUE

Calla, Carlos, que del pecho
secretos afanes son,
y parte en ellos no tienes
ni tú ni nadie.

DON CARLOS

Señor....

EL DUQUE

Mira, Carlos: son hoy tales
estas dudas en que estoy,
que me pesa el sí, y me pesa
que me respondas que no.
Resistirlo más no puedo,
que un pensamiento traidor
me ha asaltado sordamente
tras el eco de tu voz.
He pensado que si amaras
á otra mujer, ó mejor,
ó más bella, ó aun acaso
de más baja condición....

DON CARLOS

¡Padre!....

EL DUQUE

No es que te lo digo,
es que lo pienso; mas no.
Carlos, hijo mío, dime:
¿me amas mucho?

DON CARLOS

Como Dios
amar á su Madre puede,
y como aquélla al Señor.

EL DUQUE

¿Defendieras una causa
en que hubiera parte yo
con justicia?

DON CARLOS

¿Eso dudáis?

Contra ley, y sin razón.

EL DUQUE

¿Y si vieras en tu padre
una falta, la menor,
mas que el mundo reprocharla
pudiera como un baldón?.....

DON CARLOS

Harto contrario no fuera
todo el mundo á mi furor,
que un crimen en vuestro rostro
como virtud viera yo.
Y al que lo mismo no viera
delante á mí, ¡vive Dios!,
que á estocadas en el pecho
le buscara el corazón!
Y no le valiera el sitio,
ni la fuerza, ni el valor;
le matara, y si no fuera
cuerpo á cuerpo, por traición;
porque es para mí en el mundo
mi padre después de Dios.

EL DUQUE

Carlos, me vuelves la vida;
dame los brazos.

DON CARLOS

Señor,
vuestro hijo soy; mas decidme
de vuestro mal la ocasión.

EL DUQUE

Que pues, Carlos, tanto me amas.....,
mis duelos vienen de amor.

DON CARLOS

¿No es más, padre? Pues ¿en eso
vuestro corazón erró?
¿No sois hombre, y no están todos
sujetos á una pasión?

EL DUQUE

Pero tal vez es indigno
de mi pecho tal amor,
que amo, Carlos, á una perla,

pura, hermosa como el sol;
pero en el fango del mundo
el cielo me la encerró.
Mas harto, Carlos, te he dicho,
y de vergüenza me voy,
que cosas, á veces, matan
si se escuchan, hijo, dos.

DON CARLOS

(¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?
¿Tantas desventuras hoy?
¿Si tras la muerte me voy,
aun creo el hallarla incierto!
¿En lo mismo que he pecado
á pecar mi padre va?
¡Oh! ¡Por Dios, que no será
fuera de ambos mal contado!)
Padre, señor, un momento:
un remedio me ha ocurrido
con que vos seréis servido
en lo de aquel casamiento.

EL DUQUE

¿Un remedio! Y ¿qué ocasión?.....

DON CARLOS

Aguardad, y os la diré:
permitidlo, y partiré
mañana mismo á Aragón.

EL DUQUE

¿Á Aragón quieres partir?

DON CARLOS

¿Allí haciendas no tenemos?

EL DUQUE

Mas lo mismo quedaremos.

DON CARLOS

Así se ha de concluir.
Vos á don Diego diréis
que á mi vuelta he de casarme.

EL DUQUE

Y ¿una razón no has de darme?.....

DON CARLOS

Padre, no la preguntéis.
Harto, señor, os pesara
si yo la razón os diera.

EL DUQUE

Por vergonzosa que fuera,
yo sé que la perdonara.

DON CARLOS

No es sino noble é hidalga;
mas que la calle otorgad.

EL DUQUE

No sé, Carlos, en verdad,
que tanto tu razón valga.

DON CARLOS

Hoy en vos, ¿más no pesó
que la honra el hijo quizás?
Pues ved que en mí pesa más
el honor vuestro que yo.

EL DUQUE

Tú verás lo que ha de ser,
que más no he de importunar,
y no me atrevo á negar
lo que puedes menester.

(Vase.)

ESCENA III

DON CARLOS. Luego GINÉS

DON CARLOS

¡Y en un solo momento,
con sola una palabra, de mi vida
robóme la esperanza y el contento!
Pero ¿cómo no amarla....
á esa tierna beldad desconocida,
tanto más adorada,
cuanto más me parece desdichada?
¡Oh! ¿Por qué nos llamamos
Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
si á amarrar no alcanzamos
á nuestro alto blasón nuestras pasiones?
Mas que mi padre viva,
que ame y que goce como grande y rico,
en tanto que, en silencio,
yo mi amor á su amor le sacrifico.
Y al fin, ¿qué vale todo?
Mujer será ligera y veleidosa,
que cuando yo la alzara,

tal vez de que era mía se olvidara,
acordándose ¡ay Dios! de que era hermosa.
¡Oh! ¡Tal pensando me estremezco y llo-
[ro!
¡Mujer al fin!.... Mujer, pero la adoro.
¡Hola! A Ginés buscadme.

GINÉS

Heme aquí ya, señor.

DON CARLOS

¿Qué sabes de ella?

GINÉS

Seguí traidor su huella;
mas tal vez conociendo la seguía,
de calle en calle y de plazuela en plaza,
atenta y pertinaz iba y venía.

DON CARLOS

¿La hallastes? Sí ó no.

GINÉS

¡Por vida mía!
¿Pusiérame ante vos si no la hallara?
Hasta la calle fuí de *Mira el Río*,
número cuatro, casa solitaria,
la puerta estrecha y de agujeros llena,
tras el cubo, señor, de la Almudena.

DON CARLOS

(Dale un bolsillo.)

Gracias, Ginés, y toma.

GINÉS

Señor, soldado soy y buen criado;
el oro es de traidores ó cobar tes.

DON CARLOS

Pues para mí conviene que lo guardes.

GINÉS

Mal, señor, lo concilias.
¿No estará en vuestras manos más seguro?

DON CARLOS

Yo puedo malgastarlo;
tócale al mayordomo conservarlo,
que soy, Ginés, un hijo de familias.

(Vase.)

GINÉS

¿Díjome mayordomo?
Gajes son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV

Casa pobre, y salen D.^a VIOLANTE é INÉS.
Es de noche. Luz.

DOÑA VIOLANTE

Estás cabizbaja.
¿Qué tienes, Inés?

INÉS

Doquier que los ojos
volváis, lo veréis.
¿Qué más, madre mía,
pudiera tener?

DOÑA VIOLANTE

Voluntad suprema
de los cielos es.

INÉS

Más propicios, madre,
nos pudieran ser.

DOÑA VIOLANTE

Respetá á los cielos;
son justos, Inés.
Tu padre hubo siempre
entera su fe;
fué siempre á su patria
y á su Dios muy fiel;
murió defendiendo
su patria y su Rey;
y aunque nuestras dichas
murieron con él,
los cielos son justos,
callemos, Inés.
Pero hoy más que nunca
parece, á mi ver,
que estás fatigada,
inquieta tal vez.

INÉS

(¡Dios mío, ayudadme
silencio á tener!)

Estáis tan enferma,
y están ya también
nuestras esperanzas
tan muertas....

DOÑA VIOLANTE

Si, á fe.

Mas hemos llegado
hasta hoy, ya lo ves;
y así pasaremos
un día, dos, tres,
un mes y dos meses.

INÉS

¡Ay, madre! No sé.
¿Y cuando se pasen
el día y el mes?

DOÑA VIOLANTE

Entonces....

INÉS

Calladlo:
no en ello penséis,
que acaso tan sólo
por vos vive Inés.

DOÑA VIOLANTE

¡Hija! ¡Mi consuelo,
mi amparo y mi fe.....,
¿me amas?

INÉS

Me ofende
que tal preguntéis.
Por vos diera todo
cuanto puedo ser,
mi vida, mi alma,
mi amor ¡ah! también.

DOÑA VIOLANTE

¡Tu amor! ¿A quién amas?

INÉS

Yo..... á nadie..... tal vez.....;
si algún día amara.....,
como á vos, ¿a quién
quisiera?.....; y siento
aun que lo dudéis.

DOÑA VIOLANTE

Si algún día amaras,
si fuerza ha de ser
que ames.....

INÉS

Madre mía,
por vos amaré.
Sin vos, ni los cielos
le bastan á Inés.

(Ruido como de alguno que llega. Un embozado se acerca á la puerta.)

Mas ¡qué ruido!..... ¡Un hombre!
¡Qué audaz! ¡Qué queréis?

EL DUQUE

(Desembozándose y saludando respetuosamente.)

Salvaros, señora,
si alcanzo á poder.

ESCENA V

DOÑA VIOLANTE, INÉS y EL DUQUE, disfrazado.

DOÑA VIOLANTE

Pues decid, señor, ¿qué pasa?
¿Qué repentina ocasión.....

EL DUQUE

Trájome mi corazón
á las puertas de esta casa.
Con vos, señora, un instante
quisiera, si os place, hablar.....

DOÑA VIOLANTE

Señor, no puedo alcanzar.....

EL DUQUE

De un asunto interesante.

DOÑA VIOLANTE

Decid, pues, que os escuchamos.

EL DUQUE

(Indeciso estoy, á fe,
y qué decirlas no sé.)

INÉS

Señor, atentas estamos.

EL DUQUE

Nace á veces un deseo
en un corazón en calma,
que abrasa, señora, el alma,
y que no se apaga creo;
todo entonces es dudar,
no sosegar ni dormir,
no se sabe adónde ir,
ni se sabe en dónde estar;
no hay regalo en el placer,
ni las dichas nos agradan,
pues hoy tanto nos enfadan,
cuanto halagaron ayer.
Huímos nuestros amigos,
que al prestarnos sus consuelos,
no son más en nuestros duelos
que impertinentes testigos,
y silenciosos y huraños,
meditabundos y esquivos,
en el mundo de los vivos
parecemos como extraños.
Con el pensamiento á solas
gozamos una ilusión,
cual faro que en un peñón
alumbra las negras olas;
mas como él incierta, vaga,
ya esperanza, ya tormento,
dentro allá del pensamiento,
ya se muestra, ya se apaga.
Tal vez su ser no ignoramos,
mas porque no nos asombre,
jamás su ser ni su nombre
á solas nos preguntamos;
hasta que llega una vez
en que, á tanto meditarlo,
no querer adivinarlo
fuera extrema estupidez.
Entonces nuestros enojos
truécense en falaz ventura,
y refleja una hermosura
de nuestra alma á nuestros ojos.
Y de entonces, sin temor
nos perdemos en pos de ella;
cuanto más huye es más bella,
que es poderoso el amor.

DOÑA VIOLANTE

Tanto tiempo ha que no escucho
acento tan cortesano,

que pienso que fuera en vano
 querer escucharle mucho.
 Me habéis hecho recordar
 tantas pasadas venturas,
 que apenas por conjeturas
 os alcanzo á adivinar.
 Una hija tengo, señor;
 mas ved en vuestro deslíz
 que es demasiado infeliz
 para inspiraros amor.
 No finjáis debilidad
 al través del abandono,
 que no cambia por un trono
 su amor y su soledad.

EL DUQUE

¿Qué habéis en mí conocido
 para una respuesta tal?
 Ó me he explicado muy mal,
 ó me habéis mal comprendido.
 Sé la indigencia en que estáis,
 la virtud en que vivís;
 si os enoja lo que oís,
 á desecharlo bastáis.
 Oro tengo, hidalgo soy:
 si oro noble os bastará,
 nadie en Castilla podrá
 daros tanto como os doy.
 Esto es cieno, ya lo sé;
 mas por oro, pompa, honor,
 si un poco me dais de amor,
 bien pagado quedaré.

DOÑA VIOLANTE

¿Quién sois, que me hacéis llorar,
 no de duelo, de placer?

EL DUQUE

No me debéis conocer
 si no lo habéis de aceptar,
 que en la esperanza en que estoy,
 si mi nombre os revelara,
 que me amarais me pensara
 nada más de por quien soy.

DOÑA VIOLANTE

Habláis, señor, de tal modo,
 que no sé qué responderos.

EL DUQUE

Pues todo vengo á ofreceros,
 mirad si os conviene todo.

INÉS

(¡Pobre anciana!) Perdonad,
 que aunque sé que el vulgo es necio,
 y sus hablillas desprecio,
 mi honor me importa: escuchad.
 Yo tengo, bien lo sabéis,
 una madre por ventura;
 ella, señor, mucho cura
 de las prendas que en mí veis.
 Amarla en mí no es virtud,
 sí obligación principal,
 que fuera pagarla mal
 su desvelo y su inquietud.
 A su ciega voluntad,
 ciega me sacrificara;
 su vida á Dios le comprara
 con toda mi eternidad.
 Mas tuve un padre, señor,
 buen vasallo y buen soldado,
 que aunque en mi alma ha dejado
 para ella todo su amor,
 dejó á mi virtud constancia,
 con que en tan rico tesoro,
 del noble me falta el oro,
 mas me sobra la arrogancia.
 Si la suerte, la riqueza
 con mi padre me quitó,
 yo sé bien que me dejó
 en la sangre la nobleza.
 Pues noble supe nacer
 y he vivido sin mancilla,
 del mismo Rey en Castilla
 barragana no he de ser.

EL DUQUE

Con harto respeto oí
 vuestras razones, señora,
 y no sé, en verdad, ahora
 á qué traerlas aquí.
 No os he venido á insultar
 como un avaro á un mendigo;
 he venido como amigo,
 para recibir ó dar.
 He venido porque os amo,
 bella Inés, desde que os vi;

pero antes de entrar aquí
 olvidé cómo me llamo,
 que amor á todos extiende
 su ley, y á nadie respeta.

INÉS

Pero el pueblo la interpreta,
 señor, como la comprende.
 Sé que hay un amor sublime
 que arrebató el corazón,
 que no es inmunda pasión,
 y de sus leyes se exime;
 que es una vaga centella
 del fuego que anima el cielo,
 y se refleja en el suelo
 como la luz de una estrella.
 Sé que esa virtud sin nombre,
 sólo en el alma nacida,
 por el autor de la vida
 es un regalo hecho al hombre.
 Pero, señor, también sé
 que esa flor sencilla y blanca,
 el hombre ingrato la arranca
 y la huella con el pie.

EL DUQUE

Pero ved que si la flor
 se coloca en un altar,
 el que la supo apreciar
 adoró á su Criador.

INÉS

Vos, señor, sois tan galán
 como yo soy desvalida.
 (¡Siempre juntos en la vida
 placer y tormento van!)

EL DUQUE

Pensadlo, señoras, bien
 si lo podéis admitir,
 que yo del vulgo al decir
 pondré silencio también;
 que antes que él sea testigo
 de las dichas de los dos,
 yo basto á hacerlos á vos
 igual en todo conmigo.

DOÑA VIOLANTE

¿Y dejaréisme ignorar
 á quién debo agradecer.....

EL DUQUE

No me debéis conocer
 si no lo habéis de aceptar,
 porque os repito que hoy
 si mi nombre os revelara,
 que me amarais me pensara
 nada más que por quien soy.

(Vase.)

ESCENA VI

DOÑA VIOLANTE é INÉS

DOÑA VIOLANTE

Suspensa me tiene
 tal felicidad.

INÉS

Madre, madre mía,
 ¡qué lucha, qué afán!
 El alma en mil dudas
 tormento me da.

DOÑA VIOLANTE

¡Si al cielo piadoso
 movió nuestro mal,
 y el sol nos volviera
 tranquilo á brillar!
 Inés, ¿qué dice ese
 silencio tenaz?
 ¿Qué piensas? ¿A ese hombre
 respuesta darás?

INÉS

Madre, madre mía,
 ¡qué lucha, qué afán!

DOÑA VIOLANTE

Te salva la honra,
 te adora, y te da
 cuanto es, cuanto tiene,
 noble y liberal.
 Un punto en el vulgo
 nos murmurarán;
 en mil conjeturas
 á perderse irán.
 ¿Qué importa, si al cabo
 vendrán á parar

en que es la fortuna,
fortuna y no más?
Y ser venturoso
no es ser criminal.

INÉS

Madre, madre mía,
¡qué lucha, qué afán!
Mas no. ¡Qué ventura!
¡Qué felicidad!
Daros una vida
de calma y de paz.....;
haceros dichosa,
madre, y que jamás
nuestra agria desdicha
tengáis que llorar.
Mas yo, en ese gozo
sin tregua y solaz,
tendré mis afanes
por fuerza que ahogar.
Fingiré contento.....,
¡contento falaz!
Madre, madre mía,
¡qué lucha, qué afán!

DOÑA VIOLANTE

Mas si sientes, hija,
secreto pesar,
y tanta fortuna
recelos te da,
tu madre, hija mía,
aun puede esperar,
que así como vive,
por ti vivirá.

INÉS

Madre, en lo resuelto
no quiero pensar:
si hoy en vuestra hija
vuestra vida está,
¿que habréis vida, madre,
pudierais dudar,
cuando al mismo cielo
no idolatro más?

DOÑA VIOLANTE

Inés, hija mía.....

INÉS

¡Oh, madre! Cesad.

Id á vuestro lecho
reposo á buscar,
que el sol de mañana
más claro saldrá.

DOÑA VIOLANTE

Hija, y ¿qué respuesta.....

INÉS

De eso, descuidad.
(¡Dios mío, Dios mío!
¡Qué lucha, qué afán!

(Vanse, y un momento después vuelve Inés sola.)

¿Hay hoy más tormentos,
Señor, que apurar?
Inés....., está dicho.
Felices serán;
te dieron la vida....,
la vida les da.
De vida con ambos
la deuda es igual,
á entrambos su deuda
les he de pagar.
No importa á qué precio
su calma obtendrán.....;
no importa por ambos
que expire de afán.

(Queda suspensa, como acosada de honda aflicción interior. Sale D. Carlos al paño con precaución.)

ESCENA VII

INÉS y D. CARLOS

DON CARLOS

(Aparte.)

En casa de Inés estoy
por vez última y primera,
y en tan duro trance, que hoy
á echar la suerte postrera
á vida ó á muerte voy.....
¡Qué afligida está!

INÉS

(Aparte.)

¡Ay de mí!

¡Tras de tan incierto amar,
venir á perderle así.....

DON CARLOS

(Saliendo.)

Si basta el llanto á enjugar....

INÉS

(Sorprendida.)

Caballero, idos de aquí.

DON CARLOS

¿Qué es esto, Inés?

INÉS

No lo sé.

DON CARLOS

¿Despedirme?

INÉS

Vedlo vos.

DON CARLOS

Óyeme, Inés, porque á fe que en mi amor....

INÉS

No os oiré.

DON CARLOS

Mancha no hay.

INÉS

Idos con Dios.

DON CARLOS

¿Así te enojas, mi bien?

Celos, á mi ver, me pides con rigoroso desdén.

¿Tú, Inés, así me despides cuando á eso vengo también?

INÉS

¡Cielos! ¿Tú, Carlos, me dejas?....

DON CARLOS

Pues ¿tu misma.....

INÉS

Sí, es verdad.

Idos, pues.

DON CARLOS

Ya que me alejas....

INÉS

Que no os oiga vuestras quejas, caballero, en caridad.

(Loca estoy, no sé qué digo.)

DON CARLOS

Pero antes que parta, Inés, de una querella contigo, satisfacción á un amigo fuerza que recibas es.

INÉS

Querellas sin tiempo son, y las podéis excusar.

DON CARLOS

Pero, Inés, ¿tanta ocasión pude esta mañana dar....

INÉS

(Aparte)

Me desgarró el corazón.

DON CARLOS

¿Tanto, Inés, te habrá ofendido lo que hice sólo por ti, que tu amor habré perdido?

INÉS

¡Amor! Nunca os lo he tenido; cuando os lo dije, mentí.

DON CARLOS

Pues si tu amor fué mentira, ¿cómo la verdad se llama?

INÉS

Y vuestro amor, ¿qué os inspira, si vuestro pecho suspira por el amor de otra dama?

DON CARLOS

¿Sin dejarme responder empiezas á preguntar? Dime, Inés, lo que he de hacer.

INÉS

Mirad vos cómo ha de ser,
porque no os quiero escuchar.

DON CARLOS

Pues yo lo quiero decir;
y de grado ó valimiento,
hoy, Inés, me lo has de oír,
ó en este sitio me siento
y de aquí no he de salir.

INÉS

¡Caballero, por piedad!
No añadáis, no añadáis nada.

DON CARLOS

Oye.

INÉS

¡Tal tenacidad!

DON CARLOS

¡Horrible! ¡Desesperada!

INÉS

Hablad bajo en caridad.

DON CARLOS

¿Por qué en voz baja ha de ser?
Lo que aquí decirte puedo,
todos lo pueden saber,
y no alcanzo á qué tener
á repetirtelo miedo.
Quísome mi padre dar
otra mujer por esposa;
plúgome en ella encontrar
otra pasión amorosa,
y no la quise tomar.
Su libertad la volví,
Inés mía, por tu amor.

INÉS

¿Por qué lo has dicho? ¡ay de mí!
que aun hallaba en mí rigor
mientras infiel te creí.

DON CARLOS

Luego ¿injusto y falso fué
rigor tanto?

INÉS

¡Qué sé yo!

DON CARLOS

Luego ¿aun me amas?

INÉS

No lo sé.

DON CARLOS

Luego ¿dulce llevaré
una esperanza?.....

INÉS

¡Eso no!

DON CARLOS

¡Conque iré desesperado,
sin que aguarde fin mi pena,
desoído y desamado,
inocente, condenado
por dicha y por culpa ajena!
¡Ah! ¡En no verte consentía
mientras tu imagen sagrada
dentro del pecho vivía,
y en hora más fortunada,
por tu amor, Inés, volvía!

INÉS

Don Carlos, ¡oh! no me habléis,
que en cada palabra vuestra
un tormento me traéis;
en saber no os empeñéis
todo la desdicha nuestra.
Que tuve celos, es cierto;
que os amo aún, es verdad;
que os vea más, es incierto,
que á un tiempo para mí han muerto
amor y felicidad.

DON CARLOS

¡El juicio voy á perder!
¡Cuanto más cerca me pinto
la obscura puerta tener,
es forzoso deshacer
las vueltas del laberinto!
Si me amas, ¿por qué me das
tales tormentos, Inés?

INÉS

No preguntes.

DON CARLOS

¿Amarás
á otro tal vez?

INÉS

(Aparte.)

¡Fuerza es
todo apurarlo!

DON CARLOS

No más.

Si tal antes me dijeras,
mis querellas excusaras;
alcancé que errar pudieras,
pero no que me vendieras,
Inés, ni que me engañaras.

(Pausa.)

¡Con tu silencio, traidora,
confirmándomelo estás!.....

(Marchándose.)

El cielo os guarde, señora.

INÉS

(Aparte.)

¡Santo Dios, valedme ahora,
porque yo no puedo más!

(Cae llorando.)

DON CARLOS

¡Interna contienda brava!
¿Quién causó tal confusión?
¿Qué es esto, Inés mía? Acaba....

INÉS

Darte lo que te quitaba,
el alma y el corazón.

(Va á abrazarle, y se detiene.)

¡No, no! ¿Qué dije? Mentí,
mentí, Carlos, en verdad.

DON CARLOS

(Con abatimiento.)

¡Ah! ¿No me amas?

INÉS

Eso sí.

Pero entre ambos puso aquí,
no sé quién, la eternidad.
Idos, Carlos.

DON CARLOS

¡Loco estoy!
¡De amor y de rabia lloro!

INÉS

Idos.

DON CARLOS

Dime, ¡por quién soy!
¿me amas?

INÉS

Sí: porque te adoro,
es fuerza me pierdas hoy.

DON CARLOS

¿Y si algún día....

INÉS

No sé.

DON CARLOS

¿Si libres al fin los dos....

INÉS

¡Imposible!

DON CARLOS

Y ¿no podré....

INÉS

Harto dije.

DON CARLOS

¿Y si tu fe....

INÉS

Te amo; vete.

DON CARLOS

Adiós.

INÉS

Adiós.

(Inés sola.)

¡Madre mía, al fin vencí!

Bien puedes dormir en paz,
que he vendido mi solaz
para comprártele á ti.

(Vase.)

ESCENA VIII

Exterior de la casa de D.^a Violante en la calle de *Mira el Río*: una puerta en el fondo, por donde saldrá don Carlos en el mismo momento de mudar la escena. Por el otro lado, y poco después, el Duque.—Noche muy oscura.)

DON CARLOS

¿Hay confusión más extraña?
Dice que me tiene amor,
me despide con rigor,
y jura que no me engaña.
Cuanto más ama, más daña,
y ama como nunca amó;
todo su amor tengo yo,
sin embargo, huye de mí.
¿Podré amar? Dice que sí.
¿Esperar? Dice que no.
Si mi padre, al fin vencido,
porque todo podrá ser,
ó se cansa de querer,
ó deja de ser querido,
y á mi vuelta ya en olvido
su amor ó su estirpe echó,
¿no podré, volviendo yo,
adquirir lo que perdí?
Porque amar, dice que sí.....,
y esperar....., ¡dice que no!
¿Y si el padre, á lo que infiero,
yerra en ello?..... ¡Vive Dios,
que ha de ser, entre los dos,
mi padre siempre el primero!
Mas si mi infortunio fiero
á compasión le movió,
lo que á mi padre dí yo,
¿no podrá darme él á mí?.....
Porque amar, dice que sí.....,
y esperar....., ¡dice que no!

EL DUQUE

La respuesta es de esperar.
Por el oro y la grandeza,
su virtud y su nobleza
á fe que no han de cambiar.

Mas ¿para qué he de guardar
el oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
pues virtudes la ofrecí.....
Mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.
Mas si Carlos (lo sospecho
por su pronta turbación)
una igual inclinación
abrigara dentro el pecho,
cederá en mí su derecho,
no hay dudar, que siempre vió
virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.
Mas ¿qué miro? ¡santos cielos!
la casa es ésta de Inés.....;
y aquel hombre allí....., ¿quién es?
¡Pesia mí que tengo celos!

DON CARLOS

¿Quién será aquel importuno?
¡Oh, si el que me estorba fuera.....,
pie en el dintel no pusiera,
desde el mismo Rey, ninguno!
Mas se acerca: ¿quién va allá?

EL DUQUE

Un hidalgo. Calle haced.

DON CARLOS

Véngase vuestra merced,
que en mi estoque la hallará.

EL DUQUE

¿Quién sois?

DON CARLOS

Un hombre.

EL DUQUE

¿Qué hacéis?

DON CARLOS

Esperar que paséis vos.

EL DUQUE

A esa puerta estáis, ¡por Dios!.....

DON CARLOS

De guardia porque no entréis.

EL DUQUE

¡Esto más! Por vuestro pecho
el camino he de buscar.

(Ríen.)

DON CARLOS

Reñid bien, ó vais á dar
en camino bien estrecho.(Caen el Duque, huye D. Carlos, y por su camino sale
Ginés, con quien tropieza.)

GINÉS

¡Téngase!

DON CARLOS

¿Ginés?

GINÉS

¿Quién es?

DON CARLOS

Yo soy.

GINÉS

Y eso ¿era lidiar?

DON CARLOS

Dos caballos á ensillar
Vamos al punto, Ginés.

(Llévale por delante.)

ESCENA IX

EL DUQUE. La ronda por otro lado.

UNO

Por aquí sonaba el ruido.

OTRO

¿Era riña?

EL PRIMERO

Y bien reñida.

EL SEGUNDO

Alguno perdió la vida.

UN TERCERO

Pero allí veo un caído.

EL DUQUE

A levantarme ayudad.

EL PRIMERO

¿Os hirieron?

(Ayudándole.)

EL DUQUE

Nada fué;
un rasguño, y resbalé.
En esa casa llamad.



JORNADA TERCERA

Sala en casa del Duque.

Perdona, pues, que el caballo
tome otra vez y me vuelva.

MORETO.

ESCENA PRIMERA

DON CÉSAR y D.^a LEONOR

DON CÉSAR

¿Eso á su padre dijo?
Enredo semejante,
sólo un padre creyera por un hijo.

DOÑA LEONOR

Y corre por la villa
en romances y fábulas contado,
entre visos de sátira embozado.

DON CÉSAR

De ese modo en Madrid, Leonor querida,
héroes ya de pajes y porteros
se han hecho por nocturnos pendencieros.

DOÑA LEONOR

No hay cosa más sabida:
en cada casa de distintos modos
lo cuentan y celebran,
pero es lo cierto que lo cuentan todos.
Quién le supone oscuros galanteos
de escondite y escalas de balcones,
en que ayuda á tan bajos devaneos
buscó de espadachines y matones;
quién cuenta no se qué de unos billetes
que dió á leer una moza á su vecina,
y ésta á la madre los leyó por celos.

DON CÉSAR

¡Por Dios, que la aventura es peregrinal

DOÑA LEONOR

Y estas consejas, primo,
concluyen en achaque de novelas
con la muerte de un hombre
de quien todos ignoran hasta el nombre.

DON CÉSAR

Mas yo alcanzo, Leonor, en este cuento
un viso de verdad y fundamento.
¿Os acordáis tal vez de aquella dama
que hallamos en la Tela.....

DOÑA LEONOR

Sí, por cierto.

DON CÉSAR

Y que luego conocimos,
de Carlos á pesar de la cautela?

DOÑA LEONOR

Me acuerdo, sí.

DON CÉSAR

¿Quién sabe
si esos los cuentos son, y de concierto
se están ahora en Aragón holgando
con la supuesta fábula del muerto?

DOÑA LEONOR

Ello es cierto que Carlos,
sea que fundamento en esto hubiera,
temeroso ó prudente,
acaso por burlar á la justicia
abandonó su casa de repente;
y sea por azar de un amorío
ó de otro encuentro alguno,
todos convienen, sin contrario alguno,
en que á un hombre mató en un desafío.
Suponiendo mi padre
que de excusar la boda son aquestos
efimeros pretextos,
arrostrando por todo,
de casarnos, don César, busca modo.

DON CÉSAR

¡Por Dios, que no lo entiendo!
¿Cómo romper le ocurre
con el Duque el antiguo compromiso?

DOÑA LEONOR

Eso es, sin duda, lo que más le aburre.

DON CÉSAR

Pero ¿y cómo cambió tan repentino?

DOÑA LEONOR

Lo que no la razón, hizo la ira,
que así nos acontece de contino.
Cuando le dije nuestro amor, furioso
tornóme á amenazar con el convento,
y al Duque iba á pedir que el mismo día
concluyera por fin el casamiento.
Mas cuando de don Carlos
entendió la insolencia
con el vano rumor de la pendencia
que sostuvo ante mí por otra dama,
de su ira comprimida
el ahogado volcán reventó en llama.
«De tu palabra, Leonor, te eximo,
dijo además airado, y nada pierdes,
pues tu esposo desde hoy será tu primo;
de don Carlos desde hoy más no te acuer-
[des.]»

DON CÉSAR

¿Y vos lo cumpliréis?

DOÑA LEONOR

¡Por vida mía,

que raya la pregunta en osadía,
primo don César, y pregunta es ésta
que no merece recibir respuesta!

DON CÉSAR

Si es que indiscreto anduve,
perdonad, porque á fe, Leonor querida,
que hay pensamientos que en el alma du-
[ran
cuanto duran nuestra alma y nuestra vida.
Propios son de quien ama los recelos,
y aunque no hayáis á Carlos nunca amado,
al recordar su nombre, de contado
siento en el alma en rebelión mis celos,
pues recuerdos de amor, por más que pase
veloz el tiempo....

DOÑA LEONOR

¿Concluís, don César?

Cerrad el labio á tan menguada frase,
que si tal vez por yerro involuntario
alcanzara á quererle en algún día,
Carlos hoy fuera mi mayor contrario,
porque es preciso que entendáis, don César,
que en tales ocasiones
dentro cobija el ofendido pecho
de una mujer iguales dos pasiones;
y que si pude al seductor reclamo
de un pasado y atento galanteo
humillar el deseo,
ya me acordé de que Girón me llamo.
Y aunque broten sin tasa
rudas pasiones en el pecho amante,
en mí, conmigo misma vacilante,
puede más el orgullo de mi casa,
y de don Carlos, primo, no me acuerdo.

DON CÉSAR

Me lo atestigua mal ese recuerdo,
pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.

DOÑA LEONOR

Mas no se acuerda amante ó veleidosa
quien una ofensa de su amor recuerda.

DON CÉSAR

Mas no podrá decir que echó en olvido
el antiguo querer, aunque de un día....

DOÑA LEONOR

Yo recuerdo no más que me ha ofendido,
y basta de ello ya, ¡por vida mía!

ESCENA II

DON DIEGO, viejo. DON CÉSAR y D.^ª LEONOR

DON CÉSAR

¿Cómo, señor, tan temprano?

DON DIEGO

Por vos, sobrino, esto y más.

(A D.^ª Leonor.)

Muy pronto, Leonor, darás
á mi sobrino la mano.

DON CÉSAR

Permitid que agradecido....

DON DIEGO

¡Oh! Don César, levantad,
que á pesar mío, en verdad,
en la boda he consentido,
pues no ignoráis que tenía
prometida á mi Leonor.

DON CÉSAR

Mas yo sé también, señor,
que Leonor lo resistía.

DON DIEGO

Sí; mas ahora mismo voy
á don Enrique á pedir
disculpa, de concluir
todos nuestros pactos hoy.

DON CÉSAR

Mas ved bien....

DON DIEGO

Ya va mirada.

Si él es Ponce de León,
yo soy don Diego Girón,
y no nos debemos nada.
En este mes, sin excusa,
os tenemos que casar,

que no es decente esperar
por quien tal honra rehusa.

DON CÉSAR

Don Diego, aunque ciego adoro
á Leonor, no me pluguiera
que mi amor manchar pudiera,
por quien sois, vuestro decoro.

DON DIEGO

Eso á mi cargo dejad,
que ellos un cuento han hallado
con que á Carlos han sacado
ha tiempo de la ciudad;
y enseñarles es preciso
que, de nosotros señores,
no hemos menester tutores
que nos otorguen permiso.

DON CÉSAR

Justo es tal resentimiento,
y no es decente, en verdad,
murmuren en la ciudad
tanto de este casamiento.

DON DIEGO

Tenéis, sobrino, razón,
que me han en mucho ofendido,
y mal conmigo han cumplido
esos Ponces de León.
Si la boda no querían
por razón ó veleidad,
¿por qué de su voluntad
la mudanza no advertían,
y no dar en recurrir
á inútiles fabulillas,
que al fin no son más que hablillas
que al vulgo dan que decir?
Por temor de la justicia
contar que Carlos huyó
después que á un hombre mató,
es conocida malicia.
Pues si el hecho fuese cierto,
alguien ¡por Dios! pareciera
que cuenta diera ó pidiera
del matador ó del muerto.

UN PORTERO

El duque Enrique, señor,
quiere veros.

DON DIEGO

Que me place;
con esta visita, me hace
á un tiempo doble favor.

ESCENA III

DICHOS y EL DUQUE

DON DIEGO

Me habéis cortado el camino,
que á vuestra casa iba yo.

EL DUQUE

Viniera yo más contino;
mas, don Diego, mi destino
de otro modo lo arregló.

(Á D.^a Leonor.)

Bésoos, señora los pies.

(Á D. Diego.)

Tal vez os vengo á enojar;
mas preciso á entrambos es,
que, á poderlo yo excusar,
portárame más cortés.

DON DIEGO

(Á los criados.)

Dad sillas y despejad.

DON CÉSAR

(Levantándose.)

Y si importa que salgamos.....

EL DUQUE

No; si os place, así quedad.

DON DIEGO

Señor don Enrique, hablad,
que atentos os escuchamos.

EL DUQUE

Como no ignoráis acaso
que estuve enfermo en el lecho,
así en silencio lo paso.

DON DIEGO

¿Cómo en el lecho?

EL DUQUE

Fué el caso
una estocada en el pecho.

DON DIEGO

Y á no haberlo aquí ignorado,
holgáramos en cuidalle.
Dispensad.....

EL DUQUE

Por dispensado.

DON DIEGO

¿Y fué.....

EL DUQUE

De poco cuidado.

DON DIEGO

¿En desafío?

EL DUQUE

En la calle.

DON DIEGO

¿Del todo restablecido
os sentís ya?

EL DUQUE

De tal modo,
que, á no haberme interrumpido,
hubierais por mí sabido
mi intención.....

DON DIEGO

Decidlo todo.

EL DUQUE

No atino si he de enojaros.
Dos cosas vengo á deciros;
si he con ellas de agraviaros,
disculpa vengo á pedirlos
ó satisfacción á daros.
Mi hijo, á quien siempre estimé,
en duelo á un hombre mató:
cómo y dónde, no lo sé;
cuando mi mal me dejó,
ya en mi casa no le hallé.

Hoy escribe de Aragón.
Ved su carta.

(Saca un papel y lee.)

«Padre mío:

Maté á un hombre en ocasión;
mas fué en legal desafío,
cuerpo á cuerpo, no á traición.
Y porque en deshonra mía
nada lleguéis á temer,
lo hice porque me ofendía,
y otra vez le mataría
si otra volviera á nacer.

Matéle por una dama,
aunque pobre, noble y bella;
y aunque el corazón la ama,
por más curar vuestra fama,
me alejo de vos y de ella.»

(Á D. Diego.)

Si esto basta me diréis,
ó si aun es preciso más.

DON DIEGO

Más claro os explicaréis.

EL DUQUE

Don Diego, una hija tenéis,
y vos sabéis lo demás.
Si por objeto menor
mi hijo don Carlos olvida
la hermosura de Leonor,
ved que puedo darle vida,
mas no alcanzo á darle amor.
Y como este casamiento
tampoco á Leonor agrada,
con mutuo consentimiento,
libre dejaros intento
de la palabra empeñada.
Ved si en algo os ofendí,
aunque no quise ofenderos,
que, por lo que toca á mí,
ya os dije que vine aquí
resuelto á satisfaceros.

DON DIEGO

Excusada y sin razón,
don Enrique, en demasía
fuera tal satisfacción,
cuando igual declaración
haceros me proponía;
pues la tardanza mirando

con que andabais en obrar,
vuestra intención recelando,
estaba á Leonor buscando
marido con quien casar.
En don César, desde ahora,
á su esposo podéis ver.

EL DUQUE

(Á Leonor.)

Enhorabuena, señora.

DON DIEGO

Y haránlo tan sin demora,
que esta semana ha de ser.

EL DUQUE

Pues vinisteis en serviros
de arreglar esto tan bien,
después de gracias rendiros,
tengo el honor de deciros
que hoy me caso yo también.
Mi hijo don Carlos, estoy
en que de Aragón se viene,
y amplia licencia le doy
para que busque desde hoy
la mujer que le conviene;
que no está bien, en verdad,
que cuando mi boda ajusto
con entera libertad,
oponga á su voluntad
las cadenas de mi gusto.
Tendré en la doble función
amigos, aunque muy pocos,
y espero en vuestra atención.....

DOÑA LEONOR

(Aparte á D. César.)

(Estos Ponces de León
creo que se vuelven locos.)

DON DIEGO

¿En ocasión poderosa
os propuso acaso el Rey,
don Enrique, vuestra esposa?

EL DUQUE

La elegí yo por virtuosa,
de amor sujeto á la ley.
Una dama que, aunque obscura,
es tan noble como yo,

y un prodigio de hermosura:
yo la he dado mi ventura
por el amor que me dió.

DON DIEGO

Participo cordialmente
de vuestra satisfacción.
Tendré el convite presente,

(Con intención.)

que con vos eternamente
soy don Diego de Girón.

EL DUQUE

(Con indiferencia.)

Perdonad, y el cielo os guarde.

DON DIEGO

Con el cielo vayáis vos,
y vuestra dicha no tarde.

EL DUQUE

Ni á vos la vuestra os aguarde.
Adiós quedad.

DON DIEGO

Id con Dios.

(Vase el Duque.)

¡Vive Dios, que eso acertaran
esos mezquinos á hacer!
Si pudieran, por mujer
alguna esclava tomaran.
¡Y que á mi blasón osaran
sus blasones enlazar!

(Á D. César y D.^a Leonor.)

¿No es vergüenza contemplar
una gente tan menguada?
¡Estupenda campanada
con sus bodas van á dar!

(Vase.)

ESCENA IV

DOÑA LEONOR y D. CÉSAR

DON CÉSAR

¿Oiste, Leonor, al Duque?
¡Pasmado, á mi fe, me dejá!

DOÑA LEONOR

Corrida estoy yo de oírle
desde que empezó, don César.

DON CÉSAR

¡Que se casa!

DOÑA LEONOR

Así lo dijo.

DON CÉSAR

¡Por mi vida, que es quimera!

DOÑA LEONOR

Con una dama, aunque humilde,
que no le cede en nobleza.

DON CÉSAR

Y un prodigio en hermosura.

DOÑA LEONOR

Tal para cual será ella.
¡Mezquinos! Así su estirpe
torpes manchan y desprecian,
y con sangre de villanos
la sangre de reyes mezclan.
Para eso en bizarras lides
acrisoló su grandeza
su generosa progenie,
de estos insultos ajena.
Para eso conquistó pueblos,
y deslindando las tierras,
los moros que las guardaban
huyeron de las fronteras,
para que viendo su sangre
tinta con sangre plebeya,
desvelados en sus tumbas,
por quejarse no durmieran.
¡Oh! ¡Sobre ellos caiga un día
su vilipendio y su mengua!

DON CÉSAR

Y entrambos en ultrajarse
á un tiempo mismo se empeñan.
¿La carta oísteis de Carlos?

DOÑA LEONOR

¡Ojalá que no la oyera!

DON CÉSAR.

¿Os pesa, señora mía?

DOÑA LEONOR

Tened el labio, don César.

DON CÉSAR

Dijeran que esos son celos.

DOÑA LEONOR

Quien lo dijere, mintiera.
La vergüenza de escucharlo
es lo que, en verdad, me pesa.
¿No oísteis con qué altivez
lo afirma la carta misma
de don Carlos? «Maté á un hombre,
le dice, por una ofensa,
y mil veces le matara
si las mil veces naciera.»

DON CÉSAR

«Matéle por una dama,
aunque pobre, noble y bella.»

DOÑA LEONOR

Bien hayan sus almas nobles,
que acuden á la pobreza.

DON CÉSAR

¡Y á las bodas nos convida!

DOÑA LEONOR

Si me matara, no fuera.

DON CÉSAR

¿No iréis, Leonor?

DOÑA LEONOR

No, por cierto.

DON CÉSAR

Y ¿por qué no?

DOÑA LEONOR

Por vergüenza.

DON CÉSAR

Pues yo iría, aunque no fuere
más que por burla siquiera.

DOÑA LEONOR

Decís bien, que así, á lo menos,
reiremos á su cuenta.

DON CÉSAR

Y á su misma faz mofándose,

reirá la corte entera.
Será placer.

DOÑA LEONOR

Y colmado.

DON CÉSAR

Será venganza.

DOÑA LEONOR

Y completa.

DON CÉSAR

Y á las fábulas del vulgo
inagotable materia.

DOÑA LEONOR

Sí, sí; de sólo pensarlo
gozoso el corazón tiembla.
Será, por cierto, una burla
el casamiento.

DON CÉSAR

Gran fiesta:
asunto al mundo de mofa,
de sátira á los poetas.

DOÑA LEONOR

¡Oh! ¡Por Dios, que será un día....
Vayamos pronto, don César.

DON CÉSAR

A ver los que matan hombres
por las pobres que son bellas.

DOÑA LEONOR

Y el prodigio en hermosura
que no le cede en nobleza.

ESCENA V

Gabinete en casa del Duque. LAS DONCELLAS acaban de vestir á INÉS: D.^a VIOLANTE, sentada. Un velador con un aderezo.

DONCELLA 1.^a

Bizarra, señora, estáis.

DONCELLA 2.^a

¡Qué bien os va esa diadema!

DONCELLA 1.^a

En belleza sois extrema.
Bajad un poco.

INÉS

¿Acabáis?

DONCELLA 1.^a

Concluí. Si os enojáis
con este velo.....

INÉS

Idos, pues.

DONCELLA 2.^a

Severa y rígida es.

DONCELLA 1.^a

(Marchándose todas.)

(Duquesa de primer día.)

INÉS

¡Cuántas galas á porfía,
cuántos tormentos!

DOÑA VIOLANTE

¿Inés?

Hermosa en extremo estás.

INÉS

Pláceme que os plazca á vos.

DOÑA VIOLANTE

¡Muy bella!

INÉS

¿Sí?

DOÑA VIOLANTE

Sí, ¡por Dios!
cual no estuviste jamás.

INÉS

Agrádame, madre, más
que todo ello, vuestro gusto.

DOÑA VIOLANTE

Tu madre soy, y es muy justo;
pero turba mi contento

el siniestro pensamiento
de que lo hagas á disgusto.

INÉS

¿Qué es disgusto? Erráis, á fe.
¿De vos, madre, no nació?

DOÑA VIOLANTE

¿Que así lo hicieras por mí?
Me pesa porque lo sé;
mas si enojos.....

INÉS

¿Y por qué
vuestro lien me ha de enojar?
que hoy por mí vais á encontrar
vanidad, riqueza, honor.

(Aparte.)

Aunque á costa de mi amor
vuestra paz he de comprar.

(Alto.)

Porque os amo, madre mía,
más que á mí misma, y es poco,
fuera pensamiento loco
que yo me arrepentiría,
pues por vos renunciaría
cuanto tengo y cuanto soy,
y cada vez, madre, estoy
más satisfecha de mí.

DOÑA VIOLANTE

Cuanto más lo creo así,
menos sintiéndolo voy.
Tanto placer me acibara
una duda, un no sé qué.....
Inés, no acierto por qué,
mas si pudiera, llorara.
Si yo, Inés mía, alcanzara
que por mí sola pudieras.....

INÉS

Dejad, madre, esas quimeras,
que hijas de la mente son.

DOÑA VIOLANTE

Me acosan el corazón
como si fueran de veras.
¿Te acuerdas de aquella obscura
noche en que á tu esposo hirieron?

INÉS

Algunos traidores fueron
que hicieron nuestra ventura.

DOÑA VIOLANTE

Paréceme desventura
con principio tan fatal.

INÉS

¿Hay, madre, capricho tal?
¿Cuanto vuestros ojos ven,
por más que sucede bien,
á vos os parece mal?
En mí, madre, cada vez
es el contento mayor,
pues más lejos el dolor
veo de vuestra vejez.
Parece que otra niñez
los cielos, madre, nos dan
según cambiándonos van
en lujo, pompa y grandeza,
de nuestra antigua pobreza
la miseria y el afán.
Pero, madre, á vuestros ojos,
hechos á la obscuridad,
ofende la claridad
y el sol con sus rayos rojos;
que así, madre, diera enojos
á uno que en una prisión
hubiera con su aflicción
pasado una larga vida,
y tuviera ya guarida
la sombra en su corazón.
Pero cuando luego se hagan
vuestros ojos á la luz,
veréis cuán sin inquietud
sus tornasoles halagan.
Veréis, madre, cómo vagan
vuestros ojos sin cesar,
sin cansarse de mirar
la luz que os estorba ahora,
que esos pesares, señora,
son restos de aquel pesar.

DOÑA VIOLANTE

Me consuelas, hija mía,
tan dulcemente....

TOMO IV

INÉS

Ya veis
que atormentaros queréis
con tan triste fantasía.

DOÑA VIOLANTE

Si es cierta tanta alegría....

INÉS

Pues, madre, ¿no lo ha de ser?
¿No lo sabéis comprender
en estas riquezas sumas?
Estas joyas y estas plumas,
¿qué ostentan sino placer?

(Vase D.^a Violante.)

Mas si de galas tan bellas
pudiera verse á través,
¿cuál el corazón de Inés
se encontrara detrás de ellas!
Mas vanas son las querellas,
pues vida y placer me dan.
De mí reclamando están
vida, contento y placer;
está resuelto: ha de ser.
Muera conmigo mi afán.
Atrás, corazón, atrás;
ahoga en silencio tu amor:
ya voy, mundo engañoso,
que esperando á Inés estás.
Madre mía, vivirás
sin que alcances de hoy á ver
entre el fingido placer
de la dama en su opulencia,
la miserable dolencia
del alma de la mujer.
Venid, perlas ostentosas,
á orlar mi marchita frente,
que hoy he de ser insolente
envidia de las hermosas.
Tiendan lirios, broten rosas
donde he de fijar los pies,
que justicia además es
que derramen los amores
oro, pompa, gala y flores....
en el entierro de Inés.

ESCENA VI

INÉS y EL DUQUE, lujosamente vestido.

EL DUQUE

Mi querida Inés, mi amor,
albricias vengo á pedirlos.

INÉS

Yo sí que debo deciros
me deis albricias, señor.

EL DUQUE

¿Eso vos? ¡Qué bella estáis!
Las albricias de miraros
sí que debiera yo daros.
¿Verdad, Inés, que me amáis?

INÉS

¡Pudierais, Duque, dudarle
cuando así bastáis á verlo?

EL DUQUE

La duda de merecerlo
me hace dudar de lograrlo.
Mas como no os pese á vos,
juraros puedo, Inés mía,
que jamás me ha dado un día
tan feliz como éste Dios.
Todo completo es en él,
pues mi hijo, Inés, va á llegar,
y ahora os venía á anunciar
que esto dice este papel.

(Muestra un papel.)

Casi á una legua de aquí,
por su caballo quedó;
el paje delante envió
para anunciármelo á mí.
¡Oh! Vos no le conocéis,
y debéis tener afán;
es el mozo más galán
de cuantos mirado habéis.
Y sin que en ello os dé enojos....

INÉS

¿Enojos á mí, señor?

EL DUQUE

A la par con vuestros amor
le quiero más que á mis ojos.

INÉS

Y orgullo debéis tener
por un hijo tan honrado.

EL DUQUE

Con la vida que le he dado
le diera todo mi ser.
En lo noble á todos pasa,
prudente con los prudentes,
valiente con los valientes,
es el sostén de mi casa.
Vamos, pues, que él va á venir
Y os le quiero presentar.

INÉS

Y yo me tengo de holgar
en salirle á recibir.

ESCENA VII

Salón elegante preparado para fiesta. DON DIEGO,
D. CÉSAR, D.^a LEONOR, convidados, etc., repartidos
por la escena en grupos.

UNO

¡Qué boda tan repentina!

OTRO

Ni vista ni adivinada.
Y dicen que ella es divina.

OTRO

Pues novia tan peregrina
le ha valido una estocada.

EL PRIMERO

¿Habláis, don Tello, en verdad?

EL TERCERO

Esa fué la enfermedad
por la que un mes guardó cama.

EL SEGUNDO

Ya se dijo en la ciudad
que rondaba á alguna dama.

(En otro grupo.)

DON CÉSAR

Impaciente estoy, á fe.
por verlos, Leonor, salir.

DOÑA LEONOR

Y yo, don César; porque
con esta ocasión, yo sé
que han de dar bien que reir.

DON CÉSAR

Y lo hacen como quien son.
Ved con cuánta ostentación,
gala y nobleza trajeron.

DON DIEGO

Siempre por locos tuvieron
á los Ponces de León.

DOÑA LEONOR

Mas vedlos.

(El Duque, saliendo por la puerta del fondo, dando
la mano á Inés, y seguido de pajes, dueñas, etc.)

EL DUQUE

Vuestro esperar,
señores, harto me pesa.
Mil gracias os he de dar.
Vengoos, pues, á presentar
á mi esposa la Duquesa.

DOÑA LEONOR

(Á D. César, aparte.)

¿Qué es esto, César? ¿No veis?

DON CÉSAR

(Igualmente.)

Leonor, ¡asombrado estoy!

DOÑA LEONOR

(Á D. César.)

¿Es burla?

EL DUQUE

Merced me haréis
si un instante concedéis
á mi hijo, que llega hoy.

INÉS.

(Aparte.)

¡Cuánto pesar, madre mía,
tenéis que costar á Inés!
¡Ah! Sin vos nunca tendría
fuerzas en tanta agonía.

(Ruido de espuelas, murmullo, y Carlos dentro.)

DON CARLOS

¿Dónde está?

EL DUQUE

¡Hijo mío! Él es.

(Corre hacia la puerta por donde entrará D. Carlos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, D. CARLOS y GINÉS en traje de camino.

DON CARLOS

¡Padre mío! ¿Es tarde?

EL DUQUE

No.

Nunca es tarde para ti.
Dame los brazos. Así
(Abrázanse.)
te quiero, hijo mío, yo.

DON CARLOS

¿Dó está, señor, vuestra esposa?
que quiero sus pies besar.

EL DUQUE

Me la hacías olvidar.
Aquí está. ¡Ve cuán hermosa!

DON CARLOS

(Retrocediendo.)

¡Cielos, valedme!

INÉS

¡Ay de mí!

EL DUQUE

¡Inés! ¡Carlos! ¿Qué tenéis?

DOÑA LEONOR

(Aparte á D. César.)

¿No os lo dije? Ya veréis.

EL DUQUE

¿Que es esto, hijo mío? di.

DON CARLOS

Padre, dejadme volver.....

EL DUQUE

¡Volver, Carlos? ¡Vive Dios!

DON CARLOS

Que en vuestra casa los dos
á un tiempo, no puede ser.

EL DUQUE

¿Qué te atreves á decir?
Pues ¿en qué te falté yo?

DON CARLOS

Dejadme.

EL DUQUE

(Cogiéndole de la mano.)

¡Por Dios, que no!

DON CARLOS

Dejadme, padre, partir.

EL DUQUE

¿Qué es esto, Inés, vida mía,
en tal punto no dirás?
Que tú también lo sabrás,
pues él contento venía.

INÉS

Señor, que el cielo cayera
veinte veces sobre mí,
holgara mejor aquí
que tal hoy aconteciera.

EL DUQUE

¡Y entrambos no he de saber,
Inés, Carlos, qué es aquesto?
¿Qué decís?

DON CARLOS

¡Oh! ¡Me detesto!

Dejadme, padre, volver.

EL DUQUE

(Con energía.)

¡Eso no! Me lo diréis.
Os mando que lo digáis.

DON CARLOS

Señor, cuando lo sepáis,
tal vez me maldeciréis.

EL DUQUE

¡Habré de volverme loco!
¡Cielos santos! ¿Qué es aquesto?
Pero he de saberlo, y presto,
ó tengo de valer poco.

DON CARLOS

Dejadme, padre, partir.

EL DUQUE

(Á los de afuera.)

¡Hola! Las puertas cerrad.

(Á los que están en la escena.)

De grado ó de voluntad,
don Carlos lo ha de decir.

(Los que están en la escena hacen ademán
de marcharse, y el Duque los detiene.)

¡No! Todos quedad así.
Aunque sea el crimen mayor,
os juro que, por mi honor,
todos lo sabrán aquí.

DON CARLOS

Teneos, pues, padre.

EL DUQUE

Acaba.

INÉS

(De rodillas.)

¡Don Carlos, por compasión!

DON CARLOS

¡Vuestra esposa es....

INÉS

(Angustiada.)

¡Oh! ¡Perdón!

EL DUQUE

Acabad.

DON CARLOS

La que yo amaba!

EL DUQUE

¡Cielos santos! ¡Sueños son!

DON CARLOS

(Con decisión.)

Ahora dejadme partir,
y de hoy más no me esperéis.

EL DUQUE

(Con calma.)

Es preciso que os quedéis,
que aun os falta que decir.

(Reflexionando.)

Todo por fin lo alcancé.
En una amante querella
mató á un hombre.....; fué por ella.....;
pero, y el hombre....., ¿quién fué?
Nunca lo sepa; no, no;
que lo ignore; está inocente.
Es fuerza que eternamente
crea que el hombre murió.

(Á los circunstantes.)

Dispensadnos si tal hoy
ante vuestros ojos pasa,
porque dentro de mi casa
padre de familias soy.

(Á D. Carlos, con dignidad.)

Pues ibas por mí á olvidar
hoy tu amor con tal grandeza,
¡vive Dios, que mi nobleza
por menos no ha de quedar!
Da, Carlos, la mano á Inés
y al templo vamos.

DON CARLOS

(Á los pies del Duque.)

¡Señor,

voy á expirar de dolor
y vergüenza á vuestros pies!

EL DUQUE

Señores, esta sorpresa
mi amor á Carlos buscó.
Quien se casa no soy yo.

(Á D. Carlos.)

Carlos, ésta es la Duquesa.
Si cuna ilustre te di
por ser Ponce de León,
lo grande del corazón
también lo aprendes de mí.



SANCHO GARCÍA

COMPOSICIÓN TRÁGICA EN TRES ACTOS

*Esta composición, escrita expresamente para el beneficio de D. Carlos Latorre,
fue aprobada para su representación por la Junta de censura de los Teatros del Reino
en 14 de Julio de 1849.*


PERSONAJES

ACTORES

Sancho García, Conde de Castilla..	SR. LATORRE.
Ira Condesa viuda, su madre....	SRA. LAMADRID (B.).
Missem-Alamar.....	SR. LUMBRERAS.
Estrella.....	SRA. VALERO.
Sancho Montero.....	SR. ALVERÁ.
Simuel Benjamín.....	SR. LÓPEZ.
Elias.....	SR. PIZARROSO.
Un Caballero.....	N. N.

Caballeros, pajes y villanos.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.



SANCHO GARCÍA

ACTO PRIMERO

Parque del palacio ó castillo de los Condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del Conde. En la del fondo otra que da á las de la Condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario, un cenador ó kiosco, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles y es de noche.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA y ESTRELLA

ESTRELLA

Señora, retirémonos; la noche es cada vez más lóbrega y oscura y os daña la humedad.

LA CONDESA

Estrella mía,
tanto este sitio mi dolor endulza,
que siempre me apesara y me contrista
abandonar su soledad inculta;
porque siempre que dichas imagino,
tan sólo aquí mi corazón las busca.
¿Ves los millares de hojas que en los ár-
al paso de los céfiros susurran? [boles
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa al perfumado sople
en apagado son, lentas murmuran
adormecen mis penas, y me tornan
en gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncadas alas

cruza sus ramas y en sus ramas zumba,
responden á su son dentro mi pecho
secretos mil, que mi conciencia anublan.
¡Oh! Y tengo tantos, cual menudas hojas
esta enramada soledad fecunda,
tan expuestos al viento como ellas,
y como ellas también tranquilos nunca.

ESTRELLA

Si humilde lealtad puede esas penas
calmar, en mí depositad algunas,
señora, y si al consuelo se resisten,
al menos de hoy las lloraremos juntas.

LA CONDESA

¡Llorar! Consuelo de serviles almas
á quien su suerte miserable abrumba;
mas ponzoña de nobles corazones
que fieramente con su suerte luchan.

ESTRELLA

¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va don Sancho la morisca chusma
doquier venciendo, y la vertida sangre
lava de vuestro esposo con la suya?

LA CONDESA

Que no suene ese nombre en mis oídos.

ESTRELLA

Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda que llora un noble esposo, por quien casta á la mundana vanidad renuncia, por quien la hermosa faz y esbelto talle en toscos paños codiciosa enluta, no deben con inútiles recuerdos del esposo, aumentar su pena justa. Mas cuando queda un hijo, que apilando cabezas de enemigos en su tumba, las glorias de su padre....

LA CONDESA

Calla, Estrella,

que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero, al derribar las berberiscas lunas, el cetro de Castilla de las manos de su madre arrebatada, se le usurpa?

ESTRELLA

¡Señora!

LA CONDESA

¿Y que aunque venza mil batallas, al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que sólo en pelear pensando, de sus pueblos el bien descuida en suma, la paz, que es sólo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda, ¿qué pan, Estrella, comerán mañana los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora él la desecha con fiereza estúpida?

ESTRELLA

¿La aceptaríais vos?

LA CONDESA

(Con prontitud.)

Y de eso trato.

ESTRELLA

¿Y son tal vez por eso esas nocturnas visitas que admitís de ese africano?

LA CONDESA

Ese secreto para siempre oculta dentro del corazón, Estrella, ó teme que te abra ante los pies la sepultura.

ESTRELLA

Perdonadme, señora; mas hoy que oigo de vuestros labios la verdad desnuda, de mi fiel corazón hoy permitidme que los ruines temores os descubra.

LA CONDESA

(¡Qué es lo que va á decir!) Di.

ESTRELLA

Creí un tiempo que un amor encerraba esta aventura....

LA CONDESA

¡Necia!

ESTRELLA

Mi inexperiencia me disculpe; mas hoy que cesa tan villana duda y hallo la causa del secreto trato, gozo leal el corazón me inunda.

LA CONDESA

¡Ea, ya basta! ¿De García Hernández la viuda altiva, por la llama inmunda se abrasara de un moro? Tal vileza cabe no más en la simpleza tuya. Mas oye: todo en el silencio quede, y eterna sombra mi secreto cubra; y aquí quiero advertirte, Estrella incauta, que los hondos proyectos que se anudan dentro de los palacios en secreto, son ¡vive Dios! mortífera cicuta para aquellos que, necios ó traidores, dentro del corazón no los sepultan. Conque si has de vivir hoy más, Estrella, éste guarda en el tuyo, y no descubras, ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama á quien el moro por la noche busca.

(Ruido á lo lejos.)

¿Qué ruido es ese?

ESTRELLA

Que se acerca el Conde,

y el pueblo al retirarse le saluda.
Todo Burgos le adora.

LA CONDESA

Sí, ahora vence;
mas ¡ay del Conde si los moros triunfan!

UNA VOZ

(Dentro.)

¡Viva el conde don Sancho!

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

VOZ

(Dentro.)

el vencedor del moro!

¡Viva

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

VOZ

(Dentro.)

nuestro ángel tutelar!

¡Viva

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

ESCENA II

EL CONDE y VARIOS CABALLEROS

(Entra el Conde por la puerta del parque que figura dar al campo, precedido de dos pajes con hachones, y seguido de Sancho Montero y varios caballeros y villanos que le aplauden.)

EL CONDE

(Á los villanos.)

Apartaos;

basta de aplausos ya, bravos pecheros;
gracias, y retiraos.

Y vosotros, mis fieles caballeros,
idos también con ellos, y aprestaos
á descansar, que acaso en breves horas

os llamarán las trompas y atabales
para salir contra las huestes moras.

UN CABALLERO

Todos, señor, saldremos
y con vos venceremos,
ó moriremos junto á vos leales.

EL CONDE

Gracias; así lo espero; idos ahora,
que en vos segura mi esperanza estriba.

UNO

¡Viva el conde don Sancho!

OTROS

¡Viva!

TODOS

(Saliendo de la escena.)

¡Viva!

ESCENA III

EL CONDE, al volverse cuando los suyos se alejan,
ve á LA CONDESA

EL CONDE

Dios vele sobre vos, madre y señora.

LA CONDESA

Contigo venga, victorioso Conde.

EL CONDE

¿Tan tarde y en el parque todavía?

LA CONDESA

Aun no lo es tanto.

EL CONDE

(Aparte.)

¿Que misterio esconde
su inquietud y su gran melancolía?

(Á Sancho.)

Sancho, lejos mis órdenes espera.

(Á Estrella.)

Y aparta tú también, que á solas quiero
con mi madre quedar.

LA CONDESA

(Con desdén.)

La vez primera

en muchos días es.

(Vansé Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar á las habitaciones del Conde; ella por la del fondo, que dá á las de la Condesa.)

ESCENA IV

LA CONDESA y EL CONDE

EL CONDE

¿Puede un guerrero disponer de los suyos á su antojo?
¿Puédolos yo emplear en la ternura, cuando del moro el temerario arrojo provoca mi arrogancia y mi bravura? Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta aun con la sangre de mi padre humea.

LA CONDESA

Tal verdad en tu rostro el duelo pinta; mas ¿quién causó la desigual pelea?

EL CONDE

¡No, madre, no me hagáis tamaña injuria! Si errores juveniles me arrastraron de mi buen padre á provocar la furia, con mi llanto y mi sangre se lavaron. Fuí rebelde un momento, ¡ah! lo confieso con dolor; mas también desde aquel punto fué mi vida ejemplar; y fué por eso al honor de mi padre mi honor junto. Mi pueblo olvidó ya las inquietudes que un tiempo le causé; y le dí gloria, y hoy aplaude su prez y sus virtudes, porque vive en su hijo su memoria. Todo es hoy para mí dicha, esperanza, y todos hoy mis triunfos victorean. ¡Sólo á mi madre mi placer no alcanza, y mi gloria sus lágrimas afean! Decidme: ¿qué anheláis? ¿Qué hay en la [vida que el enarcado ceño os desarrugue? ¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre [querida, que vuestro llanto interminable enjугue?

LA CONDESA

La paz.

EL CONDE

¿La paz? Pues bien, por ella lidio; por esa paz consoladora y bella, que para vos, para mi pueblo envidio.

LA CONDESA

Pues bien: el moro te brindó con ella.

EL CONDE

¡Con una paz vendida á peso de oro!
¡Con vergonzosa paz, ruin y traidoral!
¡Con esa paz que me propone el moro, porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no; yo venzo; cada día ensancho más y más nuestras fronteras; su tierra tiembla en la presencia mía, y huye espantada su canalla impía á la sombra no más de mis banderas. Por eso, paz y tregua me proponen; temen que mi valor los acorrale, y en la paz se aperciben y disponen á que otra vez la suerte nos iguale. No, madre; no haya paz, no haya cuar aquí ni allí; cuando vencidos sean, [teles cuando haga yo con sus tostadas pieles, con sus lenguas que injurian y bravean, los frenos adobar á mis corceles, esa paz les daremos que desean. ¡En tanto, madre, seamos los mejores: ó todo ó nada, ó siervos ó señores!

LA CONDESA

Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso no tienen armas, gente, capitanes? Si el terrible Almanzor te gana un paso, ¿qué valdrán tu valor y tus afanes? *Todo ó nada*, á su vez te dirán ellos; *todo ó nada*, y metiendo sus caballos por medio de tus míseros vasallos, sus cimitarras segarán sus cuellos.

EL CONDE

Mi padre fué por vos á tierra extraña, y es natural que, ajena aquí en Castilla, (Con frialdad.) sintáis temor por nuestra noble España; mas no la conocéis: no es maravilla.

LA CONDESA

Pero conozco el mundo y la fortuna, que lo trastorna todo, y será un día en que triunfe tal vez la media luna.

EL CONDE

¡Tened, por Dios, la lengua, madre mía, si ha de ser de enemigos abogada! [ros? ¿Qué esperáis de esa paz? ¿Qué de los mo- ¿Os seducen, tal vez, de su embajada los soberbios presentes y tesoros? Esperad unos días, y tras ellos veréis cuál para vos mi gente alcanza presentes de más prez, mucho más bellos, ganados á los botes de su lanza. Esas serán de vos dignas preseas, no las de que ellos alabarse pueden de que á fuer de limosnas nos las ceden, por ser de su tesoro las más feas. ¡En la viuda de un Conde de Castilla, tan mezquina ambición, siempre es man- [cilla!

LA CONDESA

Deber es de una noble castellana, del sumiso enemigo oír el ruego. Perdonar es virtud muy soberana; más grande el vencedor se ostenta luego.

EL CONDE

Madre, no sé qué arcano misterioso esa tenaz intercesión encierra; no comprendo ese empeño vergonzoso de interrumpir las glorias de esta guerra. No lo comprendo, madre mía; y juro que la paz del espíritu me quita el ver que cada triunfo que aseguro os entristece más, más os irrita. Mas os juro también que es ruego vano; sí, mientras reine yo, para esos perros labrará sólo el pueblo castellano lanzas agudas y pesados hierros.

LA CONDESA

¿Mientras que reines tú? ¡Mancebo loco! Y ¿á qué llamas reinar? ¡A andar talando tus propias tierras; á tener en poco los ruegos de tu madre, que llorando los días y las noches tus deslices pasa, viendo sus pueblos infelices!

EL CONDE

Madre, bien veo que el frecuente trato que os permito con moros y extranjeros, el corazón os mina; sin recato andan por Burgos ya con hartos fueros, de mal hijo tachándome y de ingrato, deslumbrando á mis fieles caballeros; y ¡por Dios! que de tanta villanía la culpa tiene la indulgencia mía.

LA CONDESA

Eso es; ensalza, ensalza tu indulgencia, tu generosidad, cuando me tienes en triste y vergonzosa dependencia, cual cautiva tomada por rehenes.

EL CONDE

¡Señora!

LA CONDESA

Sí, cerrada en tu palacio.

EL CONDE

¿No recibís en él, y en mengua mía, con toda libertad, con todo espacio, cuantos queréis de su caterva impía?

LA CONDESA

A cualquier desterrado se permiten amigos de aflicción.

EL CONDE

¿Quién son los vuestros, madre? ¿Quién son los que ante vos se ad- [miten?

LA CONDESA

De ciencias y artes, hábiles maestros.

EL CONDE

Y acaso en ellas demasiado diestros.

LA CONDESA

Los que mi pobre espíritu iluminan, los que endulzan un poco mis pesares.

EL CONDE

Sí, y los que vuestro espíritu alucinan

y os llevan del error á los altares,
los que os dan ambición, los que os do-
[minan.

LA CONDESA

Sí, porque saben más que el vulgo necio,
porque ahonda los misterios más sombríos
su alta ciencia.

EL CONDE

(Con desdén.)

¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

LA CONDESA

Y yo no; los atiengo, los escucho,
y aprendo de ellos.

EL CONDE

¡Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

LA CONDESA

No bastará tal vez que tú lo mandes.

EL CONDE

¡Madre!

LA CONDESA

Basta; será lo que te digo.
Ya me harto de sufrir tu dependencia;
tu madre soy, y reinaré contigo.

EL CONDE

Reinad si lo queréis, reinad si os place:
de todo disponéis; en nada coto
os he puesto jamás; todo se hace
cual queréis en mi casa; vuestro voto
para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
cual lo habéis hecho siempre, hacedlo
[ahora;
mas hombre soy, dejadme á mí la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;
vos derrochadlos; mas en tiempo alguno
me roguéis por judíos ni por moros,
porque jamás amar podré á ninguno.

LA CONDESA

¿Conque ese embajador.....

EL CONDE

Se irá mañana.

LA CONDESA

¿Y se irá sin respuesta?

EL CONDE

Sin ninguna.

LA CONDESA

Pues yo, Conde, también soy soberana,
y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero á lo menos ser más cortesana
con quien á mí somete la fortuna.

EL CONDE

¿Los vais á recibir?

LA CONDESA

Sí, ya lo he dicho.

EL CONDE

Madre, Dios os perdone tal capricho.

ESCENA V

EL CONDE

¡Oh, me traspasa el corazón desvío
tan injusto y tenaz! ¿Cuándo con ella
fuí rebelde ni ingrato? El reino mío,
mi decoro, mis leyes atropella.
¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
de tu mano implacable la honda huella
conozco en su altivez! Mi madre ahora
es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi padre fuí mal hijo,
y es mala madre para mí: ya veo
tu justicia, ¡gran Dios! y más me aflijo
cuanto más recta tu justicia creo.
¡Ay, yo me empeño con afán prolijo
en prevenir su gusto, su deseo;
la preparo aun á costa de mi afrenta,
y ella me contraría y me atormenta!
¡Oh, y ese afán en pro de la morisma,
ese favor con que al judío acorre,
en una sima de pesar me abisma!
Sangre extranjera por sus venas corre.....

¡Esta idea fatal.... siempre la misma!
 ¡De la mente no sé cómo la borre;
 y aunque el nombre de madre me la es-
 [panta,

siempre tras de mi madre se levanta!
 ¡Oh, triste vida; miserable vida
 la vida en los palacios condenada
 á pasar en recelos consumida
 y por ruines sospechas desgarrada!
 Ruin destino á los príncipes acuida;
 polvo es su orgullo, su grandeza nada;
 colgado del dosel de su grandeza
 hay un puñal que amaga su cabeza!

En fin, alerta vivamos
 los que á gobernar nacimos;
 los que á ser señores y amos
 de otros condenados fuimos,
 velemos, no los perdamos.
 Montero.....

ESCENA VI

EL CONDE y SANCHO MONTERO

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

Ya es tarde,
 vámonos á recoger,
 y mañana muy temprano,
 Sancho, á despertarme ven.

SANCHO

¿A qué hora?

EL CONDE

Al rayar el alba:
 un asunto de interés
 quiero encargarte, y es fuerza
 que te enteres antes de él.

SANCHO

Señor, nací vuestro súbdito,
 de cuanto soy dispond.

EL CONDE

Mañana, Sancho: descansa
 de aquí hasta el amanecer.

SANCHO

Descuidad; rayando el alba,
 á vuestra puerta estaré.

EL CONDE

Y no ha de pesarte de ello
 si me sirves franco y fiel.

SANCHO

Los del Valle de Espinosa
 jamás rompieron su fe.

EL CONDE

Por tu lealtad, Montero,
 te escogí yo: vamos, pues.

(Entran.)

ESCENA VII

ESTRELLA, por la puerta del fondo.

¡Gracias á Dios que se fueron!
 Temiendo estaba ¡pardiez!
 que el otro viniera, y ellos
 la seña oyeran también:
 y entonces, ¡Dios nos ampare!
 ¿Qué iba de todos á ser?
 ¿Cómo tolerara el caso
 de don Sancho la altivez?
 Tiemblo con sólo pararme
 en pensamiento tan cruel.
 ¡Y yo, necia, que creía
 con tan sandia candidez
 que ese moro era un galán!
 ¿Quién tal pudiera creer?
 ¿La Condesa de Castilla,
 matrona de tanta prez,
 en una afición tan ruin
 desatentada caer?
 ¡Pobre de mí, que en el Valle
 de Espinosa, mi niñez
 pasé en sencillez inculta!
 ¿Qué de los palacios sé?
 ¡Oh, perdónenme los cielos
 tan injurioso creer!
 Perdóneme mi señora,
 pues de sencilla pequé.
 ¡Ea! El desliz enmendemos

con más severa estrechez
obedeciendo sus órdenes;
vasalla suya nacer
fué mi suerte, y ser me cumple
para mis señores fiel.
En atalaya me pongo
á su señal á atender.

(Se sienta.)

ESCENA VIII

ESTRELLA. SANCHO MONTERO, con recato,
por la puerta de la derecha.

SANCHO

No la he visto en todo el día,
y los ojos no sabré
pegar en toda la noche
si no la veo una vez.

¡Oh, la quiero con el alma!

¡Cuán bella y cándida es!

No tengo otro pensamiento.

Ésta es su ventana; haré
la seña con tiento..... Estrella.....

(Llamando.)

ESTRELLA

¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!

SANCHO

Estrella, ¿qué haces aquí?

¿Por qué de tu cuarto dentro
á estas horas no te encuentro?

ESTRELLA

(Temblando estoy, ¡ay de mí!)

SANCHO

Responde, Estrella, responde:
¿por qué en tu cuarto no estás?

ESTRELLA

Y tú, Sancho, ¿adónde vas?

SANCHO

¿Dónde voy, Estrella? ¿Dónde
iré, cuando en todo el día
no he logrado un solo instante
ver el sol de tu semblante?

ESTRELLA

¡Es cierto, Sancho!

SANCHO

¡Alma mía!

Sin verte no sé vivir;
¿qué fuera vivir sin ver?
Tú, Estrella mía, has de ser
la estrella que he de seguir.
Sin ti no tengo valor
ni me siento con paciencia
para sufrir la existencia
que no ha de dorar tu amor.

ESTRELLA

Sancho mío, yo tampoco
vivir un día pudiera
sin la esperanza hechicera
de tu amor.

SANCHO

Yo tengo en poco,
sin ti, todo el mundo, Estrella;
la más santa obligación,
si lucha en mi corazón
con tu fe, sucumbe á ella.
Si fuera posible en mí
luchar lealtad y amor,
entre tu fe y mi señor
quedara el campo por ti.

ESTRELLA

¡Sancho!

SANCHO

¡Oh! Esto es suponer;
porque oposición no hallo
entre el galán y el vasallo,
entre el amor y el deber.
Amo al Conde como debo,
te amo á ti con cuanto soy;
con él á la muerte voy,
y á ti en el alma te llevo.
Mas ¿qué zozobra te asalta?
¿Estás inquieta? ¡Ah! Sospecho
que en venir á verte he hecho,
sin duda, Estrella, una falta.

ESTRELLA

No, no, Sancho; mi mayor placer es verte, es hablarte; entrístecerte, enojarte, mi más íntimo dolor.

SANCHO

Pero tu mano en las mías tiembla, sí; vagan tus ojos sin cesar.... ¡Estrella!

ESTRELLA

Enojós aparta, Sancho, y manías.
¿No me conoces? ¿No sabes que con el alma te quiero?
¿No sabes que te prefiero á los negocios más graves?
No hay cosa que tú me indiques en que yo no te complazca; manda, haré cuanto te plazca.

SANCHO

Mando que te justifiques.

ESTRELLA

¿De qué?

SANCHO

¿A qué sales aquí á hora tan extraña, Estrella?

ESTRELLA

¡Ay, Sancho, los labios sella si me han de injuriar así! Casi á un tiempo hemos nacido, juntos nos hemos criado, niños nos hemos amado, hermanos siempre hemos sido, ¿y después dudar de mí?

SANCHO

¡Ay, Estrella, qué sé yo!

ESTRELLA

¿Quieres injuriarme?

SANCHO

¡Oh, no!

ESTRELLA

Mas ¿estás celoso?

SANCHO

¡Oh, sí!

ESTRELLA

¿Celoso, Sancho? ¡En verdad que no lo estás con razón!

SANCHO

Estrella, hace el corazón de las sombras realidad. Y este parque solitario, esta hora tan avanzada, esta noche tan cerrada....., ¡ay! si un juicio temerario me impelieron á formar, confiesa que hallé razón.

ESTRELLA

Pues bien, los celos depón. Yo te juro.....

SANCHO

¿A qué jurar, falsa, lo que en este instante está todo desmintiendo?
¡Ay, Estrella, ya lo entiendo: eres mujer, é inconstante! Las costumbres de palacio tus costumbres corrompieron, acaso te sedujeron.....

ESTRELLA

Sancho, habla con más espacio, que estás hablando de mí; y aunque no nací condesa, conservaré siempre ilesa la honra con que nací. Si ahora en este parque estoy, bástete, Sancho, saber que ni falto á mi deber ni me olvido de quien soy.

SANCHO

Pues bien; entonces, Estrella, ¿qué secreto es el que guardas, que así en mostrármelo tardas,

si tus juramentos sella?
¿Temes, amándote yo,
fiar tu secreto en mí?
¿No fías de Sancho?

ESTRELLA

¡Oh, sí!

SANCHO

Pues bien, descúbrele.

ESTRELLA

¡Oh, no!

SANCHO

Estrella, ¿y qué suponer
de ese silencio?

ESTRELLA

Que callo
porque cabe en el vasallo
el amor con el deber.
Espera, Montero, un día,
y todo lo entenderás.

SANCHO

¿Todo me lo explicarás?

ESTRELLA

Sí, todo, ¡por vida mía!

SANCHO

Entonces, Estrella, fío
en tí, aunque llevo recelos....

ESTRELLA

No volvamos á los celos.

SANCHO

¡Ah! No está eso en poder mio.

ESTRELLA

Vete, pues, Sancho, que es tarde.

SANCHO

Voyme, Estrella; hasta mañana,
porque en hora muy temprana
fuerza es que el Conde me aguarde.
Adiós.

ESTRELLA

Adiós.

(Suenan dos palmadas.)

SANCHO

Mas ¿qué es eso?

Estrella, eso es un aviso.

Es una seña, preciso.

ESTRELLA

Seña es, Sancho, lo confieso.

SANCHO

Pues bien; si á satisfacer
mis celos dispuesta estás,
déjame abrir.

ESTRELLA

¡Sancho, atrás!

SANCHO

¡Estrella!

ESTRELLA

No puede ser.

Pues que Dios lo quiere así,
todo el secreto sabrás,
mas á ese hombre no verás.

SANCHO

¡Ah! ¿Conque es un hombre?

ESTRELLA

Sí;

mas no soy yo quien le espera,
ni á quien él busca soy yo.

SANCHO

Falsa mujer, ¿cómo no,
si estás de tu cuarto fuera?

ESTRELLA

¿Y no hay nadie en el palacio
que pueda mandarlo así?

SANCHO

¡La Condesal

ESTRELLA

Sancho, sí.

SANCHO

No sé cómo tengo espacio
para escuchar de tu lengua
tal falsedad, tal mancuilla.
¿La Condesa de Castilla
puede obrar con tanta mengua?
No; y eso es crimen mayor
que tu antigua falsedad.
¿Ella tanta liviandad?
¿Ella tan infando amor?

ESTRELLA

No, Sancho, este es el secreto;
la Condesa admite á un hombre,
mas de esa acción, no te asombre,
no es el amor el objeto.

SANCHO

En un laberinto, Estrella,
me metes de confusión;
si no es una vil pasión,
¿qué quiere ese hombre con ella?

ESTRELLA

En los palacios, Montero,
¿no hay más secretos, más citas
que de amor?

SANCHO

Dar necesitas
satisfacción por entero.
El secreto que tú guardes
también yo guardar podré,
pero al par acecharé
las trazas de los cobardes.
Estrella, yo veré á ese hombre.

ESTRELLA

¡Sancho!

SANCHO

Es mi resolución;
oiré su conversación,
y sus señas y su nombre
tomaré, y si es nimiedad
mujeril, será un secreto;
mas si hay en ello otro objeto,
primero es mi lealtad.

ESTRELLA

¡Ah, Sancho mío! ¡Por Dios,
retírate; ve lo que haces!

SANCHO

Sólo así me satisfaces,
oyéndolos yo á los dos.

ESTRELLA

¡Imposible!

SANCHO

Elige, pues:
ó los oigo de este modo,
ó abro, arrojando por todo,
y nos perdemos los tres.

ESTRELLA

No puedo con tal rigor:
sea, Sancho, como quieres,
porque al cabo, en las mujeres
lo primero es el amor
Ocúltate.

(Vuelve á sonar la seña.)

A abrirle voy.

(Estrella va á abrir la puerta falsa.)

SANCHO

Tal vez mi deber traspaso;
mas yo sabré, en todo caso,
portarme como quien soy.

(Se esconde Sancho en el cenador.)

ESCENA X

ESTRELLA, HISSEM y SANCHO, oculto.

HISSEM

Esclava, tarda has andado:
¿dormías?

ESTRELLA

No, infiel.

HISSEM

¿Qué hacías,
pues, que á abrirme no venías?
¿No ves que si hubieran dado

que en esa puerta á esta hora
á que abrieran acechaba....

ESTRELLA

Perdonad.

HISSEM

Despacha, esclava,
condúceme á tu señora.

ESTRELLA

Voy á avisarla.

SANCHO

(Aparte.)

¡Dios mío!

¡Por cuanto valgo, que ignoro
si estoy soñando! ¡Es un moro!

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA, y SANCHO,
oculto.

HISSEM

¡Sultana mía!

LA CONDESA

¡Hissem mío!

SANCHO

(¡Cielos! ¿Es esto ilusión?
Escuchemos.)

LA CONDESA

(Á Estrella.)

La escalera
cuida, Estrella, desde fuera,
y encaja bien el portón.

(Vase Estrella.)

ESCENA XII

LA CONDESA, HISSEM y SANCHO, oculto.

LA CONDESA

Hissem, ya estamos solos. Harto obscura
la noche está, y seguros nos hallamos
á favor de esta lóbrega espesura.

HISSEM

Dime, sultana, pues: ¿en qué quedamos?
¿Cede el Conde?

LA CONDESA

No cede.

HISSEM

¿El ruego, el oro,
nada podrán con él?

LA CONDESA

Nada; es en vano
ofrecer y rogar; no puede el moro
mas que guerra esperar del castellano.

HISSEM

¡Guerra!

LA CONDESA

Implacable, sin cuartel, sangrienta.

HISSEM

¿No oye, pues, mi embajada?

LA CONDESA

No; mañana
te arrojará de Burgos.

HISSEM

¡Tal afrenta!

¿Y tú también sucumbirás, sultana,
á su ciego furor? ¿Tantas vigili-
as de afán han de perderse en un momento?
¡Por siempre nos aparta, y no me auxilias,
y no te opones con osado aliento
y le dices: «¡Atrás! ¡Llegó mi hora,
yo soy aquí tu madre y tu señora!»

LA CONDESA

¿Con qué poder, Hissem?

HISSEM

Con tu arrogancia.
¿No hay Consejo, no hay pueblo á quien
[quejarte,
á quien decir en Burgos que en tu estancia
te guarda sin cesar, y ni asomarte
te permiten sin su orden á tus rejas,
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

LA CONDESA

Y eso es mentira, Hissem.

HISSEM

Vulgo villano
siempre habrá, pronto para oír tus quejas.

LA CONDESA

Ó no le habrá: ese vulgo en quien confías,
le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas;
celebra su valor todos los días
con doble afán, que en esperanzas locas
de triunfos le adormió; y botín, tesoros
espera de esta lid contra los moros.

HISSEM

¡Y espera con razón, pesia á Mahomal
Lanzados mas allá de sus fronteras,
les parece que el mundo se desploma
sobre ellos, divisoando sus banderas.
¡Cobardes en España, envilecidos,
de su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
le envían sus tesoros más preciados
para pedir la paz....; y si ahora mete
ese Conde sus huestes vencedoras
por nuestra tierra, audaz, y la acomete,
¡ay, desdichadas de las lanzas moras!
¡ay, desdichado nuestro afán, sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera,
tú quedarás en Burgos prisionera,
y á mí de Burgos me echarán mañana!

LA CONDESA

¡Y tres años, Hissem, tres largos años
de cautiverio por mi amor sufridos;
tres años, sí, de cábalas y amaños,
de zozobras y crímenes!

HISSEM

Perdidos.

Jamás, jamás á vernos volveremos.
Yo sin ti, tú sin mí, sin esperanza,
uno de otro enemigos, moriremos.

LA CONDESA

Nunca; á tal sacrificio no, no alcanza
mi vil resignación. Aun tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,

que temen de don Sancho los castigos,
y apoyan mi facción, mis intereses.
Sí; tu embajada, ¡pesia su arrogancia!
en mi cámara propia, á mediodía,
yo mañana oiré: nadie en mi estancia
á ti ha de osar á la presencia mía.

HISSEM

(Con desdén.)

Y, él al mismo dintel de tu aposento
cautivos nos hará.

LA CONDESA

Y saliera caro
al Conde tan osado atrevimiento
al recibiros yo bajo mi amparo.

HISSEM

Inútil razonar; la fuerza es suya,
tú lo has dicho; hay un medio solamente
que su poder y su furor destruya.

LA CONDESA

¿Cuál es?

HISSEM

Que yo me aleje prontamente,
y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
á ti como mi esposa te presente,
y tributaria de ellos á Castilla.

LA CONDESA

¡Hissem!

HISSEM

Entonces con doblado brío
nos enviarán cohorte numerosa:
tuyo será el condado; y tuyo y mío,
reina serás, y libre y poderosa.

LA CONDESA

¿Yo mi fe he de abjurar? No.

HISSEM

¡Ruin reparó!
Se cede al sevillano un pie de tierra,
y otro pie al cordobés; con nuestro am-
[paro,
en nuestros pueblos cesará la guerra;
y mirando de entrambos al decoro,
cristiana vivirás, viviré moro.

LA CONDESA

Jamás, Hissem, jamás.

HISSEM

¡Tarde, traidora,
te llevo á conocer!

LA CONDESA

Moro, ¿qué dices?

HISSEM

¿Qué fué tanta promesa seductora
tantos augurios de tu amor felices?
¡Y que me amabas sin cesar decías;
que apreciabas los riesgos, los azares
que por ti arrostré intrépido: mentías!

LA CONDESA

Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares.

HISSEM

¿Qué entiendes tú de amor? ¡Necia cris-
[tiana
de corazón cobarde! ¿Qué comprendes
de esa pasión que por tan firme vendes,
sólo capaz de un ánima africana?
Tres años te serví como cautivo,
mi valor y mi origen olvidando;
tres años que por ti sin honra vivo;
tres años ¡necio! que te estoy amando;
y mi fe y mi pasión no te pondero
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
tal firmeza en tan bravo caballero,
¿cómo me pagas tú? ¡Ah, que vas infiero
á reprocharme aún mil beneficios!

LA CONDESA

Sella, bárbaro Hissem, sella la boca;
tus palabras son fuego, maleficios
para mi corazón, ¡me vuelven loca!
Atropellé mi honor, engañé al Conde
mi hijo, al pueblo engañé; sutil, astuta,
cuanto emprendí y fragüé no se te es-
[conde,
¿y me llamas cobarde? Pues bien, móro,
habla: ¿qué quieres de mi amor? Respon-
[de:
cuanto quieras haré, porque te adoro.

HISSEM

Abre un sepulcro.

LA CONDESA

¿A quién?

HISSEM

¿No lo adivinas?

LA CONDESA

¡Me horrorizas, Hissem!

HISSEM

De otra manera....

LA CONDESA

¿Otro crimen aún?

HISSEM

Tú no imaginas
cuánto te importa que primero muera.

LA CONDESA

¡Jamás!

HISSEM

Piénsalo bien.

LA CONDESA

Basta con uno.

HISSEM

¡Miserable de ti! Cavas tu tumba.

LA CONDESA

Medios hay....

HISSEM

No, sultana, no hay ninguno;
todos tu pertinacia los derrumba.

LA CONDESA

¡Nunca!

HISSEM

Piénsalo bien, que es tu destino,
que lo dice tu horóscopo.

LA CONDESA

¿Qué dices!

HISSEM

No; los dos no cabéis por un camino,
y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!
hundiros uno á otro es vuestro sino.

LA CONDESA

¡Sueñas, Hissem!

HISSEM

¡Oh torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay en-
que vierten luz sobre el futuro día,
y ciertos ¡ay aunque nos dan espantos?

LA CONDESA

No los hay en mi fe.

HISSEM

Mas sí en la mía,
y los he consultado.

LA CONDESA

(Con espanto.)

¿Y eso dicen?

HISSEM

Eso; y de no, los astros nos maldicen.

LA CONDESA

¿Y es cierto? ¡Horror!

HISSEM

Tú misma verlo puedes.

LA CONDESA

¿Cómo?

HISSEM

¿Crees en la ciencia?

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

El conjuro
ante ti á hacerse volverá.

LA CONDESA

¿Seguro?

HISSEM

Cierto, infalible.

LA CONDESA

Quiero verlo.

HISSEM

¿Y cedes
convencida una vez?

LA CONDESA

Sí, te lo juro.

HISSEM

Mañana, pues, al despuntar del alba
baja á la gruta en que Simuel habita:
mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
y el fatal porvenir que nadie evita,
á tus ojos pondrá el israelita.

LA CONDESA

Iré.

HISSEM

¿Tendrás valor?

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

Pues mañana
tu destino sabrás, y á elección tuya,
muerta en Burgos serás ó soberana.

LA CONDESA

Hable el destino y la elección es suya.

HISSEM

Piénsalo.

LA CONDESA

Iré; vé en paz.

HISSEM

Adiós, sultana.

ESCENA XIII

LA CONDESA y SANCHO, *oculto*.

LA CONDESA

Iré, sí. Mas, ¡ay Dios, que se estremece medroso el corazón!..... Ese judío ante quien claro el porvenir parece, ¿de quién recibe su poder? ¡Impío! Mas sus negros conjuros obedece el destino, en verdad: ¡oh! ábrase el mío; y aunque el misterio horrendo me horripentrarle sabré fiera y tranquila. [pila,

ESCENA XIV

LA CONDESA y ESTRELLA

ESTRELLA

¡Señora....

LA CONDESA

¿Qué?

ESTRELLA

De aquí partamos: ruido de pasos percibí por la escalera del Conde, y distinguir me ha parecido su sombra atravesar tras la vidriera.

LA CONDESA

Gente acaso en el parque habrá sentido, y desvelado está.

ESTRELLA

Si aquí nos viera....

LA CONDESA

En tan lóbrega noche no es creíble que vió desde el balcón.

ESTRELLA

Todo es posible, señora.

LA CONDESA

Vamos, pues.

ESTRELLA

(¡Ay! Ya respiro, pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XV

SANCHO MONTERO. Luego EL CONDE

SANCHO

Mis ojos lo miraron; mis oídos lo oyeron, y lo dudo todavía. No, no es fascinación de mis sentidos; no es ilusión de loca fantasía;

(Asoma el Conde y se le acerca.)

es la increíble realidad. Vendidos á los moros están..... ¡Por vida mía, que el ser madre y Condesa no la salva de que lo sepa el Conde antes del alba! A despertarle voy ahora; sí, al punto á decirle: «Don Sancho, levantaos: el mundo está contra nosotros junto; del sitio en que piséis aseguraos, del aire que aspiréis, ó sois difunto; fermenta la traición como en un caos en vuestra propia casa.....» ¡Oh, yo estoy [loco!

Voy..... Todo el tiempo me parece poco.

(El Conde, que ha venido á colocarse tras él saliendo de palacio, le dotiene diciéndole:)

EL CONDE

Gracias, Sancho.

SANCHO

(De rodillas.)

Señor....

EL CONDE

¡Silencio! Todo lo escuché desde allí; todo lo he visto. ¡Pluguiera á Dios que no!

SANCHO

(Con afán.)

¡Ah! De ese modo....

EL CONDE

(Interrumpiéndole.)

Tu lealtad conozco.

SANCHO

(Interrumpiéndole.)

Mas ¡por Cristo,
señor, que comprendáis.....

EL CONDE

(Idem.)

¡Sancho, silencio!

De la idea que oculta aquí reside,
sólo á Dios, que la alcanza, damos cuenta;
tan sólo el confesor cuenta nos pide;
de palabras que al hombre dan afrenta,
justo es que el afrentado nos las pida,
y la afrenta se lava con la vida.

SANCHO

Señor, para arrancármelas del pecho,
si es vuestra voluntad, en él, ¡lo juro!
cien lanzas abrirán camino estrecho.

EL CONDE

Sólo así, Sancho, vivirás seguro.

SANCHO

Será.

EL CONDE

No te lo digas ni á ti mismo;
á esa idea de escándalo y de mengua,
dentro del corazón abre un abismo;
que no suba jamás hasta tu lengua.



ACTO SEGUNDO

Antecámara de la habitación de D. Sancho. Decoración de una sola casa. Puerta en el fondo á un lado.

ESCENA PRIMERA

SANCHO MONTERO

Tiempo es ya de despertarle,
que está vecina la aurora,
y quiero, de sus encargos,
darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡Desdichados mil veces
los que en alcázares moran
arrastrando una existencia
que tantos duelos acosan!
Pero ¿qué es eso? Alguien sube
por el caracol..... Zozobras
el ruido menor me causa
desde que sé.....

(Llaman con precaución.)

Pero tocan
en esa puerta. ¿Quién?

ESTRELLA

(Dentro.)

¿Sancho?

ESCENA II

SANCHO y ESTRELLA

SANCHO

¿Qué oigo?

(Abre.)

¡Estrella! ¿Tú á estas horas?.....

¿Qué quieres?

ESTRELLA

¡Ay, Sancho mío,
qué noche tan espantosa!

SANCHO

¿Qué es lo que dices, Estrella?

ESTRELLA

¡Sancho, por Nuestra Señora,
que me digas lo que anoche
vistes!

SANCHO

¡Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!
A ti de eso, ¿qué te importa?

ESTRELLA

No imagines, Sancho mío,
que curiosidad es sola
mi pregunta, ni por eso
á la antecámara propia
de don Sancho me llegara;
no, no, mi razón es otra.
En agitación horrenda,
en pesadilla angustiada,
toda la noche ha pasado
la Condesa mi señora.

SANCHO

Y eso, ¿qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
muy frecuente.

ESTRELLA

Sancho, no;
nunca la vi como ahora:
hubo un momento en que miedo
la cobré.... ¡La creí loca!

SANCHO

Tu poco espíritu, Estrella;
tu superstición medrosa,
tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.

ESTRELLA

No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa,
desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncadas:
«Dame, Hissem, dame tu alfanje;
tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas,
á una aparición incógnita
suplicando.... ¡Ay, Sancho! Entonces
yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita
pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas
saltádosela; en su frente,
brotaba en hirvientes gotas
mortal sudor.... ¡Si la hubieras
visto!.... ¡Ay, estaba espantosa!

SANCHO

(¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora
escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,
y con tan vivo carácter
tu imaginación pintóla,
que realidad la creiste.

ESTRELLA

¡Ojalá, Sancho! Mas óyela
del todo, y juzga conmigo
la realidad de esa historia.

SANCHO

Di.

ESTRELLA

Serenóse un momento;
calmóse aquella diabólica
agitación de su espíritu,
y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió á arrojarle furiosa
del lecho, y á la ventana
abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava
gritó: «¡Hissem, acude, sálvame;
aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
mi fe, mi ser, mi corona!»

SANCHO

Silencio, Estrella, silencio,
que don Sancho no te oiga.

ESTRELLA

¡Ay! Todavía me dura
el temblor.

SANCHO

Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
te lo aseguro; tan poca
importancia hubo en su plática
con el moro, y tan remota
relación tiene con eso....

ESTRELLA

Sancho, esto, sin duda, toca
en un secreto que guardas
de mí: ¡ay! Yo consoladora
una palabra á lo menos
esperaba de tu boca.

SANCHO

Estrella, yo te lo juro:
aunque en mi última hora
estuviera, no podría
asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
esa aprensión melancólica
con el reposo disipa,
y aguarda á que tu señora
despierte, y de ti y sus damas
para tocarse disponga.

ESTRELLA

Tarde será.

SANCHO

¿Por qué, Estrella?

ESTRELLA

Porque á mí, como á las otras, nos despidió de su cámara con faz enarcada y torva, diciéndonos: «Para nada os necesito; de sobra estáis aquí; ea, dejadme las antecámaras solas, y que nadie en ellas entre, sin excepción de persona.»

SANCHO

Pues bien, Estrella, obedécela. Vete y espera con todas las otras damas, no salga y te llame antes de la hora, á otro capricho cediendo. Mas ¿joyes? Del sueño torna don Sancho; sus pasos siento. Sal, Estrella, vete pronta, no te halle aquí.

ESTRELLA

¡Dios me asista!

¡Adiós, Sancho!

SANCHO

Él nos socorra,
que sólo puede tal vez
su asistencia poderosa.

(Va á entrar en el aposento de D. Sancho, y al mismo tiempo aparece éste.)

ESCENA III

EL CONDE y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, ¿quién estaba aquí contigo?

SANCHO

Estrella, señor.

EL CONDE

Exigente es vuestro amor
si os trae de continuo así.

SANCHO

No fué su pasión ahora
quien la trajo.

EL CONDE

Pues ¿quién fué?

SANCHO

Señor, su cándida fe
y el amor á su señora.

EL CONDE

¿A la Condesa?

SANCHO

Sin duda;
que en Espinosa nacida,
la es leal con la honra y vida
y solícita en su ayuda.

EL CONDE

¿Qué pasa á mi madre, pues?

SANCHO

Ha poco, á mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella
con afanoso interés;
la pobre me preguntó
lo que anoche vi y oí.

EL CONDE

¿En el parque, Sancho?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

Y ¿se lo dijiste?

SANCHO

No.

Antes que ceder con mengua
á amor, ambición ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua.

EL CONDE

Gracias, Sancho; mas perdona
si esto me trae tan inquieto.

SANCHO

Descuidad; vuestro secreto
morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
la noche en insomnio horrible
y en agitación terrible,
que á mi Estrella ha amedrentado:
y buscando la razón
en esa nocturna cita,
me hizo temprana visita
en cuanto vió la ocasión.

EL CONDE

¡Ay, Sancho, que esos traidores
el seso la han trastornado,
y acaso la han fascinado
con filtros encantadores!
Descuidos son, Sancho, míos:
su gusto al deber prefiero,
y que trate la tolero
con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
en arcanos de la ciencia,
¡vive Dios! y su conciencia
con sus ciencias malefician.
¡Ciencia! ¿A perros tan villanos
abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará á judíos y moros
lo que niega á los cristianos?
No, imposible: en la traición
son sabios, Sancho, no más:
la ciencia de Satanás
abriga su corazón.
¡Horóscopos y conjuros!....
¡Por vida mía, que voy
á deshacerse los hoy
con encantos más seguros!
¿Los hombres que te encargué.....

SANCHO

Ya esperan.

EL CONDE

¿Y el renegado?

SANCHO

¿Qué no hará quien ha dejado
las banderas de su fe?

EL CONDE

¿Consiente, pues?

SANCHO

Sí, señor.

¡Si hallara quien la quisiera,
hasta su alma vendiera!

EL CONDE

Calla, que me causa horror.

SANCHO

Es el hombre más infame
que el suelo del mundo huella;
dadle una dobla, y por ella
venderá lo que más ame.
Es una serpiente astuta
que todo lo ve y penetra,
que sus crímenes perpetra,
y sus planes ejecuta
y sus intenciones sabe.

EL CONDE

¿Del judío?

SANCHO

De los dos;
mas venderos quiere á vos
de todos ellos la llave.
¿Queréis verle?

EL CONDE

Sancho, no:
con él entiéndete tú,
que para ese Belcebú
no tendré paciencia yo.

SANCHO

Pues vamos, que ya esclarece,
y él os lo hará presenciar.

EL CONDE

¿Está lejos el lugar?

SANCHO

Junto al muro, me parece;
llegamos en un minuto.

EL CONDE

Y vé con tiento y con paz,
porque de todo es capaz
un malvado tan astuto.

SANCHO

Id descuidado, señor;
lo que no haga el interés,
lo ha de poder el temor;
flad en mí.

EL CONDE

Vamos, pues.

ESCENA IV

Subterráneo que sirve de habitación y laboratorio al rabino Simuel Benjamín. En medio un altarcillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos ó instrumentos de matemáticas y astronomía, Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo, secreta á la derecha, fídem á la izquierda. ELÍAS aparece.

ELÍAS

Ya no hay remedio; está dicho.
Esta jugada está hecha,
y ya no pueden los dados
recogerse de la mesa.
¿Qué otro camino quedaba?
¡Ay! De pavora me tiembla
el corazón todavía
cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
con que hasta la boca mesma
del subterráneo llegó
á la media noche; aquella
confianza en el poder
de su arriesgada propuesta;
aquel ademán resuelto
con que la entrada secreta
volvió á tomar, sin volverse
para escuchar mi respuesta,
y desde el umbral diciéndome
con voz poderosa y hueca:
«Renegado, hasta mañana;
lo que te conviene piensa»,
todo esto, como de un sueño
triste pesadilla horrenda,

el corazón me atribula
y el pensamiento me prensa.
¡Oh, miserable de mí!
Más no nacer me valiera,
que dar al fin en las manos
de ese don Sancho. Aquí cesan
mis esperanzas efímeras
de ambición y de riqueza;
aquí mi futura dicha,
aquí mi ambición se estrella;
¡Ay! Inútiles deseos
que alimentó el alma necia,
ilusiones sois perdidas
que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
del vencedor la bandera;
todos los vientos ayudan
á quien sin rumbo navega.
Coloquemos, por si acaso,
estos muebles de manera
que estén á servir dispuestos.

(Hace lo que dice.)

Esta pira aquí, más cerca
del velador; estas luces
más opacas, más inciertas.
*¡Oh, el aparato es magnífico!
*Cualquiera crédulo que entra
*en esta mansión, se humilla
*ante el altar de la ciencia.
Siento rumor.....: pasos son;
si antes que él los otros llegan,
todo se pierde.

(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria,
y aparece Sancho Montero.)

¡Ah, respiro!

Él es; estemos alerta.

ESCENA V

ELÍAS y SANCHO MONTERO

SANCHO

Guárdete Dios.

ELÍAS

Montero, bien venido.

SANCHO

Aparta, Elías, ceremonias necias, [suelto?
y á lo que importa vamos. ¿Qué has re-

ELÍAS

¡Sancho, me mandas que á mi dueño ven-
[da!

SANCHO

¿No has vendido traidor en otros días
patria, amigos, amor, hijos, creencias?

ELÍAS

*Montero....

SANCHO

Concluyamos: en el parque
*anoche el Conde oyó la conferencia
*de su madre y el árabe.

ELÍAS

¡Dios santo!

SANCHO

*Todo lo sabe.

ELÍAS

Pues de mí, ¿qué espera?

SANCHO

*¡Que descubras á tiempo los secretos
*que aquesta gruta misteriosa encierra!

ELÍAS

*¡Sancho!

SANCHO

Concluye, y por tu bien elige.
Tu secreto me das ó tu cabeza.

ELÍAS

¿No hay otro medio, Sancho?

SANCHO

No hay ninguno;
nada te ha de salvar sino tu lengua.

ELÍAS

Sea, Sancho, y empieza por quitarte
de esa piedra en que estás.

SANCHO

Esta caverna
labrada está en las rocas.

ELÍAS

Eso dicen;
mas minada la tierra por doquiera,
y hay en su cavidad tantos secretos
como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
si sus resortes mil diestro maneja;
y un secreto camino va á palacio,
por donde el sabio en el palacio entra
y espía sin ser visto. En fin, Montero,
*invención infernal es esta cueva.
*Viene aquí el rico avaro, el pobre cré-
[dulo,

*á implorar el auxilio de la ciencia,
*y la ciencia á los pobres y á los ricos
*con trampantojos y ficción contesta.
*Aquí con mil prodigios engañosos
*un porvenir mentido les revela,
*y espíritus impuros aparecen.
*en visiones, ya horribles, ya risueñas.
*A veces hablan gentes á quien guarda
*ha muchos años ya la madre tierra,
*y á veces esas urnas y esas aves
*se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
con que al crédulo vulgo se amedrenta,
y él juzga la verdad con sus sentidos,
y su oro al sabio que le engaña deja.

SANCHO

El ignorante vulgo solamente
pasará por patrañas tan groseras.

ELÍAS

¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
que al más valiente corazón aterran;
que es así la materia del del hombre,
y en conocerle bien está la ciencia!
*Esto es todo, y no hay más; todo lo sabes:
*ahora, ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
*en este mundo, Sancho, que me am pares,
*y del furor del Conde me protejas.
*Y si el oro....

SANCHO

¡Por Dios! ¿Me crees acaso
*tan vil como eres tú? Si no te viera
*temblar ante mis pies como un cobarde,
*contestara mi daga á tu insolencia.

ELÍAS

*Mas ese Conde....

SANCHO

De quedar con vida

*su palabra Real por mí te empeña.

ELÍAS

*Sancho, son las palabras sólo ruido,
*y el aire mas ligero se lo lleva.

SANCHO

*¡Renegado, tu fe, si alguna tienes,
*¿á la palabra de don Sancho niegas?

ELÍAS

*Si de su misma boca la escuchara,
*crédito y fe sin vacilar la diera;
*que es noble y cree en la virtud don San-
[cho,
*y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero.....

SANCHO

Cumple mis órdenes, y fía.

ELÍAS

Di.

SANCHO

Escucha: muy en breve la Condesa
va á esta gruta á bajar.

ELÍAS

¡Cielos! ¡Quién pudo....

SANCHO

Cita secreta es, y vase en ella
á desplegar, para turbar su mente,
todo el poder de la mentida ciencia:
el Conde ha de asistir.

ELÍAS

Es imposible.

Sancho, que le descubran será fuerza.

SANCHO

¿No se esconden aquí tantos secretos
como junturas hay entre las piedras?¿No hay aquí mil incógnitos resortes
que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elías.

ELÍAS

Sea, Sancho;

mas del Conde, pues tú le representas,
júrame en nombre que será impasible,
oiga lo que oiga y vea lo que vea.

SANCHO

Sí.

ELÍAS

Que tenga valor y sufrimiento
para ver cuanto pase en su presencia.

SANCHO

Hombre es don Sancho, Elías, á quien
[nunca
dieron pavor ni sombras ni quimeras.

ELÍAS

Polvo es no más, como los otros hombres;
mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI

SIMUEL BENJAMÍN

La prueba última es. Ó cede ahora
esa necia mujer y se fascina,
y merced á mi magia protectora
en Castilla desde hoy Judá domina,
ó la ocasión se pierde de tal modo,
que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
la mujeril superstición da vuelo,
tierra tendrás y templos y opulencia
con que olvidar al fin tu largo duelo:
no irás desde hoy sin término vagando,
patria insegura en que posar buscando.
Aquí se tenderán los blancos linos
de las tiendas de Aarón; en torno de ellas
resonarán los cánticos divinos
de la Sión bendita; y las doncellas
de Judá danzarán, nuestros misterios
celebrando al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria

dar á su pueblo y amparar mi empresa,
y estos augurios de grandeza y gloria
no se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! Dominar queremos los destinos,
y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
para el postrer ensayo.—Elías.....

ESCENA VII

SIMUEL y ELÍAS

SIMUEL

¿Presto
lo tienes todo ya?

ELÍAS

Todo, rabino,
y á vuestra voz responderá el destino.

SIMUEL

¿Luce el día?

ELÍAS

Ya el sol por el Oriente
va elevando su disco refulgente.

SIMUEL

¿No ha parecido el moro todavía?

ELÍAS

Por la empinada loma ya subía
cuando oí vuestra voz.

SIMUEL

Que entre al momento,
y tú á tu obligación estate atento.

ELÍAS

Así lo haré, señor.

SIMUEL

Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsorá.

ESCENA VIII

SIMUEL é HISSEM

SIMUEL

Bien venido seas, moro.

HISSEM

Judío, guárdete Alá;
mas sin ceremonias vamos
á lo que interesa más.
¿Está preparado todo?

SIMUEL

Todo preparado está.
¿Y la Condesa?

HISSEM

Ya llega
con mi esclavo Ben-Jaguar.
¿Cuánto me costó vencer
su conciencia pertinaz!

SIMUEL

Mas ¿consintió?

HISSEM

Si veía
por sus ojos el fatal
poder á que está sujeto
su destino.

SIMUEL

Lo verá.
¡Su ciega superstición
á sus ojos va á cambiar
la mentida ceremonia
en exacta realidad!

HISSEM

*Vé con tiento, Benjamín;
*su mente hay necesidad
*de exaltar con tus pronósticos,
*mas como arriesgado azar
*es sin duda el demostrarla
*prodigios que no querrá
*creer acaso, primero
*su amor es fuerza irritar,
*y su ambición, y aun sus celos.

*Y esto á fallarnos quizás,
 *entonces todo á tu ciencia
 *lo tendremos que arriesgar.
 *No escasees sortilegios
 *ni invenciones; tal vez ya
 *es este el último día
 *que nos resta aprovechar.

SIMUEL

*¿Cómo!

HISSEM

*Sí; mañana el Conde
 *de Burgos nos lanzará,
 *ó acaso tumba nos abra.

SIMUEL

*Hissem, de todo es capaz.

HISSEM

*Pues bien, Simuel, no lo olvides;
 *fuerza es caer ó acabar
 *de una vez con ese rayo,
 *á nuestra grey tan fatal.

SIMUEL

*De lo que puede mi ciencia,
 *tú mismo te has de asombrar.
 *Eliás sabe mis órdenes,
 *y ante sus ojos pondrá
 *prodigios aterradores
 *que su alma han de atribular.

HISSEM

*Vete con tiento, Simuel.

SIMUEL

*Bravo Hissem, tres años van
 *de lección, y yo respondo
 *del efecto que la hará;
 *tres años que estoy hipócrita,
 *taimado, astuto y sagaz,
 *enseñándola una ciencia
 *que jamás aprenderá,
 *mas que ha puesto su cabeza
 *en un estado capaz
 *de abandonarse en mis brazos
 *en completa ceguedad.

HISSEM

Mi amor á un tiempo, Simuel,
 á tu ciencia ayudará.
 Si así lo haces, tu servicio
 recompensado verás,
 dando en Castilla á tu tribu
 tierra y templos que habitar.
 ¿No es ese tu gran deseo?

SIMUEL

Sí; mas ¿tú lo cumplirás?

HISSEM

Mira el pliego de Almanzor.
 Castilla en reino me da
 si yo al poder del cristiano
 se la consigo arrancar.
 Ocultos en esas sierras
 cuatro mil moros están,
 prontos á meterse en Burgos
 á la primera señal.
 Los castellanos, sin jefe,
 muerto don Sancho, ¿qué harán?
 El palacio de su dueño
 y su cadáver cercar;
 llorar, Simuel, y apenarse,
 y volverse, cuando más,
 contra la escondida mano
 que apagó su luz vital.

SIMUEL

Mas ¿y esa mano escondida?

HISSEM

Pronto encontrada será
 y entregada al populacho,
 su furor para saciar.

SIMUEL

Pero ¿ella misma....

HISSEM

Escalón
 de nuestro poder será;
 los dos á una misma tumba
 y en un día bajarán.

SIMUEL

*Y ¿será Burgos....

HISSEM

*Mi reino,

*donde los tuyos tendrán

*templos y tierra segura,

*y comercio, y libertad.

*(Sabedor de mi secreto,

*muy pronto te enterrarán.)

SIMUEL

*(Con mi ciencia, poco á poco

*del trono bajando irás.)

HISSEM

Ea, pues, siento que llega;
prepara, sabio, tu altar.

SIMUEL

Cumple tú lo que te toca,
y ayude al sabio el galán.

ESCENA IX

LA CONDESA, HISSEM y SIMUEL BENJAMÍN

(Ella introduce á la Condesa, que viene cubierta
con un largo velo, y se vuelve.)

SIMUEL

Salud, Condesa.

LA CONDESA

Sabio israelita,
salud. ¡Hissem aquí!

HISSEM

Aquí, señora;
que vuestra dicha y salvación medita
Hissem, que espera en vos y en vos adora.

LA CONDESA

Hissem, que por doquier al par me sigue,
de mi conciencia ¡ay Dios! sombra evo-
[cada.

HISSEM

¡Sombra feliz si vuestro bien consigue,
siempre en cuidado vuestro desvelada!

LA CONDESA

Hissem, ¡qué noche tan fatal me has dado!
¡Qué ensueños más horribles he tenido!

SIMUEL

¿Un calmante queréis?

LA CONDESA

No; ha disipado
el día mi temor.

SIMUEL

¿Razón ha habido?

HISSEM

Simuel, ese hijo vil que la esclaviza,
hoy nos aparta de ella como gente
indigna de tratarse, allegadiza;
y yo, por vencerla solamente
del intento traidor que á ello le atiza,
la revelé su horóscopo.

SIMUEL

¡Imprudente!
¿Crees tú que una mujer tenga harto brío
para sondar el porvenir sombrío?

LA CONDESA

Simuel, no me dió el ser villano,
y un corazón tan animoso tengo,
que no le da pavor su negro arcano,
y de tu voz para escucharle vengo.
Di, pues, ¿será tu ciencia desmentida
en lo que atañe á mi futura vida?
¿Es cierto, dime, que podrá por ella
á tus conjuros responder mi estrella?

SIMUEL

Al necio humano que en mi ciencia duda,
su mágico poder jamás ayuda.

LA CONDESA

Responde: á esta caverna á esto he bajado.

SIMUEL

¡Oh! ¡Mil veces perdón, noble Condesa!
Lo confieso: seis noches he pasado
velando, y vuestro horóscopo he trazado.

LA CONDESA

(Con afán.)

¿Y qué?

SIMUEL

¡Ay de mí! ¡Que lo sepáis me pesa!
Pésame, sí, de que la ciencia mía
fiara de un amante este secreto,
que nadie es sabio si en amor se fía.

HISSEM

Perdonadme, Simuel; mi solo objeto
fué apartar de su frènte el golpe rudo.
Yo la idolatro, sí. ¿Cómo pudiera
su destino esperar sereno y mudo?
¡Imposible, Simuel; antes muriera!

LA CONDESA

(Con amor.)

¡Hissem!

HISSEM

Perdón, sultana: el alma fría
de ese judío, con la edad helada,
el fallo de su ciencia callaría,
pero jamás un alma enamorada.
Tú, sólo tú en el mundo me interesa,
y en amarte no más mi ánima absorta,
toda su voluntad te guarda ilesa;
y cuanto tú no seas, ¿qué la importa?

LA CONDESA

(Con entusiasmo.)

¡Hissem!

HISSEM

(Con amargura.)

Mas ¡ay! Por nuestra estrella impía,
hoy partiré de aquí, sultana mía,
y ahogará, si su curso no torcemos,
tres años de esperanzas este día.

LA CONDESA

Eso jamás, Hissem: le torceremos.
Renunciar á tu amor es imposible;
dentro del fiero corazón le halago
mucho tiempo hace ya, y es invencible;
nada detiene su tremendo estrago.

A esta fatal pasión ceda primero
cuanto fuí, cuanto soy y cuanto espero.
Abreme ¡oh sabio! el infernal volumen
del hondo porvenir, y aunque al saberles
sus secretos fatídicos me abrumen,
quiero una vez, para mi mal, leerles;
quiero saber que á mi destino cedo
por ruin fatalidad, mas no por miedo.

SIMUEL

Vedlo bien, y os advierto que aun es hora:
de la vida mortal ir el camino
siguiendo á ciegas vale más, señora,
que penetrar el fallo del destino;
que es siempre más feliz quien más lo ig-
[nora.

LA CONDESA

Tú me lo has dicho: cada ser que nace
trae una estrella que su vida rige,
y por el solo rumbo que ella trace
se abre la senda que á su fin dirige:
pues bien; yo quiero ver mi oculta senda
si á caer mi sentencia ha de arrastrarme;
antes de hundirme por la sima horrenda,
á su boca fatal quiero asomarme.

SIMUEL

Pues mirad que esa senda es escabrosa;
que está escrita con sangre esa sentencia.
¡Oh! Respetad la nube misteriosa
que envuelve vuestra mísera existencia.
Sucumbid sin luchar, é id animosa
sin peso tan fatal en la conciencia.

LA CONDESA

¿Sucumbir sin luchar? Eso es cobarde,
y aunque fuera razón, fuera muy tarde.
Si he de ceder á mi contraria suerte,
no será sin luchar: frente he de hacerla;
y si es mi estrella el astro de mi muerte,
si no puedo apagarla ni torcerla,
sabré que, atada á su siniestro rumbo,
ella me arrastra, pero no sucumbo.

SIMUEL

(Mostrándola un pergamino.)

Pues bien; ved vuestro horóscopo.

LA CONDESA

Y ¿qué es esto?

SIMUEL

Los astros, en aqueste planetario,
el porvenir os ponen manifiesto.

LA CONDESA

¿Y á qué este laberinto es necesario
de rayas quirománticas?

SIMUEL

Señora,
ahí está para el sabio la evidencia
de vuestro porvenir; leed ahora,
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)
reducida á palabras, su sentencia.

LA CONDESA

(Lee.)

«Quien consulta este horóscopo, va en
[breve,
tras de duelos y afanes bien prolijos,
víctima á ser de sus ingratos hijos.»

(Representando.)

¡Cielos! Y ¿esto es.....

SIMUEL

(Interrumpiéndola.)

Lo que cumplirse debe.

LA CONDESA

Y ¿es verdad, ¡justo Dios! y esto del
[Conde,
de don Sancho, mi horóscopo responde?

HISSEM

Más hijo no tenéis; luego á él se ajusta
esa revelación con que os lo avisa
generoso el destino, aunque os asusta.

LA CONDESA

Fatal sentencia es.

SIMUEL

Pero precisa.

LA CONDESA

No turbes mi razón con torpe labio,
fascinando mi fe, viejo rabino.
¿No acontece tal vez que yerra el sabio?

SIMUEL

El hombre acaso, pero no el destino.

LA CONDESA

Fácil es engañar á una matrona
que tu ciencia celeste no penetra,
cuando puede, detrás de cada letra,
su horóscopo esconder una corona.

SIMUEL

Pues el medio elegid que más os cuadre;
el azar en que hayáis más confianza
discurrid, y del hijo y de la madre
pesaremos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad, y os dirán eso;
apelad á los sueños, y eso mismo
dirán también; y dondequiera, expreso
el agüero veréis y el fatalismo.
Ya sea que á la suerte se encomiende,
ya á espíritus terribles se consulte,
trastórnesse el pronóstico ó se enmiende,
eso será no más lo que resulte.
Las vidas de los dos por un sendero
no pueden juntas ir: las dos no caben,
y una de entrambas cederá primero;
mas ¿cuál? Los cielos nada más lo saben.

LA CONDESA

Vea yo, pues, su voluntad expresa;
póngalo ante mis ojos un vestigio
de ese poder incógnito; un prodigio
hable, y con él mi incertidumbre ésa.

SIMUEL

Ó matar ó morir es vuestro sino;
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

LA CONDESA

Ponme, Simuel, patente su mandato,
y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.

SIMUEL

Pues bien, á verlo vais.

HISSEM

Harto hizo el sabio:
judío, aun queda del amante al labio
el último resorte; y si á esta nueva
invención se resiste,
apelaremos á tu ciencia insana.
Vete.

ESCENA X

LA CONDESA ó HISSEM

HISSEM

Antes de que te arriesgues á esa prueba, sólo un momento escúchame, sultana. Quiérete el moro ó muerta ó soberana; armas, oro, un ejército te ofrece: ¿qué más claro el destino te parece, cuando en tu mano pone esta mañana, y á tu antojo abandona, un lecho funeral ó una corona? Por cuanto caro en tu existencia tengas, que á esa prueba infernal nunca te aventures. [gas.]

LA CONDESA

(Con espanto.)

¿Conque es verdad, Hissem? ¿Puede su cumplir lo que promete? [ciencia]

HISSEM

Veces ciento patentizó á mis ojos la experiencia que responde á su voz el firmamento. *Mil veces en furtiva conferencia, *al soldado, al mendigo, al opulento, *les marcó de su muerte la hora oculta, *y la hora fué de la fatal consulta.

LA CONDESA

*¡Cielos!

HISSEM

*¿Ves esos muebles que su estancia *cercan en derredor? A su voz todos *alma recibirán de varios modos, *aterrando la tuya. Sí, sultana, *todo es misterio aquí; y esas redomas *que hacen creer á nuestra vista humana *que contienen espíritus y gomas, *el elixir encierran de las vidas *cuyas horas de aliento están medidas.

LA CONDESA

¿Es tanto su poder?

HISSEM

¡Oh, no te asombre, todo lo puede con la ciencia el hombre; y hombre soy yo también, y tiemblo ahora ante esa ceremonia aterradora!

LA CONDESA

No lo acierto á creer.

HISSEM

Le vi mil veces los muertos evocar, de sus conjuros al secreto poder, y de sus preces con las palabras mágicas; seguros sus pronósticos son, y ese que miras respecto al porvenir que á ti te espera, es la expresión de las celestes iras.

LA CONDESA

¿Y preciso ha de ser que mate ó muera?

HISSEM

Sí, lo mismo que yo.

LA CONDESA

¡Cielos! ¿Qué dices?

HISSEM

Salga al fin de una vez del pecho mío este fatal secreto: el hado impío ató nuestros destinos infelices.

LA CONDESA

*No te entiendo.

HISSEM

*Oye: á mi importuno ruego, *el mío consultó con las estrellas *el sabio israelita.

LA CONDESA

(Con afán.)

*¿Y supo de ellas....

HISSEM

*Cuanto anuncióme realizóse luego. Escucha, pues, nuestro enlazado sino. Tú dependes del Conde; á un soplo suyo cambiará para siempre tu destino;

mas yo pendo de ti, mío es el tuyo,
y si no hago que Sancho á ti sucumba,
nuestro destino es él, él nuestra tumba.
Ó él, ó nosotros dos.

LA CONDESA

¡Es imposible!

HISSEM

Ó él, ó nosotros dos; no hay esperanza.

LA CONDESA

Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!

HISSEM

*Aun yace el fiel de la fatal balanza
*en la mitad del peso equilibrado;
*mas sólo un día, una mañana queda
*para que pierda el equilibrio y ceda.
Resuélvete.

LA CONDESA

¡Jamás!

HISSEM

¿Lo has meditado?

LA CONDESA

Sí; y no osarán mis manos á su vida,
á no verlo yo misma decretado
claramente en el cielo.

HISSEM

¡Fementida!

*¿Así mi amor, mi ayuda, una corona
*renuncias ¡pesa mi! cobardemente,
*y el lazo que á tu vida me eslabona
*rompes sin pesar tan villanamente?
*¿Tu destino desprecias temeraria!
*¿No crees en él! Yo sí, y para evitarle
*separaré de ti mi suerte varia.

LA CONDESA

¡Morol

HISSEM

Está bien: atiende desde ahora
sólo á sí mismo cada cual, traidora.

LA CONDESA

De esa manera, Hissem.....

HISSEM

(Interrumpiéndola.)

De esa manera,
de mi propia cerviz sabré apartarle.
¿Conoces este pliego?

(Muéstrale.)

LA CONDESA

¡Ah! ¿Qué imaginas?

HISSEM

Todo por todo.

LA CONDESA

¡Corazón de fiera!

¿Qué es lo que vas á hacer?

HISSEM

¿No lo adivinas?

LA CONDESA

¡Ese pliego.....

HISSEM

Es tu carta; en ella le haces
un encargo á este Hissem que te habla
[ahora.

Lee: «*Mi esposo sale con sus haces,
hazle que caiga en emboscada mora.*»

LA CONDESA

¡Cielos!

HISSEM

Cayó: su cuerpo fué comprado
á fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
quien lo trajo, á lanzadas traspasado.
Tu mano y tu corona has empeñado
por tal servicio: cumple, ó un abismo
te abro, esta carta al Conde remitiendo,
tus esperanzas para siempre hundiendo.

LA CONDESA

¡Bárbaro Hissem! ¡Y lo pondrás por obra!

HISSEM

Sí, ¡juro á Alá! Pues matas mi esperanza,
*en tu reino y tu amor todo me sobra;
*mas te daré venganza por venganza.

*¡Ay, tuve orgullo en ti mientras me ama-
[bas!
*Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofen-
[des
no rindiendo á mi amor cuanto esperabas
cual yo, te venderé cual tú me vendes.

LA CONDESA

¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem? Sella esa
[boca.
¿Yo venderte, que te amo más que al
[mundo?
Calla, ó ¡por Dios, que volverásme loca!

HISSEM

Bien ese amor demuestras tan profundo,
sultana, contra mí cuando atropellas
hasta la misma ley de las estrellas.
¿Que me amas dices? Mientes.

LA CONDESA

Pues bien, moro,
habla: ¿qué exiges de mi amor? Responde.

HISSEM

Abre un sepulcro.

LA CONDESA

Bien; morirá el Conde.
Mas ese pliego horrible.....

HISSEM

Con tus manos
mil pedazos le harás, y este secreto
jamás penetrarán ojos humanos.

LA CONDESA

Cúmplase, sí, el recóndito decreto
de mi suerte fatal; mas pronto sea,
antes que calme mi pasión precita,
y este vértigo horrendo que me agita,
contra mí misma convertido vea.

HISSEM

Hoy mismo.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM

En la mesa.

LA CONDESA

Sí.

HISSEM
(Llamando.)

Judío.....

ESCENA XI

LA CONDESA, HISSEM y SIMUEL

HISSEM

Pronto: ¿posees un elixir que acabe
una vida en un punto?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

¿Que oculté
su presencia en el cuerpo?

SIMUEL

Sí; que lave
la mano que le ofrezca, y que sepulte
en sombra eterna el atentado grave.

HISSEM

Tráelo, pues.

SIMUEL

¿Para quién?

HISSEM

¿No es su destino
ó matar ó morir?

SIMUEL

Sí.

HISSEM

Pues le acepta.

SIMUEL

¿Y el conjuro sin ver?

HISSEM

Ese es su sino,
y de ello siente convicción perfecta.

SIMUEL

Venid, y os le daré

LA CONDESA

Y á mi palacio

partamos en seguida,
y aprovechemos el primer espacio;
que es fuerza que hoy se arriesgue y se
[decida
poder contra poder, vida por vida.

HISSEM

Y amor, y trono, y libertad, sultana,
esta tarde tendrás.

LA CONDESA

(Volviéndose desde la puerta.)

Moro, descuida:

muerta tengo de ser, ó soberana.

HISSEM y SIMUEL

Vamos.

(Vanse por la salida del fondo)

ESCENA XII

EL CONDE y SANCHO MONTERO

(El teatro queda un momento solo. El Conde aparece
abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y
Sancho Montero tras él, calmándole.)

SANCHO

Señor, calmaos.

EL CONDE

No, Montero,
déjame respirar, deja que exhale
su enojo y su pesar un caballero
que ultrajar mira así lo que más vale,
mi honor, Sancho: y ¿por quién? por
por mi madre. [quien más quiero;

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

Aparta, Sancho,
y espacio deja á mis lamentos ancho.

Deja que sufra en paz, y que me queje
á solas de mi mal, ya que es preciso
que aquí en mi corazón le esconda y deje,
porque el juicio de Dios así lo quiso.
Porque es su ley que mi justicia ceje
ante mayor razón, y un paraíso
lleve en el rostro, mientras roe interno
mi pobre corazón todo un infierno.
Di, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿Y ésa es mi
[madre?

¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
¡Ella dando por él muerte á mi padre!

(Con agitación.)

¡A mi vida por él osando airada!
Y ¿qué halla en él que á su nobleza cuadre?
¿Qué ama en él su pasión desventurada?
¡Pliegues del corazón que sólo sabe
Dios, que del corazón guarda la llave!

SANCHO

Serenaos, señor.

EL CONDE

(Calmándose de repente.)

Ya estoy sereno.

SANCHO

Y no olvidéis que su traidora ciencia
á vuestros días aplazó un veneno.

EL CONDE

No será la que corte mi existencia;
no temas por la mía, ¡oh Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
y tal será mi fallo furibundo,
que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII

DICHOS y ELÍAS

ELÍAS

(Echándose á los pies del Conde.)

Señor.....

EL CONDE

¿Quién es ese hombre?

ELÍAS

Un miserable,

señor, que á vuestras plantas humillado viene á pedir su vida detestable.

EL CONDE

Sancho, ¿quién es?

SANCHO

Señor, el renegado.

EL CONDE

¿Cómplice de las tramas infernales de esos traidores es?

SANCHO

Sin duda alguna, y su siervo más fiel.

EL CONDE

Por cuanto vales, responde, y di á tu lengua que reúna cuanta sinceridad en ella quepa, para decir al punto cuanto sepa.

ELÍAS

¡Señor!

EL CONDE

Lo cierto te valdrá la vida; dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo que aprestaba su ciencia maldecida, y que á mi pobre madre fascinando, la arrastraba al delito más nefando?

ELÍAS

Señor, un filtro de poder tremendo que al espíritu crédulo estremece; un licor que el cerebro enardeciendo, le fascina, le turba, le enloquece; y el ánimo á esta farsa disponiendo, le hace en falso juzgar de cuanto ofrece el pretendido sabio á sus sentidos, en visiones y encantos prevenidos.

EL CONDE

¡Infames!

ELÍAS

Y la fiebre que produce es un vértigo horrible, es un ensueño que á cuanto el sabio necesita induce;

le hace del alma del paciente dueño, y á cuanto la visión falsa le incita el crédulo mortal se precipita.

EL CONDE

¡Basta; basta, por Cristo! Impía ciencia, digna no más de moros y judíos; artes por mi fatal condescendencia hoy practicadas en los reinos míos. Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre que ha asistido á tan torpes sortilegios, dale muerte.

SANCHO

Señor, aunque os asombre, le concedí la vida en vuestro nombre.

EL CONDE

Válganle, Sancho, pues, los privilegios de mi palabra Real; pero su lengua renegó de su Dios, y fuera mengua sin castigo dejar sus sacrilegios. Sancho, en un calabozo eternamente yazga; y privado de la lengua y manos, que no pueda jamás, aunque lo intente, revelar lo que sabe á los humanos. ¡Silencio! Esto ha de ser: un solo acento, en la garganta os cortará el aliento,

(Sancho le lleva y vuelve.)

ESCENA XIV

EL CONDE

Todos á precio tal su vida estimen, los que delito tan odioso entiendan. Si, mueran antes que á mi madre vendan: caiga la eternidad sobre su crimen. Señor, que el corazón de los mortales desde tu regia excelsitud penetras, y á través de apariencias terrenales lees su verdad en invisibles letras; tú, que con tus miradas paternas tan gran resolución en mí perpetras, tú, que conoces de mi afán lo extenso, benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV

EL CONDE y SANCHO

EL CONDE

¿Eres tú?

SANCHO

Sí, señor.

EL CONDE

¿Está seguro?

SANCHO

Sí.

EL CONDE

¿Con nadie hablará?

SANCHO

Con alma humana:
guárdale sólo el callejón del muro,
y allí estará al partir.

EL CONDE

De buena gana
le perdonara, Sancho, mas no puedo,
que aun de mi misma lengua tengo miedo.

SANCHO

Pero ¿lloráis, señor?

EL CONDE

Fuego derramo,
sangre que quema mis hinchados ojos.

SANCHO

¡Ah! Moderad, señor, tantos enojos.

EL CONDE

Sancho, voy á inmolar lo que más amo.
¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
porque voy á perder en un momento
la madre criminal en quien adoro,
y el honor, que aprecié más que el aliento.
¿Lo oistes? Hijo vil que la esclaviza,
apellidarme osó delante de ella
esa canalla ruin que me la hechiza
con las necias patrañas de su estrella.

Y calló.... ¡Ah! Todos hoy serán ceniza,
todos caerán bajo mi airada huella.

SANCHO

(Con asombro.)

¡Todos!

EL CONDE

Sí.

SANCHO

(Más.)

¿También ella?

EL CONDE

Sancho, tente;
no temas nunca que á mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero,
de mi madre ó mi honor, mi honor su-
[cumba:
al suyo ceda el universo entero,
y ábrase al hijo envilecida tumba.
Sobre mí su baldón que caiga quiero,
y pues mi honor por ella se derrumba,
que á mí tan sólo su baldón me siga,
y el universo entero me maldiga.

SANCHO

¿Qué es lo que habláis, señor, que no os
[entiendof

EL CONDE

No lo entiendas jamás, si vivir quieres.
Este secreto formidable, horrendo,
si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

SANCHO

¡Ah!..... El sacrificio colosal comprendo,
y me espanta, señor.

EL CONDE

Si leal eres,
sea tu corazón su eterno abismo.

SANCHO

Callando imitaré vuestro heroísmo.

EL CONDE

No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta
tamaña abnegación; que al fin, Montero,
para mí nada más será funesta.

Mas á mi fama mi deber prefiero;
su hijo nací; mi obligación es ésta,
y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un
que obró mi corazón como debía. [día,

SANCHO

Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

EL CONDE

No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;
ignore el mundo lo que no le explico.
Entre mi madre y yo, primero es ella:
venza, pues; cuanto soy la sacrificio.
Quede por siempre limpia su memoria,
y eche en mí solo su borrón la historia.
Mas el juicio.....

(Al entrar Simuel, el Conde se emboza, y Sancho se aparta. El judío se asombra de hallarlos allí.)

ESCENA XVI

EL CONDE, SIMUEL BENJAMÍN y SANCHO

SIMUEL

(Al ver al Conde.)

¡Dios!

EL CONDE

(Yéndose á él.)

¿Qué hay que te asombre?

Todo lo oí, y del Conde la mancilla
tú mismo has de lavar.

SIMUEL

Fantasma ú hombre,
¿quién te trajo hasta aquí? ¿Cuál es tu
[nombre?

EL CONDE

Dobla para escucharle la rodilla.

SIMUEL

¿Yo? Y ¿á quién?

EL CONDE

(Descubriéndose.)

A don Sancho de Castilla.

(Queda D. Sancho, desembozándose, en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus pies el judío.)





ACTO TERCERO

Decoración cerrada que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha, una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda, otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha, otra que da á un camarín. En el opuesto, otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde. Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE y SIMUEL, entrando por la puerta del fondo.

EL CONDE

¡Y á mi palacio así, por vida mía, en el silencio de la noche obscura este oculto camino te traía!

SIMUEL

¡Señor!

EL CONDE

(Con desprecio.)

Y estás temblado de pavora con sólo preguntártelo, ¡cobardel Y ¿eres tú quien penetra los destinos de mi familia? De ello harás alarde tan sólo entre mujeres y asesinos. ¡Vive Dios! Si quien eres no mirara y no viera quien soy, torpe gusano, en polvo entre mis manos te tornara: mas te honrara matándote mi mano. ¡Eh! No temas, imbécil, de la mía, que victoria tan ruin me humillaría. En fin, si has de salvarte, solamente hay un medio, y lo sabes; sé prudente, y dime al cabo y por la vez postrera si riesgo alguno el individuo corre.

SIMUEL

Probadlo en mí, señor, si eso os altera, y mi existencia vuestra duda borre.

EL CONDE

De traidores cual tú, todo lo temo: fueras capaz, por conseguir venganza, de llevar la traición hasta ese extremo.

SIMUEL

Señor, tan singular desconfianza es indigna de vos. Arrepentido, sólo ese medio espero de obligaros, si no al perdón, al menos al olvido. ¡Y ni aun con mi existencia osáis fiaros!

EL CONDE

Al miedo creo de que estáis transido más que á todos tus lógicos reparos pero sólo, Simuel, sólo á este precio cederá mi venganza á mi desprecio. Piénsalo bien, y sólo de este modo todo lo aparte y te lo olvido todo.

SIMUEL

Y á vuestros pies, señor....

EL CONDE

Alza, rabino,

y ojalá que hoy mi liberal clemencia,
de conocer te ponga en el camino
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIMUEL

¡Ah, mientras viva rogaré al destino.....

EL CONDE

Ten esa lengua vil, y en mi presencia
no invoques más poder ni más ayuda
que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sígueme.

(Abre el camarín de la izquierda, y le dice mostrán-
dosele.)

En esta estancia, retirado
y en silencio estarás; aquí tu suerte
esperarás, y el término fijado:
y el éxito será de tu bebida,
el fallo de tu muerte ó de tu vida.
Entra, y míralo bien.

(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II

EL CONDE

Tiemblo y me espanto
cuanto medito más la horrible idea.

¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue á
[tanto!

¡Que ella la criminal, mi madre, sea
causa de mi baldón y de mi llanto!
¡Ella echar sobre mí mancha tan fea,
sin que pueda decirse en voz del bueno:
«¡Lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento
esta idea cruel, desgarradora;
sopla en mi corazón virtud y aliento
que resista su fuerza tentadora;
pon en mis manos y en mi lengua tiento
para obrar y decir desde esta hora
lo que cumpla no más al sacrificio
que comprende no más tu excelso juicio.

(Llaman á la puerta que da al exterior.)

¡Quién va?

(El Conde abre, y sale Sancho.)

ESCENA III

EL CONDE y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Sancho, ¿qué has hecho?

SANCHO

Puntualmente
vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

EL CONDE

¿Le traes?

SANCHO

Se resistió bizarramente,
pero por fin al número ha cedido.

EL CONDE

¡Muerto!

SANCHO

No: me mandasteis solamente
que le apresara, y preso os le he traído.

EL CONDE

Está bien. ¿Y la carta?

SANCHO

Iba á romperla,
mas no le dí lugar.

EL CONDE

Trae, Sancho; á verla.

(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la Con-
desa en la escena X del acto segundo. El Conde le
toma, le mira y le guarda. Después se vuelve, diciéndole
con mirada penetrante:)

¿La leiste?

SANCHO

Mis ojos jamás osan
adonde mi señor pone los suyos.

EL CONDE

Mis planes, Sancho, en tu amistad re-
[posan;
para velarme, pues, guarda los tuyos.

SANCHO

Lince seré, señor, que vigilante,
no los quite de vos un solo instante.

EL CONDE

Tú eres no más ¡oh Sancho! mi consuelo:
hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,
y si tu lealtad me roba el cielo,
en la tierra desde hoy quedaré solo.

SANCHO

Señor, antes la luz del mediodía
ha de faltar al sol; antes al viento
ha de faltar impulso y armonía,
y á las corrientes aguas movimiento,
y al suelo sombra en la enramada um-
y al águila el espacio y ardimiento, [bría,
y al mar arenas, y al coral esmalte,
que á vos mi aliento y corazón os falte.

EL CONDE

Gracias, Sancho leal; bien necesito
un corazón que con el mío lllore
cuando la mancha de su vil delito
á los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consuelo,
de mi secreto cruel depositario,
y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
que el valor no me niegue necesario.

SANCHO

Si de mi vida ha menester la vuestra,
hablad, señor, la inmolare tranquilo.

EL CONDE

No, Sancho: ante otra muerte más sinies-
que la del cuerpo material vacilo; [tra
ante otra precisión tiembla mi diestra,
no acostumbrada á tan traidor estilo,
y celos recónditos me oprimen; [men.
que aunque es una virtud, parece un cri-
Mas no es posible que tu mente mida
la intensidad de mi pesar. Montero,
á ese hombre guarda hasta que yo le pida;
que no hable á nadie, y de que bien vigi-
mis castellanos por los muros cuida; [len
mas que muchos á un punto no se apilen,
no astuto el moro de las sierras vea
que vamos á salir á la pelea.

TOMO IV

SANCHO

¿Cuándo será, señor?

EL CONDE

Al mediodía.

Mas antes de partir, frugal y corta
comida haremos, á costumbre mía.
Tú solo en ella que nos sirva importa.

SANCHO

Señor....

EL CONDE

Siempre afañoso, Sancho, se halla
el corazón más noble y más valiente
á punto de arriesgar una batalla;
y es bueno que este afán vele á su gente,
no vacile ó murmure la canalla:
dispón, pues, que nos sirvan de repente
vianda que se ajuste á nuestra prisa.
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.

(Vase Sancho.)

ESCENA IV

EL CONDE

Llegó la hora fatal, y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible
vapor de crimen en que vivo envuelto,
que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos....; es ella....; me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro:
no quiero que mi vista la acobarde.

(Entra en el camarín de la derecha.)

ESCENA V

LA GONDESA, saliendo de su aposento.

¡Ay! Parece que tengo en el cerebro
una hoguera voraz, y á par que él arde,
dentro del pecho con aliento escaso
siento que helado el corazón me late.

25

Trémulos van mis pies, por mis salones sin cierto rumbo y voluntad llevándome, y siento retumbar dentro del pecho el lento son de cada paso que hacen. Cada murmullo que en el aire suena, cada cortina que estremece el aire, que anuncian un espectro me parece que con callado pie tras de mí sale. Si al reposo me entrego algún momento y al sueño cede mi cansancio grave, de espantosos delirios asaltada, presa despierto de pavor más grande. No puedo más con tan odiosa vida, quiero ahogar de una vez tantos afanes. Sí, que se cumpla mi destino quiero, ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI

LA CONDESA. SANCHO MONTERO, con frutas en canastillos, etc.

LA CONDESA

¿Quién es? Sancho. ¡Ay de mí! Temblé al [sentirle.

SANCHO

Yo soy, señora. ¿Qué ordenáis?

LA CONDESA

¿Qué traes?

SANCHO

De mi señor las órdenes cumpliendo, viandas son.

LA CONDESA

¡Tan pronto!

SANCHO

A la lid parte, y con permiso vuestro, de hoy dispone que la primer comida se adelante. ¿Vos le acompañaréis?

LA CONDESA

Sí.

SANCHO

Despedirse
querrá de vos por si malogra el trance.

LA CONDESA

Es justo, Sancho: sus mandatos cumplé, y al cielo ruega que le ayude y guarde.

SANCHO

Sí, rogaré; mas como buen vasallo, iré luego con él para ayudarle.

LA CONDESA

(Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho; hidalgo, en eso lo que debes haces. (Me da este hombre rubor.)

SANCHO

Ya está la mesa.
Al Conde avisaré cuando gustareis.

LA CONDESA

No, Sancho, no; le avisaré yo misma.

SANCHO

Como os plazca mejor.

LA CONDESA

Así me place.
Sal.

ESCENA VII

LA CONDESA

Ya estoy sola, y la ocasión es ésta. ¡Ay! Mi razón se turba en tal instante, y en cuanto me rodea veo atónita la mano del destino formidable. Esta mesa, esta estancia solitaria..... ¡Parece que á propósito lo hacen! ¡Cielo, de mi virtud siempre enemigo, ¿á qué ponerme la ocasión tan fácil? ¿No bastaba ¡ay de mí! que consintiese débil mi corazón en despeñarme, sin que á la boca de la sima horrenda me trajeras tú mismo, que lo sabes? Ea, vamos; ayúdame, ¡oh infierno!

(Saca del pecho un pomo.)

Ya la copa fatal tengo delante,
y mi estrella y mi amor así lo quieren.....
¡Ay! Pero tiembla el corazón cobarde;
tiembla mi mano, la letal ponzoña
sintiendo entre los dedos.... ¡Miserable
de mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo
palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre: en una carta
fácil era decir: «Va al campo; mátales.»
Pero ¡á él, yo misma, con mi propia mano,
tranquilo el corazón, serio el semblante,
dársela....; no: le tuve en mis entrañas;
tiene mi mismo ser, mi misma sangre:
no, no; que viva, y cámbiese el destino!
¡Hijo mío!.... ¡Infeliz! Me acuerdo tarde.
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
pues hoy de Burgos contra moros parte,
y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!
pondrá en sus manos mi secreto infame;
esa carta fatal que mi deshonra
al universo entero hará palpable,
y á seis años de hipócritas virtudes
el velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
y el vulgo vengativo de los árabes,
ponderando mi crimen á porfía,
insultarán mi nombre y mi cadáver
¡Maldita fué de mi nacer la hora!
¡Maldito el sino que á la tierra traje,
tigre sedienta de la sangre mía,
sin que jamás con la vertida me harte!
Y ¡no hay más esperanza, no! Si el pliego
llega á sus manos, y su escrito sabe
que conoce ya el vulgo, él mismo, airado,
él mismo, por su honor, vendrá á matarme:
sí, que no torcerá de su justicia
la recta ley ni por su propia madre.
Él morirá tras mí de pesadumbre, [re....;
de deshonra y de horror: si á tanto osa-
mas osará, que es su ídolo la gloria,
y es de justicia testimonio grande.
¡Muera! ¡Retroceder es ya imposible;
y ante el destino, que la ciencia calle.
¡Muera, sí! Pues mi horóscopo lo ordena,
no yo, sino el infierno es quien lo hace.
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
¡Cayó!.... ¡Veo á la muerte descarnada
por detrás de los bordes asomarse
de la ancha copa, y con la seca mano
y sonrisa diabólica llamarme!

¡No, no hay remedio ya!.... Mas, ¿si no
[bebe?
¿Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
y él tomará la que le esté delante.

(Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que
está el veneno, en el sitio del Conde.)

¡Cúmplase, pues, nuestro fatal destino,
que tumba al uno de nosotros abre!

¡Para uno de los dos guarda esa copa
de la callada eternidad la llave!

(Cae en el sillón desfallecida.)

ESCENA VIII

LA CONDESA y EL CONDE, después de contemplarla
un momento.

EL CONDE

¡Madre mía!

LA CONDESA

(Espantada.)

¿Quién es? ¡Él!

EL CONDE

¿Qué os espanta
de ese modo, señora, en mi semblante?

LA CONDESA

(¡Se me hiela la voz en la garganta!)
Sancho, no extrañes si de mí delante
viéndote, me turbé, que me quebranta
saber que á lidiar vas. (¡Terrible instan-
[te!)

EL CONDE

Tal es mi obligación: guardar mi tierra
antes que en mala paz en buena guerra.

LA CONDESA

Siempre es la guerra tu primer deseo;
tu primer pensamiento, las batallas;
tu más galán y acomodado arreo,
el casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
siempre á la paz inconvenientes hallas;
y entretanto, tus pueblos desdichados
quedan con lo mejor, pero asolados.

EL CONDE

Madre, os vende la voz vuestro deseo,
y habláis como mujer, de las batallas
siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
la seda usando á que inclinada os veo,
puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
los árabes mis pueblos desdichados
me dejaran con paz, pero asolados.

LA CONDESA

Un enemigo que la paz implora,
leal será, pues serlo necesita.

EL CONDE

Madre, eso no habla con la gente mora,
raza salvaje que el desierto habita;
se humilla al vencedor, pero traidora,
en oportuna rebelión medita.

LA CONDESA

Es, Sancho, esa opinión harto extremada.

EL CONDE

Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo; los detesto,
y más reñir con ellos me acomoda,
que haberlos de sufrir.

LA CONDESA

Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
lejos ahora están de tus fronteras.

EL CONDE

No tan lejos, señora; esos peñascos
guarecen á su sombra sus banderas,
corvos alfanjes y redondos cascos.

LA CONDESA

Esas noticias son.....

EL CONDE

Harto seguras;
desde el balcón del camarín vecino
se alcanza por las hondas quebraduras
de sus turbantes el revuelto lino.

LA CONDESA

Moros, Sancho, enemigos, tus antojos
te pintan por doquier.

EL CONDE

Madre, vos misma
verlos podéis por vuestros propios ojos.

LA CONDESA

(Él en su misma perdición se abisma;
todo su mala estrella lo previno,
y es inútil luchar contra el destino.)

EL CONDE

Ved el balcón, llegad.

(El Conde la invita á que entre en el camarín; la Condesa no llega más que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á D. Sancho.)

LA CONDESA

(No tengo audacia
para mirarle el rostro.)

EL CONDE

(Aun tengo miedo
de este infernal brebaje á la eficacia.)

(Saca un pomito.)

¿Lo veis?

LA CONDESA

No.

EL CONDE

Mirad bien. (¿Qué aguardo? ¡Ea,
de su misma traición víctima sea!)

(El Conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la Condesa ha colocado en su sitio, mientras ésta mira por el balcón. Al punto de verter el líquido el Conde, aparece Sancho, que le dice aterrado:)

ESCENA IX

EL CONDE, LA CONDESA y SANCHO MONTERO

SANCHO

(Aparte al Conde.)

¡Señor!.....

EL CONDE

(Aparte á Sancho.)

(¡Silencio!) En fin, al cuerpo demos

el nutrimento necesario y justo
los que muy pronto pelear debemos:
Sancho, sírvenos ya lo que tenemos,
si es de mi madre voluntad y gusto.

(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando alrededor de la mesa frutas en canastillos, etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez á buscar la vianda pedida por el Conde. Don Sancho, apoyado en el espaldar de un sillón, contempla á su madre, que, afectando mirar por el balcón que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.)

ESCENA X

EL CONDE y LA CONDESA

LA CONDESA

(Siento los pies clavados á la alfombra,
y siento que, en latido atropellado,
hielo es mi corazón, mis ojos sombra.
Dame, infierno, el valor desesperado
que esta ocasión tremenda necesita.)

EL CONDE

(Aparte.)

¡Su crimen, ¡infeliz! cuánto la asombra!

LA CONDESA

(Aparte.)

Cúmplase todo; pero pronto sea,
antes que calme mi pasión precita,
y este vértigo horrible que me agita,
contra mí misma convertirse vea.
(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

ESCENA XI

EL CONDE, LA CONDESA y SANCHO MONTERO

EL CONDE

Madre....

LA CONDESA

(Con resolución.)

Heme aquí.

EL CONDE

Cuando gustéis.

LA CONDESA

Ahora.

(Se sientan.)

EL CONDE

Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga
de ese magro tasajo lonjas haga.

(Á la Condesa.)

Y vos tan triste no os mostréis, señora;
comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos,
Dios nos querrá ayudar, y venceremos.

LA CONDESA

(No puedo apenas respirar de susto.)

SANCHO

(De zozobra y de espanto no respiro,
mientras las copas preparadas miro.)

EL CONDE

(Á la Condesa.)

Mas ¿no coméis? Efímeros temores
desechad, madre mía.
Siempre fuimos nosotros los mejores,
y espero en Dios que nos dará un buen
[día.

LA CONDESA

(¡Su voz me aterra!)

EL CONDE

(¡Acabe esta agonía!)

Ea, madre; por si es la postrimera
que juntos ambos apurar debemos,
asid la copa y apurarla entera;
pues si dejarla en la mitad os vemos,
que tembláis por la suerte que me espera,
ó en mi valor dudáis, recelaremos.

LA CONDESA

¡Yo, Sancho!

EL CONDE

Ea, brindad á mi fortuna,
y hollará mi corcel la media luna.

LA CONDESA

(Asiendo su copa con un movimiento convulsivo
y desesperado.)

Sea.

EL CONDE Y LA CONDESA

Bebamos.

(El Conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la Condesa. Ésta apura la suya, y al apartarla de la boca, dice.)

LA CONDESA

Todo está cumplido.

(Al dejar la Condesa su copa vacía sobre la mesa, deja el Conde llena la suya; la Condesa lo mira y exclama aterrada.)

Mas ¿qué miro? ¡Gran Dios! ¿Tú no has [bebido?

EL CONDE

Ni beberé jamás, que es sino nuestro.
(Se levantan.)

LA CONDESA

¿El sino atroz de nuestra estrella sabes?

EL CONDE

Pues os hice beber, que sé demuestro que el uno de los dos.....

LA CONDESA

(Interrumpiéndole.)

Sancho, no acabes.

Te comprendo muy bien, y el fin siniestro veo que das á mis delitos graves. Ambos á dos tenemos en las venas sangre de maldición, sangre de hienas.

EL CONDE

¡Dadme fuerzas, Señor!

LA CONDESA

(Con desprecio.)

¡Y al cielo invoca!

¡Necio, no van allí nuestras plegarias!
Sólo al infierno apadrinarnos toca nuestras culpas, que alienta hereditarias.

EL CONDE

¡Madre!

LA CONDESA

¡Ay de mí, que en la desierta boca se apagan los sonidos!.... Solitarias van mis ideas por la mente loca

girando.... ¡Sancho...., mi secreto encie-
[rra.....;
no dejes tal baldón sobre la tierra!

(La Condesa, que hablando así habrá ido acercándose hacia la puerta de su habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El Conde cierra las puertas.)

SANCHO

(Horrorizado.)

¿Qué habéis hecho, señor? ¡Muerta!

EL CONDE

(Con fiera.)

¡Villano!

Si osas de Sancho murmurar tal mengua, voy á arrancarte con mi propia mano, de la garganta vil, la torpe lengua.

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

En casos por mi honor medidos, cree primero á mi honor que á tus sen-
Vamos. [tidos.

(Sancho queda á un lado, humillado y sin moverse. El Conde, contemplándole, dice aparte:)

Su miedo la ignorancia abulta.
¡Dichoso de él, que comprender no sabe que en nobles quepa lo que en él no cabe!

(Á Sancho.)

Sancho, ahora el moro.

ESCENA XII

EL CONDE

* Y á pesar de todo en esa horrible pócima no fio,
¡ay de mí! y á creer no me acomodo en las protestas del traidor judío. Perdona si te trato de ese modo, madre; no culpes el intento mío, y, al contemplar tu suerte venidera, piensa en la suerte que por ti me espera.

ESCENA XIII

EL CONDE é HISSEM. á quien conduce SANCHO,
que se marcha á una seña del Conde.

(El Conde y el árabe quedan un momento
contemplándose con altivez.)

EL CONDE

Contemplándote estoy, y á vueltas ando
¡vive Dios! con la saña que me inspiras
y el desprecio que siento por tu bando.

HISSEM

No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo
como el horror á tu nación, cristiano,
el día en que nací nació conmigo.

EL CONDE

¿Aun te atreves á hablar, traidor pagano?
¿Olvidas que me ha dicho esta mañana
en la gruta del viejo israelita
tu lengua misma tu traición villana;
que tu presencia mi furor excita,
y que el recuerdo de tu ruin ultraje
tu sangre está pidiendo á mi coraje?

HISSEM

No receles que el miedo entre en mi pe-
[cho:
contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
cuanto osé contra ti doy por bien hecho;
ni me arrepiento ni á perdón aspiro.
¡Tú me desprecias! Yo también.

EL CONDE

Me espanta
el ver que en sólo un hombre caber puede,
con tan grande traición, audacia tanta.

HISSEM

Conde, á la tuya mi altivez no cede.
Nunca esperé de ti más que ira y guerra;
no esperes más de mí que guerra é ira:
si ira á mi grey tu corazón encierra,
ira á tu grey mi corazón respira.

EL CONDE

Ira noble, ¡pardiez! guerra tan sólo

digna de infieles cual vosotros; lucha
cobarde y baja, de traición y dolo.

HISSEM

Propia contigo de mi raza....; escucha.
No de esa ira vulgar que al fin se acalla,
sangre enemiga sin piedad vertiendo,
en el ciego furor de una batalla,
no; más ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos,
cayeron al furor de tu cuchilla
en buena lid, cual nobles enemigos,
de cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra;
padre, amor, amistad....; y otra esperanza
no quedándome ya sobre la tierra,
abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto;
á los Reyes de Córdoba y Sevilla
de mi venganza interés en el fruto,
y vengarles juré.... con tu mancilla.

EL CONDE

¡Traidor!

HISSEM

¿Tú me desprecias? Oye ahora
cuánto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido,
mirándote leal, franco y valiente,
que ha de ser á tu orgullo he deducido,
mayor venganza la que más te afrente.
Vi que te era el honor más que el sol caro,
y al de tu madre osé; vi que dejaste
en Burgos á tu padre sin amparo
cuando á su autoridad te rebelaste,
y á tu padre apresté sorda emboscada,
y en ti cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
castellano feroz: escarnecerte
puede el vulgo en tu madre deshonrada,
y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
tu sed de sangre con mi sangre mora.

EL CONDE

Sí haré; mas antes enseñarte quiero,
pues tu furor encomias africano,
su limpio honor para guardar entero,
lo que puede el furor de un castellano.

¿Te jactas de dejar en mi linaje
un inmundo borrón y en mi corona,
por robar el amor de una matrona
de mi estirpe Real? ¿Tamaño ultraje
piensas que quede, por su parte, impune,
porque títulos mil en su persona
contra mi ley justísima reune?
¡Mientes, infiel! La gente venidera,
cuando ose recordar que fué liviana,
se espantará de la venganza fiera
con que lavé mi estirpe soberana.
No; ni un testigo dejaré siquiera
que deshonne á la noble castellana,
y quedará en la sombra más profunda,
bajo otro crimen, su pasión inmunda.
Mira.

(Abre el camarín y le muestra á la Condesa.)

HISSEM

(Espantado.)

¡Tu madre!

EL CONDE

Sí; contempla ahora
con qué sed beberé tu sangre mora.
Sólo con ella mi baldón se lava;
mas no basta la tuya solamente,
africano traidor; en ti se acaba
mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá, no: esos dos Reyes
que para mí te dieron credenciales,
al abrigo poniendo de mis leyes
de sus embajadores los puñales,
hoy me conocerán. Perros traidores,
que el campo abandonáis de las batallas
y pagáis asesinos vengadores
detrás de vuestras torres y murallas:
veo que á vuestros nobles vencedores
vuestro pavor servil no hallando vallas,
apresta una venganza más segura
envuelta en noche de traición oscura.
No he de olvidarlo: vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles, que espanta mi bandera,
son los Reyes de Córdoba y Sevilla;
y yo haré con sus reinos una hoguera
á cuya luz, delante de Castilla,
irán como espantados jabalíes
al salvaje compás de sus *telles*.
Infiel tengo de ser con los infieles;

vil he de ser con quien por vil me toma;
sangre habrá: vuestros blancos alquiceles
rojos serán, y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma,
y las ricas doncellas africanas,
esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inextinguible,
voy á mandar tu tronco y tu cabeza
á esos Reyes que dieron por posible
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible
para ti; bebe, pues, y con fiereza
el cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay; sé tu verdugo.

HISSEM

No es necesario que á morir me ayude
con ira ó con piedad ningún cristiano.

(Toma la copa.)

Mientes si piensas que al asirla dude
medroso el corazón, débil la mano:
no, que aun valor al corazón me acude
para decir, muriendo, á un castellano:
«Ni quiero tu perdón, ni le merezco;
tu enemigo nací y aun te aborrezco.»

(Bebe.)

EL CONDE

Digna de mejor causa es tu osadía.
Dios te la tome en cuenta.—Sancho.....

ESCENA XIV

EL CONDE, HISSEM y SANCHO MONTERO

EL CONDE

(Á Sancho.)

Espera
que los ojos de ese hombre cierre al día,
y guárdale allí dentro hasta que muera.

HISSEM

No he de tardar. A mi sepulcro guía:
me avergonzara que caer me viera,
no imaginara que en aquel momento
le imploraba perdón, falto de aliento.

ESCENA XV

EL CONDE

Mi deber con el mundo está ya lleno;
mas ¡ay! réstame aún mi sacrificio:
beber el cáliz de dolor ajeno,
levantarme yo mismo el suplicio.
Esta tribulación pesa ¡oh Dios bueno!
en la balanza de tu eterno juicio;
y espíe mi desmán contra mi padre
la ofrenda colosal que hago á mi madre.

(Montero se presenta á la puerta del camarín donde me-
tió á Hissem: el Conde, al verle, dice espantado:)

Sancho, ¡tan pronto!

SANCHO

De expirar acaba.

EL CONDE

Me horrorizo mirando, si lo bebo,
el desastrado fin que me esperaba.
Bien hice: en calma la conciencia llevo.
Separados están: su fe lo estaba,
y un porvenir igual darles no debo,
no: obré cristiano; sin piedad le inmolé:
baje á la eternidad, mas baje solo.
Mas concluyamos de una vez: no quiero
dejar á la mitad tan gran hazaña,
que fuera necio: ayúdame, Montero.

(El Conde y Montero sacan á la Condesa desvanecida en
un sillón. La colocan en la escena, y el Conde abre el
camarín en que encerró al judío.)

ESCENA XVI

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL BENJAMÍN
y SANCHO

EL CONDE

(Al judío.)

Vamos, judío, de tu ciencia extraña
el poder misterioso manifiesta.

SIMUEL

Paso me haced, mi mano está dispuesta.

(El judío se acerca á la Condesa, y sacando de una bol-
sita de piel una pequeña redoma, se la aplica al olfato.)

El Conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.)

Dejadla reponer muy poco á poco;
la excitación en su cerebro loco
de violenta impresión, será funesta.

EL CONDE

¡Oh, vuelve!

SIMUEL

Sí, respira; en grato sueño
reposaba, y si el tiempo que la espera
no ha de ser tan tranquilo y halagüeño....

LA CONDESA

¡Ay!

EL CONDE

Silencio, rabino: todos fuera.

(Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo.
El Conde se aparta á un lado de la escena, y la Condesa
empieza á volver en sí.)

ESCENA XVII

EL CONDE y LA CONDESA

LA CONDESA

¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi re-
En deliciosa paz soñando estaba, [poso?
y ¡ay de mí! con qué sueño tan hermoso
mi apesarado espíritu gozaba.

*Sueño de luz, de calma y de ventura,

*con encantada música arrullado,

*de cielo azul á la influencia pura,

*por perfumadas auras oreado.

*¡Cuán odioso es volver tras este sueño

*á la verdad de la azarosa vida!

*Mas.... ¡qué recuerdo!.... ¡Sí, con torvo

*le sombreó visión descolorida! [ceño

*La vi á lo lejos, sí, los resplandores

*cruzar del horizonte luminoso,

*fijando en mí sus ojos vengadores:

*los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.

Mas ya desapareció.

(Se va á volver, y ve la mesa con las copas, etc.)

¡Cielos! ¿Qué miro?

Esa mesa....., esa copa.....

(La mira.)

¡Está vacía!

Le habrá costado hasta el postrer suspiro.
¡Infeliz hijo mío!

(Al volverse del otro lado, encuentra á D. Sancho,
que la tiende los brazos.)

EL CONDE

¡Madre mía!

LA CONDESA

¡Sancho!

EL CONDE

Madre, perdón; si á tanto he osado,
en el libro de Dios estaba escrito.

LA CONDESA

(Con afán.)

Pero esa copa.....

EL CONDE

La apuré el culpado;
la tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.

La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.)

LA CONDESA

¡Gran Dios!

EL CONDE

Él es, él, que os vendía,
de torpe amor bajo el impuro velo,
y á vuestra perdición os conducía.

LA CONDESA

¡Ah! ¡No lo mientes ya!

EL CONDE

No, madre mía.
Yo juzgo su traición; su amor, el cielo.

LA CONDESA

Gracias, Sancho; aunque lágrimas me
[cuesta,
no volverle á encontrar quiero en el
[mundo,
que me arrastraba su pasión funesta.

EL CONDE

Guardadlo en el silencio más profundo,

madre, y romped ese padrón infame

(Le da el pliego que Sancho quitó á Hissem.)

de vuestro deshonor; ya no hay ahora
quien esa prueba contra vos reclame.

LA CONDESA

¡Hijo mío!

EL CONDE

Y oid, madre y señora, [me
que pronto es fuerza que el clarín me lla-
para salir contra la hueste mora;
y antes, de mi cariño daros quiero
la última prueba y el adiós postrero. [na,
Si habéis manchado vuestro honor livia-
fea fragilidad en vos ha sido,
mas carga fué de nuestra raza humana,
y frágiles al mundo hemos venido.
Mas decir que una noble castellana
quiso al hijo matar de ella nacido,
no ha de poder el mundo, madre mía,
mientras ayude Dios á don García.
Expuesto al vulgo su cadáver frío
á mis puertas será; tumba mentida
tendréis vos, y ese crimen será mío.
Sí; de Oña en los peñascos escondida,
monasterio fundad triste y sombrío,
do el funeral os rezarán en vida;
mas circunde ese santo monasterio,
siniestro y espesísimo misterio.
Créale todo el mundo, alucinado,
como eterna señal expiatoria,
sobre el sepulcro vuestro levantado,
de un parricida vil torpe memoria. [do,
Mas antes que el sepulcro el templo alza-
penitente vivid; mienta la historia, [ba,
y antes que vuestro honor por mí sucum-
ábrase al mío deshonrada tumba.

LA CONDESA

¡Tú! ¿Tú arrostrar de mi pasión funesta
la deshonra? Jamás. Morir prefiero.

EL CONDE

Madre, no recordéis lo que me cuesta
tamaña abnegación; mas yo lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligación es ésta,
y obraré como cumple á un caballero;
sabré, aunque el mundo me acrimine un
que hijo fué para vos Sancho García. [día,

Ni una palabra más, madre, ni una.
Partid; gloria y honor os sacrificio,
y puede una palabra inoportuna
hacerme vacilar; que es don muy rico
el que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos, os lo suplico;
y en la próxima noche, idos segura
con gente fiel y con la niebla oscura.

LA CONDESA

Sí, Sancho, partiré desde esta hora
á socavar mi funerario lecho,
donde yacer en paz; mas que tu pecho
no me guarde rencor.

EL CONDE

Nunca, señora..

LA CONDESA

¡Yo, de mi celda en el recinto estrecho,
del Dios que escucha á quien con fe le
[implora,
atraeré sobre ti y sobre tu gente
la excelsa bendición omnipotente.
¡Adiós!

(Se abrazan.)

EL CONDE

(Llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta.)

Id, y si os llevan algún día
mi cadáver envuelto en mi bandera,
sobre el sangriento tronco, ¡madre mía!
derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa: «Aquí García»,
decid sobre ella por la vez postrera:
«Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aún, y el universo miente.»

ESCENA XVIII

EL CONDE

[quilo.

Como quien soy cumplí; ya estoy tran-
En buen hora los siglos engañados
mi historia cuenten con airado estilo;
mi nombre y mi valor sean mirados
con horror en buen hora; no vacilo. [dos,
No es mío el crimen con que van mancha-
y ese borrón que empañe mi memoria,
en mi tumba será *Sol* de mi gloria.
A ella osarán con lenguas fementidas
las almas ruines al valor extrañas,
mas saldrán á dejarlas desmentidas
las legiones que dejan mis campañas
en Osma y en Sepúlveda tendidas.
Sí; yo cuento mis días por hazañas,
y descender á mi sepulcro puedo,
á desleal posteridad sin miedo.
Sancho.....

(Llamando.)

ESCENA XIX

EL CONDE y SANCHO MONTERO

SANCHO

Señor.....

EL CONDE

¡Mi lanza y mi caballo!

Mi fortuna á arrostrar con alma entera
y á morir con honor, pronto me hallo.
Sea paño á mi tumba mi bandera,
y al echar sobre mí su injusto fallo,
diga por fin la gente venidera:
«Con tan gran corazón, ser no podía
un malvado tan vil Sancho García.»

(Sale el Conde, y Montero le sigue.)

Nota del autor.—Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representación por evitar pesadez en las escenas á que corresponden y porque la decoración de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en simple subterráneo.



TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO

✻ Escrito expresamente para el beneficio de Doña Matilde Diez. ✻

PERSONAJES

ACTORES

Doña Aurora.....	Doña M. Díez.
Gabriel Espinosa.....	Don J. Romea.
Don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y corte.....	A. Barroso.
Don César de Santillana, capitán de jinetes del primer tercio de Flandes.....	F. Romea.
Arbués.....	P. Sobrado.
Burgoa y Nao D'andrade..	
El Marqués de Tavira.....	
El doctor N.....	
Un Escribano.....	
Un Alguacil.....	
Un criado de Burgoa.....	

Alguaciles, soldados y criados.

*La escena en los dos primeros actos, pasa en una posada de Valladolid,
y en el tercero en Medina del Campo, en el año 1594 de N. S. J. C.*



TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

ACTO PRIMERO

Antesala de una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos á la izquierda, que dan al interior. Ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA

BURGOA, que aparece; un CRIADO, que sale por el fondo.

CRIADO

Señor amo.

BURGOA

¿Qué hay?

CRIADO

Un hombre.

BURGOA

¿Qué quiere?

CRIADO

Veros.

BURGOA

Que pase.

CRIADO

Entrad aquí, seor hidalgo.

ESCENA II

BURGOA y EL MARQUÉS, embózado.

EL MARQUÉS

Buenas noches.

BURGOA

Dios le guarde.

EL MARQUÉS

¿Eres tú el huésped?

BURGOA

Yo soy.

EL MARQUÉS

¿Luis Burgoa?

BURGOA

Y Nao d'Andrade.

EL MARQUÉS

¿Portugués?

BURGOA

Lo canta el nombre:
de Alfontes, en el Algarbe.

EL MARQUÉS

Paisanos somos.

BURGOA

¿Sois vos
también....

EL MARQUÉS

Escúchame y cállate.

BURGOA

Callo y escucho.

EL MARQUÉS

Esta noche
vendrá á pedirte hospedaje
en esta posada un hombre,
cuyas señas voy á darte
para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años: traje
negro, cabello rapado,
barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,
sonrisa triste, andar grave.

BURGOA

Con tantas señas, señor,
que le equivoque no es fácil.

EL MARQUÉS

Aun faltan más: una dama
en su compañía trae
de apenas diez y siete años,
y haciendo veces de paje,
viene sirviéndolos á ambos
un veterano de Flandes,
en quien, por más que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan á la legua
las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
á tus puertas acercarse,
con luz y sombrero en mano
saldrás hasta los umbrales;
mandarás de sus caballos

cuidar, y sus equipajes
subir á los aposentos
mejores que puedas darles.
Les servirás á su antojo
los más sabrosos manjares
y los vinos más añejos,
y entretanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella
no recibirás á nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan;
cuando esa suma se acabe,
te rellenaré esa bolsa:
lo que sobre, para gajes
del huésped y de los mozos.
Adiós y silencio, Andrade.

BURGOA

Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare
quién paga su gasto?

EL MARQUÉS

Nada
digas.

BURGOA

¿Y si se obstinase
en saberlo?

EL MARQUÉS

Guardarás
silencio, y la cuenta al darme,
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades
en guarismos, y yo sólo
veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa,
porque el oro que aquí ganas
crecerá con tu prudencia
y se te irá con tu sangre;
porque indiscreciones de oro,
con hierro es bien que se atajen,
y fortuna que se canta,
siempre se la lleva el aire.

BURGOA

Señor....

EL MARQUÉS

Adiós, que no quiero
que aquí, si llegan, me hallen.
(Vase.)

ESCENA III

BURGOA. Después D. CÉSAR

BURGOA

¡Aventura más extraña!
Alguna apuesta, algún lance
de amor; pero ¿qué me importa
á mí? Lo que es indudable
es que el bolsillo está lleno
de doblillas: ¿para gajes
las que sobren? ¡Bah! Lo menos
ciento por veinte. Adelante.

DON CÉSAR
(Saliendo.)

Buenas noches.

BURGOA

¿Qué se ofrece?

DÓN CÉSAR

Hablar con el dueño.

BURGOA

Habladle.

DON CÉSAR

¿Eres tú?

BURGOA

Yo mismo.

DON CÉSAR

¿Estamos
solos?

BURGOA

Sí.

DON CÉSAR

Atento estáme.
Tres personas á tu puerta
vendrán muy pronto á apearse;

TOMO IV

un hombre galán, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan á los ángeles,
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dales lo mejor que tengas,
como á príncipes regálales;
lo que no poseas, cómpralo,
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro; cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran, por gajes
te los embolsas; con ceros
sumas, y cuentas cabales.

BURGOA

Caballero, perdonad,
pero habéis llegado tarde.

DON CÉSAR

No te entiendo.

BURGOA

Un embozado
que salía cuando entrabais,
os ha ganado la mano;
y para esos personajes
por quien os interesáis,
con palabras semejantes
á las vuestras ha alquilado
y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro
de este bolsillo: miradle.

DON CÉSAR

Y ¿quién es ese embozado?

BURGOA

No le conozco.

DON CÉSAR

Su traje,
su porte, ni sus palabras,
¿indicios no pueden darte
de quién sea?

BURGOA

No, señor

militar: ni su semblante
vi jamás, ni haber oído
recuerdo en ninguna parte
su voz.

DON CÉSAR

¿Es joven ó viejo?

BURGOA

¿No le habéis visto?

DON CÉSAR

En la calle

estaba ya cuando yo
llegaba á tu puerta, y casi
no puse atención en él.

BURGOA

Es un señor respetable,
de barba gris, noble y rico.

DON CÉSAR

¿Noble y rico? ¿De qué sabes
que lo es si no le conoces?

BURGOA

Dan en él lo muy bastante
á conocer la riqueza,
su oro y modo de darle,
y la nobleza, además
de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.

DON CÉSAR

Pues señor, ¡cómo ha de ser!
Dijiste bien, llego tarde.
Réstame, pues, solamente
mis ofertas reiterarte:
emplea ese oro á gusto
de quien lo da, y lo que falte
yo lo abono; y á otra cosa,
que el tiempo vuela. Melquiades,
acomoda los caballos
en la cuadra.

BURGOA

Dispensadme,
capitán; no puede ser.

DON CÉSAR

¿Por qué?

BURGOA

Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.

DON CÉSAR

Pues en ese caso, dame
un cuarto á mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.

BURGOA

Tampoco
puedo servirlos

DON CÉSAR

¡Bergantel!
¿Intentas burlas conmigo?

BURGOA

¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo orden terminante
de aquel embozado incógnito,
de no recibir á nadie
por esta noche en mi casa,
más que á ellos. Excusadme,
pues, capitán.

DON CÉSAR

(Se sienta.)

¡Pues entonces,
dame un bocado que el hambre
me satisfaga, y un trago
que me remoje las fauces.

BURGOA

Señor, todo está comprado,
y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
os interesáis, dejadles
libre la casa, y no hagáis
que yo á mi palabra falte.

DON CÉSAR

El caso es que á mí me importa
en esta casa quedarme

por esta noche, y es fuerza que me quede.

BURGOA

Pues en grave compromiso me ponéis si os quedáis; y por mi parte, por cuantos medios me ocurran estoy dispuesto á evitarle.

DON CÉSAR

¿De modo qué te propones en la plazuela plantarme en una noche como ésta, con frío tal, oro y hambre?

BURGOA

Sí, señor.

DON CÉSAR

¿Sin más razones?

BURGOA

Os llevo dadas bastantes.

DON CÉSAR

Pues señor, lo siento mucho; mas fuerza es que se te alcance, pues no eres tonto, que cuando nuestro empeño semejante en hospedarme en tu casa, no vine para marcharme de ella otra vez, despedido como un buhonero errante.

BURGOA

Pues mirad cómo ha de ser.

DON CÉSAR

Así: toma, y lee si sabes.

(Le da un papel.)

BURGOA

Y ¿qué es esto?

DON CÉSAR

Lee.

BURGOA

(Leyendo.)

«Dará

Luis Burgoa Nao d'Andrade alojamiento en su casa, número dos de la calle de la Antigua, al capitán del primer tercio de Flandes don César de Santillana, con seis jinetes.»

DON CÉSAR

Cabales.

Burgoa, en nombre del Rey vas á ofrecirme de balde lo que por oro me niegas.

BURGOA

La boleta haré que os cambien á cualquier costa.

DON CÉSAR

Será.

trabajo inútil: es tarde,

BURGOA

No importa; tengo dineros y muy buenas amistades hoy en el Ayuntamiento.

DON CÉSAR

Pues Burgoa, no las canses inútilmente esta noche, porque á más de que es mi padre juez de la Chancillería, y de casa y corte alcalde, tengo seis hombres resueltos y un escudero, incapaces de obedecer otras órdenes que las que yo quiera darles, que del umbral de la puerta no permitirán que pases. Conque cede á mis razones, que son, á fe, terminantes, y dame luz, cena y cuarto, que con ese personaje misterioso, seré yo solamente el responsable de todo, en nombre del Rey.

BURGOA

Callo al Rey.

DON CÉSAR

Y muy bien haces,
que contra el Rey nadie es cuerdo
en oponerse. Melquiades,
toma luz y desensilla
á *Bayardo*: á acomodarme
voy en algún cuarto bajo,
para que cuando llegaren
esos huéspedes, en casa
ya pagada no me hallen.

BURGOA

Capitán, pues no hay remedio,
yo os ruego, con la más grande
humildad, que os alojéis
en una sala que cae
al huerto que tengo á espalda
de la casa.

DON CÉSAR

Que me place,
te digo, el alojamiento.
Vamos allá.

(Los dos á la puerta.)

BURGOA

Hacia esta parte,
y en el fin del corredor,
veréis una puerta grande
que da sobre otra escalera:
tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andrés os dará la llave
de vuestro cuarto; decidle
que á vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.

DON CÉSAR

Dios te lo pague.

(Vase.)

ESCENA IV

BURGOA. Después D. RODRIGO

BURGOA

Santillana y capitán,
y de los tercios de Flandes
y con la boleta en regla

y espada de gavilanes,
¿quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percamce,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.
Contra el Rey nadie es valiente.

DON RODRIGO

(Entrando.)

¡Ha de esta casa!

BURGOA

Adelante.

DON RODRIGO

¿Sois el dueño de ella?

BURGOA

Soy

Luis Burgoa.

DON RODRIGO

Dios le guarde.

BURGOA

Mil gracias: lo mismo digo.
¿Qué se ofrece?

DON RODRIGO

Que oiga y calle.

Esta noche á esta posada
vendrá un anciano á apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado, y servidles
sin dudar cuanto demanden:
su gasto corre por cuenta
del Rey, y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les pertenezca
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar á todos
los que por él preguntaren;
á todos, quienquier que fueren;
mas no dejaréis á nadie
volver á salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes
competentes voy á darles

para que os presten auxilio,
y en caso de apuro guarden
las puertas. Conque silencio
y adiós; volveré más tarde.

BURGOA

Señor, vuestra autoridad
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte á quién la honra
tengo de hablar.

DON RODRIGO

Al alcalde
Rodrigo de Santillana.

BURGOA

¡Jesucristo!

DON RODRIGO

Dios le guarde.

ESCENA V

BURGOA

¡Dios nos asista! Con un
Santillana era bastante
para su mal; pero juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones.....
¡Ya, ya están fresco los tales
viajeros! Los Santillanas.....,
raza de réprobos; aves
de mal agüero; golillas
todos; buhos de las cárceles
y de las horcas, que sólo
pronosticar pueden males.
Santillanas..... ¡Fuego en ellos
y en quien á casa los trae!
No hay portugués que no tenga
con ellos cuentas. Mas baste,
que Dios dirá. Gente llega.
Andrés.....

(Al ir á entrar por el fondo, sale Arbués de viaje,
enlodado.)

ESCENA VI

BURGOA y ARBUÉS

ARBUÉS

No hay que incomodarse,
patrón: somos gente llana
mis amos y yo, y á nadie
gustamos de dar que hacer.
¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas,
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?

BURGOA

Sí, señor, los hay; y tales,
que no habrá én palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.

ARBUÉS

Pues poned en uno luces
para la dama.

BURGOA

Que bajen
voy á mandar por los trastos
que traigáis.

ARBUÉS

Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes.

(Suben los mozos con baúles.)

¿Dónde los pondrán?

BURGOA

Allí,
en esos cuartos.

ARBUÉS

(Á los mozos.)

Llevadles,
pues.

BURGOA

¿Y la dama?

ARBUÉS

Se está
despidiendo de su padre.

BURGOA

Pues qué, ¿no se queda en casa con ella?

ARBUÉS

Sí, mas tiene antes que entregar unos breviaríos á un primo suyo, que es fraile en San Pablo, y tardará tal vez; mas no hay que esperarle.

BURGOA

Marta, Ginés, á esa dama alumbrad.

ARBUÉS

Ya llegan tarde, patrón.

(Sale D.^a Aurora.)

BURGOA

¡Qué! ¿Sin aguardar que la sirvan.....

ARBUÉS

Si es más ágil que un lancero, y nunca se anda con cumplimientos.

ESCENA VII

ARBUÉS, BURGOA y D.^a AURORA

BURGOA

(Aparte.)

¡Buen talle, garboso andar, y qué hermosa! Dijo bien cuando á los ángeles la comparó el capitán.

DOÑA AURORA

¿Sois el huésped?

BURGOA

Ordenadme, señora; yo soy.

DOÑA AURORA

¿Hay fuego en mi aposento?

BURGOA

Y bujía; y puede Vueseñoría disponer de él desde luego y de toda mi posada. Os mandaré á mi mujer que os sirva.

DOÑA AURORA

No es menester: yo me sirvo sola, y nada necesito. Arbués.....

ARBUÉS

Señora.....

DOÑA AURORA

Cuando vuelva, aunque sea tarde, me avisarás.

ARBUÉS

Á la hora en que llegue.

DOÑA AURORA

(Á Burgoa.)

Dios os guarde.

BURGOA

¿Tomaréis un refrigerio, un tente en pie, para abrigo del estómago?

DOÑA AURORA

¿No os digo que nada quiero?

(Vase por la izquierda.)

BURGOA

¡Qué imperio!

ESCENA VIII

ARBUÉS y BURGOA

BURGOA

Y vos ¿no cenáis?

ARBUÉS

Poco ha
que comimos, y costumbre
no tenemos.

BURGOA

Á la lumbre
podéis venir, que la habrá
buena en el hogar.

ARBUÉS

No tengo
frío: podéis sin reparos,
cuando queráis, acostaros;
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
sus mañas.

BURGOA

Tenéis, á fe,
buen trabajo.

ARBUÉS

¡Bah! Se ajusta
cada cual al que le toca
en esta vida: yo estoy
á su servicio y le doy
cumplimiento.....; y punto en boca,
que tengo sueño. Dejad
la llave á mano, y á abrir
bajaré cuando venir
le sienta; que echen, mandad,
pienso á los caballos; yo
de este sillón haré lecho.

BURGOA

¿Dormiréis ahí?

ARBUÉS

Pues ¡no!
Es costumbre y ya estoy hecho.

BURGOA

Pues para cuando me acueste
ahí queda la llave, y vos
os gobernaréis.

ARBUÉS

Adiós,

pues.

BURGOA

Descansar. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto
sin ver á ese hombre quedar
dentro de casa!)

(Vase.)

ARBUÉS

Cerrar

no está de más.

(Cierra la puerta del fondo.)

ESCENA IX

ARBUÉS. Después D. CÉSAR

ARBUÉS

En mi puesto
heme ya.

(Se sienta en el sillón y llaman á la puerta del fondo.)

Han llamado.

DON CÉSAR

(Dentro.)

¿Arbués?

ARBUÉS

¿Por mi nombre? ¿Quién será?

DON CÉSAR

Alférez Arbués.

ARBUÉS

¿Quién va?

DON CÉSAR

Abre á un amigo.

ARBUÉS

¿Quién es?

DON CÉSAR

El capitán Santillana.

ARBUÉS

¿Don César?

DON CÉSAR

Sí; date prisa,
Arbués, que nos interesa.

ARBUÉS

(Abre.)

¡Válame la soberana
Virgen! ¡Vos, mi capitán!

DON CÉSAR

No malgastemos, Arbués,
nuestro tiempo.

ARBUÉS

Hablad: ¿qué hay, pues?

DON CÉSAR

Las bocacalles están
tomadas alrededor,
y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.

ARBUÉS

¿Y qué?

DON CÉSAR

Que es á tu señor
á quien buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.

ARBUÉS

No os dé pena, capitán:
mi amo, que lo sabe todo,
de hacer encontrará modo
inútil todo ese afán.

DON CÉSAR

El asunto no es materia
de chanzas; en la partida
sé yo que le va la vida.

ARBUÉS

¡Diablo!

DON CÉSAR

La cuestión es seria.

Registrarán su equipaje
y hasta la misma persona;
y si razón no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye, porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el Rey.

ARBUÉS

¿El Rey?

DON CÉSAR

El lance

ves que no puede más serio
ser. Mi padre, don Rodrigo,
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda
pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora, á lo que creo,
de sus poderes abusa
la justicia, pues le acusa
á ciegos su buen deseo.
Mas he oído una expresión
que, á probarse con certeza,
le va á costar la cabeza,
sea impostura ó ambición.
Óyeme ahora. El destino,
por su bien ó por mi mal,
me une á su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneración
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoración.
En el nombre de la ley,
á espiarle á Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del Rey.
Desde Madrigal os sigo.

ARBUÉS

Lo sabíamos.

DON CÉSAR

Tiempo es

de que sepamos, Arbués,
 á qué atenernos. Conmigo
 es preciso que Gabriel
 hable esta noche: es forzoso
 que este arcano misterioso
 penetre á la par con él.
 Hay de un misterio tremendo
 en su existencia la duda;
 siempre me tendrá en su ayuda;
 mas que se explique pretendo.
 Yo quiero de cualquier modo
 salvarle; quiero que á prueba
 ponga mi fe y que me deba
 su porvenir: en fin, todo
 quiero comprenderlo, y sea
 quien fuere, noble ó villano,
 vil traidor ó soberano
 coronado, que en mí vea
 un fiel amigo, un apoyo
 presto á dividir con él
 desde el sitio de un dosel,
 hasta de la tumba el hoyo.

ARBUÉS

Que os ciega amor, bien se ve.

DON CÉSAR

Arbués, si su amor merezco
 y si mi mano la ofrezco.....

ARBUÉS

No la admitirá.

DON CÉSAR

¿Por qué?

ARBUÉS

Porque es Espinosa un hombre
 que no quiere que se una
 ni hombre alguno á su fortuna,
 ni nombre alguno á su nombre.

DON CÉSAR

Yo los males que le afligen
 acepto, y sus opiniones,
 sin pedir de ellas razones:
 y si ocultarme su origen
 les importa, nunca el nombre
 preguntaré de mi esposa:
 sea honrada y cariñosa,
 y nada habrá que me asombre.

ARBUÉS

Estáis loco, capitán.
 ¿Queréis con un pastelero
 emparentar?

DON CÉSAR

Arbués, quiero
 salir de una vez de afán.
 Te he dicho que mi destino
 me lleva tras de Gabriel.

ARBUÉS

Pues es fuerza que huyáis de él:
 echad por otro camino.

DON CÉSAR

¡Arbués!

ARBUÉS

Yo sé lo que digo.
 Vuestro ayo fuí: soy ya viejo,
 y daros puedo un consejo:
 tomadle, que es de un amigo.
 Cumplid vuestra obligación
 sin tropezar con Gabriel,
 y el misterio que hay en él
 dejad en su corazón.
 Para vuestro amor, de roca
 será su alma, y recelo
 que no os dará ni consuelo
 ni satisfacción su boca.

DON CÉSAR

Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio
 impunemente?

ARBUÉS

Lo que hace
 no sé, mas no satisface
 jamás.

DON CÉSAR

Pues bien; si su labio
 satisfacción no me da,
 yo le haré que hable sin gana
 con mi acero.

ARBUÉS

Santillana,
 en silencio os matará.

DON CÉSAR

¿A mí?

ARBUÉS

Tal creo en conciencia.

DON CÉSAR

¿Tiene algún filtro Gabriel?

ARBUÉS

No: mas acaso con él
pelea la omnipotencia.
Don César, tened á raya
vuestra locura, y tomad
mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.

DON CÉSAR

No puedo.

ARBUÉS

Una indiscreción
muy sandia sé que cometo;
mas voy á ser indiscreto
porque os tengo obligación.

DON CÉSAR

Habla, habla.

ARBUÉS

Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
tiene más de caballero
que lo que aparenta él.
Tres años ha que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado,
y más que dueño, es mi amigo.

DON CÉSAR

Pero ¿quién es?

ARBUÉS

Voy á ello.

Quién es.... ¡sábenlo él y Dios!
Cuanto sé yo de él vais vos
á saber, mas bajo un sello
guardadlo siempre.

DON CÉSAR

Concluyo.

ARBUÉS

Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él, á fe,
si en pro ó en contra os arguyo.
Él sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes;
él conoce los blasones
como un rey de armas; él mide
las noblezas; él decide
sobre razas y opiniones:
y tales fuerzas alcanza,
que con precisión certera
monta un potro á la carrera,
y hace astillas una lanza
en el aire.

DON CÉSAR

¡Jesucristo!

Eso se cuenta también
de don.....

(Arbués le tapa la boca con la mano.)

ARBUÉS

No digáis de quién;
de él yo lo cuento, y lo he visto.
Y en fin, os diré un secreto:
¿conocíais á Quiñones,
el teniente de dragones?

DON CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

Sabéis que era el respeto
de los diestros en la esgrima,
porque jamás estocada
le hirió, mientras que su espada
veinte muertes le echó encima.

DON CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

No ignoraréis que muerto

en Madrigal se le halló:
pues bien; Gabriel le mató
riñendo.

DON CÉSAR

¿Cierto?

ARBUES

Tan cierto,
capitán, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el alférez comía
yo una tarde, cuando un coche
paró á sus puertas, y de él
un embozado bajando,
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió éste; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir á hablarle. Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,
con aquella impertinencia
peculiar de los matones,
dijo: «¡Hola! ¿Ésas tenemos?»
Mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose á él
le asió por los dos extremos
del collarín del colete
diciendo: «¡Hola, seor espía!
¡Yo os haré, por vida mía,
que me guardéis el secreto!»
Y con muñeca de hierro,
zarandeándole de un lado
á otro, le echó derribado
bajo el banco, como á un perro.
El teniente, puesto apenas
en pie, echó mano al acero
yéndose hacia el pastelero,
quien con miradas serenas
y voz grave é imperiosa,
nos dijo: «Echémonos fuera»;
y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.
Detrás de unos paredones
que hay debajo del camino,
paróse: fué su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.
Capitán, juro á mi honor

que no he visto tal destreza
jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.
Era un maestro el teniente;
pero á las cuatro paradas
tenía tres estocadas:
rugía de ira, y valiente
atacaba; mas escrito
debió estar: tendióse á fondo
Gabriel, y cayó redondo
Quiñones, sin dar un grito.

DON CÉSAR

¿Y Espinosa?

ARBUES

Ni un rasguño
sacó: en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma,
nos dijo: «Quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdone su alma.»
Y volviéndonos á entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel día
á Quiñones á mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabéis que hondo cariño
os cobré desde muy niño,
y os guardo afición cristiana,
creed á un amigo viejo:
por delante de Gabriel
pasad sin topar con él;
y agradecedme el consejo.

DON CÉSAR

Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto á todo
vengo, y de uno ú otro modo
esta noche le he de ver.

ARBUES

Yo no os lo puedo impedir;
pero hacéis mal, os lo advierto.

DON CÉSAR

Más quiero por él ser muerto,
que sin Aurora vivir.

ARBUÉS

Allá os las hayáis.

DOÑA AURORA

(Dentro.)

Arbués.....

ARBUÉS

Pronto, marchaos; es ella.

DOÑA AURORA

(Dentro.)

Arbués.....

(Arbués quiere obligar á D. César á irse.)

DON CÉSAR

Déjame la huella
besar de sus castos pies.

ARBUÉS

¡Capitán!

ESCENA X

DOÑA AURORA, D. CÉSAR y ARBUÉS

DOÑA AURORA

(Saliendo.)

Oyendo estoy
á Arbués hablar ha una hora.
¿Es mi padre?

DON CÉSAR

No, señora.

DOÑA AURORA

¡El capitán!

DON CÉSAR

Sí, yo soy.

ARBUÉS

Ver al señor pretendía;
le dije que ausente estaba:
insistía él, porfiaba
yo, y por eso se oía
hablar aquí, doña Aurora.

DOÑA AURORA

Anduviste descortés
con el capitán, Arbués.

ARBUÉS

Vuestro padre.....

DOÑA AURORA

Sin demora
me debiste de avisar
de su llegada, y al punto
saliera yo.

DON CÉSAR

Sea asunto
concluído: él atajar
debió mi imprudente paso.

DOÑA AURORA

Si vos salís en su abono,
yo su falta le perdono.

(Á Arbués, que se va.)

Sal.

ESCENA XI

DON CÉSAR y D.^a AURORA

DOÑA AURORA

¿Puedo saber acaso
la causa que aquí os obliga
á presentaros ahora?

DON CÉSAR

Es un secreto, señora;
perdonad que no os le diga:
confiarle sólo debo
á vuestro padre.

DOÑA AURORA

(Retirándose.)

En tal caso.....

DON CÉSAR

(Deteniéndola.)

Aguardad.

DOÑA AURORA

Decid.

DON CÉSAR

Acaso
vais á enojaros.

DOÑA AURORA

Me atrevo
á esperar de vuestro honor
que no me osará decir
nada que no pueda oír
sin peligro ó sin rubor.

DON CÉSAR

Nada, señora: ¡yo os juro
por la honra en que nací,
que nada oiréis de mí
que no sea noble y puro!

DOÑA AURORA

Hablad, pues.

DON CÉSAR

Que fuí sospecho
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho.

DOÑA AURORA

¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis,
si no me los reveláis?

DON CÉSAR

Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubierais puesto, Aurora,
me ahorrarais hacer ahora
la relación del amor.

DOÑA AURORA

¿Conque amáis?

DON CÉSAR

Con frenesí.

DOÑA AURORA

Pues ¿y á quién?

DON CÉSAR

Á un ángel.

DOÑA AURORA

¡Oh!

Y ¿os paga?

DON CÉSAR

Creo que no.

DOÑA AURORA

¿Lo sabe?

DON CÉSAR

Creo que sí.

DOÑA AURORA

¿Se lo habéis dicho?

DON CÉSAR

Jamás.

DOÑA AURORA

¿Por qué?

DON CÉSAR

Porque es mi pasión,
más que amor, veneración,
idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza;
amor que del cielo viene.
Es un innato cariño
tan casto como profundo,
tan puro como el armiño,
tan inmenso como el mundo.
Sin otro bien, ni otro dueño,
ni más afán, ni más guía
en la tierra, noche y día
con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santo;
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas considero
á mis solas con espanto:
porque no hay ley, no hay deber
que pueda mi corazón
al poder de mi pasión
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera:
«Sé traidor, véndete esclavo»,
mi fe llevando hasta el cabo,
me infamara y me vendiera.

DOÑA AURORA

¡Jesús, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido le habéis?

DON CÉSAR

¿Os reís?

DOÑA AURORA

Pues ¿qué queréis,
si os estáis contradiciendo?

DON CÉSAR

¿Dó está la contradicción?

DOÑA AURORA

¡Pues ahí es nada! ¿Un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión
de cuyo infernal poder
creéis que os llegue á obligar
vuestro Rey á abandonar,
la libertad á vender?

DON CÉSAR

Sin vacilar un momento.

DOÑA AURORA

Porque una mujer os ame,
¿consentís en ser infame,
traidor y esclavo?

DON CÉSAR

Consiento.

DOÑA AURORA

Haceos un poco atrás.

DON CÉSAR

¿Por qué?

DOÑA AURORA

Esa pasión que tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.

DON CÉSAR

¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!

DOÑA AURORA

Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.

DON CÉSAR

¡No os mofarais de ella así
si la comprendierais, no!

DOÑA AURORA

Y ¿quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?

DON CÉSAR

(Sorprendido.)

¡Vos!

DOÑA AURORA

Don César, sólo Dios
amor tan ciego merece.

DON CÉSAR

Amor es Dios, y enloquece.

DOÑA AURORA

Y loco estáis.

DON CÉSAR

¡Ah! Por vos.

(Se arrodilla.)

DOÑA AURORA

¡Insensato!

DON CÉSAR

Por vos, sí;
yo os amo, Aurora, os adoro.

DOÑA AURORA

Pues ¿creéis que yo lo ignoro?

DON CÉSAR

¡Cielos!

(Álzase del suelo, acercándose á Aurora.)

DOÑA AURORA

(Apartándose.)

No lleguéis á mí.

DON CÉSAR

¿Me rechazáis?

DOÑA AURORA

¡A fe mía!

Yo acepto vuestro respeto;
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy más que una mujer,
y del Criador hechura;
sólo como criatura
estimada quiero ser.

DON CÉSAR

Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan.....

DOÑA AURORA

Si tal creéis, capitán,
olvidadlas desde ahora.

DON CÉSAR

Me confundís, y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.

DOÑA AURORA

En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
es que no puedo admitir
vuestro amor; mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo;
mas por galán no os merezco.

DON CÉSAR

¡Cómo!

DOÑA AURORA

Os lo diré mejor,
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono;
vuestra pasión me da horror.

DON CÉSAR

Me asombráis.

DOÑA AURORA

Es un arcano

que penetrar no podemos:
galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.

(Doña Aurora le tiende la mano.)

DON CÉSAR

¡Ah! Os entiendo. Compasión
os causó mi amor, y ahora
burlaos os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.
Mas esta mano que estrecho
sobre él, y que llevo al labio.....

(Va á besar la mano; D.^a Aurora se lo impide.)

DOÑA AURORA

La boca le hará un agravio:
no la levantéis del pecho.

DON CÉSAR

Ese tono.....

DOÑA AURORA

Es harto serio.

DON CÉSAR

No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor.....

DOÑA AURORA

Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

DON CÉSAR

Pues yo le penetraré.

DOÑA AURORA

¿Cómo?

DON CÉSAR

A vuestro padre haré
que me lo explique.

DOÑA AURORA

Estáis loco.

DON CÉSAR

En eso parar espero
con vuestras contradicciones.

DOÑA AURORA

Pues oidme unas razones
terminantes, caballero.

DON CÉSAR

Hablad.

DOÑA AURORA

Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
á saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que á tener empieza,
naciendo, á su madre el niño.
Hoguera es de inmenso ardor;
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma,
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura;
y brilla su claridad
en su centro solitario
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

DON CÉSAR

¿Amáis?

DOÑA AURORA

Amo á un noble ser
de quien ignoro hasta el nombre:
le amo todo cuanto á un hombre
puede amar una mujer.
Le amo desde que le vi;
le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré
con su amor dentro de mí.

Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea, apetezco;
lo que aborrece, aborrezco;
y mi corazón, cautivo
de su sola voluntad,
á ella no más obedece;
él me dice: «Ama, aborrece»,
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «De ese mancebo
serás amiga.» Y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere, y yo debo
quererlo; y si él me dijera:
«Véndete esclava», ¡por Dios-
os juro que, como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.
Respetad de él, comedido,
lo que no hayáis comprendido;
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,
que nací sin corazón.
Buenas noches, capitán.

DON CÉSAR

Esperad.

DOÑA AURORA

Ni un solo instante:
el alma leal que abrigo,
franca está para el amigo
y muerta para el amante.

(Vase por la izquierda, cerrando la puerta.)

ESCENA XII

DON CÉSAR

¡Ama á un hombre, cuyo nombre
no conoces! Fascinada
está su alma, enamorada
por él. Y ¿quién es ese hombre?
Un año hace que la sigo,
y á nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive,
lo que él desea apetece,

él manda, y ella obedece
y ser de su ser recibe.
¡Oh! Sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. Pero ¿á quién?
¡Ama á un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no á mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! Estoy celoso.
Celoso, y tal vez acecha
la muerte aquí á ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él.....
¡El..... ¡Estúpida sospecha!
¡Su padre..... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? Arbués.....

ESCENA XIII

DON CÉSAR y ARBUÉS

ARBUÉS

Aquí estoy.

DON CÉSAR

Pronto, responde:
Aurora á otro hombre ama.
¿Quiés es? di. ¿Cómo se llama?
¿Adónde está ahora? ¿Adónde
le vió? ¿Cuándo?

ARBUÉS

Capitán,
ya os previne que acercaros
á nosotros era echaros
en un abismo de afán;
y ya lo veis: un instante
nada más que habéis hablado
con ella, os ha trastornado
corazón, juicio y semblante.

DON CÉSAR

La amo, Arbués, y estoy celoso.
Dime ¡por tu vida! Arbués,
¿Sabes bien si Gabriel es
su padre?

TOMO IV

ARBUÉS

¡Pues es chistoso!

DON CÉSAR

¡Ay! De la duda la hiel
me emponzoña el corazón.

ARBUÉS

Pues no perdáis la ocasión
de consultarla con él.

DON CÉSAR

¿Llega?

ARBUÉS

Le siento venir.

DON CÉSAR

¡Cómo!

ARBUÉS

Acostumbra á silbar
recio.

DON CÉSAR

¿Y silbó?

(Llaman: aldabonada.)

ARBUÉS

De llamar
acaban.

DON CÉSAR

Vé, pues, á abrir.

(Vase Arbués por el fondo, llevando la llave.)

Es forzoso: le hablaré;
la vida en ello le va.
Si se obstina.....; mas no, á fe,
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

ESCENA XIV

DON CÉSAR, ARBUÉS y GABRIEL, embozado.

GABRIEL

¡Hola, señor capitán!

DON CÉSAR

Os aguardaba.

GABRIEL

¿Qué hay, pues?

DON CÉSAR

Solos.

GABRIEL

Déjanos, Arbués.

ESCENA XV

DON CÉSAR y GABRIEL

GABRIEL

Podéis hablar.

DON CÉSAR

Tal vez van
mis palabras á causaros
extrañeza.

GABRIEL

No lo espero.

DON CÉSAR

Muy claro con vos ser quiero.

GABRIEL

Pues no os andéis con reparos.
Con cuanta más claridad
habléis vos, á mi entender,
os debo yo comprender
con mayor facilidad.

DON CÉSAR

Yo soy.....

GABRIEL

(Interrumpiéndole.)

Os conozco bien:
adelante.

DON CÉSAR

En Madrigal
me acantoné de orden Real.....

GABRIEL

Para guardarme; también
lo sé: adelante.

DON CÉSAR

Hoy en pos
de vuestros pasos.....

GABRIEL

Venís
por lo mismo: me decís
cosas que sé como vos.

DON CÉSAR

Pues bien: lo que, según creo,
ignoráis vos todavía,
os diré.

GABRIEL

¡Por vida mía,
capitán, que yo deseo
que algo nuevo me digáis!

DON CÉSAR

Pues oid.

GABRIEL

Estoy atento.

DON CÉSAR

La casa en este momento
está cercada, y estáis
preso en ella.

GABRIEL

Ya lo sé.

DON CÉSAR

¿Conque sabiéndolo ya
entrasteis?

GABRIEL

Pues claro está.

DON CÉSAR

¿Por voluntad?

GABRIEL

Ya se ve.

DON CÉSAR

Luego ¿confiáis.....

GABRIEL

En Dios
primero, y después en mí.

DON CÉSAR

¿Sabéis que os acusan?

GABRIEL

Sí.

DON CÉSAR

¿De un delito.....

GABRIEL
(Interrumpiéndole.)

No; de dos.

DON CÉSAR

¿Sabéis cuáles?

GABRIEL

Sí, por cierto.

DON CÉSAR

Pue?, á lo que se murmura,
cualquiera de ellos.....

GABRIEL

Segura
trae mi sentencia: soy muerto.

DON CÉSAR

¿Con ella os chanceáis?

GABRIEL

Sí tal.

DON CÉSAR

¿Podréis probar.....

GABRIEL

Una cosa.

DON CÉSAR

¿Que sois.....

GABRIEL
(Interrumpiéndole.)

Gabriel de Espinosa,
pastelero en Madrigal.

DON CÉSAR

Podrán dudarle tal vez.

GABRIEL

¿Por qué?

DON CÉSAR

Porque lo desmiente
vuestro gentil continente,
y es muy receloso el juez.

GABRIEL

Dios me hizo así, y en mi mano
no está cambiar de figura.

DON CÉSAR

Diz que andáis con mucha holgura
para ser sólo un villano.

GABRIEL

Soy rico.

DON CÉSAR

Querrán papeles
que os acrediten de tal.

GABRIEL

Resmas tengo en Madrigal
de los de envolver pasteles.

DON CÉSAR

¿Hay algunos con pinturas?

GABRIEL

Mil.

DON CÉSAR

¿Son estampas de santos?

GABRIEL

Hay de todo.

DON CÉSAR

Y entre tantos,
¿hay conocidas figuras?

GABRIEL

¿Echáis menos, capitán,
alguna?

DON CÉSAR

No; mas ha un rato
que el juez buscaba un retrato
fiel del rey don Sebastián.

GABRIEL

Siento no tener ninguno.

DON CÉSAR

Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que lleváis sobre vos uno.

GABRIEL

¿Qué habría en que le llevara
para que en mí se encarnicen
los golillas?

DON CÉSAR

(Mirándole atentamente.)

Es que dicen
que le lleváis en la cara.

GABRIEL

Ni es tan deforme la mía,
ni osara yo andar, por cierto,
con la cara que un Rey muerto
usaba cuando vivía.

DON CÉSAR

Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.

GABRIEL

¡Cómo ha de ser!

(Un momento de pausa.)

DON CÉSAR

Yo os cobré afecto: fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositarlo aquí
le echáis en la eternidad.

GABRIEL

Mozo, si tuviera un día
que fiar algo á algún hombre,
creed, os juro á mi nombre,
que de vos lo fiaría.

DON CÉSAR

Fiadme ese nombre, pues.

GABRIEL

Gabriel; lo acabáis de oír.

DON CÉSAR

¡Os obstináis en morir!

GABRIEL

Ley de los que nacen es.

DON CÉSAR

¡No me entendéis!

GABRIEL

¡Vive Dios!

Ni vos me entendéis tampoco
á mí.

DON CÉSAR

Parecéisme loco.

GABRIEL

Y á mí mentecato vos.
Porque, á la verdad, mancebo,
grima me da contemplaros
así el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.
Tras de tanto ir y venir,
¿no habéis echado de ver
que yo no quiero entender
lo que me queréis decir?
¿Os figuráis que viví
entre el pueblo catorce años,
sin percibir los extraños
cuentos que corren de mí?
¿Pensáis que es esta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara á cara
me veo yo con un juez?
Venid acá, pobre niño.
¿Pensáis que no conocí
que en vos germinó hacia mí
un simpático cariño?
Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazón,
y bien de vuestra afición
la causa escondida veo.

Sé que á mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atracción oculta
resistid, porque os advierto
que ese nudo, con un muerto
os estrecha y os sepulta.
Resistid, porque un ser soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.

DON CÉSAR

¿Qué me importa? El horror mismo
del misterio que hay en vos,
de sí me arrebatara en pos,
y ciego voy á su abismo.

GABRIEL

¡Mancebo!

DON CÉSAR

Con vos iré
por doquiera que vayáis.
Oídme, y cuando sepáis
mi secreto.....

GABRIEL

Ya lo sé.

DON CÉSAR

¿Qué sabéis?

GABRIEL

Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora;
no ignoro nada: de Aurora
sé que estáis enamorado.
Sé que por ella me habláis,
y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñáis.
¿Creéis que en vuestro semblante
no he conocido al entrar
que la acababais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creéis que no entiendo acaso,
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?

DON CÉSAR

¡Caballero!

GABRIEL

¡Qué demonio!

De todo estoy enterado:
hasta de que habéis pensado
pedírmela en matrimonio.

DON CÉSAR

Sí, que mi amor.....

GABRIEL

(Interrumpiéndole.)

Sé que es grande,
profundo, honesto y leal;
pero es un amor fatal,
imposible.

DON CÉSAR

Que os demande
por qué dejad.

GABRIEL

Lo primero,
porque, si mal no me fundo,
no os quiere ella; lo segundo,
porque yo tampoco quiero.

DON CÉSAR

¡Me escarnecéis!

GABRIEL

¡No, por Dios!
¿A qué viene el enojaros?
¿No queréis que hablemos claros?
Pues claro os hablo yo á vos.

DON CÉSAR

Ea, pues, claros hablemos,
y sepamos de una vez
á qué atenernos.

GABRIEL

¡Pardiez!

No alcéis la voz, que podemos
á las gentes de la casa
despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitán.

DON CÉSAR

Lo que aquí pasa,
 es que quiero penetrar
 el misterio que os rodea,
 y que es fuerza que así sea;
 porque no he de tolerar
 en calma, como un villano,
 que tan sin razón los dos
 despreciéis, mi amistad vos,
 y vuestra hija mi mano.
 Confieso que el alma mía,
 del punto en que os llegó á ver,
 por vos comenzó á tener
 misteriosa simpatía.
 Confieso, sí, que amo á Aurora
 con amor tan delirante,
 que no hay acción que me espante
 por ella; mas me devora
 á par con el del amor,
 el fuego de un justo enojo,
 y no quiero á vuestro antojo
 ceder sin razón mejor.
 Soy noble, y cuando os ofrezco
 mi raza unir con la vuestra,
 que me déis más noble muestra
 de lo que valéis merezco;
 porque si no, con derecho
 tendré por cosa segura
 lo que de vos se murmura
 y lo que yo me sospecho.

GABRIEL

Y ¿qué es lo que sospecháis?

DON CÉSAR

Que sois.....

GABRIEL

¿Quién?

DON CÉSAR

Un impostor,
 y que desecháis mi amor.

GABRIEL

¿Por qué?

DON CÉSAR

Porque vos la amáis.

GABRIEL

¡Desdichado!

DON CÉSAR

Una de dos:
 satisfacedme al momento,
 ó sepulcro este aposento
 es para mí ó para vos.

GABRIEL

Niño, dándoles gran precio,
 la mayor satisfacción
 que debo á tu protección
 y á tu amor, es el desprecio.
 Ve, pues, si te satisface
 la de que no les admito,
 porque el amor no me place,
 y el favor no necesito.

DON CÉSAR

¿Eso á mí?

GABRIEL

Y antes que te abra
 sepulcro, entiendo que puedo
 abismarte con un dedo
 como con una palabra.

DON CÉSAR

Decídmela.

GABRIEL

No la esperes.

DON CÉSAR

Pues bien: quiero, en mi despecho,
 ser ó muerto ó satisfecho.

(Don César desenvaina su espada, yendo contra Gabriel.
 Este desenvaina la suya, poniéndose en guardia, en
 cuyo punto aparece Aurora.)

GABRIEL

Sea, pues que tú lo quieras.

ESCENA XVI

GABRIEL, D. CÉSAR y D.^a AURORA.
Después D. RODRIGO

DOÑA AURORA

¡Teneos!

DON CÉSAR

Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente, y sale D. Rodrigo, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. Gabriel baja su espada, dando un paso atrás con tal rapidez, que el juez no pueda tener tiempo de apercebirse de que estaba en guardia.)

DON RODRIGO

En nombre del Rey.

GABRIEL

¿Qué es eso?

DON RODRIGO

Gabriel Espinosa, preso sed.

GABRIEL

Lo estoy, señor Alcalde.

DON RODRIGO

¿Cómo?

GABRIEL

Ese mozo, sintiendo que aun en vela andaba yo, por esa ventana entró, que me fugara temiendo: hallándome en pie y armado, darme á prisión me intimaba, y mi espada le entregaba cuando vos habéis entrado.

DON RODRIGO

Vuestras armas y equipaje quedan embargados.

(Á D. César.)

De él y ellas te encargo. Gabriel Espinosa, vuestro viaje

no os es dado continuar hasta que duda no quede de quién sois.

GABRIEL

Su merced puede cuando guste comenzar sus indagaciones.

DON RODRIGO

Luego interrogar me es preciso testigos; mas, ya os lo aviso, preso estáis.

(Á D. César.)

Con él te entrego aquella mujer.

GABRIEL

Señora se dice, Alcalde: esta dama, noble es cual vos, y se llama, por buen nombre, doña Aurora.

DON RODRIGO

Si es dama y noble, después lo sabremos.

GABRIEL

¡Quiera Dios que no os pese luego á vos saberlo!

DON RODRIGO

Excesiva es vuestra arrogancia.

GABRIEL

No tanta como tener con vos puedo.

DON RODRIGO

Nadie á mí me infunde miedo.

GABRIEL

Pues á mí nadie me espanta. Conque adelante.

DON RODRIGO

Adelante.

Vos á ese cuarto, señora,
y vos, dad la espada ahora
al capitán.

GABRIEL

Al instante.

Ahí la tenéis, y os suplico,

(Alargando la espada sin soltarla.)

joven, que si no os enoja
me la guardéis, que es la hoja
buena y el puño muy rico.

(Gabriel entrega su espada á D. César, quien, al mirarla,
exclama asombrado:)

DON CÉSAR *

¡Jesús!

GABRIEL

Ved con atención
su primor.

DON CÉSAR

¡Corona Real
tiene el pomo!

GABRIEL

Y el tazón
las armas de Portugal.

DON RODRIGO

¡Hola! Pondréis á mi alcance
cómo hubisteis esa espada.

GABRIEL

Dadlo por cosa alcanzada:
la compré en Cintra, de lance.

DON RODRIGO

(Acercándose y viendo la espada, que tiene D. César.)

¡Prenda regia!

GABRIEL

¡Por San Juan!

Ya lo creo; como que es
prenda de un rey portugués:
fué del rey don Sebastián.

DON RODRIGO

(Á D. César, aparte.)

César, guárdale, ¡por Dios!
porque si se huye, perdemos
la cabeza ambos á dos.

DON CÉSAR

(Ya lo sé.)

(Vase D. Rodrigo por la puerta del fondo.)

ESCENA XVII

GABRIEL y D. CÉSAR

(Don César va á acercarse á Gabriel con precipitación:
éste le contiene con un gesto.)

GABRIEL

No hagáis extremos,
que os perdéis.

DON CÉSAR

Pero ¿sois vos.....

GABRIEL

¿Quién?

DON CÉSAR

Él.

GABRIEL

Porfiado estás.

DON CÉSAR

Pero.....

GABRIEL

¿Y si fuese quizás?

DON CÉSAR

Muriera por vos, señor.

GABRIEL

Dormir un poco es mejor.

Dejad á Dios lo demás.

(Vase por la izquierda, dejando á D. César estupefacto.)

Nota.—Las escenas V, VI, VII, X y XI de este acto segundo no hubieran podido ser terminadas por mí sin el eficaz auxilio de mi amigo D. José María Díaz, que me ha ayudado á escribirlas, sacándome generosamente del atolladero en que me tenían metido las dificultades de su desempeño. Las variaciones, inversiones y adiciones que después han sufrido, las han dejado tales, que ni el Sr. Díaz ni yo seríamos probablemente capaces de distinguir en ellas los versos que á cada cual pertenecen: yo no debo, sin embargo, apropiarme la parte que no me corresponde de estas escenas, y si por ventura nuestra el público las aplaude, el Sr. Díaz tiene derecho á sus aplausos; lo que se complace en decir públicamente su mejor amigo, JOSÉ ZORRILLA.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DON CÉSAR

Aparece sentado y meditabundo.

Dijo bien: no pertenece
á la tierra el ser de ese hombre.
Me fascina, me enloquece.
¡Que en derredor de su nombre
gira el mundo me parece!
Sí: de cuanto le rodea
es el eje, el punto fijo;
todo lo demás voltea
en torno suyo. Me dijo
que iba á dormir, pero vela;
no he cesado de sentir
sus pasos, por más cautela
que puso al ir y venir
por su aposento. Recela
que le sorprendan; previene
cauto el porvenir, y pienso
que entre su equipaje tiene
objetos que le conviene
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!..... ¿Y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora
padre, hermano....., algo..... A través
doy con todo: me devora
la impaciencia. Llamo, pues.

(Llama á la puerta por donde se fué Gabriel en la última
escena del acto primero.)

ESCENA II

DON CÉSAR y GABRIEL

GABRIEL

¿Qué me queréis?

DON CÉSAR

Advertiros
de que mi padre, el Alcalde,
vendrá pronto.

GABRIEL

Será en balde.

DON CÉSAR

No lo será el preveniros,
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.

GABRIEL

Pues el tiempo ha malgastado.

DON CÉSAR

Vuestra situación es grave.

GABRIEL

Lo sé.

DON CÉSAR

Quizás un proceso.....

GABRIEL

Vuestro padre anda ya en eso.

DON CÉSAR

¿Culpado saldréis?

GABRIEL

¡Quién sabe!

DON CÉSAR

Mi padre es hombre tenaz.

GABRIEL

¡Pues á buena parte viene!

DON CÉSAR

Es que tal vez os condene.

GABRIEL

Cumplo la pena, y en paz.

DON CÉSAR

Mas si antes que vuelva él
hacer prevención alguna
os importa....

GABRIEL

¿A mí? Ninguna.

DON CÉSAR

¡Señor!

GABRIEL

Llamadme Gabriel.

DON CÉSAR

Vos lo dijisteis: secreto
nos liga un nudo á los dos,
y siento á un tiempo por vos
inclinación y respeto.
Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros
de mi fe, para obligaros
sin recelo á confiar
en mí.

GABRIEL

¡Vaya! ¡Estáis chistoso,
por Dios! En este aposento
queríais hace un momento
atravesarme furioso,
¡y ahora mi confianza

conquistaros pretendéis
con ofertas? Ya sabéis
que la razón se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me tenéis: y á respeto
muéveos sólo mi secreto,
que vuestra aprensión abulta
tanto, que seguís mi viaje
vos, y á atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.

DON CÉSAR

Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.

GABRIEL

Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitán.

DON CÉSAR

Pues bien: antes que un proceso
entable el juez contra vos,
valiera más, ¡vive Dios!....

GABRIEL

¿Que me diera por confeso
yo mismo; que haciendo justo
del juez el empeño, diera
por supuesto que yo era
no sé quién, y por dar gusto
él al Rey, y diversión
al populacho, me ahorcara,
y Aurora por vos quedara?
¿Es esta vuestra cuestión?

DON CÉSAR

No así abuséis imprudente
de ese misterioso influjo
que á respeto me condujo
para con vos, é insolente,
mi lealtad y mi amor
ultrajéis: ésta es sincera,
y mi pasión verdadera,
señor.

GABRIEL

¡Dale con señor!
Vos sois noble, y yo villano;
vos sois gentil caballero,

y yo humilde pastelero:
decid Gabriel liso y llano.

DON CÉSAR

Me vais á desesperar.

GABRIEL

Y vos me vais á aburrir.

DON CÉSAR

¡Vos obstinado en fingir!

GABRIEL

¡Vos empeñado en hablar!

DON CÉSAR

¿Pronto á todo, fascinado
que estoy por vos no miráis?

GABRIEL

¿Y os mando yo que tengais
de mi porvenir cuidado?

DON CÉSAR

Una palabra tan sólo.

GABRIEL

¿Vais á volver á lo mismo?

DON CÉSAR

De esperanza en este abismo
dadme un rayo.

GABRIEL

¿Cuál?

DON CÉSAR

Sin dolo,
prometedme responder
á una pregunta.

GABRIEL

Si puedo
responderé.

DON CÉSAR

No hayáis miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?

GABRIEL

No conoció más
que á mí por padre jamás.

DON CÉSAR

¡Oh! ¡No lo sois!

GABRIEL

En buen hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo solo.

DON CÉSAR

¿Ella no sabe.....

GABRIEL

Nunca se lo revelé.

DON CÉSAR

¿Y la amáis?

GABRIEL

Mucho; quizás
mucho más de lo que debo.

DON CÉSAR

¿Conque la guardáis.....

GABRIEL

¡Mancebol

DON CÉSAR

Sí, para vuestra.....

GABRIEL

Jamás.

Pero tened desde aquí
y para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.

DON CÉSAR

¡Cielos!

GABRIEL

De toda esperanza
despedíos.

DON CÉSAR

¿Ofrecida
está á Dios?

GABRIEL

No; está elegida
para prenda de venganza.

DON CÉSAR

¿Vuestra?

GABRIEL

Yo no voy en pos
de venganzas.

DON CÉSAR

¿Es quizás
de su familia?

GABRIEL

De más
arriba.

DON CÉSAR

¡Del Rey!

GABRIEL

De Dios.

DON CÉSAR

(¡Imposible atar un cabo!
¡Su ser parece que abarca
con la altivez del Monarca
la abnegación del esclavo!)

ESCENA III

DON CÉSAR, GABRIEL y UN ALGUACIL

ALGUACIL

Su Señoría el alcalde
don Rodrigo.

DON CÉSAR

En el momento
volved á vuestro aposento.

GABRIEL

La entrevista será en balde.

ESCENA IV

DON CÉSAR y D. RODRIGO

DON RODRIGO

¿Seguros ambos?

DON CÉSAR

Seguros,
señor.

DON RODRIGO

Todo lo recelo
de él, que es audaz.

DON CÉSAR

Sin embargo,
no temáis ningún extremo.

DON RODRIGO

¿Le has hablado?

DON CÉSAR

Sí, un instante.

DON RODRIGO

Y ¿qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?

DON CÉSAR

Ninguno.

DON RODRIGO

¿Bravea, eh?

DON CÉSAR

Nada de eso:
tranquilo está; tal vez tiene
de justificarse medios.

DON RODRIGO

¡Imposible! En contra suya
tengo datos manifiestos.

DON CÉSAR

¿Sabéis ya.....

DON RODRIGO

Nada. Hilo á hilo
voy la madeja cogiendo.

Parece que hay en la vida de ese hombre tantos enredos, que sólo á fuerza de maña y paciencia, deshacerlos es posible. Mas no es lo que me trae más inquieto lo intrincado del negocio, que el laberinto estoy hecho á recorrer de las leyes; acósame el alma, empero, una agitación, que no sé distinguir con acierto si es afán ó repugnancia, si es duda ó presentimiento. Hay un punto de la historia de ese hombre, cuyo misterio, del tiempo de mi mayor pesar me trae un recuerdo.

DON CÉSAR

¿De cuándo?

DON RODRIGO

Tú no lo sabes; eras aún pequeñuelo. Luego, estas causas políticas de Portugal me trajeron siempre desgracias. Parece que el destino, con empeño fatal para mí, me pone portugueses siempre en medio de mi camino. Seis años anduve por aquel reino en comisión especial los rebeldes persiguiendo, y como todos conspiran contra el Rey y su Gobierno, yo soy allí detestado.

DON CÉSAR

¿Fuisteis quizá muy severo?

DON RODRIGO

Fuí de Felipe segundo leal servidor. Tan terco como ellos en resistirse, fuí yo en desplomar sobre ellos todo el rigor de las leyes, y á fe que no me arrepiento. Rebeldes eran: cumplí

con mi obligación; mas tengo todavía que volverles cierta partida, y si puedo, quedarán tan bien pagados como yo bien satisfecho. Mas las horas vuelan, César; déjame aquí con el preso. Guarda esa puerta por fuera, y si llamo acude presto.

ESCENA V

DON RODRIGO DE SANTILLANA

Las diligencias primeras terminaron, y el proceso está entablado. ¡Malditos portugueses!... ¡Qué de enredos! Diez y seis, y gente toda de probidad, de respeto y hasta de ciencia, declaran que en el fondo de su pecho existe la convicción de que el trágico suceso es falso, y que están seguros de que en Africa no ha muerto. Unos en Cintra le han visto, y en Cintra fué donde él mismo dijo que compró su espada; otros cruzando le vieron el Tajó una tarde: el fraile dice que en su monasterio le rezó él mismo una misa antes del alba, y á esto para obligarle, del Papa le mostró bula, y que cierto está de que él era: y todos afirman con juramento, que fueron á Madrigal y que le reconocieron. Ahora bien, señor Alcalde: pise su merced con tiento, que es la tierra escurridiza. O es él, ó no: en los decretos de Dios todo cabe, y todo cabe en los humanos yerros. Si en verdad es él, Alcalde, no será, en verdad, muy cuerdo ahorcarle, sin dar al Rey de todo aviso primero.

Si es un impostor....., también le avisaré, y á lo menos, si se yerra, entre los dos el error compartiremos.

ESCENA VI

DON RODRIGO y GABRIEL

DON RODRIGO

¡Hidalgo!

GABRIEL

Más alto pico.

DON RODRIGO

¿Caballero?

GABRIEL

Todavía

más alto.

DON RODRIGO

Su Señoría

me excuse si no le aplico su título verdadero; mas hablemos un instante, y de hoy para en adelante no erraré en él, porque espero que aquí, y á solas los dos, me diréis la jerarquía que ocupáis.

GABRIEL

Su señoría

espera bien, pues ¡por Dios! que sabiendo yo quién es, debo de hablar sin reparo.

DON RODRIGO

Eso quiero, que habléis claro.

GABRIEL

Ya veréis.

DON RODRIGO

Decidme, pues, señor Gabriel.

(Don Rodrigo va á sentarse á la mesa).

GABRIEL

Un momento, señor don Rodrigo.

DON RODRIGO

¿Qué?

GABRIEL

¿Vais á sentaros?

DON RODRIGO

(Se sienta.)

Sí, á fe.

(Gabriel trae con mucha calma una silla y la coloca frente á la mesa de D. Rodrigo.)

¿Qué hacéis?

GABRIEL

Lo mismo; me siento.

DON RODRIGO

Yo soy Alcalde de corte.

GABRIEL

Sí, mas no sabéis quién soy yo, y si mal ó bien estoy sentado ante vos.

DON RODRIGO

¿Del porte audaz que usáis conmigo, buenas razones supongo que me daréis?

GABRIEL

Me propongo hacerlo así.

DON RODRIGO

Pues prosigo.

GABRIEL

Seguid.

DON RODRIGO

La duda primera que al escucharos me asalta, es la de que nombre os falta digno de vuestra alta esfera.

GABRIEL

Lo tengo.

DON RODRIGO

Pues no lo sé.

GABRIEL

Gabriel Espinosa.

DON RODRIGO

¿Un tal
pastelero en Madrigal?

GABRIEL

Sí.

DON RODRIGO

Pues poneos en pie,
señor pastelero.

(Gabriel se levanta.)

Así;

ante el juez sólo se sienta
quien altos títulos cuenta.

GABRIEL

Como me sucede á mí.

(Se vuelve á sentar.)

DON RODRIGO

(Aparte.)

Ir le tengo de dejar
por donde quiera, y á ver.

GABRIEL

(Aparte.)

Pienso que mi proceder
le empieza á desconcertar.

DON RODRIGO

Pues ¿cómo oficio tan bajo,
siendo tan alto, elegís?

GABRIEL

Por vivir, cual vos vivís
de la ley, de mi trabajo.

DON RODRIGO

Mas mi toga y aranceles
no deshonran.

GABRIEL

No, á fe mía;
pero yo hacer no sabía
otra cosa que pasteles.

DON RODRIGO

(No es lerdo el señor Gabriel.)

GABRIEL

(Astuto es el don Rodrigo.)

DON RODRIGO

(Por aquí nada consigo,
pero yo daré con él
en tierra al fin.) Caballero....

GABRIEL

Mandad.

DON RODRIGO

Una relación
que os llamará la atención
contaros quisiera.

GABRIEL

Espero
que será por lo galana,
lo discreta y lo curiosa,
la invención más ingeniosa
del señor de Santillana.

DON RODRIGO

Pues oid. Buen capitán
más que rey, de fe tesoro,
allá en las playas del moro
murió el rey don Sebastián.
¿Supongo que de una historia
tan pública oísteis algo?

GABRIEL

¡Si vierais qué poco valgo
en esto de la memoria!

DON RODRIGO

En vuestro horno, no me extraña
que estéis de noticias falto.

GABRIEL

Sé que á su muerte, de un salto
pasó Portugal á España.

DON RODRIGO

Justo; mas hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes, dan en decir
á los pueblos á ellas fieles,
que ha sido una usurpación,
y pregonan de concierto,
del Rey en Africa muerto
la fausta resurrección.

GABRIEL

¡Oiga, no está mal pensado!

DON RODRIGO

No; mas la dificultad
era el dar en realidad
con el Rey resucitado.
Buscósele con esmero,
y hallóse, por toda cosa,
un tal Gabriel Espinosa,
en Madrigal pastelero.

GABRIEL

Vamos, ya caigo: el error
de esta semejanza mía
hizo á Vuestra Señoría
creer que soy.....

DON RODRIGO

(Interrumpiéndole.)

Un impostor.

GABRIEL

¿Quién lo dice?

DON RODRIGO

Yo lo digo,
y el rey Felipe y el mundo.
entero.

GABRIEL

Pues miente el mundo,
y el Rey, y vos, don Rodrigo.

DON RODRIGO

Inútil es vuestra audacia;
testigos tengo allá fuera
que os acusan por doquiera
por impostor.

GABRIEL

¡Vaya en gracia!

Mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.
Y ¿dónde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
que era el Rey?

DON RODRIGO

Vos mismo, no.

GABRIEL

Entonces, dejadme en paz.
Sí yo me parezco á un rey,
y el vulgo por rey me tiene,
citar al vulgo os conviene,
pero no á mí, ante la ley.

DON RODRIGO

¡Espinosa!.....

GABRIEL

Don Rodrigo,
aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéroslas conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza,
que á ser yo el que habéis pensado,
estaríaís vos sentado

(Don Rodrigo se levanta y se descubre conforme
va hablando Gabriel.)

y cubierta la cabeza?
Rodrigo de Santillana,
á ser yo el que habéis creído,
hubiéráis vos ya salido
¡vive Dios! por la ventana.

DON RODRIGO

(¡Por quien soy, que me ha turbado!
¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?)

GABRIEL

(¡Pobre juez!)

DON RODRIGO

(No habría osado

palabras tan arrogantes
decir.) Señor....., si en mal hora.....

GABRIEL

Ni tan bajo como ahora,
ni tan alto como antes.

DON RODRIGO

(¡Tanta majestad me asombra!)
Gabriel, quienquier que seáis,
manda en mí el Rey que digáis
quién sois, en fin.

GABRIEL

Una sombra;
y porque acabemos, voy,
y afanes por excusaros,
señor Santillana, á daros
cuenta exacta de quién soy.
Nací donde quiso Dios;
si de noble raza, bien
se demuestra en mí; de quién,
me importa callar, y á vos
saber de mí no os importa;
prestadme, empero, atención,
pues va á ser mi relación,
cuanto complicada, corta.
Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad,
abandoné mis hogares,
y en más remoto hemisferio,
dueño del mayor imperio,
pirata fuí de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero,
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza,
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto

TOMO IV

de Marqués de Mari-Alba,
al lado del Duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida;

(La muestra.)

bien es que al que me la abrió,
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

DON RODRIGO

No os daría poca pena
después.

GABRIEL

¡Fué un fatal deslíz!....

DON RODRIGO

(Mirándole á la frente.)

No es mala la cicatriz.

GABRIEL

La cuchillada fué buena.
No me tendió, sin embargo;
el furor me mantenía,
y combatí todavía
hasta caer, tiempo largo.
Mas, harto al fin del oficio
de lidiar en tierra firme,
licencia para salirme
por entonces del servicio
al Duque de Alba pedí;
diómela el Duque cortés,
y vedla.

(Le da un papel.)

DON RODRIGO

Su firma es;
para el Marqués.....

GABRIEL

Para mí.

Dí, pues, vuelta hacia la corte,
sirviéndome mucho en ella,
primero, mi buena estrella;
después, mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía,
y á mí el Rey me recibía
con grande amistad.

DON RODRIGO

(¡Gran Dios,
entonces fué cuando vino
el Monarca portugués
á Castilla! ¡Será, pues,
este hombre!) ¿Quién previno
más festejos á usarced?

GABRIEL

No hay por qué ocultarlo al fin:
el Conde de Medellín
con tantos me hizo merced,
que corresponder no supe,
como era mi obligación.

DON RODRIGO

¿Y os tuvo tal atención
en Madrid?

GABRIEL

No, en Guadalupe.

DON RODRIGO

¿En ese pueblo?

GABRIEL

Sí tal.

DON RODRIGO

No recuerdo que de allí.....

GABRIEL

Al Rey de España en él vi
junto al Rey de Portugal.
Después..... abrid, Santillana,
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Basteos saber, don Rodrigo,
que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra extranjera anduve
errante, como un bandido,
y el pan que en ella he comido,
que mendigármelo tuve.
Mas el desengaño, al fin,
¿qué ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido á Roma
remando en un bergantín.

Visité á Su Santidad:
confesión le hice de todo,
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad,
dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento
y me abruman la conciencia,
que emprendiera el viaje entero
del Santo Sepulcro á pie.

DON RODRIGO

¿Y lo hicisteis?

GABRIEL

Por la fe
lo juro de caballero.
Y aun fué más: Su Santidad
me ordenó que renunciara
mi jerarquía y que echara
mi nombre en la eternidad.
He aquí por qué no os lo digo.
Penitente le arrojé
dentro de ella, y le olvidé
para siempre, don Rodrigo.

DON RODRIGO

¡Interesante proemio!
Y á ser tan cierto.....

GABRIEL

Lo es tanto,
que tengo del Padre Santo
por testimonio y por premio
esta bula. Me conviene
que la leáis.

(Le da otro papel.)

DON RODRIGO

Os la tomo.
No está vuestro nombre.

GABRIEL

¿Y cómo,
si á quien se dió no le tiene?

DON RODRIGO

Proseguid.

GABRIEL

Mi protector,

el Papa, en sus santos juicios,
utilizar mis servicios
imaginó, y fiador
constituyéndose mío,
me envió á un poderoso Estado,
que al verme tan bien fiado,
fió un bajel á mi brío.

Venecia fué nuevamente
del corsario protectora:
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente

(Le da otro papel.)

Volví al mar: del africano
las costas guardando anduve,
y en un combate que tuve,
los dos dedos de esta mano
perdí; mas su nave hundida,
cogí á mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo á Venecia dí
contento, cuando topé
con un barco de no sé
qué argelino: resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada,
rescaté una desgraciada
niña, á quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y á quien, según esperaba,
iba á vender por esclava
el argelino inhumano.

DON RODRIGO

¿Y esa niña es doña Aurora?

GABRIEL

Que pasa por hija mía.

DON RODRIGO

¿Familia, pues, no tenía?

GABRIEL

Y tiene.

DON RODRIGO

¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?

GABRIEL

Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo á guardarla
mientras tanto.

DON RODRIGO

¿Y dónde están
los documentos?

GABRIEL

Vendrán
muy pronto; porque entregarla
mucho á su padre me importa.

DON RODRIGO

Pensáis que él os dé....

GABRIEL

Al contrario:
las riquezas del corsario
son para ella.

DON RODRIGO

Porción corta
no será.

GABRIEL

¡No habrá, á fe mía,
quien competir la pretenda!
Millones tiene en hacienda,
millones en pedrería.

DON RODRIGO

¿Dónde?

GABRIEL

En Venecia.

DON RODRIGO

¿Estarán
en el poder....

GABRIEL

Del Estado:
es ahijada del Senado
serenísimo, y tendrán
que devolvérsela salva

sus parientes á Venecia,
rica y libre, cual la precia
el Marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis;
á qué vine á Madrigal
y á qué voy á Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe.
Sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa á la ley,
llevadme á Madrid; el Rey
me conoce, don Rodrigo.

DON RODRIGO

(Su altivez en confusión
me pone, y su majestad
me asombra. ¿Sera verdad
lo de la resurrección?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que á poco más le daré
por el Rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano;
no dirán que de un villano
impostor juguete fuí.)

(Llama D. Rodrigo y habla en secreto con un alguacil,
que se vuelve á marchar.)

GABRIEL

(¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo,
por sorprendente, el registro.)

ESCENA VII

DON RODRIGO, GABRIEL y EL MARQUÉS DE TAVIRA
Gabriel se aparta á un lado, y, sentándose, se mantiene
en toda esta escena dando la espalda al Marqués.

DON RODRIGO

Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez....

EL MARQUÉS

Vuestras atenciones

os agradezco, en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar á Castilla,
y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene; os prevengo
que hombre soy muy principal,
y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

GABRIEL

(Aparte.)

Si mi mente no delira,
¡por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen Marqués de Tavira!

DON RODRIGO

No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digáis
sin doblez, cuanto sepáis
de aquella fatal jornada
de Africa: corré el rumor
por ahí de que no es cierto
que don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.

GABRIEL

(Mirándole.)

(Y el gesto y el ademán.
¡Pobre rey don Sebastián
si en manos cae de ese hombre!)

DON RODRIGO

Conque decid, ¿es verdad
que en África el Rey murió?
Que allá estuvisteis sé yo
con toda seguridad.
Háblad: Marqués de Tavira,
vuestra nobleza es notoria;
no echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

EL MARQUÉS

Inexperto capitán,
de mi edad en el vigor,
esclavo fué mi valor
de mi rey don Sebastián.
Juntos un mismo bajel

á tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fuí con él.
Un mar de sangre corrió:
pero al partirse la suerte,
sólo el baldón y la muerte
á nosotros nos tocó.

GABRIEL

(No sé por qué la memoria
de ese lance me entenece
y me irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)

EL MARQUÉS

El Rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.

DON RODRIGO

(Á Gabriel.)

¡No es mala esa cicatriz!

GABRIEL

¡La cuchillada fué buena!

(Al Marqués.)

Seguid.

EL MARQUÉS

El Rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó, rota la espada,
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos.

DON RODRIGO

(Á Gabriel.)

Si no oí mal,
me habéis dicho.....

GABRIEL

(Con calma y sin volverse.)

Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

DON RODRIGO

Marqués, el remate
de la batalla.

EL MARQUÉS

Caí

bajo un hachazo á los pies
de mi Rey..... y no vi más;
perdí el sentido

DON RODRIGO

Quizás
al recobrarle después.....

EL MARQUÉS

Ya no le hallé: con la luna
tomé del mar el camino,
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su Rey, un baldón.

DON RODRIGO

¡Señor Marqués de Tavira,
esa frase infamatoria.....

EL MARQUÉS

No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira.

DON RODRIGO

Conque, en fin, ¿el Rey murió?

EL MARQUÉS

No lo sé, ¡por vida mía!
Si lo supiera, os diría,
señor Alcalde, que no.

DON RODRIGO

(Al Marqués. Ilevándole aparte.)

¿Buena memoria tenéis?

EL MARQUÉS

Buena.

DON RODRIGO

¿Y vista?

EL MARQUÉS

Perspicaz.

DON RODRIGO

Si vive y le veis, ¿capaz de conocerle seréis?

EL MARQUÉS

¡Si vive habéis dicho!

DON RODRIGO

Sí.

EL MARQUÉS

¿Tenéis, pues, noticias de él?

DON RODRIGO

¿Recibisteis un papel anónimo?

EL MARQUÉS

Recibí

uno ayer.

DON RODRIGO

¿Y qué os decía?

EL MARQUÉS

Las señas de un personaje me daban, que iba de viaje y aquí á hospedarse vendría: mandábanme á un comerciante que me daría dinero para pagar del viajero el gasto, y que en el instante fuera á cobrarlo y corriera con el pago, y tras el tal viajero hacia Portugal la vuelta sin falta diera.

DON RODRIGO

¿Y cobrasteis?

EL MARQUÉS

Sí cobré.

DON RODRIGO

¿Y pagasteis?

EL MARQUÉS

Pues ¿cobrado por mí, no fuera pagado?

DON RODRIGO

Perdonad: ¿é iréis?

EL MARQUÉS

Iré.

DON RODRIGO

Luego ¿sabéis de quién es el anónimo?

EL MARQUÉS

Aunque no lo sé, jamás me engañó en uno.

DON RODRIGO

¿Os ha escrito, pues, otros?

EL MARQUÉS

Varios.

DON RODRIGO

Sobre asuntos.....

EL MARQUÉS

Secretos.

DON RODRIGO

Mas ¿ciertos?

EL MARQUÉS

Sí.

Siempre que salieron vi ciertos en todos sus puntos.

GABRIEL

(Aparte.)

¡Con famosos servidores cuenta el rey don Sebastián! ¡Pobres reyes! ¡Siempre dan con tontos ó con traidores!

EL MARQUÉS

Si he concluído, no es cosa de estarme aquí sin provecho.

DON RODRIGO

Perdonadme que aun insista;
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del Rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conocéis, quién es.

GABRIEL

(Aparte.)

Santillana es todo un hombre.

EL MARQUÉS

(Aparte.)

¿Qué diablos de juego es éste?
¡Posición más engorrosa!

DON RODRIGO

(A Gabriel.)

Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el Marqués de Tavira,
que está mirándoos con ira.

GABRIEL

¿Se lo habéis vos ordenado?

DON RODRIGO

Veid que son los portugueses
quisquillosos: despedidle
al menos; vamos, decidle
cuatro palabras corteses.

GABRIEL

Voy, pues que vos lo queréis.

DON RODRIGO

(Yo apuraré la mentira.)

GABRIEL

¿Señor Marqués de Tavira?

EL MARQUÉS

¡Jesucristo!

GABRIEL

¿Qué tenéis?

EL MARQUÉS

¡Señor....., sois vos....., aun vivís!

GABRIEL

¡Si vivo! Pues ¿no lo veis?
Pero ¿qué diablos decís?

EL MARQUÉS

¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
¡Es el rey don Sebastián!

(Cae de rodillas.)

GABRIEL

¡Imbécil! A ser de cierto
don Sebastián, ¿no reparas
que antes que me delataras
á mis pies te hubiera muerto?

EL MARQUÉS

¡Jesús! .

GABRIEL

Señor Santillana,
¿que sé, daréis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?

DON RODRIGO

¡Yo! ¡Farsa!..... Y ¿con qué interés?

GABRIEL

Salta á los ojos: es fuerza
que ya la opinión se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
ahorcar porque más en él
no espere, y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estáis convenido.

DON RODRIGO

¡Yo!

GABRIEL

Traedme otro marqués

como ése; aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble, ni portugués.

(Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y á D. Rodrigo.)

ESCENA VIII

DON RODRIGO y EL MARQUÉS DE TAVIRA

DON RODRIGO

Ese hombre me va á volver
el juicio á mí. ¡Por mi vida,
que está buena la salida!
No me queda más que ver.
Mas me pone en confusión
su aplomo, su majestad
y su audacia..... ¿Habrá verdad
en esta resurrección?

EL MARQUÉS

Sandio dijo.... Sandio soy,
mas contenerme no pude.

DON RODRIGO

¿Es él?

EL MARQUÉS

No habrá quien lo dude.

DON RODRIGO

¿Estáis seguro?

EL MARQUÉS

Lo estoy.

DON RODRIGO

¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

EL MARQUÉS

No.

DON RODRIGO

¿Jurarais en conciencia.....

EL MARQUÉS

Que es el rey don Sebastián.

DON RODRIGO

(Llamando.)

El capitán Santillana.

ESCENA IX

DON RODRIGO, EL MARQUÉS y D. CÉSAR

DON RODRIGO

Ruégooos que me perdonéis,
señor Marqués, mas me obliga
mi deber á hacer que el viaje
suspendáis.

EL MARQUÉS

(Ya no podría
continuarle: ya le he visto,
y á verle nada más iba.)

DON RODRIGO

(Aparte á D. César.)

Escucha, César.

DON CÉSAR

Decid.

DON RODRIGO

Antes de que apunte el día
deben de partir los presos.

DON CÉSAR

¿Adónde van?

DON RODRIGO

Á Medina
del Campo.

DON CÉSAR

Pues ¿qué razones
hay?

DON RODRIGO

Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho á Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar á la justicia.

DON CÉSAR

¿Sabéis, pues.....

DON RODRIGO

Yo no sé nada.

La situación se complica de tal modo, que no hay ciencia ni sagacidad que sirvan para dominarla. Doña Ana de Austria, sobrina del Rey y abadesa ahora de las monjas Agustinas de Madrigal, y otras muchas personas como ellas dignas de respeto, es menester que declaren. En la villa de Madrigal, peligroso fuera instalarme; en Medina hay cárcel segura, estoy casi á la distancia misma de aquí, que de Madrigal, y hay algunas compañías de arcabuceros.

DON CÉSAR

Pues ¿tantas precauciones son precisas?

DON RODRIGO

Todas son pocas tratándose de una cabeza proscrita, que puede hacer la desgracia de toda una Monarquía. Tú le escoltarás, y luego partirás á toda prisa á la corte, para el Rey con una consulta mía. Voy á mandar las literas traer, y estar prevenida la escolta que has de llevar. César, la más exquisita vigilancia ten; con ellos vas guardando nuestras vidas. Adiós. Seguidme si os place, señor Marqués de Tavira.

ESCENA X

DON CÉSAR. Despues D.^a AURORA

Don César aguarda á que se vayan D. Rodrigo y el Marqués; escucha un momento á la puerta del fondo, y va á abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de D.^a Aurora, llamándola con precaución.

DON CÉSAR

¡Aurora!..... ¡Aurora!..... Cerráronla en la cámara vecina, sin duda porque no oyera lo que en ésta sucedía.

(Entra, y vuelve á salir con D.^a Aurora.)

Venid, Aurora.

DOÑA AURORA

¿Qué pasa, capitán, que así os obliga á llamar?

(Don César cierra la puerta del fondo.)

¿A qué cerráis las puertas con tanta prisa?

DON CÉSAR

¡Aurora, Aurora! Esta casa es ya una cárcel sombría para vosotros.

DOÑA AURORA

¡Dios mío!
¿Qué decís?

DON CÉSAR

De la justicia en poder estáis. Gabriel, con pertinacia inaudita, se obstina en callar, é inútil todo es con él. Ni le obligan las ofertas, ni le mueven los ruegos, ni le dominan las amenazas. Impávido hacia el abismo camina con el semblante sereno y en los labios la sonrisa, cual si pudiera de un soplo disipar la enfurecida tempestad en que sin rumbo va la nave de su vida.

DOÑA AURORA

Capitán, es inflexible:
sus acciones son siempre hijas
de una decisión resuelta
y de una convicción íntima,
y no cede.

DON CÉSAR

Pues os lleva
esa condición altiva,
hoy antes que raye el alba,
á la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

DOÑA AURORA

¿Entonces.....

DON CÉSAR

Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos, que sois su amor, su hija;
habladle y decidle: «Huyamos:
don César nos facilita
la fuga; huyamos.....», y huid,
Aurora; y ya que mi vida,
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida,
huid; y al menos debédmela
aunque pierda yo la mía.
Huid: nada hay que me espante:
seré traidor, si es preciso
la traición para salvaros.

DOÑA AURORA

Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga.

(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto
de Gabriel.)

Él va á salir..... ¡Que me asista
rogad al cielo!....., y dejadme
con él.

(Vase D. César, cerrando la puerta.)

Trae embebida

su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

(Sale Gabriel, sombrío, los brazos cruzados, sin ver á
Aurora, que se ha retirado á un lado, y habla consigo
mismo.)

ESCENA XI

DOÑA AURORA y GABRIEL

GABRIEL

A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
sólo el Rey puede descoser mi boca;
él solo: si me salva ó si me vende,
él con Dios se verá: no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día, en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.

DOÑA AURORA

¿Ni una mirada para mí?

GABRIEL

Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado, ante ti pasé sin verte. [bia?
Mas ¿por qué el llanto tu mirada entur-
¿Por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?

DOÑA AURORA

Riesgos traidores
te acechan por doquier; tal vez la muerte.
¿Y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?

GABRIEL

Te engañas.

DOÑA AURORA

Tú, la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve,

es fuerza que hoy ante la ley se rasgue de un juez, terror de cuantos nobles seres asilo hallaron, nacimiento ó nombre, de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GABRIEL

¿Quién te lo ha dicho?

DOÑA AURORA

Ya lo sé.

GABRIEL

Pregunto

quién te lo ha dicho.

DOÑA AURORA

El capitán, que tiene más de leal, de noble y generoso, que tú de franco con quien más te quiere.

GABRIEL

¡Aurora!

DOÑA AURORA

No receles que mis labios dejen salir palabras imprudentes, que á impulso de un amor desatinado compliquen más la situación presente.

GABRIEL

De don César, al fin, desventurada, al fuego dió tu corazón albergue?

DOÑA AURORA

Mi corazón entero es de otro hombre, y me son los demás indiferentes: ni te hablara yo de él en esta hora, que habrá de ser para los dos solemne. Yo quiero al capitán porque tú mismo me viniste á decir: «Aurora, quíerele»; mas yo le quiero porque tú lo mandas, porque quiero no más lo que tú quieres.

GABRIEL

Quíerele, Aurora, porque ya es acaso el solo amigo que tu padre tiene.

DOÑA AURORA

¡Mi padre, sí; mi cariñoso padre!....

¿No es este el nombre que emplear con en esta situación? [viene

GABRIEL

Silencio, Aurora: que es el encanto de mi vida advierte ese nombre feliz.

DOÑA AURORA

Pero ese nombre, dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GABRIEL

¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

DOÑA AURORA

La que á tu lado y con placer mil veces, y acaso en busca de la paz perdida, veló tu sueño y sorprendió inocente tu secreto.

GABRIEL

¡Gran Dios! ¿Y nada dije de mi vida anterior, de otros placeres, de otros tiempos en fin?

DOÑA AURORA

Nada dijiste; nada, señor; mas aunque dicho hubieras, en el pecho de Aurora lo enterraras, que en ti á sufrir como á callar aprende.

GABRIEL

¡Miserable de mí! Porque el misterio que intentan aclarar oculto quede siempre en mi corazón, ¿será preciso que yo mismo la lengua me cercene?

(Gabriel escucha desde aquí, como distraído en sombrías reflexiones.)

DOÑA AURORA

¡Padre!

GABRIEL

Expícate, Aurora.

DOÑA AURORA

Oye: al impulso de una curiosidad impertinente ó de otro sentimiento inexplicable que en mí se agita y que en mi alma en- [ciende

la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné....., porque á mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece;
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

GABRIEL

Prosigue, Aurora.

DOÑA AURORA

Abandoné mi lecho,
y al tuyo me acerqué como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un extraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé, y mi labio
un ósculo filial posó en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?

GABRIEL

Prosigue, Aurora mía;
tu voz la voz de un ángel me parece.

DOÑA AURORA

Al contacto sutil del labio mío
sonreíste, señor; y tu voz débil
oí que el nombre mío murmuraba
entre esos ayes con que el mal divierte
de una pasión el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entonces supe, por la lengua misma,
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano,
espesa sombra mi existencia envuelve.

GABRIEL

¿Y entonces.....

DOÑA AURORA

Me aparté ruborizada
de quien mi padre no es; sentí más fuerte
latir mi corazón; sentí otra sangre
circular por mis venas más ardiente:
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse,
y al apartarme de tu lecho trémula,
un óbsculo de amor grabé en tu frente.

GABRIEL

No lo digas jamás, Aurora mía.
Jamás á nadie tu pasión reveles:
quema los labios que en mi frente seca
pusiste; quema el corazón rebelde
que el cariño filial de sí arrojando,
dió á mi cariño en su lugar albergue.

DOÑA AURORA

Es ya tarde, Gabriel; mi amor es hijo
de tu callado amor.

GABRIEL

Tú lo mereces:
tú eres la sola flor que brotar hizo [nerme
en mi camino Dios.....; Dios, que al po-
sobre la tierra, me alfombró de espinas
la senda que mis pies recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo;
yo soy un árbol cuyo tronco estéril,
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

DOÑA AURORA

No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez; cuyo ámbar bebe
mi pobre corazón, de quien tú solo
sombra, delicia y alimento eres. [fancia,
Dios me entregó á tus brazos en mi in-
porque Dios quiso que en tu pecho ar-
brotase, para encanto de tu vida, [diente
de esta pasión correspondida el germen.

GABRIEL

Tienes razón, Aurora; reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora; Dios del cielo
te envía.....; un ángel de los cielos eres.

DOÑA AURORA

Escúchame, Gabriel.

GABRIEL

Habla.

DOÑA AURORA

En el nombre
de esa pasión que en nuestras almas
desaparezcan hoy esos misterios [hierve,
que nuestras dos historias obscurecen.

Imposible.

DOÑA AURORA

No temas que me espante, Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote, de haberte amado nunca.

GABRIEL

Es imposible.

DOÑA AURORA

Habla. Dime quién soy, dime quién eres. Si eres villano y en tus venas viles la sangre impura y maldecida tienes de raza hebrea ó de morisca tribu, yo te amaré, Gabriel; si reales puedes ostentar de tu estirpe en el escudo coronados y espléndidos cuarteles, yo te amaré, Gabriel; si eres acaso criminal fugitivo, y por mí temes de un patíbulo infame la deshonra, yo te amaré, Gabriel: llama si quieres á un sacerdote, y que con lazo eterno anude nuestras almas, y no pienses que el deshonor de criminal memoria me humille: te amo con amor tan fuerte, que oraré mientras viva, en tu sepulcro, orgullosa del nombre que me dejes.

GABRIEL

¡Calla, Aurora, deliras!

DOÑA AURORA

Un momento, Gabriel, óyeme aún, no te impacientes. Si eres un impostor, un ambicioso, cogido al fin entre sus propias redes, huyamos; tienes ocasión y tiempo: sí, nuestra fuga el capitán protege; huyamos, nuestro amor y nuestra infa-
arrastrando á remoto continente. [mia

GABRIEL

¡Aurora!

DOÑA AURORA

Hoy á la cárcel de Medina, rayando el alba, trasladarnos deben, [te... y el capitán, que en nuestra guarda par-

GABRIEL

Silencio, Aurora. ¿Deshonrarle quieres para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo cuando en su guardia el infeliz me lleve, morirá en mi lugar, y que al fugarme me doy por criminal siendo inocente? Yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero, ni nací para huir: ya muchas veces la he visto cara á cara, y en el pecho, no por la espalda, me herirá la muerte.

DOÑA AURORA

Hiéranos á los dos un mismo golpe.

GABRIEL

Tú no debes morir: aún que hacer tienes sobre la tierra.

DOÑA AURORA

¿Qué, sin ti?

GABRIEL

Llorarme.

DOÑA AURORA

¿Me lo mandas?

GABRIEL

Yo no; Dios: obedece. Dios me pone en los labios un candado, no lo intentes romper. Pura, inocente, noble, eres tú: si á deshonrada tumba mi silencio me lleva, Dios lo quiere. Inclina, Aurora, la cabeza humilde bajo la voluntad omnipotente, y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora: mártir me quiere Dios, y obedecerle es fuerza; vive: y si te dice el mundo [te- que he sido un impostor, el mundo mien- Yo no he dicho jamás que era el que bus-
[can, y á morir me enviarán sin conocerme. Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora mientras los hombres libertad te dejen; y si te culpan como á mí, en silencio, digna siempre de mí, como yo muere.

DOÑA AURORA

¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea, Gabriel; digna de ti quiero ser siempre.

ESCENA XII

DOÑA AURORA, GABRIEL y D. CÉSAR.
Después D. RODRIGO

DON CÉSAR

Don Rodrigo sube.

GABRIEL

(Á D. César.)

Oid

antes. Si en algo apreciáis
á Aurora, ved cómo enviáis
ese papel á Madrid.

(Gabriel da una carta á D. César, que la toma
rápidamente.)

DON CÉSAR

Sabéis que mi fe la aprecia
en más que en mi mismo honor.
Yo le llevaré.

GABRIEL

Al señor
Embajador de Venecia.

ESCENA XIII

DICHOS y UN ALGUACIL. Después D. RODRIGO

ALGUACIL

(Entrando.)

Su Señoría.....

GABRIEL

Aguardamos
sus órdenes.

DON RODRIGO

(Entrando.)

Os espera
allá abajo una litera,
señor Gabriel.

(Gabriel, tomando de la mano á D.^a Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:)

GABRIEL

Pues partamos.

DON RODRIGO

¿Ni inquirís adónde vais
ni tomáis vuestro equipaje?

GABRIEL

Vos que disponéis mi viaje,
sabréis cómo me lleváis.

DON RODRIGO

Connigo.

GABRIEL

Pues ya tardamos.

DON RODRIGO

Vuestros cofres van con sellos.

GABRIEL

Haced lo que os plazca de ellos.

DON RODRIGO

Pues cuando gustéis.

GABRIEL

Pues vamos.

(Vanse: delante Gabriel con D.^a Aurora,
luego D. Rodrigo y D. César.)



ACTO TERCERO

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal. Decoración ochavada; puerta en el fondo, balcón á la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel; puerta á la izquierda, de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO y EL ESCRIBANO sentados á la mesa. GABRIEL al otro lado, en un sillón, reclinado tranquilamente y como ajeno á lo que pasa á su rededor.

ESCRIBANO

Señor, no duerme.

DON RODRIGO

Y ¿qué mal halláis en que esté despierto?

ESCRIBANO

Que escucha.

DON RODRIGO

Es un hombre muerto; que escuche ó no, ya es igual. Seguid leyendo.

ESCRIBANO

(Tomando un papel de la mesa.)

Un oficio del doctor don Juan de Llanos.

DON RODRIGO

¿Qué dice?

ESCRIBANO

Que siendo vanos interrogatorio y juicio, mandó dar á fray Miguel el día cinco tormento.

DON RODRIGO

Y ¿qué dijo?

ESCRIBANO

Que era invento suyo lo de que Gabriel fuese el Rey de Portugal, y que le movió á este engaño el intento de hacer daño al rey don Felipe.

DON RODRIGO

Mal salió. Leed.

ESCRIBANO

(Otro papel.)

Petición de la nominada Aurora.

DON RODRIGO

Y ¿qué pide esa señora?

ESCRIBANO

Ver á su padre.

DON RODRIGO

Ocasión llegará de que le vea cuando esté ya confirmada su sentencia, y no haya nada que temer de que así sea.

ESCRIBANO

(Otro papel.)

Novena solicitud
del preso llamado Arbués.

DON RODRIGO

¿Qué solicita?

ESCRIBANO

Que pues

vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir.

DON RODRIGO

No ha lugar hasta el momento
de la Real confirmación
de su sentencia, si vive.

ESCRIBANO

(Otro papel.)

Una carta que os escribe
un anónimo.

DON RODRIGO

Cuestión

diaria: amenazas, fieros
contra mí y contra los jueces;
juramentos y sandeces
de rebeldes y embusteros.
Adelante.

ESCRIBANO

(Una carta.)

Para el juez
don Rodrigo Santillana;
carta que hoy por la mañana
llegó de Madrid.

DON RODRIGO

¡Pardiez!

¿Y así os estabais con ella?
Dadme acá.

ESCRIBANO

Tomad, señor.

DON RODRIGO

De César.

(Leyendo.)

«Del portador,
mañana sobre la huella
partiré; media jornada
ante mí llegará á ésa;
ni puedo darme más priesa,
ni hasta hoy el Rey hizo nada.»
¡Gracias á Dios que tocamos
con el fin de ese proceso!
Llevaos vos todo eso,
escribano.

ESCRIBANO

¿Os esperamos?

DON RODRIGO

Afuera; y si algún correo
de la Corte de Madrid
llega, que suba decid
al punto.

ESCRIBANO

Está bien.

(Vase el escribano.)

ESCENA II

GABRIEL y D. RODRIGO

DON RODRIGO

(Aparte.)

(Deseo

salir de este laberinto
de una vez, y de ese hombre,
á quien no hay nada que asombre....
Me repugna por instinto.
Su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversación, su sardónica
sonrisa eterna, en el alma
me infunden honda inquietud;
no me acusa la conciencia
de nada; dí la sentencia
con severa rectitud,
conforme á la ley, mas presiento
que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano,
y deja sin complemento
la obra de la justicia.

Exhala ese hombre satánico
no sé qué de frío y pánico.....;
creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el Rey la sentencia envía
firmada, el último día
es hoy que calor le da.)
¿Dormís, señor Espinosa?

GABRIEL

Casi, casi, señor juez.

DON RODRIGO

¿Cansado estáis?

GABRIEL

¡Psé!

DON RODRIGO

¿Tal vez

sufrís dolor?

GABRIEL

Poca cosa.

DON RODRIGO

Aquí estaréis menos mal
que en la torre.

GABRIEL

Así así.

DON RODRIGO

Que apreciarais más creí
mi caridad.

GABRIEL

Me es igual.

DON RODRIGO

¿Tal vez me guardéis rencor
por la cuestión?

GABRIEL

¡Brava pena,
por Dios!

DON RODRIGO

La prueba fué buena.

GABRIEL

Pudo haber sido mejor.

DON RODRIGO

Confieso que fué cruel
el tormento.

GABRIEL

Pero inútil.

DON RODRIGO

¿Lo creéis prueba tan fútil?

GABRIEL

Ya lo veis.

DON RODRIGO

Volver á él
podemos aún.

GABRIEL

Volveriais
á ver lo que visteis ya.

DON RODRIGO

La segunda vez quizá
vuestro silencio rompierais.

GABRIEL

Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto,
de hoy para entonces protesto
contra todo cuanto diga;
y ya podéis calcular
que si en negar doy después
lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar.

DON RODRIGO

¡Por Dios, que sois hombre fuerte
y gastáis bizarro humor!

GABRIEL

Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y á la muerte
voy como iba á la pelea:
más despacio ó más aprisa,
hallarla es cosa precisa;
mas temerla es cosa fea.

DON RODRIGO

Vuestra fortaleza envidio;
mas noto en vos ha un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?

GABRIEL

Que me fastidio.

DON RODRIGO

¿Que os fastidiáis!

GABRIEL

Sí, ¡a fe mía!

Tres meses ha que aquí estoy,
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
«Traed ante mí á Gabriel.»
Vuelta vos á preguntar,
vuelta yo á no contestar.
«Al calabozo con él.»
Vuelve á amanecer el día,
y vuelta á sacar al preso,
y vuelta á leer el proceso,
y vuelta á nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.»
«No quiero, señor Alcalde.»
«Que habéis de hablar.» «Que es en
Y siempre la misma cosa. [balde.]
No hubo más que la semana
en que me disteis sermanto
que variara; y ya me siento
casi bueno, Santillana.

DON RODRIGO

Me amedrenta ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fría.

GABRIEL

También me amedrentaría
á mí si fuera que vos.

DON RODRIGO

Vuestra osada impavidez,
cada día toma creces

GABRIEL

Sí; parecemos á veces
el reo vos, y yo el juez.

DON RODRIGO

Es que á veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

GABRIEL

Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios.

(Pausa.)

DON RODRIGO

Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás,
y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartaran vuestras pesadas
continuas baladronadas,
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

GABRIEL

Tembladlas, si son sentencias:
reidlas, si son sandeces.

DON RODRIGO

Pues bien, hablad de una vez:
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo á vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy.....»; probadlo, y mañana.....

GABRIEL

(Variando de tono.)

¿Cuándo vendrá, Santillana,
el capitán, de Madrid?

DON RODRIGO

Hoy mismo.

GABRIEL

¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?

DON RODRIGO

¡Pues no,
si es mi hijo!

GABRIEL

También yo
le quiero bien, y me gozo
con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?

DON RODRIGO

Nada más.

GABRIEL

¿Ni los tuvisteis jamás?

DON RODRIGO

Las preguntas que me hacéis,
Espinosa.....

GABRIEL

Son sencillas.

DON RODRIGO

No sé qué se me figura
que hay en ellas.....

GABRIEL

¿Por ventura
os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo,
y si hubisteis os pregunto
más que él: no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.

DON RODRIGO

¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos, Espinosa:
esa burlona altivez
que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa,
¿qué significa? ¡Parece
que no os habéis convencido
de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que, según la ley,
no falta sino que el Rey
confirme vuestra sentencia!
¡Parece que en vuestro pecho

hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!

GABRIEL

Es un hecho.

DON RODRIGO

¿Creéis que no firmará
el Rey?

GABRIEL

Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

DON RODRIGO

Y respuesta
aguardo; mas si apeláis
al Rey, en vano.....

GABRIEL

Me ahorcáis,
y se concluyó la fiesta.

(Don Rodrigo mira á Gabriel con asombro: Gabriel
permanece sereno.)

DON RODRIGO

Sospéchome que estáis loco.

GABRIEL

Tal vez.

DON RODRIGO

Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.

GABRIEL

¿Cuál creéis?

DON RODRIGO

Ir poco á poco
dilatando la sentencia,
dando á entender que aun hay más
que esperar de vos.

GABRIEL

Quizás.

DON RODRIGO

Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán;
si el Rey no manda otra cosa,
morís hoy por Espinosa
ó por rey don Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros,
y me es ya en mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
un taimado embaucador,
que esperáis suerte mejor
dándoos por un caballero.
¡Un necio, que aguarda en vano,
negándose á confesar,
que nunca le han de matar
como á un infame pagano,
sin confesión; mas caéis
en un miserable error;
si no queréis confesor,
sin confesión moriréis!
Y no tenéis que cansaros:
no me habéis de aventajar;
si os obstináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros.
¿Ahora os reís?

GABRIEL

(Riéndose.)

¡Sí, por Dios!
Y no he muerto ya de hastío,
porque, como ahora, me río
mil veces.

DON RODRIGO

¿De qué?

GABRIEL

De vos.

DON RODRIGO

¿De mí? En vuestra audacia loca
os olvidáis, á mi ver,
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.

GABRIEL

Verme mudo os diera pena:

de que es estoy persuadido,
mi voz para vuestro oído,
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! De vuestros fieros
á pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
que comenzáis á turbaros,
y no he hecho más que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
á fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi ser
un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelve anteojos:
si os miro fijo á la cara,
os turbáis, como si echara
fuego ó sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte,
alejo de mí el pesar,
creéis que voy á evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de cedérselos al diablo.
Si levanto un poco más,
estando solos, la voz,
cual de una bestia feroz
teméis, y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia
como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos,
que ¡no os lo demande Dios!
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
Y ¿no es verdad, don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante,

que andáis, que soñáis conmigo?

¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?

¿No es verdad que todo cabe
en hombres, y que tal vez
en vuestra vida de juez
hay algún secreto grave,
que creéis hundido vos
en la eternidad obscura,
y que teméis, por ventura,
que me lo revele Dios?

¿No es verdad que cuando á solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo,
como nave entre las olas,
esperando de un momento
á otro verse sumergida
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?

¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal,
y cerca de Setubal,
en mitad de un despoblado
un monasterio habéis visto,
cuya sagrada vivienda
fué teatro de una horrenda
profanación?

DON RODRIGO

¡Jesucristo!

GABRIEL

¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro,
os hielo el alma y os postro
á mis pies como un esclavo?
¡De rodillas, Santillana,
vuestra vida está en la mía;
viviréis más que yo un día:
si yo muero hoy, vos mañana!

DON RODRIGO

¡Dios me valga!

(Don Rodrigo se arrodilla.)

GABRIEL

¡Calla! ¿Y vos
lo tomáis como os lo digo?

Si esto es farsa, don Rodrigo;
serenaos, ¡vive Dios!

DON RODRIGO

¿Conque es decir.....

GABRIEL

Que divierto
mi fastidio, Santillana.

DON RODRIGO

(Furioso.)

No haréis lo mismo mañana.

GABRIEL

(Con calma.)

Ahorcándome hoy, no, por cierto.

ESCENA III

DICHOS y EL ALGUACIL

ALGUACIL

Su merced el capitán
Santillana.

GABRIEL

¡Que nos cae
del cielo!

DON RODRIGO

Y que el fallo trae
del Rey.

GABRIEL

Fin de nuestro afán.

ESCENA IV

DON RODRIGO, GABRIEL y D. CÉSAR

DON RODRIGO

¿Traes tú los despachos?

DON CÉSAR

Sí.
Mas ¿qué tenéis, padre?

DON RODRIGO

Nada.

¿Traes la sentencia aprobada?

DON CÉSAR

Sí.

DON RODRIGO

¿Dónde está?

DON CÉSAR

(Dándole un papel.)

Vedla aquí.

(Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da D. César, y dice llamando:)

DON RODRIGO

¡Hola!

(Entran algunos alguaciles y el Escribano.)

Cúmplase la ley.

Avisad al confesor
y al verdugo ejecutor
de las justicias del Rey.
Escribano, evacuaad vos
la postrera diligencia,
intimidale la sentencia,
y que se encomiende á Dios.

DON CÉSAR

Señor.....

DON RODRIGO

¡Silencio! Leed.

ESCRIBANO

(Empezando á leer.)

«Vista y fallada.....

DON RODRIGO

(Interrumpiéndole.)

Adelante:

la aprobación es bastante,
fórmulas á un lado haced.

ESCRIBANO

(Leyendo.)

«Y en atención á que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes á la persona de nuestro difunto

sobrino D. Sebastián, Rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención á que el Marqués de Tavira y Fr. Mignel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey D. Sebastián, y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar á la rebelión á los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey D. Sebastián, antes ha contribuido á hacer creer á los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona, ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que á su parecer pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de D. Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho Rey fué por Nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de Africa al monasterio de Belem, donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor á su Rey y usurpador del nombre del rey D. Sebastián. Por cuyas razones le condenamos á ser arrastrado, y ahorcado, y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza á una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.— *Yo el Rey.*»

GABRIEL

(Con ira.)

¿Traidor yo, impostor infame?

¿Muerte á mí con tal afrenta?

(Serenándose.)

Que Dios me la tome en cuenta
cuando á su juicio me llame.

(Al Escribano.)

¿Tenéisme más que leer?

ESCRIBANO

Nada más.

GABRIEL

Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

DON CÉSAR

(¡Indomable corazón!)

DON RODRIGO

(¡Incomprensible fiereza!
Ni aun inclinó la cabeza
para oír la intimación.)

GABRIEL

Alcalde, estáis demudado,
trémulo....., ¡por vida mía!
Cualquiera imaginaria
que erais vos el sentenciado.

DON RODRIGO

(Airado.)

Pronto lo viera. Tenéis
de vida tres cuartos de hora.

GABRIEL

Son las cinco y cuarto ahora.

DON RODRIGO

Encerradle.

GABRIEL

(Á D. Rodrigo.)

Hasta las seis.

DON RODRIGO

Despejad.

(Llevan á Gabriel á su encierro y vanse el Escribano
y los alguaciles por el fondo.)

ESCENA V

DON RODRIGO y D. CÉSAR

DON CÉSAR

Padre, ¿qué es esto?

DON RODRIGO

Que es fuerza que ese hombre muera.

DON CÉSAR

Dadle un día.

DON RODRIGO

Ni siquiera
una hora.

DON CÉSAR

Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.

DON RODRIGO

Muera, y sea como fuere.

DON CÉSAR

¡Sin confesión!

DON RODRIGO

No la quiere;
es un hereje, un pagano.

DON CÉSAR

Padre, estáis ciego de ira.

DON RODRIGO

Ira es lo que aparento,
ira, César; pero miento,
es terror lo que me inspira
ese hombre de Satanás.
¡Y yo ¡imbécil! que le daba
tormento porque no hablaba!
¡No, no; que no hable jamás!
Que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta;
que no hable con nadie: en esta
hora, cuanto diga es falso.

DON CÉSAR

Padre, sospecho ¡ay de mí!
que se os desvanece el juicio.

DON RODRIGO

Es obra de un maleficio.

DON CÉSAR

¿Os maleficiaron?

DON RODRIGO

Sí.

DON CÉSAR

¡Superstición!

DON RODRIGO

Ya lo ves:

Gabriel me malefició,
y él ha de morir ó yo.
Ya firmó el Rey; muera, pues.

DON CÉSAR

¡Padrel

DON RODRIGO

¡César....., hijo mío!

DON CÉSAR

¡Estáis delirando!

DON RODRIGO

¿Alguno
me escuchó acaso?

DON CÉSAR

Ninguno.

DON RODRIGO

(De mí propio desconfío.)

DON CÉSAR

Padre, algún mal os acosa;
tembláis....., estáis demudado.

DON RODRIGO

Algún vértigo: he velado
tantas noches, de Espinosa
con el proceso maldito;
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me le quito.
Mas no fué nada; pasó
ya, César: veamos, pues,
los despachos de la corte.

DON CÉSAR

Tomad: aquí los tenéis.

DON RODRIGO

Ésta es la consulta mía;
ésta la aprobación del

Consejo; ésta la carta
de Su Majestad el Rey:
y este otro pliego sellado,
¿de quién es?

DON CÉSAR

¡Yo no lo sé!
Me fué entregado en palacio
con todos ellos.

DON RODRIGO

¿Por quién?

DON CÉSAR

Por el Rey mismo.

DON RODRIGO

A ver: ábrele.

DON CÉSAR

Una Real orden.

DON RODRIGO

Pues lee.

DON CÉSAR

(Leyendo.)

«En nombre del Rey.—Por la presente
pondréis en libertad, en la hora en que la
recibiéreis, y sobreseyendo en su causa,
si hubiereis procedido á formarla contra
ella, á D.^a Aurora Espinosa, detenida y
á vuestras órdenes en la cárcel de Madri-
gal; dejando disponer libremente de sí
misma á dicha D.^a Aurora como fuese su
voluntad.—Madrid, etc.—A D. Rodrigo
de Santillana.»

DON RODRIGO

¿En libertad? No comprendo
tal orden del Rey.

DON CÉSAR

Y está
bien terminante.

DON RODRIGO

Y será
cumplida. Sigue leyendo.

DON CÉSAR

Otro pliego para mí.

DON RODRIGO

Rompe la nema y aparta la cubierta. ¿Qué hay?

DON CÉSAR

Aquí viene un papel y otra carta.

DON RODRIGO

Lee.

DON CÉSAR

Dice el papel así:

(Lee.)

«En nombre del Rey.—Otorgamos licencia para dejar el servicio de S. M., temporal ó absolutamente, como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes D. César de Santillana.....»

DON RODRIGO

¿Y para qué?

DON CÉSAR

¿Qué se yo?

DON RODRIGO

¿Tú no la has pedido?

DON CÉSAR

No.

DON RODRIGO

Sigue. (¿Qué es esto? ¡Ay de mí!)

DON CÉSAR

(Lee.)

«Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de S. M., conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierras de sus dominios y mares guardados por su Real Marina, á D.^a Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en los Estados de Venecia, por cuyo Embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima.»

DON RODRIGO

¡Ira de Dios! Todo ahora lo comprendo

DON CÉSAR

¿Qué es, señor, lo que comprendéis?

DON RODRIGO

Tu amor ¡desventurado! á esa Aurora.

DON CÉSAR

Es cierto: un amor profundo; mas no os traiga con cuidado, que es el más desesperado que hubo jamás en el mundo.

DON RODRIGO

¿Lo ves? ¡Ah! También á ti te han maleficiado; pero responde, César: yo quiero saberlo ya todo; di. Tú, con ella en connivencia, huir con seguridad queriendo, su libertad conseguiste y tu licencia.

DON CÉSAR

No, á fe mía.

DON RODRIGO

Sí; arrastrado por sus sortilegios, has trabajado en contra mía, con temeridad impía, y en favor suyo.

DON CÉSAR

Jamás. Que tuve siempre, confieso, simpatía misteriosa é interés por Espinosa, pero no obré en su proceso. Amé á Aurora: la amo aún; mas mi pasión despechada es imposible, y no hay nada entre los dos de común. Mientras viva la amaré.»

pero este amor solitario,
de mi pecho en el santuario
sólo yo conservaré.

DON RODRIGO

¡Otro misterio!

DON CÉSAR

Tremendo
sin duda, padre; mas puede
conmigo, y mi brío cede
á su poder.

DON RODRIGO

No lo entiendo.

DON CÉSAR

Ni yo sé decir más de él
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.

DON RODRIGO

¿Quién te ha dicho eso?

DON CÉSAR

Gabriel.

DON RODRIGO

¡Infeliz! Es su manceba.

DON CÉSAR

Quien tal os dijo, ha mentado,
señor.

DON RODRIGO

Ella misma ha sido.

DON CÉSAR

¿Ella?

DON RODRIGO

En la primera prueba
del tormento.

DON CÉSAR

¡Cielo santo!

¿La habéis puesto en el tormento?

DON RODRIGO

Es débil, y habló al momento.

DON CÉSAR

¡Me paraliza de espanto!
¿Qué abismo es éste de males
que por doquier nos circunda?
¡Qué trama ésta tan fecunda
de misterios!

DON RODRIGO

Los fatales
hilos de esa negra trama
tan sólo puede romper
la muerte, y hoy ha de ser:
que mueran él y su dama.

DON CÉSAR

¡Imposible! Mintió.

DON RODRIGO

¿Quién?

DON CÉSAR

Ella: no puede tampoco
ser de Gabriel.

DON RODRIGO

¿Quieres loco
volverme?

DON CÉSAR

No; sé muy bien
lo que digo: esa mujer
es prenda de una venganza.
Sólo con esa esperanza
la conserva en su poder.

DON RODRIGO

¿Ella de venganza prenda
y en su poder? ¡Dios me asista!
De este arcano, ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Hola!

(Toca la campanilla y entra un alguacil.)

En libertad á Aurora
poned al punto, y aquí
traedla. Escucha, ¡ay de mí!
escucha, César, ahora
un secreto horrible: ese hombre,
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo

religión, patria ni nombre;
ese hombre, á quien nada espanta,
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma,
peregrino en Tierra Santa,
soldado en Flandes, marqués
en Madrid, corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus pies;
á quien no rinde el tormento,
y cuyo espíritu fuerte
ve á un paso de sí la muerte
y se sonríe contento,
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,
mas que de terror me pasma.
Es un hombre de otra edad;
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir;
es la sombra de otro ser
que sale á la tierra á ver
nuestra sepultura abrir.

DON CÉSAR

¡Ay de mí! El continuo afán
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras, que están
trastornándoos la razón.

DON RODRIGO

Dices bien....., sí...; no comprendas
jamás las causas horribles
de mi ruin superstición.

ESCENA VI

DON RODRIGO, D. CÉSAR y D.^a AURORA

DOÑA AURORA

¡Libre! Jamás esperé
que nos olvidara Dios:
(Á D. César.)
ni de haber fiado en vos
jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí

de á quién debo, capitán,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo á ver aquí.

DON RODRIGO

Despeja. Escuchad, Aurora.

DOÑA AURORA

¿Por qué le mandáis salir?

DON RODRIGO

Porque nadie debe oír
nuestras palabras ahora.

DOÑA AURORA

¡Dios mío! ¿Qué extraño afán
os agita? ¿Es, por ventura,
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

DON RODRIGO

Oid os digo:
sois libre, y yo vuestro amigo.

DOÑA AURORA

¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás
os conoceré por más
que por juez.

DON RODRIGO

¡A Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
variéis de opinión, Aurora.

(Vuelve á D. César, que permanece en pie
junto á la puerta)

¿Qué esperáis vos? Idos fuera.

(Vase D. César.)

ESCENA VII

DON RODRIGO y D.^a AURORA

DON RODRIGO

Nada receléis de mí,
pobre niña: en libertad
estáis: vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.

Serenaos, pues; oidme,
Aurora, y por cuanto améis
ruégoos que me contestéis
la verdad.

DOÑA AURORA

Pues bien; decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se me dió
con la de Gabriel? Si no
es así, yo no la quiero.

DON RODRIGO

Sólo depende de vos
a libertad: si un secreto
me aclaráis vos, os prometo
la libertad de los dos.

DOÑA AURORA

¿Es mío solo el secreto
que me pedís?

DON RODRIGO

Sí, en verdad.

DOÑA AURORA

¿Y vale la libertad
de Gabriel?

DON RODRIGO

Me comprometo
á dársela.

DOÑA AURORA

Preguntad.

DON RODRIGO

¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

DOÑA AURORA

Desde muy niña.

DON RODRIGO

Y ¿qué memoria
de vuestra infancia conserváis?

DOÑA AURORA

Apenas
una vaga memoria me ha quedado
de aquellas horas, al pesar ajenas.

DON RODRIGO

No espero yo que recordéis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto y muy fácilmente con las penas
ó los placeres de la inquieta vida;
mas del lugar en donde habéis nacido,
donde pasasteis los primeros años,
tendréis alguna idea.

DOÑA AURORA

Muy confusa:
tal, que puedo decir que la he perdido,
mezclándola después con mil extraños
recuerdos posteriores.

DON RODRIGO

¿De manera
que imposible os será, pues lo rehusa
vuestra memoria ya, la más ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

DOÑA AURORA

Tan imposible, no: ¿quién en su mente
á un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hacia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasión alguna
el pobre hogar ó la lujosa estancia
cuya techumbre guareció en su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

DON RODRIGO

¿Vos recordáis ese lugar?

DOÑA AURORA

Sin duda;
mas no por la virtud de mi memoria
sola, tan fiel en esa edad no cabe
tenerla: sé de mi infantil historia
lo que fuí recordando con ayuda
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

DON RODRIGO

¿Gabriel la sabe?

DOÑA AURORA

Sí.

DON RODRIGO

Y ¿os la ha contado?

DOÑA AURORA

Incompleta.

DON RODRIGO

(También la habrá engañado.)

Mas yo quiero saber sólo la idea que hayáis vos en la mente conservado.

DOÑA AURORA

Tengo, aunque muy confuso, algún recuerdo.

DON RODRIGO

¿De qué?

DOÑA AURORA

De mil objetos.

DON RODRIGO

Aunque sea en confusión, decídmelos.

DOÑA AURORA

Me acuerdo de una ribera donde yo cogía hierbezuelas y conchas del rugiente mar, que sus ondas sin cesar mecía; de un monasterio triste y solitario fundado al pie de un monte, y vagamente me acuerdo de la iglesia, con su coro enverjado, sus techos con pinturas, su altar lleno de flores, su sagrario iluminado con mecheros de oro; y me acuerdo también, porque me daban miedo, de las inmóviles figuras de mármol que tendidas reposaban encima de sus anchas sepulturas.

DON RODRIGO

¿Qué monasterio era ese?

DOÑA AURORA

Era un convento de monjas.

DON RODRIGO

¿Qué país?

DOÑA AURORA

No lo he sabido nunca.

DON RODRIGO

¿Jamás Gabriel os ha contado lo que hacíais allí? ¿Quién conducido os había á aquel claustro?

DOÑA AURORA

No ha querido decírmelo jamás; sé que aposento tenía allí mi madre, y que he pasado los tres primeros años de mi vida allí.

DON RODRIGO

¿Con ella?

DOÑA AURORA

Sí.

DON RODRIGO

¿De vuestra madre os ha hablado Gabriel?

DOÑA AURORA

Mil y mil veces.

DON RODRIGO

¿La recuerda á menudo?

DOÑA AURORA

No la olvida jamás, y sé que en sus nocturnas preces la reza como á mártir.

DON RODRIGO

¿Sabéis de ella la historia, el nombre, la familia?

DOÑA AURORA

Nada.

Sé que fué un día festejada y bella, y luego escarnecida y ultrajada; sé que el relato de su triste historia es una horrible é infernal leyenda que conserva Gabriel en su memoria, de expiación y de venganza prenda.

DON RODRIGO

Y ¿qué es lo que sabéis de este relato vos?

DOÑA AURORA

Yo nada tal vez, y acaso todo; porque sus hechos sé, mas nunca supe ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

DON RODRIGO

Pero en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?

DOÑA AURORA

Sé que era noble dama, que vivía en la Corte de un Rey á quien la unía una amistad profunda y verdadera; que era para aquel Rey casi una hermana, pues juntos cuando niños se criaron y fraternal amor constantemente uno á otro los dos se conservaron. Sé que era cuanto rica generosa, y que el encanto de las gentes era por su virtud y ciencia prodigiosa, que el vulgo la quería, la Corte la admiraba y con ella secretos no tenía el Rey, que como hermana le trataba.

DON RODRIGO

Mas ¿ese Rey....

DOÑA AURORA

Murió.

DON RODRIGO

¿Cómo?

DOÑA AURORA

En la guerra; y concluyó con él su dinastía y otro Rey vino á gobernar su tierra, y á otras manos pasó su Monarquía.

DON RODRIGO

Y ¿vuestra madre entonces....

DOÑA AURORA

Fué mirada como enemiga del Monarca nuevo, y al fin de algunos meses acusada de traición; por diabólica su ciencia tomaron, y la dieron por culpada, diciendo que hizo creer que el Rey vivía

no sé á quién, á favor de un sortilegio, mostrando, á sus conjuros evocada, la aparición de su fantasma regio

DON RODRIGO

¿Y después?

DOÑA AURORA

¡Oh! Después...., eso es lo horrible de la historia, señor. Se apoderaron de ella, de su palacio, de su hacienda, los vendieron, sus armas infamaron, y ocupó un extranjero su vivienda, y su nombre y su raza se olvidaron.

DON RODRIGO

¿Y ella?

DOÑA AURORA

Como las hojas del otoño desapareció de encima de la tierra, y en ella más los hombres no pensaron, sólo pensando en libertad y guerra.

DON RODRIGO

Pero ¿vos....

DOÑA AURORA

No lo sé.... Sé que mi madre, pobre, triste, ofendida y no vengada, en aquel solitario monasterio tejía su existencia desdichada, y yo existía ya, bajo el misterio de aquellas santas bóvedas velada.

DON RODRIGO

¿Y luego?

DOÑA AURORA

No sé más.

DON RODRIGO

¿Gabriel no os dijo nada de vuestro padre?

DOÑA AURORA

Le tenía siempre por padre á él, y él me quería más que el padre mejor quiere á su hijo.

DON RODRIGO

Pero ¿cómo supisteis....

DOÑA AURORA

En su sueño sorprendí su secreto; y como me era necesario su amor de una manera ú otra, el amor filial hallé pequeño, y del amor de la mujer y el niño formé para Gabriel sólo un cariño.

DON RODRIGO

Pero al saber que vuestro padre no era, ¿no preguntasteis vos....

DOÑA AURORA

Quién era el mío.

DON RODRIGO

Y ¿qué dijo Gabriel?

DOÑA AURORA

Que él lo sabía; mas que de él á acordarme no volviera, porque mi amor filial no merecía.

DON RODRIGO

Siempre merece un padre....

DOÑA AURORA

No lo ha sido jamás el mío para mí.

DON RODRIGO

¡Aurora!

DOÑA AURORA

¿Creéis que una razón me fué bastante para echar su memoria en el olvido? Insistí, porfié, lloré, y ahora sé que nunca mi amor ha merecido. Sé que me echó á la vida despojada de su nombre y sin pan y sin abrigo; sé que dejó á mi madre deshonrada, en medio de la tierra abandonada, para llorar y perecer conmigo.

DON RODRIGO

Y ¿creéis á Gabriel?

DOÑA AURORA

¿Que si le creo?

Es la verdad del cielo descendida; su palabra es mi fe, y en esta vida por su fe juzgo, por sus ojos veo.

DON RODRIGO

¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono de vuestro padre?

DOÑA AURORA

Nada; y si lo hubiera, yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

DON RODRIGO

¿Es decir....

DOÑA AURORA

Que es mi padre y le perdono, como amor exigir de mí no quiera. Mi madre, que al dolor ha sucumbido, de Dios le aguarda ante el excelso trono; yo, á quien sólo dió el ser, nada le pido; pero como él nos olvidó, le olvido; como él me abandonó, yo le abandono.

DON RODRIGO

¿Vive, pues?

DOÑA AURORA

No lo sé.

DON RODRIGO

Mas ¿si viviera?

DOÑA AURORA

Como él no me buscó, no le buscara.

DON RODRIGO

¿Y si una vez en la vital carrera con él os encontrarais?

DOÑA AURORA

Le mirara sin ira, mas la espalda le volviera.

DON RODRIGO

¿Y si al veros partir él os llamara?

DOÑA AURORA

De su paterna voz no hiciera caso.

DON RODRIGO

¿Y si llorando el mísero os siguiera?

DOÑA AURORA

Apresurara, sin volverme, el paso.

DON RODRIGO

Pero ¿y si os alcanzara y os asiera de los vestidos él?

DOÑA AURORA

Los rasgaría,
dejándole en la mano los pedazos.

DON RODRIGO

¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

DOÑA AURORA

Su abrazo paternal rechazaría.

DON RODRIGO

¿Por qué?

DOÑA AURORA

Porque mi padre todavía no ha ido á orar sobre la tumba obscura de mi madre, y Gabriel me dijo un día que al querer abrazarnos se abriría entre mi padre yo su sepultura.

DON RODRIGO

¡Fatal superstición!

DOÑA AURORA

Tal es la mía.

DON RODRIGO

Tal es la ira de Dios. Es un misterio impenetrable. (Satanás me ciega, sin duda, y nunca á comprenderle llega mi corazón ansioso.)

DOÑA AURORA

He respondido á cuanto preguntarme habéis querido. Señor, á vos os toca.

DON RODRIGO

¡Sí, á fe mía!

Vais á ver á Gabriel. (¡Oh! ¡Sí, yo quiero apurar este cáliz de agonía!)

(Abre la puerta que da al encierro de Gabriel, mientras Aurora dice:)

DOÑA AURORA

¡Libres al fin!.... Para Gabriel ahora, libre, será mi corazón entero.

ESCENA VIII

DOÑA AURORA, D. RODRIGO y GABRIEL

DON RODRIGO

(Á Gabriel.)

Espinosa.....

GABRIEL

Heme aquí.

DOÑA AURORA

(Viendo á Gabriel.)

¡Gabriel!

GABRIEL

(Abrazándola.)

¡Aurora!

¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

DOÑA AURORA

La libertad, Gabriel: libres estamos, y cual juntos aquí nos han traído, juntos espero que de aquí partamos.

GABRIEL

(Pidiendo explicación de estas palabras de D.^a Aurora.)

¡Santillana!

DON RODRIGO

(Dándole la orden de libertad.)

Leed.

DOÑA AURORA

¿Ves?

GABRIEL

(Lo comprendo todo. La agitación de don Rodrigo, de mi Aurora infeliz la fe tranquila.... ¡He aquí el instante para mí tremendo! La hora del martirio y del castigo. Señor, señor....., mi espíritu vacila: sostenedme hasta el fin....., ¡sed vos con- [migo!)

DOÑA AURORA

¿Qué te agita, Gabriel?.... Tu faz sombría, tu palidez.....

GABRIEL

Un poco conmovido estoy, y es natural, Aurora mía. Y también vos estáis descolorido, Santillana.....

DON RODRIGO

Espinosa, concluyamos. Yo os llamé.....

GABRIEL

No os canséis: el por qué entiendo. ¡A solas con Aurora habéis hablado?

DON RODRIGO

La historia de su madre me ha contado.

GABRIEL

Sólo para que á vos os la contara se la he contado yo.

DON RODRIGO

Toda pretendo saberla, pues.

GABRIEL

¡Curiosidad avara!

DON RODRIGO

Pero que vos satisfaceréis.

GABRIEL

Sin duda; mas púedeos ser satisfacción muy cara,

Tomó IV

porque os advierto, juez, que he observado que mis satisfacciones y respuestas, [do por más que yo riendo os las he dado, han sido siempre para vos funestas.

DON RODRIGO

Hablad....., hablad.

GABRIEL

¡Si os empeñáis en eso.... Mas después de tres meses de proceso no sé cómo no estáis escarmentado de interrogarme ya.

DON RODRIGO

¡Siempre lo mismo! Acabemos, Gabriel.

GABRIEL

Sí, concluyamos: hora es de penetrar en este abismo.

DON RODRIGO

Descender quiero á él.

GABRIEL

Y yo os prometo que lo haréis: el momento es oportuno.

DON RODRIGO

Decid, pues.

GABRIEL

Esperad, que este secreto os pertenece á tres, y falta uno. Llamad al capitán, que con vos debe penetrarle también.

DON RODRIGO

(Llama, y sale un alguacil.)

¡Hola! Don César.

DOÑA AURORA

¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante tus palabras y ademanes, noto [te siniestra agitación.

GABRIEL

Aurora mía, tu corazón amante

por mí no tenga la inquietud más leve;
á mis pesares Dios hoy pondrá coto,
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?

DOÑA AURORA

Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas;
nuestras almas á Dios subirán juntas.

GABRIEL

Sí; ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

DOÑA AURORA

¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

DON RODRIGO

Ya está aquí el capitán.

GABRIEL

Silencio, Aurora.

ESCENA IX

DOÑA AURORA, D. RODRIGO, GABRIEL
y D. CÉSAR

GABRIEL

¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.
Voy muy pronto á emprender un largo
[viaje,
y un encargo de dejaros he querido.....

DON CÉSAR

¡Un viaje!

GABRIEL

Sí, estoy libre: me parece
que el portador de la orden habéis sido.

DON CÉSAR

(¡Ay de mí! La infeliz aun nada sabe.)

GABRIEL

Decidme, capitán, ¿habéis traído
un pliego de Madrid?

DON CÉSAR

Tomadle.

GABRIEL

Bueno;
guardadle por ahora. En esa carta,
de un gran misterio encontraréis la llave.
(Á D. Rodrigo.)

Vos sois algo curioso, y no me fio
de vos; sois padre y juez: os la confío,
capitán, sólo á vos. Cuando yo parta,
dádsela á vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.

DON CÉSAR

Os lo juro.

GABRIEL

Vuestra palabra sola es buen seguro.
Además, por si acaso no volvemos
á vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal á otros extremos,
quiero un regalo haceros, en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.

(Gabriel saca del pecho un relicario que lleva al cuello
con una cadena.)

DON RODRIGO

(Esa calma satánica me aterra.)

DOÑA AURORA

(Tiemblo no sé por qué.)

DON CÉSAR

(No es ser humano
quien así se despide de la tierra.)

GABRIEL

Tomad. Es, capitán, un amuleto
sagrado; don del Papa: un relicario
que un *lignum crucis* venerando encierra,
y guarda, como el pliego, otro secreto.
Con el respeto mismo que á un sagrario
contempladle, y lo mismo que la carta,
se le daréis al juez..... cuando yo parta.

(Á D. Rodrigo.)

Abridle sólo vos: es mi conciencia,
y Dios sólo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristia-
esperad á que muera, Santillana.) [na,
¡Ea! Ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queríais saber, y ¡por mi vida,
que oiréis una historia divertida!

DON RODRIGO

(Yo tiemblo.)

GABRIEL

Oidme, pues. La escena pasa,
no importa el día, la estación ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

DON RODRIGO

(¡Cielos!)

GABRIEL

Temblando estáis, si no me engaño,
Santillana.

DON RODRIGO

Seguid.

GABRIEL

Enhorabuena.

En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud, y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia, descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.
Era un hombre harto noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó, sobresaltado,
á pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado;
abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared móvil sombra;
volvió la faz, y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
¡Frió quedó como el cadáver queda!
«Levantaos», le dijo con acento

imperioso el incógnito; y vistióse
la bata que él le daba: «A ese aposento
salid.» Obedeció, y enfrente hallóse
de dos hombres plantados á la puerta,
una dama como ellos encubierta,
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas á su frente descubierta
á través de los negros antifaces.
Entonces, de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿la conocéis?», le dijo; y él, temblando,
«sí», respondió. «Pues bien, sed caballe-
repuso el disfrazado; y avanzando, ro»,
el grave sacerdote se dispuso
á unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
á escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso;
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó, y ceder le fué preciso;
firmó, y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella;
mas quedóse el primer enmascarado,
y dijo gravemente al despertado:
«Tenéis una mujer ilustre y bella
gracias á mí y á vuestra buena estrella,
que os hizo viudo para ser casado;
la quitasteis la honra, y habéis dado
nombre á sus hijos; mas seguid su huella,
y morís ¡os lo juro! asesinado.»
Dijo así el de la máscara, y partióse
con los demás; y de la casa el dueño,
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad ó sueño.

DON RODRIGO

¡Tremenda realidad!

GABRIEL

(Apartándole á un lado.)

Sí, don Rodrigo;
la dama, doña Inés; vos, el casado.

DON RODRIGO

¿Y vos, señor?

GABRIEL

El hombre enmascarado.

DON RODRIGO

Tal vez Dios permitió.....

GABRIEL

Lo habíais soñado.

DON RODRIGO

¿Y si el sueño es verdad?

GABRIEL

Silencio digo.

Que ellos no os oigan, que la faz no os
[vean;sueño ó verdad, que sepultados sean,
con vos el sueño, la verdad conmigo.

DON RODRIGO

Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

GABRIEL

Os dije que era asunto
concluído. Escuchadme: si yo fuera
el rey don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir á ser rey preferiría.
Si soy un impostor, y perjuicio
con mi existencia la quietud de España,
debo morir también; debo una hazaña
de mi impostura hacer, y sacrificio
mi vida á sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendéis?

DON RODRIGO

Señor, yo no me atrevo,
dudando.....

GABRIEL

Ahogad la duda: morir debo,
si no por Sebastián, por Espinosa;
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvidéis.

(Vuelven al centro de la escena.)

DOÑA AURORA

¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

GABRIEL

No, por cierto:
para leer su conclusión horrenda,
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

ESCENA X

GABRIEL, D.^a AURORA, D. RODRIGO, D. CÉSAR, EL
DOCTOR N..... y alguaciles. Á la parte exterior de la
puerta, soldados. Después el verdugo.

ALGUACIL

Las seis.

GABRIEL

Partamos, pues.

DOÑA AURORA

¡Virgen María!

Gabriel, ¿que es esto?

GABRIEL

Mi destino, Aurora.

DOÑA AURORA

¡Tu destino!..... ¡Mi mente se extravía!

ALGUACIL

(Anunciando.)

El verdugo del Rey.

(Se presenta el verdugo con el dogal en la mano.)

DOÑA AURORA

¡Dios mío, ahora
lo comprendo!..... ¡Ay de mí!.....

(Se desmaya en los brazos de D. César, que la coloca en el sillón.)

DON CÉSAR

¡Miser!

GABRIEL

El día

concluye: vamos, pues me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

EL DOCTOR

(Á Gabriel, poniéndose á su lado.)

Vos, conmigo.

GABRIEL

Es inútil.

EL DOCTOR

Mirad....

GABRIEL

Todo es en vano.

EL DOCTOR

¿Sin confesión iréis?

GABRIEL

Ha que os lo digo
cuatro semanas ya.

EL DOCTOR

¿No sois cristiano?

GABRIEL

Porque lo soy, si á confesarme accedo,
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitán: se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

DON RODRIGO

Señor

GABRIEL

No os fatiguéis: empresa es vana.
Llegó, rey ó impostor, mi último día,
y moriré cual debo, Santillana:
si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.

(Vase, y todos tras él.)

ESCENA ÚLTIMA

DON RODRIGO, D.^a AURORA y D. CÉSAR

DON RODRIGO

A concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,

sí; pero no mi desdichada mano
á ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.

DON CÉSAR

Cuando muera.

DON RODRIGO

Sepamos antes la verdad entera,
César.

DON CÉSAR

Padre, excusad vana porfía:
con su secreto perecer quería,
y he de cumplir su voluntad postrera.

DON RODRIGO

¡César!

DON CÉSAR

Se lo juré.

DOÑA AURORA

(Volviendo en sí.)

¡Ay! ¿Quién hablaba
aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible
pesadilla!

DON CÉSAR

(Áparte.)

¡Infeliz!

DOÑA AURORA

¡Sí, yo soñaba,
sin duda.....; eran quimeras!..... Mas ¡qué
[horrible
sospecha! Ese silencio....., esa tristeza.....
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamien-
[tos
no acierto á combinar en mi cabeza.

¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos
hace. ¿Y Gabriel, decid, dónde está ahora?
¿Dónde está? Yo he soñado que venían
por él. Mas ¡qué rumor!.....

(Ruido de voces dentro: D.^a Aurora se abalanza á la
ventana, que abrió, á pesar de D. César, que intenta im-
pedírselo.)

DON CÉSAR

¡Tened, Aurora;
tened, no os asoméis!

DOÑA AURORA

¡Ah! ¡Me querían
engañar!

(Se asoma.)

Allí va. Luces, soldados,
gente..... ¡Ay! Yo veo, pero no concibo
lo que veo....., me envuelve el pensamiento
una niebla, un vapor calenturiento,
y no sé comprender lo que percibo.
Allí va. Pero ¿dónde se le llevan
sin mí? Se paran..... ¡El afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan
allí? ¿Quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?..... Es una soga.
¡Dios mío, rasga la sangrienta nube [te]
que me ofusca la mente!..... ¡Un sacerdote
¡Ah, le van á matar!..... ¡Desventurados,
deteneos!..... ¡Gabriell!..... ¡Y yo, insensata,
que lo miraba estúpida! ¡Malvados,
tened!..... Las manos sin oirme le ata.

(Volviéndose de repente á D. Rodrigo.)

Pero vos, ¡miserable! que sois hombre,
venid....., gritad....., gritad....., ¡alma cobar-
conmigo..... ¡Deteneos! Santillana, [del
gritad; á mí no me oyen. ¡En el nombre
de Dios, gritad!..... Le quitan la escalera.....
Gritad.

DON RODRIGO

Sí, que se salve, aunque yo muera

(Se acerca á la ventana y grita:)

¡En el nombre del Rey.....

(Cayendo de rodillas junto á la ventana.)

¡Ay, es ya tarde!

DON CÉSAR

¡Tomad: sepamos la verdad postrera!

(Dando el relicario á D. Rodrigo. Don Rodrigo toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da D. César. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto; el pliego varios papeles. Lo primero que lee D. Rodrigo es el papel del relicario; después registra con ansia los papeles del pliego, y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. Doña Aurora permanece unos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman D. Rodrigo y D. César.)

DON RODRIGO

(Leyendo.)

«En el nombre de Dios.—Quienquier que
[fueres,

juéz, sacerdote ó asesino, pena
de excomunión después que le leyeres,
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey don Sebastián.»

DOÑA AURORA

¡Á buena
hora lo ves, imbécil asesino!

DON RODRIGO

(Registrando el pliego.)

Mi firma..... Una escritura..... Mi contrato
de boda.....

(Desenvuelve el retrato.)

Y ésta, doña Inés Aldino.

DOÑA AURORA

(Quitándose lo.)

¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

DON RODRIGO

(Tendiéndola los brazos.)

¡Hija mía!

DOÑA AURORA

(Rechazándole.)

¿Tu hija?..... Eso tan sólo
me faltaba. ¡Hija tuya! ¡Alucinarme
quieres con ese nombre! Mas el dolo
miserable comprendo: no lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme;
mientes, viejo feroz; dime que mientes.
Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya, mas te engañas:
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo hay odio en mis entrañas.

DON RODRIGO

(De rodillas.)

¡Hija mía!

DOÑA AURORA

¡Otra vez! No me lo digas,
no me lo expliques; comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser; muerta primero.

DON RODRIGO

(Asiéndola del vestido.)

¡Calla, hija mía!

DOÑA AURORA

Suelta, no me sigas.

DON RODRIGO

¡Huyes de mí!

DOÑA AURORA

Por siempre.

DON RODRIGO

¿Me abandonas?

DOÑA AURORA

Como á mi madre tú.

DON RODRIGO

¿Nada en mi abono
te dice el corazón? Que me perdonas
dime.

DOÑA AURORA

Mi madre contra ti, ante el trono
de Dios, venganza pide.

DON RODRIGO

¡Horrendo encono!

DOÑA AURORA

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas,
sólo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

DON RODRIGO

Pero el destino
te une hoy á mí.

DOÑA AURORA

(Desprendiéndose de él.)

Lo intentarás en vano;
muerta mejor que á tu existencia unida.
Reniego, huyo de ti; mi ser olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas;
y ¡ojalá que infeliz como ellos seas,
y ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel, junto á ti veas
la doble aparición toda tu vida!

(Don Rodrigo cae desplomado. Doña Aurora se va por
la puerta del fondo. Don César la sigue tristemente.)



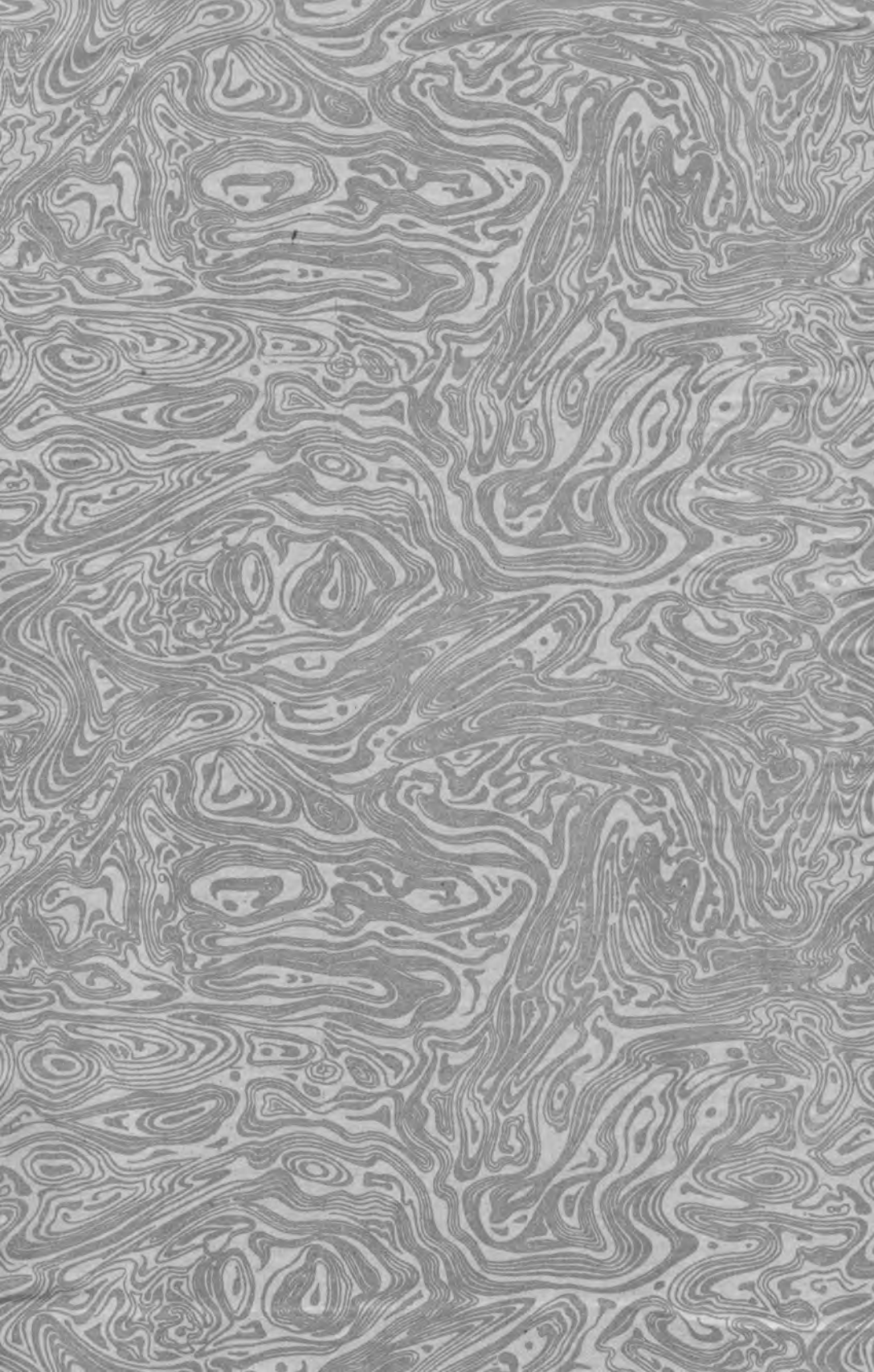


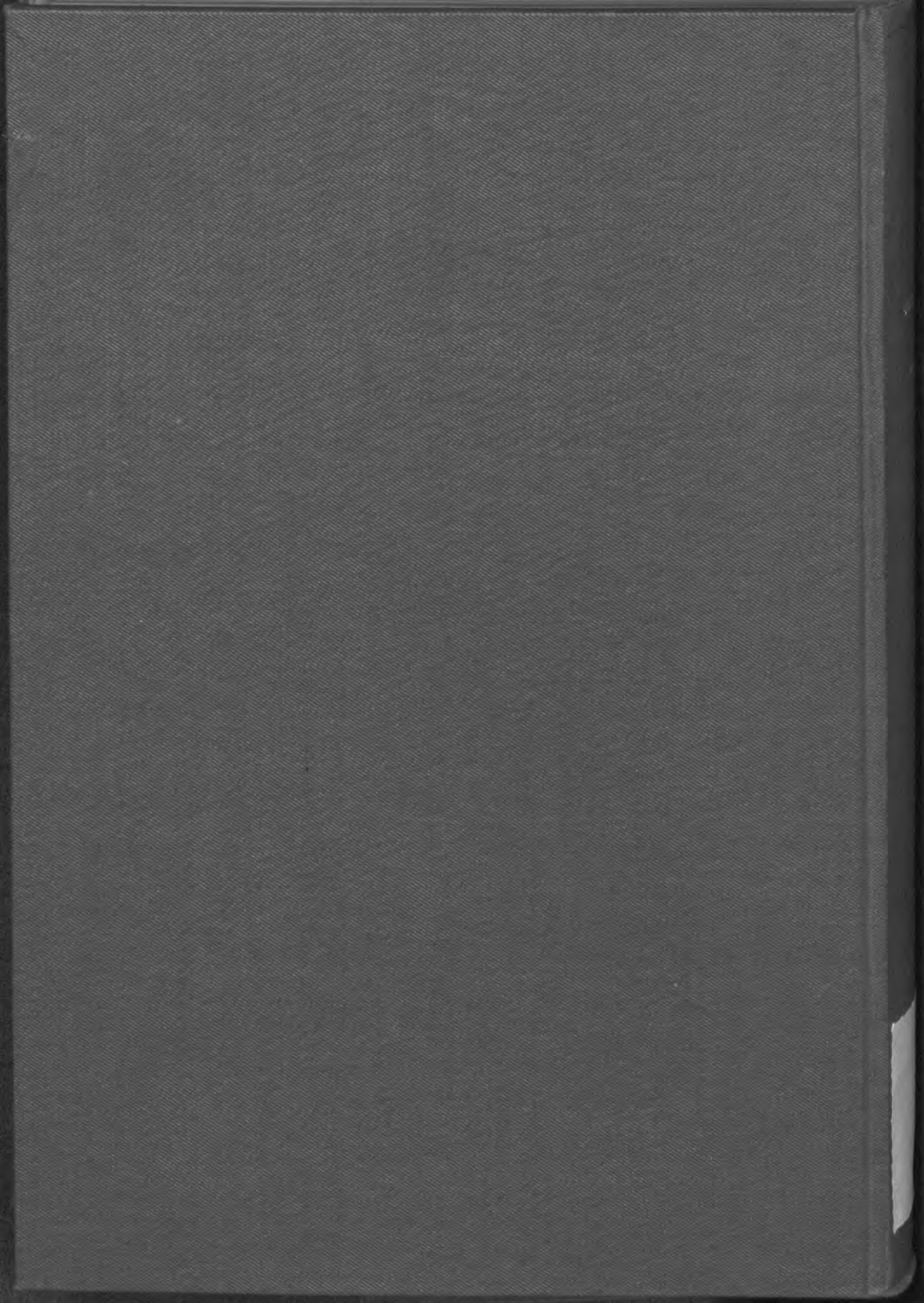
ÍNDICE DEL TOMO CUARTO

	Págs.		Págs.
Juan Dandolo, drama en tres actos.—Acto primero	7	Acto segundo	221
Acto segundo	23	Acto tercero	239
Acto tercero	39	Los dos virreyes, drama en tres actos.—Acto primero	253
Lealtad de una mujer y aventuras de una noche, comedia en tres actos.—Acto primero	55	Acto segundo	271
Acto segundo	77	Acto tercero	283
Acto tercero	91	Más vale llegar á tiempo que rondar un año, comedia en tres jornadas.—Jornada primera	297
La copa de marfil, espectáculo trágico en tres partes.—Parte primera	111	Jornada segunda	313
Parte segunda	125	Jornada tercera	329
Parte tercera	141	Sancho García, composición trágica en tres actos.—Acto primero	343
La mejor razón, la espada, comedia en tres actos.—Acto primero	151	Acto segundo	363
Acto segundo	167	Acto tercero	383
Acto tercero	181	Traidor, inconfeso y mártir, drama histórico en tres actos.—Acto primero	397
La reina y los favoritos; drama histórico en tres actos.—Acto primero	199	Acto segundo	425
		Acto tercero	447









JOSE ZORRILLA

OBRA

IV

G 26371